3 1761 08166249 6

ITALIA-ESPAÑA

GUÁRDESE COMO JOYA PRECIOSA

EX-LIBRIS

M. A. BUCHANAN

PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

España moderna

AÑO IV NÚM. XLIII

LA

ESPAÑA MODERNA

REVISTA IBERO-AMERICANA

DIRECTOR PROPIETARIO: J. LÁZARO

JULIO—1892

MADRID

AGUSTÍN AVRIAL.—IMP. DE LA COMP. DE IMPRESORES Y LIBREROS

SAN BERNARDO, 32.—Teléfono núm. 3.074

462616
6. 47

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

AP
60
E8
año 4
no. 4-3-4-5

EL SITIO DE SEBASTOPOL

(CONTINUACIÓN).

XIV

El primogénito de los Koseltzoff encontró en la calle á un soldado de su regimiento y se hizo acompañar por él al quinto baluarte.

—Péguese Vuestra Nobleza bien al muro—le dijo el soldado.

—¿Por qué?

—Hay peligro, Vuestra Nobleza; *pasan* ya por encima—respondió el infante, escuchando el silbido del proyectil que hería con golpe seco en el lado opuesto del camino apisonado; pero Koseltzoff prosiguió por el centro sin hacer caso de la advertencia.

Eran aquellas las mismas calles, los mismos fogonazos más frecuentes, los mismos rumores y los mismos lamentos, y el encontrar heridos, y las baterías, trincheras y parapetos, tales como los hubo de ver en la primavera; pero ahora el aspecto era más triste, más sombrío, pudiera decirse que más guerrero; mayor número de casas aparecían agujereadas, y en las ventanas no había luces: sólo el hospital constituía una excepción. Ni una mujer en la calle, y el carácter de la vida habitual é indiferente, impreso antes sobre todas las cosas, había desaparecido, reemplazado por el de expectación inquieta, fatigosa y de esfuerzos redoblados é incesantes.

He aquí ya la última trinchera y á un soldado del regimiento de P., que reconoce al antiguo oficial de su compañía; he aquí al tercer batallón, cuya presencia se puede adivinar en la oscuridad por el murmullo contenido de las voces y el choque metálico de los fusiles apoyados contra el muro, y que la luz de las descargas ilumina á frecuentes intervalos.

—¿Dónde está el jefe del regimiento?—pregunta Koseltzoff.

—En el blindaje de los marinos. Vuestra Nobleza—responde el servicial soldado.—¿Quiere Vuestra Nobleza venir? Yo le conduciré..

Y pasando de una trinchera á otra, guía á Koseltzoff al foso, donde se halla sentado un marinero fumando su pipa; tras él se abre una puerta, á través de cuyas junturas brilla una luz.

—¿Se puede entrar?

—Yo anunciaré.

Y el marinero entra en la casamata, donde se oye el rumor de dos voces.

—Si Prusia continúa en su neutralidad, entonces — dice una de ellas—Austria...

—¿Qué importa lo que haga Austria, mientras los pueblos eslavos?...—responde la otra.—¡Ah! Sí, dile que entre—añadió la misma voz.

Koseltzoff, que no había puesto nunca los piés en aquel alojamiento, quedó sorprendido por su elegancia; un entarimado sustituía al piso natural; una mampara cubría la puerta; en el ángulo derecho, una gran *icona* (1) representando la Santa Virgen, con su dosel dorado, iluminada por una lamparilla de cristal color de rosa; dos lechos colocados junto á la pared, en uno de los cuales dormía vestido un marino; sobre el otro, al lado de una mesa cubierta con dos botellas de vino empezadas, sentábanse el nuevo jefe del regimiento y un ayudante de campo. Koseltzoff, que no era nada tímido y que no creía estar en falta en modo alguno ni con el Estado ni con el jefe de su regimiento, experimentó, sin embargo, al hallarse en presencia de éste, su compañero poco antes, cierta aprensión singular. «Es extraño—se dijo al verle levantarse para oirle;—no hace aún siete semanas que manda el regimiento, y ya en su actitud, en su mirada, en su traje, respira la autoridad. No ha mucho tiempo que este mismo Batritcheff se divertía con nosotros, llevaba durante semanas enteras la misma camisa de *persia* oscura, y se comía solo, sin invitar nunca á nadie, sus *bitki* (1) y sus *vareniki* (2), y ahora se lee la expresión de orgullo lleno de sequedad, en sus ojos, que me dicen: «Aunque sea yo tu compañero, pues soy un coronel de la nueva escuela, puedes estar seguro de que sé perfectamente como darías la mitad de tu vida por hallarte en mi lugar.»

—¡Se ha cuidado V. bastante tiempo!...—díjole friamente el coronel mirándole.

—He estado enfermo, mi coronel, y mi herida no se cicatrizó aún del todo.

—Si es así, ¿por qué ha vuelto V.?—La corpulencia de Koselzofft

(1) De *eikón* (griego), imagen, retablo.

(1) Carne picada (¿albóndigas?).
(2) Plato ruso de crema agria.

inspiraba desconfianza á su jefe.—¿Puede V. hacer servicio?

—Seguramente; si puedo.

—Está bien. El alférez Taitkeff le entregará á V. la novena compañía, la que ha mandado V. ya; vaya V. á recibir la orden del día, y haga el favor, al salir, de enviarme al ayudante del regimiento.

Y el jefe, saludándole ligeramente con una inclinación de cabeza, dióle á entender con ello que la audiencia había terminado.

Al salir de allí Koseltzoff murmuró entre dientes algunas palabras confusas, y se encogió de hombros repetidas veces; hubiérase podido creer que se sentía incómodo ó que estaba irritado, pero no precisamente contra su coronel, sino en particular contra sí mismo y contra todo cuanto le rodeaba.

XV

Antes de ir á reunirse á sus oficiales, fué á buscar su compañía. Los parapetos construidos con cestones, las trincheras, los cañones ante que iba pasando, hasta los cascos y las granadas, contra los que tropezaba á lo mejor, y que el fuego de las descargas venía á iluminar sin tregua ni descanso, todo le era familiar y habíase grabado profundamente en su memoria tres meses antes, durante los quince días que pasó en el baluarte; pero á pesar del lado lúgubre que ofrecían aquellos recuerdos, cierta seducción inherente al pasado se desprendía de todo, y con evidente alegría fué reconociendo los lugares y las cosas, como si aquellas dos semanas no le hubieran ofrecido sino impresiones agradables. Su compañía estaba situada en el camino cubierto que conducía al sexto baluarte.

Al entrar en el abrigo blindado abierto por un lado, encontró tanta gente, que á duras penas pudo abrirse paso entre ella. En uno de los extremos ardía una vela de sebo que un soldado, tendido en tierra, sostenía sobre un libro en el cual leía uno de sus compañeros deletreando; en torno suyo, en la media luz de una atmósfera pesada y espesa, destacábanse multitud de cabezas vueltas hacia el lector, al cual escuchaban ávidamente. Koseltzoff reconoció el *a b c* (1) en esta frase: O-ra-ci-ón des-pués del es-tu-dio. Te-doy gra-cias, Cre-a-dor mí-o.

—Despabilad la luz—gritó uno.

—¡Qué buen libro!—exclamó el lector que se disponía á proseguir; pero á la voz de Koseltzoff llamando

(1) La cartilla de enseñanza en las escuelas.

al sargento primero, enmudeció: los soldados salieron de su inmovilidad, tosiendo y sonándose, cosa que ocurre siempre tras un rato de forzoso silencio; el sargento, abrochándose el uniforme, se levantó de en medio de un grupo, y pasando por encima de sus compañeros, pisándoles los piés, que por falta de espacio no sabían dónde meter, se acercó al oficial.

—Buenas noches, muchacho. ¿Está siempre lo mismo nuestra compañía?

—¡Salud á Vuestra Nobleza! Le felicitamos por estar de regreso—respondió el sargento alegremente y con sinceridad.—¿Se curó ya Vuestra Nobleza? ¡Ah, bueno! Alabado sea Dios, pues hemos notado mucho su falta.

Conocíase que Koseltzoff era querido en la compañía; oyóse en seguida cómo se comunicaban unos á otros que el antiguo oficial de ella había vuelto; aquel que fué herido, Koseltzoff Mikhail Semenovitch. Algunos soldados, entre ellos el tambor, vinieron á saludarle.

—¡Hola, Obanetchuk!—le dijo el oficial—¿estás bueno y sano? ¡Hola, hijos míos!—añadió alzando la voz.

Los soldados respondieron á coro.

—¡Salud á Vuestra Nobleza!

—¿Cómo va, muchachos?

—Esto va mal, Vuestra Nobleza; el francés va ganando; tira desde sus atrincheramientos, pero no se deja ver fuera de ellos.

—Y bien, ¿quién sabe? Tal vez tendré yo la suerte de verle salir de sus trincheras, hijos míos. No será la primera vez que vayamos juntos y que le batiremos.

—Estamos dispuestos á hacer cuanto se pueda, Vuestra Nobleza; —respondieron muchas voces á la vez.

—¿Son, pues, muy valientes?

—Terriblemente atrevidos—dijo á media voz el tambor, pero de modo que pudiera ser oído, y dirigiéndose á otro soldado, como para justificar á su superior por haber empleado aquella expresión y persuadir á su compañero de que no tenía nada de exagerado ni de inverosímil.

Koseltzoff se separó de sus soldados para ir á reunirse con los oficiales en el cuartel.

XVI

La sala de banderas del cuartel estaba llena de gente, de multitud de oficiales de marina, de artillería y de infantería; los unos dormían, los otros charlaban sentados sobre cajas de municiones ó so-

bre el afuste de un cañón; el grupo más numeroso lo formaban algunos sentados sobre sus *burkas* extendidas en el suelo, y que bebían porter y jugaban á los naipes.

—¡Eh! Koseltzoff, ¿ya de vuelta? ¡Bravo! ¿Y tu herida?—dijeron varias voces salidas de diferentos lados.

También aquí era querido y se alegraban de su regreso.

Después de estrechar la mano á sus conocidos, Koseltzoff se reunió al grupo central de los jugadores. Uno de éstos, de exterior agradable, moreno, delgado, de larga nariz, seco y con gran bigote que le cubría las mejillas, llevaba la banca con sus dedos blancos y finos, en uno de los cuales se veía una sortija con solitario; parecía agitado, y al echar las cartas hacíalo con negligencia afectada; á su derecha, medio recostado y apoyándose en los codos, un mayor, de pelo gris, apuntaba y pagaba cada vez medio rublo con exagerada tranquilidad; á la izquierda, sentado sobre sus talones, un oficial de cara encendida y reluciente, bromeaba y sonreía con esfuerzo, y cuando mataban su carta agitábase una de sus manos en el bolsillo vacío del pantalón; jugaba fuerte pero sin dinero, lo que ponía de mal talante al oficial moreno de rostro agraciado. Yendo y viniendo por la estancia, con un paquete de asignados en la mano, otro oficial, pálido, delgado y calvo, de enorme nariz y enorme boca, ponía dinero contante á cada *vabanca* y ganaba siempre.

Koseltzoff bebióse una copa de aguardiente y se sentó junto á los jugadores.

—Vamos, Mikhail Semenovitch; vamos, apunte V.—le dijo el banquero—apostaría á que ha traído un dineral.

—¿Dónde lo he de haber encontrado? Al revés; he gastado mis últimos rublos en la ciudad.

—¿De verdad? Habrá desplumado V. á alguien en Sympheropol; estoy seguro.

—¡Vaya una idea!—replicó Koseltzoff, á quien agradaba que en esto no se le diese crédito sobre su palabra; y desabrochándose el uniforme para ponerse con más comodidad, cogió algunos naipes usados.

—No tengo nada que arriesgar; pero ¡que el diablo me lleve!... ¿quién puede prever la suerte? Un mosquito en ocasiones hace prodigios. Bebamos, pues, para tener ánimos.

Y no tardó nada en beberse otra copa de aguardiente, y un trago de porter por añadidura, y en perder sus últimos tres rublos, mientras que ciento cincuenta eran inscritos en la cuenta del oficialete de rostro empapado en sudor.

—Haga V. el favor de enviarme el dinero—dijo el que tenía la banca interrumpiendo la talla para mirar á éste.

—Permítame V. dilatar el envío hasta mañana—respondió el interpelado levantándose; su mano no cesaba de moverse con agitación en el vacío bolsillo.

—¡Hum!—murmuró el banquero, lanzando con despecho á derecha é izquierda las últimas cartas de la baraja.—No se puede jugar así—exclamó—otro talla; esto no es posible, Takar Ivanovitch; jugamos dinero contante, y no de boquilla.

—¿Dudará V. de mí? Sería verdaderamente extraño.

—¿De quién he de recibir ocho rublos?—preguntó en aquel momento el mayor, que acababa de ganar—he pagado más de veinte y cuando gano no cobro nada.

—¿Cómo quiere V. que le pague, cuando no hay dinero en la banca?

—Eso no me importa—replicó el mayor levantándose—yo juego con V. y no con el señor.

—Pero como he asegurado...—interrumpió el oficial sudoroso—como he asegurado que pagaré mañana, ¿por qué se atreve V. á insultarme?

—Digo lo que me da la gana; no se procede así—clamaba el mayor á voz en grito.

—¡Vamos, cálmese V. Fedor Fedorovitch!—intervinieron varios jugadores á la vez rodeándole.

Dejemos caer un velo sobre esta escena... Mañana, hoy mismo quizá, aquellos hombres irán alegremente y decididos á buscar la muerte, y morirán con tranquilidad y valor. El único consuelo en una vida cuyas condiciones hielan de espanto la imaginación más serena; de una vida que no tiene nada de humano y en la cual toda esperanza está vedada, es el olvido, el aniquilamiento de la conciencia, de la realidad. En el alma de todos los hombres ocúltase la sublime chispa que, en el momento dado, hará de ellos héroes; pero esa chispa se cansa de brillar de continuo. Sin embargo, cuando llegue el instante fatal, surgirá la llama que ha de iluminar las más grandes acciones.

XVII

Al día siguiente, el bombardeo prosiguió con la misma violencia. Hacia las once de la mañana, Volodia Koseltzoff reunióse á los oficiales de su batería. Ibase acostumbrando á aquellas caras nuevas; les interrogaba y les transmitía á su vez parte de sus impresiones. La conversación modesta, quizá un

poco pedante, de los artilleros, le agradaba, inspirándole respeto; y en cambio su exterior simpático, sus tímidas maneras y su ingenuidad, predisponían á aquellos señores en favor suyo. El oficial más antiguo de la batería, un capitán bajito, de pelo rojo, con tupé y peinado bien liso sobre las sienes, educado en las antiguas tradiciones de la artillería, galante con las damas y con pretensiones de sabio, explorábale sobre sus conocimientos en esta ciencia, sobre los adelantos más recientes; bromeaba afectuosamente sobre su juventud y su lindo rostro, y lo trataba como á un hijo, lo cual traía encantado á Volodia. El subteniente Dedenko, oficialito con acento de *pequeño ruso* (1), de cabellera alborotada y capote roto, le gustaba también, á pesar de sus gritos, sus frecuentes disputas y sus movimientos bruscos, pues bajo aquella ruda corteza advinaba Volodia un hombre digno y pundonoroso. Dedenko ofreció con insistencia sus servicios al joven y trató de probarle que los cañones de Sebastopol no habían sido emplazados según las reglas. Por el contrario, el teniente Tchernovitzky, de cejas notablemente arqueadas, vestido de levita aseada cuidadosamente, aunque ajada y con remiendos, y cadena de oro sobre chaleco de raso, no le inspiró, bien que fuese superior á los otros en distinción y finura, la menor simpatía; no cesaba de preguntar á Volodia detalles sobre el Emperador y el ministro de la Guerra; refería con ficticio entusiasmo las hazañas realizadas en Sebastopol: expresaba su pesar por el escaso número de verdaderos patriotas; hacía alarde de gran saber, de ingenio, de sentimientos muy nobles, pero á pesar de todo, y sin que supiera decirse el por qué, aquellos discursos sonaban en hueco al oído del joven, y aun pudo reparar que los demás oficiales evitaban generalmente la conversación de Tchernovitzky. El *junker* (1) Vlang, aquel á quien despertó la noche antes, sentado modestamente en un rincón, callaba, riéndose á veces de algún chiste, pronto siempre á recordar lo que olvidaban los otros; ofrecía por turno á éstos el frasco del aguardiente y liaba cigarrillos para todos. Seducido por las maneras sencillas y afables de Volodia, que no lo trataba como á un chiquillo, y por su exterior agradable, no se apartaban sus ojazos cariñosos del rostro del recién llegado; adivinaba y preveía todos sus deseos, impulsado por un sentimiento de admiración exaltada que los oficiales

(1) Natural de la Rusia Menor.

(1) Cadete ó soldado de distinción.

notaron enseguida y con motivo del cual no le escasearon las bromas.

Poco antes de comer, el segundo capitán, Kraut, relevado de su servicio en el baluarte, vino á unirse á la reducida sociedad. Rubio, guapo mozo, vivo, poseedor de bigotes rojos y patillas de igual color, hablaba el ruso perfectamente, pero con excesiva corrección y elegancia para un ruso de pura sangre. Tan irreprochable en el servicio como en la vida privada, la perfección era su defecto: excelente compañero; de seguridad á prueba en los asuntos de intereses, faltábale algo como hombre, precisamente sin duda porque lo poseía todo. Por un contraste notable con los alemanes idealistas de Alemania era, á ejemplo de los alemanes rusos, práctico en grado exorbitante.

—¡He aquí, he aquí á nuestro héroe!—exclamó el capitán en el momento en que entraba Kraut accionando y haciendo chocar sus espuelas.—¿Qué quiere V., Federico Cristianovitch, té ó aguardiente?

—Me he mandado hacer té—respondió;—pero no rehusaré el aguardiente, mientras lo hacen, para consolarme el espíritu.—Me alegro mucho de conocerle. Le ruego que nos quiera y sea un buen compañero para nosotros—dijo á Volodia, que se había levantado para saludarle.—Capitán de segunda Kraut... el artificiero me ha dicho que llegó V. anoche.

—Permítame V. que le dé las gracias por su cama, que he utilizado esta noche.

—¿Y ha dormido V. siquiera cómodamente? Porque le falta una pata, y no es posible componerla mientras dure el sitio. Hay que tenerla calzada.

—Y bien, ¿ha salido V. bien hoy? —le preguntó Dedenko.

—¡Sí, gracias á Dios! Pero Skovortzoff ha caído. Hubo que arreglar una cureña; las gualderas quedaron hechas añicos...

Y se levantó de pronto para pasear por la estancia: veíase que experimentaba la sensación agradable del hombre que acaba de salir sano y salvo de un gran peligro.

—Y bien, Dimitri Gravilovitch—dijo, dando una palmada amistosa sobre la rodilla del capitán—¿cómo estamos, *batiuchka?* ¿Por dónde anda su propuesta? ¿No ha resollado aún?

—No; no hay nada.

—Y no habrá—intervino Dedenko—ya se lo he demostrado.

—¿Por qué no resultará nada?

—Porque la comunicación está mal puesta.

—¡Qué sempiterno discutidor! —dijo Kraut jovialmente.—¡Un verdadero ruso-menor testarudo! Bueno, pues ya verá V. cómo para

mortificarle lo ascenderán á V. á teniente.

—No, no harán nada.

—Vlang—añadió Kraut, dirigiéndose al *junker*—llene V. mi pipa y tráigamela, haga V. el favor.

La presencia de Kraut había animado á todos. Hablando con cada uno, daba detalles é interrogaba sobre lo que había ocurrido en su ausencia.

XVIII

—Con qué... ¿se ha instalado V. ya?—preguntó Kraut á Volodia.—Pero, V. perdone, ¿cómo se llama? El nombre y apellido. Así es costumbre entre nosotros, en artillería. ¿Tiene V. caballo de montar?

—No—respondió el alférez—y estoy en un compromiso; se lo he dicho al capitán. No tengo ni caballo ni dinero hasta que reciba los gastos de forraje y de marcha. Quisiera pedir al comandante de la batería que me prestase su caballo, pero temo que rehuse.

—¿Quiere V. pedírselo á Apolo Sergueitch?—dijo Kraut, emitiendo con los labios un sonido, que debía expresar la duda. Y se quedó mirando al capitán.

—¡Bueno, bueno!—repuso éste. ¡Si rehusa el mal no será mucho! A decir verdad, maldita la falta que hace aquí el caballo; yo me encargo de pedírselo hoy mismo.

—¡No lo conoce V.!—añadió por su parte Dedenko—rehusaría cualquiera otra cosa; pero no le negará eso al señor, ¿quiere V. apostar algo?

—¡Bah! V. siempre está dispuesto á contradecir..., V....

—Contradigo cuando hay por qué. El no es rumboso de suyo, pero prestará el caballo, porque no tiene ningún interés en rehusarlo.

—¿Cómo ningún interés? Cuando la avena le sale aquí á ocho rublos; es evidente su interés; siempre será un caballo menos que alimentar.

—¡Vladimir Semenovitch!—interrumpió Vlang, que venía con la pipa de Kraut—pídale V. el *Estornino*, es un caballo superior...

—¿Con el cual se cayó V. al foso, ¡eh! Vlang?—hizo observar el capitán segundo.

—Se equivoca V. al decir que la avena está á ocho rublos—sostenía entre tanto Dedenko, que había continuado la discusión.—Según las últimas noticias, está á diez cincuenta...; es evidente que no le resulta provecho en...

—¿Pero quiere V. que no le quede nada? Si V. estuviera en su lugar, no prestaría un caballo ni para ir á paseo. Cuando yo sea coman-

dante de batería, mis caballos, *batiuchka*, tendrán cuatro *garnetz* bien cumplidos de pienso, y no pensaré en adquirir rentas, puede V. estar seguro.

—El que viva lo verá—replicó Krant.—V. hará lo mismo cuando tenga una batería, y éste también —indicando con un ademán á Volodia.

—¿Por qué supone V., Federico Cristianovitch, que el señor querrá obtener también menudos provechos? Si tiene algún caudal, ¿á qué ha de proceder así?—preguntó á su vez Tchernovisky.

—No..., yo..., dispense V., capitán—dijo Volodia ruborizándose hasta las orejas—eso sería indigno á mis propios ojos.

—¡Oh, oh! ¡Qué *sopa en leche!* (1) —le dijo Kraut.

—Esa es otra cuestión, capitán; pero me parece que no puedo quedarme con dinero que no me pertenezca.

—Y yo le digo á V. otra cosa—prosiguió el capitán con tono más seguro.—Sepa V. que es muy ventajoso llevar bien las cuentas siendo comandante de batería. Sepa V. que éste no tiene que cuidarse de la alimentación de sus soldados; así ocurre siempre, entre nosotros, en artillería. Si V. no logra unir bien los dos cabos, no le quedará un céntimo. Enumeremos á la ligera los gastos. En primer lugar el *herraje*—y el capitán dobló un dedo—después el botiquín—dobló el segundo—luego la oficina—ya son tres—mas los caballos de tiro, que cuestan seguramente quinientos rublos—son cuatro—la recomposición de los cuellos de los soldados y el carbón que se gasta en gran cantidad, y, por último, la mesa de los oficiales. Además, como jefe de batería, tiene V. que vivir de un modo conveniente; necesita una *caleche*, una pelliza, etc.

—Y lo principal—dijo el capitán, que había guardado silencio hasta entonces—helo aquí, Vladimir Semenovitch. Aquí tiene V. á un hombre como yo, por ejemplo, que ha servido veinte años recibiendo primero doscientos, después trescientos rublos de paga... Pues bien, ¿cómo no ha de recompensar el gobierno sus años de servicio dándole un pedazo de pan para la vejez?

—Es indiscutible—replicó el segundo capitán;—así, no se dé V. prisa á juzgar; sirva V. algún tiempo, y ya verá...

Volodia, avergonzado de la observación que había soltado sin reflexionar, murmuró algunas palabras y oyó en silencio cómo la emprendió Dedenko para defender la

(1) Modismo cariñoso ruso, equivalente á ¡qué candidez, qué inocencia!

tesis contraria; la discusión fué interrumpida por la entrada del asistente del teniente coronel, anunciando que la comida está servida.

—Debe V. decirle á Apolo Sergueitch que nos dé vino hoy—dijo el teniente Tchernovistcky abrochándose;—¡al diablo su avaricia! Si lo matan no lo disfrutará nadie.

—Dígaselo V. mismo.

—¡Ah! no, V. es más antiguo; la jerarquía ante todo.

XIX

Una mesa cubierta con mantel bastante manchado aparecía dispuesta en el centro de la habitación donde Volodia fué recibido la noche antes por el jefe; este último le tendió la mano preguntándole nuevas de Petersburgo y de su viaje.

—Bueno, señores; hagan Vds. el favor de acercar el aguardiente; ¿los alféreces no beben?—añadió sonriendo.

El comandante de la batería no parecía hoy tan severo como la noche anterior; más bien tenía el aspecto de un huésped bondadoso y hospitalario; de un compañero entre sus oficiales; todos, á pesar de esto, desde el veterano capitán al alférez Dedenko, le demostraban un respeto que se traducía en la atención tímida con que le hablaban, aproximándose por turno para beber su copa de aguardiente.

La comida componíase de *chtchî* servido en una gran sopera, donde flotaban trozos de carne empapados en grasa, hojas de laurel y mucha pimienta; de *zrasi* á la polonesa con mostaza, y de *kolduny* con manteca ligeramente rancia; no había servilletas; las cucharas eran de madera ó de estaño; vasos aparecían sólo dos, y sobre la mesa sólo una garrafa de agua con el cuello roto.

La conversación no cesaba; se habló primero de la batalla de Inkerman, en la cual hubo de tomar parte la batería; cada cual recordaba sus impresiones, sus juicios sobre las causas del fracaso, callándose en cuanto hablaba el jefe de la batería. Después se lamentaron de carecer de cañones de ciertos calibres; fueron discutidos los últimos perfeccionamientos, lo que dió ocasión á Volodia para demostrar su ciencia; y, dato curioso, la conversación no llegó á rozar siquiera levemente el asunto de la tremenda situación de Sebastopol, lo que parecía querer decir que todos y cada uno, por lo que á sí propio concernía, se preocupaban de ello demasiado para poder hablar. Volodia, muy admirado y aun apesadumbrándose de que ni se aludiese tan

solo á los deberes del servicio, decíase que sin duda no había llegado uno á Sebastopol para dar detalles sobre los nuevos cañones y comer con el comandante de la batería. Una granada estalló, durante la comida, á dos pasos de la casa; el techo y las paredes fueron sacudidas como en un terremoto, y el humo de la pólvora extendióse por fuera sobre los vidrios de la ventana.

—No habrá visto V. esto en Petersburgo; pero aquí recibimos á menudo esas sorpresas. A ver, Vlang, haga V. el favor de mirar —añadió el comandante—dónde ha caído esa granada.

Vlang miró y anunció que en la plaza. Y ya no se habló más.

Poco antes de concluir de comer, uno de los soldados escribientes entró para dar á su jefe tres pliegos cerrados. «Este es muy urgente; lo acaba de traer un cosaco, á caballo, de parte del comandante general de artillería.» Los oficiales siguieron con ansiosa impaciencia los dedos ejercitados de su superior al romper el sello del sobre que traía escrito «Muy urgente», y de donde sacó un papel. ¿Qué podrá ser esto? —preguntóse cada cual.—¿Será la orden de salir de Sebastopol para descansar, ó la de sacar á las fortificaciones toda la batería?

—¡Siempre lo mismo!—exclamó el comandante arrojando con cólera el pliego sobre la mesa.

—¿Qué es eso, Apolo Sergueitch? —preguntó el oficial más antiguo.

—Piden un oficial y sirvientes para una batería de morteros. No tengo más que cuatro oficiales y mis sirvientes no están completos—dijo entre dientes—y ahora me exigen... Sin embargo, es preciso que vaya alguno, señores—prosiguió al cabo de un instante—hay que estar á las siete. Envíeme V. al sargento primero. Y bien, caballeros, ¿quién va á ir? decídanlo Vds. mismos.

—Pues, mire V... El señor no ha hecho aún ningun servicio—dijo Tchernovitzky señalando á Volodia.

El comandante de la batería guardó silencio.

—Sí, no deseo otra cosa—exclamó Volodia, sintiendo un sudor frío humedecerle el cuello y el espinazo.

—No; ¿por qué?—interrumpió el capitán.—Nadie debe rehuir el servicio, pero ofrecerse voluntario es inútil; puesto que Apolo Sergueitch nos deja libres, echaremos suertes como la otra vez.

Todos se conformaron. Kraut cortó con cuidado unos cuadraditos de papel, y enrollándolos, los echó en una gorra. El capitán soltó algunas bromas y aprovechó la ocasión para pedir vino al teniente coronel, á fin de adquirir valor, según

añadió. Dedenko tenía aspecto sombrío, Volodia sonreía, Tchernovizky pretendía que él iba á ser el designado por la suerte; en cuanto á Kraut, permanecía completamente tranquilo.

Ofrecieron á Volodia que sacase el primero; el joven cogió una de las papeletas, la más larga, pero la cambió en el acto por otra más pequeña y más fina; y desenvolviéndola, leyó la palabra *Ir*.

—Me toca á mí—dijo suspirando.

—Pues bien, ¡qué Dios le proteja!... Este será su bautismo de fuego—le dijo el comandante, contemplando con una sonrisa de bondad, el rostro conmovido del alférez—pero alístese V. pronto; para que vaya V. mejor, Vlang le acompañará en lugar del artificiero.

XX

Vlang, muy satisfecho de su misión, corrió á vestirse y volvió en el acto á ayudar á Volodia á hacer sus preparativos, aconsejándole que se llevara su cama, la pelliza, un número viejo de *Los Anales de la Patria*, una cafetera con una lámparilla de espíritu de vino y otros objetos inútiles. El capitán, á su vez, encargó á Volodia que leyese en el *Manual para uso de los oficiales de artillería*, el pasaje referente al tiro de mortero. sacando, acto seguido, copia de él. Volodia se puso, desde luego, al trabajo, feliz y sorprendido al sentir que el terror á los peligros, el miedo, sobre todo, de pasar por un cobardón, no eran tan fuertes en él como el día antes. pues las impresiones del día y sus ocupaciones habían contribuido á disminuir su intensidad. Por otra parte, probado está que una situación no puede durar mucho tiempo en estado agudo sin debilitarse; en una palabra, su miedo se aguerría. A las siete de la tarde, cuando el sol descendía ya á ocultarse tras del cuartel Nicolás, el sargento primero vino á decirle que la gente estaba lista y esperando.

—Ya he dado la lista á Vlang; Vuestra Nobleza se la podrá pedir—dijo.

—¿Habrá que hacerles un discurso?—preguntóse Volodia al ir, acompañado del *junker*, en busca de los veinte artilleros que, ceñido el sable, le esperaban fuera. ¿O bastará decirles sencillamente: «buenos días muchachos», ó no decir nada. ¿Por qué no decirles buenos días, muchachos? Me parece que eso es lo que corresponde...—y con su voz llena y sonora gritó audazmente:—¡Buenos días, muchachos!

Los soldados respondieron alegremente á su saludo; su voz, joven y fresca, habíales acariciado agradablemente el oído. Púsose á su frente, y á pesar de que su corazón latía como si acabase de cruzar algunas *verstas* corriendo, su paso era ligero y sus labios sonreían. Al llegar cerca del mamelon de Malakoff, reparó, al subirlo, que Vlang, el cual no se separaba un paso de él y que le había parecido tan valiente abajo en el alojamiento, huía el cuerpo y bajaba la cabeza, como si las balas y las granadas que venían silbando hasta allí, sin interrupción, fuesen á caer directamente sobre él; algunos soldados hacían lo mismo, y la mayor parte de las fisonomías expresaban, si no miedo, por lo menos inquietud: esta circunstancia acabó de afirmar, reanimándolo, su valor.

—Heme aquí, pues; heme aquí, también yo, en el mamelon de Malakoff; me lo figuraba mil veces más terrible, y ando y avanzo sin hacer cortesías á los proyectiles. ¿Tengo, acaso, menos miedo que los otros? No soy, pues, un cobarde— decíase con júbilo, con el entusiasmo del amor propio satisfecho.

Este sentimiento fué, no obstante, amortiguado por el espectáculo que se presentó ante sus ojos; cuando llegaba ya con el crepúsculo á la batería de Korniloff, cuatro marineros, cogiendo unos por los piés y otros por los brazos el cuerpo ensangrentado de un hombre descalzo y sin capote, se disponían á arrojarlo por encima del parapeto (al segundo día de bombardeo echábanse los muertos al foso, pues no había tiempo de retirarlos.) Volodia, presa de estupor, vió el cadáver chocar con la cresta del parapeto y caer resbalando desde allí al foso; felizmente para él, encontró en aquel mismo momento al comandante del baluarte, que le dió un conductor para guiarle á la batería y al alojamiento blindado de los sirvientes. No referiremos cuántas veces nuestro héroe se vió expuesto al peligro aquella noche; nada diremos de su decepción al ver que en vez de encontrar allí un tiro ajustado á todas las reglas de precisión, tal como se practicaba en Petersburgo, en la llanura de Volkovo, hallóse frente á dos morteros solamente, el uno con los rebordes partidos por una granada, y el otro sosteniéndose sobre los fragmentos de un afuste hecho pedazos; ni diremos cómo le fué imposible procurarse soldados para repararlo antes del día, como no encontró carga alguna del calibre indicado en el Manual; ni hablaremos de sus impresiones al ver rodar por tierra á dos de sus artilleros heridos ante él, ni, en fin, cómo se vió él mismo veinte veces

con la vida pendiente de un cabello. Por fortuna, el jefe de pieza, que para ayudarle le dieron, un marino de gran estatura, afecto á los dos morteros desde que principiara el sitio, le aseguró que podían servir aún, prometiéndole, mientras paseaba por el baluarte con una linterna en la mano con tanta tranquilidad como si estuviese en su huerto, que los pondría en estado de servicio antes del amanecer.

El reducto blindado en el cual su guía le introdujo, no era sino una gran cavidad estrecha y larga, perforada en el suelo pedregoso, de unas dos *sagenas* cúbicas de profundidad, protegida por vigas de encina de una *archina* de diámetro; allí se estableció con su gente. En cuanto Vlang divisó la puertecilla baja que le daba paso, lanzóse dentro con tal precipitación, que lo arrastró casi á caer al suelo, pavimentado con piedras, y escondiéndose en un rincón no quiso salir más; los soldados se instalaron en tierra junto á las paredes; algunos encendieron sus pipas, y Volodia armó su cama en un rincón, echóse en ella y encendió á su vez un cigarrillo. Sobre sus cabezas se sentía, debilitado por el blindaje, el estampido sin interrupción de las descargas; un cañón solo, emplazado muy cerca, hacía retemblar el abrigo cada vez que disparaba. En el interior todo permanecía en calma. Los soldados, intimidados aún por la presencia del oficial nuevo, sólo cambiaban entre sí alguna que otra palabra para pedirse fuego ó algo de sitio; una rata roía allá entre las piedras, y Vlang, que aún no se había repuesto de su emoción, lanzaba de vez en cuando profundos suspiros, contemplando en redor suyo. Volodia, en su cama, en aquel rincón apacible, atestado de gente, iluminado por una sola bujía, abandonábase á aquel sentimiento singular de satisfacción que había sentido á menudo en su niñez, cuando jugando al escondite se ocultaba en un armario ó bajo las faldas de su madre, conteniendo la respiración y atento el oído, con gran miedo á la oscuridad y disfrutando á la vez impresión inconsciente de bienestar. Lo mismo aquí, sin estar del todo á su gusto, sentíase casi predispuesto á la alegría.

XXI

Al cabo de diez minutos, los soldados fueron animándose, comenzando á charlar; cerca del lecho del oficial, en el círculo de luz, habíanse colocado los de mayor graduación; los dos artificieros, el uno viejo, de cabellera gris, con el pecho

adornado con muchas medallas y cruces, entre las que faltaba la de San Jorge; el otro, un joven que fumaba cigarrillos liados por él, y el tambor, que, como siempre, se puso allí en el fondo á las órdenes inmediatas del alférez. En las sombras de la entrada, tras del bombardero y los soldados condecorados que ocupaban el primer término, estaban los «humildes» (1), que fueron los primeros en romper el mutismo. Uno de ellos, que vino corriendo asustado de fuera con gran estrépito, sirvió de tema á su conversación.

—¡Eh, oye! ¿no has querido andar más por la calle?

—¿No se pasean por allí las muchachas, eh?—dijo una voz.

—Al revés, cantan unas canciones maravillosas, como no se oyen en el pueblo—respondió riendo y sofocado el recién venido.

—Vassin no es amigo de las bombas, no; no le gustan—exclamó otro de los del grupo aristocrático.

—Cuando es preciso, ya es otra cosa—replicó lentamente Vassin, á quien todos atendían cuando hablaba.—El 24, por ejemplo, caían que era una bendición. ¿Que hay de malo en evitarlas? ¿A qué hacernos matar sin objeto? ¿Nos lo agradecerían nuestros jefes?

(1) Los bisoños, los quintos.

—Estas palabras provocaron risa general.

—Y sin embargo, mirad á Menilkof, que se está siempre fuera—dijo otro.

—Es verdad; hazle que entre—añadió el veterano artificiero.—Si no se va á hacer matar en tonto.

—¿Quién es Menilkof?—preguntó Volodia.

—Mire Vuestra Nobleza, es un animal que no tiene miedo á nada: se está paseando ahí fuera. ¿Quiere verlo Vuestra Nobleza? parece un oso.

—Sabe hacer sortilegios—añadió Vassin con su voz reposada.

Menilkof, soldado de gran corpulencia, cosa rara, de pelo rojo, rente enorme extraordinariamente bombeada y ojos saltones azul claro, entró en aquel momento.

—¿Tienes miedo de las bombas?

—¿Por qué he de tener miedo?—contestó Menilkof rascándose el cogote—no será una bomba la que me mate, bien lo sé.

—¿Te gusta, pues, estar aquí?

—Seguramente; es muy divertido.—Y se echó á reir.

—¡Entonces habrá que hacerte tomar parte en una salida! ¿Quieres? Se lo diré al general—añadió Volodia, que no conocía, sin embargo, á general alguno.

—¡Por qué no he de querer! ¡Sí que quiero!—Y Menilkof se ocultó tras de sus compañeros.

—Vamos á jugar, muchachos; ¿quién tiene cartas?—preguntó una voz impaciente; y organizóse el juego en el rincón más apartado; oíanse anunciar las jugadas, el ruido de los palmotazos sobre la nariz y las risas. Volodia, entre tanto, bebía té del que le preparó el tambor, ofreciendo de él á los artificieros, con quienes charlaba bromeando, deseoso de hacerse popular y muy complacido por el respeto que le demostraban. Los soldados, al reparar que el *barina* era buen chico, fueron animándose, y uno de ellos anunció que el sitio iba á concluir muy pronto; pues un marinero le había asegurado, como cosa cierta, que Constantino, el hermano del Czar, venía á libertarlos con la escuadra «Mericana» (1), y que en breve habría un armisticio de dos semanas para descansar, y que por cada cañonazo que se disparase durante la tregua se tendrían que pagar setenta y cinco kopeks.

Vassin, en quien Volodia había reparado ya; aquel soldado bajito con ojos grandes y dulces, y patillas, refirió á su vez, en medio del silencio general, roto en seguida por mil risotadas, el placer que habían sentido primero al verle volver á su pueblo con licencia; pero que en el acto su padre le envió á trabajar al campo cada día, mientras que el señor teniente de la guardia forestal mandaba á buscar á su mujer en *drochki*. Volodia se divertía con todos aquellos relatos; no sentía nada de miedo, y las fuertes emanaciones que impregnaban el ambiente de aquel escondrijo no le producían la menor repugnancia. Encontrábase, al revés, muy alegre y en la más agradable disposición de ánimo.

Muchos de los soldados roncaban ya; Vlang habíase tumbado también en tierra, y el artificiero veterano, tras de extender su capote en el suelo, persignábase devotamente mascullando las oraciones de la noche, cuando se le ocurrió á Volodia el capricho de salir para ver lo que acontecía fuera.

—Retirad las piernas—dijéronse al momento los soldados unos á otros al verlo levantarse—y cada cual encogió las suyas para dejarlo pasar.

Vlang, á quien creyérase dormido, se incorporó, sujetando á Volodia por un faldón del capote.

—Vamos, no salga V., ¿qué va V. á hacer?—le dijo con acento compungido y persuasivo:—¿no sabe V. lo que pasa? llueven los proyectiles allí; aquí se esta mejor.

Pero Volodia salió sin atenderle y fué á sentarse en el umbral mismo del alojamiento, junto á Menilkof.

La atmósfera estaba fresca y pura.

(1) Americana.

sobre todo comparándola con la que acababa de respirar; la noche clarísima y serena; entre el tronar del cañón oíase el ruido de las ruedas de las *telegas* que traían cestones y faginas, y las voces de los que trabajaban en el polvorín: sobre su cabeza brillaba el cielo estrellado, dibujándose en él los surcos luminosos de los proyectiles; á la izquierda veíase la reducida abertura, de una *archina* de alto, que conducía al interior de otro blindaje, dentro del que se podían ver los piés y las espaldas de los marineros que allí paraban y á los que se oía hablar; en frente alzábase el macizo que cubría el polvorín, ante el cual pasaban y repasaban cuerpos encorvados, y en la cúspide misma de la eminencia, expuesta á las balas y las granadas que no cesaban de silbar en aquel sitio, aparecía una figura negra, elevada, con las manos en los bolsillos, pisoteando la tierra fresca que traían en sacos; de tiempo en tiempo caía una bomba que estallaba á dos pasos de la cava; los soldados obreros agachábanse y se apartaban de allí, mientras que la oscura silueta proseguía tranquilamente igualando la tierra con los piés y sin moverse de su sitio.

—¿Quién es ese?—preguntó Volodia á Menilkof.

—No sé; voy á verlo.

—No vayas, es inútil.

Pero Menilkof se levantó sin oirle; acercóse al hombre negro y permaneció largo rato inmóvil junto á éste, con la misma indiferencia que él hacia el peligro.

—Es el vigilante del polvorín, Vuestra Nobleza—dijo al volver—ha horadado una bomba el espaldon y lo vuelven á cubrir de tierra.

Cuando parecía que las granadas iban á caer directamente sobre el alojamiento blindado, Volodia se resguardaba arrimándose al quicio de la entrada, volviendo á salir en seguida, y alzando la vista para mirar si venían otras; y á pesar de que Vlang, acostado siempre, le hubo de suplicar más de una vez que entrase, el joven pasó tres horas sentado en el umbral, encontrando placer en arriesgar su suerte á aquella prueba, así como en observar la marcha de los proyectiles. Al concluir la noche, conocía perfectamente el número y la dirección de los cañones que disparaban y en qué dirección hacían fuego.

XXII

Al día siguiente, 27 de Agosto, después de diez horas de sueño, salió Volodia fresco y descansado del blindaje. Siguióle Vlang, pero éste al primer silbido de una bala, dió un

salto hacia atrás, y abriéndose camino con la cabeza, se precipitó por la angosta abertura entre la risa general de los soldados, de los cuales, todos, á excepción de Vlang, del veterano artificiero y de otros dos ó tres que solían aparecer raras veces en el atrincheramiento, habían salido fuera para respirar el aire fresco de la mañana. A pesar de la violencia del bombardeo, no se les pudo impedir que permanecieran allí, unos cerca de la entrada, otros cubriéndose con el parapeto; en cuanto á Menilkof, desde que rayó el alba, iba y venía por la baterías observándolo todo con aire indiferente.

En el umbral mismo del alojamiento sentáronse tres soldados, dos viejos y un jóven; éste último, judío de crespo cabello, infante agregado á la batería, recogió una bala que rodó á sus piés, y aplastándola con un casco de bomba contra una piedra, la recortó en forma de cruz según el modelo de la de San Jorge, mientras los otros conversaban, siguiendo con interés su trabajo que le salía muy bien.

—Yo digo que si continuamos aquí algún tiempo más, cuando la paz se haga, nos darán el retiro.

—De seguro; no me faltaban más que cuatro años de servicio, y hace cinco meses que estoy aquí.

—Eso no se cuenta para el retiro —dijo otro—en el momento en que una bala de cañón, tras de pasar silbando sobre el grupo, dió en tierra á una archina de Menilkoff, que venía hacia ellos por la trinchera.

—A poco mata á Menilkoff—dijo un soldado.

—No me matará—repuso éste.

—Toma, ten esta cruz por tu valor—dijo el bisoño judío, concluyendo la que hacía, y dándosela.

—No, hermano, aquí los meses valen por años; hay una orden acerca de eso—prosiguió aquel que antes hablaba.

—Sea lo que fuere, es seguro que al llegar la paz nos pasará una revista el emperador en Varsovia, y si no nos dan la absoluta, por lo menos será licencia ilimitada.

En este instante, una bala pequeña, saltando de rebote, y que parecía gemir al silbar, cruzó sobre sus cabezas y fué á caer sobre un pedrusco.

—¡Cuidado!—dijo uno.—Puede ser que de aquí á la noche tengas tu licencia absoluta.

Todos se echaron á reir. Y no habían pasado dos horas, no había venido la noche aún, cuando dos de ellos habían recibido, en efecto, la licencia absoluta, y cinco estaban heridos; pero los demás proseguían chanceando como antes.

Por la mañana fueron aprestados

los dos morteros, y Volodia recibió, á eso de las diez, orden del comandante del baluarte de reunir su gente y situarse con ella en la batería. Una vez metidos en faena, ya no les quedaron ni señales de aquel terror, que la tarde precedente se manifestaba de un modo tan franco. Sólo Vlang no conseguía dominar el suyo, agachándose y escondiéndose á cada momento. Vassin también había perdido la sangre fría; agitábase y *saludaba*. En cuanto á Volodia, excitado por satisfacción entusiasta, no pensó más en el peligro. El júbilo que sentía al cumplir bien su deber, en no ser un cobarde, en verse, por lo contrario, lleno de valor; el sentimiento del mando y la presencia de veinte hombres, que, bien lo sabía, le observaban con curiosidad, hicieron de él un verdadero héroe. Hasta, vanagloriándose de su bravura, subíase á la banqueta, con el capote desabrochado, para llamar bien la atención. El jefe del baluarte, al revistar su fuerza, no obstante haberse acostumbrado durante ocho meses á ver el valor bajo todas sus formas, no pudo evitarse el admirar á aquel guapo mancebo, que con el rostro y los ojos animados, suelto el capote y dejando pasar la camisa roja que aprisionaba su cuello blanco y fino, hacía las señales de reglamento, gritaba con voz de mando: «¡Primero! ¡Segundo!» y subía alegremente al parapeto para ver dónde caía su bomba. A las once y media, el fuego de cañón cesó por ambas partes, y á las doce en punto comenzó el asalto del mamelón de Malakoff, así como de los baluartes segundo, tercero y quinto.

XXIII

A la parte de acá de la bahía, entre Inkerman y las fortificaciones del Norte, á la mitad del día y sobre el mogote del telégrafo, veíase á dos marineros; junto á ellos, un oficial examinaba á Sebastopol con un anteojo de larga vista, y otro, á caballo, al que acompañaba un cosaco, acababa de reunírsele al pié del gran mástil de señales.

El sol se hallaba en lo alto del horizonte, suspendido sobre el golfo, en cuyas aguas, cubiertas de grandes buques de guerra anclados, de veleros mercantes y botes en movimiento, jugueteaban alegremente sus rayos abrasadores y luminosos. Ligera brisa, agitando apenas las hojas de algunas encinas achaparradas, que crecían junto al telégrafo, hinchaba las velas de los barcos y hacía rizarse ligeramente las olas. En la costa opuesta del

golfo divisábase Sebastopol, siempre igual, con su iglesia sin concluir, su columna, su muelle, el *bulevard*, que se destaca verde sobre la montaña; el elegante edificio de la Biblioteca; las lagunas de azul de mar, con su bosque de mástiles; los pintorescos acueductos, y sobre todo esto las nubes del tono azulado formadas por el humo de la pólvora, iluminadas de tiempo en tiempo por el rojo resplandor de las descargas; siempre el mismo Sebastopol, hermoso, altivo, con su aspecto de fiesta, rodeado por una parte de montañas amarillas, coronadas de humo, y por la otra de mar, cuya superficie, azul oscura y brillante, centellea al sol. En el horizonte, allá donde el humo de un vapor traza una línea negra, va subiendo un nublado en fajas blancas y angostas, precursoras del viento; en toda la línea de fortificaciones, á lo largo de las montanas, sobre todo en la izquierda, surgen de súbito, rasgados por un relámpago, visible aun en pleno día, penachos de humo blanco y espeso, que adoptando formas variadas, se extiende, se eleva y se colora sobre el cielo de tonos sombríos; aquellas masas de humo brotan por todas partes; de las montañas, de las baterías enemigas, de la ciudad, y se remontan á los aires; el estampido de las detonaciones conmueve el aire con su continuo fragor. Cerca de mediodía, las humaredas van haciéndose más escasas, y las vibraciones de las capas de aire menos frecuentes.

—¿Sabe V. que el segundo baluarte no contesta?—dice el oficial de húsares.—Está todo por tierra: ¡es espantoso!

—Sí, y de Malakoff sólo responden dos veces por cada tres—replica el que observa con el anteojo.—¡Ese silencio me da rabia! No cesan de tirar sobre la batería de Korniloff, y ésta no responde...

—Ya verá V., será lo que he dicho; á mediodía cesará el bombardeo. Siempre sucede así. Vamos á almorzar; nos están esperando. No hay nada más que ver aquí.

—Espérese, no me distraiga—repone á su vez con marcada agitación el que mira con el catalejo.

—¿Qué? ¿Qué hay?

—Movimiento en las trincheras. Columnas cerradas que se ponen en marcha.

—Ah, sí; ya lo veo bien—dice uno de los marineros;—avanzan en columnas; hay que hacer la señal.

—Pero mire V. ahora, mire. Salen de las trincheras.

Distinguíanse, efectivamente, á la simple vista, descender numerosas manchas negras desde la montaña al barranco, y dirigirse desde las baterías francesas á nuestros

baluartes. En primer término, ante ellas veíanse unas rayas negras también, muy próximas á nuestras líneas. De los baluartes surgieron de repente, y de distintos puntos á la vez, los albos penachos de las descargas, y merced al viento oyóse el crujir de nutrida fusilería, parecido á la crepitación de lluvia torrencial al caer sobre cristales. Las líneas negras avanzaban envueltas en una cortina de humo, é iban acercándose; la fusilería aumentaba en violencia; la humareda surgía á intervalos, cada vez más cortos; extendíase rápidamente á lo largo de la línea en una sola nube de color violáceo claro, desarrollándose y desenvolviéndose sin interrupción, surcada aquí y allá por fogonazos ó atravesada por puntos negros. Todos los ruidos se confundían en el fragor de un prolongado trueno.

—Es el asalto—dijo el oficial, palideciendo de emoción y alargando el anteojo al marino.

Cosacos y oficiales pasaron á caballo por la cumbre, precediendo al comandante en jefe que iba en carruaje acompañado por su escolta; sus rostros expresaban penosa emoción de ansiedad.

—Es imposible que lo tomen—dijo el oficial de caballería.

—¡Dios del cielo! ¡La bandera!... ¡mirad!—exclamó el otro sofocado de angustia, y se apartó del anteojo.

—¡El pabellón francés sobre el mamelón de Malakoff!...

—¡Imposible!...

XXIV

El mayor de los Koseltzoff, que había tenido tiempo durante la noche de ganar y de volver á perder todas sus ganancias, incluso además las monedas de oro cosidas en las vueltas de su uniforme, dormía por la mañana en el cuartel del quinto baluarte con el sueño pesado más profundo, cuando estalló el siniestro grito repetido con diferentes voces de ¡al arma! ¡al arma!

—Despierte V., Mikhail Semenovitch, el asalto—le gritó una voz al oído.

—¡Una broma de estudiante!—respondió abriendo los ojos sin creer en la noticia.

Pero cuando vió á un oficial pálido, agitado, que corría aturdido de un lado para otro, lo comprendió todo; y á la idea de que pudieran tomarle quizá por un cobarde, que procuraba no incorporarse á su compañía en el momento crítico, le dió tal volquetazo en el corazón, que se echó fuera y corrió de un tirón á reunirse á sus soldados. Los caño-

nes habían enmudecido, pero la fusilería arreciaba de firme, silbando las balas, no aisladamente, sino por enjambres, como pasan sobre muchas cabezas en otoño las bandadas de pájaros. Todo el espacio ocupado la víspera por su batallón estaba lleno de humo, de gritos é imprecaciones; en su camino encontró multitud de soldados y heridos, y treinta pasos más allá distinguió á su compañía adosada al parapeto.

—El reducto de Schwarz ha sido ocupado por ellos—le dijo un oficial joven.—Todo está perdido.

—¡Qué majadería!—le respondió con cólera, y sacando de la vaina su espada corta y sin punta, exclamó:—Adelante muchachos, ¡hurra!...

Su voz fuerte y sonora le reanimó á él mismo; corrió adelante á lo largo del camino cubierto; cincuenta soldados siguieron en pos gritando, al desembocar, en un espacio libre; una granizada de proyectiles los recibió; dos le dieron simultáneamente, pero no tuvo tiempo de comprender dónde le habían tocado y si le hirieran ó contusionaran, pues entre el humo, aparecían ante él los uniformes azules, pantalones grancé y oíanse gritos que no eran rusos. Un francés, sentado sobre el parapeto, agitaba su schakó, gritando. La convicción de que sería muerto aguijoneaba el valor de Koseltzoff; corrió más, siempre á vanguardia; algunos soldados lo rebasaron, otros aparecieron de pronto por otra parte y corrieron con él; la distancia entre ellos y los uniformes azules, que al huir se volvían á las trincheras, permanecía invariable, pero sus piés tropezaban con heridos y muertos; al llegar al foso exterior, todo se confundió ante sus ojos, y sintió violentísimo dolor en el pecho; media hora después hallábase sobre una camilla, junto al cuartel Nicolás. Sabía que estaba herido, pero sin sufrir molestia alguna; hubiera deseado, no obstante, beber algo frío y hallarse acostado con más comodidad.

Un médico, grueso y bajito, con patillas negras, acercóse á él y le desabrochó el capote. Koseltzoff contempló, por encima de su barba, la cara del doctor, que examinaba su herida sin causarle dolor alguno; aquél, tras de cubrirla con la camisa del herido, se enjugó los dedos con el faldón de la levita, y volviendo la cabeza, pasó, silencioso, á otro herido. Koseltzof seguía maquinalmente con la vista lo que pasaba en torno suyo, y transportándose con la memoria al quinto baluarte, sintió dulce satisfacción al hacerse justicia; había cumplido bizarramente con su deber, siendo la primera vez desde que estaba en el servicio que lo hiciera sin tener nada que re-

procharse. El médico, que acababa de curar otro oficial, hizo una seña al capellan, de hermosa y luenga barba roja, que permanecía allí con su cruz.

—Pero, ¿es que voy á morir?—le preguntó Koseltzof, viéndole acercarse.

El *pope* nada respondió; recitó unas oraciones, y le presentó la cruz.

La muerte no asustaba á Koselkoff; aproximando con mano débil la cruz á sus labios, lloró.

—Los franceses... ¿han sido rechazados?...—preguntó al capellán con voz firme.

—La victoria es nuestra en toda la línea—respondió éste para consolar al moribundo, ocultándole la verdad, pues el pabellón francés ondeaba ya sobre el mamelón de Malakoff.

—¡Gracias sean dadas á Dios!—murmuró el herido, cuyas lágrimas corrían, sin que él lo sintiera, por sus mejillas. El recuerdo de su hermano atravesó durante un segundo por su cerebro.—¡Dios quiera concederle la misma dicha!—murmuró.

XXV

Pero no fué tal la suerte de Volodia. Escuchando estaba una historia que refería Vassin, cuando el grito de alarma «que vienen los franceses», hizo que se le agolpara la sangre al corazón; sintió palidecer y helarse sus mejillas; quedó un segundo herido de estupor; después, mirando en torno suyo, vió á los soldados abrocharse los capotes y salir fuera, unos tras de otros, y oyó á uno de ellos, probablemente Menlikilff, decir chanceándose: «Vamos, hijos, ofrezcámosles el pan y la sal.»

Volodia y Vlang, que no se apartaban de él, salieron juntos, precipitándose á la batería. Tanto de una parte como de otra, la artillería había cesado de tirar. La despreciable y cínica pusilanimidad del *junker*, más que la sangre fria de los soldados, tuvo la virtud de reanimar el valor del alferéz.

—¿Me pareceré á él?—se dijo, lanzándose vivamente hacia el parapeto tras el cual estaban emplazados los morteros.

Desde allí vió distintamente á los franceses cruzar corriendo un espacio libre de todo obstáculo y venir derechos hacia él; sus bayonetas, brillando al sol, se agitaban en las trincheras más próximas. Un zuavo de corta estatura, de hombros cuadrados, corría, sable en mano, ante los demás, brincando los fosos. «*A metralla*»—gritó Volodia, saltando de la banqueta; pero á los soldados se les había ocurrido ya esto,

y el crujir metálico de la metralla, lanzada primero por un mortero y después por el segundo, resonó sobre su cabeza «¡Primero! ¡Segundo!»—mandó, cruzando velozmente el espacio entre las dos piezas y olvidándose por completo del peligro. Los gritos y el montar de los fusiles del batallón encargado de defender nuestra batería oíase por una parte, cuando de súbito, por la izquierda elevóse un clamor desesperado, repetido por muchas voces. «¡Vienen por retaguardia!»—y Volodia, volviéndose, divisó unos veinte franceses. Uno de ellos, buen mozo, de barba roja, corrió hacia él, y deteniéndose á diez pasos de la batería le disparó un tiro y prosiguió su carrera. Volodia, petrificado no quería creer á sus ojos. ¡Ante él, sobre el parapeto, más uniformes azules y dos franceses que clavaban ya un cañón! Excepto Menilkoff, muerto de un balazo junto á él, y de Vlang, que con los ojos bajos y el rostro inflamado por el furor, blandía el espeque, no quedaba nadie.

—Sígame V., Vladimir Semenovitch; sígame—gritó Vlang con voz desesperada, defendiéndose con la palanca contra los franceses que venían por la gola.

El aspecto amenazador del *junker* y el golpe con que derribó á uno los detuvieron—Sígame V., Vladimir Semenovitch. ¿Qué espera? ¡Huya V.!—y se precipitó á la trinchera, desde donde nuestra infantería disparaba sobre el enemigo. Volvió á salir, sin embargo, en seguida para ver qué había sido de su adorado alferez. Una masa informe, envuelta en un capote gris, yacía con el rostro hacia tierra en el lugar donde quedara Volodia, y todo el espacio aquél hallábase ocupado ya por los franceses que tiraban sobre los nuestros.

XXVI

Vlang logró encontrar su batería en la segunda línea de defensa; de los veinte soldados que la componían poco antes, ocho solamente habían quedado con vida.

Hacia las nueve de la noche, el *junker* con su gente atravesaba la bahía en un vapor con rumbo á la Severnaia. El buque iba cargado de heridos, de cañones y de caballos; el fuego había cesado en todo el campo del combate. Como la noche anterior, brillaban las estrellas en el cielo, pero el viento había arreciado y agitaba el mar. En el primero y segundo baluarte surgían numerosos fogonazos al ras del suelo que iluminaban el horizonte, precediendo á otras tantas explosiones

que sacudían la atmósfera, permitiendo ver lanzadas por el aire nubes de piedras y objetos negros de forma extraña; algo ardía cerca de los docks, y una llamarada rojiza reflejábase en el agua; el puente, cubierto por apretada muchedumbre, aparecía iluminado por los fuegos de la batería Nicolás; un haz de llamas parecía elevarse sobre el agua en la lejana punta de la batería Alejandro, iluminando la capa inferior de una nube de humo que se balanceaba encima de ella. Como la noche anterior, las luces de la escuadra enemiga brillaban á lo lejos en el mar, tranquilas é insolentes; los mástiles de nuestros buques, echados á pique y sumergiéndose poco á poco en las profundas aguas, dibujábanse sobre la roja luz del incendio. Sobre la cubierta del vapor nadie hablaba; de tiempo en tiempo, entre el cabrilleo de las ondas, hendidas por sus ruedas, y el ruido de la máquina, oíase resoplar á los caballos, cuyas herraduras golpeaban la tablazón, y al capitán lanzar algunas voces de mando, así como los lamentos dolorosos de los heridos. Vlang, que no había comido desde el día antes, sacó un cantero de pan del bolsillo y mordió en él; pero al acordarse de Volodia rompió á sollozar tan ruidosamente, que llamó la atención de los soldados.

—¡Mira! come pan y llora nuestro Vlang—dijo Vassin.

—¡Es extraño!—añadió otro.

—Mira allí; han quemado nuestros cuarteles—prosiguió suspirando.—¡Cuántos han muerto de los nuestros! ¡Y á pesar de todo, los franceses han entrado...!

—Y á duras penas hemos logrado escapar vivos; hay que dar gracias á Dios—agregó Vassin.

—¡Lo mismo da; es desesperante...!

—¿Por qué? ¿Crees que les irá bien ahí? Espérate; ya verás cómo lo recobramos. ¡Perderemos más gente, es posible; pero, tan verdad como que Dios es Santo, que si el emperador lo manda, se recobrará! ¿Crees que se les ha dejado de cualquier modo? ¡Vaya! no les quedan sino cuatro paredes; han sido volado los atrincheramientos. Han conseguido plantar su bandera sobre el Mamelón, es cierto; pero no se arriesgarán á entrar en la ciudad.

—Espérate un poco, no quedaremos en deuda contigo. Danos tiempo tan sólo—exclamó, mirando hacia las posiciones de los franceses.

—Así será; de seguro—añadió otro convencidamente.

En toda la línea de los baluartes de Sebastopol, donde durante meses enteros alentó la vida ardiente y enérgica; donde durante meses sólo la muerte relevaba á los héroes que

agonizando unos tras otros inspiraban el terror, el odio y hasta la admiración del enemigo; sobre aquellos baluartes, repito, no se veía ya un alma; todo estaba muerto, feroz, espantoso, pero no en silencio, que todo iba desplomándose en aquel contorno con hórrido fracaso. Sobre la tierra, agrietada por reciente explosión, yacían esparcidas cureñas rotas y cadáveres rusos y franceses aplastados; enormes cañones de hierro fundido, que rodaron al foso á impulsos de terrible fuerza, medio enterrados en el suelo y mudos para siempre; bombas, balas, fragmentos de vigas, zanjas, armaduras de los blindajes y más cadáveres aún con capotes azules ó grises que parecían sacudidos por supremas convulsiones, y á los que iluminaba á intervalos el rojo resplandor de las explosiones que hacían retemblar el aire.

El enemigo veía bien claro que algo insólito ocurría en el formidable Sebastopol; y aquellas explosiones, aquel silencio de muerte en los baluartes hacíale temblar; bajo la impresión de la resistencia tranquila y firme de aquella postrera jornada, no se atrevía aún á creer en la desaparición de su invencible adversario, y esperaba con ansiedad, callado é inmóvil, el fin de aquella noche lúgubre.

El ejército de Sebastopol, semejante á un mar cuya masa líquida, inquieta y azulada, se extiende y se desborda, avanzaba con lentitud en la noche sombría, ondulando en la oscuridad impenetrable por el puente de la bahía, dirigiéndose á la Severnaia; alejándose de aquellos lugares en los que habían sucumbido en tan crecido número los héroes que regaran con su sangre; de aquellos lugares defendidos durante once meses contra un enemigo dos veces superior en fuerza, y los cuales había recibido orden de abandonar aquel mismo día, sin combatir.

La primera impresión causada por aquella *orden del día*, oprimió pesadamente el corazón de los rusos; después, el temor de la persecución fué el sentimiento dominante en todos. Los soldados, hechos á batirse en los sitios que abandonaban, sintiéronse sin defensa en cuanto se alejaron de ellos; inquietos, agolpábanse en la entrada del puente, sacudido por ráfagas violentas. A través de la aglomeración de regimientos, de milicias, de carruajes, echándose unos sobre otros; la infantería, cuyos fusiles chocaban entre sí, y los oficiales de órdenes á duras penas podían abrirse camino; los vecinos y los sirvientes militares que acompañaban á los bagajes, pedían llorando que los dejaran pasar, mientras que la artillería, presurosa por alejarse, rodaba con

estrépito al descender á la bahía.

Aunque la atención se viera distraída por mil detalles, el sentimiento de la conservación y el deseo de huir lo más pronto posible de aquel lugar terrible, invadía el espíritu de cada cual, así del soldado mortalmente herido, echado entre otros quinientos infelices sobre las losas del muelle Pablo y pidiendo á Dios la muerte, como del miliciano rendido, que haciendo el postrer esfuerzo, penetra en la compacta multitud para dejar camino libre á un jefe; como del general que pide paso con voz imperiosa deteniendo á los soldados impacientes, ó del marinero perdido entre un batallón en marcha y casi ahogado por la muchedumbre en movimiento; y del oficial herido á quien trasportan cuatro soldados que, detenidos por el tropel, dejan en el suelo la camilla junto á la batería Nicolás; y del veterano artillero que durante diez y seis años no se separó del cañón y que con ayuda de sus compañeros y por orden, para él incomprensible, de su jefe, apréstase á volcarlo de un golpe en la bahía, y en fin, de los marinos que acaban de echar á pique sus buques y que reman con vigor al alejarse en los botes y falúas. Al llegar al extremo del puente, cada soldado, con poquísimas excepciones, se descubría persignándose; pero además de este sentimiento experimentaba otro, más acerbo, más profundo: una sensación próxima al arrepentimiento, á la vergüenza, al odio, y con indescriptible amargura en el corazón, suspiraban todos penosamente, proferían entre dientes terrible amenaza contra el enemigo y lanzaban al llegar á la costa Norte, la última mirada sobre Sebastopol abandonado.

Conde León Tolstoy.

EL REY APEPÍ

I

Una tarde, al salir del casino donde había comido, el marqués de Miraval encontró en casa una carta de su sobrina la señora de Penneville, quien le escribía desde Vichy:

«Mi querido tío: Las aguas me han sentado bien, y hasta hoy tenía motivos para estar satisfecha de mi curación; pero el buen efecto que esperaba temo que se eche á perder con la mala noticia que acabo de recibir ahora mismo y que me causa un indecible trastorno. Los médicos dicen que el primer deber de los que padecen hepatitis es no pasar penas por nada; yo no me las tomo, pero me las dan. Me vuelvo los sesos agua pensando en una tal señora Corneuil, así la llaman. No había oído nombrar nunca á esta mujer, y sin conocerla la aborrezco. V. siempre ha sido muy curioso y muy relacionado. Mi querido tío, de seguro que está V. al cabo de la calle: dígame á escape quién es la señora Corneuil. Me interesa mucho; ya le diré por qué.»

El marqués de Miraval era un antiguo diplomático, que comenzó su carrera reinando Luis Felipe, y que bajo el Imperio había ocupado honrosamente varios puestos de segundo orden, con los cuales se satisfizo su ambición. Cuando le jubiló la revolución del 4 de Setiembre, tomó la cosa á lo filósofo. No padecía ninguna hepatitis crónica, como su sobrina; no le molestaban lo más mínimo el hígado ni la bilis. Tenía salud, un estómago de hierro, buenos piés, buena vista y doscientas mil libras de renta, lo cual nunca echa ninguna cosa á

perder. Como veía el lado bueno de todas ellas, felicitábase de haber llegado á los sesenta y cinco años de edad conservando todo el pelo, aunque blanco como la nieve; pero no le dió por teñírselo. Con claro ingenio y buen carácter, estimaba que la naturaleza todo lo hace á propósito, que sabe mejor que nosotros lo que nos conviene, que después de todo es una buena maestra, y, en último término, una señora omniponte, que es inútil contrariarla y ridículo disputar contra ella, que encima de eso todas las edades tienen sus placeres, y que después de haber vivido mal que bien no es desagradable emplear siquiera diez añitos en ver vivir á los otros, riéndose bajo cuerda de sus majaderías: «Yo no las hago ya, pero las comprendo todas.»

Si no agradecía á la vejez el que hubiese blanqueado su abundante cabellera de color de avellana, que algún tiempo atrás le envaneciera, en cambio el Marqués perdonaba con facilidad á las revoluciones el haber interrumpido antes de tiempo su carrera. Siempre hay veinticuatro horas para maldecir á nuestros jueces; después de haber aliviado su despecho con algunos epigramas bien asestados, el señor de Miraval se consoló muy pronto de un suceso que le condenaba á no ser ya nada dentro del Estado, pero que en desquite le había devuelto la independencia.

La libertad había sido siemper para él el más preciado de los bienes; creía que el hombre feliz es aquel que se pertenece á sí mismo y gobierna su vida á su antojo. Por eso, después de haber estado casado durante dos años, resolvió permanecer viudo. En vano le apremiaban á que se volviera á casar; contestó como un pintor célebre: «¿Tan grato es al volver á casa encontrarse allí con una extraña?» Gustábale más ir en busca de las extrañas á sus mismas casas, y con frecuencia había sido bien acogido por ellas. Pero nunca había tomado á las mujeres muy por lo serio; era un poco escéptico en lo que á esto concierne, y las había abandonado antes de que le abandonasen á él. A los cincuenta años echó el torno y á los sesenta desenganchó. El marqués de Miraval era un hombre prudente, otros dirán que un egoista; distinción que no siempre es fácil de hacer.

Pero fuese egoista ó prudente, el marqués de Miraval profesaba sincero afecto á su sobrina la condesa de Penneville, y apresuróse á contestar á su carta á correo vuelto; no hay que hacerles aguardar á los hepáticos. Su respuesta hallábase concebida en estos términos:

«Mi querida Matilde: Siento infi-

nito que te molesten en tu tratamiento, dándote enojos y cuidados; es la peor enfermedad, aunque no mortal. Pero, ¿de qué se trata y qué tiene que ver en ello la señora Corneuil? ¿Qué puede haber de común entre esta mujer, á quien no conoces, y la condesa de Penneville? Pido prontas aclaraciones. En espera de ellas y puesto que así lo quieres, voy á explicarte lo mejor que pueda quién es la señora Corneuil, á quien jamás he visto; pero conozco gentes que la conocen.

»¿Es posible, querida Matilde, que hasta hoy nunca hayas oído hablar de la señora Corneuil? Eso me disgusta pues prueba que eres una mujer sin letras, que no lee nada, ni siquiera la *Gaceta de los Tribunales*. No vayas por eso á figurarte que la señora Corneuil sea una encubridora de ladrones ó una envenenadora, ni que le hayan formado nunca ninguna causa criminal; sino que hace seis ó siete años se separó del señor Corneuil. Este asunto metió un poco de ruido; he aquí la historia, por lo que recuerdo de ella.

»El señor Corneuil era en otro tiempo cónsul general de Francia en Alejandría. Pasaba por un buen agente, á quien sólo se le vituperaba el tener el genio un poco brusco. Un pecado venial. En el país del *curbach* es preciso saber en ocasiones atropellar hombres y cosas. Cuando un oriental no es de nuestro parecer y pide demasiado caro por cambiar de él, el único medio de convencerle es estrangularle; pero no, esto no tiene que ver con mi asunto. Una casualidad feliz para unos y desgraciada para otros, hizo que en los muelles de Alejandría desembarcase un tal señor Véretz, ínfimo agente de negocios que los hizo muy malos en París, y por librarse de sus acreedores llegaba á todo correr á la tierra de los Faraones para probar fortuna; según parece, un pelafustán, de una moralidad dudosa y de una reputación más que equívoca. El señor Véretz tenía una hija, de diez y ocho años, lindísima hasta arrebatar. Las crónicas no dicen nada acerca de dónde y cómo la conoció el señor Corneuil; sólo nos advierten que este cabezudo tenía un corazón inflamable y no sabía negar ninguna cosa á su imaginación. Desde su primer encuentro con esta bella criatura, quedó perdidamente enamorado de ella. Preténdese que quiso tratar de satisfacer su gusto sin casarse; creía tratar con una de esas inocencias muy despabiladas, que con facilidad se dan á razones. Se engañó de medio á medio: habíase dirigido á un dragón de virtud. Todo lo ofreció, y fué rechazado con pérdidas é indignación. Si no hubiese dependido

más que del señor Véretz, pronto hubieran estado de acuerdo. Por suerte para la señorita Hortensia Véretz, tenía una madre muy hábil, lo cual es una gran bendición para una hija. Al cabo de algunas semanas de inútiles persecuciones, el señor Corneuil se resolvió á la postre á dar el paso decisivo. Ese cónsul general, poseedor de una fortuna, tomó el partido de casarse por sus lindos ojos con una mujer que no tenía un céntimo y cuyo padre era un hombre desconceptuado; y además se casó con ella sin contrato, bajo el régimen de comunidad de bienes. Esto produjo un escándalo; le echaron en cara su suegro, hubo una chillería contra él. Vióse reducido á dar su dimisión, y abandonó el Egipto para volverse á Périgueux, su ciudad natal, á lo que le animó su joven y bonita mujer, á quien le faltaba tiempo para alejarse por siempre de un padre comprometedor é ir á gozar en Francia de su nueva fortuna. Recuerdo haber sabido esta historia en el ministerio de Estado, donde fué la comidilla durante ocho días, y después hablaron de otras cosas. Pero el excónsul no había llegado al límite de sus penas. Cuatro años más tarde la señora Corneuil entabló demanda de separación de cuerpo y bienes. Su madre la había acompañado á Périgueux. Cuando se tiene la suerte de poseer una madre hábil, es preciso no separarse nunca de ella, y lo mejor es dirigirse siempre por sus consejos.

»¿Por qué se ha separado de su marido la señora Corneuil? Fué de oir acerca de ello á los abogados. Uno y otro estuvieron admirables, desplegaron todos los recursos de su facundia. Esas dos oraciones forenses, en que el epigrama alternaba con el apóstrofe y éste con la invectiva, fueron dos platos fuertes de que se atiborró la maledicencia pública. Se me han olvidado los detalles y no tengo á mano la *Gaceta de los Tribunales;* pero no importa, estoy seguro de lo que afirmo sobre el particular. El letrado Papin, abogado de la demandante, uno de los príncipes del foro, llegado de París para ese efecto, declaró que el señor Corneuil era un mal hombre, un gaznápiro de á folio, y que la señora Corneuil era de un natural exquisito, de un carácter angelical. Puso al cielo por testigo de que ese monstruo, después de haber amado á este ángel, se hastió de su felicidad, de la que era indigno; que había puesto en uso los procederes más irritantes, y que, no contento con tener queridas y hacer ostentación de ellas, habíase entregado á odiosos arrebatos, complicados con verdaderas vías de hecho, verdaderas sevicias. A esto repli-

có el letrado Viriou que, si su cliente había tenido la imprudencia de abandonarse ante testigos, á sensibles vivezas de carácter, no era un monstruo; y que si la demandante era una criatura angélica, en el untuoso corazón de ese ángel había mucho vinagre y sobre todo mucho cálculo. Se esforzó por demostrar al tribunal que el señor Corneuil no había cometido sino extravíos muy excusables, pero que su mujer le imputaba como un crimen el que se obstinase en vivir en Périgueux, donde ella se aburría; y que no habiendo logrado persuadirle de que trasladase el domicilio conyugal á París (única residencia digna de sus gracias y de su genio, en sentir de ella), había formado el proyecto de reconquistar la independencia, y para eso había puesto su empeño con arte maquiavélico en hacerle cometer faltas, que había hecho inaguantable el hogar con lo adusto de su humor, con esos mil alfilerazos cuyo secreto poseen los ángeles y que sacan de quicio á hombres que no son mónstruos. ¿Era tan culpable él sin ventura por haber tratado de consolarse? Lo repito: los dos abogados hicieron prodigios. Lo difícil era saber quién mentía; en cuanto á mí, los hubiera despachado á ambos con cajas destempladas. Lo cierto es que el tribunal dió la razón al letrado Papin. Se dictó sentencia de separación, y la mitad de los bienes se adjudicaron á la señora de Corneuil. Sin embargo, el letrado Viriou no había de todo punto mentido, puesto que seis meses después del fallo, la señora Corneuil partió para París en compañía de su madre.

»Preveo, querida Matilde, que me preguntarás qué habrá sido en París de la hermosa señora Corneuil; no lo que tú piensas. Tres caminatas me di esta mañana con el único fin de poderte informar; no me lo agradezcas; en extremo me gusta corretear. La señora Corneuil no ha logrado aún todas sus secretas ambiciones. No puede decir: «¡Al cabo llegué, ya estoy aquí!» Pero está en buen camino. La mariposa no se ha despojado por completo de su crisálida; tiene paciencia; algún día desplegará las alas y saldrá triunfante de su estuche. Sin embargo, la señora Corneuil recibe, da banquetes, tiene reuniones. Una mujer bonita, que tiene una madre hábil y un buen jefe de cocina, no tiene el temor de que la dejen consumirse en la soledad. En otro tiempo acudían á su casa muchos literatos, sobre todo de los que pertenecen á la nueva escuela, á esa que llaman el partido de los jóvenes. ¡Buen provecho les haga! Entre ellos los hay de talento y con porvenir; otros hay

de quienes asegúrase que sus novedades no son nuevas y que su juventud huele un poco á rancio; pero nada tengo que ver en eso. Esto no les impide tener buen diente, y en casa de la señora Corneuil se come muy bien. No se contentaba con dar pasto á la literatura, sino que la cultivaba ella misma; y empleaba á sus contertulios jóvenes en escribir articulejos encomiásticos para ella en los periodiquillos. Los estómagos agradecidos son excelentes trompetas de la fama; y, por encima de todo, es bastante rica para pagar su gloria.

»Diez y ocho meses después de instalarse en París publicó una novela, que por la mayor de las casualidades llegó á mis manos. Te confieso que no la he leído hasta el final: no se le puede exigir á un hombre todas las clases que hay de valor. Comenzaba la cosa por la descripción de una niebla. Al cabo de diez páginas (¡bendito sea el cielo!) despejábase la niebla y aparecía una mujer en una victoria. Recuerdo que aquel carruaje procedía de la casa Binder; y recuerdo también que aquella mujer, cuyo corazón era un abismo, calzaba guantes del seis y cuarto, tenía en la sién derecha tres pecas, ni más ni menos, «palpitantes alas de nariz, inimitables redondeces de brazos, y silencios anhelantes». No sé si te pasa como á mí: la algarabía y las descripciones me dan miedo, y huyo. Soy tan duro de meollo que no veo aquella mujer, cuyo retrato ha causado tantas fatigas á su autor; el bueno de Homero, que no era ningún joven, se limitó á decirme que Aquiles era rubio, y le veo. En fin, ¿qué quieres? Tal es la moda del día. Llaman á eso estudiar... ¿cómo dicen?... estudiar los documentos humanos; y parece ser que nadie había parado mientes en ello hasta hoy, ni siquiera mi viejo amigo Fielding, á quien leo y releo todos los años. Documentad á vuestras anchas, hijos míos, é id á comer á casa de la señora Corneuil, que sólo recibe á las gentes que documentan. No me gustan mucho los pedantes en serio, pero tengo santo horror á la pedantería aplicada á las insignificancias; como ya no soy joven, soy de la opinión de Voltaire, á quien no le agradaba que se discutiese con pesadez lo que no vale la pena de advertirse de ligero.

»Pena me da decirlo: la novela de la señora Corneuil cayó de bruces, y eso que pretenden que le fué inspirada y corregida por otro. Trató de desquitarse con los versos y publicó un tomo de sonetos; por supuesto que en ellos no se mentaba para nada al señor Corneuil. Eran versos escritos á vuela pluma, pero por una pluma cortada por un án-

gel, y llenos de sentimientos exquisitos, suaves, refinados. Regla general: cuando las mujeres separadas hacen sonetos, estos sonetos son siempre sublimes. Por desgracia, lo sublime no se vende. Esto fué una pena cruel para la señora Corneuil, quien al punto rifó con las musas y despachó á su apuntador.

»Todos los grandes artistas, lo mismo Mozart que el señor Talleyrand, Rafael como el señor de Bismarck, han tenido varias maneras.

»La señora Corneuil juzgó oportuno cambiar la suya. Reformó el tren de su casa, la cocina, el mobiliario, el vestir. Su humor adquirió gravedad; le entró un repentino gusto por los tronos neutros, por las conversaciones severas, por la metafísica y por las cintas de color de hoja seca. Esta hermosa rubia notó que no valía todo su precio sino destacándose á medias tintas en un salón amueblado con gente seria. Se impuso la tarea de purificar el suyo; con mucha suavidad puso á la puerta á la mayoría de aquellos caballeretes, por lo menos á los más bullangueros, los que frecuentaban los bastidores y solían contar anécdotas picantes. Estaba cansada de barullos; había descubierto que valía más la consideración personal y social, aunque se comprara con un poco de aburrimiento. Se esforzó por atraer á su casa hombres respetables, personajes, y sobre todo mujeres irreprochables. La cosa era difícil; pero con un poco de trabajo y mucha perseverancia, una ambiciosa que no teme aburrirse lo consigue todo. Ya no hacía sonetos ni novelas; se entregó de lleno á las obras de caridad.

»La caridad, mi querida Matilde, es á la vez y según los casos la más hermosa de las virtudes ó la más útil de las industrias. Tú tienes tus pobres, y sólo Dios pudiera decirnos cuánto los amas, cómo los cuidas, de qué manera los conservas; mas, de seguro, nunca sabrá tu mano izquierda lo que hace tu derecha. Ignoro si la señora Corneuil habrá visto á menudo pobres del uno ó del otro sexo; en cambio, va y viene, se agita, se entromete, perora, forma parte de seis comisiones y doce subcomisiones; es una postulante incomparable, una cajera muy perita, una tesorera muy ducha, una vicepresidenta cabal. Sí, querida, dícese que nadie preside como ella. He ahí unos famosos puestos, y el mejor medio de introducirse en sociedad. Añadiré que, si ya no hace versos, en cambio no ha renunciado á la prosa. Ha compuesto un elocuente tratado sobre el *Apostolado de la mujer*, que se vende á beneficio de un nuevo asilo, y que está en la quinta edición. Los sonetos eran sublimes; su tratado es archisubli-

me. Es una amalgama de ternuras á lo San Francisco de Sales y de sutilezas á lo Santa Teresa. Nunca se ha puesto una aspiración tan alta á nuestra pobre especie humana: ya no era aquello aire respirable, sino éter purísimo. Sería curioso saber qué han pensado acerca de eso el señor Corneuil y Périgueux.

»El barbilindo que me ha suministrado estos detalles hablaba en tono zumbón; se me ocurrió preguntarle... Pero me interrumpió, diciéndome: «No se sabe nada sobre ese particular; aquellos á quienes haya hecho felices han sido discretos. A mi parecer, es fría como el hielo; y si alguna vez ha cometido una falta, será porque le haya traído cuenta. Pesca á caña tendida: si pica el pez, peor para él; ella no tiene nada que ver en eso. Lo cierto es que tiene oídos de mojigata, y quiere que la traten como una divinidad, que la alimenten de ambrosía, sin escatimarle el incienso. Dudo que tenga en gran estima interior su virtud; pero atiende mucho á su reputación, por cuidarse de lo por venir. Aspira á ser una potencia, á ser algo en política; y como está persuadida de que el señor Corneuil no durará mucho, su sueño dorado es casarse algún día con una persona de ilustre apellido ó con un diputado; en este caso, ella será á su vez quien lo dirija.» El barbilindo me decía todo esto con acritud. En el curso de la conversación supe que desde hace un año no ha comido ni puesto los piés en casa de la señora Corneuil. De esto he deducido que se meció en audaces esperanzas, que fué muy atrevido, y que el día de la limpieza del salón famoso no se encontró hacia el lado del mango de la escobilla. Montesquieu tenía la costumbre de decir: «El Padre Tournemine y yo nos hemos amoscado, y no debe creérsenos cuando hablemos uno de otro.» Yo no creo sino á medias los relatos de mi joven, y sospecho que haya cargado la mano á los colores. ¡Con que fíate de dar comidas á las gentes! ¡Buena engañifa para los anfitriones!

»Aquí tienes mis informes, querida Matilde; dime qué piensas hacer con ellos. Pero por encima de todo, tu viejo tío te abraza con ternura, sintiendo un poquillo que no sea de veras.

»*P. S.*—Vuelvo á abrir mi carta. Salía para echarla en el buzón al irme á comer, cuando por favor del cielo me encontré esquina á la calle de Choiseul al letrado Papin, cuya elocuencia hizo ganar en otro tiempo su causa á la amable mujer que has tomado entre ojos, no se sabe por qué. Habíale consultado en una ocasión acerca de un asunto que me recomendaron, quedamos muy bue-

nos amigos, y como sabía yo que había quedado en las mejores relaciones con su rubia cliente, me acerqué para pedirle noticias de ella. Querida, las historias del buen barbilindo hay que ponerlas en cuarentena; por lo menos no está al corriente. La señora Corneuil ha vuelto á cambiar de manera; empiezo á creer que cambia demasiado á menudo. Temo que no tenga ese espíritu tenaz y esa perseverancia necesarios para las grandes empresas; los impacientes que proceden con arranques bruscos, me hacen dudar de su porvenir. A las primeras palabras que le dije, el letrado Papin se puso finchado, se cargó de hombros con ese ademán propio de los abogados, como un hombre que lleva el universo encima de su robusta espalda y que se arquea para no dejárselo caer. Con el mismo tono con que apostrofa en estrados al fiscal, exclamó:—Señor Marqués, esa mujer es sencillamente un portento de virtudes cristianas. Hace diez y ocho meses supo que su marido estaba gravemente enfermo del pecho. ¿Y qué hizo? Olvidando sus agravios, sus legítimos resentimientos, ha corrido á buscarlo á Périgueux, y se ha reconciliado con él. Aconsejaron al señor Corneuil que partiese para Egipto, y ella todo lo abandonó por acompañarle y convertirse en la enfermera de un hombre brutal, cuyas violencias habían puesto en peligro sus días. ¿Tuve razón, sí ó no, para afirmar en la audiencia que la señora Corneuil es un ángel?—¡Tate!—le dije—no se entusiasme V. Admiro tanto como V. ese hermoso rasgo, pero mi querido licenciado, ¿no pudiera suceder que después de haber obtenido la mitad de la fortuna gracias á V., se propusiera ese ángel conseguir el resto por vía de herencia? Hizo un ademán de indignación, y encorvó más la espalda, replicando:—¡Ah! señor Marqués, V. no ha creído nunca en las mujeres, es V. un terrible escéptico. Le miré y me miró, me reí y se rió; creo que debíamos de parecernos entonces á los arúspices de Cicerón.

»Lo mejor del caso, querida Matilde, es que ya no necesitas explicarme nada. Escúchame bien; he aquí exactamente lo que ha pasado. Tu hijo Horacio, ese egiptólogo de tan grandes esperanzas, que me dispensa el honor de ser sobrino mío, hace dos años que está en Egipto. Ha encontrado allí una hermosa rubia, y por primera vez ha hablado su corazón; no ha podido contenerse sin escribírtelo; sus cartas rebosan señora Corneuil por todas partes, y tu maternal solicitud se ha soliviantado. ¿No es así? ¡Caramba! Eres ingrata con la Providencia. Mil veces vituperaste á tu hijo

el que fuera un muchacho demasiado formalote, serio en demasía, ensimismado hasta el exceso en sus caros estudios; un feroz Hipólito de la erudición, despreciador del mundo, de los placeres, de las bellas y de los negocios; sin otro ensueño que el de componer algún día un librote que revele al atónito universo secretos de cuatro mil años de fecha. A ti te halagaba hacerle entrar en el Congreso, ó en el Consejo de Estado, ó en la diplomacia; te ha entristecido con sus negativas. Desde su más tierna infancia lloraba porque le llevasen al museo egipcio del Louvre. Con los ojos cerrados hubiera podido decir lo que contenían el armario K ó el escaparate Q de la sala de monumentos religiosos. Yo no tengo la culpa; yo no lo he formado.

»Este joven verdaderamente extraordinario nunca se enamoró más que de la diosa Isis, mujer y hermana de Osiris; es la única intriga comprometedora que tiene sobre sí. Nunca se ha interesado sino por los acontecimientos que pudieran ocurrir bajo el reinado de Sesostris el Grande; las discusiones más apasionadas de nuestros diputados y hasta las frases de plazuela que pueden decirse unos á otros le han parecido siempre insípidas comparadas con la historia íntima de los Faraones. A todos los esparcimientos que siempre le has propuesto, prefería un papiro montado en lienzo ó en cartón, la mascarilla de una momia, el gavilán, símbolo de las almas, ó un lindo escarabajo dorado, emblema de la inmortalidad. Hablo de ello con conocimiento de causa: me distinguía con sus confidencias. La última vez que le vi (me acordaré por largo tiempo) le encontré encerrado con un texto jeroglífico, dispuesto en columnas retrógradas y adornado con figuras al contorno. Dió muestras de mal humor por verse perturbado en su voluptuosa cita á solas. En lo alto del manuscrito veíase un hombre de rostro amarillo, cabellos pintados de azul, ornada la frente con un capullo de loto y una gran mitra blanca. Puse el dedo en una de las columnas retrógradas, y dije á ese querido muchacho: «Gran descifrador, ¿qué puede significar ese embolismo?» Y me respondió sin enfadarse: «Mi querido tío, ese embolismo, que si V. no lo lleva á mal, es muy claro y de mayor importancia, significa que el intendente de los rebaños de Ammón, grámmata principal, Amen-Heb el verídico, y que le ama su mujer, la señora que constituye todas sus delicias, Amen-Apt la verídica, presentan sus homenajes á Osiris, habitante de la región occidental, señor de los tiempos, á Ptah-Sokari,

señor de la tumba, y al gran Tum, que ha hecho el cielo y creado los espíritus que salen de la tierra...» Escuchábale yo con tanto interés, que al día siguiente creyó dispensarme un favor enviándome escrita la historia completa de Amen-Heb. La leo una vez cada año, el día de San Horacio. ¿Habrá quien me acuse de descuidar mis deberes de tío segundo?

»No lo niegues, querida, este furor era tu desesperación. Pues ahora ¿de qué te quejas? Ahí tienes un chico casi en salvo. El cielo es quien le ha encaminado á la señora Corneuil; ella le enseñará muchas cosas que ignora y le hará olvidar otras muchas, haciéndole beber en sus hermosos ojos el olvido de Amenofis III, de la décima octava dinastía de Amen-Apt la verídica y del hombre de la gran mitra blanca. No le envidies sus tardíos placeres, sin contar con que se debe ser caritativo con una pobre enfermera. ¿Encontrarás culpable á esta santa mujer porque descanse de sus fatigas en la sociedad de un hombre joven y guapo, que la dice ternezas mientras la ayuda á preparar las tisanas. Todo va bien, querida Matilde. Puesto que se me presenta ocasión de confesártelo, te diré que me mortificaba un poco eso de pensar en que Horacio, mi futuro heredero, hubiera llegado á la edad de veintiocho años sin que nadie le conociese una querida; su aventura me regocija mucho, y me dan tentaciones de mandarla poner en los periódicos. Pero tú misma convén en ello... Por más que digan las madres, nada les humilla tanto como tener un hijo á quien la sociedad acusa de ser demasiado formalote: es una afrenta que se les hace y que les cuesta trabajo digerir. ¡Dios bendiga á la señora Corneuil! La diosa Isis ha encontrado con quien hablar. Escribe acto continuo que he acertado, y que, después de reflexionarlo, estás tan contenta como yo.»

A los dos días, el marqués de Miraval recibió de su sobrina esta breve respuesta:

«Mi querido tío: La carta de V. y los informes que ha tenido la bondad de proporcionarme han redoblado mi inquietud. No dude V. ni un sólo instante de que el joven reñido con la señora Corneuil dijo la pura verdad; tenemos que habérnoslas con una intrigante. ¿Por qué hemos de consentir que Horacio se haya dejado coger en sus redes? Desde que tuve la desgracia de perder mi marido, en todos los casos importantes ha sido V. mi consejero único y mi supremo recurso. Nunca tuve mayor necesidad que

hoy de su ayuda. Sé que es cruel arrancar á V. de su querido París, pero conozco sus buenos sentimientos respecto á mí, su solicitud por los intereses de nuestra familia, su amistad casi paternal con ese pobre y absurdo Horacio. Se lo suplico. venga V. en mi busca á Vichy; formaremos juntos nuestro plán. Le llamo á V. y le espero.»

La señora Penneville tenía razón al creer que á su tío le costase gran trabajo abandonar París; desde que ya no era diplomático no podía estar á gusto en ninguna otra parte. En los ardientes meses del estío, cuando todo el mundo se marcha de allí, él no se cuidaba de irse. Prefería á los más hermosos montes de abetos, los barnices del Japón y los olmos nuevos de menudas hojas que veía desde la terraza de su casino, donde pasaba la mayor parte de los días y hasta de las noches. Sin embargo, este egoista ó este sabio siempre veló de todo corazón por los intereses de su sobrino, á quien destinaba su herencia; además, era curioso y no se lo ocultaba. Ordenó á su ayuda de cámara, suspirando, que preparase las maletas; y aquella misma noche salió para Vichy.

Prevenida de ello por un telegrama, la señora de Penneville le esperaba en la estación. En cuanto le vió desde lejos, fué corriendo á su encuentro y le dijo:

—¡Figúrese V. que aquella mujer es viuda, y se le ha puesto en la cabeza casarse con ella!

—¡Ah, pobre madre!—exclamó el Marqués.—Ahora sí que convengo en ello: el caso es grave.

II

El marqués de Miraval no se habia equivocado en sus conjeturas: las cosas habían ocurrido poco más ó menos como se las figuró. El conde Horacio de Penneville había conocido en el Cairo á una hermosa rubia, y por la primera vez de su vida quedó preso su corazón. Habíanse encontrado en el *New-Hotel;* desde los primeros días, la señora Corneuil hizo lo posible por atraerse las miradas y los pensamientos del joven. Habiendo parecido reanimarse el señor Corneuil hasta el punto de poderse pasar sin su enfermera, aprovecharon esa engañosa mejoría para visitar juntos el museo de Bulak, los subterráneos del Serapeum, las pirámides de Gizeh y de Sakkarah. Horacio había tomado por lo serio su papel de guía; se impuso la obligación y el gusto de explicar el Egipto á la se-

ñora Corneuil, y la señora Corneuil escuchó todas sus explicaciones con profundo recogimiento y una atención conmovida, con la cual mezclábase á intervalos amables transportes. Estaba como absorta y palpitante; en el fondo de sus ojos ardía una llama intensa; poseía como nadie el arte de escuchar con los ojos. No le costó ningún trabajo admitir que Moisés vivió reinando Rhamsés II; pareció encantada al saber que la segunda dinastía reinó trescientos dos años, que Menes natural de Thinis, y que la gran pirámide de escalones fué construida por Kekeú, el Cécous de Manethón, por quien fué establecido el culto del buey Apis, manifestación viva del dios Ptah, experimentaba un entusiasmo de neófito al hacerse iniciar en los sagrados misterios de la cronología egipcia; declaró que era la más hermosa de las ciencias y el más dulce de los pasatiempos; juró aprender á descifrar los jeroglíficos.

El hecho decisivo ocurrió en una visita á la tumba de Ti, á la rojiza claridad de las antorchas. Examinaban con una especie de éxtasis todos los cuadros grabados en las paredes de cada una de las cámaras funerarias. Hay uno que representa un cazador sentado en una basca, en medio de una laguna donde nadan hipopótamos y cocodrilos. Al inclinarse ambos para mirar estos cocodrilos, la señora Corneuil, absorta en su contemplación, hizo un movimiento en falso y su mejilla rozó con la del joven; éste sintió un estremecimiento que hasta entonces nunca había sentido. Salió primero ella del sepulcro; al reunírsele él, quedóse como deslumbrado. Descubrió de pronto que tenía un porte de reina, ojos garzos mezcla de pardo y amarillo, los cabellos más admirables del mundo, que era hermosa como un ensueño y que la amaba como un loco.

Algunas semanas después el señor Corneuil había entregado el alma á Dios, legando todos sus bienes á su mujer, quien le había cuidado con heroica paciencia, justo es decirlo. La vispera del día en que iba á embarcarse para llevar á Périgueux un féretro emplomado, Horacio la pidió por favor un instante de entrevista; y por la noche, en la terraza del *New-Hotel,* bajo el estrellado cielo de Egipto, con una brisa deliciosa donde flotaban las grandes sombras vagarosas de los Faraones, confesóla él su pasión é intentó arrancarle la promesa de que antes de un año sería suya para toda la vida. Entonces pudo conocer toda la delicadeza de aquel corazón selecto. Con los ojos bajos le echó en cara su amor, haciéndole presente que aún estaba el muerto sin en-

terrar, y que la repugnaba unir las rosas con los cipreses y los pensamientos amorosos con los largos velos de crespón. Pero le permitía escribirla, y se comprometió ella misma á darle contestación dentro de seis meses; al abandonarle, tenía en sus labios una sonrisa infinitamente púdica, pero muy alentadora. El remontó el Nilo y llegó al Alto Egipto, contento con pasar sus meses de espera en la soledad de una Tebaida, donde los días tienen más de veinticuatro horas; todas son pocas cuando hay que descifrar jeroglíficos pensando en la señora Corneuil. Los cocodrilos debían representar un gran papel en esta historia. Estaba Horacio en Keri ó Crocodilópolis cuando recibió una carta perfumada y verdaderamente exquisita destinada á hacerle saber que la mujer adorada pasaría el estío con su madre á orillas del lago Leman, en una fonda situada á algunos pasos de Lausanne, y que si el conde de Penneville se presentaba allí no tendría necesidad de llamar dos veces á la puerta para que se abriese. Partió como una flecha y se fué de un tirón hasta Lausanne. Desde allí escribió á la señora de Penneville una carta de doce carillas, refiriéndola su feliz aventura con efusiones de ternezas y de alegría muy propias para desesperarla.

Tío y sobrina emplearon toda la velada en charlar, en deliberar, en discutir. Como suele suceder en casos tales, repetían hasta veinte veces las mismas cosas; eso no hace adelantar nada, pero alivia. El señor de Miraval, que rara vez la tomaba por lo trágico, empeñábase en consolar á la Condesa; ésta hallábase inconsolable.

—De buena fe—decía—¿puede V. esperar que considere á sangre fría la perspectiva de tener por nuera una criatura que no se sabe de dónde ha salido, hija de un hombre desconceptuado, una señorita de pan pringado que se casó con un hombre de poco fuste y se separó de él para ir á correrla en París; una mujer cuyo nombre se ha arrastrado por las columnas de la *Gaceta de los Tribunales*, una mujer que describe nieblas, que compone sonetos y que (estoy segura de ello) lo menos ha tenido diez aventuras?

—Yo no sé si la cuenta será exacta—respondió el Marqués—pero es lo cierto que mucho antes de nacer nosotros ya se dijo que los seres más peligrosos del universo son las serpientes de sonajas y las mujeres de sonetos. Pueden apostarse diez contra uno á que ésta es una intrigante, y que el asunto será muy desagradable.

—¡Horacio, desconsolador Hora-

cio—exclamó la Condesa—qué pena me das! Ese muchacho tiene el corazón más noble y generoso; por desgracia, nunca ha tenido sentido común. ¿Pero podía esperarme?...

—¡Ay! sí; era de esperar—interrumpió el Marqués.—Hay que desconfiar siempre de las formalidades precoces; á menudo concluyen por catástrofes. Cien veces te he dicho, querida Matilde, que tu hijo me tenía intranquilo, que nos preparaba alguna desagradable sorpresa. Todos nacemos con cierta suma de locura que gastar; ¡feliz quien la gasta poco á poco durante su juventud! Horacio la ha aguardado entera hasta los veintiocho años, capital é intereses, y he aquí el magnífico fruto de sus ahorros. Las pequeñas locuras multiplicadas preservan de las grandes; cuando no se hace más que una sola, casi siempre es colosal y con frecuencia irreparable. Yo he sabido servirme de mi juventud; hubiera creído faltar á mis deberes más sagrados si la hubiese dejado en barbecho. A los veintidós años ya no tenían gran cosa que enseñarme las mujeres; me sabía de memoria ese lindo animal.

—¡Qué poca atención, tío!—exclamó la Condesa, un poco escandalizada.

—Mil perdones. Sólo quería darte á entender que, gracias á repetidas experiencias, terminé mi aprendizaje antes de la edad de casarse, y que si hubiera encontrado una señora Corneuil habría trabajado con ahinco por gustarla; ¡pero, un demonio hubiese yo pensado en casarme con ella!

La señora de Penneville presentó al Marqués una taza de té, azucarada por su blanca mano, y le dijo con voz cariñosa:

—Querido tío, sólo V. puede salvarnos.

—¿Por qué medio?—preguntó éste.

—¡Le profesa á V. Horacio tanto respeto, tales deferencias! Siempre ha ejercido V. gran dominio sobre él.

—¡Bah! Ya no vivimos bajo un régimen autoritario.

—Además, V. le ha permitido siempre considerarse como heredero suyo; me parece que esto le confiere á V. cierto derecho.

—¡Vaya! Los mozos que, como tu hijo, viajan por los espacios imaginarios renuncian, con facilidad á una herencia. ¿Qué son cien mil libras de renta en comparación con un lindo escarabajo, emblema de la inmortalidad?

—Tío, querido tío, estoy convencida de que si consintiese V. en ir á Lausanne...

El Marqués dió un salto, y dijo:

—¡Santo Dios! Lausanne está muy lejos.

Y exhaló un suspiro, pensando en la terraza de su casino.

—Resígnese V. á prestarme tal servicio, y le estaré eternamente agradecida. V. hará que mi querido hijo atienda á razones.

—Querida Matilde, algunas veces vuelvo á leer mis poetas latinos. Conozco uno que dijo que lo característico del amor es perder el juicio y que predicar con la razón á un enamorado equivale á decirle que sea loco con cordura, *ut cum ratione insaniat.*

—Horacio tiene corazón. Hágale V. ver que ese matrimonio me desesperaría por completo.

—Querida, ya lo sospecha él, puesto que á su vuelta de Egipto no se ha atrevido á venir á abrazarte, y está segura de que no vendrá antes de que le hayas dado tu consentimiento. Por mucho que se ame y respete á una madre, cuando un hombre está encandilado de veras... ¡Y lo que es él, vaya si lo está, justo cielo! Su carta da fe de ello: es una prosa que trasciende á fiebre y arde en un candil.

La señora de Penneville se acercó al Marqués, acarició suavemente sus cabellos blancos y echándole los brazos al cuello, le dijo:

—¡Es V. tan hábil! ¡Tiene V. un ingenio tal sutil! Aseguran que en otro tiempo ha cumplido V. misiones infinitamente delicadas, saliendo airosísimo de ellas.

—¡Aduladora! Negociar con un gobierno es cosa mucho más fácil que tratar con un enamorado conducido del ronzal por una intrigante.

—Nunca me hará creer que hay nada imposible para V.

—Has jurado picar mi amor propio. Pues bien, sea; merece intentarse la empresa. Pero, á propósito, ¿has contestado ya á la formidable carta que acabas de leerme?

—No he querido hacer nada sin concertarme con V.

—Mejor que mejor; así no hay ningún compromiso; el asunto está intacto. Vamos, mañana te diré si me decido á partir para Lausanne.

La Condesa dió fervorosas gracias al marqués de Miraval. Aún se las dió más expresivas cuando al otro día le anunció que se había resuelto y la rogó que hiciese que le condujeran á la estación. Acompañóle ella para convencerse de que no mudaba de parecer, y le dijo en el camino:

—He ahí un viaje que todas las madres de familia glorificarán; pero si lo tiene V. á bien, cuando esté por allá, comuníqueme noticias suyas con frecuencia.

—Bueno, te las comunicaré; pero con una condición.

—¿Cuál?

—Y es, que no creas ni una palabra de lo que te escriba.

—¿Qué quiere V. decir?

—También exijo que me contestes como si me creyeras, y que envíes mis cartas á Horacio recomendándole el secreto.

—Cada vez lo entiendo menos.

—¿Qué es eso de una mujer que no comprende? Las cartas ostensibles: tal es el fondo de la diplomacia. Después de todo, no es necesario que me comprendas; lo esencial es que te conformes escrupulosamente con mis intrucciones. Adiós, querida; me voy adonde me mandan el cielo y tus zalamerías. Si no salgo con bien de mi empeño, eso probará que nuestros amigos los republicanos han tenido razón para darme el retiro.

Dicho esto, abrazó á su sobrina y subió al vagón. Veinticuatro horas más tarde llegó á Lausanne, donde, después de haber tomado un cuarto en el hotel Gibbon, su primer cuidado fué proporcionarse avíos completos de pescar. En seguida, fatigado por el viaje, durmió seis horas de un tirón. En cuanto se despertó comió, y en cuanto hubo comido, hizose llevar en coche á la fonda Vallaud, situada á veinte minutos de Lausanne, en las laderas de una de las más hermosas colinas del mundo. Aquella encantadora *villa*, convertida de poco tiempo atrás en fonda, se componía de una casa común, donde el conde de Penneville ocupaba una habitación, y de un lindo *chalet* aislado en que habitaban la señora Corneuil y su madre. El *chalet* y la casa común estaban separados, ó si se quiere reunidos, por un gran parque muy umbrío, que Horacio atravesaba varias veces al día diciendo: «¿Cuándo viviremos bajo el mismo techo?» Pero hay que saber aguardar á la dicha.

En aquel momento Horacio, pluma en ristre, trabajaba en su gran *Historia de los Hicsos*, ó de los *Pastores*, ó de los *Impuros*, es decir de esos terribles nómadas cananeos que dos mil años antes de la Era Cristiana, molestados en sus campamentos por las invasiones elamitas de los reyes Chodornakhunta y Chodormabog, invadieron á su vez toda la cuenca del Nilo, entraron en ella á sangre y fuego y ocuparon durante más de cinco siglos el Centro y el Norte del Egipto. Armado con su erudición, enriquecido con nuevos documentos trabajosamente recogidos por él, había emprendido la tarea de demostrar con testimonios fidedignos que el Faraón de quien llegó á ser ministro Josef era Apofis ó Apepí, rey de los hicsos, y se vanagloriaba de probarlo tan bien que en adelante sería imposible que ni los ingenios más prevenidos sostuvieran lo con-

trario. Algunos meses antes había remitido del Cairo á París los primero capítulos de su historia, que se leyeron en su Instituto; su tesis escandalizó á algunos egiptólogos, otros encontraron en ella algo bueno, y uno de ellos escribió sobre este particular: «He aquí un principio que promete. *Macte animo, generose puer.*»

Vestido con una especie de albornoz de lana blanca, con el cuello descubierto y el cabello enmarañado, estaba puesto de codos en una mesa redonda, frente á una escribanía cuya tapa remataba en una esfinge, y su rostro expresaba contentamiento del corazón junto con una perfecta tranquilidad de conciencia. En medio de la mesa, desplegaba sus pétalos una magnífica rosa purpúrea, casi negra, que había puesto en un vaso con agua, y en la cual sumergía indiscretamente su hocico avinagrado, sin desarrugarse, una estatuilla de loza azul que representaba una diosa egipcia con cara de gata. Horacio contemplaba alternativamente á ratos ese hocico, que le era muy grato, y esa rosa cogida por la señora Corneuil para él no hacía una hora. Volviendo también á ratos los ojos hacia la ventana abierta de par en par, notaba cómo la luna llena rielaba en las temblorosas aguas del lago, formando un largo reguero de lentejuelas de oro. Pero, por gracia especial en su estado, no dejaba de estar absorto por entero en su trabajo; no sufría ninguna distracción, pertenecía á los hicsos. La luna, la rosa, la señora Corneuil, la diosa con cabeza de gata, la esfinge remate de la escribanía, los *Impuros* y el rey Apepí: todo esto se enlazaba y confundía íntimamente en su pensamiento. Los bienaventurados del paraíso ven todo en Dios y pueden pensar en todo sin distraerse un solo momento de su idea, que es eterna. El conde Horacio estaba á la vez en Lausanne, próximo á una mujer cuya imagen no le abandonaba, y en Egipto, dos mil años antes de Jesucristo; y su ventura era completa, como su aplicación.

Acababa de escribir esta frase: «Considerad las esculturas de la época de los pastores, examinad con cuidado y sin prejuicios esas caras angulosas, de pómulos muy salientes, y si sois personas de buena fe, convendréis en que la raza de los hicsos no era puramente semítica, sino que estaba muy mezclada con elementos turanios.»

Satisfecho de su conclusión, interrumpió el trabajo por un segundo, dejó la pluma, y atrayendo hacia sí la rosa purpúrea la oprimió contra sus labios, pero oyó llamar á la puerta. Metió precipitadamente

la rosa en el vaso, y con tono de mal humor gritó:

—¡Adelante!

Abrióse la puerta y entró el marqués de Miraval. La fisonomía de Horacio se anubló; aquella inesperada aparición le dejó consternado, sintiendo como si de pronto le hubieran expulsado de su paraíso. ¡Ay! La vida más feliz no es sino un paraíso intermitente.

El marqués, inmóvil en el quicio de la puerta, saludó con gravedad á su sobrino diciéndole:

—¡Qué! ¿Te molesto? Nunca has sabido disimular tus impresiones.

—¡Ah, tío mío! ¿Cómo puede V. creer?... Confieso que no esperaba... Pero, dígame V., ¿por qué casualidad?...

—Estoy viajando por Suiza. ¿Podía pasar por Lausanne sin venir á verte?

—Convenga V., tío, en que no pasaba; convenga V. en que es mucho más que un transeunte, en que ha venido V. aquí de propio intento.

—Sí, de propio intento; tú lo has dicho, muchacho.

—¿De modo, que tengo el honor de tratar con un embajador?

—Sí, con un embajador muy aferrado á la etiqueta y que pide que le reciban con todo el ceremonial debido y según todas las reglas del derecho de gentes.

La turbación de Horacio se había calmado; armóse de filosofía y puso al mal tiempo buena cara. Acercó una silla al Marqués, y le dijo:

—Tomad asiento, señor embajador, en el mejor de mis sitiales. Pero antes abracémonos, querido tío. Si no me equivoco, hace ya dos años muy cabales que no hemos tenido el gusto de vernos. ¿Qué podría ofrecerle que fuese grato para V.? Paréceme recordar que le gusta el champagne helado, que es la bebida favorita de V. ¡Oh! No vaya V. á imaginar que estamos aquí en un país de salvajes; hay todo lo que se apetezca; quedará V. complacido al instante.

Al decir estas palabras tiró del cordón de la campanilla, y se presentó un criado; le dió órdenes, que fueron al punto ejecutadas, aun cuando se acusa á los valdenses de ser un poco lentos.

Sin embargo, el señor de Miraval contemplaba á su sobrino con una satisfacción mezclada con un sordo despecho. Parecióle que ese bien formado buen mozo había embellecido más y más. Su barba corta era de una negrura magnífica; sus facciones, en otro tiempo un poco suaves, se habían acentuado y adquirido firmeza; sus ojos, de un gris azulado, habíanse rasgado; su tez estaba soleada, oscurecida, y el color aquel moreno, le sentaba divi-

namente. Su sonrisa, llena de dulzura y de misterio, era encantadora; parecía esa indefinible sonrisa que en los labios de sus estatuas pusieron los escultores egipcios, cuyo genio costó trabajo á Grecia superar. Esfinge hay en el museo del Louvre que hubiera reconocido á Horacio por el aire de familia y le hubiese tenido por pariente suyo. Es natural que se tome el tinte de los países donde se habita, y algunas veces también el aspecto de las cosas que se aman.

«¡Tonto de capirote—pensaba el Marqués muy incomodado—tienes la mejor planta y la cabeza más hermosa del mundo, y valiente cosa te aprovechas de ellas! ¡Ah, si hubiera yo tenido á tu edad los ojos y la sonrisa que tienes tú, vaya un partido que hubiese sacado! No, ninguna mujer habría podido resistírseme... Pero tú ¿qué responderás á la Providencia cuando te pida cuenta de todos los dones que te ha otorgado? Le dirás: «Me he servido de ellos para casarme con la señora Corneuil...» ¡Caramba, tonto de marca mayor (te contestará), has comenzado neciamente por donde acaban los demás!»

Horacio estaba á mil leguas de adivinar las secretas reflexiones del señor de Miraval. Pasada la emoción desagradable de los primeros momentos, recobró su estado natural de ánimo, que era el de tener gusto en ver á su tío, á quien quería mucho. A decir verdad, como embajador le hacía poca gracia y estaba resuelto á no hacerle gran caso; pero cuando se está seguro de la firmeza de voluntad, no se temen las objeciones y sabía de antemano que tendría respuestas para todo. Así, pues, aguardaba á pié firme al enemigo; y como el enemigo bebía champagne y no se apresuraba á comenzar el ataque, salió al encuentro de él.

—Ante todo, querido tío, déme V. pronto noticias de mi madre.

—Quisiera dártelas buenas—respondió el Marqués.—Pero ya sabes que estamos intranquilos por su salud, y convendrás en que la carta que de ti ha recibido...

—¡La ha disgustado mi carta!

—¿Y lo preguntas siquiera?

—Amo á mi madre con ternura —replicó Horacio con viveza—pero siempre la he tenido como la más razonable de las mujeres. Aparentemente me habré explicado mal; mañana la volveré á escribir, tengo la seguridad de reconciliarla con mi ventura.

—Créeme, no la escribas más; no se cura el mal con el mal. Con seguridad, tu madre desea tu dicha; pero el extravagante proyecto que le has confiado... ¿Te hiere lo de extravagante? Retiro la palabra

extravagante... Quería decir que el proyecto un poco raro... Vamos, retiro también lo de raro. Así se estila en el Congreso, y no hay que ser más digno que un diputado. En una palabra, ese proyecto, ni extravagante ni raro, inspira á tu madre las más vivas zozobras, y no triunfarás de sus objeciones.

—¿Le ha encargado á V. que me las dé á conocer?

—¿Debo presentarte mis credenciales?

—Es inútil, tío. Hable V., dígame con franqueza lo que guste; ó más bien, si quiere V. acertarlo, no me diga nada, pues le advierto que derrocharía en balde su elocuencia y sé que no le gusta á V. perder inútilmente las palabras.

—Sin embargo, tendrás que resignarte á oirme. Me figuro que no pretenderás que he corrido cien leguas para nada. Tengo dispuesto mi discurso, tendrás que aguantarlo.

—Hasta mañana, si es preciso—contestó Horacio.—Le pertenece á V. mi noche.

—Gracias... Y ahora empecemos por el principio. Lo que acaba de ocurrir no sólo me ha afligido, sino humillado cruelmente. Me preciaba de conocer á los hombres, y estaba orgulloso de mi ciencia. Pues bien, para confusión mía debo confesar que, respecto á ti, me he equivocado de medio á medio. ¡Cómo! ¡Eres tú, hijo mío, tú á quien tenía por el mancebo más sensato, más reflexivo, más tranquilo de la tierra; eres tú quien de pronto caes en la cuenta de difundir el espanto en el seno de tu familia con una decisión!...

—Extravagante y rara—interrumpió Horacio.

—Ya te dije que retiraba esas dos palabras. ¿Ese proyectado enlace no parece un capricho tenaz?

—¿Debo contestar á V. cargo por cargo, ó prefiere V. endilgarme todo su discurso de una sentada?

—No, eso sería muy fatigoso. Contéstame en seguida.

—Pues bien, querido tío; sepa V. que nunca se ha engañado en lo que á mí concierne, y que ese pretendido terco capricho, es precisamente el acto más sensato, más reflexivo que me ha inspirado mi ángel bueno, un acto en que he puesto á la vez todo mi corazón y todo mi juicio.

—¡Cómo es eso! Me prohibirás asombarme de que el heredero de un gran nombre y de una buena fortuna, un conde de Penneville, que podía elegir en su clase entre cincuenta señoritas verdaderamente dignas de él, rehuse todos los partidos que su madre le proponía y cambie bruscamente de parecer para casarse... ¿con quién?... con una señora... Horacio, haz el favor de decirme cómo se llama; no pue-

do retener nunca ese demonio de apellido.

—Se llama la señora Corneuil, para servir á V.—replicó Horacio un poco picado.—Siento infinito que le disguste á V. su apellido, pero no se tome la molestia de incrustarlo en su memoria. De aquí á dos meses, la llamará V. sencillamente la condesa Hortensia de Penneville.

—¡Caracoles! ¡Qué á escape vas! Todavía no está hecho.

—Tío, nos hemos dado palabra mutuamente. Tenga V. la cosa por hecha y le desafío á que la deshaga.

El señor de Miraval llenó y vació de nuevo la copa, y luego dijo:

—No te acalores, no te arrebates. Por nada del mundo quisiera incomodarte; pero estoy tan asombrado, tan sorprendido... Dime, ¿qué es esa estatuilla de loza azul, con un gran nimbo, de fino talle y hocico de gata, que lleva en la mano derecha una cosa así como una guitarra?

—No es guitarra tío, sino un sistro, símbolo de la armonía del mundo. ¡Qué! ¿No reconoce V. en esa estatuilla la diosa Sekhet, la Bubastis de los autores griegos, á la cual denominaron la gran amante de Ptah, divinidad alternativamente bienhechora y vengadora, que según todas las apariencias, representaba la radiación solar en su doble funcionalismo?

—Mil perdones, creo irla recordando. ¿Y esa rosa que parece olisquear con mal talante?... ¡Ah! Esa rosa no necesito preguntar de dónde viene.

—¡Pues bien, sí! Me la ha dado esa mujer de cuyo nombre es imposible acordarse.

—Permíteme, sé muy bien ese nombre... La señora Corneuil... ¿No es Corneuil? ¡Pues bien! ¿No te parece, mi dulce amigo, que la diosa Sekhet ó Bubastis, que representa la radiación solar, echa unos ojos irritados, encendidos en indignación, á esa rosa purpúrea y que maldice á la rival que has tenido la insolencia de preferir á ella? Ten cuidado, las rosas se marchitan; las rosas y quienes las dan no viven más que un día; las diosas son inmortales y sus enojos lo son también.

—Tranquilícese V., tío—replicó Horacio sonriéndose.—La diosa Sekhet contempla esa flor con una mirada muy dulce. Si V. la interrogase, le diría: Las cincuenta herederas que ha propuesto V. al conde de Penneville, son todas, ó la mayoría unas majaderas criaturas de ingenio menguado y fútil, ocupadas únicamente en trapos y pequeñeces; por eso apruebo de veras el que haya desdeñado esas muñecas y

querido casarse con una mujer como hay pocas, una mujer que no sólo será para el sobrino de V. la más dulce de las compañeras, sino que se interesará apasionadamente por sus trabajos, le ayudará con sus consejos, será la confidente de todos sus pensamientos...

— Y merecerá algún día ser del Instituto como él — interrumpió el señor de Miraval. Será delicioso veros entrar allí de bracete. Horacio, renuncio á recitarte el final de mi discurso. Permíteme nada más que te dirija una ó dos preguntas. Veamos, ¿dónde ha ocurrido este inconcebible accidente? ¿Dónde ese fiero Hipólito?... ¡Ah! Pero si lo sé: tu madre me ha contado que sucedió en Menfis, en el fondo de una cueva.

— Mi madre no ha sido discreta —respondió Horacio.—Pero, sea: fué en el fondo de una cueva. Nosotros llamamos á eso un hipogeo.

—Vaya por el hipogeo. Mis ideas se aclaran; ahora me acuerdo que fué en el sepulcro del rey Ti.

— Ti no era rey, tío— replicó con un tono de indulgente mansedumbre. Ti era uno de los grandes feudatarios, uno de los barones de cualquier soberano de la cuarta dinastía, la cual reinó doscientos ochenta y cuatro años; ó acaso de la quinta, que verosimilmente fué también menfita.

—¡Dios me libre de sostener lo contrario! Bueno; ya os veo en aquella tumba. Iluminada por el amor, la señora Corneuil descifró de corrida una inscripción jeroglífica, y conmovido tú con tan magnífico milagro te echaste á sus piés.

— Esos milagros no se efectúan, tío. La señora Corneuil todavía no lee los jeroglíficos, pero día llegará en que los lea.

— ¿Y por eso la amas, desdichado?

—La amo—exclamó Horacio con fuego — porque es admirablemente hermosa, porque es hechicera, porque es adorable, porque tiene todas las gracias, y porque á su lado todas las mujeres me parecen feas, Sí, la amo, la he entregado para siempre mi corazón y mi vida; tanto peor para quien no me comprenda.

— ¡Diantre, eso es hablar y eso es amor! Pero, hijo mío, no te culpo de que ames á esa mujer; eres libre de hacerlo. Lo que me apena es que te quieras casar con ella. ¡Gran Dios! ¿Dónde iríamos á parar si estuviese uno obligado á casarse con todas las mujeres á quienes ama? Veamos, acá para entre nosotros solos, ¿acaso es una virtud tan feroz?

Horacio frunció el entrecejo y respondió con sequedad:

—¡Basta, tío! Se lo suplico á V., ni una palabra más.

—A decir verdad—prosiguió el Marqués—yo no sé nada, no es cosa mía. Pero, según parece, tu madre ha tomado informes, y malas lenguas pretenden...

—¡Basta, le digo á V.!—repitió Horacio levantando la voz.—Si cualquier otro que no sea V. me hablase en ese tono acerca de una mujer para quien mi estimación iguala á mi ternura, de una mujer digna de toda clase de respetos, me quitaría la vida ó yo á él la suya.

—Comprende bien que maldita la gana que tengo de batirme contigo, ¡oh! mi único heredero. ¡Demonches! ¿Qué sería de la herencia? Puesto que tú me lo dices, quedo convencido de que la señora Corneuil es una mujer absolutamente inmaculada; pero, ¿dónde diablos le habrán dado á tu madre sus informes? Asegura que es sencillamente una ambiciosa, ó sea una intrigante; y que su ensueño... Oye, ¿estás bien seguro de que esta mujer no pertenezca á la raza de las hábiles? ¿Estás bien seguro de que se interese con sinceridad y con pasión por las hazañas de los Faraones y por el dios Anubis, conductor de las almas? ¿Estás bien seguro de que los pequeños medios no produzcan algunas veces grandes efectos, y de que allá abajo, en el sepulcro de Ti, que no era rey sino barón, no haya representado una pequeña comedia con la cual quedase engañado cierto egiptólogo á quien yo conozco? En cuanto á mí, pienso que aun cuando este buen mozo aquí presente tuviese la nariz torcida, los ojos empañados y la mirada bizca, la señora Corneuil seguiría amándole, por la excelente razón de que á la señora Corneuil se le ha puesto en el moño llamarse algún día condesa de Penneville.

—De veras me da V. lástima, tío; y soy muy bueno al contestarle. ¡Suponer miserables cálculos de interés y de vanidad á una mujer como ella, al alma más altiva, más noble, más pura! Reténgase V., debiera ruborizarse V. de equivocarse hasta ese punto. Me ha contado su vida entera, día por día, hora por hora. ¡Dios sabe que ella no tiene nada que ocultar! ¡Pobre y santa criatura, casada muy joven y contra su gusto, por la tiranía de su padre, con un hombre indigno de tocar con el dedo la fimbria de su vestidura! Y, sin embargo, todo se lo perdonó ella. ¡Si supiera V. con qué tierna solicitud le cuidó en sus últimos momentos!

—Pero me parece, amiguito, que bien recompensados han sido sus afanes, puesto que la ha dejado su fortuna.

—¿Y á quién se la había de dejar? ¿No tenía mucho que reparar? No, jamás mujer alguna ha sufrido tanto ni fué más digna de ser feliz. Una sola cosa la ayudaba á conllevar la pesada carga de sus penas. Estaba íntimamente persuadida de llegar algún día á encontrar un hombre capaz de comprenderla, y cuya alma estuviese á la altura de la suya.—Sí (me decía la otra noche), creía en él, estaba segura de su existencia, y la primera vez que vi á V. me pareció reconocerle y me dije: «¿No será éste?...» Tío, ella y yo somos una misma persona, y será la gloria de mi vida. Me ama, se lo digo á V.; me ama, y V. no lo podrá impedir; por eso, lo mejor es que acabemos de hablar ya de esto, si á V. le parece bien.

El Marqués se pasó dos veces las manos por la blanca cabellera, y exclamó:

—Horacio, declaro que eres el más cándido de los ingenuos y el más simplote de los enamorados.

—Tío, afirmo que es V. el más terco é incurable de los escépticos.

—Horacio, pongo por testigos á la esfinge que está ahí y al hocico de la diosa Sekhet de que la poesía es la enfermedad de las gentes que no han vivido.

—Y yo, tío, tomo por testigos á la luna que está allí y á esta rosa purpúrea que le mira burlándose de V., de que el escepticismo es el castigo de los que quizá han abusado de la vida.

—Y yo te juro por lo más sagrado, por el gran Sesostris mismo...

—Tío, ¡mal va V. por ahí! Bien sé que no hay que echarle á V. la culpa de eso; no ha estudiado V. ni pizca la historia de Egipto, porque no era de su incumbencia. Pero sepa V. que si hay en el mundo una reputación falsa y hasta usurpada es la del hombre á quien llama V. el gran Sesostris, y que se llamaba en realidad Ramsés II. Jure V., si quiere, por el rey Quéops, vencedor de los beduinos; jure por Menes que edificó Menfis; jure por Amenofis III, llamado Memsión, ó si le parece á V. mejor, por Suefru, penúltimo Rey de la tercera dinastía que sojuzgó á las tribus nómadas de la Arabia Pétrea. Pero sepa V. que su gran Sesostris era, en resumen, un hombre muy mediano, de un mérito muy escaso, que llevó la vanidad hasta hacer borrar de los monumentos el nombre de los soberanos predecesores de él para sustituirlo por el suyo, lo cual indujo en error á los espíritus ligeros, en particular á Diodoro Sículo ó de Sicilia, é introdujo en la historia las más deplorables patrañas. El Sesostris de V. no ha vivido nunca sino de una hazaña de

sus juveniles años. Sea por destreza, sea por suerte, logró salir de una emboscada, salvando la vida y las joyas. He ahí la magnífica proeza que hizo representar cien y cien veces en las paredes de todos los edificios construidos durante su reinado; eso fué su eterno Valmy, su sempiterno Jemmapes. Pregunto á V.: ¿qué conquistas hizo? Ejecutó levas de negros porque necesitaba albañiles; hizo cacerías de hombres en el Sudán, y su único título de gloria consiste en haber tenido ciento setenta hijos, de los cuales sesenta y nueve varones.

—¡Demonio! Pues algo es eso... Pero, en fin, ¿qué consecuencias vas á deducir de ello?

—De ello deduzco—respondió Horacio, á quien el incidente había hecho perder de vista lo principal—deduzco que Sesóstris... No—repuso—deduzco que adoro á la señora Corneuil y que antes de tres meses será mi mujer.

El Marqués se levantó bruscamente, exclamando:

—¡Horacio, mi heredero y sobrino segundo, ven á mis brazos!

Y como le mirase Horacio inmóvil y con aire suspenso, continuó:

—¿Tengo que repetírtelo? Ven á mis brazos, estoy satisfecho de ti. De veras, tu pasión me rejuvenece. Me placen la juventud, el amor y la candidez. Creí que sólo sentías por esa mujer un antojo, un capricho de cabeza; pero veo que tu corazón está interesado, y nada mejor se puede hacer que escuchar la voz del corazón. Perdóname mis necias preguntas y mis objeciones impertinentes. Lo que te he dicho ha sido por tranquilidad de mi conciencia. Tu madre me había enseñado la lección y la he repetido como un loro. Por eso no hay que enfadarse con las pobres madres; sus escrúpulos siempre son dignos de respeto. La tuya...

—¡Oh, ha tocado V. ahora el punto sensible y doloroso—interrumpió el joven.—Pero sabré traerla al buen camino; mañana la escribiré.

—Oye, no la escribas; tu prosa no tiene el don de agradarla. Pero tiene mucha confianza en mí. Mi palabra será de más peso para ella. Hijo mío, aquí me tienes pronto á pasarme al enemigo; si la amable mujer que vive á un paso de nosotros es en verdad como dices, yo seré tu abogado para con tu madre y la haremos que atienda á razones. ¿Quieres presentarme á la señora Corneuil? La tomaré el pulso, y te prometo...

—¿Es V. sincero, tío?—le preguntó Horacio, mirándole con aire de desconfianza y de reto.—¿Puedo contar con su perfecta lealtad? ¿No tratará V.?...

—¡A fe de tío y de hidalgo!—interrumpió á su vez el Marqués.

—En ese caso abracémonos, y esta vez será la buena—respondió Horacio, agarrando la mano que le alargaban.

Tío y sobrino permanecieron todavía algún tiempo charlando como buenos amigos. Era cerca de media noche cuando el señor de Miraval se acordó de que su carruaje le aguardaba en el camino para conducirle de nuevo á su hotel. Levantóse y dijo á Horacio:

—¿Con que estamos en que me presentarás mañana?

—Sí, tío, á las dos en punto.

—¿Es tu hora, la hora en que la ves?

—Es una de mis horas. Nunca trabajo entre el almuerzo y la comida.

—De modo que todo está pautado como el papel de música. Tienes razón; es preciso tener método en todas las cosas, hasta en el amor, y hacerlo todo con peso, número y medida. Conocí á un filósofo, quien decía que la medida es la más hermosa definición de Dios... Pero, á propósito; dormí la siesta después del almuerzo, y no tengo sueño. Préstame un libro que me sirva de compañía en la cama. ¿Sin duda, poseerás las obras de la señora Corneil?

—¿Qué duda tiene?

—No me des su novela, ya la he leído.

—Es una obra maestra—dijo Horacio.

—Para mi gusto tiene demasiada niebla. Pero corre el rumor de que ha publicado sonetos.

—Son verdaderas joyas.

—Y un *Tratado sobre el apostolado de la mujer*.

—¡Oh, que admirable libro!

—Préstame el *Tratado* y los *Sonetos*. Los leeré esta noche para prepararme á la entrevista de mañana.

Horacio se puso á buscar en seguida los dos tomos, costándole sumo trabajo encontrarlos. A fuerza de andar de acá para allá, los descubrió á la postre debajo de un gran montón de libros en 4.°, que los aplastaban con su terrible peso. Al presentárselos, dijo á su tío:

—Cuídelos V. como á las niñas de sus ojos. Ella misma me los ha dado.

—Está tranquilo; comprendo el precio de este tesoro—le respondió el Marqués.

Y en el acto advirtió que el *Tratado* no tenía cortadas las hojas sino hasta la mitad, y el tomo de *Sonetos* estaba en absoluto sin abrir, lo cual engendró en su espíritu varias reflexiones que guardó cuidadosamente para él solo.

III

El mundo está lleno de incidentes misteriosos, y Hamlet tenía razón al decir que en el cielo y en la tierra pasan muchas cosas que no explica la filosofía de Horacio.

Se ha notado que en los tiempos de grandes guerras, en que pueblos procedentes de todos los rincones de un vasto imperio se encuentran de pronto reunidos para salir juntos á campaña, se ven desarrollarse entre ellos extraños contagios, pestes mortíferas; y un gran especulativo no ha temido atribuir su causa á la aproximación forzada de hombres de muy diferentes humores, lenguajes é ingenios, que no estando hechos para vivir en sociedad se han puesto en contacto por un funesto capricho del destino. También se ha visto que, cesando la tripulación del buque que una vez al año lleva á los pobres habitantes de las islas Shetland los productos alimenticios necesarios para su subsistencia acaba de desembarcar en sus costas, vense estos últimos atacados por una tos convulsiva y que no cesan de toser hasta que el buque se haya hecho otra vez á la vela. Refiérese igualmente que al acercarse un barco extranjero á las islas Feroe se ven atacados los naturales por una fiebre catarral de que á muchos les cuesta trabajo restablecerse. En fin, se ha visto que á veces basta la llegada de un misionero á cualquiera isla del mar del Sur para engendrar allí epidemias perniciosas que diezman á los infelices salvajes.

Esto puede servir para explicar por qué en la noche del 13 de Agosto de 1878 la hermosa señora Corneuil tuvo un sueño muy agitado, y por qué al despertarse por la mañana entre su blanco pabellón de muselina, sintió como quebrantado todo su cuerpo. No era la peste, no era el cólera, no era una fiebre catarral ni una tos convulsiva; pero experimentaba una tensión en la cabeza, un malestar, una irritación nerviosa muy particular, y tuvo el presentimiento de que en la vecindad de ella había un riesgo ó un enemigo recién desembarcado. Sin embargo, no conocía al marqués de Miraval, nunca oyó hablar de él, no sabía que era más peligroso que todos los misioneros que hayan podido abordar en las islas del océano Pacífico.

Cuando su madre, que era siempre la primera en penetrar en su cuarto para prodigarla cuidados que ella sola sabía hacerle agradables, se acercó de puntillas á su lecho y

la dió los buenos días, la señora Corneuil mal predispuesta la hizo un recibimiento un poco seco, y la señora Véretz pudo advertir que su adorado ángel se había despertado de bastante mal humor. En verdad, aquella tierna madre estaba acostumbrada á los desplantes; tratábanla con altanería, como una emperatriz trata á su camarista en palacio. Estaba habituada á ello, y no le afectaba lo más mínimo. Su hija era su reina, su divinidad, su todo; habíase consagrado por entero á su felicidad, á su gloria; la rendía culto, verdadera adoración. Pertenecía á la raza de las madres siervas y mártires; pero su servidumbre la agradaba, su martirio la parecía delicioso, y aquella mujer, pequeña, flaca, de mirar vivo, de andar serpentino, que tenía ojos verdes y cabellos rojos como Catón el Censor (á quien no se parecía en ninguna otra cosa), ponía siempre buena cara á las asperezas que sufría. Tenía con qué consolarse; por más que la tratasen con despego, con malas formas y echándola á paseo, concluía siempre por ser escuchada, en atención á que siempre trajo cuenta hacerlo así. Por su consejo fué el reñir y el reconciliarse en el momento propicio con el señor Corneuil; gracias á su preciosa dirección fué posible dar reuniones en París y llegar á ser allí algo. La señora Corneuil reinaba, pero en definitiva gobernaba la señora Véretz; y, preciso es decirlo, nunca se había propuesto sino el bien de su querido ídolo. Todos tenemos ideas confusas que apenas podemos desembrollar, y deseos recónditos que no nos atrevèmos á confesarnos á nosotros mismos. La señora Véretz tenía el don de adivinar á su hija, de leer en todos los repliegues de su corazón; se encargaba de desembrollar sus pensamientos confusos y de revelarla sus deseos inconfesables tomándolos á su cargo. Este era el secreto de su influencia, que no dejaba de ser considerable. Cuando la imaginación de la señora Corneuil viajaba, aquella madre incomparable partía la primera como correo-gabinete; al llegar á la etapa, la hermosa viajera encontraba allí caballos de relevo dispuestos ya, y agradecía infinito á la señora Véretz el que la preparase agradables sorpresas. Por eso se hubiera librado muy bien de embarcarse en ninguna aventura sin que la precediese su correo, á quien debía la gratitud de no haberse quedado nunca á mitad de camino.

Luego de echar á su madre con cajas destempladas y de haber pasado media hora con su doncella, la señora Corneuil tomó una taza de té y después se sentó en su escrito-

rio. Empleaba las mañanas en escribir un libro rotulado *Papel de la mujer en la sociedad moderna*, que debía ser continuación del *Tratado sobre el apostolado de la mujer*. A decir verdad, era moler dos veces el mismo trigo. Su fin era demostrar que en una sociedad democrática, entregada al culto brutal del número, el único correctivo contra la grosería de las costumbres, de las ideas y de los intereses, era la soberanía de la mujer. «Los reyes se van (había escrito la víspera en un momento de inspiración); dejémosles partir. Pero no suframos que se lleven consigo el cetro, cuyos beneficios son indispensables á las mismas repúblicas. Sobre el trono que dejan vacío, sentemos á la mujer; con ella reinarán la virtud, el genio, las aspiraciones sublimes, las delicadezas del corazón, los sentimientos desinteresados, las nobles abnegaciones y los nobles menosprecios.» Quizá haya estropeado yo su fraseología, pero creo haber traducido su pensamiento con fidelidad. También creo que en el retrato que hacía de la mujer superior, propuesta á la adoración del género humano, había un asombroso parecido con la señora Corneuil, y que ésta no podía representarse á aquélla sin magníficos cabellos rubios, de un tono caliente, arrollados en torno de sus sienes como una diadema.

Cuando se ha dormido mal, no se está en vena de escribir. Aquel día no estaba en voz la señora Corneuil; la pluma pesaba en su linda mano de dedos afilados; le faltaban las ideas y la expresión. En vano ensortijaba alrededor de su índice un ricito suelto de sus cabellos; en vano interrogaba con la vista á sus uñas sonrosadas; nada acudía. Empezaba á creer que entre ella y el papel había algo parecido á una desgracia. Sin embargo, bien sabe Dios cuánto se ponía en planta en tales casos para respetar sus nervios, para no causarla ninguna distracción; era la consigna. Durante las horas en que se sabía que estaba retirada en su santuario, reinaba en todas partes el más profundo silencio; la señora Véretz se encargaba de poner orden en ello. Todo el mundo hablaba en voz baja, marchaba de puntillas; y cuando Santiagote el recadero atravesaba el enlosado patio, tenía mucho cuidado de quitarse los zuecos para que no se le oyese; esta precaución era el fruto de una dolorosa experiencia. Santiagote cultivaba la trompeta en sus ratos de ocio. Una mañana que se permitió tocarla, sobrevino de improviso la señora Véretz y le atizó un sopapo, diciéndole: «Cállate, imbécil; ¿no sabes que está meditando ella?» Santiagote se frotó el carrillo y se dió

por enterado; todo el mundo hacía otro tanto. Así, pues, desde las ocho de la mañana hasta las doce, Santiagote decía en voz baja á la cocinera, y la cocinera al cochero, y el cochero á las aves del corral, quienes se lo contaban á las picazas, que se lo repetían á los mirlos y á los cuatrovientos:

—¡Hermanos, callemos, que ella medita!

En punto de mediodía abrióse suavemente la puerta del santísimo lugar, y lo mismo que la primera vez, se acercó la señora Véretz andando sobre las puntas de los piés, y dijo:

—Mi querida hermosa, ¿se permite pasar?

La señora Corneuil frunció sus cejas, y con gesto mohino metió las cuartillas en el más elegante cartapacio con papel secante, y todo ello en las profundidades de su escritorio de palo de rosa, cuidando de quitar la llave por miedo á los ladrones.

—Se han dado de mano para no dejarme un momento de reposo.

—He tenido que darme una caminata esta mañana—respondió la señora Véretz.—¿Es que quizá Santiagote se ha aprovechado de mi ausencia?...

—Santiagote ú otro, no lo sé; pero han hecho ruido, han movido muebles. ¿Tan necesaria era esa caminata?

—Indispensable. Ayer á la comida te quejaste de que el pescado no era fresco, que Julia no sabía comprar. De ahora en adelante iré yo misma á la compra.

—Y mientras tanto se armará aquí un verdadero sábado.

—¿Qué quieres? Entre dos males...

—No—interrumpió la señora Corneuil—no quiero que vaya V. en persona á comprar el pescado. ¿Por qué no enseña á Julia á que lo escoja? V. no sabe mandar, y de aquí resulta que todo lo tiene que hacer V. por sí misma.

—Ya aprenderé, ya me acostumbraré, queridita mía—respondió la señora Véretz, besándola con ternura en la frente.

—No añadió que le gustaba ir á la compra, lo cual era cierto. Entre las gentes de humildes comienzos, unos repudian su pasado y tratan de olvidarlo, otros tienen sumo placer en recordarlo.

—¿Qué es eso?—exclamó la señora Corneuil, quien advirtió en aquel momento que su madre traía en la mano un papel.

—Esto, querida mía, es una carta en la cual el señor de Penneville me encarga que te anuncie cómo su tío segundo, el marqués de Miraval, llegado ayer de París, le ha manifestado el deseo de serte presentado, y que hoy lo traerá consi-

go á las dos en punto. Ya sabes que todo lo hace á toque de campana.

—¿Quién le impedía venir á anunciárnoslo?

—Aparentemente ha temido molestarte, y quizá también molestarse él mismo. En las existencias bien ordenadas, la primera regla es trabajar hasta mediodía.

La señora Corneuil hizo un gesto de impaciencia.

—¿Pero quién es ese tío segundo? Horacio nunca me ha hablado de él.

—No me cuesta trabajo creerlo. Jamás te habla sino de ti, de él... ó del Egipto.

—¡Y vaya si me gusta que me hable de esto!—replicó la señora Corneuil con altivez.—¿Es otro epigrama?

—¿Me juzgas capaz de hacer epigramas contra ese querido buen mozo?—exclamó con viveza la señora Véretz.—Le amo ya como á un hijo.

—La señora Corneuil se había quedado pensativa.

—Esta noche he tenido malos ensueños—dijo.—V. se burla de mis ensueños, porque le gusta burlarse de mí. ¡Vea V., sin embargo!... Al venir de París, de seguro que el marqués de Miraval ha pasado por Vichy. Ese Marqués es un peligro.

—¡Un peligro!—exclamó la señora Véretz.—¿Y qué peligro puedes temer?

—Ya verá V. como es la señora Penneville quien le envía aquí.

—¿Y te imaginas que Horacio?... ¡Ah, mi pobre loca! ¿No estás segura de su corazón?

—¿Está una segura jamás del corazón de un hombre?—respondió fingiendo una inquietud que estaba lejos de experimentar.

De un hombre, tal vez—dijo sonriendo la señora Véretz—pero el corazón de un egiptólogo es otra cosa, y no varía nunca. En materia de sentimientos, la egiptología es el de más fijeza.

—Le digo á V. que he tenido malos sueños, que ese Marqués es un peligro.

—Aquí tienes mi respuesta—replicó la madre, presentándola un espejo y obligándola á que se mirase en él.

—Me parece que esta mañana estoy horrorosa—dijo la señora Corneuil, que no lo pensaba así.

—Eres hermosa como un sol, mi querida Condesa; y desafío á todos los marqueses del mundo...

—No, yo no recibo á ese tío segundo—exclamó Hortensia apartando el espejo—V. le recibirá en mi nombre. ¿Pretende V. condenarme á aguantar impertinencias?

—¡Bueno es eso! Pones las cosas en lo peor, te exaltas, te sublevas, te disparas...

—Le repito á V. que estoy enferma.

—Adorada mía, nunca se debe estar enferma sino cuando conviene; y en el presente caso... Ten cuidado, no vaya á figurarse que le tienes miedo.

La señora Corneuil reflexionó sin duda que tenía razón su madre, puesto que dijo á ésta:

—Ya que se empeña V. en imponerme esta servidumbre, sea. Dé V. orden de me suban el almuerzo y envieme mi doncella.

—Así me gusta—respondió la señora Véretz.—¡Ah, querida, no te impongo una servidumbre, sino que te preparo un triunfo!

Al decir estas palabras se retiró, no sin besarla otra vez.

A las dos en punto, la señora Véretz, instalada de punta en blanco en una mecedora frente á la balaustrada del *chalet*, esperaba al conde de Penneville y al marqués de Miraval; á las dos en punto aparecieron en el horizonte el Conde y el Marqués. La presentación se hizo en regla, y bien pronto entablóse la conversación. La señora Véretz era una mujer ducha en todos los casos difíciles; lo imprevisto no la desconcertaba; sabía poner cara de fiesta lo mismo á las visitas fastidiosas que á los acontecimientos desagradables. El señor de Miraval no la dió motivo para ejercer su virtud. Estuvo perfectamente cortés y gracioso; desplegó en aquella ocurrencia su amabilidad, su chispa de mejores días; hizo el gasto como en otros tiempos lo hacía en pro de los poderosos de la tierra que le deban audiencia. ¿De qué serviría el haber sido diplomático, si no se poseyera el útil arte de hablar mucho sin decir nada? Tenía una palabra dócil á sus ideas, y cuando era preciso una elocuencia afluente, el talento de hacer correr miel sobre aceite, como dice el proverbio ruso. Todo fué como una seda. Horacio, que había temido mucho esta entrevista y al principio estaba cortado y molesto, quedó tranquilo muy pronto y sintió desvanecerse su apuro. Era propio de su carácter el serenarse muy presto. No sólo había nacido optimista, sino que había profundizado lo suficiente la teología egipcia para ignorar que en el mundo de los hombres, como en el de las divinidades, la lucha entre los dos principios suele terminar por la victoria del bien, que Tifón acaba por dejarse desarmar, y que Horo, dios bienhechor, empuña las riendas del universo. El rostro del conde de Penneville expresaba una fe profunda en el definitivo triunfo de Horo, el dios bienhechor.

Habíase roto por completo el hielo cuando apareció la señora Corneuil. Como puede imaginarse, atendió con el cuidado que el caso

requería á su vestido y á su tocado; su medio luto era de lo más coquetón. No puede menos de confesarse: hay reinas que se asemejan mucho á burguesas, y hay burguesas que parecen reinas, salvo no tener corona ni rey. Aquel día, la señora Corneuil parecía no sólo reina, sino diosa desde los piés á la cabeza; hubiérase dicho que era Juno saliendo de su nube. Su entrada le resultó muy bien. Al verla venir, el Marqués no pudo reprimir un estremecimiento; y cuando se acercó á ella para saludarla con la cabeza baja, perdió el tino (lo cual rara vez le sucedía), se quedó confuso, comenzó varias frases sin poderlas acabar y afírmase que fué la vez primera de su vida en que le ocurrió lance tan singular. Era tan visible su turbación, que el bueno de Horacio, que no se fijaba nunca en nada, no dejó de advertirla.

El señor de Miraval hizo un esfuerzo sobre sí mismo; no tardó en recobrar su dominio y toda la facilidad de sus maneras. Después de algunos lugares comunes, se puso á contar con desenfado algunas anécdotas de su carrera de diplomático, que salpimentó con buen humor y sal ática.

Mientras narraba, conversaba consigo mismo y se decía: «No tiene qué decir, es muy hermosa: es una señora mujer, un bocado de cardenal. ¡Qué ojos, qué cabellos y qué hombros! Apostaría á que lo que no se ve vale por lo menos tanto como lo que se ve. ¿Es posible que sea hija de su madre, y que esos cabellos rojos hayan producido estos cabellos rubios? Después de todo, se completan. Es una fragata acompañada por su falúa. No hay qué decir, su hermosura me irrita, me exaspera. Está formada para ser feliz haciendo la felicidad de muchos pobres diablos, y si yo tuviese cuarenta años menos, quisiera contarme en el número de ellos. ¡Dios mío! no pediría para mí solo todo el plato; me contentaría con lo que me quisiesen dar. Es preciso ser filósofo y saber compartir. ¡Ah! Las pretensiones lo han echado todo á perder; la ambición, el afán de aparentar, son la plaga asoladora del género humano; la mujer que se empeña en representar un papel mata su dicha y la de los demás... En conciencia, ¡es magnífica! ¿No tengo nada que rebajar de esto? Sí, hay en su mirada una inquietud que no me gusta. Los labíos son un poco delgados; ¡bah! es un detalle. Gracias á Dios, no tiene manchadas de tinta las yemas de los dedos; pero son afilados en extremo, demasiado nerviosos y denotan manos prehensiles. Los párpados son largos con exceso; deben de servirle para ocultar muchas cosas. La voz es de

buen timbre, pero seca. Lo mismo da: ¡si tuviese yo cuarenta años menos!...»

El Marqués no cesaba de referir sus anécdotas. La señora Véretz era toda oídos y se sonreía con el mayor agrado del mundo.

En cuanto á la señora Corneuil, no se apartaba un punto de su gravedad, un poco desdeñosa. Llegó con una idea fija preconcebida; se le puso en la cabeza que iba á comparecer ante un juez predispuesto en contra, que venía expresamente para ajustarla las cuentas y hacerla sentar en el banquillo. Por eso armóse de una majestad olímpica, con esa insolencia de hermosura que sepulta bajo siete estados de tierra á los impertinentes, que fulmina á los orgullosos y metamorfosea en ciervos á los Acteones. Aun cuando el Marqués tuvo una finura exquisita y afectuosa; aunque solicitó humildemente su benevolencia y sus miradas, ella estaba firme, sin rendir las armas. En cuanto á Horacio, lo escuchaba todo con aire satisfecho; encontraba encantador á su tío y le entraban ganas de abrazarle; reparaba también que la señora Corneuil jamás había estado tan hermosa, que el sol tenía inusitados fulgores, que llovía luz sobre su felicidad, que el aire embalsamaba y todas las cosas de este mundo iban á las mil maravillas. Sin embargo, un escrúpulo teníale suspenso y á ratos hacía pasar una nube sobre sus cejas. Al releer por la mañana uno de los fragmentos de Manethon tropezó con un pasaje que parecía contrariar su tesis favorita, á la cual se agarraba como á su propia vida. A ratos le entraban dudas sobre si Josef, hijo de Jacob, fué á Egipto verdaderamente bajo el reinado del rey Apepí; luego se echaba en cara su duda, la cual acometíale un instante después. Esta contradicción le apenaba, porque tenía mucho respeto á Manethon. Pero al mirar á la señora Corneuil su alma recuperaba el reposo, y creía leer en sus hermosos ojos la prueba irrecusable de que el Faraón que no conoció á Josef era en efecto Sethos I, en cuyo caso el Faraón que le había conocido no pudo menos de ser Apepí. Ser tiernamente amado por una hermosa mujer, hace creerlo todo, todo llega á ser posible, todo se compagina, Maneton, Josef, el rey Apepí y las demás cosas.

¿Qué pasaba dentro del corazón del Marqués? ¿De qué victorioso hechizo era presa? El hecho es que no se parecía absolutamente nada á sí mismo. Había comenzado bien, y la señora Véretz escuchaba con gusto sus historietas. Poco á poco languideció su verbosidad. Aquel hombre tan dueño de sus ideas no con-

seguía encarrilarlas; aquel hombre tan dueño de su palabra buscaba dificultosamente las frases. Luchó algún tiempo contra la extraña fascinacion que le privaba de sus facultades, pero fué en vano. Ya no tomó parte en la conversación sino con algunas frases deshilvanadas, faltas en absoluto de oportunidad; y bien pronto cayó en una profunda melancolía, en el más tétrico silencio.

—Tenía razón mi madre—dijo para sí la señora Corneuil—me le impongo, yo soy quien le da miedo.

Y aplaudiéndose por haber hecho callar las baterías del sitiador y apagado sus fuegos, una sonrisa de altivez satisfecha vagó por sus labios. Un instante después se levantó para dar una vuelta por el jardín, y Horacio se apresuró á seguirla.

El Marqués se quedó sólo con la señora Véretz. Siguió algún tiempo con la vista á la amartelada pareja, que se alejaba con paso lento y al fin desapareció tras de unas matas. Pareció entonces como que quedaba roto el encanto. El señor de Miraval recobró el habla y se puso á murmurar:

Amantes, felicísimos amantes...
Sed uno para el otro un mundo siempre hermoso, vario y nuevo en sus cambiantes.

Después, volviéndose hacia la señora Véretz, exclamó con tono lírico:—No, nada se ha inventado hasta hoy más hermoso que la juventud, más divino que el amor. Mi sobrino es un picarón afortunado; le felicito en voz alta y le envidio en voz baja.

La señora Véretz le recompensó por esa exclamación con una graciosa sonrisa, que significaba: «Buen viejo, te hemos juzgado mal. Por casualidad, ¿podrías servirnos de algo?»

—Cuanto más los veo juntos, señor Marqués, más me convenzo de que han sido hechos el uno para el otro. Jamás hubo caracteres más adecuados: tienen los mismos gustos y antipatías, idéntica elevación de alma, igual menosprecio de los sentimientos bajos y de los mezquinos cálculos, análoga indiferencia por los vulgares intereses. Viven uno y otro en el quinto cielo. ¡Ah, señor Marqués, se han encontrado por una disposición providencial.

—Muy providencial—dijo el Marqués.

Y agregó para su coleto: «La verdadera providencia es la habilidad de las madres». Después añadió:

—¿De qué se trata, después de todo? De ser feliz. Mi sobrino ha hecho bien mil veces en no consultar más que á su corazón. Suyo será el quinto cielo como dice V., mi querida señora; y el resto le será dado de añadidura, porque la seño-

ra Corneuil... No hablemos de su belleza, que es incomparable; pero es imposible verla y oirla sin encontrar en ella una mujer verdaderamente superior, la más apta del mundo para aconsejar bien á un hombre, conducirle y empujarle.

—En verdad que la juzga V. bien —respondió la señora Véretz.—Mi hija es una extraña criatura; tiene todos los entusiasmos, llevados hasta la exaltación, y sin embargo, es infinitamente razonable, muy práctica en las cosas de la vida, y á la vez que de hielo para sus propios intereses, de fuego para los de los demás.

—Una sola cosa me aflige—dijo el Marqués.—El fabulista recomienda á los felices amantes que no viajen sino á las vegas próximas; y los nuestros irán á sepultar su ventura á Menfis ó á Tebas. Desposeer á París de la señora Corneuil es un crimen.

—¡Oh! Tranquilícese V., París volverá á verlos.

—No conoce V. á mi sobrino; tiene horror á esa ciudad pervertida y frívola. Ayer me hizo sus confidencias: piensa concluir sus días en Egipto, y me ha sostenido que la señora Corneuil estaba tan enamorada como él de la soledad y el silencio de las Tebaidas. Tiene un aspecto muy dulce, pero nadie tiene mayor firmeza de voluntad.

—¡Todo sea por Dios!—exclamó la señora Véretz, mirando al Marqués con un aire que quería decir: «Mi buen amigo, no hay voluntad que valga contra la nuestra, y ni París puede pasarse sin nosotras, ni nosotras sin París.»

—Han elegido el buen camino—prosiguió el señor de Miraval, exhalando un profundo suspiro.—Con frecuencia me he burlado de mi sobrino segundo, echándole en cara que no ha sabido gozar de la vida; ahora le toca la vez de burlarse de mí, puesto que me veo reducido á envidiar su dicha. Coger rosas es encantador, y yo he cogido muchas; pero llega una edad en que le pesa á uno amargamente no haber sabido crearse un hogar... Estará V. asombrada de mis confidencias, señora mía.

—Estoy por ellas mucho más halagada que sorprendida.

—Debo convenir en que el tedio me devora. Había jurado pasar el resto de mis días en el retiro, en el descanso. El hastío me hará salirme de mi huronera. Voy á lanzarme á la política activa. Me apremian para que me deje presentar candidato á la diputación á Cortes por el distrito donde está enclavado mi castillo señorial, y también me proponen para la senaduría. Voy á entregarme de nuevo al monstruo. Pase, si estuviera casado con

una mujer razonable, muy entendida en las cosas de la vida práctica, aunque un poco exaltada. No se logra nada en política sino por medio de las mujeres, y á mi edad no puede uno prometerse lograrlo por medio de las mujeres de otros. ¡Que no tenga yo una mía! Como dice el poeta: «¿He pasado del tiempo de amar?... ¡Ah, si mi corazón...!» No recuerdo lo que sigue, pero no importa. ¡Feliz Horacio! ¡Tres veces feliz! Vivir en Egipto con una mujer amada, ó zarandearse por París sin mujer amada en medio del baturrillo de la política: ¡qué diferencia!

La señora Véretz advertía que la diferencia era, en efecto, muy grande, pero en pro del zarandeo y del baturrillo. No pudo por menos de decirse á sí misma: «Si mi futuro yerno tuviese el carácter y los gustos de su tío segundo, sería perfecto y nada tendríamos que desear nosotras». Desde ese momento, el marqués de Miraval le pareció un hombre muy interesante. Trató de reconciliarle con su suerte; y como tenía el don de los negocios y amor á los detalles, le dirigió infinidad de preguntas acerca de su distrito electoral y las probabilidades de su elección. El Marqués, un poco cortado, respondió lo mejor que pudo. No le fué posible salir del paso sino desviando la conversación y haciendo á aquella curiosa una amplia descripción de su castillo, que sin duda ninguna merecía la pena, pero adonde no iba él nunca. Los minuciosos informes que suministró acerca de sus tierras y de sus rentas no eran de naturaleza á propósito para enfriar el interés que ella comenzaba á dedicarle.

Durante este tiempo, la señora Corneuil recorría una alameda del jardín con Horacio, quien no notaba que ella tenía los nervios muy excitados y algo tempestuosos. Había cierto número de cosas que el conde de Penneville no advertía jamás.

—¡Dios mío, qué hermoso tiempo, qué hermoso cielo, qué hermoso sol!—decía él.—Y, sin embargo, no es el sol de allá abajo. ¿Cuándo lo volveremos á ver? ¡Oh! Allá, allá abajo, como dice Mignon. Esta noche me cantará V. esa canción; nadie la canta como V. Nunca me ha parecido más verde este parque; preciso es convenir en que la verdura es muy bonita, aunque me paso sin ella á las mil maravillas. He conocido un viajero que encontraba horrible la Grecia, porque faltan allí árboles. ¿Recuerda V. nuestra primera excursión á Gizeh, aquella gran planicie desnuda, con sus colinas ondulantes, de esa arena de color amarillo de ocre? «¡Me la comería!» dijo V. Nos encontra-

mos con una larga reata de camellos; aún me parece verlos. Apuntaban en el horizonte las pirámides, que nos parecían blancas del todo, y despedían chispas. ¡Cómo se remontaban hasta el cielo! Estaban vibrantes. El aire no vibra nunca por aquí. ¡Oh, qué buen almuerzo el que hicimos en aquella capilla, sentados sobre albornoces! V. llevaba puesto un tarbuch, que le sentaba hechiceramente. ¿Cuándo la volveré á ver con tarbuch? Pero la pava era un poco flaca, y además cometí aquel día una torpeza: dejé caer la alcarraza que contenía nuestra agua del Nilo. Nos desquitamos riéndonos y bebiendo puro el vino, después de lo cual descendimos á un subterráneo, y allí traduje á V. por primera vez jeroglíficos. Nunca olvidaré el arrobamiento de V., cuando la expliqué que un laúd significa felicidad, en atención á que el signo de la felicidad es la armonía del alma. En la escritura china, la felicidad está representada por una mano llena de arroz. Después de esto, ¿quién pondrá en duda la superioridad de alma y de genio de los egipcios sobre los habitantes del Celeste Imperio?

No obstante, acabó por advertir que la señora Corneuil no le contestaba; buscó la explicación de ello y la encontró.

—¿Qué impresión le ha producido á V. el marqués de Miraval?—la preguntó con voz ansiosa.

Esta vez le respondió ella, diciendo:

—Es un hombre muy distinguido. Comienza admirablemente las historietas, pero las concluye mal... ¿Debo ser sincera?

—Sincera en absoluto.

—Me gusta poca cosa.

—¿Le ha dicho á V. algo ofensivo?—exclamó Horacio, presa de un remordimiento súbito y de temor á que su tío se hubiese aprovechado con perfidia de las distracciones que le causaban Manethon y el rey Apepí, para aventurar algún concepto mal intencionado.

—Es un hombre de talento—contestó ella—pero es preciso tener alma, y sospecho que no la tiene.

Al decir estas palabras fijó en el rostro del joven sus grandes ojos y párpados, donde se veía un alma, y acaso dos.

—Sea V. franco á su vez. V. no tiene el talento de mentir, y esto contribuye un poco á que le ame. Me había V. anunciado que escribiría á la señora de Penneville... El Marqués es su respuesta.

—Convengo en ello; pero aun cuando el universo entero se pusiera entre ambos, perdería el tiempo. Ya sabe V. si la amo, si la adoro.

—¿Es mío su corazón, mío de

veras?—preguntó ella, echándole una mirada hechicera.

—¡Por siempre jamás!—respondió él con voz ahogada.

Acercábanse á una olmedilla, cuya entrada era estrecha. La señora Corneuil pasó primero, y cuando se le reunió Horacio, volviéndose ella se quedó inmóvil ante él y le contempló con una sonrisa melancólica. Hasta entonces habíale contenido á distancia, sin otorgarle ni permitirle nada. Por una inspiración repentina, se despojó de su rígida virtud y adelantó dulcemente hacia él su frente y sus labios, que parecían reclamar un beso. Comprendió él, pero tuvo miedo de haber comprendido mal. Vacilaba; al fin se atrevió, y estrechándola entre sus brazos, apoyó sus labios en los de ella. Este beso le puso fuera de sí, le embriagó; estuvo á punto de sentirse mal. Hasta entonces una sola vez había experimentado una embriaguez de emoción comparable con esta: y fué un día que, haciendo unas excavaciones junto á Tebas, vió con sus propios ojos aparecer en el fondo de la trinchera un gran sarcófago de granito rosa. También aquel día le dió un desfallecimiento.

La señora Corneuil se sentó en un banco; dejóse caer él á sus piés, y poniendo sus codos sobre las rodillas adoradas y sus manos en las de ella, estuvo algún tiempo comiéndosela con los ojos. Entre la olmedilla y el lago no había más distancia que la anchura de un camino; oían el oleaje que hablaba en voz baja con el arenal, balbuceando frases de amor, contando goces y misterios que ninguna lengua humana puede expresar.

Después de un largo silencio, dijo la señora Corneuil:

—Las grandes venturas están siempre inquietas y alarmadas, todo las asusta, tienen miedo de todo. Se lo suplico: líbrenos de ese diplomático. Nunca me han gustado los diplomáticos. Preocupaciones, intereses, cálculos, vanidades; no ven más que eso en el mundo.

—Los deseos de V. son sagrados para mí; y así tuviese que reñir para siempre con él, haré cuanto V. guste, aunque siempre he correspondido al afecto que él me profesa.

—Sí; enviadle con su familia, que nos acusará de acapararlo. ¡Que se vuelva á escape á contarla sus historietas!

—Permítame V., su familia soy yo; es solterón, ó mejor dicho, viudo desde hace treinta años, y sin hijo ni hija. Pero ¡qué me importa su herencia!

Al oir estas palabras la señora de Corneuil, salió de su éxtasis, y aguzando el oído como un perro

que olfatea una pista inesperada, dijo:

—¡Su herencia! ¿Es V. su heredero? Nunca me había dicho V. nada.

—Y, ¿con qué oportunidad habría de decírselo? El dinero, ¿qué es el dinero?... Mi tesoro es éste—añadió tratando de estampar un segundo beso, que ella le negó con acierto, pues de nada conviene abusar.

—Las cuestiones de dinero son ruines miserias... ¿Es muy rico el Marqués?

—Mi madre asegura que tiene doscientas mil libras de renta. Que haga de ellas lo que quiera. Puesto que ha tenido la desgracia de desagradar á V., le declararé lisa y llanamente que renuncio á la sucesión.

—Es preciso emplear buenas formas—respondió con viveza la señora Corneuil.—V. le profesa cariño; mucho me pesaría que riñera V. con un pariente á quien quiere.

—¡V., V. y nada más que V.! ¡Es tan poca cosa el resto!

Permaneció aún algunos instantes apoyado en sus rodillas; pero, con vivo pesar, obligóle ella á levantarse, diciéndole:

—El senor de Miraval concluirá por notar que estamos ausentes largo tiempo. Seamos corteses.

Dos minutos después volvía á presentarse en el pórtico, seguida por Horacio, y se acercó al Marqués con una expresión de afabilidad que aún no le había manifestado; pero aun cuando cambió de rostro y de maneras, no dejó de producir efecto su hechizo, ó mejor dicho, todavía fué más sensible. El Sr. de Miraval, que había recobrado toda su presencia de espíritu al conversar familiarmente con la señora Véretz y hacerla toda clase de confidencias, turbóse de nuevo al ver á su hermosa enemiga. Respondió á sus agasajos con frases incoherentes, con expresiones sin piés ni cabeza, que parecían caer de la luna. Bien pronto, como encolerizado consigo mismo y contra su indigna debilidad, se levantó bruscamente, y dirigiéndose á la señora Véretz, dijo:

—No puede olvidarse largo tiempo á La Fontaine; acabo de recordar de pronto el final del verso que se me olvidó, y que dice así:

«He pasado del tiempo de amar...
¡Ah, si mi corazón
Se atreviera á volverse á inflamar!»

Despidióse en seguida de ella con un profundo saludo; después, adelantándose hacia la señora Corneuil, la miró á los ojos, y dijo con una especie de aspereza en la voz:

—Señora, vine, vi, quedé vencido.

Y al punto se alejó, como quien se pone en salvo con la fuga, pro-

hibiendo á su sobrino que le acompañase. No costará ningún trabajo el creer que después de su marcha se habló mucho de él. Todo el mundo estuvo conforme en decir que su conducta era extraña; pero la señora Véretz declaró que le parecía más encantador que singular. La señora Corneuil le encontraba más raro que hechicero. En cuanto á Horacio, explicó lo que había habido de un poco extravagante en su actitud por desequilibrios de salud ó por un capricho de humor, excusable por su edad. Por lo demás, confesó no haberle visto nunca así; que siempre le había conocido como un hombre alegre, avispado, seguro de su memoria, despierto y dándose todo á todos.

—Hay en eso un misterio que debe V. tratar de poner en claro—le dijo la señora Corneuil.

Y como, después de mirar el reloj, se dispusiera él á retirarse, le dijo:

—A propósito, gran perezoso, ¿cuando me va V. á leer ese famoso capítulo IV de su *Historia de los Hicsos?* No vaya V. á olvidarse de que hemos convenido en leerlo una noche, y celebrar en honor suyo una cena suculenta á media noche. Encargaremos á París esa cena. ¿No será delicioso todo eso?

Ante la idea de esa fiestecita íntima en obsequio de Apepí, estremecióse de alegría el corazón de Horacio, y brillaron sus pupilas.

—No quiero leerla nada que no sea digno de V. Concédame diez días más.

—¡Diez días, eso es un siglo! Pero, á lo menos, cumpla V. su palabra, ó me incomodo con V.

Al alejarse, añadió ella:

—Cuando vuelva V. á ver al señor de Miraval, sea V. desconfiado, sí, pero á la vez astuto.

—¡El astuto!—exclamó la señora Véretz, cuando se quedó á solas con su hija.—Mándale más bien que atraviese nadando el gran lago.

—¿Es otro epigrama?—dijo la señora Corneuil con mal humor.

—Puesto que le adoro tal como es—respondió su madre,—¿qué más puede pedírseme? En cuanto al señor de Miraval, no tienes razón para estar intranquila respecto á él. Tengo la idea de que lo hemos conquistado.

—No pienso así—replicó Hortensia.

—En todo caso, querida, es preciso tratarle con muchos miramientos, porque sé de buena tinta...

—Va V. á noticiarme que tiene doscientas mil libras de renta y que su heredero es Horacio—interrumpió con tono desdeñoso la señora Corneuil.—Esas miserables bagatelas son para V. negocios de Estado.

Y, un segundo después, añadió:

—Pida V. á Horacio que invite al Marqués á que venga un día de estos á almorzar con nosotros.

IV

Al día siguiente, á primera hora de la tarde, el conde de Penneville se encaminó al hotel Gibbon, con la esperanza de ver allí á su tío; no le encontró. Le dejó tarjeta con dos palabras, diciéndole cuánto sentía haber dado en balde el paseo, y anunciándole que la señora Véretz y su hija invitaban al marqués de Miraval á que fuera á almorzar el siguiente día con ellas. El Marqués le hizo llevar la respuesta aquella misma noche: condolíase de estar indispuesto, y rogaba á su sobrino que le excusase con aquellas señoras, cuya atención agradecía infinito. Inquieto Horacio por la salud de su tío, salió muy de mañana, contra su costumbre, para ir á adquirir noticias de él. También estaba vacío aquella vez el nido; y el Conde tuvo á la par el disgusto de haber perdido el tiempo y el gusto de deducir que el enfermo estaba bueno.

Instado por la señora Corneuil, le escribió para transmitirle una nueva invitación para almorzar. El Marqués le contestó con un expreso que acababa de resolver marcharse al instante á París, y que sentía mucho no tener ni siquiera tiempo para despedirse de él.

Aquella resolución súbita y esa marcha inesperada conmovieron mucho en la fonda Vallaud. Se habló de ello durante una hora de reloj, y los siguientes días volvióse á hablar de lo mismo. El señor de Penneville fué el primero que volvió de su sorpresa, y dijo para sí: «Suceda lo que quiera, seré como una roca.»

Bien pronto se puso á pensar en otras cosas. La madre y la hija tuvieron menos filosofía. La señora Véretz experimentaba un asombro doloroso, una viva contrariedad al haberse equivocado hasta ese punto, pues hacía gala de no engañarse jamás. La señora Corneuil la decía con tono de triunfo:

—Felicito á V. por su perspicacia. Decía V. que habíamos conquistado por completo al señor de Miraval, y nos encontramos con que su benevolencia no alcanza ni siquiera á la más elemental urbanidad. Había venido como explorador, y se ha vuelto á escape á dar informes á la señora de Penneville. Antes de poco tendremos noticias suyas, que no serán agradables. Estoy segura de que no habrá sabido V. conducirse con él, y de que le ha-

brá dicho V. cosas comprometedoras.

—¿Tengo costumbre de decirlas, querida mía?—respondió la señora Véretz.—Confieso que me sorprende tal conducta. Es contraria á todas mis nociones del derecho de gentes. Antes de hacer la guerra, un hombre galante la declara. El monstruo ha ocultado bien su juego.

—Siempre ha tenido V. una confianza ciega.

—Y, sin embargo, malas lenguas pretenden que soy una madre hábil. No me apabulles, monina mía. Lo que me aflige es que no se encuentra en un dos por tres una herencia de doscientas mil libras de renta.

—No tiene V. en la mollera más que esa herencia. ¡Como si se tratara de eso! Lo que hay es una oscura trama, cuyos efectos veremos bien pronto. Ese pícaro viejo nos hará alguna de las suyas.

—Esperemos, esperemos—respondió la señora Véretz.—Para tomar las fortalezas se necesitan cañones de grueso calibre. Por más que digas, podemos dormir tranquilas á pierna suelta.

Tres días después la señora Véretz, que á escondidas de su hija había salido tempranito á la compra, se introdujo de hurtadillas en la habitación del conde de Penneville, entreabrió la puerta de su cuarto de trabajo, y con la mano en el pestillo, le gritó:

—¿Quiere V. saber una cosa, lindo pájaro azul? Le han dado á V. el gran timo: el señor de Miraval no ha salido de Lausanne. Acabo de encontrarle, cruzando la plaza de San Francisco.

—¡Imposible!—respondió, dejando escapar la pluma.

—Será imposible, pero aún es más cierto que imposible—dijo marchándose.

Horacio se fué acto continuo al hotel Gibbon, y no estuvo más afortunado que las otras veces. Volvió por la noche, y al fin vió recompensada su perseverancia. Tuvo la satisfacción de encontrar al señor de Miraval, quien estaba haciendo la digestión y fumando un cigarro en la terraza del hotel.

—Diga V., tío, ¿esa marcha?...

—El espíritu está pronto, la carne es débil—exclamó el Marqués.—Lausanne es una ciudad tan encantadora, que no he tenido valor para abandonarla.

—A lo menos, ¿hará V. el favor de explicarme?...

—Subamos á mi cuarto—interrumpió;—allí estaremos mejor para charlar.

Así que entraron, el Marqués dejóse caer sobre un sofá, murmurando:

—¡Uf! ¡Estoy rendido!

Luego hizo ademán de ofrecer un sillón á su sobrino, el cual le dijo:

—Expliquémonos de una vez. ¿Amigo ó enemigo?

—Distingamos. Amigo del querido muchacho que está aquí; pero enemigo resuelto, enemigo jurado, enemigo mortal de su casamiento.

—¿De modo que la señora Corneuil no ha tenido la suerte de agradar á V.?—replicó Horacio con tono de amarga ironía.

—Todo lo contrario—contestó el Marqués enardeciéndose de pronto. —Muy bien me hablaste de esta mujer. No hay más que una palabra adecuada: es adorable.

—Pues bueno, tío, siendo así...

—Adorable, te digo; pero no te conviene. En primer lugar, crees amarla, y no la amas.

—¿Sería V. tan bueno que me diese pruebas de eso?

—No, no la amas. La miras á través de vuestros comunes recuerdos de viaje, á través del gusto que has tenido en explicarla el sepulcro de Ti; la contemplas á través del Egipto, á través de los Faraones. Desde lo alto de las pirámides cuarenta siglos han contemplado vuestros desposorios, y por eso es para ti tan querido ese amor. ¡Amor que es un puro espejismo del desierto! Suprime el Egipto, suprime Ti y sopla lo demás: no queda nada.

—Si no tiene V. más que esa objeción...

—Tengo otra. No eres de la edad de ella.

—Tiene diez y siete meses, dos semanas y tres días más que yo. ¿Vale la pena de hablar de eso?

—Quiero creer que tu cuenta es exacta; conozco tu rigurosa exactitud en toda clase de cálculos. Pero esta mujer está en la madurez del espíritu, mientras que tú no eres ni serás toda la vida sino un niño. También de ti podría decirse como del obispo de Avranches: «¿Cuando acabará monseñor sus estudios?» Si llevaras la vida de los negocios, de la diplomacia, de la política, te diría: «Cásate con ese fénix, y estás seguro de tu porvenir.» Pero un estudiante perpetuo casarse con una señora Corneuil, eso es absurdo. Te alabas de comunicarla tus aficiones y tus furores, los cuales no la inspiran sino una indulgente conmiseración. Cuando hablas de Manethon, la aturdes; pero como tiene todos los talentos, no le falta el de dormir sin que se advierta.

—¿Y eso es todo, querido tío?

—Mi dulce amigo, te perdono todo lo demás.

—¿Y no espera V. que me tome la molestia de contestarle?

—Te dispenso de hacerlo; tengo formada mi opinión.

—¿Ha escrito V. á mi madre?

—Todavía no; ignoro qué escribirla. Mi confusión es extremada.

—Recuerde V. que me dió su palabra de tío y de hidalgo de no hacer nada sin conocimiento mío.

—Palabra de honor de que verás mis cartas. Vuelve dentro de dos días á la misma hora, porque no regreso hasta la de comer. Te enseñaré mi...

—Entendido—respondió Horacio—es la guerra, pero una guerra leal.

Despidióse de su tío sin darle la mano; tan al alma le llegaron los impertinentes dichos del señor de Miraval; pero en el camino no tardó en encontrarlos más jocosos que impertinentes. Acabó por repetirlos riéndose, y riéndose también se los refirió á la señora Corneuil, á quien hizo un fiel relato minuciosamente exacto de su visita al hotel Gibbon. Su sinceridad fué recompensada por una sonrisa hechicera y testimonios de ternura llenos de gustosas delicias. Lo mismo que en la olmedilla, vió una frente radiante inclinarse hacia él, en busca de sus labios. Es inexacto eso de decir que no hay nada como el primer beso; el segundo sumió á Horacio en una embriaguez tan dulce que le fué imposible trabajar sin distraerse en el resto del día. Estaba ocupado en saborear el recuerdo.

No había llegado aún al límite de sus extrañezas. Al ir dos días después á la cita que le había dado su tío, supo que el señor de Miraval había partido la víspera; y entonces de verdad. No le pudieron decir á dónde; pagó la cuenta y se fué del hotel, sin más explicaciones. ¿Sospechaba el Marqués que las inconsecuencias y anomalías de su conducta perturbasen el corazón de una mujer adorable y hasta atentaran contra el sosiego de sus noches? La señora Corneuil quedó sumida en un mar de confusiones, que influyeron sobre su humor. A la señora Véretz le costó sumo trabajo defenderse, aunque á decir verdad no tenía nada que vituperarse.

—¡Bah!—les dijo Horacio—nos afectamos demasiado por ello. ¿Para qué atormentarnos ni devanarnos los sesos? No sospechemos tenebrosos misterios donde no los hay. Dos años hace que no había visto á mi tío. Por floreciente que parezca, tal vez le haya hecho sentir sus ataques la edad, acaso no esté ya del todo bien de la cabeza. En otros tiempos sabía á las mil maravillas lo que quería; hoy no lo sabe ya. Lo siento infinito, porque le quiero mucho; y si flaquean sus facultades mentales, le perdono de todo corazón cuantas enormidades haya podido decirme.

Pero no supo qué pensar cuando

al cabo de una semana, una mañanita que llovía á chaparrones, vió entrar en su cuarto de trabajo al señor de Miraval con el aire melancólico y tristón, nublada la frente y mustios los ojos.

—¿De dónde sale V., tío?—le preguntó á gritos.

—¿De dónde he de salir sino de mi hotel?—respondió el Marqués.

—Pero si se ha marchado V. de él hace ocho días.

—Hablo del hotel de Playa-Hermosa. á orillas del lago, en Ouchy, el puerto de Lausanne, donde me he instalado desde que me disgustó el hotel Gibbon.

—Sé muy bien—dijo Horacio—que el hotel de Playa-Hermosa está en Ouchy, y tampoco ignoro que Ouchy es el puerto de Lausanne. Pero lo que no sé, por ejemplo. es por qué ha cambiado V. de domicilio sin dignarse hacérmelo saber.

—Mil excusas, muchacho. ¡Estoy tan ocupado!

—¿En qué?

—Es un secreto mío.

—Lo siento tío, pero el secreto de V. no le hace feliz. ¿Qué se ha hecho de su brillante alegría? Me parece V. más triste que una mazmorra. ¿Acaso le atormenta á V. algún remordimiento?

—¿De dónde ta sacas que tenga yo remordimientos? Esta maldita lluvia es lo que me trastorna. ¿Llueve siempre en este país? ¿Tienes barómetro?

—Ahí hay uno, detrás de V., y á su disposición. Pero dígame V., se lo suplico, ¿cuenta V. sus secretos á mi madre? Aquel borrador de carta que me iba V. á enseñar, ¿lo lleva V. en el bolsillo?

El Marqués no respondió que sí ni que no. Iba y venía por el cuarto, echando pestes contra la lluvia que lo hacía todo imposible; y de vez en cuando volvíase al barómetro, dándole golpecitos con insistencia esperando decidirle á señalar buen tiempo seguro. Después, en medio de una jeremiada, cogió el sombrero y salióse tan bruscamente como entrara, á pesar de los esfuerzos que hizo su sobrino para detenerle á almorzar.

El día siguiente, que era un domingo, no llovió, á Dios gracias; pero en desquite hizo un gran ventarrón. El lago, azotado por el cierzo, no era dueño de sí; tenía actitudes y cóleras de océano. El Marqués volvió á la misma hora, con aire tan displicente y malhumorado como la víspera, echando pestes contra el cierzo tan enérgicamente como había protestado contra la lluvia. No pudo hablar de otra cosa, y golpeó de nuevo el barómetro, pero esta vez para hacerlo descender.

—El imbécil ha sufrido demasiado—murmuró.

—No habrá comprendido lo que V. le pedía—dijo Horacio.

—Señor guasón, no tengo ganas de chacota, y me largo.

En vano intentó Horacio hacer que se quedase; tomó la puerta y echó escaleras abajo; pero su sobrino le siguió, y cogiéndole del brazo se declaró resuelto á acompañarle hasta su hotel. Esperaba hacerle hablar en el camino de otra cosa que el cierzo. No bien hubieron andado cincuenta pasos, cuando vieron llegar un coche á todo escape, como para huir del huracán; en aquel carruaje iban la señora Véretz y su hija. Estas señoras volvían de oir misa en Lausanne, donde se puede oir desde que hay una iglesia católica en la Riponne.

En el momento de ir á cruzarse, la señora Véretz, que nunca llevaba los ojos en los talones, dió una orden al cochero, y el carruaje paró en seco. Horacio no tuvo tiempo de soltar el brazo de su tío, á quien obligó á que hiciese alto. Aparentemente el encanto obraba de nuevo, porque al acercarse á la portezuela, el Marqués encontróse con la mirada de la señora Corneuil y al punto perdió el aplomo. Se inclinó con torpeza, ruborizóse, y balbuceó algunas frases sin sentido ni aspecto de tenerlo. Luego, soltándose del brazo de su sobrino, hizo un nuevo saludo, volvió la espalda y se fué á escape.

—Cada vez se vuelve más inexplicable—dijo la señora Véretz.—Comienzo á creer que tiene perturbada la conciencia.

—Es un conspirador que padece escrúpulos intermitentes—dijo la señora Corneuil.

—Ayer me confesó que tenía un secreto—dijo Horacio.

—Yo adivinaré su secreto—replicó la señora Véretz.

—Y yo, para tranquilidad de mi ánimo, escribiré esta noche á mi madre.

La misma noche, como sucede algunas veces, cesó bruscamente el cierzo; el resultado de ello fué que el siguiente día ya no se vió al Marqués. La señora Véretz fué á adquirir informes; quizá tuviese espías y pusiera alguna en campaña. Unas horas después tuvo la satisfacción de noticiar á su hija y al señor de Penneville que todas las mañanas, salvo en caso de lluvia ó viento fuerte, el señor de Miraval se metía en la barca que cruza el lago desde Ouchy á Evian, que pasaba el día en Saboya, y que entre dos luces regresaba á su hotel á comer. ¿Qué iba á hacer en Saboya? Perdiéronse en conjeturas. La más verosímil y en la que se fijaron fué que la señora de Penneville habría

dejado Vichy por Evian, que todos los días su emisario y secuaz iría á reunirse y conferenciar con ella, que antes de poco tiempo estallaría la bomba. La señora Véretz manifestó en serio, aunque bajo las apariencias de una broma, el deseo de que se le *pescase* al Marqués y de que al siguiente día el señor de Penneville se trasladase á Evian para asegurarse de lo que allí pasaba. A su hija y á Horacio no les hizo gracia la idea y rechazaron la proposición, el uno por dignidad y la otra por prudencia. Temerosa siempre desde aquella noche en que tuvo tan malos ensueños, decíase la señora Corneuil: «Ojos que no ven, corazón que no siente.» No temía que su amado pusiera el lago entre ella y él durante un día; sino que, en los azares de la expedición, cayese en manos de los filisteos y que se lo robaran.

Bien pronto salieron de cuidados. Horacio había escrito á su madre, y recibido la siguiente respuesta:

«Mi querido hijo: El señor de Miraval se había encargado de darte á conocer todo lo que pienso acerca del matrimonio que proyectas. ¿Qué hablas de conspiraciones? Tu tío me ha escrito. Para probarte hasta qué punto procede de buena fe en este asunto que me inspira tantos cuidados, tomo el partido de remitirte su carta, suplicándote que no le digas nada de esto, pues de seguro que con dificultad me perdonaría mi indiscreción. Por esa carta verás cuán poco prevenido está contra la mujer á quien amas, y, por consiguiente, cuánto merecen que las medites en serio las objeciones que dirige á tu proyectado enlace. Tu madre, que sólo desea tu felicidad.»

La carta del Marqués estaba concebida en estos términos:

«Mi querida Matilde: He tardado en tomar la pluma, y te presento por ello mis excusas. El caso es muy distinto de lo que yo imaginaba, y exige mucha reflexión. Tengo pocas esperanzas de lograr desasir á Horacio de la que llamaba yo «su culebra del Nilo». Te había prometido ejercitar en estas circunstancias todos mis talentos diplomáticos. Hice mal en hacerme ilusiones. ¿Qué puede la diplomacia contra una mujer semejante? No ignoras que llegué aquí armado de prejuicios hasta los dientes; tampoco ignoras que soy ducho en conocer á los hombres y á las mujeres, que no me falta cierta presteza de ojeada. He visto y he sido vencido; no he podido por menos de decírselo así á la misma señora Corneuil. No te hablo de su portentosa belleza, de las gracias de su ingenio, de su ta-

lento literario (que es de primer orden), de lo noble de sus sentimientos. Una palabra bastará. Ya sabes cuál era mi horror al matrimonio; hice mi campaña, y he guardado desagradable recuerdo del servicio. Pues bien, por vez primera... te va á parecer un sueño, querida; y, sin embargo, es la pura verdad... Sí, si no existiese Horacio, si fuera libre el corazón de la señora Corneuil, y si no la asustasen mis sesenta y cinco años, daría sin vacilar el arriesgado paso y creería asegurar la ventura de los pocos años que aún me quedan por vivir. Te burlarás de mí; tienes razón mil veces. Por fortuna, existe Horacio; además, tranquilízate, no tendría ninguna probabilidad de ser bien quisto. Dejemos mi pequeña utopía y hablemos de tu hijo. —Siendo así (dirás), ¡que se case con ella!—No, querida Matilde, no creo que sería venturosa esa unión. Entre esos dos seres hay una discordancia absoluta de humores, de gustos, de caracteres; me es imposible admitir que hayan sido hechos el uno para el otro. Me he explicado con franqueza con Horacio; pero, ándale con razones á un enamorado. Los novios y los peces son las gentes más difíciles de persuadir en el mundo; tengo de ello triste experiencia. Sin embargo, repetiré mis tentativas; volveré á la carga en un momento propicio, y antes de poco tendrás noticias mías. Pero, sea dicho sin echártelo en cara, me pesa amargamente haber venido á Lausanne. No sabes el flaco servicio que me has hecho enviándome aquí, los días tempestuosos y las agitadas noches que lleva tu tío, que te abraza.»

Cinco minutos después de haber leído esta carta, ó sea á las diez de la mañana, Horacio, con transgresión de todas las costumbres del país, corrió al *chalet*, donde le recibió la señora Véretz. Estaba fuera de sí, y la primera cosa que hizo fué soltar una gran carcajada.

—¡Silencio!—le dijo ella con viveza, pellizcándole en el brazo.—¿Se olvida V. de que nunca se ríe aquí por la mañana?

Horacio echó un apasionado beso en dirección al santuario, y dijo á la señora Véretz:

—Querida señora, vámonos corriendo al fondo del jardín, porque es en absoluto necesario que me ría.

En cuanto estuvieron instalados en la olmedilla, exclamó él:

—¡Oh, decididamente, es demasiado chistosa esta aventura!

—¿Qué aventura? ¿De qué se trata?

—¡Ah, mi tío; mi pobre tío!

Y se echó á reir, á más y mejor.

—Por favor, explíquese V.—le dijo la señora Véretz.

—¡Ah! Sí... «¡Corrido como un

zorro presa de una gallina!...» Yo sé La Fontaine tan bien como él.

—¿Quién es la gallina?

—Imagínese V. que está perdida, locamente enamorada de Hortensia.

La señora Véretz dió un salto.

—¡Me está V. contando un cuento lleno de patrañas!

—Pues oiga V.; escuche, si gusta.

Y en seguida leyó en alta voz la dos cartas, interrumpiéndose á ratos para dar rienda suelta á su hilaridad.

El primer impulso de la señora Véretz fué reirse también, el segundo escuchar con religiosa atención, el tercero arrebatarle á Horacio de las manos las cartas que acababa de leer y comprobar los párrafos más interesantes. Sólo debe darse crédito á los ojos.

—¡Oh, mi pobre tío—exclamó Horacio;—al cabo pareció su famoso secreto! Ha tenido que rehacer diez veces su epístola antes de enviarla; temía que mi madre se burlara de él. Y nótese el trabajo que se toma para bromear, y cómo se delata, á pesar suyo, lo serio de su pasión. ¡Ah! Sí; tiene «días tempestuosos y agitadas noches». Lo concibo. Fíjese V. en cómo se explica todo: las incoherencias de su conducta, sus rubores, su trastorno, sus extravagantes accesos de huronería, las groserías que les ha hecho á Vds., él tan cortés, tan esclavo del bien parecer. Ha jurado no volver á poner aquí más los piés, como la mariposa jura no volver más á acercarse á la llama de la bujía. Todas las mañanas se dice á sí mismo: «Abandonemos á Lausanne, partamos.» Y le falta valor para marcharse. Y, sin embargo, no puede estarse quieto en un sitio; pasea sus amorosas preocupaciones por el lago. Nos preguntábamos qué iba á hacer á Saboya. ¡Caramba! Va á Meillerie, para contemplar allí la roca de Saint-Preux, para contar allí sus dolores á aquella gran sombra. Luego se dice á sí propio de nuevo: «¡Partamos!» Y no parte. Cada día comienza otra vez á describir su lejana y monótona órbita alrededor del *chalet,* donde permanece su corazón.

—Sí, así es—dijo la señora Véretz.—Preciso es creer que los planetas aman al sol, y, no obstante, les da miedo; por eso giran en círculo en torno de él.

—A decir verdad—respondió Horacio, formalizándose—no es así exactamente como explican la cosa los astrónomos.

—¡Dios los bendiga!—dijo la señora Véretz.

Y al decir estas palabras, se metió reposadamente en el bolsillo la carta del Marqués, la cual no pensaba Horacio en pedir.

—Es verdad, amo y respeto á mi

tío, siendo para mí cuestión de conciencia no burlarme de él. Pero, sobre este particular, me es imposible tenerle lástima. Se había encargado de una misión fea, y nótese que aún hace gala de ganar la partida; acaricia no sé qué vaga esperanza... ¡Qué impaciencia tengo por contar esta historia á Hortensia! ¡Lo que se va á divertir con ella!

—Si quiere V. creerme, mi querido Conde—replicó gravemente la señora Véretz—no la diga V. una palabra de ella, ni una sola palabra. Riámonos entre nosotros como dos colegiales, pero ya sabe V. que á Hortensia no le gusta reirse. Es una verdadera sensitiva, y lo que á nosotros nos divierte pudiera muy bien ofenderla ó apenarla.

—En ese caso, ¡Dios me libre!... Sin embargo, me aflige la prohibición de V. ¡Es tan curiosa esta historia!... Convenga V. conmigo en que con ella podría hacerse una linda comedia, que habría de titularse *El zorro, ó el diplomático cogido en la trampa.*

—El título sería quizá demasiado largo. ¡Bah! Cuando compongamos el cartel ya lo pensaremos.

En seguida la dejó; pero al entrar en su casa dijo para sus adentros: «Igual da; tarde ó temprano, encontraré momento propicio para hablar de esto con Hortensia.»

V

Eran cerca de las diez de la noche. Madre é hija estaban solas en su salón. La señora Véretz bordaba al tambor. La señora Corneuil soñaba, sumergida en una butaca; como no meditaba, era lícito hablar.

—¿Conque mañana es el gran día?—dijo su madre levantando la vista de la labor.

—¿Qué quiere V. decir?

—El señor de Penneville ha dado á luz no sé si de todo tiempo ó abortando. Lo cierto es que mañana tendremos que tragarnos la criatura. Me ha certificado que su manuscrito se componía de setenta y tres cuartillas, ni más ni menos; ya sabes que sus cuartillas tienen tela. Tenemos para un par de horas de reloj. Ese demonio de hombre tiene una voz tan clara y retumbante, que se oye sin escuchar; que quieras que no, se mete por los oídos. Eres feliz, querida; el señor de Miraval lo ha dicho: tienes el talento de dormirte sin aparentarlo.

—Ahí tiene V. una chanza de mediano gusto—replicó la señora Corneuil con altivez.

—No te lo imputo como un cri-

men; hay que defenderse como se pueda contra el rey Apepí; cada cual se las amaña á su modo para no recibir el chaparrón... Pero, en fin, ese querido muchacho podrá tener sus faltillas, más eso no obsta para que tenga un corazón excelente y todo lo demás; eso tampoco le impide ser adorado.

—Pues bien, sí, le adoro—replicó la señora Corneuil con voz agria—ó por lo menos, quiero infinito al señor de Penneville, y suplico á V. que no lo dude.

La señora Véretz se puso á bordar otra vez, y al cabo de algunos instantes de silencio, exclamó:

—¡Dios santo, qué lástima!

—¿Qué es eso?

—¡Qué lástima que el tío no sea el sobrino, ó que el sobrino no sea el tío!

—¿De qué tío habla V.?

—Del marqués de Miraval.

—¿De ese conspirador? ¿De ese tremendo viejo?

—No le has mirado bien; no es feo del todo. La mirada es hechicera, la voz joven, la mano con hoyuelos y coquetona, una verdadera mano de diplomático ó de prelado. ¿De veras te desagrada mucho?

—Infinito.

—Eres injusta, muy injusta; tiene méritos de varias clases. En primer lugar, es marqués; el otro no es más que conde, y hay un conde en cada esquina por esas calles. Luego, no tiene sesenta mil libras de renta; tiene más del triple.

—Doscientas mil—dijo la señora Corneuil.—¿Por qué se para V. ahí?

—Otra ventaja: si le diera la gana de volverse á casar, no tendría necesidad de que su madre aprobara el enlace. Por más que hagamos, nunca seremos bien quistas para la señora de Penneville. Ya verás cómo se indispone con su hijo; y esto será una mala nota para ti. La sociedad en tales casos toma siempre partido por las madres. Y luego, el señor de Miraval no es un anticuario; es un hombre de sociedad y, lo que es más, un gran ambicioso. Ha formado el proyecto de volver á la vida política; dentro de pocos meses será diputado ó senador, á elegir.

—¿Quién se lo ha dicho á V.?

—El mismo. Y añadía que su único pesar es no estar casado, porque necesitará dar reuniones, y sin mujer no hay salón. El otro no tiene gusto sino por las criptas y no suspira más que por su caro Menfis, á donde te llevará.

—Sabe V. muy bien—respondió con viveza—que Horacio hará lo que á mí me pete.

—No te fíes. El señor de Miraval lo define diciendo que es un terco mosquita muerta. ¡Dios mío! ¿Qué

iremos á hacer en Egipto, nosotras que consideramos la vida como una misión, como un apostolado?... ¡Buen modo de ejercer nuestra misión en el fondo de un hipogeo!

—¿Qué mala hierba ha pisado V. esta noche?—dijo la señora Corneuil, moviendo su cabeza de musa aburrida y frunciendo sus labios de Juno, de una Juno que todavía no ha encontrado su Júpiter.

La señora Véretz tiraba de aguja y tarareaba en voz baja una cancioncilla. La señora Corneuill fué quien reanudó la conversación.

—No, no sé qué bicho le ha picado á V. Parece que se ha propuesto disgustarme de mi ventura. ¿Quién ha querido esa boda, ó por lo menos, quién la ha aconsejado?

—El amor hace las veces de todo, hija mía. Puesto que le amas, no eches de menos ninguna cosa.

—¡Dios mío! Bien sabe V. que aún no he hallado el hombre con quien sueño. Pero, amo á Horacio; quiero decir que me ha gustado, que me gusta... En fin, pero no me explica V. por qué esta noche...

—Bueno—pensó la señora Véretz—ya no estamos en el período de la adoración. Y dijo en voz alta:

—Querida mía, el señor de Penneville es un magnífico partido, no lo niego; y yo misma te lo recomendé, porque aún no tenía ningún otro mejor que proponerte.

—¿Al paso que esta noche?...

—¡Ah! Esta noche sé de otro.

La señora Véretz se levantó de su sillón, y después de rebuscar en el bolsillo, se acercó á su hija y exclamó:

—Lee esas dos cartas; no te las doy, sino que te las presto; porque el señor de Penneville ha notado que me las guardé y tengo que devolvérselas mañana por la mañana.

La señora Corneuil pasó desdeñosamente la vista por la primera de esas cartas; pero en cuanto comenzó á leer la segunda, cambió de actitud, sacudió su languidez, su pálida tez se coloreó y por el fondo de sus ojos pasó un no sé qué, el cual no se tomaron sus largos párpados el trabajo de ocultar.

Sin embargo, cuando llegó al término de la lectura, se levantó, sacó un sobre de un cajón, metió en él ambas cartas, rogó á su madre que pusiese las señas en él, llamó á Santiagote y le dijo:

—¡Que al instante lleven este pliego al señor conde de Penneville!

Después de lo cual volvió á arrellenarse en su butaca.

—¿Te quemaban los dedos esos garabatos?—la dijo sonriéndose la señora Véretz.

—Podía V. haberse pasado sin hacerme leer esas pataratas.

—¿Pataratas, querida? ¿Qué diría el Marqués si te oyera? Está terriblemente encandilado ese pobre hombre. El se tiene la culpa. ¿Quién le mandaba acercarse á dos hermosos ojos habituados á hacer milagros?

—¡Ni una palabra más!—replicó la hija.—Ya sabe V. que no puedo sufrir cierto género de chistes.

La señora Véretz volvió á su labor. La señora Corneuil se levantó y se puso á pasear algunos instantes por el cuarto, con paso inquieto y febril. Luego se sentó al piano y suspiró con voz conmovida y apasionada aquella canción de Mignon que tanto le gustaba á Horacio. Detúvose á mitad de la última estrofa, y volviéndose hacia su madre, exclamó:

—No, no la comprendo á V. ¿Puede V. proponerme en serio que renuncie á un hombre dotado de toda suerte de buenas cualidades, á un hombre digno de mi estimación, de buena presencia?...

—La otra mañana que se reía tanto—interrumpió la señora de Véretz—tenía el aspecto de un magnífico carnero que ha aprendido el idioma cofto.

—...A un hombre á quien he dado mi palabra. V. que tanto teme las murmuraciones: entonces sí que habría comentarios.

—No hay más que ser precavidas. Nosotras no le despediremos; él nos dejará.

¿Y á quién iba yo á sacrificarle? ¡A un septuagenario!

—Dispensa, el Marqués sólo tiene sesenta y cinco años y no los representa. Es un hombre de buen pasado y de amable porvenir. Le predigo los más brillantes éxitos en la tribuna, de esos que hacen pensar en una cartera de ministro. ¡Es tan pobre en hombres Francia! Y luego, querida mía adorada, piensa bien que sólo los viejos saben amar. ¡Agradecen tanto que se les otorgue la merced de aguantarlos! Añadiré que el señor de Miraval tiene exquisito gusto, aprecia nuestra literatura. Ahí está escrito: la encuentra «de primer orden.»

En seguida, la señora Véretz abandonó de nuevo su bordado, se acercó á su hija, y estrechándola en sus brazos, dijo:

—¿Te enfadas? Bueno, no hablemos más de ello. No es igual la partida entre el señor de Penneville y su tío. El uno te gusta...

—Nunca da V. con la palabra exacta... No me disgusta.

—Y el otro te disgusta.

—Me disgustaba.

—¡Bien! Ya están nivelados, bajo el mismo pié, con idéntica muestra.

Se abren las apuestas.

—Tiene V. razón, acabaré por enfadarme de veras—replicó la señora Corneuil, encendiendo una vela para retirarse á su dormitorio.

Al ir á salir, acercóse á una ventana y contempló un momento la bóveda estrellada, como para buscar allí una inspiración. Después, con tono resuelto y solemne, dijo á su madre:

—Esté V. segura de que sólo consultaré á mi corazón. Si se engaña V. acerca de mis sentimientos, me reservo el derecho de desautorizarla.

La señora Véretz la abrazó de nuevo, exclamando:

—Eres un verdadero rey de Prusia. Hablas de tu corazón, de tu conciencia, permites hacer reservándote el desautorizar. Vamos, seré tu Bismarck.

—Y tras estas palabras, acompañó á su angel adorado hasta la puerta del santísimo.

Desde las primeras horas de la mañana del día siguiente cayó una lluvia menuda, un verdadero calabobos; sin embargo, el Marqués no fué de visita á casa de su sobrino, lo cual afligió mucho á la señora Véretz; quizá se prometiese ésta detenerlo, apoderarse de él al paso. A primera hora de la tarde mejoróse el tiempo, y propuso á su hija salir con ella en coche descubierto. Horacio no las acompañó; quería revisar otra vez su manuscrito, para no tener por la noche ningún tropiezo al leerlo, estimando que nunca estaría la novia demasiado emperejilada.

Al regresar aquellas señoras de su paseo á lo largo de la hermosa explanada de Montbenon, desde donde se disfruta una admirable vista del lago y de los Alpes, la señora Véretz, cuyos ojos de hurón lo veían todo, advirtió por la portezuela la presencia del Marqués melancólicamente sentado en un banco solitario. Se bajó con presteza del carruaje y rogó á su hija que regresara sola á casa. Algunos minutos después, y como quien no quiere la cosa, pasó casi junto al Marqués y exhaló un grito apagado de alegre sorpresa. El señor de Miraval percatóse de que entre los Alpes y él había un moño del rojo más espléndido; le gustaban más los cabellos rubios, pero tomó galantemente su partido.

—¡Bendita sea Su Majestad el Azar!—exclamó la señora Véretz. —Señor Marqués, es V. mi prisionero; ríndase á discreción.

Ofrecióla el brazo, diciendo:

—Querida señora, me gusta mucho mi carcelero.

—Le dispenso á V. de ser galante. Sólo le pido que me hable con el corazón en la mano, si es cosa que se le puede pedir á un di-

plomático. Veamos; ¿quiere V. ser sincero?

—Lo seré tanto como Amen-Heb, de sobrenombre el Verídico, intendente de los rebaños de Ammón y grámmata principal.

—Ante todo, convenga V. en que me asiste derecho á interrogarle. ¿No ha sido muy singular la conducta de V. para con nosotras? Desde el día en que nos fué presentado por el señor de Penneville, ha puesto V. empeño en evitar nuestra presencia, en huir de nosotras.

—¡Oh! Crea V., señora...

—En verdad, ¿qué hemos podido hacerle á V? De seguro ha descubierto V. que soy una necia.

—Señora, desde el primer minuto en que tuve el honor de ver á V., formé el concepto de que es una mujer de mucho ingenio, y no me vuelvo atrás.

—En ese caso, ¿es mi hija quien ha tenido la desgracia de desagradarle?

—¡Su hija de Vd.!—exclamó el Marqués.—¡Merecería ser maldito por Dios y por los hombres!... Si es adorable la hija de V.

«Es la misma palabra de la carta—pensó la señora Véretz;—hay razón para atenerse á ella.» Después continuó:

—Señor Marqués, ¿cuál es, pues, ese misterio?

—¡Ah! Señora—la dijo mirándola á hurtadillas—V. es una mujer muy aguda y vive con gentes que descifran jeroglíficos.—Temo que me haya adivinado V.

—Se forma V. una idea exagerada de mi clarividencia; no he adivinado nada absolutamente. Veamos; ¿será verdad que tiene V. un secreto, como lo pretende el señor de Penneville?

—¿Habrá penetrado por casualidad mi sobrino ese secreto? Me asusta V. ¡Es la última persona del mundo á quien me atrevería á hacer mis confesiones!

«No me cuesta trabajo comprenderlo—pensó ella.—Vamos, tenemos agarrada la liebre por las orejas.»

Oprimió suavemente el brazo del Marqués, y le dijo:

—Decididamente, no le entiendo á V., y tengo la manía de comprender. ¿No quiere V. revelarme ese terrible secreto?

—Nunca, señora, jamás. Aún respeto mis cabellos blancos; me dan miedo. ¿Quiere V. que los cubra de un indeleble ridículo?

—Es V. el único en advertir que son blancos—dijo ella, lanzándole una mirada de las más alentadoras.

—Y además, me haría V. traición con Horacio. Es la primera vez que un tío ha temblado delante de su sobrino.

«Hay que renunciar á ello—pen-

só con despecho la señora Véretz;—le molestan sus cabellos blancos y su sobrino. No hablará antes de que el otro haya abandonado el puesto.» Después de una pausa, continuó en voz alta:

—Señor Marqués, si hubiese sido V. menos avaro de sus visitas, nos hubiera otorgado á la vez un honor y un placer, pues me interesaba mucho ver á V. para hablarle de una inquietud que me corroe. Yo también tengo mi secreto, y desearía confiárselo á V. Sí, desde hace algunos días tengo muy perturbado mi espíritu. El señor de Pennevil-le, que tiene la mala costumbre de decirlo todo...

—Es muy mala, en efecto, señora; con frecuencia se la he reprendido.

—Sin corregirle—prosiguió ella —puesto que nos ha referido una conversación que tuvo con V., sin callarnos ninguno de los escrúpulos que se le ocurrieron á V. con respecto á ese matrimonio.

—Reconozco en eso muy bien al infeliz —dijo el Marqués.

—Esto me ha dado mucho que pensar, y estoy obligada á rendir pleitohomenaje al gran juicio de V. Merezco llevar la pena, porque me engañé cruelmente. Entre esos jóvenes no hay aquella armonía de caracteres y gustos, primera condición para la felicidad.

—¡Con cuánto placer oigo á V.! La armonía de gustos: ahí está el quid; pero, no basta. En las miras de la Providencia y en las mías, el matrimonio debe ser una sociedad de admiración mutua. Pues bien, ha llegado á mi conocimiento... Sí, querida señora, conozco una mujer del mérito más extraordinario. Ha publicado admirables sonetos, que le envidiaría Petrarca si aún fuese de este mundo, y un tratado acerca de los deberes y virtudes de la mujer, que podría firmarlo Fenelón, si Bossuet no le disputase ese honor... ¿Me escucha V.?... Ha regalado esos dos preciosos volúmenes á un hombre que pretende amarla; el infeliz no ha podido leerlos de cabo á rabo. ¿Qué digo? Yo he visto esos dos tomos; uno de ellos está cortado hasta la mitad; el otro aún está virgen, absolutamente virgen... Lo mejor del caso es que el pobre mancebo se imagina que los ha leído, y está pronto á jurar que los admira... Pero, no vaya V. á contar mi historieta á la señora Corneuil.

—Cuando la señora Corneuil publique un libro acerca de los deberes de las madres, lo cual no puede dejar de suceder un día ú otro, esté V. seguro de que contará la indiscreción en el número de sus virtudes. ¡Ay! Sí, las madres están algunas veces obligadas á ser indis-

cretas, y la anécdota que me ha narrado V. es bien adecuada para ilustrar á mí hija acerca de sus propios sentimientos y los que afectan tener hacia ella. Además, debo confesar á V. que ella misma...

— Hable V., señora, hable V. Decía deber confesarme que ella misma...

— ¡Oh! Mi hija es un alma profunda que oculta sus sentimientos. Pero, desde hace algún tiempo, la veo pensativa, ensimismada, casi triste, y me pregunto si también ella habrá hecho sus reflexiones.

El Marqués soltó el brazo de la señora Véretz, para enjugarse la frente con el pañuelo. En este mundo hay sudores de alegría.

«¡Ah! Chocheas, pobre hombre —se decía interiormente la señora Véretz—y ya no piensas en tus cabellos blancos... Veamos si al fin hablas ya.»

El Marqués no habló. Dijérase que su gozo le había hecho olvidar dónde y con quién estaba. Sin embargo, acabó por acordarse. Apoderóse de la mano de la señora Véretz y se la llevó á los labios casi amorosamente, tanto que llegó á creer ella en un error. Luego, al cabo de unos instantes de meditación, dijo:

— Señora, lo más difícil que hay en el mundo es que uno caiga de su burro.

Echóse ella á reir y le respondió:

— Ya le había prevenido á V. que tenía que pedirle un consejo.

— Querida señora, en toda persona que se mete á escribir hay una pasión más fuerte y de vida más dura que el amor: es el amor propio. Y, para matar al enamorado, basta algunas veces arañar al autor con la punta de un alfiler.

— Somos á propósito para hablar juntos; nos comprendemos á media palabra. Señor Marqués, se lo ruego, si el alfiler produce ese efecto milagroso, ¿me dirá V. su secreto?

— No, señora... pero, se lo escribiré.

— Entendido — respondió ella alargándole ambas manos, las cuales estrechó él con una gratitud convulsiva.

Después de esto, la señora Véretz tomó el camino de la fonda Vallaud, diciendo para sí: «Este hombre es el yerno ideal, el de mis ensueños.»

VI

Veinte minutos bien cabales llevaba ya leyendo. Le escuchaban, ó parecían escucharle. El lindo salón del *chalet* estaba en la planta baja; y, por ser tibia la noche, habían

dejado abierta la ventana. Si hubiese habido transeuntes, el ruido de sus pasos hubiera podido molestarle; pero, gracias á Dios, no pasaba nadie. Santiagote y su trompeta se habían retirado á su desván y dormían apaciblemente la una en brazos del otro. Las aves del parque habían convenido en callarse, para poder oirle mejor sin perder una palabra; verdad es que era la estación en que no cantan. En el seno de las mansiones etéreas lanzaban sobre él una mirada amiga las estrellas, esos habitantes del eterno silencio. Leía con dignidad, con fuego y convicción, pero con modestia. De rato en rato se detenía para decir:

—¿Les parece á Vds. que leo demasiado aprisa? En mi infancia me reprendían porque me atropellaba. ¿Les cuesta á Vds. trabajo seguirme? ¿Quieren Vds. que vuelva á empezar el párrafo? Van Vds. á pedirme pruebas; espérense, más adelante las doy. Si tienen Vds. que dirigirme alguna observación, no dejen de hacerlo, pues lo agradeceré mucho.

Pero no pensaban dirigirle ninguna observación, y nadie le rogó que volviese á empezar párrafo alguno.

Hemos dicho que tenía la preciosa facultad de combinar sus sensaciones, lo cual le permitía proporcionarse varios placeres á la vez, sin que todos ellos formasen más que uno solo. Por las entreabiertas vidrieras penetraba en el salón un exquisito aroma de ligustro florido. Respiraba con voluptuosidad ese aroma; y aunque muy atento á su lectura, contemplaba á intervalos las estrellas y pensaba en dos hermosos ojos pardos, con mezcla de amarillo, más dulces de ver que todos los astros del cielo. No veía esos ojos tan dulces; la señora Corneuil estaba sentada á parte en un blando diván, y no llegaba hasta ella la importuna claridad de la lámpara. Medio acostada y muda, era toda oídos; la oscuridad es favorable al recogimiento. Sin embargo, no juraría yo que no sufriese algunas distracciones; quizá pensara á ratos en dos tomos cuyas hojas no habían sido cortadas. La señora Véretz estaba sentada bordando frente al lector, á quien hacía leves señales aprobatorias con la cabeza. Su sonrisa y la viveza de sus ojos verdes expresaban bastante bien el interés que sentía por los hicsos, á menos que la tal sonrisa no quisiera decir simplemente: «Alabado sea Dios, querido caballero; el hábito hace aguantarlo todo.»

Leía volviendo las hojas con pena, porque sentíase tan dichoso, que deseaba no dar fin á su felicidad ni á

su lectura. Antes de que empezase, una mano delicada, que hubiera querido conservar siempre entre las suyas, había puesto delante de él un gran vaso de agua azucarada. Mojó en él sus labios, tosió para aclararse la voz, y luego siguió en estos términos:

«Hemos demostrado que la historia de Josef, hijo de Jacob, tal como está relatada en los capítulos XXXIX y siguientes del *Génesis*, presenta un manifiesto carácter de autenticidad. Dan fe de ello los nombres propios, tan importantes en tales materias. Como todo el mundo sabe, el oficial de Faraón, jefe de sus guardias ó de sus eunucos, que había comprado á los ismaelitas á Josef y con la mujerd el cual tuvo éste aquella deplorable aventura de donde sólo consiguió salir dejándose la capa, se llamaba Putifar; y Putifar no es otra cosa más que Pet-Fra, que significa «consagrado á Ra» ó al dios solar. Josef recibió del Faraón el título de Zfanatpaneach, que debe traducirse por Zpeut-Puch; ahora bien, Zpeut-Puch quiere decir «creador de la vida», lo cual prueba muy bien la gratitud que los egipcios profesaban á Josef por haber provisto á la subsistencia de ellos durante el hambre. Diéronle en matrimonio la hija de un sacerdote de On ó Annu...»

Aquí, volvióse hacia la señora Véretz para decirla:

—¿Necesito explicar á V. que On ó Annu es la ciudad del sol, ó Heliópolis?

—¿Me haría V. tal afrenta?—le respondió.—Y continuó él:

«Diéronle, pues, en matrimonio la hija de un sacerdote de On ó Annu, la cual se llamaba Asnath, palabra que se explica por As-Neith, y da testimonio de que estaba consagrada á la madre del sol. Después de esto, ya no nos falta más que probar una cosa, á saber: que el Faraón, bajo cuyo reinado llegó Josef á Egipto, era, en efecto, el rey de los hicsos, Apepí.»

—Ya llegamos á lo bueno—exclamó alegremente la señora Véretz.—Siempre me ha gustado ese Apepí, sin conocerle.

—¡Oh! No pretendo mejorarlo, y no me atreveré á afirmar precisamente que fuese digno de ser amado; pero era un hombre de mérito, y verá V. que hasta cierto punto es acreedor al afecto que se digna profesarle. Tampoco diré á V. que fuese hermoso, pero su rostro tenía carácter. Me preguntará V. que cómo lo se. Señora, en el museo del Louvre, armario A de la sala histórica, hay una figurilla un poco borrosa, de basalto verde, en la cual habíase creído reconocer el más puro estilo saíta. Por desgra-

cia, han desaparecido las cartelas. Señora, tengo las más sólidas razones para pensar que aquella preciosa estatuilla no es saíta en manera alguna, sino el retrato de un rey pastor, y que este rey pastor era Apepí. Así verá V....

Llevó de nuevo el vaso á los labios y tragó un segundo buchecito con método, como lo hacía todo; después continuó su lectura:

«Para este efecto, nos vemos obligados á tomar las cosas desde más atrás. Hacia el año de 1830 antes de la Era Cristiana, fué cuando los soberanos de la dinastía tebana comenzaron á levantarse contra los hicsos. Después de una larga y penosa lucha, en que conocieron todas las vicisitudes de la fortuna, rechazaron á los pastores al bajo Egipto. Más de un siglo después, el rey Raskenan sentábase en el trono de Tebas, y de él se hace mención en un papiro del Museo Británico, cuya importancia no puede ocultársele á nadie.—Sucedió (está escrito en este papiro) que la tierra de Egipto llegó á ser propiedad de los malvados, y no había entonces allí un rey dotado de vida, de salud y de fuerza. Mas he aquí que aparece el rey Raskenan, dotado de fuerza, de salud y de vida, y reinaba sobre el país del Mediodía. Los malvados estaban en la fortaleza del sol, y todo el país estaba sujeto á pechos y tributos. El rey de los malvados se llamaba Apepí, y eligió por señor suyo (el papiro es quien sigue hablando) al dios Sutech, es decir, al dios Set, que no es más que el dios Tifón, genio del mal.»

—Es verdad—interrumpió la señora Véretz—que Sutech, Set, Tifón... Cuando se fija una, se ve que se asemejan mucho.

—Por favor, querida señora, llegamos al punto capital—dijo y siguió:

«Levantó para él un templo de sólidos muros, y no sirvió á ningún otro de los dioses que había en Egipto. He aquí lo que nos enseña el papiro, y este importante documento nos demuestra: 1.°, que los reyes pastores habían establecido su residencia en el Delta; 2.°, que tenían bajo su dominio todo el bajo Egipto; 3.°, que Apepí...»

En este momento advirtió que desde largo tiempo no había oído aquella voz adorada y que cantaba tan bien la canción de Mignon; y volviéndose hacia el lado del diván, dijo:

—También se le llama Apófis; pero Apepí es el verdadero nombre. ¿Cuál de los dos prefiere V., Hortensia?

Hortensia no contestó; quizá le embargase la palabra la emoción del relato.

—¿Aopfis ó Apepí?—la dijo á gritos la señora Véretz.—Elige con valor. El señor de Penneville lo deja á discreción tuya.

¡Ay! tampoco respondió.

Estremecióse Horacio y sintió correr por su cuerpo un largo escalofrío, que era una advertencia de la suerte que le esperaba. Se levantó, cogió la lámpara y fué precipitadamente hacia el diván. Era demasiada verdad, no podía dudar de ello: la señora Corneuil dormía. Poco faltó para caérsele de las manos aquella lámpara, que iluminaba su desastre. La puso en un velador.

—¡Santo Dios, qué sueño!—exclamó la señora Véretz.—¿No será V. acaso un poco magnetizador?

Hizo un movimiento como para ir á despertar á su hija; pero se lo impidió él, diciéndola con amarga fisga:

—¡Oh! Se lo suplico, respete V. su descanso.

Sería erróneo imaginar que sólo sufriese en su amor propio de autor y de lector. Habíase hecho luz en él; acababa de comprender súbitamente que desde varios meses atrás se había engañado ó dejado engañar. Inmóvil y rígido, contemplaba con ojos duros, fijos y penetrantes el rostro de la bella durmiente, cuya postura era coquetona, porque sabía dormir. Nada más encantador que el desorden de sus hermosos cabellos, un rizo de los cuales pendía á lo largo de su mejilla. Sus labios esbozaban una semisonrisa; es probable que tuviera un grato ensueño, y que se hubiese refugiado en un mundo donde no había ningún Apepí.

Horacio no dejaba de mirarla, y poco á poco iban cayendo no sé qué escamas de sus ojos. Por hechicera que fuese, de minuto en minuto veía desvanecerse sus gracias, y estuvo á punto de encontrarla fea. En verdad que no la reconocía. El milagro hecho en Saqqarah, al salir del sepulcro de Ti, acababa de deshacerse; ya no había nada común entre aquella mujer dormida y el Egipto. Al abandonar el Cairo habíase llevado consigo en sus rubios cabellos, en su sonrisa y en su mirada algo de aquel sol que hace madurar los dátiles, que regocija el corazón de las flores de loto, que divierte con espejismos á las amarillas arenas del desierto y para el cual no tiene secretos la historia de los Faraones. La aureola con que coronó su frente acababa de extinguirse en un instante; y también él se hizo cargo de que sus párpados eran largos en demasía, sus labios delgados en extremo; que sus brazos, muellemente redondeados, terminaban por manos prehensiles como una garra; que alrededor de

su boca y en sus sienes había pequeñas arrugas; y que esos repliegues nacientes, en los cuales nunca había hecho alto, delataban el sordo trabajo de pasioncillas; esas inquietudes de la vanidad que hacen viejas antes de tiempo á las mujeres. ¿De dónde le provenía su repentina clarividencia? Estaba encolerizado, y por más que se diga, las grandes iras son luminosas.

—Preciso es perdonarla—dijo la señora Véretz.—La he espiado con el rabillo del ojo: ha luchado valerosamente; por desgracia, sus nervios no son tan fuertes como los míos. V. la había sometido ya á rudas pruebas, de las cuales salió con honor. ¿Pero qué? ¿Puede resistirse á la larga el más terrible de los aburrimientos, el aburrimiento faraónico? Tenga V. cuidado, mi querido Conde. ¡Le profesa á V. tanta estimación, tanta amistad! Algunas veces basta un ligero error para fatigar el corazón de una mujer.

Y mostrándole con el dedo alternativamente los cerrados ojos de su hija y las setenta y tres cuartillas, exclamó:

—Mi querido Conde, hay que elegir entre esto y aquello.

Escuchábala él mirándola con mal talante, y sus rojos cabellos le causaron horror.

—En verdad, señora, me parece que empiezo á conocer á Vds.

Al decir estas palabras, se volvió á la mesa, recogió las cuartillas, las metió en la carpeta, puso ésta bajo el brazo, hizo un profundo saludo, y levantó el campo.

Al dar él la vuelta al *chalet* para tomar la calle principal del parque, dijo riéndose la señora Véretz:

—Ya te puedes despertar, querida mía. Ya estamos libres por siempre jamás amén del rey Apepí, que vivía cuarenta siglos antes de Jesucristo.

Sobre el poyo de la ventana apareció una cabeza, y desde afuera gritó una voz:

—Señora, pongamos diez y seis, porque siempre se debe ser exacto.

El conde de Penneville entró en su casa con la muerte en el alma. Lo que más amargamente echaba de menos, era un ensueño, mejor que una mujer. Durante largos meses fué deliciosa compañera de su vida una quimera; no le abandonaba, se interesaba por todo lo que hacía él, con él comía y bebía; hablábale ella, y él la contestaba, comprendiéndose á medias palabras; tenía una voz que le derretía el corazón, unos cabellos rubios que rozaron una vez su mejilla y unos labios á quien dos veces habían besado los suyos. Pensando en ello le acometió una ira, que le distrajo de su dolor; el pobre y sencillote muchacho hubiera dado cualquiera cosa

porque le devolviesen sus dos besos. Sin embargo, aún conservaba cierta vaga esperanza.

«No, no puede ser—pensaba—esto no sucede de esa suerte. Es imposible que me haya dejado partir así para siempre. Me volverá á llamar; de seguro que está ocupada en escribirme. Antes de media noche vendrá Santiagote, trayéndome una carta que todo lo aclare.

No llegó Santiagote, y bien pronto dieron las doce de la noche en un reloj vecino. Aquella voz lamentable parecía un fúnebre doblar de campanas; aquel reloj lloraba por alguien que acababa de morir; y Horacio reconoció que su compañera querida, que su quimera, no estaba ya en este mundo. De ahora en adelante quedaba solo, solo del todo; y su soledad le espantó. Dejó caer la cabeza sobre el pecho, y gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas.

Al levantar la cabeza advirtió que no estaba solo, que sobre la mesa estaba mirándole una estatuilla de un pié de altura, llamada Sekhet la benéfica, y que alargaba hacia él su lindo hocico de gata, cuyo fruncimiento estaba impregnado de una misericordiosa benevolencia. Se acercó á ella y la tomó en sus manos.

—¡Ah, estás aquí!—la dijo.—¿Cómo te había olvidado? No estoy solo, puesto que me quedas tú. Alguien dijo aquí mismo que las rosas se marchitan y las diosas permanecen. Te amo, me amas, y siempre nos amaremos.

Al hablar así, acariciaba su fino talle, sus caderas redondas, y acabó por besarla con devoción en la frente. Le pareció que aquella buena y pequeña Sekhet se condolía de sus penas, que estaba conmovida y enternecida del todo, que tenía un buen corazoncito como una hermana de la caridad ó sencillamente como una honrada criatura humana; también le pareció que tenía lágrimas en los ojos á pesar de ser diosa, y que le devolvía el beso sin embargo de ser de loza azul. En fin, le pareció que le decía:

—Has vuelto á mí; ya no te cederé á nadie.

—¡Santo Dios, lo había cedido tan poco!

Sintióse confortado; había purificado su corazón y sus labios. Se plantó delante del espejo y contempló su imagen. Adquirió la certidumbre de que el conde Horacio tenía los ojos encarnados, y de que no obstante el conde Horacio era un hombre. Fué á buscar dos grandes maletas vacías que había dejado en un cuchitril; una tras otras las trajo á su cuarto; y diez minutos más tarde estaba ocupado en llenarlas.

Al día siguiente, después de mediodía, el marqués de Miraval, que por extraña excepción no había cruzado el lago, sin embargo de hacer aquel día un tiempo de señorita, recibió á la vez dos cartas; una se la llevó el cartero, otra se la entregó Santiagote, vestido de nuevo de piés á cabeza.

La primera, escrita con mano firme y tranquila, estaba concebida en estos términos:

«Mi querido tío: Queda libre el puesto; puede V. ocuparlo. Si quiere V. algún encargo para Vichy, le ruego me lo dirija á Ginebra; allí dormiré esta noche, y saldré mañana en el tren expreso de las tres, ó mejor dicho, de las tres y veinticinco minutos. Acepte la expresión de los votos que hago por su felicidad, y la seguridad de mi cariño inalterable.»

La segunda, garabateada á toda prisa, decía así:

«Señor Marqués: Había V. dicho la triste verdad. No amaba, ó amaba muy poco, puesto que no ha podido perdonar á la mujer á quien pretendía amar, el haberse dormido durante la lectura de una memoria acerca del rey Apepí. Puede V. adivinar lo que ha pensado de eso mi hija: ha mirado de arriba á abajo al personaje, y una mujer no ama ya al hombre á quien analiza. Sé que al instante se pone en camino; por tanto, no tiene V. que temer mis indiscreciones. De ahora en adelante nada le impide á V. escribirme su secreto; y, más bien, mejor fuera que viniese V. á decírnoslo esta noche, comiendo con nosotras.»

Santiagote llevó esta contestación á la señora Véretz:

«Mi querida señora: Al fin he de confesar á V. ese terrible secreto. Tengo una pasión deplorable, que oculto con gran cuidado, por respeto á mis cabellos blancos; los amigos míos que la conocen se han burlado de ella con crueldad. Se lo confieso á V. con rubor: adoro la pesca con caña. Cuando la señora de Penneville me envió á Lausanne para tratar de un asunto de familia, me consolé de este trastorno diciéndome: Lausanne está junto á un lago; pescaré. Al llegar, mi primer cuidado fué proporcionarme cañas y todos los avíos necesarios. No me atrevía á pescar en la vecindad de Vds., por temor á ser sorprendido y á que mi sobrino se burlase de mí. Me informé y me aseguraron que en Saboya, cerca de Evian, había un lindo paraje lleno de pesca. En la orilla hay una posada, alquilé un

cuarto, donde instalé mis artes, y todas las mañanas cruzaba el lago para ir á satisfacer mi pasión. Puesto que prometí á V. ser tan verídico como Amen-Heb, grámmata principal, vea V. hasta dónde me arrastra este furor. Abandoné Lausanne por Ouchy con el único designio de acercarme á los peces. De tal modo olvidé el asunto que me había traído, que sólo fuí dos veces á ver á mi sobrino, un día de viento y otro de lluvia, porque en esos días no se puede pescar. En fin, rehusé dos invitaciones para almorzar, de las más atractivas, porque de ir, me hubiese privado durante dos días completos del placer de la pesca. Lo más triste es que, á pesar de mi esmero, atención y perseverancia, nada pescaba, excepto algunos miserables gobios. Decía para mí: «Basta, partamos.» Y nunca me iba. Al desembarcar en Lausanne aún creía en los peces, hoy no creo ya en ellos; y así se van nuestras ilusiones con nuestros años, sembrando de ellas nuestro camino. Sin embargo, no sé por qué milagro logré pescar anteayer una anguila de bonito tamaño, la cual tuvo á bien picar en mi anzuelo; logrado esto, me marcho. Queda en salvo el honor de mis blancos cabellos.

»Querida señora, dígnese V. presentar á su adorable hija y aceptar V. misma los cumplimientos más rendidos y respetuosos del marqués de Miraval.»

Renunciamos á describir la expresión que adquirió la fisonomía de la señora Véretz al tener conocimiento de esta respuesta, la cortedad verdaderamente cruel que experimentó para comunicársela á su hija, y la escena verdaderamente espantosa que la dió este ángel adorado. La señora Corneuil es menos de compadecer que su madre, puesto que al menos en su desastre tiene el recurso de dar alivio á su corazón con las censuras más vehementes, las recriminaciones más violentas, y con apóstrofes como éste: «¿No eres tú la causa de todo?» Cuéntase que en este siglo ha habido una reina muy inteligente, muy ilustrada, llena de buenos sentimientos, que ejercía grande y legítima influencia en los asuntos de Estado. El rey su esposo gustaba de recibir sus consejos y le iba bien con ellos. Por desgracia hubo de equivocarse un día; la suerte de una vida entera decídese con frecuencia en un minuto. Desde ese momento ya no fué consultada; las gentes á quienes recomendaba no eran bien quistas; su augusto esposo decía: «Toda esa gente es sospechosa para mí; son amigos de mi mujer.» Por haberse equivocado

una vez, la señora Véretz ha perdido toda su influencia, todo su crédito. Su hija la recordará eternamente que un día le hizo soltar la presa por correr tras de una sombra de cabellos blancos.

Cuando el conde Horacio de Penneville se presentó en la estación de Ginebra, impaciente por embarcarse en el tren que parte no á las tres sino á las tres y veinticinco minutos de la tarde, fué grande su asombro al ver en uno de los rincones del vagón, en que la casualidad le hizo subir, á su tío segundo el marqués de Miraval, quien, á la vez que le ayudaba á colocar cómodamente debajo de los asientos y en la red sus innumerables paquetitos, le dijo:

—He reflexionado, hijo mío. Hay que desconfiar de las mujeres que tan pronto aman al rey Apepí, como dejan de amarle.

VICTOR CHERBULIEZ.

A VIRGILIO

(DE CARDUCCI.)

Como luna serena en el estío,
A los sedientos campos da frescura;
Luce á los blancos rayos y murmura,
Bien hallado en sus márgenes, el río:
Oculta al ruiseñor boscaje umbrío
Y llena el horizonte su voz pura;
Mudo al pié el viajador muerta hermosura
Recuerda en amoroso desvarío;
Madre infeliz convierte la llorosa
Mirada, de una tumba al firmamento,
Y calma el vago albor su hondo quebranto:
Ríe el collado, allá la mar reposa,
Suena en los altos árboles el viento;
Tal para mí la magia de tu canto.

M. A. CARO.

MADAME JOSSU

Tampoco yo—dijo el fotógrafo—quisiera volver atrás y empezar de nuevo los días ya vividos, porque ha habido en mi vida un minuto demasiado largo. No obstante, exagero: no fué un minuto entero, pero hubo unos veinte segundos próximamente, cuyo recuerdo, después de tanto tiempo, hace latir mi corazón y estremecerse mis rodillas, y que encerraron para mi angustias demasiado deliciosas y horribles.»

Mientras que así hablaba, estaba yo contemplando á aquel buen Cabadés, retozón y ágil, flexible como un tigre joven, rojo, tostado, requemado, flaco hasta lo ideal, y que si se hubiera podido estar un momento quieto, se hubiera parecido exactamente á un rey indio, con sus ojos tan ardientes, su azulada cabellera y su barba negra, cuyos sedosos pelos se destacaban uno á uno sobre la piel mate y caliente, y dejaban ver abierta sobre dientes de lobo la boca parecida á una flor de escarlata.

Su traje aumentaba todavía la ilusión, porque envuelto como un paraguas en su funda, Cabadés andaba con un traje oriental muy ceñido, cuya tela, de fondo rojo, estaba adornada con una profusión de claveles y de palmas: un cinturón muy ancho de seda, de un encarnado rosa, le rodeaba herméticamente, y componían el resto un pantalón sumamente ajustado, color de agua marina y zapatillas parecidas, con estrafalarios bordados de plata y oro. Hablaba unas veces de pié, otras dando un salto tan rápido como el de Mis Ænea, la mosca de oro, encontrándose de repente echado sobre el diván color rosa, y hasta en el aire, no cesando un instante de hacer y de encender cigarrillos,

que parecía liar con un solo dedo. Y mientras le escuchábamos, los negros diamantes de sus ojos lanzaba un resplandor siniestro sobre la amarilla esclerótica.

—He nacido—dijo—en el rincón más pelado de la Provenza, sobre una especie de roca donde las cigarras sienten demasiado calor, y en cuya comparación la Canteperdrix de Paul Arène podría pasar por una pradera inglesa. Tuve, pues, que pensar muy pronto en hacer la conquista de París, adonde llegué hará unos diez años con unos cientos de francos que había ganado en el camino pintando extravagantes retratos.

En cuanto me encontré aquí, los descomunales anuncios pintados en las fachadas me revelaron mi vocación; vi que la ciudad pertenecía á los fotógrafos, y desde entonces me decidí por esa profesión. Me faltaba el capital, pero le encontré, porque apenas puse el pié en Mabille, cuando cierta Eva Dorel me llamó *el persa,* apelativo que quedó ratificado por un consentimiento unánime, y que yo me apresuré á hacer verosímil añadiendo al adorno de mi persona diamantes tan enormes como quiméricos. Un persa legítimo no los hubiera podido hallar más falsos, pero las muchachas los contemplaban con los ojos de la fe. En fin, que yo era algo, una escentricidad conocida y clasificada en París, una personalidad exótica, y en ello debía yo encontrar el medio de acuñar moneda y meter el brazo hasta el codo en un río de oro.

Mientras tanto almorzaba nitos y comía un huevo frito en la repostería.

Pero comprendí que cada minuto se llevaba una de mis esperanzas, y que había que ponerse á la obra inmediatamente. Intentar tomar prestados los miles de francos necesarios para alquilar una modesta habitación, y para comprar herramientas para el trabajo hubiese sido tan descabellado como buscar un tallo de hierba en los rails del camino de hierro; así que no pudiendo escoger, me resolví á hacer edificar un palacio, el mismo en que estamos, y puesto que yo era persa, á construirle de gusto persa. Ya tenía yo en mi mente estos techos de cristales tallados en facetas como los diamantes, cuya fama ha hecho mi fortuna, y combinaba mis disparatados planos arquitectónicos de *Las Mil y una noches.* No me faltaba más que realizarlos; ¡casi nada! Empecé por encargar bastantes carteles pintados, impresos, litografiados, rojos, verdes, de mil colores, con y sin ilustraciones, para que la importancia de mis giros me asegurase algunos días de crédito, y des-

de aquel momento, ya existía la *fotografía persa,* puesto que su nombre ilustraba, cubría, salpicaba, ensangrentaba, teñía de verde y de azul todas las paredes de París, permitiendo á duras penas que se abriesen las ventanas entre sus gigantescas letras. Toda publicidad produce algo; la mía me proporcionó un socio que vino á ofrecérseme en pleno Mabille. No disponía más que de veinte mil francos, que yo acepté, porque con ellos había para comprar al fiado, dar propinas y pagar coches de alquiler.

En ese bulevard del Temple, entonces radicalmente restaurado y donde yo quería dar la batalla á mis colegas de los barrios elegantes, estaban de venta inmensos terrenos. Compré éste en condiciones que hubieran hecho estremecerse á la sombra de Shylock. Los plazos de los pagos, muy próximos entre sí, tenían que caer sobre mi caja, espesos como granizo; pero pensé en mis futuras entradas, que con buen cálculo no hacía bajar de mil francos diarios, y me puse en manos de arquitectos, contratistas y decoradores, ¡metiendo mi cabeza entera en la boca del monstruo! Para no molestaros con detalles técnicos, en cuanto el primer piso de mi palacio estuvo á flor de tierra, me sirvió de garantía para tomar á préstamo del *Crédit foncier* cantidad suficiente para construir el segundo, é inmediatamente puse mi empresa por acciones. Gracias á un bombo formidable de la prensa y á jarros de vino en que se hubiera ahogado Gargantua, una parte de mis lindos papeles color de rosa encontró colocación, y hasta hubo algunas entregas de dinero, ¡pero figuraos qué infierno! Dos veces seguidas ocurrió que un lote considerable de acciones había sido suscrito por Bancos sospechosos que entretanto quebraron. Para recogerlas tuve que sacar dinero... no sé de qué mina, porque á estas horas todavía no lo he averiguado; ¡de mi alma sin duda! Al mismo tiempo, luchar con los albañiles, ebanistas, cerrajeros, espolear á toda aquella gente, procurando que no me robaran más de un cuatrocientos por ciento; ver á todo París; estar en todas partes á un tiempo; hacerse amigo íntimo de todos los franceses, uno tras otro; reconstituir y fundar de nuevo por dos ó tres veces mi sociedad financiera; asistir á todas las comidas, á todos los almuerzos, á todas las soirées y á todos los estrenos teatrales; tener mil cuerpos, sacar mil segundos á un minuto y mil minutos á una hora, tales eran mis menores cuidados, mientras mis mozos seguían sin cesar pegando carteles y mis pintores pintándolos, porque no quería que quedase una pulgada de pa-

red en que no pudieran leer los transeuntes: *Cabadés, fotografía persa. Apertura, el* 10 *de Julio.*

Por fin llegó aquel 10 de Julio anunciado en la cuarta plana de todos los periódicos, y desde las nueve de la mañana mi palacio se vió sitiado, asaltado, inundado por la muchedumbre. No fué aquello un tumulto, fué una revolución. Todos los burgueses del universo se encontraban allí, llenando los talleres y los salones, hormigueando en las escaleras, agarrándose á las barandillas de oro, apiñándose sobre los divanes de seda, oprimiéndose alrededor de los aparatos, plantándose ante el objetivo, pagando, marchándose, arreglándose el traje, dictando sus encargos, sucediéndose con más apresuramiento que las hojas de los bosques y que las olas del mar. Mis tres oficiales y yo, y mis innumerables ayudantes, hacíamos docenas de retratos á la vez, juntos, por todos lados, en las terrazas, en los rincones oscuros, en los pasillos; estábamos como Messalina, desriñonados, pero no hartos, porque siempre continuaba oyendo el ruido del bendito oro al caer en las cajas, y pensaba en todos los pagarés que recogería aquella misma noche: ¡yo me multiplicaba, yo era legión y ejército embriagado de furor, de bravura, de fatiga y de colodión! ¡Pues y mis modelos! Yo los recibía, los colocaba ante la máquina, les arreglaba el traje, les impulsaba á los más excesivos encargos, á la miniatura, á la ampliación, los despedía dejándoles estupefactos y entusiasmados, y la tomaba con otros y con otros, sin parar. El shah de Persia vino en medio de esta barahunda, y yo le fotografié con su comitiva, sir darle tiempo á que me preguntara si yo era persa ó no, únicamente (¡yo me muero por las condecoraciones!) me nombró comendador del León y del Sol y se marchó contentísimo, mientras que yo dominaba á una nueva oleada de burgueses, cuyas cabezas se renovaban y huían en el viento del vértigo, arrastradas como sombras vanas.

¡Día ajetreado! Ya lo sabéis, en materia de mujeres yo nunca he sido juicioso, y había tenido que ocultar en un nido construido expresamente y engalanado con blanca sedería á mi celosa amiga, una española rubia, llamada Encarnación, muchacha adorable y adorada, pero que por todo y por nada se arrojaba sobre mí con un puñal tan á menudo como yo fumaba cigarrillos, es decir, siempre. Generalmente se salía de sí cuando pasaba cinco minutos sin verme y hacía ocho horas que yo estaba trabajando, sin haber podido siquiera informarme si había tenido que comer y

que beber. Tenía la seguridad de que ya había roto multitud de chucherías y hecho trizas las telas. Además, como para limpiar el bolsillo á mis parroquianos había yo organizado una inmensa exposición de retratos de mujeres, de actrices, de celebridades adquiridas en casa de mis colegas, ocupaba en ella á las numerosas mujeres que después habían de ocuparse en retocar, barnizar, pegar, encartulinar y clasificar las pruebas fotográficas, y que, os lo confesaré, eran todas, hasta cierto punto, mis queridas, porque, os lo repito, en este terreno tengo el diablo en el cuerpo. En medio de mis modelos, de mis recepciones, de mi maravillosa barahunda, de la multitud siempre amontonada, siempre fugitiva y renovada como el agua de un río, las veía pasar afanosas, inquietas, haciendo crujir sus flexibles talles y lanzándome una tras otra esa mirada que quiere decir: «¿No es verdad que sólo á mí me quieres?» Yo las veía como á todo lo demás, empleados, multitud, aparatos, muebles extraños y brillantes, en una alucinación sin freno; pero de repente todo se fué al traste, porque me encontré frente á una mujer tan hermosa, que todo lo demás me pareció que no había existido nunca.

Cuerpo rico, esbelto; flexible, largo y gracioso cuello, rostro de un óvalo puro y encantador, cabello oscuro con reflejos de oro, ojos rasgados de azul oscuro, con negras cejas y largas pestañas de igual color, nariz correcta, bien dibujada, con anchas ventanas imperceptiblemente remangadas, para lucir lo clásico; boca de labios arqueados y carnosos, no encarnados, sino de un rosa encendido; barba redonda, dura, enérgica, diminuta oreja de Nereida, y además un aspecto de honradez, de resolución, de bondad, de franqueza, tal era Mad. Eulalia Jossu, cuyo nombre no podía ignorar, porque el imbécil del marido, á quien me disponía á retratar, lo repetía al fin de cada frase. Aquel ridículo escribano, cuyo atavío no se prestaba á la caricatura, antes al contrario, vestía con excesiva pulcritud como todos los provincianos legítimos, repetía por otra parte todas las necedades de los personajes de Henri Monnier, que nunca deben reproducirse por respeto al papel blanco. Un ejemplo bastará. Siempre que Mad. Eulalia Jossu hablaba, alegre, naturalmente y con voz argentina, el escribano decía: «¡Dispénsela V., caballero; es un poco limitada de alcances!» —y añadía frunciendo desdeñosamente los labios:—«¡Era hija de un simple jardinero y yo la he elevado hasta mí!»

Aquel monstruo hubiera necesitado en la cabeza oscuros bosques llenos de brisas y de ruiseñores; pero era evidente que su divina mujer no se había vengado jamás; al menos así lo pensé, al admirar su franca mirada y su piel infantil, aterciopelada, que jamás había sufrido la afrenta de los polvos de arroz. Había acabado yo de colocar al escribano frente á la máquina y metido la cabeza bajo la negra tela para dar al modelo la suprema ojeada, cuando percibí en mi oído la dulce, la exacta, la acariciadora voz argentina.

—Yo también quiero mirar—decía Mad. Jossu.

Y sin aguardar mi respuesta, metió su linda cabeza junto á la mía debajo de la tela, y yo sentí el dulce contacto de su cutis. Toda la sangre se me agolpó al corazón; un inmoderado deseo se apoderó de mí, furioso por besar, á cualquier costa, á aquella amable criatura, y al mismo tiempo, como un hombre que se ahoga, durante los breves instantes que duró mi suplicio comprendí todo lo que iba á pasar. «Evidentemente—me decía—ella va á dar un grito; ruido, escándalo; todos acudirán; los provincianos lanzan clamores salvajes; mis amiguitas las retocadoras, plegadoras, encartonadoras aullan y se retuercen los brazos; Encarnación viene con su navaja; á mi empresa se la lleva la trampa; derrúmbase mi construcción financiera; dentro de una hora ya están aquí todos mis acreedores, me venden lo mío, me expropian, mi vida acaba, y sólo me resta levantarme la tapa de los sesos!»

—¡Tanto peor! Me la saltaré—añadí yo á manera de peroración;—y como el apetito era muy violento, coloqué mis labios sobre la boca de mi vecina, y aguardé su grito, el grito horrible que iba á desencadenar todos los desastres. Pero parece que el escribano había colmado aquella vez la medida. La boquita de piñón se aproximó á mi oído, y despacito, despacito, me dijo en voz baja:

—¡Mañana, á las tres!

Teodoro de Banville.

EL PRUSIANO DE BELISARIO

Os voy á contar una cosa que oí referir esta semana en una taberna del distrito de Montmartre. Para narrarla como se debe, necesitaría poseer el vocabulario de arrabal propio del maestro Belisario, llevar su amplio mandil de carpintero y echarme al coleto dos ó tres buenos tragos de ese grato vinillo blanco de Montmartre, capaz de dar acento parisiense hasta á un marsellés. Entonces estaría yo seguro de transmitir á vuestras venas el escalofrío que sentí al escuchar á Belisario su relato de esta lúgubre y verídica historia, sentado á una mesa entre compañeros.

«...Era el día siguiente al de la amnistía (Belisario quiso decir armisticio). Mi mujer nos había enviado á los dos, yo y el niño, á que nos diésemos una vuelta hacia la parte de Villanueva la Garenne, *por mor* de una barraca pequeña que teníamos allá abajo orillita del agua, y de la cual no teníamos noticia desde el sitio. A mí me hacía la santísima eso de llevar el chico. Sabía yo que íbamos á encontrarnos con los prusianos, y como aún no les había visto la geta, tenía mi escama no fuese á meterme yo mismo en alguna historia. Pero á la parienta se le metió la idea en la mollera. «Anda pues, anda pues, que con eso se ventilará el chico.»

El hecho es que bien lo necesitaba el pobre chiquillo, al cabo de sus cinco meses de sitio y de criar moho.

Pues bien, cátanos ya de viaje á campo traviesa. ¡Y que no iba contento el mocosuelo al ver que aún había árboles y pájaros, y empeñándose en zancajear por los sembrados! Yo no iba de tan buena gana; había demasiados cascos puntiagudos en los caminos. Desde el canal hasta la isla no se encontraba otra cosa. ¡Y qué sinvergüen-

zas!... Era menester conservar mucho aplomo para no armarles una escandalera... Pero donde me irrité de verdad fué al entrar en Villanueva, cuando ví nuestros pobres jardines derrotados, las casas abiertas y saqueadas, y todos esos bandidos instalados en nuestros hogares, llamándose de una ventana á otra y poniendo á secar sus medias de lana sobre nuestras persianas y nuestros cañizos. Por fortuna iba el niño junto á mí, y cada vez que sentía demasiada comezón en las manos, pensaba para mis adentros al mirarle: «¡Aplomo, Belisario!... Mucho ojo, no vayamos á dar que sentir al pequeñejo.» Sólo él me impedía hacer burradas. Entonces comprendí el antojo de la costilla porque me lo llevase conmigo.

La barraca está al extremo de todo, la última á mano derecha, en el muelle. La encontré vacía de arriba á abajo, como las demás. Ni siquiera un mueble, ni un vidrio. Nada más que algunas gavillas de paja y la última pata del sillón grande ardiendo en la chimenea. Olía á prusianos por todas partes, pero no se les veía por ninguna. Sin embargo, me pareció que alguna cosa rebullía en el sótano. Tenía yo allí mi poco de *banco*, donde me entretenía los domingos en hacer *trampas* de cazar. Dije al niño que me aguardase y bajé á ver.

Tan pronto como abrí la puerta, un zanguangote de soldado de Guillermo va y se levanta de encima de las virutas y se viene hacia mí, saltándosele los ojos de la cara y con una sarta de juramentos que no entiendo. Aquel animal debía tener un despertar muy malo, porque á la primera palabra que intenté decirle se puso á tirar del sable...

De sopetón, me dió un vuelco la sangre. Toda la bilis que estaba haciendo desde una hora se me subió á la cabeza. Voy y agarro el barrilete del oficio y le casco las liendres... Compañeros, ya sabéis si Belisario suele tener duros los puños; pues bien, aquel día de marras, rayos de Dios tuve al extremo del brazo... Al primer *mandao* que le largo, va mi prusiano y se tambalea y se me cae al suelo todo lo largo que era. Creí que sólo estaba aturdido. ¡Que si quieres! Hecho la barba, hijos, pero vaya una barba. ¡Qué, ni jabonado con la potasa!

Yo que nunca había muerto á nadie en mi vida, ni siquiera una alondra, me olió á cuerno quemado el ver cadáver aquel corpachón delante de mí. Vaya, un guapo rubio, de verdad, con su primera barba rizosa como virutas de fresno. Al mirarlo me daban temblores de piernas. Entre tanto, el granujilla se aburría allá arriba y le oí gritar con todas sus fuerzas:

—¡Papá, papá!

Pasaban prusianos por el camino; se veían por la reja del sótano sus chafarotes y sus patazas. De pronto me vino esta idea: «Si entran, el niño está perdido... nos matan á todos». Acabóse, no temblé más. A escape metí el prusiano debajo del banco. Le eché encima todo cuanto pude encontrar, tablas, virutas, serrín, y me subí en busca del pequeño.

—Andando...

—¿Qué pasa, papá? ¡Qué pálido estás!...

—Anda, vamos.

Os aseguro que aun cuando los cosacos me empujasen y me mirasen con ojos torvos, lo que es yo no reclamaría. Parecíame sin cesar que corrían y gritaban tras de nosotros. Una vez oí á un caballo que se nos venía encima al galope; creí que iba á caerme de espanto. Sin embargo, después de los puentes comencé á serenarme. San Dionisio estaba lleno de gentío. No había riesgo de que nos pescasen entre el montón. Sólo entonces pensé en nuestra pobre barraca. Cuando los prusianos hallasen á su camarada, estaban en el caso de ocurrírseles incendiarla por vengarse; y eso sin contar con que mi vecino Jacquot, el guardapesca, era el único francés en la comarca, y podía darle mucho que sentir ese soldado muerto cerca de él. En verdad que no estaba muy bien que digamos eso de ponerse en salvo de esa manera.

A lo menos debía habérmelas pergeñado para hacerlo desaparecer... A medida que llegábamos hacia París, esta idea me mareaba más. Vamos, que me molestaba lo de dejar ese prusiano en mi cueva. Al llegar á las murallas, no puedo contenerme y le digo al chico:

—Anda por delante, que tengo que ver todavía á un parroquiano en San Dionisio.

En seguida le abrazo y me vuelvo atrás. Cierto es que el corazón me palpitaba un poquillo; pero igual da, me sentía á mis anchas con no llevar á mi lado el niño.

Cuando otra vez entré en Villanueva, comenzaba á ser de noche. Imaginad si abriría yo bien el ojo; iba andando como quien pisa huevos. Sin embargo, el país tenía un aspecto bastante tranquilo. Veíase la barraca siempre en su sitio, allá abajo, entre las brumas. Al borde del muelle, una larga empalizada negra: eran los prusianos que tocaban á *lista*. Buena ocasión para encontrar vacía la casa. Al deslizarme á lo largo de las cancelas, vi al tío Jacquot en el patio disponiéndose á extender sus esparaveles por el suelo. Decididamente, aún no se sabía nada... Entro en casa. Bajo, palpo á tientas. El prusiano continuaba oculto

por las virutas; también había dos grandes ratas en vías de despojarle de su casco, y me dió un terrible sobresalto al sentir removerse la carrillera. Por un momento sospeché que el muerto iba á aparecérseme... ¡pero, no!... Su cabeza estaba pesada y fría. Me acurruqué en un rincón y esperé; mi propósito era arrojarlo al Sena cuando los otros se acostasen...

No sé si sería por la vecindad del muerto, pero aquella noche me pareció triste de veras la retreta de los prusianos. Unos trompetazos, que sonaban de tres en tres: ¡Ta, ra, ra! Una verdadera música ratonera. Lo que es nuestros cangrejos de infantería no querrían acostarse con aquella tocata.

Durante cinco minutos oí arrastrar sables, dar aldabonazos en las puertas; después entraron unos soldados en el patio y se pusieron á llamar:

—¡Hofmann! ¡Hofmann!

El pobre Hofmann estaba quieto bajo sus virutas, bien tranquilo... ¡Yo soy quien envejecía por instantes!... A cada momento me esperaba verlos entrar en el sótano. Había yo recogido el sable del muerto y allí me estaba quietecito, diciéndome para mis adentros: «¡Como este cura salga de aquí con bien, menudo cirio que le pondrá al San Juan Bautista de Belleville!»

Luego de esto, cuando se cansaron de llamar á Hofmann, mis inquilinos alojados decidiéronse á entrar. Oí sus borceguíes resonar en la escalera, y al cabo de un rato toda la barraca rechinaba como un reloj de aldea. Sólo esperaba yo esto para salir.

La chalupa estaba desierta y todas las casas á oscuras. La cosa iba viento en popa. Me bajo á escape. Saco á mi Hofmann de debajo del banco, le pongo derecho y me lo cargo á cuestas, como un ganapán de mandadero... ¡Cuidado que pesaba el ladrón!... Además, el miedo y la tripa vacía desde por la mañana... Creí que no iba á tener fuerzas para llegar. Después, cátate que en medio del muelle me parece que alguien anda detrás de mí. Me vuelvo. Nadie... Era que salía la luna... Y me digo: «Cuidadito, á escape... los centinelas van á tirar».

Para colmo de diversión, el Sena iba bajo. Si le hubiese echado allí desde la orilla se hubiese quedado como dentro de un barreño... Entro en el río y me adelanto... Siempre con poca agua... No podía más; tenía las articulaciones entumecidas... Finalmente, cuando me parece estar bastante lejos, suelto mi dominguillo... ¡Anda, demonio! ¿Pues no se me atranca en fango? Y no hay medio de hacerle moverse de allí. Empujón por aquí, empu-

jón por allá... ¡que si quieres! Por fortuna, llega una bocanada de viento del Este. El Sena se levanta, y siento que al fin se desenfanga con suavidad el macabeo. ¡Buen viaje! Trago un buche de agua y me vuelvo á subir á escape á la chalupa.

Cuando volví á pasar por el puente de Villanueva, veíase una cosa oscura en medio del Sena. De lejos parecía una barquilla. Era mi prusiano, que bajaba por la parte de Argenteuil, siguiendo el curso de las aguas.

ALFONSO DAUDET.

LOS VENIDEROS

(LA VIE DE LOIN)

(DE SULLY PRUDHOMME.)

Desde el seno recóndito que encierra
El porvenir, los pueblos no nacidos
Oyen nuestros clamores y gemidos,
Crujir las armas y bramar la guerra.
Pero no como estrépito que aterra
Llega el confuso estruendo á sus oídos,
Mas cual rumor de fiesta, y de sus nidos
Quieren salir y visitar la tierra.
¿Sombra no habrá que hasta ese limbo vuele
Y el origen terrífico revele
Del eco que á sus puertos manso rueda?
Embrïón que ni llora ni se ríe,
No el turno de vivir demente ansíe;
¡Disfrute en paz del sueño que aun le queda!

MIGUEL A. CARO.

MARTÍN ALONSO PINZÓN

(CONCLUSIÓN)

PARTE TERCERA

I

Repetidas veces han deplorado cuantos dedican sus vigilias á investigaciones históricas, la incuria, el descuido con que frecuentemente abandonan los escritores contemporáneos de los sucesos, noticias y detalles que más tarde son necesarios para formar juicio completo de los mismos. No se da importancia y se deja de consignar aquello que por muy sabido parece de escasa significación, y sin embargo, la posteridad tiene sus exigencias, y la historia necesita para formar la síntesis de los adelantos de una época, ó la apreciación del carácter de un personaje histórico, conocer pormenores de la vida íntima, que después del transcurso de largos años no hay medio alguno de procurar.

El suceso de la muerte de *Martín Alonso Pinzón* no fué mirado con la atención que por muchas razones merecía. Los historiadores contemporáneos, con la vista fija en la corte de los Reyes y en la sensación profunda que produjo en todos los pueblos la llegada del Almirante y de los que le acompañaron, con los objetos que revelaban la existencia de tierras desconocidas, de hombres y productos extraños y nunca vistos, no se cuidaron de recoger los datos referentes á los últimos momentos de aquel español ilustre que hoy buscamos con tanto interés.

De esto no puede culparse verdaderamente á ninguno de los contemporáneos, porque hay acontecimientos cuya magnitud asombra,

cuya novedad absorbe por entero la atención, que por lo extraordinarios sorprenden, y embargando el ánimo, no dejan lugar á otros pensamientos. El primer viaje de *Cristóbal Colón* fué uno de esos grandes sucesos; y así vemos que desde el instante en que se esparce por Europa la noticia cierta del descubrimiento de las Indias occidentales parece quedan en suspenso todas las otras manifestaciones de la actividad social, y todas las naciones se ocupan con avidez en investigar el hecho extraordinario, en conocer la verdad y adivinar sus consecuencias; y todos sus esfuerzos convergen al afán de descubrir, que por eso la época se denomina con exactitud de los descubrimientos, porque ese fué el hecho culminante que la caracteriza.

Pero á pesar de estas consideraciones, produce hoy sensación dolorosa el leer en la *Historia de las Indias*, de Fr. Bartolomé de las Casas, escritor que fué amigo de todos los descubridores y que con tanto interés se ocupa de sus empresas, tratándose de un marino de la importancia de *Martín Alonso Pinzón*, después de referir su llegada al puerto de Palos, que solamente escriba: «y porque en breves días »murió, no me ocurrió más que dél »pudiera decir».

Cierto que la prematura y desgraciada muerte del valeroso capitán de la *Pinta* le hizo desaparecer de la escena de aquel importantísimo período en el momento mismo en que empezaba á desarrollarse, y fué también causa de que no le conociera ni tratara ninguno de los historiadores primitivos del descubrimiento. Por estas razones carecemos de muchos datos interesantes, aunque por fortuna pueden suplirse las noticias que faltan con otras tomadas de origen auténtico que procuraremos reunir.

Con el deseo de reparar la injusticia que envuelven las palabras de Fr. Bartolomé de las Casas, que dejamos citadas, y llenar el vacío que en su historia se nota, tratándose de un español que tanta parte tuvo en la empresa, cuyo recuerdo se despierta tan vivamente al encontrarnos en el año del cuarto centenario, vamos á dejar consignados los datos más importantes que sobre los últimos días de *Martín Alonso Pinzón* se encuentran diseminados en las declaraciones de los vecinos de Palos, presentados como testigos en distintas informaciones para las *Probanzas* del pleito entre la corona y los sucesores del primer Almirante, que tantas veces hemos citado, como fuente á que se puede acudir para llenar la falta de los historiadores.

II

Desde Bayona del Miño se dirigió *Pinzón* á Palos á esperar la contestación de los Reyes Católicos á la carta que desde allí les había enviado á Barcelona, como era muy natural, para que tuvieran noticia del éxito de la expedición en el caso probable para él de que *Colón* hubiera perecido con su carabela.—«Bien es de creer, como dice el »P. Las Casas, que padeció los te»rribles golpes y tormentas que el »Almirante padecido había, y que »escaparse como él fué prodigiosa »dicha...» Pero si bien salvó la carabela y escapó con la vida, su salud no resistió á tanto sufrimiento; la vencieron los continuos trabajos y privaciones, y por desgracia no volvió á recobrarla.

Y acudiendo á las declaraciones de los testigos, volvemos á recordar la más importante, sin duda alguna, entre las muchas que se recibieron á instancia del fiscal del Rey, y por su interrogatorio; circunstancia primera que le presta indudable autoridad. Es la del piloto Hernán Pérez Mateos, cuyas condiciones dejamos advertidas antes de ahora. Contaba más de cuarenta años cuando se hizo el viaje de descubrimiento; era primo de *Martín Alonso Pinzón*, y fué piloto de uno de los buques en el segundo viaje, por lo que tenía exacto conocimiento de cuanto había sucedido.

Por las noticias que de *Pinzón* ofrece, es digna de notarse la respuesta que dió el anciano y honrado piloto á la pregunta 22 del interrogatorio del Fiscal; contestación que nos extraña no haya copiado el Sr. Fernández Duro, en su notable informe titulado *Colón* y *Pinzón*, siendo de tanta importancia, y conteniéndose en ella un dato fidedigno del fallecimiento del capitán de la *Pinta*.

Pregunta XXII.—«Iten, si sa»ben, que hecho el primer descu»brimiento, los dichos *Cristobal Co»lon* y *Martin Alonso Pinzon* se »volvieron á estos reinos de Casti»lla á dar cuenta á los Reyes Católicos del dicho descubrimiento, y »aun el dicho *Colon* reñia con el »dicho *Pinzon*, porque queria des»cubrir á sus Altezas la verdad, y »se vinieron derechos á la dicha »villa de Palos, á casa del dicho »*Martin Alonso Pinzon*, do estu»vieron el dicho *Colon* y el dicho »*Pinzon*, hasta que, estando para »venir á dar cuenta á sus Altezas, »adolesció el dicho *Pinzon* del mal »de que falleció, y que asi es ver»dad, público ó común y general »opinion.»

Contestando Hernán Pérez Mateos, dijo: «Que no sabe dello más »de que, vuelto el dicho *Martin* »*Alonso* á los reinos de Castilla, no »se juntaba con el dicho *D. Cristo-*»*bal Colon*, porque supo este testigo »que le habia miedo el dicho *Martin* »*Alonso*, non sabe por qué causa; »mas de que oyó decir que si el di-»cho *D. Cristobal Colon* pudiera »prender al dicho *Martin Alonso* lo »prendiera, y lo llevara preso con-»sigo á la corte, é que dende á po-»cos dias quel dicho *Martin Alonso* »llegó á la villa de Palos, no en-»trando dentro se fué á una here-»dad suya, que está en término de »Moguer, é allí adolesció, e estando »doliente lo trajeron ciertos debdos »suyos á un monesterio de francis-»cos, que se dice la Rábida, en tér-»mino de Palos, adonde el dicho »*Martin Alonso* fallesció desta pre-»sente vida, lo que vido este testigo »estando en aquella sazon en aquella »tierra, e lo demás que no lo sabe.»

La verdad resplandece en toda la declaración del octogenario piloto—dice con mucha razón el Sr. Fernández Duro;—por eso copiamos esa pregunta y su respuesta sin comentarios. En sus palabras vemos desmentidas todas las afirmaciones del Fiscal, y presentado el estado de ánimo de *Martín Alonso* desde que regresó de Bayona de Galicia á Palos, en un todo conforme á lo que escribió el cronista Gonzalo Fernández de Oviedo, que en este punto recogió buenos informes. En ella tenemos también noticia muy importante.

Volviendo á nuestro intento, este testigo, que fué á ver en aquella sazón á su primo *Martín Alonso Pinzón*, dice ya lo que no fijaron Oviedo ni Las Casas. Enfermó en la casa de campo que tenía cerca de Moguer, donde se había retirado; se lo llevaron al monasterio de la Rábida, y allí falleció.

Francisco Medel, que declaró en Sevilla, á 15 de Diciembre de 1535, confirma lo dicho por Hernán Pérez Mateos, pues contestando á la pregunta 14, dijo: «Que al tiempo »que vinieron de hacer el descubri-»miento, *el Martin Alonso llegó* »*malo*, y lo llevaron de su casa al »monasterio de la Rábida, y este »testigo le fué á visitar...» Y después, en la contestación á la pregunta 21, dijo: «Que oyó decir á las »personas que fueron en dicha ar-»mada, que por haber sido *Martin* »*Alonso* el primero que descubrió la »isla Española, se le había puesto »su nombre á un *rio de Martin* »*Alonso*, y que allí éste habia »muerto un lagarto é lo trajo sala-»do, y el pellejo dél está en el mo-»nasterio de la Rábida, *donde el* »*dicho Martin está enterrado, y este* »*testigo lo habia visto.*»

A más de lo manifestado por estos testigos de mayor importancia, por las circunstancias que expresan, y contestando á la misma pregunta 22, ya copiada, dijeron: *Alonso Gallego*, que «vió que Martin Alonso fallesció desde á pocos días que vino.» *Gil Romero*, «que dende ciertos días, el dicho Martín Alonso falleció, *y este testigo lo vió enterrar.*» Y *Juan de Quexo*, «que luego que llegaron *desde á quince ó veinte dias*, murió el Martin Alonso en esta villa.»

Con estas indicaciones, que todas proceden de origen seguro, pues son de testigos de vista, vecinos de Palos, ancianos, amigos ó parientes de *Martín Alonso Pinzón*, y que presenciaron su enfermedad y enterramiento, puede llenarse en alguna parte la laguna que dejaron los escritores del tiempo.

A consecuencia de los grandes sufrimientos, continuos trabajos, falta de sosiego y de alimentos, y tantas penalidades reunidas, debió llegar la tripulación de la carabela *Pinta* muy quebrantada, rendida, cuando pudo dar fondo en la embocadura del Miño. Más quebrantado que todos los demás debemos suponer á *Pinzón*, que en su calidad de jefe, y por su carácter enérgico y activo, pasaría largas horas expuesto al viento y á la lluvia. No es de extrañar, sino muy probable, que su naturaleza, aunque vigorosa, se rindiera á la fatiga.

Y al padecimiento físico se unía también el abatimiento moral. *Pinzón* sabía muy bien el repeto que se debe á la autoridad del jefe, más todavía por la persona que se encuentra también revestida de atribuciones de confianza, y ejerce cargo en que debe dar ejemplo de respeto; y cuando meditara sosegadamente en la soledad de su camarote el uso que había hecho de su influencia sobre las tripulaciones, su conciencia honrada le presentaría con vivos colores los males que por un deseo inmoderado de riquezas, ó de gloria, había acarreado á los descubridores, sus compañeros y amigos, y miraría su falta revestida de caracteres mucho más graves de los que en realidad tenía. *Pinzón* era hombre de altas cualidades morales, según testimonio de todos sus contemporáneos, y en el limpio espejo de su conducta veía la mancha ocasionada por un momento de obcecación, por un rapto de envidia, y la juzgaba indisculpable.

Temía más aún, y era que el Almirante no olvidara, en medio de su triunfo, aquella ligera falta, y pudiera él verse infamado por ella, y hasta preso quizá, aunque fuera momentáneamente, como expresó el piloto Pérez Mateos, que era deudo suyo.

A la postración de sus fuerzas físicas se unía el abatimiento moral; la preocupación constante de su ánimo aumentaba la gravedad de sus padecimientos. Pero si grande y noble es *Martín Alonso Pinzón* al entrar decidido en la empresa del descubrimiento; si esforzado le admiramos al decir en medio de los mares á *Cristóbal Colón* que despreciara las murmuraciones de sus marineros, y ahorcando algunos, si fuere preciso, continuase *adelante*, no es menos digno de admiración cuando, reconociendo una falta, y al ver anclada en el puerto de Palos la carabela *Niña* con la enseña del Almirante, sale ocultamente de su buque, abandona la *Pinta* y va á recogerse á una quinta separada para pensar en su situación. Aquella angustia manifiesta su rectitud y le purifica. Su vida es en todo la de un héroe, la de un hombre digno de la más alta estimación; un hecho censurable, un momento desgraciado, no son bastantes á oscurecer su fama ni aun á menoscabar su gloria. Pero su conciencia se sublevaba ante el recuerdo del acto de insubordinación á que le había arrastrado una pasión irresistible é indigna; su rectitud le presentaba con negros colores y aumentaba exageradamente las proporcio nes de aquel momento de extravío en que la ambición se sobrepuso al deber, haciéndole que lo olvidase.

III

De las declaraciones de los testigos parece deducirse, poniéndolas en relación unas con otras, que *Pinzón* se sintió enfermo en aquella heredad que poseía en término de la villa de Moguer, á la que se retiró en el punto mismo de su llegada, según manifiestan el piloto Hernán Pérez Mateos y el historiador Gonzalo Fernández de Oviedo.

Debió venir desde allí á su casa de Palos, buscando mayor comodidad y más abundantes recursos para su enfermedad; y agravándose por días, fué trasladado al monasterio de la Rábida, tal vez por devoción á aquella antigua imagen, ó por alguna otra causa que no conocemos. En el convento le visitaron sus marineros más adictos, Francisco Medel, Juan de Quexo y otros; y en aquel lugar consagrado á la religión, habitado por monjes Franciscanos, y donde tanto se había trabajado por el descubrimiento de las Indias occidentales y tantas simpatías encontraban sus recuerdos, exhaló su último suspiro uno de los primeros descubridores, el valeroso compañero de *Cristóbal Colón*, sien-

do sepultado en la iglesia del Monasterio (1).

Con verdadero interés hemos procurado en diferentes ocasiones buscar alguna indicación del lugar en que recibiera sepultura el ilustre marino. No la hemos encontrado en parte alguna. El pavimento de la iglesia ha sido removido en varias ocasiones, las bóvedas han estado abiertas durante mucho tiempo, según las noticias que pudimos adquirir con harto trabajo, y los huesos que se sacaron de todas ellas se llevaron confundidos á una fosa común debajo del coro.

Pero aún sospechamos que esas noticias no se refieren al tiempo de que nos ocupamos. En todo eso se trata de enterramientos más recientes; probablemente de los restos de los monjes de un siglo ó poco más á esta parte, sin haberse conservado memoria de traslaciones más antiguas, ni de las sepulturas que pudieran existir en la iglesia pertenecientes á los siglos XV y XVI. Ante las gradas del altar mayor hay una bóveda antigua, que debía ser la más señalada; hoy la cubre una losa con el epitafio de Diego Prieto, el que era alcalde de Palos en los días de *Colón;* pero á nuestro parecer esa losa ha sido trasladada allí desde otro lugar, cuando se hizo la obra que costearon los señores infantes duques de Montpensier en 1856. Cubriría anteriormente otra láuda aquella bóveda preferente, y en ella sospechamos que debió haberse colocado el cadáver de *Martín Alonso Pinzón*..., pero la bóveda está ahora completamente vacía.

Ni aun siquiera se conserva la piel de aquella horrible cuanto inofensiva iguana ó *lagarto* que trajo *salada Martín Alonso Pinzón*, según atestigua Francisco Medel (1),

(1) En un artículo titulado *Los Pinzones*, firmado por D. Adolfo de Castro, que apareció en el número 7 de la revista *El Centenario*, se dice lo que sigue: «Dícese que Martín Alonso Pinzón no salió de su retiro (una quinta cercana) hasta que el Almirante tomó la vía de Sevilla, donde recibió las órdenes de los Reyes para trasladarse á Barcelona: después, agravada su dolencia, pasó al monasterio de la Rábida, donde fué inmediato su tránsito á mejor vida; como si aquel sagrado retiro admitiese á moribundos, y á moribundos con riqueza y familia, incongruencia que no pudo observar en su ofuscación el inventor de este hecho, pero que no debe quedar velado á los ojos de la perspicacia histórica ni al más mediano criterio».

No hemos querido refutar en el texto tan singular perspicacia histórica, porque ni el argumento en que se basa es tal argumento, sino puerilidad, ni *el hecho* ha tenido *inventor*, pues resulta, como han podido ver los lectores de las declaraciones de muchos testigos presenciales, que desconocía el autor del artículo.

(1) En el *Diario de navegación*, con fecha lunes 21 de Octubre de 1492, refiere el Almirante la muerte de la iguana que él mató; y en el martes siguiente, dice: «en la dicha laguna *Martin Alonso Pinzon*, capitán de la *Pinta* mató otra tal sierpe como la otra de ayer, de siete palmos».—Véase también el

y que muchos años después de la exclaustración de los frailes Franciscanos en 1836, se encontraba todavía colgada á la entrada de la iglesia, como vivo recuerdo de aquel viaje.

Como faltan indicaciones contemporáneas, y además del largo espacio de cuatro siglos que han pasado desde la muerte de *Martín Alonso* el Monasterio ha experimentado tantas alteraciones, casi perdemos la esperanza de que puedan encontrarse los restos del ilustre capitán de la *Pinta*, para darles sepultura digna que recordase á la posteridad sus grandes servicios. Otro monumento á su nombre puede suplir la falta de aquél.

IV

Fueron hijos de *Martín Alonso Pinzón* y de su esposa María Alvarez, Arias Pérez Pinzón, Juan y Diego Martín, con una hermana enferma de gota coral, y otros dos cuyos nombres no constan. Acerca de ellos, y como únicos datos conocidos, dice el docto franciscano Fr. José Coll en su citado libro *Colón y la Rábida*: «Para terminar, diremos, que por lo que anteriormente hemos visto que atestigua Medel respecto á que Pinzón tuvo dos hijos y una hija, no se ha de entender que no hubiese tenido más prole; pues consta que aquéllos fueron cinco, si no seis, una hembra y los demás varones. Padecía aquélla el mal de epilepsia, y después de la muerte de su padre estuvo por algún tiempo al cuidado de su hermano mayor Arias Pérez Pinzón; mas como su enfermedad era sumamente molesta, este último solicitó de los Reyes que se dividiera la carga entre toda la familia, resultando en consecuencia que por la Real provisión de 5 de Diciembre del año 1500, la cual ha publicado Navarrete, se mandó que la referida enferma estuviese alternativamente al cuidado de cada uno de sus hermanos, como así parece haberse religiosamente ejecutado.»

De escasa importancia aquella provisión en cuanto á su precepto, conserva algún interés en su principio, por la noticia oficial, digámoslo así, que contiene de la familia de *Pinzón*. Dice así:

«Don Fernando y doña Isabel (1):

»A vos el Corregidor é Alcaldes »é otras justicias cualesquier de la

libro titulado *Colón y la Rábida*, por el reverendo P. Fr. José Coll, Franciscano, segunda edición, pág. 312.

(1) Archivo de Simancas.—Estado.—Navarrete. *Colección de viajes*, etc., tomo III, documento núm. 8.°

»villa de Palos, salud é gracia: Se»pades, que Arias Pinzon fijo de »Martin Alonso Pinzon, vecino »desa villa, nos fizo relacion por su »peticion, diciendo que puede auer »ocho años, poco mas ó menos, quel »dicho su padre fallesció desta pre»sente vida, y que dejó por sus hi»jos, legítimos herederos, á él é á »otros cuatro, entre los cuales fué »una hermana enferma de gota co»ral, é que ellos ficieron particion é »division de los bienes e herencia »del dicho su padre, é fué cada uno »entregado en la parte que le perte»nescia, é que asimismo á la dicha »su hermana le fué dada su parte »igual; é diz que puede aver cinco »años, poco más ó menos, quél tie»ne en su poder á la dicha su her»mana é á sus bienes, la que á cabsa »de la dicha su enfermedad, diz que »le da mucha pena é trabajo...», etc.

V

Mucho más importante y digna de ser conocida de todos, al menos en su parte esencial, es otra Real provisión, expedida por los reyes D. Carlos y doña Juana, su madre, con fecha 23 de Setiembre de 1519, concediendo el uso de armas á los descendientes de muchos de los descubridores, y entre ellos á los nietos de *Martín Alonso Pinzón;* porque ya se ha citado varias veces á diferentes objetos, y el tener presente su texto, nos parece el medio más fácil y sencillo de poner término á interpretaciones arbitrarias.

«El resplandor con que brilla en »España primero, y en todo el mun»do antiguo después—decía el tan»tas veces citado colombista D. Ce»sáreo Fernández Duro (1)—el por»tador de las nuevas indianas, oscu»rece los orígenes de la luz, siguen »al descuido impremeditado, injus»ticia irritante, olvido antipatrióti»co y calumnia atroz... El empera»dor Carlos V principió su obra de »rehabilitación, *mandando que los »descendientes de los Pinzones*, por»que de ellos haya perpetua memo»ria, puedan usar en sus casas y re»posteros, por armas conocidas, »tres carabelas al natural en la »mar,» etc.....

.....

«Algo más tarde—dice el mismo »escritor en otro libro (2)—otorgó »el emperador Carlos V *á los Pin»zones* un escudo de armas... Algo »tarde, digo, porque con el blasón

(1) *Colón y Pinzón.*—Memorias de la Real Academia de la Historia, tomo X, pág. 237.

(2) *Pinzón en el descubrimiento de las Indias.*—Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1892, pág. 128.

»no salieron de la miseria á que la »liberalidad del mayor los había »conducido.»

La Real provisión á que se alude está concebida en estos términos:

«*Don Cárlos,* por la gracia de »Dios, Rey de Romanos, Empera- »dor semper Augusto; *Doña Jua- »na*, su madre, é el mismo Don »Cárlos por la misma gracia Reyes »de Castilla, de Leon, etc.—Por »cuanto por parte de vos Juan Ro- »driguez Mafra, nuestro piloto, é »Ginés Murio, nuestro capellan, é »Diego Martin Pinzon, é Alvaro »Alfonso Nortes, é Juan Pinzon é »Alonso Gonzalez, vecinos y natu- »rales de la villa de Palos, nos fué »fecha relacion que Martin Alonso »Pinzon é Vicente Yañez Pinzon, é »Andrés Gonzalez Pinzon, é Diego »de Lepe, é Miguel Alonso, capi- »tanes, vuestros abuelos é padres y »tíos é hermanos, en cierto viaje, »jornada é armada que los Reyes Ca- »tólicos de gloriosa memoria, nues- »tros abuelos, que hayan santa glo- »ria, mandaron inviar á cierto des- »cubrimiento de que diz que fué por »capitan general el Almirante Don »Cristoval Colon en descubrimien- »to de la isla Española y en otras »islas; y *despues* en otro cier- »to descubrimiento que fué á la »costa de las perlas, en cierto asien- »to que con ellos y algunos de vos- »otros fué tasado por el muy reve- »rendo P. in Christo Don Juan »Rodriguez de Fonseca, Arzobispo »de Rosano, obispo de Burgos, del »nuestro Consejo, por mandado de »los dichos Católicos Reyes, en »que se ofrecieron de armar tres »navíos á su costa para ir á cierto »descubrimiento á la tierra firme, »é para los armar vendieron é des- »pendieron sus haciendas con las »quales diz que descubrieron seis- »cientas leguas de tierra firme, é »hallaron el gran río y el Brasil, y »rescataron con ciertos indios en la »dicha tierra firme oro y perlas; y »somos ciertos y certificados que »*en todas estas conquistas fallescie- »ron y fueron muertos en nuestro »servicio los dichos tres capitanes »de vuestro linaje*, y otros mu- »chos parientes, algunos de ellos »de flecha con yerbas que los in- »dios caribes de la dicha tierra les »tiraban, é otros en seguimiento »de los dichos viajes...; por ende, »Nos acatando los dichos servicios, »*é porque de los dichos vuestros »parientes y de vosotros haya per- »petua memoria, y vosotros y vues- »tros descendientes seais más hon- »rados;* por la presente nos hace- »mos merced y queremos que po- »dais tener y traer por vuestras »armas conocidas tres carabelas al »natural en la mar, é de cada una »dellas salga una mano mostrando »la primera tierra que así hallaron

»é descubrieron, en un modo atal »como éste:

(Aquí estaba el dibujo del escudo.)

» y como tales las podais y puedan »traer en vuestros reposteros y ca »sas, etc.»

No necesita extensos comentarios esta Provisión, porque su contexto es bien claro, desde el punto mismo en que comienza manifestando, á suplicación de quienes se daba, los viajes de exploración y descubierta á que se refería, y los navegantes á los que se hacía la gracia y concesión de armas, para que los dichos vuestros parientes *é de vosotros haya perpetua memoria*. No se mencionan, pues, únicamente los descendientes de *Martín Alonso*. Aunque se hace referencia al primer viaje del Almirante cuando se hizo el descubrimiento del Nuevo Mundo, los servicios que principalmente se trataba de recompensar eran los prestados *después en otro cierto descubrimiento que fué á las costas de las perlas en cierto asiento que con ellos é algunos de vosotros fue tasado por el Muy Rdo. Padre in Christo D. Joan Rodriguez de Fonseca, Arzobispo de Rosano... en que se ofrecieron de armar tres navios á su costa*, y hallaron el gran río y el Brasil; es decir, que se galardonaba á los que habían ido en las expediciones de Alonso de Ojeda, de Vicente Yañez Pinzón y de Diego de Lepe, á los que se nombra señaladamente y con mención especial.

Se vé también desde luego que las tres carabelas que figuran en el escudo de armas concedido, con una mano que saliendo de cada una de ellas mostrara la primera tierra que así hallaron y descubrieron, no eran las del primer viaje en que fué *Colón* el jefe, sino las que armaron los otros dichos navegantes, para lo cual *vendieron é dispendieron sus haciendas*, y con las que descubrieron seiscientas leguas de tierra firme, el gran río y el Brasil.

Muchos de aquellos marinos habían perecido en los viajes, algunos *muertos con flecha de hierba*, sin señalar cuáles fueron. Posible es que se aluda á Vicente Yáñez Pinzón, cuya muerte se ignora donde aconteció, y á Alonso de Ojeda y Diego de Lepe, á menos que se recuerde el trágico fin de Juan de la Cosa, que murió heroicamente, en 1509, herido de flechas con hierba. Es lo cierto que se concede igual escudo de armas á Juan Rodríguez Mafra, al capellán Ginés Murio, á Diego y Juan Pinzón, y á Alvaro Alfonso de Nortes y á Alonso González, descendientes de los marinos que habían perecido en aquellos viajes.

VI

Del extracto que llevamos hecho, se desprende con sobrada claridad que no en todos los extremos se puede obtener resultado igualmente satisfactorio, porque varían las condiciones según los intereses que se agitaban. Ofrece verdadera dificultad la investigación de los acontecimientos de la vida de *Martín Alonso Pinzón*, anteriores al momento histórico en que *Cristóbal Colón* se presentó en la iglesia de San Jorge de la villa de Palos, acompañado de Fr. Juan Pérez y del escribano Francisco Fernández, para leer las capitulaciones firmadas por los Reyes Católicos en Granada, y las órdenes expedidas para su cumplimiento, que tantas dificultades presentaron para su ejecución.

Donde en mayor número se encuentran referidos por incidencia aquellos hechos, según se ha podido observar, es en las declaraciones de los testigos que fueron examinados en las diferentes *Probanzas* que se practicaron en el pleito, tantas veces referido, que se siguió entre el fiscal del Rey y los Almirantes D. Diego y D. Luis Colón, desde el año 1508 al 1536, en distintos puntos de España y en la isla de Santo Domingo. Pero en las declaraciones de esos testigos hay parcialidad evidente en la mayor parte de los hechos que refieren, y falsedad notoria en algunos, por causas muy fáciles de conocer á su simple lectura; aunque eliminando la parte que tales caracteres ostenta en ellas, queda otra muy apreciable y con la que se puede formar historia.

Todos convienen en que *Martín Alonso Pinzón* y sus hermanos, se dedicaron desde sus primeros años al ejercicio del mar, siendo dueños de ciertos buques, y haciendo comercio en ellos por su cuenta, y que aquel hermano mayor estaba adornado de singulares prendas personales de arrojo é intrepidez, así como de gran pericia náutica adquirida en larga experiencia y en constantes viajes, por lo que gozaba gran consideración y crédito en todo el país circunvecino.

De su carácter y condiciones se forma conocimiento exacto por lo que manifiestan sus amigos y parientes, así como del verdadero aprecio en que todos le tuvieron, muy á las claras demostrado por los muchos testigos que dicen se decidieron á embarcarse para el viaje de descubrimiento porque vieron que en él iba *Pinzón* y sus hermanos. En cuanto á otros hechos de

los que refieren, es necesario proceder con verdadera cautela antes de aceptarlos y someterlos á detenido examen; que bien fácilmente se ve en muchos de ellos el intento de contribuir á los fines que el fiscal se proponía, dando por cierto lo que era notoriamente falso; y á veces basta la atenta lectura de lo que declaran para darles el lugar que merecen.

Pero como resultado de todas ellas, y resumen de cuanto más extensamente queda expuesto, la figura de *Martín Alonso Pinzón* se dibuja claramente con líneas y carácter bastante salientes para justificar el interés que despierta; destaca al lado mismo de la del primer Almirante, y brilla con luz propia, sin tener necesidad de que se le presten falsas galas ni colores exagerados.

Su influencia fué grandísima en la empresa; sus servicios en alto grado importantes. Sin el concurso de los hermanos *Pinzón*, tal vez no se hubiera podido realizar el viaje, ó de haberse emprendido lo hubiera sido en condiciones tales, que no hubiera producido resultado. *Martín Alonso* y sus hermanos fueron el complemento necesario é indispensable de la obra. *Colón* había tenido el pensamiento... Sin la concurrencia providencial de *Pinzón*, es casi seguro que no hubiera pasado del terreno de las teorías, más ó menos atrevidas y grandiosas, sin llegar jamás á la práctica. Esta es la más exacta apreciación que encontramos puede hacerse del papel que los expertos marinos de Palos representaron en aquel gran acontecimiento, de su influencia en el primer viaje á las Indias occidentales.

A *Cristóbal Colón* toda la gloria del pensamiento, de la concepción extraordinaria, su estudio, su demostración; para él los inmarcesibles laureles merecidos por la constancia para llegar al objeto, por la fe con que sostuvo sus convicciones á través de las mayores contrariedades, de todo género de oposiciones y desprecios. A su lado debe figurar *Martín Alonso Pinzón* y sus hermanos, desde el momento en que tropiezan con las mayores dificultades para la ejecución del proyecto. Y no nos cansamos de repetirlo; sin su concurso, sin su prestigio y su valor tal vez hubieran quedado reducidas á letra muerta las capitulaciones concertadas en la vega de Granada entre los Reyes Católicos y el navegante genovés, ó hubiera tenido el viaje un funesto desenlace.

Pero después de tan explícito reconocimiento del inmenso servicio prestado por los *Pinzones* en aquellos momentos supremos, puede y debe en la historia hacerse impar-

cialmente el juicio de *Martín Alonso Pinzón*, presentándole de cuerpo entero, si así puede decirse, con todas sus grandes cualidades y sus pequeños defectos; que en nada oscurecerán éstos el verdadero mérito de aquéllas.

VII

No se rebajará el prestigio del gran marino español porque se examine su vida bajo todos aspectos, porque se conozcan perfectamente todas sus acciones; no perderá por ello su nombre el esclarecido lugar que de derecho le corresponde; y esta conclusión nos parece resulta bien patente del estudio que acabamos de hacer. En aquel gran momento de la historia todos tuvieron decisiva influencia, y gloria hay para todos, igualmente merecida. Si *Cristóbal Colón* fué la cabeza, *Martín Alonso Pinzón* fué el brazo; al primero corresponde la inciativa, al segundo parte principalísima en la ejecución.

Nuestro juicio está consignado hace mucho tiempo, y cuanto de entonces hasta ahora se ha escrito no ha hecho más que confirmar la justicia de la apreciación. No encontramos razón para variar. «La »actividad inteligente de *Pinzón*, »su energía proverbial, su pericia, »la influencia de que gozaba, el prestigio de su nombre en las comarcas, señaladamente entre los hombres de mar, fueron gran parte á »que desaparecieran todos los inconvenientes que rodearon en el »principio la realización del viaje.

. . . . . .

»*Cristóbal Colón*, *doña Isabel la* »*Católica* y *Martín Alonso Pinzón* »son los astros de primera magnitud en aquella época de los descubrimientos; todos los demás se »agitan á su alrededor como estrellas menores, que solamente lucen »á intervalos cuando se ocultan los »grandes luminares de la ciencia, »de la fe y del entusiasmo.

»*Colón* concibió el atrevido proyecto; lo maduró con el estudio, »lo adelantó con la experiencia; sin »la fe de la reina de Castilla, sin el »entusiasmo y abnegación del marino experimentado de Palos, nunca hubiera realizado aquél su portentoso descubrimiento, nunca hubiera comprendido el peligroso »viaje hacia lo desconocido. ¡Lástima que nuestro compatriota desapareciera tan pronto de aquella »gloriosa escena, donde tan principal papel representaba! ¿Cuántos »hubieran sido sus triunfos y cuál »sería hoy su renombre si el cielo »le hubiera concedido más largos »años de vida?»

Juzgamos hoy, como entonces, que no puede hacerse más cumplido elogio de *Martín Alonso Pinzón*.

Colóquese en buen hora su nombre con los de sus hermanos y compañeros en muy alto pedestal, que hartos merecimientos tienen para ello; pero no se ponga en olvido, como dice un escritor contemporáneo, que sin *Colón* no hubiera habido *Pinzones*, ni Marchenas, ni Quintanillas, ni Cosa, ni aun una Isabel I que hubiera emprendido tan altos hechos. Al genio de *Colón* se debe la fama, la eterna aureola que sobre todos brilla como descubridores de un Nuevo Mundo.

LA LEYENDA COLOMBINA

I

Historia antigua.—Leyenda moderna

Casi todos los hombres célebres y la mayor parte de los sucesos extraordinarios tienen su leyenda en la imaginación de los pueblos. Fórmase ésta de pequeñas circunstancias, de minuciosos detalles, de accidentes que la historia no consigna y la tradición oral ó escrita recoge; que reuniéndose y creciendo llegan á ser complemento indispensable de las vidas de los santos y de los héroes; luz difusa, á través de la cual, como por medio de una niebla mágica, alcanza á ver la inteligencia popular los acontecimientos de la historia, que no pueden llegar á su conocimiento por la lectura de las crónicas ni de las escrituras, y los aprende como mitos, como tipos embellecidos á veces, á veces iluminados, y oscurecidos también en otras, con fábulas más ó menos cercanas á la verdad, pero siempre en carácter, contribuyendo de continuo á la pintura perfecta de la época, del suceso ó del personaje. De las tradiciones se forma la leyenda, que es vestidura pintoresca con que la imaginación reviste á sus héroes para completar sus caracteres, los acontecimientos para describirlos más gráficamente.

Esta es verdad sabida de todos, así como todos saben que la leyenda comienza donde la historia concluye; siempre, cuando ya ha pasado largo tiempo del suceso á que se refiere, cuando la crónica se ha escrito y la tradición trae al recuerdo lo que aquélla no aprovecha ni permite en su narración severa, profunda, concienzuda y justificada.

Por eso causa tanta extrañeza como admiración el ver que hoy se intenta llamar *Leyenda Colombina*

á los sucesos de la vida del descubridor del Nuevo Mundo, que consignaron en sus libros y en sus cartas los historiadores de aquel gran acontecimiento, los escritores que conocieron y trataron á cuantos personajes habían intervenido en los hechos que refieren y aun habían tomado parte en muchos de ellos. Los actos de la existencia de *Cristóbal Colón* que relata su hijo D. Fernando, los que escribieron Gonzalo Fernández de Oviedo, Pedro Mártir de Anglería, el obispo de Chiapa, Fray Bartolomé de las Casas, el cronista Antonio de Herrera y otros muchos que dejaron escrito lo que ante sus ojos pasaba, en cartas y Memorias que á veces no se destinaban á ver la luz pública, no pueden ser llamados leyenda, sino historia verídica y fiel; la única historia que puede satisfacer á la posteridad y servir de base á los estudios del hombre de ciencia; que una de las condiciones, la principal de todas, las que dan valor al testimonio del cronista ante la crítica científica, es haber presenciado los sucesos, ser contemporáneo de ellos, haber conocido á los que los llevaron á cabo.

D. Fernando Colón era hijo del inmortal navegante, y heredó su genio; le acompañó muchos años en España y corrió á su lado todos los azares del cuarto y último viaje, sin separarse de él hasta que exhaló el postrer aliento. Fray Bartolomé de las Casas conoció y trató á *Cristóbal Colón*, á sus hijos y hermanos, y á gran parte de los marineros, pilotos y soldados que tomaron parte en sus expediciones; y poseyó además los papeles, mapas y cartas originales de toda su familia. Pedro Mártir de Anglería, maestro del Príncipe, estaba al lado de los Reyes cuando *Colón* hablaba con ellos en la Vega de Granada, antes de firmarse los conciertos. En Barcelona se encontraba Gonzalo Fernández de Oviedo, paje del mismo príncipe D. Juan, cuando los Reyes Católicos *le recibieron en público* á la vuelta del primer viaje... ¿Pueden llamarse *leyenda* los hechos que estos testigos presenciaron y escribieron en sus obras? Amigo de *Cristóbal Colón* era el obispo de Chiapa, más nadie ha dudado hasta hoy de la sinceridad de su carácter, más bien inclinado á acriminar que á favorecer á los descubridores, ni de su veracidad como historiador. No era afecto al Almirante Gonzalo Fernández de Oviedo, ni creía justas sus pretensiones; pero su dicho es por eso más digno de crédito. Lo que tales historiadores consignaron son verdades para cuantos estudian sin prevención el descubrimiento del Nuevo Mundo.

Sin embargo, un doctísimo escri-

tor pone en duda muchos de los sucesos referidos por esos cronistas contemporáneos, y los califica de imaginarios (1). «La leyenda—dice »—es á la historia como el retoque »á la fotografía. Borrando pecas, »suavizando líneas, corrigiendo en »el claro-oscuro descuidos de la na»turaleza y deterioros del tiempo, »la mano ejercitada metamorfosea »sobre el papel en faz hermosa ó »noble cualquier vulgar figura, con »no más embarazo que pone, tro»cando por el pincel la pluma, en »boca de un pastor discursos cicero»nianos... En tal caso se encuentra »la imagen del primer almirante »de las Indias.»

¡Válganos el cielo! ¡Si justamente con el retrato moral y con los sucesos de la vida de *Cristóbal Colón* sucede todo lo contrario! Dejaron fotografiada su figura, tanto en lo físico como en lo moral, los cronistas que le conocieron; y los modernos pensadores, los críticos de nuestros días son los que pretenden retocarla al cabo de cuatrocientos años, borrando las más hermosas de sus líneas características, introduciendo la duda en hechos importantísimos. Y al mismo tiempo se deleitan en *corregir en el claro-oscuro descuidos de la naturaleza y deterioros del tiempo, borrando las pecas* (¡pero qué pecas!) que sacaron en las fotografías de Oviedo y de Fr. Bartolomé de Las Casas un Fonseca y un Ovando, Jimeno de Briviesca y Bobadilla.

En vida de los hombres ilustres, mientras dura su peregrinación entre nosotros y pueden contemplarse sus acciones, se escriben, como decíamos, las crónicas de los grandes hechos en que toman parte; la leyenda nace tiempos adelante, cuando sus imágenes se van confundiendo, *cuando la distancia les presta el tinte majestuoso y vago de la lejanía*. Lo que de antiguo conservamos es la historia de *Cristóbal Colón;* la que hoy se nos quiere forjar es la leyenda, muy alejada, por cierto, de la verdad. Se aspira con el lujo de las frases á invertir los términos.

Y la demostración es harto fácil. Tomaremos al acaso algunos sucesos de esos que los imparciales escritores de nuestros días ponen en tela de juicio para fundamento de sus opiniones.

II

El recibimiento en Barcelona.

Después de examinar las manifestaciones de los contemporáneos

(1) *Amigos y enemigos de Colón*, conferencia leída en el Ateneo de Madrid por Don Cesáreo Fernández Duro en 14 de Enero de 1892.

del Almirante relativas á la entrada del mismo en Barcelona al regreso de su primer viaje, y recibimiento que le hicieron los Reyes Católicos, y de aducir los reparos y escrúpulos que se ofrecen sobre ellos á algunos críticos modernos, y especialmente de M. Aarón Goodrich, dice el tantas veces citado colombista D. Cesáreo Fernández Duro (1).

«Con estos datos, visto que ni el »*Dietario* municipal, ni otros que »existen en Barcelona lo consignan, es de creer que los Concelleres no sacaron á la calle para recibir á *Colón* las gramallas ni las »banderas; *que no se le hizo demostración pública*, y que hasta tanto »que los Reyes no escucharon la »relación del descubrimiento no le »dispensaron las honras prematuramente adjudicadas *por los escritores de ahora.*»

Lo que no se encuentra de modo alguno es la razón para querer desmentir un hecho que viene consignado en la *historia de antes*, y los escritores *de ahora* ponen en duda, queriendo borrar con el silencio de un cronista lo que otros muchos aseguran paladinamente.

Los documentos existentes no apoyan la creencia de la entrada solemne de Colón en Barcelona, dice el Sr. Fernández Duro. Veámoslo.

(1) *Nebulosa de Colón*, Madrid, 1890; página 77.

En la *Historia de las Indias* de Fr. Bartolomé de las Casas, que copia el escritor citado, asienta el autor que los Reyes Católicos, sabida la llegada de *Colón*, «mandáronle hacer solemne recibimiento »para lo cual salió toda la gente y »toda la ciudad que no cabían por »las calles, admirados de que aquella veneranda persona fuera la que »había descubierto otro mundo».

Esto no se inventa. Cierto que el P. Las Casas, estudiante á la sazón en Sevilla, no se encontraba entonces en Barcelona cuando llegó á la ciudad *Cristóbal Colón;* pero á los dos meses del suceso le volvió á ver en la primera de aquellas ciudades, y escuchó las relaciones hechas por todos los que le acompañaron y estuvieron en el recibimiento, pues estuvo constantemente entre ellos al lado de su padre, en tanto que éste hacía los preparativos para embarcarse en la segunda expedición. No es, pues, sospechoso ni recusable el testimonio del celebrado historiador, y menos en punto tan secundario, donde ningún interés pudo moverle.

Digno de igual consideración y crédito es Gonzalo Fernández de Oviedo, que presenció el suceso, y aunque no se extiende en descripciones, tal vez por la índole de la *Historia general y natural* que escribía, dice lo bastante para ver

confirmado el relato del P. Las Casas. «Llegó *Colón* á Barcelona—»escribe—é llegó *á la Corte*, en lo »qual *yo hablo como testigo de vis-»ta*... Fué muy graciosa é benigna-»mente recebido del Rey é de la »Reina, é despues que ovo dada »muy larga é particular relacion de »todo lo que en su viaje é descobri-»miento habia pasado, le fizieron »muchas mercedes é le comenzaron »á tratar como hombre generoso é »de Estado.»

La noticia del descubrimiento y muchos permenores del viaje eran conocidos por los Reyes Católicos desde más de un mes antes de la llegada del Almirante á Barcelona, por la carta que éste les dirigiera desde Lisboa en el día mismo de su arribada á la embocadura del Tajo (4 de Marzo de 1493), y por las que debieron llegar de Palos, y más aún desde Sevilla al regresar el correo que allá mandaron los Reyes. Preparados, pues, debían estar para el recibimiento, y ciertamente estaba todo dispuesto, como dice Las Casas, para darle el carácter y solemnidad que merecía.

Más explícito aún que los anteriores, el cronista Antonio de Herrera, que escribió su *Historia* por orden del Rey, con vista de cuantos documentos se guardaban entonces en los archivos públicos, consigna pormenores y detalles que no es posible sostener, ni aun sospechar, que fueran invención, ni ajenos á la verdad del suceso; y mucho menos cuando concuerdan en lo esencial con lo dicho por otros historiadores, cuyas obras no pudo conocer Herrera.

«Llegado el Almirante á Barce-»lona—dice (1)—mediado el mes de »Abril, mandósele hacer un solem-»ne recibimiento, al que salió la »Corte y la ciudad con tanta gente »que no cabian por las calles... Y »para más honrar al Almirante, »mandaron los Reyes *poner en pú-»blico su estrado y solio Real* adon-»de estaban sentados, y con ellos el »príncipe D. Juan.»

¿Puede todo esto ser falso? No hay un dato histórico siquiera que contradiga la relación hecha por Fr. Bartolomé de las Casas, aprendida de las personas mismas que acompañaban al Almirante y de testigos presenciales de la entrada, y por Antonio de Herrera, con vista de los documentos oficiales. Alegar, para quitar fuerza á estas crónicas, el silencio del cura de los Palacios, que escribió su historia en una aldea cerca de Sevilla, y no trató á *Colón* hasta cuatro años después, cuando regresaba del segundo viaje,

(1) *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme*, etc.—Madrid, Juan Flamenco, 1601.—Década I, lib. II, cap. 3.°

no es argumento serio ni que pueda convencer; pues ni esa omisión, ni la de que en algún otro historiador y en los *Dietarios* que se conservan en la ciudad de los Condes no se encuentre mención del suceso, son razones para acusar de falsedad á lo escrito, ni el silencio de unos ha sido nunca argumento para borrar lo que otros consignaron, ni menos para que se ponga en duda la veracidad de autores que son la base de la historia del descubrimiento, y de las vidas de los que en él intervinieron, como sucede con Las Casas, Oviedo y Herrera.

Que se hizo á Cristóbal Colón demostración pública á su llegada á Barcelona, es un hecho consignado terminantemente por los contemporáneos; y no pudiendo dejar de admitirlo como verdadero, tampoco puede rechazarse la descripción del acto que por los mismos se hace.

Pero queremos robustecer el argumento. Además de los citados, hay otro libro coetáneo que asienta como cosa corriente y sabida el hecho de la *recepción pública;* y aunque luego haremos de él más detenida cita á otro propósito mucho más importante, no podemos dejar de recordarlo ahora con el objeto indicado, como dato para confirmar lo escrito por el P. Las Casas y por el cronista Herrera.

La edición que tenemos á la vista del curioso libro titulado *Paesi nuovamente rettrovati*, fué estampada en Milán por J. A. Szinzenler en el año 1512 (1), aunque existen varias ediciones anteriores desde la primera de 1507 de Vicenza, y en ese libro cuya importancia han reconocido muchos americanistas y especialmente el célebre Alejandro Humboldt (2), la relación de los primeros viajes de *Colón* no aparece copiada, como en otros, de las cartas mismas del navegante, sino más bien de las relaciones ó notas de algunos de sus compañeros; porque es circunstancia muy digna de atención que la obra se escribió cuando el Almirante se encontraba en Granada á la vuelta de su tercer viaje, y por persona que también estaba en la corte.

En el capítulo LXXXIV empieza la relación del descubrimiento, y cómo el rey de España armó tres naves para Colombo; y en el XCI,

---

(1) Biblioteca Provincial y Universitaria de Sevilla, 83, 75.

(2) «El verdadero compilador de esta cu»riosa é importante recopilación de Vicenza, »no es, como ha venido creyéndose mucho »tiempo, ni Montalboddo Fracanzano, de Vi»cenza, ni Francazio de Montalboddo, es de»cir, natural de Mont-Alboddo, en la Marca »de Ancona y profesór de buenas letras en »Vicenza, sino, según la ingeniosa observa»ción del conde Baldelli, Alejandro Zorzi, »hábil cosmógrafo y dibujante de mapas en »Venecia.» *(Examen critique de la geographie et l'histoire du Nouveau Continent,* tomo IV, pág. 80.)

al consignar *cómo Colombo fué llamado Almirante*, dice: «*Recibieron »ellos á Colombo* con agradabilísimo »semblante, *y le hicieron grandísi- »mos honores y que se sentase pú- »blicamente delante de ellos*, que es »en su corte de los mayores hono- »res; y quisieron que fuese llamado »Almirante del mar Océano (1).»

Juzgamos que contra este testimonio, unido al del P. Las Casas y á los de Oviedo y Herrera, no es posible hacer valer el silencio de algunos otros; ni puede aventurarse en buena lógica contra la afirmación clara, terminante, detallada de autores intachables, el testimonio negativo para concluir *que no se hizo demostración pública en Barcelona á la llegada del Almirante.*

III

Noticias anteriores del Nuevo Mundo y primer viaje de «Cristóbal Colón».

Continúan en su tarea de formar á su placer *La Leyenda colombina*, prescindiendo ó anulando los datos históricos, esos pensadores que han tomado á su cargo preparar debidamente los ánimos para la celebración del cuarto centenario, y ocupándose de las noticias y antecedentes que pudiera tener *Cristóbal Colón* para fijar su convicción tan profundamente, hay un distinguido escritor, marino tan ilustre cuanto modesto, que llega al punto de asegurar que el navegante genovés hizo su primer viaje al Nuevo Mundo precisa y justamente en el año 1477, quince años antes del que emprendió con la flotilla facilitada por los reyes de España.

Es curioso observar de qué manera se ha ido formando la bola de nieve en este punto. Podemos seguir el progreso de la *leyenda*, y su desarrollo nos servirá de norma para formar juicio exacto de conceptos análogos.

Porque ya aquí no se trata de robustecer con nuevos argumentos ni con datos desconocidos aquel antiguo procedimiento de los envidiosos, á quienes juzgó el gran marino de una vez para siempre cuando escribió á los Reyes Católicos: «Siete años estuve en su Real Cor- »te, que á cuantos se fabló desta »empresa todos á una dijeron *que »era burla;* agora fasta los sastres »suplican por descubrir.» En siete años y más, todos le apellidaron

(1) He aquí el texto original:
«Il Re é la Regina che altro non desiano che »augmentar la religione christiana et redurre »molte simplici natione al divin culto, facil- »mente commossi non solo da Colombo ma »etiamdio da piu de ducento spagnoli che »erano stati con el Colombo; ricevetero esso »Colombo con gratissima faza, et li fecero »grandissimi honori, *et sentar publicamente »davanti loro*, etc.»

loco, *visionario;* en siete años á ninguno se le ocurrió decir que tuviera noticia de tierras al Occidente; mas, creían que se perdería en el mar *tenebroso* y desconocido, y no volvería á pisar el suelo de España. Pero en el punto en que Colón hizo el descubrimiento no había ignorante que no se hubiera atrevido á hacer lo mismo, y entonces dijeron que era cosa muy sabida. Entonces nacieron y corrieron entre el vulgo de los entendidos muchas fábulas y anécdotas inverosímiles, y entre ellas la del imaginario piloto vizcaíno, andaluz ó portugués, á quien la tempestad había arrojado casualmente á la misma isla que luego se llamó Española, y que vino también por acaso, sin saber el camino, á caer de nuevo en las costas de España y á morir en brazos de *Cristóbal Colón*, haciéndole *único* depositario de su secreto.

Pero el docto marino D. Patricio Ferrazón no se ocupa de tales patrañas. En su concepto, el mismo *Colón* fué quien descubrió, no las islas, sino el continente occidental que hoy llamamos América, y guardó el secreto durante quince años, á pesar de sus muchos trabajos y de su miseria á veces, hasta que pudo engañar á un monarca poderoso y obtener grandes recompensas por ir *á descubrir* lo que ya sabía ciertamente que existía. El centenario, por tanto, no debe celebrarse en 1892, sino que debió serlo en 1877, fecha verdadera del primer viaje de *Colón* á aquellas regiones.

Y repito que es digno de estudio el desarrollo de esta fábula. Toma aquí por punto de partida unas palabras que el genovés ilustre dejó escritas en un trabajo dedicado á demostrar que las cinco zonas son habitables: «Yo navegué el año cuatrocientos y setenta y siete en el mes de Febrero, ultra Tile isla cien leguas... y al tiempo que yo á ella fuí no estaba congelado el mar, aunque había grandísimas mareas...» Que hizo el viaje no puede dudarse, ni tampoco el objeto que fué comprobar sus cálculos y aumentar las observaciones; y en esto solamente han visto los más graves historiadores una prueba del trabajo que precedió á la convicción del navegante. Pero descubiertos en un monasterio de la isla de Flatey los manuscritos que contenían la narración de los viajes de los islandeses á las tierras que denominaron Vinland y Markland en los últimos años del siglo x y primeros del xi, y hechos del dominio público por la Sociedad de anticuarios del Norte (1), no faltó quien hiciera observar

(1) *Antigritates americanæ, sive scriptores septentrionales rerum ante-columbianarum in America.* — Edidit Societas Regia antigrariorum septentrionalium. —Hafniæ. — Tipis officinæ scultzianæ, 1837.

que *Colón*, en su viaje á Islandia, pudo tener conocimiento de aquellos códices, ó, á lo menos, alguna noticia de las expediciones de Torphin, de Eric el Rojo y de Bjorn, que le confirmaran en sus opiniones.

Y de esta sospecha, más ó menos fundada, nos lanzamos ya al terreno de la fantasía, y el Sr. D. Patricio Ferrazón crea un sistema, y lo presenta como hecho histórico, reformando en un punto la historia del descubrimiento. En 1888, escribía el docto marino, que «si la So»ciedad de anticuarios del Norte »antes, y algunas norte-americanas »ahora, hubieran dicho *que en el »año* 1477 *se hizo por Colón el ver»dadero viaje de descubierta, lle»gando á América y costeándola de »Norte á Sur hasta la extremidad »meridional de la Florida*, tal vez »la congetura pareciera más racio»nal y probable...» Pero ya en 1892, la bola de nieve ha tomado colosales proporciones; lo que entonces, en 1888 era hipotético, es ahora hecho probable y aun probado. El haber partido *Cristóbal Colón* de la Gomera, que está en el mismo paralelo que la Florida; el apuntar constantemente las proas de las carabelas á la extremidad meridional de la misma Península, ó sea al cabo de Sable..., *son circunstancias que hacen creer que en un viaje anterior llegara á Terranova ó á Nueva Escocia... y explorando las costas al Sur, naturalmente, llegara hasta dicho cabo Sable...* La excursión, aunque de muchos miles de leguas, fué cosa sencilla según parece, y no tuvo contratiempo ni accidentes desgraciados. Lo que sigue es más sencillo todavía.—*En el viaje del año* 92, INDUDABLEMENTE *no se proponía* (Colón) *otra cosa que reconocer la Florida, ya marcada en su carta.*

Pero llegamos al final: «Los »hombres blancos que los indios di»jeron al P. Las Casas que ha»bían visitado la isla de Haití antes »del año 92, no fueron otros, á mi »juicio, que *Colón* y sus compañe»ros; el piloto Sánchez y los mari»neros que una tradición, tenida »por falsa, supone que murieron en »casa de *Colón* revelándole la exis»tencia de América, yo entiendo »que fueron los mismos compañe»ros de su primer viaje...» (1).

¿Podrá dudarse de que se quiere escribir la *leyenda?*

IV

Colón y Bobadilla.

Terminaremos con otro punto que no por ser igualmente extraño deja de tener gran importancia.

(1) Carta del Sr. D. Patricio Ferrazón, fecha 31 de Marzo de 1892.—Publicada en el periódico de Madrid *El Imparcial.*

«Colón y Bobadilla.—Rompiendo lanzas á favor del segundo, y clavándoselas hasta el cuento al primero, dió anoche una notable conferencia en la cátedra del Ateneo el distinguido publicista y erudito señor D. Luis Vidart.»

En estos términos daba cuenta del suceso un acreditado periódico de Madrid. Y lo llamamos suceso, porque lo es, y no pequeño, en el terreno histórico, romper de repente con el criterio adoptado durante siglos, en vista y con presencia de crónicas y documentos, y querer á vuelta de esfuerzos de ingenio cambiar el orden de los factores, trocar las posiciones de un héroe y de un malvado, y arrojar á San Bartolomé á los piés de Satanás.

D. Luis Vidart es un escritor bien conocido en toda España, que ha ejercitado su pluma en diferentes géneros y siempre con acierto; es un filósofo de muchísimo talento y profundo pensador; pero también es poeta de imaginación ardiente, y se deja llevar á veces por ella al afán de ostentar originalidad. En su buen juicio deben haber dejado honda huella las frases de algunos de sus amigos, muy benévolas, como es justo, para el orador, pero muy severas en muchos conceptos para las opiniones que sustenta.

No es nuestro intento trazar la biografía del comendador Bobadilla, ni desentrañar sus merecimientos y las virtudes que pudieran adornarle. Algunas tendría, ya puede suponerse, cuando los Reyes Católicos se fijaron en su persona para que fuera á la isla Española. El P. Fr. Bartolomé de las Casas, que censura su conducta en las Indias y execra el hecho á que debe su funesto renombre, nada dice de sus antecedentes, limitándose á escribir: «Eligieron á un comenda»dor de la orden de Calatrava, que »se llamó Francisco de Bobadilla, y »diéronle provisiones y nombre de »Pesquisidor...» No parece que debería ser persona muy notable la que así se anunciaba; mas, repetiremos que esto á nada conduce. Era Bobadilla un hombre de buen concepto y por eso le eligieron los Reyes... Pero ¿para qué lo comisionaron? Aunque los documentos se conservan íntegros y señalan bien claramente el orden y límite de las atribuciones que se le concedieron, el mismo Comendador lo dijo á los que á su llegada á Santo Domingo salieron en canoas á informarse... El P. Las Casas ha conservado sus palabras: «Llegaron, pues, en su ca»no a los tres (1), y preguntando quién

(1) Eran un Cristóbal Rodríguez, intérprete, Juan Arraez y Nicolás de Gaeta, á los que envió á las carabelas, que estaban á una legua de tierra, el hermano del Almirante para que supiesen si venía su sobrino D. Diego, hijo mayor de Cristóbal Colón.

»venía en las carabelas y si venía »D. Diego, *asomóse el comendador »Bobadilla*, que venia en la carabela »*Gorda*, y dijo: Que él venia envia»do por los Reyes por Pesquisidor »*sobre los que andaban alzados en »esta isla...*» (1). Y como estas palabras están perfectamente de acuerdo con las que contiene la Real cédula de 21 de Marzo de 1499, que fué la primera que se le expidió (2), parece que no dudaba el Comendador del objeto de su encargo.

No parezca ociosa esta observación. Quizá hasta aquel momento no había pensado Bobadilla más que en cumplir las órdenes de los soberanos sin extralimitarse. Pero allí es donde debemos dirigir nuestros esfuerzos para conocer la verdad de los sucesos, y la causa de los tropellos é iniquidades que aquel cometiera.

Todo lo que discutiéramos sobre los hechos anteriores de la vida del Comendador, que además son del todo oscuros y desconocidos, sería perder tiempo. En el momento de empezar á hacer uso de sus atribuciones, es cuando entra en el dominio de la historia. Y ya el doctísimo D. Martín Fernández Navarrete, en la *Introducción* de su obra, dice muy intencionadamente (1): «Que »los Reyes tuvieron justos motivos »para enviar un juez Pesquisidor á »la isla Española, y que eligieron »para ello á un caballero, antiguo »criado de la casa real, *que hasta »entonces merecia distinguido con»cepto.*» Bien se comprende lo que tales palabras significan; separando el concienzudo historiador, con exquisito tacto, los tiempos, para juzgar los hechos. *Hasta entonces* había tenido buen concepto el comendador Bobadilla... de allí en adelante fué al contrario: no correspondió á lo que de él se esperaba, y los primeros actos de su gobierno dieron motivo para que se le privase de él.

¿Y cuál fué la causa de tal cambio en la conducta del aquel funcionario? ¿Qué móvil poderoso pudo llevarle á proceder contra el Almirante de una manera tan inicua y extraña? A estas interrogaciones no había podido darse hasta hoy respuesta satisfactoria, y con ellas se justificaba, ó se intentaba justificar, por inducción, la conducta de Bobadilla.

Mas por fortuna, también puede responderse cumplidamente, y probar con el dicho de un autor contemporáneo la causa del cambio en la conducta del Comendador y el

(1) *Historia de las Indias*, lib. I, capítulo CLXXVIII.

(2) Navarrete: *Colección de los viajes y descubrimientos*, etc., tomo II, Doc. número CLXXVII.

(1) Navarrete: *Loc. cit.*—Introd., página 105, 2.ª edición.

origen de aquellos desmanes. Nos valemos nuevamente de aquel curiosímo libro titulado *Paesi nuovamente rettrovati,* que antes citábamos; libro que fué de los primeros que se escribieron sobre el descubrimiento del Nuevo Mundo, cuya primera edición es de Vicenza, año 1507, ó por lo menos esta es la más antigua que vemos citada (1). Se tiene por indudable que en la parte relativa á los viajes de *Colón* es repetición del rarísimo *Libretto* de Albertino Vercellesse, publicado en 1504, que nunca hemos logrado ver, y que á su vez incluyó lo esencial de la primera Década de Pedro Mártir de Anglería, antes de que su autor la diera á la estampa, aumentándola con algunos datos recogidos por Angelo Trivigiano, secretario del embajador de Venecia, Dominico Pizani, que conoció y trató con cierta intimidad á *Cristóbal Colón* en Granada, á la vuelta de su tercer viaje, y con otros informes particulares.

Las noticias, por tanto, que en ese libro se contienen y que no se encuentran en ningún otro, son muy apreciables, porque Trivigiano tenía amistad con el Almirante y relaciones en la corte de los Reyes, donde oyó á los compañeros de Colón y conoció á sus enemigos.

(1) *Bibliotheca Americana Vetustissima.*— New York, 1866, núm. 48.

El libro IV está dedicado á las navegaciones del rey de España, desde que concedió á *Colón* los tres barcos que le pedía. Y el cap. CVII trata: «*De como el Almirante fue enviado en cadenas con su hermano á España.*»

Es tan notable, bajo muchos aspectos, que no nos permitimos ni aun la libertad de traducirlo, dejándolo en la misma sencillez con que está escrito en la lengua original, es decir, en italiano, con mucha parte de dialecto veneciano.

In questo mezo li serenissimi Re recevetero le lettere de lo admirante et de li adversarii soi, et vedendo que per queste discensione de tanta copia de oro ne trazeva pocha utilitá, mandarono un suo governatore que avese ad inquirire e quelli che fusseno in errore li castigasse; o ver mandasse in Spagna che li castigarebbe: et zonto questo governatore al isola Spagnola, per sobornita: et fraudulentia de quelli scelerati Spagnoli: et per grande invidia che haveva al admirante é suo fratello, li quali in ferri furono mandati a la volta de Spagna: et zonti che forono á Cades li Serenissimi Re intendendo li mandano á liberare: et feceli andare á corte voluntariamente: dove etiam al presente zorno se ritrovano.

Buscábamos una causa al arbitrario proceder de Bobadilla, y dos á

cual más graves, y mezquinas ambas, consigna ese libro. Al llegar el Comendador á Santo Domingo entraron en su buque, antes que las quejas contra *Colón*, los montones de oro que aquellos *malvados* habían recogido. *Sobornaron* al juez; y como éste, además, tenía *gran envidia* al Almirante y á su hermano, no se necesita más explicación para lo que sucedió después. *Per sobornita et fraudulentia di quelli scelerati spagnuoli* vinieron presos á España el Almirante y sus hermanos.

No hemos de repetir lo que ya está dicho muchas veces sobre la conducta de Bobadilla, para quien es poco el epíteto de *infame*. Si sus defensores quieren recordar el juicio de algunos autores, nos limitaremos á presentar el más antiguo y el más reciente, para que se vea con claridad que no ha variado el criterio en el trascurso de cuatro siglos.

Ausente de la ciudad *Cristóbal Colón*, desembarcó el Comendador y se aposentó en su casa, se apoderó de sus bienes, joyas y libros, usando de todo como si fuera de su propiedad. Cuando á pocos días llegó el Almirante á Santo Domingo «vale á ver, y el recebimiento »que le hizo fué mandalle poner »unos grillos y metelle en la for»taleza, *donde ni él lo vido ni le ha»bló mas, ni consintió que hombre »jamás le hablase.*» Esta fué la fórmula de juicio, y la libertad de defensa que se concedió al Almirante de los Reyes. «Cosa pareció esta »*absurdisima*—exclama Fr. Barto»lomé de las Casas—*descomedida y »detestable*, *juntamente miseranda »y miserable...*»

Rodolfo Cronau, en su libro titulado *América*, habla de la carta de Colón á doña Juana de la Torre, y dice: «Cuando esta carta llegó á »su destino, y los Reyes tuvieron »conocimiento de lo ocurrido, *que»dáronse altamente sorprendidos*. »Reconociendo que se habían ex»tralimitado en las medidas toma»das contra el Almirante, apresurá»ronse á demostrar al mundo que »la prisión y el aherrojamiento de »éste *se habían hecho contra sus órdenes y deseos*.» Ya antes había dicho presentando antecedentes: «Fran»cisco Bobadilla, que era el elegido, »estaba considerado por algunos de »sus contemporáneos como *hombre »de pasiones violentas*, *ambicioso* y »*rencoroso*, y por lo tanto poco á »propósito para una misión tan deli»cada é importante.»

Las consecuencias de tal maldad fueron las que debían esperarse. En el punto de conocer los Reyes el abuso cometido, quedó acordada la deposición del tristemente célebre Comendador. Encargóse á su sucesor Fr. Nicolás de Ovando que re-

parase las injusticias cometidas con el Almirante; se revocaron las disposiciones perjudiciales y abusivas que solamente con el deseo de allegar oro había dado Bobadilla... y y la divina Providencia se encargó de lo demás.

No juzgo, ni pretendo que para todos los que la consideren, tenga el mismo carácter y tanta significación como tiene para nosotros la horrible catástrofe que hundió en el mar instantáneamente al comendador Bodadilla con todo su oro, y al rebelde Francisco Roldán con muchos de los que en sus crueldades le habían seguido, y con todas las riquezas tan mal adquiridas y que habían sido causa y medio de lograr el descrédito del Almirante *sobornando* al juez pesquisidor. Muchos son los que aprecian como visible escarmiento aquel desastre, pues para unirlo con la inicua humillación que á *Colón* se impusiera, dió la coincidencia de que perecieran todos por no haber dado oídos al consejo de su víctima. Después de una agonía incalculable, de una angustia cruel, las enfurecidas olas sepultaron para siempre á los rebeldes y al Comendador. A hechos de esta naturaleza, como dice Fernán Caballero, los creyentes les llaman milagros, los descreídos casualidades.

Bien pudo D. Fernando Colón, que tan lastimado se encontraba por las injurias causadas á su padre, escribir que si hubieran llegado á España, con el oro hubieran evitado el castigo, pues por mucho que hubiera sido éste, nunca llegara, por lo tremendo y lo ejemplar, al que sufrieron sus maldades.

La memoria de Bobadilla no tiene defensa.

V

Y se han levantado mil voces, en tonos diferentes, para retraer de su mal camino á los innovadores.

El poeta D. José Lamarque, en un arranque de indignación, escribe:

Tal en umbrosa arboleda
Cuando en Mayo reina Flora,
Entre el alegre concierto
De las avecillas todas,
Se oye el zumbido del tábano
Como discordante nota.
Mas ¿ante el coro del mundo
Sus disonancias qué importan?
Así el can ladra á la luna
Cuando por Oriente asoma,
Mientras ella, entre luceros,
Se alza al zenit triunfadora (1).

Y Manuel del Palacio ha podido decir con tanta gracia como agudeza:

¡Pobre Colón! Su laurel
Autores buenos y malos
Riegan con vinagre y hiel;
Salió del puerto de Palos...
Pero vuelve á entrar en él.

(1) *Cristóbal Colón*: *Poema*, por José Lamarque de Novoa, Sevilla.—E. Barco, 1892. Tirada de 400 ejemplares que no se venden. Está dedicado á la *Sociedad Colombina Onuvense*.

Llorábamos tiempo atrás
Su prisión y su mancilla;
¡Qué tontos fuímos, Colás!
Si lo ahorcara Bobadilla
No hiciera nada de más.

Pero al llegar á este punto nos asalta un escrúpulo, nace en nuestra mente una duda... quizá hemos dado demasiada importancia y sacado de su verdadero terreno esta manifestación extraña. Tal vez Luis Vidart, que piensa y sabe, no ha querido más que hacer un alarde de ingenio, demostrar que con talento y elocuencia, con travesura y agudeza se pueden dar visos de razón á cualquier paradoja, y que no hay asunto malo cuando se sazona con las galas del ingenio; pero en todo caso no será perdido el trabajo que hemos empleado, pues algunos han podido dejarse engañar tomando por moneda de buena ley las virtudes del Comendador y los defectos del Almirante.

Nace esta sospecha de ver el giro que ha tomado el docto conferenciante del Ateneo. En galana oración expuso su pensamiento en aquella cátedra; llevóla después al periodismo político, pero por conclusión lo ha presentado en el semanario titulado *Blanco y Negro*, y hasta con caricaturas, en las que el comendador Bobadilla se bate con Peña y Goñi, y doña Beatriz Enríquez se desmaya en brazos de Cesáreo Fernández Duro.

APÉNDICE

Declaración del piloto Hernán Pérez Mateos.

Hemos citado tantas veces en el texto las respuestas dadas por este testigo á las preguntas del interrogatorio del Fiscal, y es de tanta importancia su declaración, que nos hemos resuelto á darla íntegra en este lugar, seguros de que los aficionados á los estudios colombinos han de agradecer y aprovechar el trabajo.

Es, sin duda alguna, la más importante entre las muchísimas que se recibieron á instancia de ambas partes en aquel pleito que duro tantos años. Las condiciones especiales del testigo le colocan desde luego en el primer término, porque á más de ser primo de Martín Alonso Pinzón y haber mandado un buque en la segunda expedición, como ya notamos á su tiempo; presenció casi todos los hechos que refiere, ó los oyó á las mismas personas interesadas, y da tales razones y tan justas causas á sus asertos, que desde luego merece preferente lugar.

Sus manifestaciones son verdadera historia; y tal concepto ha merecido al célebre y docto colombis-

ta, á quien también hemos citado con repetición, que dice en su notable informe leído ante la Real Academia de la Historia, bajo el título de *Colón y Pinzón:* «Repetidas »veces he recomendado al lector la »verdad que resplandece en la de»claración del octogenario piloto »Hernán Pérez Mateos, retirado en »la isla de Santo Domingo cuando fué llamado á examen.»

Con la prudencia propia de su carácter, con la calma y seguridad que traen consigo los años, rechaza suavemente todas las falacias que iban envueltas en las preguntas articuladas por el fiscal del Rey; refiere los sucesos con naturalidad, sin tratar de alterarlos por favorecer á ninguno de los litigantes, aunque era deudo cercano de los *Pinzones,* y desde que se leen sus primeras respuestas adquiere el lector la seguridad de que el testigo dice la verdad, y no pasa más allá de lo que sabe.

Además, esta declaración está comprobada en muchos de los puntos que abraza por las de otros testigos, y á la vez sirve de poderoso comprobante á las narraciones que hicieron en sus respectivas historias Fr. Bartolomé de las Casas y Gonzalo Fernández de Oviedo, que por ella se ve tuvieron informes fidedignos para lo que escribieron.

Para nosotros, en el caso presente, la declaración de Hernán Pérez Mateos, tiene el mérito inapreciable de contener detalles ciertos de la vida de *Martín Alonso Pinzón*, que son interesantísimos y en vano buscaríamos en otra parte.

Se ha copiado exactamente de la información original que se guarda en el Archivo general de Indias de Sevilla, y cotejado por el ilustrado jefe de aquel importantísimo centro el Sr. D. Carlos Jiménez Placer, cuya firma autoriza la copia.

ARCHIVO GENERAL DE INDIAS DE SEVILLA

(Patronato.—Est. 1.—Caj. 1.—Leg.° $^{5}/_{12}$.)
(Pieza 14.)

DECLARACIÓN DEL PILOTO HERNÁN PÉREZ MATEOS.

«*Testigo*.—El dicho hernan peres mateos, vecino desta çibdad de santo domingo, testigo presentado en la dicha Razon por el dicho bachiller johan carrillo e fiscal susodicho, el qual, aviendo jurado en forma de derecho e syendo preguntado por el tenor de las preguntas del dicho ynterrogatorio, dixo e depuso lo syguiente:

»A la primera pregunta dixo que conosçe e conosçio a los en ella contenidos a don cristoval colon almi-

rante que fue puede aver quarenta años antes mas que menos e a martin alonso pinçon dende que nasçió que a mas de sesenta años.

»Preguntado por las preguntas generales de la ley dixo que es de hedad de más de ochenta años e quel dicho martin alonso pinçon fue primo deste testigo e que vença este pleyto quien tuviere justicia.

»A la segunda pregunta por mi el dicho escrivano le fueron mostradas e leydas la provision e previlegio de que el dicho fiscal hiço presentacion contenidos en las preguntas como en ellas se contiene.

»A la tercera pregunta dixo que le paresçe a este testigo que se deve de guardar e mantener la palabra Real de los rreyes e que en lo demás contenido en la pregunta de que si es perjuizio o no lo conçedido a don cristoval colon o a sus herederos e subçesores por los rreyes catòlicos de gloriosa memoria este testigo no lo sabe declarar ni bien decir porque es cosa muy ardua e de mucho tomo para su juicio e que en españa ay muchos letrados de quien se puede saber lo contenido en esta pregunta.

»A la quarta pregunta dixo que dise lo que dicho ha en la pregunta antes desta en que se afirma, y que de los dapnos e ynconvinientes contenidos en esta pregunta este testigo al presente no tiene notiçia sy son en dapno de la corona Real o de los vezinos y abitantes en estas partes porque hasta agora no á visto subçeder ninguno dellos e lo que adelante fuere el Rey como señor general lo puede proveer como en cossa suya, y esto le paresçe e no sabe dezir otra cosa en esta Razon.

»A la quinta pregunta dixo que dize lo que dicho tiene en las preguntas antes desta en que se afirma e que le paresçe que sabida la verdad por personas doctas y de conçencia lo que estos tales dixesen, su magestad lo devía mandar proveer siendo en pro de su corona Real e de sus subditos vasallos, asy de los Reynos de españa como destas partes, no quitando á nadie lo suyo y esto dize en quanto a lo que toca en esta pregunta y en las demas que tiene declaradas.

»A la sexta pregunta dixo que dize lo que dicho a en las preguntas antes desta en que se afirma e que le paresçe a este testigo que es muy bien y santa cosa ser Regidos e governados por un rrey e señor y no por muchos señores y çerca desto se puede haçer lo que convenga á la corona rreal y esto dize en quanto s' alcança e no sabe mas desta pregunta.

»A la septima pregunta dixo que le paresçe que sería bien que estas partes fuesen governadas por la corona Real como al presente lo son,

e que lo demas que dize la pregunta es cosa que toca á personas de mas saber e letras que este testigo tyene, los quales podrán dezir su paresçer çerca dello, y esto le paresçe en Razon de lo contenido en esta pregunta.

»A la octava pregunta dixo que no sabe ni a oydo decir lo contenido en la pregunta hasta el día de oy.

»A la novena pregunta dixo que sabe quel dicho martin alonso pinçon era onbre de la mar conviene á saber marinero experto e sabio en el arte de navegar esto en las mares que solía aver dende napoles á ytalia e a Roma e a España e a otras partes que se corrían e navegavan agora çinquenta años, pero que no le cognosçio ni supo dél que tuviese conosçimiento en aquella sazon del mar oçeano ni destas partes de tyerra firme e que es verdad que dicho martin alonso pinçon tenía hermanos y parientes y amigos personas de bien e sabios en las navegaçiones quel dicho martin alonso sabía e que le conosçió tener en aquel tiempo un barco con que navegaba dende castilla a Roma e a portugal e a las yslas de canaria e que no le conosçió otra mas posybilidad de navíos aunque a la verdad tenía Razonable hazienda e que lo demas contenido en la pregunta este testigo no lo sabe.

»A la dezena pregunta dixo que se Refiere á lo capitulado con su magestad e que lo demas que no lo sabe ni tal a oydo hasta agora aunquel dicho martin alonso pinçon hera su primo deste testigo.

»A las onze preguntas dixo que no sabe della mas de que quando vino don cristoval colon con la merçed de la negoçiaçion para el descubrimiento destas partes tomo consygo al dicho martin alonso pinçon e a dos hermanos suyos llamados vicente yanes e francisco martin pinçon, los quales el dicho don cristoval colon traxo consygo por personas prinçipales para la navegaçion en tres navios nombrados la pinta, en la qual venia el dicho martin alonso pinçon por capitan, y el dicho francisco martin, su hermano, por maestre, y el otro navio se nombrava la niña, en el qual venia por capitan el dicho viçente yañes, y el otro navio se nombrava maria galante, en el qual venia el dicho don cristoval colon, e que los dichos navios el dicho don cristoval colon los fleto para venir á estas partes, e que esto es lo que sabe desta pregunta e no sabe otra cossa della e questo que dicho tiene este testigo lo bido e se hallo presente a todo ello.

»A la dozena pregunta dixo que dize lo que dicho a en la pregunta antes desta en que se afirma e lo demas este testigo no lo sabe.

»A la treze preguntas dixo que dize lo que dicho a en las onze preguntas en que se afirma.

»A las catorce preguntas dixo que no la sabe mas de aver oydo dezir a los dichos martin alonso pinçon e sus hermanos que vinyendo á estas partes la gente que venia en los navios, aviendo navegado muchos dias e no descubriendo tierra los que venian con el dicho don cristoval colon se querian amotinar y alçar contra el diziendo que yvan perdidos, y entonçes el dicho don cristoval colon avia dicho al dicho martin alonso pinçon lo que pasava con aquella gente, y que le paresçia que devian de hazer y quel dicho martin alonso le avia Respondido señor ahorque vuestra merçed media dozena dellos o echelos á la mar y si no se atreve yo e mis hermanos barloaremos sobrellos y lo haremos que armada que salio con mandado de tan altos prinçipes no avia de bolver atras syn buenas nuevas y que con esto todos se animaron y el dicho don cristoval colon avia dicho martin alonso con estos hidalgos ayamonos bien y andemos otros ocho dias, y si en estos no hallaremos tierra daremos otra horden en lo que devemos hazer, y desta manera navegaron otros syete dias, y sobre noche vieron fuego en una tierra que se dezia las prinçesas y agora se llama los lucayos yesto es lo que le han dicho á este testigo y lo que le contaron los dichos martin alonso y sus hermanos.

»A las quinze preguntas dixo que dize lo que dicho a en las preguntas antes desta en que se afirma e lo demas que lo non sabe.

»A la diez e seys preguntas dixo que no la sabe ni tal a oydo dezir hasta agora.

»A la diez y siete preguntas dixo que no la sabe ni tal a oydo dezir hasta agora.

»A la diez e ocho preguntas dixo que no la sabe ni tal a oydo dezir.

»A las diez e nueve preguntas dixo que a oydo dezir á muchas personas espeçialmente á los dichos martin alonso e sus hermanos quel dicho don cristoval colon avia hallado en esta ysla española muestra de oro y resgates e que con lo que avian podido aver se avian buelto a españa a hazer Relaçion de lo que les avia subçedido a los Reyes catolicos que estan en gloria e que al tiempo quel dicho martin alonso llego á vayona este testigo lo topo y le habló como a debdo y el dicho martin alonso le hizo Relaçion de todo lo que avia pasado y le dixo quel dicho don cristoval colon y el avian salido destas partes el dicho don cristoval colon de do dizen agora puerto Real y el dicho martyn alonso de puerto de gracia e que se avian juntado en la mar e con tor-

menta se avian apartado y el dicho don cristoval colon avia ydo á lysbona y el avia llegado alli que es el dicho puerto de vayona e que esto sabe desta pregunta e no otra cosa.

»A las veynte preguntas dixo que dize lo que dicho a en las preguntas antes desta en que se afirma e lo demas que lo non sabe.

»A las veynte e una preguntas dixo que no la sabe e que es verdad que este testigo a oydo dezir que pusieron nombre a un Rio que esta en esta ysla en la vanda del norte el Rio de martin alonso porque el diz que el dicho martin alonso avia llegado e entrado en el dicho Rio en el qual este testigo a estado muchas vezes e lo demas que no lo sabe.

»A las veynte e dos preguntas dixo que no sabe della mas de que buelto el dicho martin alonso a los Reynos de castilla no se juntava con el dicho don cristoval colon porque supo este testigo que le abia miedo el dicho martin alonso non sabe por que cabsa mas de que oyó decir que sy el dicho don cristoval colon pudiera prender al dicho martin alonso lo prendiera y lo llevara preso consygo á la corte e que dende á pocos dias quel dicho martin alonso llegó á la villa de palos no entrando dentro se fue a una heredad suya que está en término de moguer e allí adolesçio e estando doliente lo traxeron çiertos debdos suyos á un monasterio de franciscos que se dize la Ravida en término de palos a donde el dicho martin alonso fallesçio desta presente vida lo qual vido este testigo estando en aquella sazon en aquella tierra e lo demas que no lo sabe.

»A las veynte e tres preguntas dixo la sabe como en ella se contiene preguntado como la sabe dixo que porque este testigo a visto lo en ella contenido y es debdo del dicho juan martin pinçon hijo del dicho martin alonso e que lo vido nasçer e criar en su casa como su fijo lejítimo lo qual es muy público e notorio en la dicha villa de palos y en otras partes donde tienen dellos notiçia e conosçimiento.

»A las veynte e quatro preguntas dixo que lo que sabe desta pregunta es que este testigo bino con el dicho don cristoval colon por su piloto el segundo viaje que hizo á estas partes y en el dicho segundo viaje el dicho don cristoval colon con su yndustria descubrió las yslas en las preguntas contenidas y este testigo las ayudo á descubrir como su piloto y esto sabe destas preguntas y es la verdad y lo demas que no lo sabe.

»A las veinte e çinco preguntas dixo que no la sabe e que dicho don cristoval colon descubrió las par-

tes en la pregunta contenidas yendo este testigo por su piloto.

»A las veynte e seys preguntas dixo que dize lo que dicho a en la pregunta antes desta e que quando el dicho don cristoval colon descubrió las partes e yslas contenidas en la pregunta dende a çierto tiempo vinieron por allí otras personas que venían con cargos de los Reyes católicos é no sabe otra cosa.

»A las veynte e siete preguntas dixo que no la sabe mas de que cree que dicho don cristoval colon y despues don diego colón su hijo e don luis colon su nieto, almirante que agora es an llevado aquella parte de que su magestad y los Reyes catolicos le hizieron merced, y assi lo a oydo dezir publicamente y que se Remite a los libros de su magestad.

»A las veynte e ocho preguntas dixo que dize lo que dicho a en que se afirma e que deste caso esto es lo que sabe y la verdad para el juramento que hizo e no firmo porque dixo que no sabia escrevir e dixo que por que antes de agora tiene dicho su dicho en Razon de lo contenido en las preguntas deste ynterrogatorio que se Remite a lo que asy tiene dicho en todo ello e lo demas no lo sabe.

Es copia literal del documento á que se refiere, existente en este Archivo.—C. Jiménez Placer.

José M. Asensio.

LAS MISERIAS DE UN DIOS EN EL SIGLO XIX

Enrique Heine, según su correspondencia.

I

Allá por el año 20 fué cuando Enrique Heine se reconoció dios por la gracia de Hegel, y por cierto con inmensa compañía. Hubo por entonces en Alemania una verdadera promoción en masa de candidatos á la divinidad.

¿En rigor no sería más conveniente quedarse reducido á la categoría de simple mortal, si el ascenso á la categoría divina no nos ha de eximir de algunas de esas miserias que el pobre dios terrestre arrostra al través de sus sueños olímpicos? Esta pregunta me he hecho yo leyendo la correspondencia de Enrique Heine, pregunta que dejo á mis lectores el cuidado de responder por mí.

Recuerdo todavía, como si fuese ayer, la sensación que experimenté hace ya bastante tiempo, cuando tuve conocimiento con este extraordinario espíritu, el más francés entre sus compatriotas, cualidad que nuestra fatuidad nacional ha traducido de este modo: «el más *espiritual* de los escritores alemanes».

Fué aquello una impresión de asombro, un deslumbramiento mezclado de cierta especie de vaga inquietud como la que se experimenta en presencia de un enigma. En las cartas públicas acerca de Francia, de Alemania, de Lutecia, me presentaron por primera vez esa frase centelleante, esa firma aguda, esa ironía que á cada paso recuerda á Voltaire por la facilidad, la ligereza, la gracia picante y salada (la de una abispa ática ó parisiense), á todo lo cual hay que añadir cierto humorismo, algo de fantástico y hasta no sé qué acento de tristeza en la cual

parece fundirse la burla del excéptico. Puede decirse que se me reveló un Voltaire humorista, triste algunas veces hasta el lirismo. Esta doble y contradictoria impresión fué aumentando á medida que entraba en mayor intimidad con el poeta, á causa de la lectura del *libro de los cantos* ó de los Reisebildes, en que brillan en plena luz sus caprichos y sus violencias, sus más desesperadas burlas, sus más altas intuiciones, todas las pasiones de su vida y sus inspiraciones confundidas y mezcladas. Comencé á comprender el problema que ofrece esta extraña figura, en la que se han reunido los más opuestos elementos para comunicar á una misma fisonomía trazas contradictorias: un poeta ingerto en un excéptico; el espíritu más aguzado, el más desnudo de ilusiones, el más desengañado de sí mismo y de los otros y en ocasiones el más escéptico se mezclan y entrelaza con tal poder de lirismo, que en ciertos momentos de alto vuelo y de mucho remontarse llega hasta las más altas cimas, álzase sobre Schiller, iguala á Gœthe; y por debajo de todas estas contradicciones, una sinceridad de carácter que los encadena en una especie de unidad y funde todas estas disonancias en una viva armonía que el arte *antes de él* jamás pudo conseguir, obra reservada á la naturaleza, artista supremo.

Tales contradicciones, y aun el enigma que con ellos va aparejado, ofrecen á nuestra imaginación irresistible atractivo. Los nombres de Byron y de Alfredo de Musset vienen á la memoria cuando se considera con alguna atención la fisonomía de Enrique Heine. Y aunque es cierto que las diferencias que los separan saltan á la vista, existe en estos tres poetas no sé qué aire de familia, qué misterioso parentesco que los une al través de las más diversas situaciones, á pesar de la oposición radical de costumbres, de hábitos, de clima moral, bajo cuya influencia ha vivido cada uno de ellos. Tienen los tres el singular privilegio de atraer al espíritu inquietándole. Ningún otro poeta de nuestro siglo ha poseído el don de excitar con más vivas simpatías curiosidad más apasionada. Habrá podido haber mayores espíritus, pero jamás han existido en el mismo grado los elegidos de las imaginaciones.

Esto tiene explicación. Los genios tranquilos y ordenados en la belleza plástica de su arte, los grandes espíritus, tales como Gœthe, en la placidez de su vigorosa salud intelectual y de su equilibrio moral, se imponen á nuestra admiración desde altura demasiado elevada. Su

vida parece una obra de arte que ellos mismos gobiernan y crean, sometida, como sus otras obras, á las leyes de lo bello, y cuya razón estética regula todo su armonioso desarrollo. Se nos revelan como semidioses extraños y superiores á las vacilaciones de la naturaleza humana. Tal manera de apreciarlos es á menudo una ilusión de perspectiva; pero es universal y rechaza curiosidades de imaginación que se dirigen más voluntariamente hacia todo aquello que está menos cerca de la perfección estética, hacia lo más irregular pero más humano. Esas curiosidades parece como que se precipitan hacia esos talentos inquietos formados por el excepticismo, por aspiraciones vagas, por sufrimientos demasiado reales, superiores á la humanidad desde ciertos puntos de vista, pero profundamente humanos por el capricho, por la contradicción, por sus angustias, de los cuales parece sentirse el eco al través de su pasión turbada y turbadora. ¿Se quiere saber el secreto de esas almas, el misterio de sus orígenes? ¿Se quiere investigar hasta en sus últimos pliegues esos corazones, de los cuales parte la nota descarnada que retiembla hasta entre los raptos de su risa?

Con viva curiosidad abrieron todos los lectores de los Reisebildes, los libros póstumos que han aparecido en la edición francesa de las obras de Heine. En rigor, todos estos volúmenes son nuevos en Francia. Tres de ellos contienen una correspondencia inédita que comprende desde el año 1820 hasta el de 1855; los otros dos tienen títulos de pura fantasía: *De todo un poco* y *De Inglaterra*, presentando ante nuestros ojos trozos humorísticos y fragmentos de crítica literaria, esparcidos en multitud de periódicos alemanes, olvidados ó muertos largo tiempo ha. *La Correspondencia* ha sido traducida con sumo cuidado; el prefacio y las notas delatan en el incógnito muy bien guardado del traductor, una experiencia, una seguridad de informaciones literarias al mismo tiempo que un sentimiento tan elevado de las cosas del espíritu, que hacen lamentar que esta edición de las obras completas del poeta, no vaya acompañada de un estudio que una mano tan hábil hubiese podido hacer de una manera definitiva. Hubiese sido una estatua digna del monumento.

Para abrir con verdadera ansiedad esta correspondencia, basta con haber quitado en alguno de sus poemas el acre placer que se desprende de la ironía lírica de Heine. Después de esto no puede sentirse

indiferencia hacia el poeta. Muchas personas tendrán acaso dificultad en sobreponerse á la sensación extraña que al lector hacen experimentar estas cartas demasiado reales, ó para hablar en el lenguaje moderno, demasiado realistas. La primera impresión es triste. Se siente el lector desencantado cuando ve las preocupaciones habituales del poeta, aquellas que se expresan en su correspondencia diaria con una naturalidad casi dolorosa. Apenas si son preocupaciones de idea; aunque se presentan de tiempo en tiempo, desaparecen generalmente bajo el tumulto de intereses divinos pero muy positivos; inquietudes de dinero, dificultad de vivir, contrariedades de la lucha, heridas de una vanidad desesperada. Es el cuadro de la conciencia de un poeta, irritada por la vida que nos sorprende en toda su triste desnudez. ¡Feliz el poeta que se describe con complacencia para que lo contemple la posteridad y que se muestra á nosotros en el retrato que le acomoda ofrecernos! En este caso, el alejamiento no perjudica al efecto. La perspectiva bien elegida idealiza las cosas. Gœthe la ha sentido á maravilla y nos la hace sentir finamente, titulando sus poesías *Poesía y verdad*. Verdad sin duda; pero mostrada á distancia desde el punto de vista que él mismo ha fijado con el prestigio del arte que él elige y del cual dispone. Es la verdad de su vida pero no la exacta y desnuda realidad. Hay allí una especie de nube que se descubrirá fácilmente si se coteja el fragmento espléndido y encantador de Enrique Heine titulado *Confesión de un poeta*, y que es un capítulo de su vida ligeramente idealizado, con esa correspondencia demasiado sincera privada del rayo que da color á las cosas y haciendo la realidad más tierna y más transfigurada.

Tal y como es esta correspondencia tiene gran valor á nuestros ojos. Ella esclarece la vida y el corazón del poeta hasta en sus más ondas profundidades, y si todo lo que se descubre no es lo que se deseaba ver, tiene para el lector al menos la ventaja, algunas veces bastante triste, de no ser engañado y de sentir que no pudo serlo. Desgraciadamente, la correspondencia publicada comienza demasiado tarde y acaba demasiado tarde también. Empieza en 1820 cuando tenía el poeta veintiún años, y acaba en 1855, muy poco tiempo antes de su muerte. Pero los últimos años están llenos de detalles relativos á sus negocios literarios, pedidos de artículos, gracias dadas por ellos y también de asuntos de dinero. En cambio hay muy pocas cartas de esas verdaderamente íntimas y psicológicas en

las cuales se revela el hombre verdadero.

De los veinte primeros años de su vida, sólo podríamos tener conocimiento por las Memorias escritas también por el poeta y de las cuales el manuscrito está en poder de su familia (1). Si estas Memorias se publicasen alguna vez se podrán saber entonces con exactitud los orígenes, los impulsos primitivos de esa naturaleza original, las raíces más secretas y más delicadas de las pasiones que más tarde debían hacer explosión, agitando exteriormente la vida del poeta, llenándola de fracasos y cubriéndola de polvo y de ruinas. En tanto que ese manuscrito llega á ser conocido, se puede, con ayuda de su correspondencia, adivinar ó presentar muchas cosas acerca de las primeras experiencias de esa vida agitada por conmovedores azares, sin dirección fija y sin otro contrapeso moral que el alma móvil y la exaltada sensibilidad de un poeta.

De todos modos, si se prescinde de las encantadas horas y de los divinos placeres del arte, que son siempre magníficas compensaciones en el hombre menos afortunado, pocas existencias hay tan desgraciadas como la suya, disputada penosamente á los prejuicios de familia y de raza, mal gobernada, errante durante largo tiempo al través de Alemania, fijada últimamente en París, en donde la enfermedad le esperaba y apenas si le dió, antes de herirle mortalmente, el reposo de unos cuantos años tranquilos. *La Correspondencia* nos le presenta en la universidad de Gotinga componiendo sus tragedias románticas *Almanzor* y *Rotchiff*, asistiendo con poco cuidado al curso de derecho, medio en lucha con su familia que le había destinado al comercio y que veía con disgusto que hubiera emprendido otra carrera. Desde allí se le ve, á continuación, según lo muestran sus cartas, en los diferentes lugares á donde le llevan la movilidad de sus esperanzas ó el capricho de sus cóleras: tan pronto en Berlín como en Lussemburgo, en la humilde casa de su padre, ó en Hamburgo donde residía una parte de su familia, y particularmente su tío Salomón Heine, famoso banquero, tan á menudo maldecido y tantas veces celebrado en *La Correspondencia*, según sus envíos de dinero ó sus negativas á enviarlo. Algunas temporadas en los baños de mar en una islita del Norte, en Heligoland; más tarde una tentativa de aclimatación en la capital de la Alemania católica, en Munich; excursiones luego á Italia

(1) En el próximo número de LA ESPAÑA MODERNA verán la luz estas Memorias.

y á Londres, mostrándose siempre el humor inquieto del poeta, la dificultad que sentía de permanecer en todas partes hasta el día en que la violencia de sus enfadosas polémicas con el conde de Platem le hizo, no sólo difícil, sino imposible la estancia en la patria alemana. Desde entonces vivió en París, donde permaneció durante los veinticinco últimos años de su vida, salvo algunos meses que empleó en un viaje á Alemania en el año de 1843. Emprendió este viaje en un acceso de nostalgia, *un mal incurable*, decía, *que se le había metido en el corazón*. Pero otro mal aún más incurable era el que atormentaba su alma: el odio literario. El le inspiró, con ocasión de este viaje, aquella, sátira la más violenta que compuso, *El cuento de una noche de invierno*, la cual acabó de concitar contra él el espíritu público de Alemania y de cerrar toda esperanza de vuelta á su país natal.

A partir de esta genialidad no volvió á salir de Francia. Mas ya se había apoderado de él aquella enfermedad que no debía concederle descanso, y contra la cual sólo el poeta pudo socorrer al hombre. Todavía brotaron brillantes estrofas en medio de intolerables sufrimientos. En la butaca en que le clavaba el dolor, rodeado de unos pocos amigos, visitado por algunos compatriotas, siempre desconfiando de la implacable ironía del poeta, su imaginación tan pronto se exaltaba hasta una especie de impiedad titánica, de la cual salían gritos de protesta y de odio, como se agitaba á impulso de inspiraciones más altas, de una originalidad suprema, creando en torno suyo un mundo imaginario, un maravilloso país de leyendas en que evocaba los tipos de los héroes ó de los dioses desaparecidos; durante las evocaciones de su arte cesaba de sufrir. Así iba poniéndose lentamente en medio de la admiración más bien que de la simpatía pública. Esta admiración suma pasó en Francia de un sentimiento bastante particular, contenida en límites estrechos, fuera de los cuales Enrique Heine era casi un desconocido en su patria adoptiva. Nunca fué popular, ni aun en París, donde solamente los literatos, los *dilettanti* del *sprit* y de la poesía leían con avidez cada nueva obra que se escapaba de la agonía del poeta. ¡Qué de esfuerzos le fueron necesarios para aclimatar su gloria en Francia! Había adoptado muchas de nuestras ideas y de nuestros gustos; había adoptado nuestra lengua, que manejaba con verdadera superioridad mezclada de encanto; y sin embargo, resultaba extranjero entre los franceses. Los sufragios fervientes y discretos de algu-

nas amistades escogidas que fueron fieles á su memoria, como le fueron en vida; los elogios interesantes de algunos críticos, no podían compensar el rumor de la gloria tan dulce en los oídos de los poetas. Enrique Heine no se engañaba; de esto sin duda nacieron sus fracasos terribles y sus espléndidas invectivas contra algunos de nuestros más populares escritores. Cuando murió, en 1856, apenas si la muerte de uno de los más grandes poetas del siglo produjo sensación en los salones y en los círculos literarios; no fué siquiera un incidente en la vida de los bulevares parisienses, en donde el poeta había sentido tan finamente y muchas veces expresó en rasgos vivísimos el encanto mal sano y el desvanecimiento embriagador. El ataúd donde eran llevados al cementerio de Montmartre los restos mortales de aquel hombre privilegiado, pasó por en medio de una multitud indiferente. ¡Injusto olvido pero terrible expiación de una vanidad exagerada y de un prodigioso talento, despenado, comprometido, impulsado por mezquinas pasiones!

En el largo período que abraza *La Correspondencia*, en las conversaciones cotidianas del poeta con sus amigos y editores y aun al través de los negocios, se descubren dos ó tres rasgos de su carácter que nos ayudan á comprender algunas agitaciones del poeta y de las direcciones, sin esto inexplicables, que dió á su talento. Parece que Heine adivinó el uso que se podía hacer algún día de sus confesiones y que había tenido buen cuidado de ponerse en guardia contra las averiguaciones é interpretaciones de la crítica. «Una cosa me heriría dolorosamente,—escribía á su amigo Immerman en 1823;—que se quisiese explicar el espíritu de mis poesías por la historia del autor. Me he sentido mortalmente ofendido al leer ayer una carta en que alguno de mis conocidos, por medio de anécdotas recogidas aquí y allá, quería reconstruir toda mi naturaleza poética y dejaba caer sus odiosas expresiones: *Impresiones de la vida*, *posición política, religión,* etc. Aunque sea fácil sacar de la historia de un poeta el comentario de sus obras, de probar que, en efecto, á menudo la posición política, la religión, los odios privados, los prejuicios y circunstancias de toda especie han influido en sus poesías, son todas ellas cosas de que debe hacerse mención, sobre todo en lo que el escritor vive. En cierto modo se desflora su poesía, se le arranca su velo misterioso, demostrando la realidad de todas esas influencias, y si esta exegesis refinada es falsa, se desfigura esa misma poesía.» La crítica no

puede detenerse ante esta protesta. Cuando tiene en sus manos alguna de las causas que han contribuido á dar á un poeta su carácter particular y su acento personal, no puede, por un escrúpulo exagerado, privarse de las explicaciones precisas que aquella le reporta. Después de todo, quizá ganará algo Enrique Heine con semejantes investigaciones de la crítica. Explicar sus arrebatos, esas violencias, esas fugas desafinadas, es excusarlas en cierto modo. Es por lo menos, en algunas graves ocasiones, presentar las circunstancias atenuantes. Alguna de sus sátiras. empapadas de odio y respirando venganza, sería imposible de comprender, si no se recordasen ciertas circunstancias de la vida del poeta, de aquellas crisis que agitaban su débil máquina y durante las que la enfermedad nerviosa ocupaba el punto de la inspiración.

En casi todas sus cartas aparece el sufrimiento físico, y á menudo con una gran intensidad. Trataba algunas veces de sonreir, pero ¡cuán tristes sus sonrisas! «He sufrido mucho en este detestable invierno *ultra*, en que todo hombre honrado y liberal ha estado enfermo; me siento, sin embargo, mejor, aun después de haber sido atormentado durante un mes por las sanguijuelas, las cantáridas, los farmacéuticos y los amigos compasivos. He escupido mucha sangre, y como sé por la historia de la literatura, lo que esto significa para los versificadores, he estado muy inquieto, y en medio de mis angustias me he prohibido severamente todo sentimiento poético, y aún más todavía, todo trabajo relacionado con la poesía. He concluido para la poesía cuando aquello sucede, mas espero, sin embargo, vivir largo tiempo en prosa.» (Carta de 27 de Febrero de 1830, á M. de Varnhagen.) En el año 1823, cuando apesnas contaba veinticuatro escribía: «Si Dios me da salud, de lo demás yo me encargo.» grito que recuerda el de Ajax. «*Dános, Júpiter, la luz y combate contra nosotros.*»

Lá luz, es decir, la salud, jamás fué concedida al poeta; cada una de sus cartas nos hace asistir á un progreso de su enfermedad, que poco á poco fué apoderándose de sus nervios y á ciertas horas le hacía padecer horriblemente. ¡Qué de lamentos parecen sonar en estas cartas y resuenan en nuestros oídos! Aquel estado morboso crónico y á la vez agudo, no podía ser soportado más que por un héroe ó por un santo. ¿Podemos. pues, asombrarnos de que tantos sufrimientos agriasen el humor de un hombre que nada de héroe ni de santo tenía? Valiéndonos de una imagen, diremos que todas las furias juntas se

agitaban en aquel pobre cerebro enloquecido por el dolor.

Otra de las cosas que amargaban cruelmente su vida, era aquella que los griegos representaban bajo la forma de una diosa tristísima: *Penia*, la pobreza. A este espíritu movible, arrebatado siempre por la pasión del momento, que se gozaba en desatender sus relaciones, nada le salía bien. Intentó acometer varias carreras, pero sin energía ni constancia. Todo lo intentó: el derecho, el foro, la redacción de algunos periódicos alemanes. Sus ensayos no fueron más que juegos. El trabajo regular, seguido, toda disciplina de vida ó de idea, le eran insoportables. Una especie de fiereza intermitente le alejaba algunas veces durante años enteros del apoyo que sin esfuerzo hubiera encontrado en una familia opulenta. En los intervalos se dedicaba á los expedientes, y su *destreza literaria*, según él la llama, ocupa tanto lugar en sus cartas como la destreza física. Su correspondencia está llena de esa triste necesidad de dinero, una de las más prosaicas, y bajo la cual la inspiración suele languidecer y sucumbir. Llenas están sus cartas de querellas con los editores, de proposiciones aceptadas ó rehusadas, discusiones fatigosas de interés, himnos de inmoderado entusiasmo en honor de Julio Campe cuando el librero de Hamburgo le permite girar contra él una letra de cambio, injurias y furores del género cómico más acentuado cuando es protestada dicha letra ó cuando surge alguna dificultad para la publicación de un libro del que el poeta espera con impaciencia la remuneración. «¡La vida no tiene espera!—responde el pobre autor—me hace falta mi dinero.»

Tal era aquella existencia combatida por los sufrimientos y las privaciones, perturbada por los ataques nerviosos, que al cabo habían de extinguirla, en lucha con la continua preocupación de las cuestiones naturales y con las desconfianzas y con todas las suposiciones que este género de preocupación inspira. «Mi seguridad personal, mi porvenir están comprometidos; por todas partes me cortan los víveres.» Su imaginación no se daba un punto de reposo: todo lo que le acontecía eran manejos secretos, intrigas, cábalas de todas especies. Creíase el objeto de perseguidores encarnizados. Llega, por último, á un estado violento que la enfermedad sostiene y agrava. El mal moral se redobla con el mal físico y mútuamente se comunican cada vez nuevas fuerzas.

Estas, sin embargo, no son más que causas exteriores, accidentales

las más, como la pobreza, las otras materiales, como la enfermedad. Hay algunas que *La Correspondencia* nos revela más interiores, más profundas, que más bien se refieren al alma que al temperamento del poeta. En estas es en las que debemos penetrar.

ENRIQUE HEINE.

(Se continuará.)

ROLA

POEMA DE A. DE MUSSET

I

¿Recordáis con pesar el tiempo hermoso
en que alegres andaban por el mundo
los dioses del Olimpo fabuloso?
¿En que Venus salió del mar profundo
y sonrosada con pudores bellos
las perlas de su madre destilaba,
á la vez que los campos fecundaba
al exprimir sus húmedos cabellos?
¿En que las verdes náyades lascivas,
meciéndose en las plantas de los lagos,
lograban con sus risas fugitivas
que los faunos buscasen sus halagos
saliendo de las selvas primitivas?
¿En que las claras fuentes, de improviso,
temblaban con los besos de Narciso?
¿En que Hércules, ciñendo
su roja piel de león ensangrentada,
iba de Norte á Sur, en lucha osada,
la divina justicia repartiendo?
¿En que los viejos sátiros burlones
por las ramas vecinas
trepaban de las fértiles encinas
y del pastor silbaban las canciones?
¿En que todo en la tierra

era divino, hasta el dolor humano?
¿En que se daba un culto soberano
á lo que hoy muere en implacable guerra?
¿En que mostraba el mundo en su apogeo
cuatro mil dioses, sin haber tenido
ni siquiera un ateo,
y hubiese el orbe sido
feliz, sin el dolor de Prometeo
hermano de Satán, y como él, reo,
al báratro caído?
¿Y más tarde, cuando una
transformación completa
dispuso la fortuna
en el cielo y el hombre y el planeta,
y vió el mundo su cuna
convertida en osario,
y la furiosa tempestad del Norte
cayó de Roma en la podrida corte,
sirviendo á su cadáver de sudario?

¿Recordáis con pesar la edad aquella
en que de un siglo bárbaro y medroso
brotó un siglo radioso
que fecundó la inspiración más bella?
¿En que rompió cual Lázaro viviente
el caduco universo
la losa de su tumba con su frente?
¿En que antiguas leyendas
con las alas auríferas del verso
nos transportaban por divinas sendas?
¿En que las artes de soberbia hechura
vestían de igual modo
el manto virginal de la fe pura?
¿En que Jesús lo reanimaba todo
con extender la mano? ¿En que el palacio
de rey y del presbítero la ermita,
ostentando á la par la cruz bendita,
desde el monte elevábanse al espacio?
¿En que las imponentes catedrales
de Estrasburgo y París, Colonia y Roma,

majestuosas rivales,
hincadas de rodillas
y envueltas del incienso en el aroma
bajo su espeso manto de granito,
al ver un nuevo siglo en sus dinteles
en el órgano inmenso de los fieles
levantaban su hosanna al infinito?
¿En que viéronse tantas maravillas
como la historia ha escrito?
¿En que sus brazos de marfil labrado
el crucifijo inmóvil extendia
sobre el altar sagrado?
¿En que la vida juvenil corría
mientras la muerte descansaba á un lado?

¡Oh, Cristo! Yo no soy de los que llegan
con inquietud al templo solitario
y á la oración se entregan:
no soy de los que van á tu Calvario
y entre golpes de pecho repetidos
posán sus labios en tus piés heridos.
Yo en el pórtico estoy, mientras devota
reza tu grey bajo la extensa nave
y al son del canto místico que flota,
inclina con pavor su frente grave,
como la miés que el vendaval azota.
Cristo, no creo en tu palabra santa:
vine muy tarde á un mundo muy gastado:
este siglo sin fe mueve su planta
detrás de un siglo que apuró el hastío
y hoy el cielo han dejado
los cometas flamígeros vacíos.
Ahora en las sombras el error pasea
los vanos mundos que el delirio crea:
la antigua edad destruye sus cimientos
y echa al eterno foso
de tus ángeles rotos los fragmentos;
los clavos de tu Gólgotha afrentoso
sostenerte no pueden;
de tu sepulcro bajo el peso ceden

las capas de la tierra; está el encanto
de tu gloria perdido
y de la Cruz caído
yace en el polvo tu cadáver santo.

Pues bien, dejad que intente
besar el polvo el más indiferente
que en este siglo de impiedad vió el día,
y que riegue, ¡oh Jesús!, la tierra fría
que vive de tu muerte
y que lejos de ti se moriría.
Mas, ¡oh Dios!, ¿hay alguno, por ventura,
que á reanimarla acierte?
Si antes la fecundó tu sangre pura,
¿quién, ¡oh Señor!, te imitará de lejos?
¿Quién otra nueva juventud procura
á los que ayer nacidos somos viejos?

Viejos como la fecha en que naciste.
Hoy, para todos, la esperanza ha muerto,
y por segunda vez el mundo triste
vé que en su ancho sarcófago subsiste
el cadáver de Lázaro, aún más yerto.
¿Dónde está el Salvador que abra las tumbas?
¿Dónde San Pablo, cuyo idioma ignoto
Roma escuchó como divino oráculo,
asida al filo de su manto roto?
¿Dónde existe el Cenáculo?
¿Dónde las Catacumbas?
¿Qué frente baña con su luz serena
la aureola que antes irradió á su paso?
¿Qué piés la Magdalena
unge con los perfumes de su vaso?
¿Qué lengua celestial llega á escucharse?
¿Quién de nosotros con su aliento escaso
en Dios puede cambiarse?
La tierra vieja, degradada, inmunda,
mueve inquieta la frente y se exaspera
con el dolor de aquella moribunda
que al ver á Juan llegar á la ribera

y su palabra percibir distinta,
le agitó el goce indefinible y hondo
de la mujer en cinta,
y un nuevo mundo palpitó en su fondo.
Llegó otra vez su turno
á los días de Claudio y de Tiberio;
como al fin del imperio,
todo sucumbe de vejez ahora
y se bebe Saturno
la sangre de los hijos que devora.
Y la humana esperanza,
esa madre que á tantos ha nutrido,
con el seno exprimido,
viéndose estéril, su reposo alcanza.

II

De todos los perdidos con que cuenta
la capital del mundo,
en la que más la corrupción se ostenta
y el vicio es más antiguo y más fecundo,
es decir, en París, el más perdido
era Jacobo Rola. En las tabernas,
donde estaba metido
entre la luz de pálidas linternas,
ningún otro granuja tanto apego
mostró, puestos los codos
sobre una mesa de consumo ó fuego.
Nunca ocupóse de su vida, y todos
sus actos las pasiones gobernaban,
dejándolas correr á su albedrío,
como el pastor contempla en el sosiego
pasar el agua del sonante río.
Libres y placenteras,
como á un mesón, para comer, llegaban
á su cuerpo esas pálidas viajeras;
ó bien se presentaban

para asaltar una pared ó un lecho;
ó en las densas tinieblas se buscaban
para rasgarse el pecho,
como ciervos ó bravos gladiadores;
ó bien para cantar y embelesarse,
cual pájaros que vienen á juntarse
si la tormenta brama,
bastando á sus prolíficos amores
la punta de la rama
de algún arbusto al entreabrir sus flores.

Su padre fué un hidalgo majadero
qué por costosa senda lo condujo,
como á un rico heredero,
y en fomentar su pretencioso lujo
derrochó la mitad de su dinero.
Así es, que apenas tuvo diez y nueve
años, en una noche deliciosa,
dueño de sus acciones, se halló en breve
sin capital ni profesión honrosa.
Ningún oficio le era soportable;
un ganapán ó asalariado mozo
le causaba una risa inexplicable,
y aunque vió su fortuna consumida,
con invariable gozo
siguió haciendo de un príncipe la vida.

Cuéntase que una tarde se halló Alcides
cansado de sus lides
y sentóse en la unión de dos caminos;
llegó el Placer tendiéndole la mano,
pero vió á la Virtud y marchó ufano
detrás de sus encantos peregrinos.
Hoy miramos en frente
el bien y el mal con aire indiferente;
y no es que dude el siglo fatigado,
es que del tiempo la voraz corriente
nada, entre ambos senderos, ha dejado.

A los veinte años, lleno de energías,

siguió el hijo los mismos derroteros
del autor de sus días;
y así como se ve en las cercanías
de una gran capital los mataderos,
panteones y murallas,
apenas alguien entra
en sociedad, encuentra
sus cloacas; las vírgenes esconden
sus gracias puras tras espesas vallas;
ocúltase el pudor con artificio,
y besándose, al sol, se corresponden
la obscenidad y el vicio.
¡Ay! ¡los hombres no admiten en su seno
mas que al infame que templó en el cieno
la hoja brillante de la férrea espada
que para combatir el odio ajeno
por Dios le fué entregada!

Era Jacobo audaz, noble, soberbio;
mostraba repugnancia á la costumbre
que convierte la vida en un proverbio,
y ya sintiese gozo ó pesadumbre
nunca por ella se rigió en sus actos,
y el valor y el orgullo sin rivales
mantuvieron sus ídolos intactos.
Cogió tres bolsas de oro, con las cuales
vivió tres años, sin pensar en leyes,
y ningún hombre que en la tierra anduvo
mayor desprecio tuvo
á los pueblos lo mismo que á los reyes.
En el gran carnaval de la existencia
gritando y sin disfraz aparecía
y como el áureo manto de Alcibiades,
con real magnificencia
su orgullo se extendía
del palacio al arroyo, en las ciudades.
Nadie ignoraba el plazo de tres años
que á su vida fijó, ni que agotaba
su patrimonio. El mundo contemplaba
sonriendo sus propósitos extraños

y él iba publicando de igual modo
que moriría al consumirlo todo.
De generoso corazón, sencillo
como la infancia, á la piedad sensible
y á la esperanza abierto, con el brillo
de su existencia no creyó posible
su ruina ver, é impropia de su talla
ciñóse una armadura que podría
sin peligro cercano
servir un solo día de batalla,
que fué breve cual noche de verano.

Cuando cruza el desierto la salvaje
yegua y tres días anhelante pasa,
sólo espera beber el agua escasa
que eche la tempestad entre el ramaje
de las secas palmeras,
que bajo un sol de plomo derretido
y envueltas en el aire enardecido
pliegan sus empolvadas cabelleras.
Busca de su cisterna los raudales
ya secos por el sol y oye los sones
con que roncan los leones
tendidos en los agrios peñascales:
su débil paso afloja;
sepulta la nariz ensangrentada
en la arena, que bebe alborotada
aquella sangre sin color que arroja,
y échase al fin; después los ojos cierra,
y el pálido desierto
extiende, apenas ve que su hija ha muerto,
el manto polvoroso en que la entierra.
No sospechó al mirar las caravanas
bajo los verdes plátanos cruzando,
que dócil caminando
tras las camellas que de andar no cesan,
obtendría en Bagdad hierbas lozadas,
cuadras frescas, arneses relucientes
y pozos cuyo fondo no atraviesan
ni los rayos del sol resplandecientes.

Si á todos hizo Dios con igual barro,
no hay duda alguna que con otra clase
de arcilla y disponiendo la secase
un rojo sol bizarro,
formó á ese ser, que al desplegar al cielo
de golondrina ó de águila el plumaje,
ni el cuello dobla, ni refrena el vuelo,
siendo su único anhelo
la libertad salvaje.

III

¿Es una estatua de alabastro ó nieve
lo que ilumina con su rayo leve
esa lámpara de oro suspendida,
bañándola en los trémulos reflejos
de la azul colgadura descorrida?
No: la nieve y el mármol están lejos
de tener su blancura:
es una niña, una beldad dormida.
Por su entreabierta boca, dulce y lento
se desliza un suspiro
más tenue que el aliento
de las algas del mar cuando murmura
el céfiro nocturno en vago giro
y plegando sus alas con los besos
de las amantes flores que le aguardan,
en sus labios con mudos embelesos
bebe las perlas que en su cáliz guardan.

Es una niña que en su blando lecho
reposa entre tupidos pabellones:
los quince abriles de su edad no han hecho
desarrollarse aún sus perfecciones;
el querubín que la protege duda
si es su hermana ó su amante;

su cabellera espléndida y flotante
cubre su tez desnuda,
pudiendo entre sus dedos distinguirse
la cruz de su collar, y adivinarse
que se puso á rezar para dormirse
y que lo hará también al despertarse.

Vedla: ¡cuán dulce y cándida es su frente!
Como la leche pura
disuelta en clara fuente,
Dios extendió el pudor en su hermosura;
y mientras duerme en desnudez graciosa,
sobre su corazón la mano posa.
¿No es cierto que aún más bella
aparece en la noche silenciosa,
vibrando en torno de ella
la tenue luz con inefable encanto,
cual si el ángel nocturno se acercase
y trémulo agitase
sobre su seno mórbido su manto?

Nunca ¡oh virgen! el paso imperceptible
del sacerdote en las sagradas naves
produjo una emoción tan indecible
como el rumor de tus suspiros suaves.
Ved la alcoba que habita,
el azahar que inciensa el mobiliario,
esos libros, aquel devocionario,
esa rama bendita
que puesta sobre antiguo crucifijo
llorando se marchita.
¿Quién no piensa, de fijo,
ver la rueca que usaba Margarita
en ese edén angelical? ¿No copia
lo que hay más puro, el sueño de la infancia?
¿No es un escudo la hermosura propia?
¿Y el amor que una virgen nos inspira
no es un éxtasis santo y misterioso
como el amor al cielo,
y si alguien llega á traspasar su estancia,

en el aire que aspira
no oye agitarse el vuelo
del serafín glorioso
que la custodia con ardiente celo?

¿Quién es esa mujer, niña adorada,
que vela en torno tuyo y sin sosiego
dirige la mirada
hacia el reloj ó el fuego?
¿Qué espera en la alta noche? Si es tu madre,
¿á quién va á abrir la puerta,
no haciéndolo á tu padre,
que ha tiempo duerme en sepultura yerta?
¿Para quién se previene
la mesa con botellas abundantes
y platos humeantes
que ella sirve en persona?
¿A qué encender las lámparas? ¿quién viene?
A ti, niña gentil, que al acostarte
ciñe tus sienes púdica corona,
no vendrá ningún hombre á visitarte.
No: tus sueños son puros como el día
y no tienen malicia para hablarte
de amores todavía.
Mas á aquella mujer miro que extiende,
para enjugarlo, al fuego, un sobretodo
cubierto de agua y lodo,
el cual, por su tamaño, se comprende
que es el tuyo, María; saturados
tus cabellos están por el rocío;
tus manos y tu rostro amoratados
por el viento y el frío...
¿A dónde en noche tan lluviosa y cruda
condujeron tus pasos delicados?
¡Ah, no es tu madre esa mujer, sin duda!

¡Escuchad! Con alegre desenfreno
empujan varias jóvenes la puerta:
otras, desnudo el seno,
los rizos sueltos y la marcha incierta

vienen por los estrechos corredores,
cogiéndose á los muros fatigadas;
y lejos se descubre, á los fulgores
de una luz que atraviesa,
los restos de un festín y derramadas
las copas de licor sobre la mesa;
luego cierran con locas risotadas
y el estrépito cesa.

¿Será alguna visión lo que presencio
ó un sueño que el delirio me ha inspirado?
Todo, cerca de ti, duerme en silencio
y es madre tuya la que está á tu lado.
Y en el perfume de tus lindas flores,
en los frescos olores
que esparce de tu pelo la madeja
y de tu casta frente en los rubores,
tu corazón su sangre correr deja.

Oid. Alguien parece
que llama y con sus pasos estremece
la acera de la calle oscura y sola.
Abren: una luz débil se aproxima
y dos bultos se ven. ¿Eres tú, Rola?
¿Qué buscas? ¿qué propósito te anima?

¡Oh, Fausto! ¿no ibas á dejar el mundo
lleno de desencanto,
aquella noche de pesar profundo
en que el réprobo arcángel, cual ligera
sombra, en su rojo manto
te arrebató por la anchurosa esfera?
¿No dirigiste el último conjuro
antes de que las místicas canciones
te estremecieran en tu albergue oscuro,
y al lanzar tus postreras maldiciones
no hirió tu frente el descarnado muro?
Si; tu lívida boca se empañaba
con el veneno impuro;
la muerte que en tus libros acechaba

al través de sus márgenes, queriendo
acabar con tu angustia y tu fastidio,
por la inmensa espiral fué descendiendo
en cuyo fondo estaba tu suicidio:
y viejo ya para poder abrirse
tu corazón, cual roca endurecida
por el frío sutil llegó á partirse.
Sonó la hora fatal en tu existencia,
gran ateo de barba encanecida,
estaba seco el árbol de tu ciencia
y el ángel funeral, cumplido el plazo,
vió que tu venta á Satanás firmaste
con la gota de sangre que sacaste
de tu escuálido brazo.

¿Qué hermoso mar, qué bóveda callada,
que planteles altivos
de aloes ó de olivos,
qué montaña de nieve coronada,
sintió al lanzar la aurora el primer rayo
una brisa tan pura y saturada
con el rocío plácido de Mayo,
como aquel soplo que pasar sentiste
por tu cabeza cana,
cuando pronto á morir, te arrepentiste,
y al velo de una virgen te cogiste
á los quince años de su edad galana?
¡Quince años, oh Romeo!
La edad de tu Julieta,
la edad de vuestro amante devaneo,
cuando la brisa inquieta
al tiempo que se oía
el canto de la alondra placentero,
en la escala de seda recogía
los besos mil de vuestro adiós postrero.
¡Quince años! Edad santa
en que la verde planta
de la vida se eleva
en el oasis, que el desierto encanta,
y dulcísimos frutos de oro lleva,

y consigue á su agrado
fecundar el ambiente,
como hacen las palmeras del Oriente,
moviendo su abanico perfumado.
La edad en que su Padre Omnipotente
dió á la mujer tan misterioso influjo,
tanta inocencia y tales perfecciones,
que con sello eternal la reprodujo
en sus áureas angélicas legiones.

¿Por qué, niña indolente, Eva hechicera,
de blonda cabellera,
la flor secaste del edén divino?
Perderlo todo con engaños era
tu implacable destino.
Un dios sublime del mortal hiciste,
á quien adoras con ferviente anhelo,
y aunque pudieras trasportarte al cielo
de él bajarías con el alma triste,
pues sabiendo que siempre has de inspirarle
amor al hombre, á tus caricias hecho,
quieres en su destierro acompañarle,
á fin de consolarle
y morir de placer sobre su pecho.

Rola se puso á contemplar sombrío
á la hermosa Marión que reposaba
en su lecho apacible,
é hizo sus huesos rechinar de frío
una idea satánica y horrible.
Muy cara le costaba
una joven tan bella;
el último doblón que le quedaba
sirvió para pagar la noche aquella.
Sabían su proyecto los amigos,
y, al penetrar, les estrechó la mano,
jurándoles que allí, sin que tuviese
importunos testigos,
se mataría en cuanto el sol saliese.
Tres años de su hermosa primavera,

en que fué un calavera
que amó la orgía y el placer liviano,
se iban á disipar cual sueño vano
ó como el canto de ave pasajera.
Y esa noche fatal, última y breve
en que rezar procura el moribundo
cuando su yerto lábio apenas mueve,
y en que al verse el culpado
próximo á los umbrales de otro mundo,
es por Dios perdonado;
¡Rola, que iba á emprender su eterno viaje,
de una indigna mujer lo pasó al lado,
siendo cristiano y de mortal linaje!
Y esa niña infeliz y sin conciencia,
débil talló en la aurora de su vida,
aguardaba del joven la presencia
junto á su abierto féretro, dormida.

¡Qué horrendo caos! ¡Prostituir la infancia!
Al traspasar su estancia,
¿no sería mejor sobre ese lecho
donde reposa inerme,
coger una segur y abrirle el pecho,
ó retorcerle el cuello mientras duerme?
¿No sería mejor en su semblante
poner sujeta con un férreo guante
una máscara horrible de cal viva,
que no enturbiar el agua fugitiva
del arroyo que copia en sus cristales
los astros y las flores, removiendo
todo el légamo horrendo
que se oculta en los antros infernales?

¡Qué bella es todavía!
¡Qué tesoro de encantos guarda ileso!
¡Qué dulce primer beso
el amor reservado le tenía!
¡Qué hermosos frutos, al caer sus flores,
esa angélica niña hubiera dado!

y esa lámpara casta ¡qué fulgores
tan nítidos hubiese derramado!

¡Ah pobreza, pobreza!
¡Tú eres la cortesana,
y á tu impulso reclina su cabeza
en ese lecho una infantil belleza
digna de verse en el altar de Diana!
Observadla: ha rezado al acostarse.
Si; ¡ha rezado! ¡Gran Dios! Y tú, sin duda
eres el que la obliga á arrodillarse,
á orar al cielo y á pedir tu ayuda;
tú el que silbando con el vago viento
una noche de insomnio y sufrimiento
le dijiste á través de las paredes
á su madre:—«Tu niña es un portento
y es una virgen que venderla puedes.»—
tú lavaste su cuerpo antes de echarlo
del vicio á la palestra,
como se lava un muerto al enterrarlo;
y tú mismo esta noche en que ha venido
á la luz del relámpago siniestra,
en su manto, ocultándote, has corrido!
Lo que ella hubiera sido
no faltándole el pan, ¿quién lo adivina?
Su frente no es de abyecta pecadora
y nada vil germina
con los destellos de tan fresca aurora.
¡Mísera joven! á sus cortos años
no abrieron sus sentidos los engaños.
María y no Marión, tiene por nombre,
profanó la indigencia su hermosura
y no el amor ni el oro que da el hombre.
Y allí, bajo la indigna colgadura
con que la infame alcoba se engalana,
sobre su lecho vergozoso entrega,
cuando su madre llega,
el oro vil que por la noche gana.

Tenedle compasión, damas del mundo,

que disfrutáis en plácido abandono,
mostrando horror profundo
á lo que no es alegre y de buen tono.
Compadeceos de su oficio inmundo,
¡oh madres! que con celo vigilante
la llave echáis á vuestras hijas puras,
mientras, con mengua del esposo, á oscuras,
escondéis bajo el tálamo al amante.
Vosotras disfrutáis de unos amores
poéticos, seductores;
os veda figurar en ese enjambre
de públicas mujeres vuestra fama,
y no sabéis jamás cómo provoca
el espectro del hambre
cuando sale cantando de la cama,
y al acercar con delirante exceso
sus labios amarillos á otra boca
por un poco de pan entrega un beso.

¿Será ¡oh siglo! verdad que cuanto ofreces
también se vió otras veces?
¡Oh torrente veloz! ¡qué horribles muertos
al mar conduces lívidos y yertos,
en tanto que la tierra mientras mira
pasar generaciones
alrededor del sol, caduca gira,
sin que avive su paso por los cielos
y se acerque de Dios á las mansiones
á fin de hacerle comprender sus duelos!

Ya que es así y tan poco se disfruta,
—Rola pensó—levántate de prisa
con el seno desnudo, ¡oh prostituta!
Brilla el vino con límpido reflejo,
y la nocturna brisa
mueve las gasas de tu claro espejo.
Yo he pagado esta noche deliciosa:
el regocijo que mi pecho llena
excede á la tristeza misteriosa
que de Jesús se apoderó en la Cena.

¡Ven y viva el amor, cuyos excesos
la embriaguez acompaña!
¡Que tus ardientes besos
huelan al vino que produce España!
¡Que cuando invada el vértigo la orgía,
en los brazos estemos
del ángel del placer y la alegría!
¡Ven: el himno cantemos
de Baco y del Amor! ¡Ven y brindemos
por la vida, la muerte y la ventura!
¡A olvidar y á beber en dulce coro!
¡Viva la libertad! ¡Cántese al oro,
á la noche, á la vid y á la hermosura!

IV

¿Duermes, Voltaire, con apacible sueño
y por tu rostro descarnado vaga
tu sonrisa fatal? Si era pequeño
para leerte el siglo en que vivías,
no dudo que el actual te satisfaga:
tus hombres han nacido en nuestros días.
El gigante edificio socavado
en tenaz lucha por tu mano fuerte
cayó sobre nosotros desplomado.
¡Oh, qué ansiedad la Muerte
debió sentir por ver sus esponsales
contigo, á los ochenta
años de requebrarla, y qué contenta
la tendrán sus amores infernales!
¿No te ha ocurrido abandonar el lecho
nupcial, donde cubiertos de gusanos
os abrazáis en el sepulcro estrecho
é introducir con los espectros vanos
tu esqueleto amarillo
por las naves de un templo ó de un castillo?
¿Qué te repiten con extraño acento
esas inmensas bóvedas vacías,

esos muros y altares desolados
que para siempre el soplo de tu aliento
dejó desamparados?
¿Qué te dicen las cruces y el Mesías?
¡Ay! ¿acaso su sangre descuajada,
al descolgarlo, acude,
cuando en el árbol, como flor tronchada,
tu sombra por la noche lo sacude?
¿Conoces que está llena
tu misión con un éxito fecundo,
y como Dios, al terminar el mundo,
encuentras todo bien y tu obra buena?
Pues al festín que empieza he de invitarle.
Marcha, que un lugar tienes en la cena,
como el Comendador, donde sentarte.

¿Oyes las dulces quejas confundidas
de dos niños que cambian sus abrazos?

Al estrecharse sus desnudos brazos
parecen sólo un cuerpo con dos vidas.
Anhelantes sollozos y suspiros
trémulos brotan de su labio ardiente,
y el ángel del placer, con vagos giros,
desmáyase fugaz sobre su frente.
Deben allí, para escuchar el coro
de esos jóvenes bellos,
tender los cielos una gasa de oro...
mas ¡ah! que ni hoy ni nunca amaron ellos.

¿Cómo tienen entonces ni una idea
de ese lenguaje, cuyo dulce encanto
sólo el placer, al desbordarse en llanto,
conoce y balbucea?
Mujer, fuente sutil y extraordinaria
de júbilo y suplicio,
altar donde acompaña al sacrificio
la blasfemia á la vez que la plegaria,
¡ven y dime en qué espacios ideales
se encuentran los orígenes extraños

de esas frases sin nombre, aunque inmortales,
que el delirio provoca,
y aun después de pasar cinco mil años
suspenden los amantes de su boca!

¡Qué de impiedades! El amor les falta
y dos ángeles son, dos corazones
tan puros, que á las célicas legiones
el gozo les exalta
por enseñar á Dios sus perfecciones.
No hay amor, aunque hay lágrimas bastantes:
la noche gime, el aura se estremece
y el mundo, que extasiado palidece,
bebe la dicha en olas incesantes.
El festín sólo ofrece
copas volcadas, platos humeantes,
locos besos sin fin, y ¡oh cielos! uno
que sufre y la luz odia
del sol naciente. No hay amor alguno;
sólo se ve su espectro y su parodia.

Vosotros, que con santas efusiones
aprendisteis á amar, claustros callados,
celdas angostas, negros panteones,
en cuyos atrios, bóvedas y losas
nadie imprimió sus labios abrasados
sin desmayarse, abrid vuestras piadosas
entrañas misteriosas
á esa pareja que gozar ansía
sobre un lecho en que sólo se debía
dormitar ó morir. Dadles suplicios;
herid su corazón con vuestros muros
y señalad sus carnes con los duros
clavos de los cilicios;
inundadles la frente
con las sagradas aguas bautismales,
y después de saber cuán lentamente
vuestras flacas rodillas han gastado
las piedras sepulcrales,
tal vez comprendan lo que habéis amado.

Sí, cenobitas; un amor muy hondo
bebisteis á raudales,
vaciando de los cálices el fondo.
La faz del Salvador se deslizaba
por los toscos sayales,
después que un dulce sueño os transportaba;
y cuando ya de día preludiaba
el órgano sus cantos religiosos,
en las altas ventanas de colores
la buscabais aún; ¡qué venturosos
vivisteis con tan célicos amores!

Ya lo ves, Aruet. Ese hombre, lleno
de juventud, que cubre de una hermosa
con inflamados ósculos el seno,
mañana dormirá bajo una losa.
No te inspire el abismo en que se lanza
envidia ni recelo:
te leyó, y no le queda ni un consuelo,
ni un rayo de esperanza.
Si mañana es el negro escepticismo
una ciencia, de Rola han de ocuparse,
y bien puedes llevártelo ahora mismo
sin que llegue tu tumba á profanarse.

¿Calcula tu razón que si en el pecho
guardase una creencia
ó un hilo frágil que le hubiesen hecho
asirse á la existencia,
deshonrara su muerte en ese lecho?
¡Su muerte! Ya imagínese apacible
ó cual rápido viaje que conduce
á la mansión más trágica y horrible,
le es igual; ningún miedo le produce.
Despertará á la joven desposada
y la verá subir desde la tierra
para entregar á Dios en su morada
la llave de oro que su pecho cierra.

Esa es tu obra, Voltaire: ese es el hombre

que tú educaste en la impiedad y el dolo:
¡así se muere, sin que á nadie asombre,
en este siglo desde ayer tan solo!
Cuando al hundirse el porvenir romano,
Bruto, con pena, dijo:
«¡Virtud, eres no más que un nombre vano!»
su labio no maldijo.
Antes perdió en violenta sacudida
su gloria, su ciudad, sus ilusiones,
su libertad querida,
su Porcia y Casio, y vióse moribundo,
sin sangre y sin legiones,
no inspirándole fe nada del mundo.
Mas al sentarse y devorar sus duelos
sobre una piedra en que invocó á la muerte,
miró fijo á los cielos.
Y todo cuanto amaba
encontró en sus etéreas soledades;
no perdió la esperanza, y conservaba
su acero y sus deidades.

Y á nosotros, deicidas, ¿qué nos resta?
¿Qué ventajas se han visto,
demoledores de índole funesta,
cuando en el ara disecáis á Cristo?
¿Cuál es el germen próvido y moderno
que arrojáis en su tumba consagrada
al lanzar la paloma ensangrentada
que cae girando en el abismo eterno?
Pretende vuestro genio incomparable
hacer un hombre, como más le agrada,
y fabricar un mundo; y, en efecto,
el mundo que habéis hecho es admirable,
el hombre un ser perfecto.
Los montes se han rasado,
se han abierto en los llanos las umbrías,
el árbol de la vida se ha podado,
no hay un tropiezo en vuestras férreas vías,
todo es grande y hermoso, pero falta
aire que respirar todos los días.

Pronunciáis en voz alta
frases sublimes, que hacia el más remoto
confín llevan los vientos corrompidos,
y las cuales cien ídolos han roto,
mas los pájaros huyen sorprendidos.
La hipocresía concluyó, y se juega
con sus ministros, más también concluye
la sólida virtud y á Dios se niega.
Ya el noble la limpieza no proclama
de su sangre, mas va y se prostituye
en los tugurios de execrable fama.
Puede esparcir, sin traba, el pensamiento
en el libro y la escena sus tesoros,
explayándose libre como el viento,
mas el pueblo querrá fiestas y toros.
El que es pobre y soberbio, ó rico y triste,
y con nada su anhelo satisfizo,
si no es un loco que el sayal se viste
de la cartuja, en el suicidio insiste,
y muere ahogado como Escuses hizo.

V

Cuando la clara luz de la mañana
inundó los tejados,
salió Rola un momento á la ventana.
Ya los carros pesados
comenzaban su tránsito ruidoso
y él bajó la cabeza silencioso.
Flotantes nubes de encendida grana
desgarraban sus flecos, como el día
en que al llamar Jesús en la agonía
á su Padre, los ángeles del cielo,
cruzando por la bóveda sombría,
mudos rasgaron el purpúreo velo.

En la calle contigua
unos músicos pobres y ambulantes

iban cantando una romanza antigua.
¡De qué modo esos aires que aprendimos
en la dulce niñez, más vivos que antes,
llegan al corazón cuando sufrimos!
¡Qué cambio nos producen en la mente
sus notas repentinas,
haciéndonos bajar la altiva frente!
¿Son los suspiros que en el aire dejas,
espíritu infeliz de las ruinas?
Angel de los recuerdos, ¿son tus quejas?
¡Cómo volaban frescas y gentiles
cual pájaros que cruzan el espacio
sobre el áureo palacio
de los breves amores infantiles!
¡Y cuál abren de nuevo una por una
las flores del pasado,
dejándonos el cuerpo sepultado
después que nos mecieron en la cuna!

Para ver á María,
Rola volvióse con amargo ceño,
notando la quietud con que dormía.
Así el rigor de la implacable suerte
esquivaban los dos: ella en el sueño
y él, después, en la muerte.

Como en otoño, cuando el sol despierta
parece que las nieves de las cumbres
inflaman con su luz su masa yerta,
y la argentina espalda descubierta
de la trémula noche se enrojece
con púdicos vislumbres
al recibir el beso que le ofrece:
así tiembla la cándida doncella,
cuando en las noches del ardiente estío
en sus venas la sangre se atropella;
y así el deseo que, al pasar, sorprende
con su rápido vuelo su albedrío,
en sus mejillas el pudor enciende.
¡Oh, regio sol! La tierra es tu querida

á quien coloca junto á ti, dormida,
tu hermana; y sólo quiere tu grandeza
la juventud eterna de la vida
para inundarla de eternal belleza.

Decidme, ¡oh golondrinas
que cruzáis el espacio peregrinas!
por qué voy á morir. Me causa duelo
y terror el suicidio,
y vuestras alas rápidas envidio
para elevarme en el azul del cielo.
Decidme, tierra y cielo, ¿por qué raya
la aurora? ¿Qué le importa el nuevo dia
á un mundo que decrépito desmaya?
Decidme, verde musgo, mar sombría,
si de la luz la mágica influencia
os causa indiferencia,
¿de qué nace ese anhelo
que agita el corazón con más violencia
y dobla las rodillas hacia el suelo?
¿Quién te dió el sol, ¡oh, tierra! por esposo?
¿Qué cantan esos pájaros? ¿Qué llora
ese fugaz rocío?
¿Para qué presentarme el delicioso
cuadro de tus amores? Si huyo impío,
¿qué pretendéis ahora
de mí, que pronto sucumbir ansío?

Y ¿por qué hablaba Rola
de amor? ¿Por qué una frase tan horrible
en ese instante batallaba sola
en su cerebro audaz? ¿Qué extraño acorde
ó qué voz invisible
la murmuraba de su tumba al borde?
A ese desenfrenado libertino
que tuvo en las tabernas su guarida
y haciendo alarde de valor mezquino
despreciaba el amor, como la vida;
á quien tomó esa frase en cualquier boca
por una injuria, y como luce y toca

el viejo militar sus cicatrices
mostraba ufana un corazón de roca
donde ninguna flor echó raíces;
á quien no tuvo nunca hogar ni amada
y vivió en libertad, sin rumbo cierto,
viéndose por el viento despojada
su juventud gastada,
como la hoja que cae de un árbol muerto;
hoy que su vaso apura,
y por la última vez que se divierte,
busca un lecho de muerte
donde resuene la blasfemia impura;
hoy que todo acabósele en el mundo
y la sombría eternidad aguarda
la última chispa que en sus labios arda,
¿quién osa hablar de amor á un moribundo?

Cuando al águila mira remontarse
el tierno hijuelo que se asoma al nido,
¿quién le asegura que podrá elevarse
de la tierra y lanzarse
al espacio sin límite extendido?
¿Quién le habla, lo enardece y solicita?
Sus garras y sus alas no han servido;
mas pronto lo consigue,
porque sabe que es águila; se agita,
pasa el viento y lo sigue.
Hay almas en el mundo de vil traza,
como hay perros, serpientes y chacales
que mueren en el fango de su raza,
lleno el vientre de gérmenes fatales.
La creación necesita
sus hijos asquerosos y protervos
para abonar sus tumbas incesantes,
descubrir sus diamantes
y alimentar sus cuervos.
Mas al formar sus nobles criaturas,
ella que lo ve todo y lo conoce,
sabe hacerlas tan puras
que el mundo no las manche con su roce.

Es una especie rara
que en grueso molde de metal conforma
y en arrojar al cieno no repara,
pues sabe que á su estatua de Carrara
jamás la lluvia destruirá la forma.
El vulgar libertino se parece
al que la madre universal cincela
en durísimo pórfido. Adormece
tres años sus proyectos más sencillos,
y no bien se desvela,
la vil serpiente que su pecho hiela
asómase, ensanchando sus anillos.

Negros dominicanos,
¡cuánto tiempo pasó de iras ahogadas
y errores inhumanos
desde que encadenadas
vuestras colonias á la dura tierra
las pudieron dejar emancipadas
la libertad, la cólera y la guerra!
Así, en tumulto fiero,
tus ideas ¡oh Rola! se levantan;
así tus fuertes hierros se quebrantan
y admiras placentero
antorchas de fantástica apariencia
que alumbran tu sendero.
Pisa, pues, esos mudos
restos de tu existencia,
clava en tus piés desnudos
de las rotas botellas los pedazos,
y con el brindis último que eleves
en tu último festín, saciarte debes
y ahogar la nada en tus rendidos brazos.
¡La nada! ¿No ves tú con qué tristeza
su ancha sombra se extiende,
velando la grandeza
del sol que se defiende?
La sombra vence. ¡Fúnebre contraste!
Se extinguió el sol. La eternidad empieza;
mas tú nunca amarás, porque no amaste.

Rola volvió en seguida
la ventana á entornar, pálido y grave,
y tronchó el tallo de una dalia erguida.
—¡Ay!—murmuró la flor.—Yo amo y espiro,
besada por el céfiro süave
que va á llevarme al emprender su giro.
Cuando caiga marchita de la altura
habré dejado el polvo y la impureza
que empañan mi frescura;
él mis pétalos de oro besó lleno
de pasión, y ya puede tu fiereza
lanzarme al aire ó desgarrar mi seno.

¡Yo amo! es la voz de la creación entera
que anuncia el viento en su fugaz lenguaje
y reproduce el ave pasajera;
es el suspiro triste y moribundo
que exhalará la tierra cuando baje
al abismo caótico y profundo.
Vosotras, matutinas
estrellas, murmuráis en el espacio
sus sílabas funestas y divinas.
La que hizo Dios más débil, al instante
busca en el éter del azul palacio
al espléndido sol, su eterno amante:
y por la noche, al recorrer la esfera,
otra le ama y se pone en movimiento,
trazando así los mundos su carrera
en torno del celeste firmamento.

Jacobo contemplaba de María
dormida aún las bellas perfecciones.
No sé lo que veía
de extraño y conocido en sus facciones,
mas él temblaba como no solía.
¿No era su hermana aquella prostituta?
Aquella alcoba lóbrega y ruinosa,
no era la mejor fosa
para enterrar su vida disoluta?
¿Y no miraba en ella

la misma aciaga suerte,
la misma horrible y dolorosa huella
que iba á borrar en brazos de la muerte?

—¡Sí!—pensó el triste Rola.—
Junto á esa infame y dulce criatura
va la Resignación despacio y sola.
Son hermanas su pena y mi amargura:
ved la estatua yacente
que encontrar en mi tumba desearía,
durmiendo dulcemente,
cuando baje á su bóveda vacía.
¡Oh, no despiertes mientras yo te admiro!
Tu vida es ruin, pero tu casto sueño
tan sólo Dios lo rige.
Por besarlo en tus párpados suspiro;
á él, pobre niña, con febril empeño
mi adiós únicamente se dirige;
á él que nunca ha manchado
el velo de su cándida inocencia;
á él que no puedo amar ni lo he comprado;
á él que arrulló tu alegre adolescencia;
á él que en sus raptos de mayor vehemencia
tan sólo de tu ser ha conservado
tu beldad casta cual divina esencia.

¿No flota allí, gran Dios, la forma pura
de un ángel hechicero
detrás de esa plegada colgadura?
Si el amor, ese cisne pasajero,
tan sólo necesita
para alegrar su canto lastimero
lo más tenue y ligero
que en derredor de la beldad palpita;
si es cierto que recibe mil traiciones,
y sabiéndolo, á fin de no curarse,
sólo se forja en todas ocasiones
que ve á su amada, aquellas ilusiones
con que debe su pena alimentarse,
¿qué busco, pues? La vida y la hermosura

muestra aquel lecho en toda su frescura.
¡Oh, amor! ¡Puedes venir sin que te advierta
esa niña que apenas te presume,
y mientras luce sobre el tallo abierta,
sal de esa flor desventurada y yerta,
si eres sólo un perfume!

Con lenta suavidad, junto á María,
embebecido en sus azules ojos
y aspirando su aliento de ambrosía,
se acostó Rola, y su mirada incierta,
ya se alzaba con tímidos antojos,
ya inclinábase muerta.
Entonces, levantando
sus párpados la niña y suspirando,
le dijo:—Un sueño fúnebre he tenido.
Oyeme: En este lecho me encontraba
y desperté. La alcoba semejaba
un cementerio henchido
de tumbas y de huesos: conducían
un ataúd por medio de la nieve
tres hombres y en la tierra lo ponían
para rezarle una plegaria breve.
Se levantó la tapa y te vi dentro:
inundaba la sangre tu semblante,
y saliendo al instante
para venir al lecho en que me encuentro,
cogiéndome la mano me dijiste:
—¡Infeliz! Si mi vida se derrumba,
¿por qué mi sitio, ¡oh, mísera! escogiste?
Miré entonces y estaba en una tumba.

—¿Es cierto?—exclamó Rola.—Amiga mía,
tu sueño es verdadero, aunque no es grato,
y una imagen verás de ese relato
sin que duermas mañana ni otro día:
esta noche me mato.

Sonriendo le escuchó, puesta al espejo
con vago coquetismo,
mas vió de Rola el pálido entrecejo

y quedóse más pálida que él mismo.
—¿Qué tienes hoy?—á preguntarle acierta.
—¿Qué tengo, dices?—contestóle:—¿Ignoras
que desde ayer mi ruina es cosa cierta?
Vine á decirte adiós antes que acaben
de mi existencia las escasas horas,
pues me debo matar: todos lo saben.
—¿Jugaste acaso?—No: mas al presente
me hallo arruinado.—Y repitió María
la frase que le oía
mirando al suelo inmóvil y doliente.
¿Arruinado? ¿Arruinado?—¿No te quedan
madre, amigos, parientes, ni persona
que en este mundo protegerte puedan?
¿Por qué anhelas morir?—Y juguetona
á la orilla del lecho reclinada,
fijó en él su dulcísima mirada.
Le quiso preguntar alguna cosa
y desistió: con lánguido embeleso
echó en la suya su cabeza hermosa
y al fin le pidió un beso.
—Yo quisiera—añadió—comunicarte
una idea, con tal que no te enoje:
ningún dinero tengo para darte
y el que gano mi madre me lo coge.
Mas, escucha: á vender estoy dispuesta
mi collar de oro y á entregarte luego
lo que me den para llevarlo al juego.—
Una sonrisa de él fué su respuesta.

El líquido bebió de un pomo oscuro:
inclinóse con fúnebre tristeza
sobre aquel cuerpo de gentil belleza
y estampó en su collar un beso puro.
Cuando ella alzó su lánguida cabeza
un cadáver sus ojos encontraron:
en aquel beso amante
partió el alma de Rola, y un instante
decirse puede que los dos amaron.

G. Belmonte Müller.

RESEÑA CRÍTICA DEL CENTENARIO

IV

Conclusión de las Conferencias del Ateneo.—Resumen. — Leyenda nueva. —Monumento en Nueva York.—Justicia á los Pinzones.—La naturaleza de Colón según documentos. —Contradícenla las declaraciones del interesado.—Causas probables de la divergencia. —Correspondencia de la isla Guanahaní.—Libros.—Los exhumados.—El clero en el centenario.—La honestidad de Colón y la caridad del P. Las Casas.—Historia salvaje.—Mapas.—Una dama *sans façon*.—Fallo de la Academia Española declarando desierto el Concurso poético que abrió.—Barruntos de aluvión de versos.—Un francés descubridor de los caminos de América y Asia.—Otro concurso cerrado sin éxito: el de la historia del descubrimiento.—Himno á Colón.—Fiesta notable.—Bote al agua de la nave *Santa María*.—Lo que significa.—Remedos en otras partes.—Procesión cívica en Madrid, proyectada.

Se ha cerrado la serie de Conferencias del Ateneo de Madrid, bien entendida preparación del centenario, siendo cincuenta y cinco el término sumatorio. Algunas de las que el plan comprendía han quedado sin realización por causas diversas; sin embargo, corresponde el conjunto á la idea que las concibió, y cuando concluya la impresión, que va adelantando, constituirá una de las obras útiles dedicadas á la buena memoria de los españoles en el más grande de los sucesos históricos.

Sello á las disertaciones puso el Sr. D. Antonio Sánchez Moguel, su iniciador, resumiendo brillantemente las opiniones de los conferenciantes en el discurso que ha titulado *El descubrimiento de América en la leyenda y en la historia*, y queriendo que las suyas se conozcan, eligió predilectamente el asunto que llamó *Leyenda de Pinzón*, para castigar conceptos con que no está conforme. No son estos los que se refieren á los conocimientos náuticos del insigne capitán de Palos, ni los que enaltecen las cualidades

morales de su grandiosa figura, ni los que aseverando la contribución de su caudal con un tercio del importe del armamento, ó sea con la mitad de lo que suministró el crédito de los Reyes, le presentan como socio más bien que subordinado del capitán de SS. AA.; lo que el señor Sánchez Moguel ha discutido y contradicho, ha sido la intervención y decisiva influencia que en el armamento de la expedición tuvo Martín Alonso, precisamente lo que los historiadores sin discrepancia reconocen. Demostró el corrector de la leyenda que las carabelas no pertenecían á los Pinzones, gala innecesaria no habiendo quien en el Ateneo haya dicho otra cosa, y con la premisa dedujo que en Palos no ocurrió nada de particular. Allí llegaron las cédulas de los Reyes y se cumplieron al punto sin dificultad; halló Cristóbal Colón cuantos hombres necesitaba y lo mismo que en Palos los hallara sin más que pedirlos en cualquiera puerto del reino de Sevilla, tanto por abundar los marineros cursados, como por estar de tiempo atrás hechos á tener genoveses por almirantes.

Por lo visto, para el Sr. Sánchez Moguel no hay diferencia entre los Bocanegra, los Pezani, los Usodemari, Almirantes por derecho propio que mandaban bajeles y hombres de Génova, y con ellos se ponían al servicio de quien bien los pagaba, y «el extranjero de la capa raída que anduvo padeciendo mucha necesidad y pobreza»; que vivió de limosna en el convento de la Rábida á vista de todos, y que repentinamente, por un papel firmado de los Reyes, iba á regir naves y náutas españoles. Nada significa tampoco que los Reyes escribieran: «diz que es necesario dar seguro a las personas que con él fueren, porque de otra manera no querian ir con él al dicho viaje.»

Dió con estas especies el orador novedad, interés y amenidad, justamente premiadas con el aplauso del auditorio; mas paréceme que al censurar por legendario lo que tiene fundamento histórico, fabricó, á su vez, una leyenda que podría llamarse *sevillana*.

Que no es general su estimación de los sucesos y de las personas, parece indicar el acuerdo de los españoles é hispano-americanos residentes en los Estados Unidos de América, donde se estudian con gran atención los antecedentes del descubrimiento de las Indias, según en las reseñas anteriores he apuntado. En la última expresé cómo el Ayuntamiento de Nueva York había decidido auxiliar con 50.000 pesos el propósito de un monumento digno del centenario; pues bien, los referidos españoles han ultima-

do el proyecto discurriendo fuente grandiosa, de cuyo vaso emerge un casquete de la esfera terráquea y en el agrupadas tres figuras: Martín Alonso Pinzón, señalando con el brazo extendido la tierra que aparece entre la bruma del horizonte; Vicente, recogiendo la vista con la mano y buscando dudoso la certeza del anhelo; Colón enmedio de los dos hermanos, elevando al cielo ojos y corazón, seguro de estar cumplida su esperanza. El pensamiento levantado; la composición felicísima; elogiarán al monumento neoyorkino el arte, la razón, la justicia, el estudio, la reflexión. Es obra del entendimiento convencido; es obra española.

Demos al patriotismo otra satisfacción confirmando la noticia anticipada en la reseña última, de haberse resuelto aquí el problema de naturaleza del navegante italiano.

Nadie ha podido creer que, contando D. Fernando Colón cerca de veinte años de edad cuando ocurrió el fallecimiento de su padre D. Cristóbal, habiendo examinado los papeles que á éste pertenecían con propósito de historiar su vida y teniendo comunicación por largo espacio de tiempo con don Bartolomé y D. Diego, hermanos del Almirante y tíos suyos, no supiera de modo cierto el lugar en que nació persona tan allegada. Alguna razón, algún interés tuvo, no ya sólo para omitir la noticia, esencial en escrito biográfico, sino para desorientar á los indagadores que por otros conductos la buscaran, diciendo *quiso Dios que la patria y origen del grande hombre fueran desconocidos*, dada la autenticidad de las palabras cual en la *Historia*, traducida por Ulloa, parecen.

Como rechazara indignado las afirmaciones de Giustiniani, conformes con las de los coetáneos Gallo y Foglieta en señalar la humilde extracción de los Colombos de Génova; como procurara desvanecer las referencias hechas á varios lugares de la ribera, Saona, entre ellos, de presumir es que por sentimiento vanidoso heredado y de las preocupaciones de la época nacido, fué el móvil de su pensamiento encaminar la curiosidad dudosa hacia los linajes ilustres del mismo apelativo que en otras regiones de Italia radicaban.

Si advirtió ó no que sus palabras contradecían á las que deliberadamente dictó el héroe de la historia, su progenitor D. Cristóbal, Almirante y virrey de las Indias, en la escritura de institución de mayorazgo, sería aventurado decidir: acaso imaginó que este documento no había de salir nunca del archivo de la familia; tal vez le ocurriera que la divergencia aumentaría la

confusión, y no erró en tal caso, porque muchas son las interpretaciones, las polémicas, las hipótesis originadas de la declaración, *siendo yo nacido en Génova... vine á servir aquí en Castilla...* De Génova, noble ciudad y poderosa por la mar... *de ella salí y en ella nací.*

Los de la antigua *Janua* se han servido del testimonio, que no reconoce superior, hasta el punto de pensar el Sr. Peragallo que *dimostrare che l'ammiraglio nacque in Genova sarebbe oggimai un opera piu inutile di chi provasse che due e due fanno quattro.* Sin embargo, no ha convencido al señor Harrisse, en razón á que no existen otros documentos que acrediten la presencia en Génova de Domenico Colombo, padre de D. Cristóbal, antes del año 1451. El escrupuloso crítico americano ha compulsado muchos datos, por los que juzga que no deben tomarse al pié de la letra las palabras del Descubridor de las Indias, el cual, así como de propia autoridad se adjudicó escudo de armas, pudiera muy bien haber cedido á la tentación de designar por patria á la noble ciudad, más bien que á una aldea.

«¡Cristóbal Colón convicto embustero!» — contesta á la observación el citado Sr. Peragallo... (1).

(1) *Cristoforo Colombo e la sua famiglia.* Lisboa, 1885.

Por lo menos, no se han recibido por concluyentes sus verdades; de otro modo no hubiera quien le supone inglés ó griego, ni en Italia disputaran su cuna tres veces más pueblos que en Grecia, la del poeta por excelencia. Genova, Saona, Finale, Cogoleto, Oneglia, Cosseria, Albissola, Bogliasco, Chiavari, Terrarosa, Nervi, Quinto, Cuccaro, Piacenza, Pradello, Modena, Milán, Calvi, Palestrella (que son diez y nueve), han alegado en el pleito con pruebas más ó menos aceptables, con algún fundamento siempre, y hoy mismo, llegada la ocasión del centenario, no se da por fallada la causa, habiendo ganado terreno la opinión de que, si es Génova reconocidamente patria adoptiva del mareante, vino al mundo en Pradello, valle de Nure, provincia de Piacenza, municipio de Bettola, que erige en este instante monumento alusivo encomendado al escultor Astorri.

Así las cosas, el Sr. D. Francisco R. de Uhagón, ministro del Tribunal y Consejo de las Ordenes militares, profeso en la de Calatrava, ha encontrado en el archivo de las mismas una pieza de importancia bastante para encauzar las corrientes divididas: el expediente original que para tomar hábito de Santiago D. Diego de Colón y Toledo, hijo de otro D. Diego, segundo

almirante de las Indias, y nieto de D. Cristóbal el primero, se formó en Madrid el año 1535.

El Sr. de Uhagón, bibliófilo de gusto depurado, lo ha impreso en opúsculo elegante (1) transcribiendo plana por plana el texto, después de comprobar la copia el oficial del Cuerpo de Archiveros Navarro Santín, no porque de ayuda ajena necesitara, porque lleve el trasunto la garantía pericial que es bueno dar á documentos antiguos.

Declaran bajo juramento tres testigos: Diego Méndez, vecino de la ciudad de Santo Domingo en la isla Española, que conoció á D. Cristobal Colon, ginoves, de cuarenta e cinco años a esta parte, *e que era natural de la Saona, ques una villa cerca de Genova.* Pedro de Arana, vecino de Córdoba, deudo de Beatriz Enríquez, que conoció á Don Cristóbal Colón, ya difunto, *e oyó decir que era ginovés, pero que no sabe dondes natural.* El licenciado Domingo Barreda, vecino de la ciudad de México, que conoció á D. Cristobal Colon *e siempre oyó decir que era de la senioria de Genova de la cibdad de Saona e a todos los ginoveses queste testigo conversó, que fueron muchos, oido que todos le tenian por natural genoves.* Pareciendo al Tribunal suficientemente aclarado el punto, mandó hacer asiento en el *Indice de los caballeros que han vestido el hábito de Santiago,* con inserción de la genealogía en que se puso el abuelo paterno *Cristóbal Colón natural de Saona, cerca de Génova.*

Si no se conociera más que el primer atestado, bastara al convencimiento moral de la naturaleza de D. Cristóbal, por ser Diego Méndez testigo de mayor excepción. Dedicó la existencia al servicio del Almirante; fué su criado de íntima confianza, como entonces se decía; su secretario, que diríamos hoy; el que (á mi juicio) castigó, pulió ó escribió las cartas que en buen castellano aparecen firmadas Xpo Ferens, singularmente la fechada en Jamaica á 7 de Julio de 1503 que él mismo trajo á España, habiendo hecho la travesía hasta la Española en la canoa de indios que milagrosamente llegó. En vida y muerte cuidó de los intereses de su jefe con celo, con fidelidad, con abnegación incomparables y mal pagadas por cierto. Calló, no obstante, hasta la última hora, en que siendo ya inútil el silencio, dictó al notario en testamento: «Los muy ilustres señores el almirante D. Cristóbal Colón, de gloriosa memoria, y su hijo, el almirante D. Diego Colón, y su nieto

(1) Titúlase *La pàtria de Colón, según los documentos de las Ordenes militares.* Madrid, tipog. de F. Fe, 1892; 8.°, 69 págs.

el almirante D. Luis, aquien Dios dé largos días de vida, y por ellos la virreyna mi Señora, como su tutriz y curadora, me son en cargo de muchos y grandes servicios que yo les hice en que consumí y gasté lo mejor de mi vida hasta acaballa en su servicio.»

Diego Méndez, honrado caballero y buen cristiano, no era capaz de decir bajo juramento una cosa por otra: declaró ser D. Cristóbal natural de Saona, pues por cierto lo tuvo y motivos tenía para saberlo.

Siendo así, se pensará, queda Cristóbal Colón convencido de inexacto.

Conteste el Sr. Peragallo.

La circunstancia que en otras ocasiones he notado de no haber entre tantas islas, montes, ríos, cabos y tierras descubiertas por el egregio navegante, más que una sola á que diera nombre alusivo á la patria, y ser esta llamada *Saona,* ofrecía por sí sola un indicio vehemente, harto más que los reunidos por Pollero, Vercellino, Ponta, Belloro, Varaldo y Salinerio, abogados de la ciudad do nació también el Papa Julio II; indicio que añadir á los importantes papeles de familia no ha mucho encontrados en los archivos de protocolos por el marqués Straglieno.

Habrán, pues, de estimarse el hallazgo del Sr. de Uhagon y su obra divulgadora, entre los más felices resultados de investigación del centenario, por darlo definitivo, resolviendo documentalmente uno de los problemas históricos más enredados.

Resuelto, asímismo, parece el de la correspondencia de la isla Guanahaní ó San Salvador primeramente vista por Rodrigo de Triana en la recalada de las carabelas al Nuevo Mundo, con la nombrada ahora Watling en el grupo de las Lucayas. A esta equivalencia que viene tiempo ha señalándose por marinos españoles, de Inglaterra y los Estados Unidos de América, y que fué el primero en señalar nuestro historiador D. Juan Bautista Muñoz, se inclinan las opiniones del capitán de navío de primera clase D. Patricio Montojo y del geógrafo D. Otto Neussel, expuestas primero en las conferencias que respectivamente dieron en el Ateneo y en la Sociedad geográfica, publicadas ahora (1), acompañando al

(1) Ateneo de Madrid. «Las primeras tierras descubiertas por Colón». Conferencia de D. Patricio Montojo, leída el 30 de Noviembre de 1891. Madrid, sucesores de Rivadeneyra, 1892, 8.°, 37 págs.

«Los cuatro viajes de Cristóbal Colón para descubrir el Nuevo Mundo según los manuscritos de Fr. Bartolomé de las Casas, trazados y publicados por Otto Neussel, geógrafo», etc. Conferencia en la Sociedad geográfica de Madrid el 8 de Marzo de 1892. Fortanet, 8.°, 21 págs. y carta.

opúsculo del segundo carta en colores con trazado de las derrotas del Almirante en sus cuatro viajes.

Las noticias que asombraron al mundo viejo, escritas en latín por Pedro Mártir de Anglería, á raíz del suceso, saludan al centenario vertidas al castellano después de cuatro siglos, por el Dr. D. Joaquín Torres Asensio, canónigo lectoral de la Iglesia de Madrid. Corrieron de mano en mano en su tiempo, buscadas con afán por los eruditos, leídas en la cámara del Papa León X, que estimulaba al autor á redactarlas. Empezada la publicación en 1511 y seguida en 1530, al poco tiempo circulaban traducidas en las lenguas europeas, exceptuando la de los descubridores. Aquí, porque la del Lacio estuviera cultivada, ó más bien por contar con otros medios de información que aminoraban su interés, se conservaron en texto original, llegando á ser rarísimas. Ha prestado, por tanto, á las letras señalado servicio el Sr. Torres Asensio, acometiendo la empresa nada fácil de vulgarizar las obras del Abad de Jamaica, que los más de los lectores recibirán por cosa nueva, saboreando la impresión que causarían en su día, diciendo: «Ha vuelto de los antípodas cierto Cristóbal Colón, de la Liguria..., trayendo muestras de muchas cosas preciosas, pero principalmente de oro, que crían naturalmente aquellas regiones.»

El traductor ha separado lo que tiene relación con los descubrimientos, del *Opus Epistolarum*, tesoro histórico de cuanto se hacía y se pensaba en la corte de los reyes de Castilla y de Aragón en aquella época de su preponderancia, trasladando á seguida íntegra, del libro *De Orbe novo*, la primera década, la que abraza los tres primeros viajes de Colón, con lo que, precediendo noticias de la vida de Pedro Mártir, ha compuesto el primer volúmen de su tarea (1), que continuará.

Es de notar el concurso valioso que presta el clero español á las enseñanzas del centenario: el nombre del Sr. Torres Asensio queda ya unido en este concepto al de los Rvdos. PP. Cappa, Fita, Coll, Mir, Jardiel, de Lorenzo, sin ser el último á estas fechas, que otro libro reciente titulado, *Estudios críticos acerca de un periodo de la vida de Colón* (2), muestra en la portada el

(1) *Fuentes históricas sobre Colón y América Pedro Martir Anglería, del Real Consejo de Indias, Contino de los Reyes Católicos y primer historiador del descubrimiento del Nuevo Mundo.* Libros rarísimos que sacó del olvido traduciéndolos y dándolos á luz en 1892 el Dr. D. Joaquín Torres Asensio, canónigo lectoral de Madrid. Madrid, 1892, imp. de la S. E. de San Francisco de Sales. 8.°, LVI, 392 págs.

(2) Madrid, imp. de la Sociedad Editorial de San Francisco de Sales; 1892, 8.° mayor XIX, 304 págs.

de D. Alejandro de la Terre y Velez, canónigo lectoral también de la Catedral de Salamanca y autor de anteriores trabajos en pró de la Atenas castella (1). El presente responde al mismo pensamiento; prueba la ligereza de aquellos que han ridiculizado á los doctores y á los catedráticos de la Universidad, que nada tuvo que ver con los planes ni propuestas del marino ligur, estimando que Roselly de Lorgues, contado en el número, tanto ha mirado al cielo al escribir la que llama *Historia de Colón*, que, lo mismo que el rey de Castilla D. Alonso el Sabio, no ha visto en el suelo donde ponía los piés; pensamiento feliz y exacto más de lo que al Sr. Torre y Velez parece, porque sólo lo aplica á la estimación de su ciudad y de las corporaciones científicas, y juzga en cambio, que el Conde francés ha ventilado el punto histórico relativo al enlace de Colón con Beatriz Enríquez.

Mejor sería que el autor, que hace caso omiso de los estudios últimamente publicados en España, no hubiera tocado la cuestión espinosa, ajena por completo al objeto de sus disertaciones. Al sentar que el Almirante contrajo matrimonio rato y verdadero, aunque clandestino, con la dama cordobesa, agregando que con tan sencillo sistema *queda refutada la injuriosa hipótesis del amancebamiento*, contradice un fallo de la crítica filosófica que difícilmente sufre esta apelación, teniendo entre los jueces á los Padres Cappa y Coll. Y no es este único flaco de la obra: en la estimación de las personalidades de Fr. Juan Pérez y de Fr. Antonio de Marchena como guardián de la Rábida el primero; como ministro en el santo sacrificio de la Misa en Indias el otro, suponiéndole compañero de Colón en el segundo viaje, se aparta caprichosamente también de lo que se tiene por averiguado.

Descanse un momento la memoria de D. Cristóbal por cambio de autor y de materia, advirtiendo que si de exhumación tiene algo la labor indicada del Sr. Torres Asensio, á operación cesárea se aproxima la llevada á cabo por D. Marcos Jiménez de la Espada, sacando á luz de la *non nata Apologética historia* de Fr. Bartolomé de las Casas, la parte noticiosa *De las antiguas gentes del Perú* (1). Precisa conocer los manuscritos del apóstol de los indios, su letra pésima, sus tachones, en-

(1) *Colón en Salamanca ó el huésped de San Esteban. Juicio crítico sobre la presentación de Colón á la Junta ó Consejo de la Universidad de Salamanca y sobre el informe dado por ésta á los planes del sabio marino.* Memoria de la Sociedad Colombina Onubense. Huelva, 1886.

(1) *Colección de libros españoles raros ó curiosos.* Tomo vigésimo primero. Madrid, tipografía de Manuel G. Hernández, 1892, 8.°, LIX-290 págs.

miendas y arrepentimientos, para formar idea del trabajo que se ha impuesto el escudriñador, sin el lucimiento que mereciera y sin otro provecho que el de aumentar el caudal de materiales para la historia de aquellas gentes ignoradas; porque resulta que las noticias son de segunda mano, no habiendo estado jamás en el Perú el buen fraile; afirmación con que se corrijen las hipótesis de sus biógrafos; descubrimiento propio de la sagacidad del Sr. Jiménez de la Espada al seguir los pasos del autor de la *Apologética historia* cuando ejercitaba su ardentísimo celo con intermitencias oportunistas, pues que «su humanidad no llegaba al negro ni alcanzaba al blanco.»

Nos ha procurado á la vez el incansable perulero, conocimiento de otra obra de más interés, inédita como la anterior en la biblioteca de la Academia de la Historia, que contiene datos valiosísimos y muchos de ellos nuevos ó poco conocidos para la *Historia salvaje* de una de las regiones más importantes de la América del Sur, y que muchas relaciones y semejanzas ofrece con la proto-historia de los pueblos más blancos y más nobles de Europa. Titúlase *Noticias auténticas del famoso río Marañón* (1). El autor del manuscrito original parece fué el P. Pablo Maroni, según las investigaciones del padrino que lo bautiza, engalanándolo con adiciones, una la reproducción bien hecha del curioso mapa de *El gran río Marañón ó Amazonas,* del padre Samuel Fritz, misionero de la misma Compañía, año 1707.

Análogo servicio se debe á don José Gómez Imaz, comandante del vapor *Vulcano* y jefe de la comisión hidrográfica de la Península, salvo que el trasunto bajo su dirección y por sus subordinados hecho en Palma de Mallorca, es de carta de marear original y única; la de Gabriel de Valseca, trazada en 1438, adquirida por Americo Vespucci á peso de oro, conservada en la biblioteca del señor conde de Montenegro, con pena del deterioro que refirió lastimado D. Joaquín María Bover en su *Memoria biográfica de mallorquines ilustres,* por ser causante una dama que se preciaba de artista (Jorge Sand) y que por gracia lo celebró en escrito.

Ha sido miniada la carta fielmente en *facsímile*, y puesta en marco tallado correspondiente á su mérito, para lucir en la Exposición retrospectiva.

(1) *Y misión apostólica de la Compañía de Jesús de la provincia de Quito en los dilatados bosques de dicho río.* Escribíalas por los años de 1738 un misionero de la misma Compañía, y las publica ahora por primera vez Marcos Jiménez de la Espada, con notas y apéndices. Madrid, Fortanet, 1892, 4.°, 676 páginas.

Todavía entre las reapariciones debe comprenderse un fragmento de las *Saudades da Terra*, obra inédita del Dr. Gaspar Fructuoso, que ha impreso en la isla de San Miguel de las Azores el bibliófilo D. Ernesto do Canto (1), mas con ella hay que cerrar el paréntesis de respiro concedido al almirante de las Indias, y verlo como *Un homen de naçao Italiana, Genoes, avisado e pratico na arte de navegaçao. Vindo de sua terra a Ilha da Madeira se casou n'ella vivendo ali de fazer cartas de mariar. Veio aportar una nao biscainha, havendo com tormentas descoberto parte das terras que agora chamamos Novo Mundo...*

Gracias á la Real Academia Española, el descubridor genovés ha tenido reparo contra los que más suelen agraviarle, si bien con intencion óptima; contra aquellos enemigos de la gramática más que suyos, que riman al vapor. Es noticia de dominio público que el jurado calificador de las obras poéticas en loor del gran marinero llamadas á concurso, no ha encontrado entre sesenta y seis ninguna que merezca premio ni significación honorífica. Respiro también y no más que respiro, pues no han de querer que se malogre el medio ciento largo de composiciones los autores; saldrán de las prensas, como aluvión, de aquí á Octubre, enseñándonos cosas no sabidas.

Pido mil perdones á los anónimos poetas; creo que es la grandeza del asunto y no su aptitud, causante de no haber logrado ninguno el grado de excelencia que el programa requería y el tribunal ha buscado, reconociendo mucho bueno en los manuscritos. De todos modos, acreditado dejan el aliento para empresas arduas.

Con ser más llano narrar en prosa los sucesos, no con excelencia saben tampoco hacerlo sino muy contados, ni exclusivo es de los versificadores dar alas á la imaginación en asuntos en que conviene enjaularla. Ejemplo ofrece M. P. Gaffarel, catedrático y escritor laboriosísimo, en la nueva obra dedicada al centenario (1). El primer volumen, ceñido á los precursores de Colón, compilando monografías que anteriormente había estudiado, es de gran erudición y enseñanza; el segundo, entrando de lleno en la vida y viajes del marino ligur, no está tan á cubierto de las observa-

(1) *Centenario da descoberta da America por Christovam Colombo. Do descobrimento das Antilhas, que agora se chamam Indias occidentaes.* Ponta Delgada, S. Miguel, 1892, fol. 12 páginas.

(1) *Histoire de la découverte de l'Amérique depuis les origines jusqu'à la mort de Christophe Colomb.* París, 1892; dos tomos en 8.° con láminas.

ciones de la crítica, singularmente en aquellos capítulos en que el autor da crédito á las engañosas relaciones de Americo Vespucci, descaminado sin duda por los comentarios con que lo ensalzó el escritor brasileño Varnhagen. Admite el señor Gaffarel que el florentino hizo en 1497 viaje con Vicente Yáñez Pinzón y Juan Díaz de Solís, y que reconociendo el continente por toda la costa de Honduras, siguiendo por el Yucatán y seno mejicano hasta el canal de Bahama, fué verdadero descubridor de la tierra firme, antes de Colón; de Tampico, antes que Garay; de la Florida, antes que Ponce de León; de Cuba, antes de Ocampo; de las Bermudas, antes que Bermúdez. Si así fuera, la gloria de los descubrimientos pertenecería al jefe de la expedición, nunca á un pasajero con carácter de agente comercial, que fué el de Americo en un principio; pero semejante viaje no se hizo: el de Vicente Yáñez es dos años posterior; no se extendió por la costa de Honduras más que hasta el comienzo de Yucatán; y como hombre honrado que era, declaró haber sido el Almirante el primero que vió la tierra firme en Paria.

El Sr. Gaffarel, más encariñado todavía con la conseja de Cousín, la repite porque siempre conste, ó á lo menos se diga, que un francés, acompañándole Pinzón, descubrió de una vez el Brasil y el cabo de Buena Esperanza, precediendo á Colón y á Gama.

¿Habrá, como en esta historia, pasión ó deficiencia en las que han optado al premio excepcional ofrecido por la junta directiva del centenario á un estudio en prosa, razonado cuadro donde se estime en lo justo la grandeza del acontecimiento que va á celebrarse? Es probable. Se susurra que el jurado académico al que se encomendó el examen de escritos en español, francés, inglés y alemán concurrentes, no ha sido en resultados más venturoso que el de la Academia Española, y ha acordado veredicto declarando desierto el certamen.

Las condiciones severas del programa han debido influir en el fallo. Se abrió el concurso para solemnizar la gran fiesta *con un monumento literario que dure y la recuerde.* Se advirtió que *lo elevado y vasto del argumento exigen que el libro sea una esmerada obra de arte...* Se pretendía que el aliciente honroso y remunerador de la convocatoria estimulara en un año lo que espontáneamente no han producido cuatrocientos... Franklin dijo sentenciosamente: *Il y a quelque chose de plus grand que la mer elle-même, c'est le génie qu'elle a developpé chez ceux qui ont tenté ses vagues;* pero

esa quisicosa, que no ha inspirado todavía un poema, un drama, no más guía la pluma de un historiador en páginas que la humanidad ponga sobre la cabeza, siquiera haya dictado muchas relativamente bellas.

Parece que el tribunal académico, una vez cumplida con pena su misión, recomienda á la benevolencia de la comisión del centenario como dignas de significación honrosa, sin llegar á la de los premios no adjudicados, dos de las obras, escritas respectivamente en francés y en castellano.

En Huelva ha obtenido el profesor de la Escuela Nacional de Música, D. Fermín Ruiz Escobés, el premio ofrecido en concurso al mejor himno dedicado á Colón. Sea enhorabuena.

Tanto espacio ocupan en esta reseña los sucesos de carácter literario y artístico, sin estar agotados, que han de sufrirlo otros de menor importancia, quedando sin mención; pero uno la requiere, aunque los límites excedan de su ordinario espacio. La nao *Santa María*, fiel reproducción del vehículo del almirante de las Indias, flota ya en el arsenal de la Carraca, brindando á la curiosidad de nuestro siglo muestra tangible del arte retrospectivo.

La bahía de Cádiz ofreció el domingo 26 de Junio animación poco común con el movimiento de vapores que conducían invitados á la fiesta. Las puertas del arsenal se habían abierto al público; la música de la infantería de Marina atraia hacia la grada en que las banderas, paveses y asientos, marcaban el lugar de la ceremonia. A las dos de la tarde, después de las sublimes ceremonias con que la Iglesia pide al Todopoderoso protección para el vaso nuevo, presente el capitán general del departamento con su Estado Mayor, alegrando á la concurrencia señoras de cuenta, á una voz del ingeniero director, dió la prensa hidráulica impulso á la masa que, lenta al principio, rápida después, en obediencia á las leyes mecánicas, se deslizó por el plano inclinado, cayendo majestuosa en el líquido cuya superficie por un momomento abrió con su peso, produciendo oleaje anormal, á la vez que con cabeceo gallardo parecía responder á las aclamaciones entusiastas espontáneamente arrancadas á los espectadores.

Comparada con el crucero *Princesa de Asturias* que á la inmediación se construye, la *Santa María* es una navecilla de pigmeos, y al mismo tiempo un testimonio de audacia de gigantes. ¡Qué diferencias en capacidad, en solidez, en fuerza, en comodidad, con las fábricas colosales del arte naval de nuestros días! ¡Qué resultados tan distintos se

alcanzaron, no obstante, con tan imperfectos medios, y qué reflexiones sugiere el paralelo de los hombres que unos y otros utilizaron y utilizan!

Muchos varones temían que por olvido natural de las añejas prácticas ocurriera fracaso en el lanzamiento de la *Santa María* ó bien que resultara embarcación peligrosa, incapaz de salir á la mar; más de una dama aseguraba, en cambio, que saldría *perfecta* por tenerla ellas, españolas, puesta bajo el amparo y perpetuo socorro de la señora cuyo nombre lleva; los primeros han sentido con satisfacción disipado el recelo.

La *Santa María*, construida en sesenta y tres días, contados desde que tuvo sanción la ley de su existencia y se sentó la quilla, ha resultado con la línea exacta de flotación, ó lo que es lo mismo, con el peso y desplazamiento en el fluido que estaban calculados al trazar los planos, general y de detalle, resultado altamente honroso para el ingeniero D. Leopoldo Puente, y para los maestros y operarios que han ejecutado sus órdenes. Ahora se arbolará rápidamente procediendo al armamento, y cabe asegurar que podrá dar la vela en el puerto de Palos el 3 de Agosto próximo, como cuatro siglos ha lo hizo su homónima.

Tienen puesta la vista en ella los marinos de todas partes, porque es el de la restauración, alarde arqueológico no vulgar. Al mismo tiempo que aquí, se han hecho estudios teóricos en los Estados Unidos de América y en Italia. En Génova está encargado de construir modelos el capitán D'Albertis, que al efecto escribe una obra titulada *Arte nautica ai tempi di Colombo;* en Portugal se forman, por orden del Gobierno, otros modelos de las naos de Vasco de Gama, y habrá de ser por tanto la nuestra objeto de análisis y crítica ilustrada. La comisión que la dirige, habiendo apurado los recursos de investigación y ateniéndose en lo esencial, casco, arboladura, velamen, anclas, cables, enseres, artillería, armas portátiles, instrumentos, banderas, á los comprobantes, confía que respondan los resultados á sus trabajos y sobre todo á sus deseos de aceptación pública.

Han aparecido programas de nuevos concursos literarios y artísticos en Badajoz, Gerona, Zaragoza y Valencia, y los de fiestas populares en Huelva y la Habana. También el Ayuntamiento de Madrid las anuncia, proponiéndose organizar procesión cívica en que se represente con el mayor lujo y propiedad, la rendición de Granada, la salida de Colón de Palos, los Reyes Católicos y su corte, el regreso de Colón...

Allá lo veredes, dijo Agrajes.

CESÁREO FERNÁNDEZ DURO.

IMPRESIONES LITERARIAS

Paréntesis literarios.—*La Débacle.*—*Agridulces*, por A. de Valbuena.—Versos.

Achaque es de nuestras costumbres modernas la paralización casi completa de toda actividad durante los meses de verano; pero donde esta paralización llega á más alto grado es en lo referente á la vida literaria. En este punto el estío es un verdadero paréntesis, no interrumpido por la publicación de ningún libro. En los escaparates de las librerías no se ve, si se exceptúa la última colección de artículos de Luis Taboada, tan amenos y regocijados como todos los suyos, y de *La pelota y los pelotaris*, libro de actualidad escrito por Peña y Goñi, ni una sola obra española con el consabido cartelito de *Obra nueva*. Dijérase que en los meses estivales, el ingenio, invadido de invencible pereza, duerme pesado sueño que nadie es capaz de interrumpir.

En cambio en el mes último, un libro francés, *La Débacle*, ha fijado la atención y dispertado la curiosidad de millones de lectores. Pocos libros han tenido la resonancia que éste, recién salido de la biblioteca Charpentier. Más de 60.000 personas habían pedido ejemplares, y apenas el último pliego estuvo impreso, y el libro, húmedo todavía, brotó de la fecunda máquina, llovieron de todos los pueblos de Europa y América pedidos en demanda de la obra de Zola. A los pocos días de «aquel alumbramiento», millares de lectores saboreaban las páginas sombrías de la tragedia del último Imperio francés, cuyo desenlace ha trazado con pincel inimi-

table el autor de *L'assommoir*. *La Débacle*, penúltima jornada de la larga epopeya de los *Rougon Macquart*, puede considerarse como el acontecimiento artístico de más importancia durante los diez últimos años. Y esta importancia no depende tan sólo del valor artístico del libro, sino de la influencia que éste, más aun que los anteriores del mismo autor ha de ejercer en la marcha de la literatura.

No es mi ánimo hacer aquí el ánalisis de la última obra de Zola. Sugestionado aún por su lectura, asombrado por la vertiginosa pintura de la catástrofe descrita por el gran novelista ó por el gran historiador, que ambos nombres corresponden al autor de *La Débacle*, sólo tengo en el momento presente palabras de admiración para ese cuadro sombrío en que Francia, degenerada y epiléptica como los individuos de la raza de los Rougon, es aplastada bajo el pié formidable del gigante germano.

Hay en el libro de Zola algo de la severidad de Tácito, de la poética delicadeza de Lamartine y de la épica grandeza de Homero. En el gran lienzo del tremendo suceso historiado por el autor, aparecen sin género alguno de atenuación los dos pueblos rivales: el uno, el pueblo de Nana y de Cupeau, enfermizo, corrompido, herido en la medula, mal gobernado y decadente; y el otro, el pueblo alemán, fuerte y vigoroso, conservando aún el valor de Arminio y la austeridad primitiva de las selvas germánicas. Los dos pueblos luchan, y la victoria es de los más sanos y de los más fuertes: ley eterna de la selección que se cumple siempre con la justiciera fatalidad de la naturaleza, lo mismo en las luchas feroces de las bestias habitadoras de los bosques que en la conflagración de los imperios civilizados.

Zola, fiel observador de su fórmula artística, ajusta su relato á las leyes más estrictas de la verdad histórica. Su obra seméjase á un espejo de purísimas alindes en los que la imagen se refleja con tal fidelidad, que el observador llega á creer que el cristal no existe. El patriotismo del gran escritor no se traduce en injurias contra los prusianos, ni en disculpas para los franceses, ni en el falseamiento de los hechos, cosa á que son tan propensos los historiadores de la nación vecina. El patriotismo de Zola manifiéstase en la piedad inmensa y en el tono elegíaco de sus narraciones incomparables.

Cuando las dos masas enormes de hombres chocan unas contra otras, como impelidas por viento de tempestad, el libro adquiere la grandeza de la epopeya; Zola se

acerca á Homero. Los combatientes no se arrojan la lanza como los héroes de la Iliada, ni los dioses intervienen en la lucha. Los modernos combatientes se despedazan á cañonazos; pero el horror del combate y el furor de la pelea no son inferiores junto á las fortificaciode Sedán que bajo los muros de la ciudad de Príamo. Los cien episodios de la lucha se desarrollan ante la vista del lector, no sólo en lo que tienen de glorioso y de grande, sino en lo que ofrecen de repugnante y lastimoso. El autor nos muestra el conjunto y nos hace apreciar los detalles: sus ojos tienen lágrimas de piedad para todas aquellas desventuras, para las mujeres que huyen desoladas por los campos, para los lugares incendiados, para la juventud sacrificada, para los montones de muertos, para las mismas bestias, víctimas del loco furor de los hombres.

Episodios hay como el de la muerte de Weis, que puede competir con el de las puertas scayas, y escenas tan tiernas como la del encuentro del cadáver del artillero Honoré, escena que no es menos humana y conmovedora que la de Príamo á los piés de Aquiles reclamando el cadáver de Héctor.

En medio de la matanza de Sedán, iluminada por el incendio y entre el fragor de los cañones y el silbar de la metralla, se destaca melancólica la figura del emperador Napoleón, *monarca* también *de tristes destinos*, arrastrado por la fatalidad, obedeciendo automáticamente su mandato terrible vástago moribundo de una raza próxima á extinguirse, símbolo triste del Imperio francés, seguido de sus cien guardias como un rey de teatro, de sus comparsas, cubierto el rostro de afeites para disimular los estragos de repugnante enfermedad, acompañado de su ridículo tren real y arrastrando por en medio de toda la desolación del campo de batalla el propio y ajeno vilipendio, más desgraciado que cualquiera de aquellos anónimos combatientes despedazados y barridos por los cañones prusianos.

Ni una palabra de rencor, ni un sarcasmo tiene el novelista francés para aquel desgraciado con corona. Limítase á referir los hechos, dejando al lector que deduzca las consecuencias, y el alma de aquél siéntese profundamente emocionada al contemplar aquella majestad caída, caminando moribunda entre la befa y la cólera de su ejército deshecho hacia el real del Emperador germano, llevando en su espíritu desolación mayor que la sentida por el desventurado hijo de Layo, ciego y dolorido bajo el látigo implacable de la fatalidad.

En rigor, la acción novelesca se desvanece ante la grandeza colosal del hecho histórico. Los personajes ideados por el novelista se anulan en presencia de la ley misteriosa que mueve aquella muchedumbre humana, grande como enjambre de hormigas, pero como ellas insignificante y anónima. El mismo autor se siente arrastrado por la fuerza del asunto, y en vez de ser los personajes los que tejen la acción, redúcense á ser los instrumentos ó medios de que aquel se vale para hacernos asistir á todos los incidentes de la catástrofe.

La impresión que deja el libro—y creo que este mismo sentimiento han de experimentarlo hasta los mismos franceses—no es de venganza ni de odio; es de honda tristeza y de profundo abatimiento. Lo que hay de odioso en toda la trágica narración es la guerra, es la mísera condición humana arrastrada hasta la locura feroz de los combates y hasta el vértigo del exterminio, á causa de su condición efímera y de su propia debilidad.

Sin que, como más arriba dejo dicho, haya sido mi ánimo hacer el análisis de *La Debacle*, y sí sólo rendir aquí justo tributo de admiración al incomparable talento de su autor, he de hacer constar que, en mi entender, ninguno, entre todos sus libros, hay que despierte interés mayor ni que contenga tampoco más grande valor histórico. *La Débacle* es, en una palabra, la cúpula hermosa y admirable que sirve de coronamiento al edificio literario de los Rougón. De este conjunto de libros puede. decirse lo que Villemin dijo de las novelas de Walter Scot: «Son más verdaderas que la misma historia.»

* * *

Agrios y no *Agridulces* debieran titularse los artículos políticos y literarios que, coleccionados en *una primera toma*, acaba de publicar D. Antonio Valbuena. En casi todos ellos dominan el carácter satírico y la cáustica mordacidad, que son como la marca de fábrica del infatigable impugnador de la Academia.

En este libro, como en todos los del Sr. Valbuena, descuellan la pureza de la dicción y lo castizo de la frase; cualidades adquiridas no sólo en el estudio de la Gramática, sino en la frecuente lectura de nuestros buenos escritores del siglo XVI, de los cuales tiene también el autor de *Agridulces*, aquel aire de familia, aquel desenfado que tan bien parecen á los lectores españoles.

En cuanto á sus apreciaciones y á sus juicios, no merece el Sr. Valbuena tantos elogios. Apasionado sistemático y excesivamente mordaz, es no pocas veces injusto en sus censuras y violento hasta lo indecible en sus ataques.

De todos modos, su último libro, compuesto de artículos en su mayoría publicados ya en periódicos ó revistas, es de lo poco que se lee en España, escrito en buen castellano, y lo que vale más aún, pensado también en español.

***

A pesar de lo prosaico de los tiempos presentes, hay todavía quien escribe versos deleitándose en contarnos, en frases rimadas, las cuitas de su corazón ó las ilusiones de su fantasía. Á estos escritores les cuadra que ni de molde lo que Cervantes decía de los traductores: «En otras cosas mucho peores puede ocuparse el ingenio.» Pero es lo cierto que en esto de escribir versos no cabe lo mediano; poesía quiere decir, en último extremo, belleza, y el que no se sienta con fuerza para producir obras hermosas es mejor que deje á un lado el arpa, ó, por decirlo más poéticamente, que cuelgue la lira de los llorosos sauces como los cautivos junto al río de Babilonia.

En estos últimos día han llegado á mis manos tres libros de versos, titulado uno *Afanes eternos*, otro *El Contagio*, y otro, finalmente, *¿Quién compra carne?* De estas tres obritas (todas ellas tienen el mérito de la brevedad) la mejor es la primera. Su autor, D. José Durbán y Orozco, tiene cualidades de poeta, y entre las poesías que forman la colección encuéntrase alguna de verdadero mérito como la titulada *Idilio de una bujía*.

En *El Contagio* abundan los ripios más que los pensamientos propiamente poéticos. Alguna vez se encuentran descripciones aceptables; pero, en general, el Sr. Humarán, autor de *El Contagio*, no debe tener la pretensión de impedir con su última obra que se realicen los propósitos escritos en esta octavilla con que el autor da comienzo á su poemita.

> «Unos cuantos caballeros
> que se apodan modernistas,
> creyendo que se asomaban
> al balcón del porvenir,
> se reunieron ufanos,
> y en dos ó tres entrevistas
> probaron que estaba el verso
> llamado pronto á morir.»

Créalo el Sr. Humarán: con versos como los copiados, se da la ra-

zón á esos caballeros que se apodan modernistas.

¿Quién compra carne? Su autor, D. Rafael de Mesa, escribe lo siguiente á guisa de prólogo de su poema naturalista.

«Doy comienzo á mi relato con el mismo descaro que si se lo estuviera refiriendo á un amigo, sentado ante la mesa de un café, después de haber bebido tres ó cuatro copas de cognac.»

El Sr. Mesa cumple á la letra lo prometido. Lo que hay es que las conversaciones descaradas que entablan los amigos después de haberse bebido unas cuantas copas de cognac, no deben ser referidas á los lectores.

Francisco F. Villegas.

ÍNDICE

Páginas.

El Sitio de Sebastopol (conclusión), por el Conde León Tolstoy..... 5
El Rey Apepi, por Víctor Cherbuliez..... 31
A Virgilio (soneto), por M. A. Caro..... 100
Madame Jossu, por Teodoro de Banville..... 101
El Prusiano de Belisario, por Alfonso Daudet..... 107
Los Venideros (soneto), por M. A. Caro..... 111
Martín Alonso Pinzón (conclusión).—La Leyenda colombina, por José María Asensio..... 112
Las miserias de un dios en el siglo XIX, *por* E. Caro..... 148
Rola (poema), por Guillermo Belmonte Müller..... 158
Reseña crítica del centenario, por Cesáreo Fernández Duro..... 189
Impresiones literarias, por Francisco F. Villegas..... 200

España moderna

AÑO IV NÚM. XLIV

LA

ESPAÑA MODERNA

REVISTA IBERO-AMERICANA

DIRECTOR PROPIETARIO: J. LÁZARO

AGOSTO—1892

AGUSTÍN AVRIAL
IMP. DE LA COMPAÑÍA DE IMPRESORES Y LIBREROS
SAN BERNARDO, 92.—Teléfono núm. 3.074
MADRID

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

EDUARDO EL GUAPO

A M. CARLOS EDMOND

Mi querido amigo: Esta historia, que tiene la pretensión de ser verdadera, le pertenece á V., puesto que es quien me la ha referido, autorizándome para narrarla á mi vez. — *V. C.*

I

... Hace algunos años — nos dijo el doctor Mernel — vi aparecer, ó más bien reaparecer, en mi casa dos americanos, dos *yankees*, dos libres ciudadanos de la más libre de las repúblicas. No se conocían entre sí, pero yo los conocía muy bien á ambos. En otro tiempo habíales curado, al uno de una peritonitis aguda, al otro de una laringitis catarral. Se acordaban de ello; y habiéndoles traído nuevamente sus negocios á Europa, apenas desembarcaron en París vinieron á verme, satisfechos de saber de mí y de probarme que aún estaban vivos. Quiero mucho á los enfermos á quienes he curado; paréceme que han puesto para ello buena voluntad, que han hecho puntillo de honor el acreditar mis prescripciones, y les agradezco esta atención, que, á la verdad, no es común; en una palabra, me parece como que les estoy un poco obligado, y su nombre queda inscrito para siempre en el libro de oro de mi memoria. Tuve sumo gusto en ver otra vez á mis americanos; les encontré fuertes, robustos, prósperos, libres de toda avería, y para darles testimonio de mi satisfacción, con ese motivo me los llevé á comer á un café del bulevard.

Llamábanse el uno Mr. Severn, el otro Mr. Bloomfield; Mr. Bloom-

field era demócrata, Mr. Severn era republicano. Esto equivale á decir que Mr. Severn y Mr. Bloomfield nunca han estado ni estarán de acuerdo, sea en lo que fuere. Tal ocurrió durante la comida; fuera cual fuese el punto de que se tratara, en nada se entendían, salvo acerca de la excelencia de un vino *château-yquem,* que les gustaba infinito. Al principio me abstuve de hablarles de política, por temor de que se tirasen los trastos á la cabeza. No tardé en tranquilizarme; eran más serenos, más sentados, más flemáticos que muchos de sus compatriotas, y hubieran podido disputar durante veinticuatro horas sin entrarles ganas de estrangularse. A los postres ocurriósele á Mr. Severn, no sé con qué motivo, citar con elogios una frase «del malogrado é inolvidable Abraham Lincoln», asesinado pocas semanas antes por John Wilkes Booth. Mr. Bloomfield se estremeció ligeramente, luego se inclinó hacia su copa, la examinó algunos instantes, se la llevó á los labios y la vació de un solo trago. Esta fué toda su contestación.

De todas las malvadas y villanas acciones que nuestro pobre globo terráqueo ha visto realizarse en el transcurso de los siglos, tengo por la más criminal, la más inexcusable, la más insensata, el asesinato consumado por John Wilkes Booth en la persona del virtuoso presidente Abraham Lincoln. Siempre he sentido las mayores simpatías por aquel á quien los americanos llamaban *the old Abe,* por ese hombre salido de la nada, por ese hijo de sus propias obras, encargado por decretos del destino de gobernar y salvar la república, estrellada en la hora más crítica de su historia.

Al principio pareció inferior á su misión: burlábanse de él y le desafiaban á que llevase hasta el fin su abrumadora carga. El mismo parecía dudar de sus fuerzas, de su juicio y de su buena suerte. El Sur obtuvo ruidosas victorias; la rebelión creíase segura de su triunfo; la Europa, equivocada, creyó que los Estados Unidos habían muerto. Sin embargo, á medida que se acrecentaba el peligro, Abraham Lincoln sentía afirmarse su valor y veía más claro en su espíritu como en el de los demás. No tenía esos repentinos chispazos del genio que abrevian las reflexiones; estaba condenado á meditar mucho y por largo tiempo antes de saber con claridad lo que tenía que hacer; pero una vez que lo sabía, un rayo que cayese delante de él, no le hubiera apartado de su camino. Tenía un alma recta como un junco, la santa tenacidad, el tesón del bien, una virtud llena de seriedad, de reserva, de modes-

tia y de silencio. Apenas hablaba, pero hacía cuanto decía, cuidándose poco de lo que el universo pudiera pensar de él; su gran asunto era agradar á su conciencia, que Lincoln estuviese contento de Lincoln. ¿Qué le importaba ese humo que llaman la gloria? Tenía un deber sagrado que cumplir, llevaba á cabo su temible empeño con una sencillez perfecta, y salvaba á una república sin hacer más ruido ni ademanes que un leñador al atar su haz de leña, ó un zapatero al remendar un zapato que hace agua. Siempre había sido estimado, y acabó por conquistar la admiración.

Tocaba al término de sus esfuerzos; iba á descansar sobre sus laureles; la fortuna había cambiado; el Sur, vencido, rendía las armas; el general Lee acababa de capitular; la ciudad de Washington estaba de fiesta. En la noche del 14 de Abril de 1865, Lincoln va al teatro, donde iba con muy poca frecuencia; quiere tomar parte en el júbilo popular. Escuchaba la pieza sonriéndose, y aplaudía á los actores con la punta de los dedos. De pronto se presenta en su palco un hombre, quien le dispara una pistola; la bala le da detrás de una oreja y penetra en el cerebro. Todo el mundo se levanta, grita, corre hacía el. El asesino consigue escaparse; salta al escenario, lo cruza blandiendo un cuchillo, y antes de huir exclama con voz trágica: *¡Sic semper tyrannis!* Imaginábase el desdichado que acababa de matar á un tirano. ¿Lo creía así, ó aparentaba creerlo? Hay gentes con un cerebro tal, que creen todo lo que se les antoja.

—Alguno de Vds., señores—pregunté á mis americanos—ha tenido alguna vez ocasión de ver á John Wilkes Booth, y pudiera decirme qué clase de hombre era?

Mr. Bloomfield me respondió:

—No he tenido la suerte de conocer personalmente á John Wilkes Booth; y, para no molestar á nadie me abstendré de juzgar su acción. Además, estoy pronto á convenir en que este respetable caballero, al matar á Lincoln ha hecho una cosa enteramente inútil, y nunca debe hacerse nada enteramente inútil. Este respetable caballero se hacía la ilusión de que la muerte del tirano pondría fin á la tiranía; se ha equivocado, y ha pagado su error con la cabeza; pero confesaréis que su locura no es de una especie vulgar, que no á todo el mundo le es dado equivocarse como Bruto. Lo que está fuera de duda, señor, es que Booth era un alma de temple, guiada (ó, si queréis mejor, extraviada) por una noble pasión. Booth era un héroe, Booth era un patriota. Adoraba á su país, había decidido que la causa de los Estados del

Sur era una causa justa y santa, y que si ésta llegaba á sucumbir, él sería su vengador. Siempre había profesado ardiente admiración á una mujer, á quien uno de vuestros poetas no ha temido llamar el ángel del asesinato, y habíase jurado á sí mismo ser la Carlota Corday de los Estados-Unidos; cumplió su palabra. Vuelvo á decir que no quiero juzgar su acción, pues no me gusta disgustar á nadie; pero me permito afirmar que el día en que la humanidad, gracias al progreso de la razón pública, de la economía política, de las comodidades, de las artes industriales, de las máquinas de vapor, de la filosofía, de la filantropía y de todo lo que gustéis, no produzca ya personas como Carlota Corday y como Booth, valdrá un poco menos aún de lo que vale.

Después de terminar Mr. Bloomfield su profesión de principios, se puso á comer tranquilamente un alón de pavo trufado, sin ocuparse lo más mínimo del prodigioso escándalo que me había causado su arenga. Marat y Lincoln, Booth y Carlota Corday, ese paralelo me parecía tan odioso como ridículo, y me tenía casi sofocado. Mr. Severn aún lo estaba más que yo. Tomó la palabra á su vez, y dijo:

—Deseo no ser desagradable para nadie; pero me ha preguntado V., señor, si había conocido yo á Booth. Sí, señor, he tenido esa suerte, que es común á un considerable número de compatriotas míos. A la verdad, sólo he visto una vez á ese triste personaje, sin experimentar los más mínimos deseos de volverle á ver: me había costado seis pesos duros, que siento haber empleado tan neciamente. Era una pequeña ciudad del Oeste, donde me habían llamado mis negocios; aquella noche Booth representaba por primera vez el papel de Hamlet, y os ruego que me creáis por mi palabra que en él estuvo mal, muy mal, detestable. El célebre Junio Bruto Wilkes era un cómico muy distinguido, tan recomendable en su vida privada como aplaudido por su talento. John Wilkes Booth fué hijo muy indigno de un padre á quien todo el mundo admiraba y estimaba. A despecho de esta circunstancia, nunca hizo en el teatro sino una ruin figura; había comenzado á representar á la edad de diez y siete años, y al principio hizo concebir algunas esperanzas; pero había nacido medianía y despreciaba el trabajo. Asegúrase que una enfermedad de los bronquios le obligó á tomarse un descanso, y es probable que se disgustara de tal vida; en el fondo, se hacía justicia, sentíase con medianas facultades; pero primero se hubiera dejado matar diez veces que hacerle convenir en ello.

Es una raza muy peligrosa, señor, la de los artistas sin talento; como la tomen contra V., contra mí, tarde ó temprano tendremos que pagárselas. Booth era un verdadero farsante, hasta la medula de los huesos; farsante en todas partes, de día y de noche, en su casa y en sociedad. No abandonaba nunca las tablas, estaba siempre en un tablado; el mundo era para él un salón de espectáculos iluminado por una gran araña central, y á todas horas creía ver á sus piés las humeantes candilejas de la batería de un proscenio. El desdichado no tenía bastante alma para comprender á Sakespeare, pero sí la suficiente imaginación para componer dentro de su cabeza escenas de melodrama en que Booth desempeñaba el papel de protagonista, asombrando al público con la audacia de sus actitudes, con el fuego de sus miradas, con la sublime elocuencia de sus gestos. A fuerza de aplicarse á ello, tomó por lo serio su melodrama; llegó el día de representarlo *coram populo*, y al fin ha obtenido ese gran éxito de asombro, de emoción, de lágrimas y de espanto, que había soñado y perseguido en vano durante toda su vida. Para que Booth tuviese el placer de apoderarse del público una vez, de imponerse á su admiración, de hacerle decir: «¡Booth es un gran actor!», era preciso que Booth matase á Lincoln; y Booth ha matado á Lincoln. Tenga V. la seguridad, señor, de que una vez ejecutado su abominable hecho, ha pensado: «¡Ah! Lo que es ahora, los tengo cogidos, no tienen ojos más que para mí.» Esté V. convencido enteramente de que cuando atravesó la escena cuchillo en mano, feroces los ojos y erizados los cabellos, tuvo tiempo de decirse antes de huir: «¡Dios mío, qué guapo debo de estar, y cuánto daría por verme en un espejo!» Se lo repito á V., señor, todo es poco en punto á desconfiar de los hombres de semitalento, y en general de la raza de los comediantes, los cuales, á decir verdad, no todos están en el teatro. No me gusta ofender á nadie; pero me permito anticipar, afirmar, sostener que el asesino del presidente Lincoln era un cómico de tres al cuarto, que, como Vds. dicen, buscaba su *clavo*, y desgraciadamente acabó por encontrarlo.

A despecho de su flema, mister Bloomfield estaba rojo de indignación y ya no se ocupaba de su plato ni del pavipollo. Con los ojos muy abiertos y el tenedor al aire, meditaba una réplica fulminante. Temí que la conversación se agriase: una discusión parlamentaria y cortés favorece la digestión, una disputa la perturba. Me apresuré á cortar la palabra á Mr. Bloom-

field, y dije á mis dos convidados:

—A mi parecer, señores, los dos tienen Vds. razón y los dos no la tienen. Mi querido Bloomfield, concedo á V. que John Wilkes Booth era un Sudista convencido, fanático y hasta rabioso; pero dificilmente me persuadirá V. de que ese respetable caballero sea una Carlota Corday, ni de que el virtuoso Lincoln fuera un Marat. En cuanto á V., mi querido Severn, que sólo ve V. en él un cómico sin talento, estoy pronto á admitir que estaba execrable en el papel de Hamlet y que le sobra á V. motivo para sentir sus seis pesos duros; pero convendrá V. en que á ese pobre hombre no le faltaba imaginación. Las gentes que la tienen acaban por engañarse á sí propias; para emplear el modismo vulgar, «se arman un lío», figurándose que tal ó cual cosa ha acontecido, que sus pasiones imaginarias y ficticias son verdaderas pasiones, que el fantasma forjado por ellas es un ser de carne y hueso, que Lincoln es un horrible tirano y que Booth ha venido al mundo para matarle. Un día dícese el histrión: «Si yo fuese Bruto y llegara á convencerme de que Abraham Lincoln es César, elegiría con esmero sitio y hora. Quisiera herir á mi víctima ante una muchedumbre congregada, en pleno teatro. Después de levantarle la tapa de los sesos, me quedaría de pié con una actitud solemne y dramática, conservando mi pistola en una mano y blandiendo con la otra un puñal. Todos los hombres se levantarían sobresaltados para mirarme; las mujeres se desmayarían, y las que no se desmayasen exclamarían: ¡Dios mío, qué guapo es! En verdad que sería una magnífica escena.» Pues bien, á fuerza de pensar en ello el histrión, se empeña en creer en César y detestar sinceramente á Lincoln. Todas las noches alimenta su odio con biberón, antes de dormirse; al despertar, lo encuentra bajo la almohada, y una mañana descubre que tiene garras, verdaderos garfios, muy puntiagudos, muy ganchosos, que le han nacido durante la noche. Quizá en ese momento le da miedo, se arrepiente de haberlo alimentado demasiado bien, y le dice: Tate, querido, no nos enfademos, esto no era más que una broma. Pero no atiende á razones; le atormenta, se apodera de él, no le deja ningún reposo, quiere beber sangre... Pues ¡pardiez!, se la hará beber. ¿Quién podría decir, mi querido Severn, dónde empieza y dónde acaba la sinceridad? Booth era un farsante; pero al matar á Lincoln ha creído seriamente sentir estremecerse dentro de sí el alma de Bruto. Lo que me parece cate-

górico y probado es que estaba enfermo, caso en que se encuentran muchos asesinos. También apostaría á que durante algún tiempo se ha defendido contra la enfermedad y que á la postre ha llegado á amarla. Así sucede con todas las enfermedades del espíritu. De donde deduzco que si en tiempo hábil hubiera encontrado Booth un buen médico, y este médico le hubiese puesto un régimen refrescante, casi exclusivamente vegetal, y en caso necesario le hubiese administrado unas cuantas sangrías ó algunas duchas de agua fría á la cabeza, ó simplemente le hubiese exhortado á viajar, á distraerse, á divertirse, Booth hubiera podido vivir ochenta años sin matar á nadie. ¡Que no haya caído en mis manos! Poco hubiese yo podido, ó le hubiera curado.

A ninguno de mis dos americanos les gustaron mis conclusiones. Estuvieron conformes en contestarme que Booth era un mozo vigoroso, que siempre había disfrutado de una salud admirable y de una perfecta lucidez de espíritu; que había reflexionado con madurez su proyecto y lo había ejecutado con frialdad; que jamás había conocido la vacilación ni el arrepentimiento, ni ningún escrúpulo; que por otra parte, exageraba yo singularmente la eficacia de la medicina, la cual en rigor cura algunas veces la peritonitis y los catarros, pero á cuyo imperio no se someten las enfermedades del alma, y que no tiene específicos contra la fiebre del asesinato. Así es que se burlaron de mí, é hicieron las paces á expensas mías.

Me separé de ellos para ir á visitar á un enfermo, y no pensé más en John Wilkes Booth. ¡Es tan fácil pensar en otra cosa!

II

Cuando volví á casa hacia media noche—continuó el doctor Mernel—mi criado Juan, que acababa de entrar á mi servicio, y aún confundía los nombres y las caras, me anunció que una Marquesa estaba esperándome desde más de una hora, que tenía que decirme cosas urgentes, y parecía resuelta á no abandonar el sitio antes de haberme visto. Pasé á mi gabinete de consultas y allí encontré, arrellanada en un sillón, á una linda morena que no es marquesa y que se llama la señorita Rosa Perdiz. Con seguridad que la conocerán Vds., puesto que desde hace tres meses trabaja en los Bufos con cierto buen éxito.

Hasta entonces habíase hablado

poco de ella; había vejetado por algún tiempo en no sé qué teatro de obras de gran espectáculo, donde no representaba más que papeles mudos. Se le pedía que enseñara los ojos, los brazos, el escote y las piernas; y enseñaba todo esto concienzudamente y con la mayor gracia del mundo. Pero esta «figuranta» presentía haber nacido para cantar operetas, y esperaba su hora. De pronto se reveló su genio; ha abierto las alas y ha tomado vuelo. ¿Irá muy lejos y subirá mucho? Lo dudo. Tiene muy poquita voz, y más gentileza que talento; pero es tan bonita, que en rigor puede pasarse sin el resto. Tal es su opinión y la mía, y también el parecer del público.

No, yo no creo que sea de la madera de las «estrellas». Los artistas de porvenir, hombres ó mujeres, tienen mal carácter la mayoría, un poco de recóndita ferocidad, ó por lo menos desigualdades de humor, gusto por ahondar en lo tétrico, ruindades que pugnan por salir, una especie de malignidad natural y una inclinación por las picardihuelas. No cabe duda de que esta señorita tiene sus caprichos antojosos, sus fantasías; pero es incapaz de ninguna maldad. Es lo que se llama una buena muchacha; así la juzgan su director y sus camaradas. Tiene igualdad de carácter, no desea mal á nadie, se conforma con todo lo que la sucede, toma las cosas por el lado bueno y vive al día, sin alterarse por nada ni por nadie, poco curiosa por lo que ocurre acá abajo y mucho menos aún, me imagino, por lo que pueda ocurrir allá arriba.

Hace poco tiempo que la conozco; tenía la laringe delicada, como Mr. Severn; me fué dirigida por no sé quién, y quedó satisfecha de mis cuidados. Desde entonces continuamos siendo buenos amigos; como vive en mi vecindad, al pasar por delante de mi puerta se informa acerca de mí; y como está segura de ser bien recibida, viene á verme á menudo, ya para consultarme, ya para echar un párrafo. Siempre me han dicho que tengo una cara orondа y expansiva que inspira confianza; la señorita Perdiz me honra con la suya y se complace en contarme sus anécdotas propias como á su confesor. No me lisonjeo de que me lo diga todo; por buenas muchachas que sean, las mujeres nunca lo dicen todo. Por lo demás, su madeja es fácil de desenredar, y los casos de conciencia de que me habla no son asuntos muy complicados ni que la den mucho que roer. Lo que la atormenta mucho más es su pícara tendencia á engordar, que se pronuncia y va creciendo de año en año; acerca de esto me con-

sulta á menudo. La someto al régimen más severo, lo sigue con exactitud, pero nada la sirve para el caso. Algunas veces la digo:

—Mi querida niña, trate V. de adquirirse algún enemigo ó alguna enemiga, á quien detestar de todo corazón, ó algún cuidado grave, ó una de esas vivas pasiones que corroen y hacen enflaquecer.

Estos medios no están á su alcance; por más que haga esa buena muchacha, morirá sin haber conocido los cuidados, los enemigos y las pasiones vivas. Por eso no enflaquece, y antes de diez años estará redonda como una codorniz. Y será una gran lástima; ¡es tan linda!

Cuando empujé la puerta de mi gabinete, la señorita Rosa Perdiz, que con las piernas replegadas bajo el cuerpo y la cabeza echada atrás, papaba moscas ó contemplaba las molduras del artesonado, salió bruscamente de su meditación. Se puso de pié, vino corriendo hacia mí, y exclamó:

—¡Ya era hora! ¿Por qué se retira V. tan tarde á casa?

La miré con asombro: no tenía la cara de siempre. Nunca la había visto tan animada la tez, tan relucientes los ojos. La di un cachetito en ambas mejillas y noté que sus pómulos quemaban. La tomé el pulso, y lo tenía duro y capricante. Por vez primera en su vida, la señorita Perdiz tenía fiebre ó algo parecido.

—¿Qué es eso?—la pregunté.—Esta maquinita funcionaba á las mil maravillas. ¿Quién se ha permitido trastornarla?

—¡Ah, mi buen señor, si supiera V. lo que me pasa!

—¡Bah! No será nada. Dos días de descanso, tres tazas de camamila, y todo eso pasará.

—¡Esto no pasará nunca!—exclamó con tono trágico.

Luego, cogiéndome ambas manos y obligándome á sentarme, siguió:

—No estoy enferma, y no he venido á buscar al doctor, sino al amigo. ¡Acabo de hacer un descubrimiento!... Es una historia que necesito en absoluto referírsela á V.; me moriría si no se la contase á alguien, y justo es que le dé á V. la preferencia. ¡Le quiero á V. mucho, y es V. tan buen oyente! Por eso le adoran á V. todas las mujeres.

Miré á hurtadillas el reloj de sobremesa, que señalaba cerca de las doce y cuarto de la noche, y dije:

—¿Será largo?

La señorita Perdiz me miró indignada:

—¡Quéjese V.! ¡A media noche, y solitos los dos! A fe mía, conoz-

co muchos hombres que le envidiarían á V. tal desventura.

—Soy un ingrato. Vamos, querida, no se incomode V.; comience por el principio, no omita ningún detalle inútil, haga durar su historia hasta la mañana. Pero, en vez de recitar esa historia, ¿no podrá V. cantarla, ó por lo menos acompañarla con algunos trinos y gorgoritos en los pasajes adecuados?

Rosa movió la cabeza y los hombros, y respondió:

—Mi historia es muy seria, una historia que no se puede cantar. Ya me lo dirá V. cuando la termine.

Me arrellané en mi butaca y me resigné con mi suerte. La señorita Perdiz hizo unos gorgoritos, para hacerme formar idea de sus progresos y á la vez para aclararse la voz. Después me preguntó:

—¿Qué piensa V., doctor, acerca de *El Príncipe chiflado?*

—Absolutamente nada, pero pensaré de él todo lo que V. guste.

—Para ser una obra de magia y de espectáculo, puede afirmarse que era una pieza muy linda, donde comencé mi verdadera carrera teatral. Hasta entonces nadie había hecho alto en mí. ¡Es tan bruto el público! Hay que repetirle diez veces las cosas antes de que las comprenda; me había visto á menudo sin verme, sin advertir que yo no era una cualquiera. Lo echó de ver cuando en *El Príncipe chiflado* representé el papel del hada Melimeló. Sin embargo, yo no tenía más que una escena, como V. sabe, la tercera del quinto cuadro; y hasta en esa escena no tenía más que decir dos frases y cantar dos coplas. Pero hay que convenir en que el director había hecho las cosas en regla. Yo llevaba un soberbio vestido de brocado con estrellas de oro, cuya cola era llevada con toda ceremonia por diez pajes disfrazados de mariposas, una corona en forma de media luna en la cabeza, y en mi mano derecha una varita mágica, con la cual convertía al Príncipe chiflado en nabo. En estas y las otras llegaba la princesa Luciola, y no encontrando ya á su príncipe, me suplicaba que se lo devolviese. Yo la cantaba mis dos coplas para explicarla que su príncipe se veía perseguido por unos malandrines, y que yo le había convertido en nabo por pura caridad y con la intención de salvarle la vida.

La Princesa no comprendía ni pizca, y, como no cesaba de lamentarse, acababa yo por perder la paciencia; con otro golpe de mi varita de virtudes la transformaba á ella en remolacha; después de lo cual montaba yo en un hermoso celerípedo adornado con terciopelo carmesí, conducido por un lindo dia-

blito con traje amarillo, y ¡atiza, cochero, buenas noches!... Pero de veras, Doctor, ¿no ha asistido V. al estreno de *El Príncipe chiflado?*

—Me avergüenzo de ello, querida; crea V. que habrá sido menester para impedirlo algún asunto de una extremada importancia...

—Es lastimoso; siento mucho que no haya sido V. testigo de mi primer triunfo. Va á creer V. que exagero, y sin embargo le juro... Figúrese V. que el director había dicho: «Esta grulla nunca sacará partido de ese papel.» Llevó su mentís; es un mal hombre. ¡Me ha hecho más charranadas! Me alegro de no tener ya que ver más con él. El hecho es que aquella noche estaba yo guapa; y cuando esta grulla se presentó en escena con su brocado, su corona, su varita y sus diez pajes, le doy á V. mi palabra de que hubo como un estremecimiento por toda la sala; y ya comprende V. que, por más que digan, no le es dado á todo el mundo hacer estremecerse á una sala nada más que con presentarse y sin decir palabra, sin más que sonreir con aire modesto, pero fácil, para enseñar la dentadura. ¡Allí le hubiera querido ver á V. yo!

—Es un género de triunfo al cual renuncio en absoluto. Hace mucho tiempo que no lo gasto.

—Yo estaba muy conmovida: tenía corto el resuello y veía turbio. Había tenido un miedo horroroso de que no me resultara la salida, y decía para mí: «Lo que es si ahora no reparan en mí, estoy perdida, se acabó y ya no me queda más que meterme en un convento.» Bien pronto quedé tranquila; había hecho mi negocio, canté á la perfección mis dos coplas, las cuales me hicieron repetir. Cuando hube concluido, pasé la mirada por aquella gran sala llena de gente, ocupada en mirarme. De pronto me pareció que entre aquella multitud había alguien que me miraba aún más que los otros; y vi en las butacas, en la punta de la sexta fila, junto al pasillo, un hombre que debía de ser un extranjero y cuya figura me chocó. Tenía una cabeza hermosísima, bella presencia, aire altivo y resuelto, color pálido, grandes ojos negros, fino bigote, y unos cabellos negros rizados naturalmente. No me había equivocado; aquel hombre me miraba más que todo el mundo. No me perdía de vista, se me comía con los ojos; para él, la pieza era yo. No podía por menos de mirarle yo también, y cada vez que me volvía hacia su sitio, encontrábale sumido en su éxtasis, inmóvil como una estatua, con unos ojazos que le salían de las cuencas para pasearse en torno mío. Tenía un aspecto muy aplicado, se lo aseguro á V.,

muy abstraído; me estaba aprendiendo de pe á pa, como un cura se estudia el Breviario. En fin, llega mi celerípedo, monto en él y desaparezco por entre bastidores, donde los tres autores, sin olvidar al compositor, me besaron por turno en las dos mejillas. En cuanto á mí, maquinistas y bomberos, á todo el mundo hubiera querido besar: estaba ebria, loca de gozo, con tanto más motivo, cuanto que la gran Matilde... Doctor, ¿conoce V. á la gran Matilde?

—Tan poca cosa, que es casi nada —respondí.

—Siempre me ha tenido envidia. Pues bien, en aquel momento, á pesar del colorete estaba tan amarilla como un membrillo, tenía apretados los dientes y si hubiera podido arañarme... La verdad, aquello me dió gusto; aunque soy buena muchacha, nunca la he podido tragar. Desagradable en las tablas, insoportable en casa, pregunte V. á quien quiera y todos le dirán que es una mala pieza; además de eso, ni miaja de talento y treinta años bien cumplidos, diga ella lo que diga. La prueba es que...

—¿Y el desconocido?—interrumpí, para acabar con la gran Matilde.

—¡Oh, el desconocido! Tenía yo tantas cosas en qué pensar que estuve veinticuatro horas sin volver á pensar en él. Pero la noche siguiente, al acercarme al proscenio, la primera cara que vi fué la suya. Ocupaba la misma butaca que la víspera, y en seguida comprendí lo que eso quería significar. Esta vez había llevado los gemelos, que tuvo de continuo asentados contra mí. Aquellos gemelos, que no me soltaban, inquietábanme, me trastornaban, me producían distracciones, y en poco estuvo que no me hiciera olvidar mi papel. ¿Qué le diré á V.? Encontraba á aquel hombre muy guapo, pero me daba miedo. Lo cierto es que me ponía nerviosa; no sabía si estaba contenta ó contrariada de verle allí. Dos horas después supe por una acomodadora que era inglés y que había tomado la butaca para quince días. Efectivamente, allí estaba la noche siguiente, y la otra, y la otra; y á la tercera me pregunté: «¿Qué va á suceder aquí?» Y sucedió sencillamente que recibí un ramo de flores, que conservé, y una joya, que no conservé. En el ramo había una esquela, y en la esquela unos versos ingleses, que hubieran sido gringo para mí, si el desconocido no hubiera tenido la buena idea de acompañarlos con una traducción francesa que le voy á recitar á V., porque tengo buena memoria. Escuche V. esto, y trate de no enternecerse: «Que la tierra, los cielos, el mundo entero, todas

las cosas me sean testigos de ello. Aun cuando fuera digno de ceñir una corona imperial; aun cuando fuera el joven más hermoso que en todos los tiempos haya deslumbrado los ojos; aun cuando tuviera una fuerza y una ciencia más grandes que las que jamás haya poseído mortal alguno, tendría en nada todos esos bienes si me faltase tu amor: pero, si alguna vez llegas á amarme, pondré á tus piés todo cuanto poseo, y me consagraré á tu servicio. ó me dejaré morir de felicidad.» Vamos, ¿qué dice V. de eso, Doctor?

—Tenga V. la seguridad — contesté á la señorita Perdiz— de que el desconocido había tomado esos versos de alguna obra de Shakespeare. Esto prueba que conocía la literatura y que la enjaretaba en su correspondencia amorosa. Si yo fuese mujer, de todos los defectos éste es el que más trabajo me costaría perdonar.

—¿Y por qué, desde el momento en que va la traducción al lado? Dos días más tarde, si no lo toma V. á mal, recibí otro ramo de flores.

—¿Y otra alhaja?

—Ya le he dicho á V. que devolví la primera. En cuanto á la segunda carta, era más breve que la primera; tres líneas á lo sumo, que decían así: «Cuando hablas, quisiera oirte siempre hablar; cuando cantas, quisiera que todo lo hicieses cantando; y si alguna vez te viera bailar, querría que fueses una ola del mar, á fin de que no acabaras nunca de bailar.»

—¡Oh! Lo que es ahora, ó mucho me engaño, ó eso es de Shakespeare. Lo siento, hija mía, pero el amor que por V. sentía el desconocido era amor literario y aprendido; y quiero creer que V. no le habrá otorgado nada antes de que él consiguiese ofrecer á V. alguna cosa de su propia cosecha.

—Espere V. El tercer billete, que acompañó al tercer ramo, no se asemejaba á los otros dos. Su letra era estrafalaria; consistía en patas de araña que subían de la cueva al granero. Dos veces tuve que repetir la lectura para descifrarlas, y leí esto: «Os conjuro á ello, decid que sí, y salvaréis la vida á dos hombres. Mañana por la noche, al montar en el velocípedo, volved la vista hacia mi lado, describid un círculo con la varita, y os bendecirá para siempre quien os adora y se atreve á llamarse vuestro Eduardo.» Al fin sabía su nombre, y algo es algo; pero, créame V., las patas de araña me dieron mucho que pensar. Estaba perpleja, muy inquieta. Aquella noche no dormí ni tres horas, y al despertarme hice más reflexiones en el espacio de veinte minutos que había hecho durante

toda mi vida, es decir, durante veintidós años y siete meses... Porque no temo decir mi edad. «Si decís que sí, salvaréis á dos hombres...» Esta frase venía sin cesar á mi memoria, y me pareció que el guapo Eduardo aún era más loco que hermoso. El hada Melimeló tuvo una gran disputa con Rosa Perdiz. El hada gustaba de los misterios, las aventuras, los ojos negros y los bigotes rizados; Rosa Perdiz desconfiaba de los locos. Cuando le cogen á V. no le sueltan á tres tirones; es un asunto endemoniado el desembarazarse de ellos, y si es verdad que algunas veces causan placer, no suele durar mucho.

—Nada hay más cierto—dije á la señorita Perdiz.—El placer pasa y el loco queda.

—Bueno es también que sepa V. que acababa yo de heredar de mi madre, que lo heredó de no sé quién, un viejo, viejísimo loro, al cual había enseñado ella á decir: «¡Por Dios! Juicio, señorita, juicio.»

—En tanto que la caridad lo permita—añadí yo.

—V. es quien lo dice; los loros no lo saben tan largo. *Jacquot* gritaba todo el día: «¡Juicio!», y nada más. Lo gritaba con una voz tan penetrante, que me producía mucha impresión; á veces me amedrentaba y todo. Por más que digan, un loro es alguien. Cuando se me había puesto en la cabeza hacer una tontería, tiraba una servilleta á la jaula de *Jacquot*, lo cual hacíale callar al instante. Pero aquel día la servilleta no produjo efecto, sino que el avechucho gritó más fuerte que nunca: «¡Juicio!» Y dije para mí: No es *Jacquot*, sino Dios misericordioso, quien habla... Yo siempre he creído en el misericordioso Dios. ¿Y V. cree en El, Doctor?

—Un poco más que en *Jacquot*—la contesté.

—Bien se echa de ver que V. nunca ha tenido loro; yo no comprendo que se pueda vivir sin ellos. Son animales que nos conocen, puesto que nos llaman por nuestro nombre. ¡Y era tan hermoso *Jacquot!* Jamás habréis visto otro que fuese más rojo, ni más verde, ni más amarillo. ¡Y qué pico! ¡Qué moño! ¡Qué manera de guiñar los ojos y de rascarse la cabeza! Estaba lleno de malicia, y, sin embargo, tenía un corazón de oro. ¿Creerá V. que durante una ausencia mía permaneció una semana sin querer comer? Pregúnteselo V. más bien á mi portera. ¡Ah, si los hombres supiesen amar así!... Pero me hace V. perder el hilo de mi historia. Pues bien, cuando llegué por la noche al teatro, no estaba segura de lo que haría. Decía que sí, decía que no, sin saber en qué parar.—¡Bah!—pensé—echemos pajas: según lo que

me diga su rostro esta noche, así me decidiré.—Y hubo que me desagradó su cara. Al acercarme al proscenio le miré con el rabillo del ojo. Se le ocurrió pasarse la mano derecha por los cabellos con aire vencedor, y se puso á sonreirse. Tenía una expresión de contentamiento que no me hizo gracia; estaba seguro de su victoria, se lisonjeaba de tener ya tomada la plaza. Le miré de nuevo, y se sonrió otra vez. Llevaba él en la mano una bombonera llena de grajeas, las cuales mascaba con buen diente, y esto quería decir: «Te pesqué; dentro de poco te meteré el diente.» Yo le respondí para mis adentros: «Puesto que así lo piensas, aguarda un poco, mi buen amigo; dentro de poco te llevarás chasco.» No le miré más, y cuando llegó el celerípedo no se movió la varilla entre mis dedos. Antes de salir del escenario volví la cabeza; su butaca estaba vacía.—Vamos, se acabó, no le volveré más á ver—pensé;—después de todo, ¿qué me importa?—Mentía, Doctor, porque me importaba un poquillo.

—¿Y cuando ha vuelto V. á verle?—pregunté.

—Más pronto de lo que V. se figura; pero no vaya V. á creer que he ido yo en su busca. Sabe V. que yo no representaba en los últimos cuadros; no eran las once cuando me fuí á casa. ¡Estaba crispada, nerviosa, pero muy nerviosa!... Le armé un tiberio á Julia, mi antigua criada, por haberme hecho esperar dos minutos en el descansillo, antes de salir á abrirme. Esa chica era una aturdida, y, lo que es peor, una solapada; mucho tiempo hacía que estaba descontenta de los servicios de ella. La dije que no la necesitaba, que me desnudaría sola, y la mandé que se acostase. Después de que me dejó sola, me quedé algunos instantes meditando. De pié ante el espejo, preguntábame: «¿He hecho bien? ¿He hecho mal?»... Me pareció seguro que había hecho bien. Sin embargo, decía para mí: «Si hubiera trazado un redondel con mi varita, estaría él aquí, y al cabo sabría yo por qué misterio sólo depende de mí el salvar la vida de dos hombres...» De pronto pasó no sé qué por el espejo; reflejábanse en él las cerradas colgaduras de mi lecho, y las vi agitarse, luego entreabrirse y salir de ellas un hombre. Ya habrá V. adivinado que era él. Lancé un grito penetrante, me volví muy tiesa, y dije:

—¡Ah! ¡En verdad, caballero, que esto es un poco fuerte! ¿Cómo es eso?... ¿Quién le ha permitido introducirse hasta aquí?

Con una sonrisa guasona, me contestó:

—Querida mía, su doncella tiene

buen corazón; le da lástima de los desgraciados, cuando la prueban con buenas razones que son dignos de su interés; las que yo he dado la han parecido suficientes.

En seguida se endereza con toda su estatura, levanta la barba, frunce las negras cejas, y con voz imperiosa, casi amenazadora, me dice:

—Preciso es que tú quieras, puesto que yo lo quiero.

Y al pronunciar estas palabras, avanza hacia mí con los brazos abiertos.

Por buena muchacha que una sea, Doctor, no es cosa de que gusten cierta clase de sorpresas, ni que las gentes se permitan entrar en casa de una como en un molino. Me pareció que el guapo Eduardo iba un poco deprisa en los negocios, que sus procedimientos eran bruscos y hasta brutales. Esto me desagradó muy mucho, y me propuse emplear una resistencia en toda regla. En el momento en que pensaba él haberme atrapado, me escapé de su lado, y fuí corriendo al balcón, diciéndole:

—Como dé V. un paso, pido socorro y sube la pareja.

Meneó la cabeza, como si dijera: «A otro perro con ese hueso.» Y dirigióse al balcón. Pero cátate que desde un rincón del dormitorio, una voz penetrante se pone á gritar:

—¡Por Dios, ten juicio, ten juicio!

Mi hombre se detuvo como clavado en su sitio, con los ojos fijos y la boca abierta. Tenia un aire tan corrido, tan aturrullado, que en un tris estuvo que no me echase á reir. ¿Quién había hablado? Me pienso si supuso que sería el diablo, pues volviendo la casaca, se encaminó á la puerta, luego á la escalera, después á la calle... Y vea V., Doctor, de lo que es capaz un loro que se despierta á tiempo.

—De buena fe—dije á la señorita Perdiz—si *Jacquot* no hubiese gritado, ¿hubiera V. llamado á los guardias?

—A pregunta indiscreta, contestación nula—replicó.—La verdad es que estaba encolerizada; y prueba de esto que digo, es que al día siguiente por la mañanita di la cuenta á Julia; entiendo de bromas, pero ésta era demasiado fuerte. Tras de la cual pasaron dos semanas sin que el guapo Eduardo pareciese por el teatro.

—¿Quién se mordió los dedos por eso?—la dije.—Fué el hada Melimeló. Todas las noches contemplaba con tristes ojos una butaca vacía, y descargaba su mal humor contra la señorita Perdiz, á quien decía: «Eres una necia, amiga mía, y la otra noche tuviste un acceso de mojigatería bastante ridículo. No

sabes de sociedad, no se despide así á las gentes, no se huye hacia el balcón; los balcones no deben servir para eso. Cuando la felicidad entra en casa un poco bruscamente, por la puerta ó por la ventana, no se le amenaza con hacerla prender por los civiles; se la suplica que se siente, se tiene una explicación con ella, y las personas que se explican acaban comúnmente por quedar conformes. Pero, cuando una se incomoda, cuando se hacen arrumacos y ruido, despiértase *Jacquot*, grita, y el guapo Eduardo se va y no vuelve más.» He aquí un razonamiento al cual nada tenía que responder la señorita Perdiz.

—Es preciso ser justo, Doctor—exclamó esta.—Póngase V. más bien en mi lugar.

—Pues me parece, querida, que me pongo todo cuanto es posible ponerse en él.

III

La señorita Perdiz se calló un momento—prosiguió el doctor Meruel;—después me dijo:

—Veamos, mi buen señor.; V. que es tan listo, tan agudo, tan ingenioso, tan sagaz; V. que todo lo adivina, ¿ha adivinado V. qué clase de hombre pudiera ser ese guapo Eduardo?

—Ni siquiera nada—la respondí.

—En ese caso, déjeme V. continuar mi relato. Doctor, V. que pretende saberlo todo, ¿sabe V. cuál es el mejor medio para consolarse de una pena? Pues es tener otra; y eso fué precisamente lo que me sucedió. Mi vieja bruja, á quien había puesto de patitas en la calle, juró que se las había de pagar y me hizo una de las suyas. Antes de marcharse, dió perejil á *Jacquot*, el cual murió; y faltó poco para que yo misma muriese de desesperación.

Sin embargo, como he nacido razonable, reflexioné que pasa con los loros como con los reyes:—*¡Jacquot* ha muerto, viva *Jacquot!*» Un día que pasaba por el muelle del Louvre, entré en una tienda de pájaros, donde encontré lo que buscaba. El tendero era un árabe, y nos costó sumo trabajo entendernos. Mientras discutíamos, héte aquí que se cubre el cielo y se rompen las nubes. Cuando salí de la tienda, con mi loro debajo del brazo, llovía á cántaros, y ni un simón en la plaza; juzgue V. de mi apuro. Pero, como por ensalmo, párase un coche cerrado que pasaba; baja de él un hombre y se acerca á mí. Era él. Le aseguro que V. no le hubiera reconocido: tan sumiso, humilde, res-

petuoso, contrito y arrepentido era su aspecto. A pesar de la lluvia que caía, estaba con la cabeza descubierta, con el espinazo doblado por mitad y apenas se atrevía á mirarme.

—Por favor—dijo—acepte V. mi carruaje; V. dirá á mi cochero dónde debe llevarla.

Me pareció que había en esto un aviso del cielo, y le respondí riéndome:

—Esta vez diré que sí.

Subo, cierra la portezuela, me saluda de nuevo y se aleja á reculones. Me asaltó un escrúpulo; yo no quería que este hombre se mojara, y le dije con dulzura:

—Pedazo de panoli, hay sitio para los dos.

Aún no había concluido mi frase, cuando ya estaba instalado junto á mí; partimos. Cinco minutos llevábamos rodando, sin que él hubiera hallado una palabra que decirme. Acurrucado en su rincón, me miraba de reojo, retorciéndose el bigote con los dedos; tenía mucho miedo de que yo me enfadase, y el aspecto de un perro que ha llevado un latigazo y lo recuerda. Para darme pisto, iba yo acariciando á mi loro. Viendo un rayo de luz, el bello Eduardo exclama:

—Si no es el demonio, este pájaro fué quien la otra noche me puso en fuga.

—No es él, sino otro que ha muerto de resultas.

Estaba roto el hielo y entablóse conversación. El me dijo:

—¿Me tiene V. tirria siempre por aquéllo?

—Mucha, y confesará V. que hay su por qué. ¿Con quién se había V. figurado que trataba? ¿Me toma V. por una tonta á la cual se le hace creer todo lo que se quiere, y que se imagina que dejándose amar salvará la vida á dos hombres?

Irguióse como con sobresalto, se puso muy pálido, comenzó dos frases sin acabarlas, y por fin consiguió decir:

—Dispénseme V., mi carta no tenía sentido común. Yo no tengo la culpa: el hada que convierte los príncipes en nabos me ha vuelto loco.

Y cogiéndome los dedos, sin apretar y siempre dispuesto á soltarlos, añadió:

—Soy un pobre enfermo, V. es mi médico. ¿Qué es eso de que un médico se niegue á curar á sus enfermos?

Por fin había arrancado, había tomado vuelo. Habló de un tirón durante diez minutos, pasándose la mano izquierda por la frente ó poniéndola sobre su corazón, mezclando inglés con su francés, cómico con su trágico, versos con su

prosa; había allí de todo, como en botica. Yo no comprendí ni la cuarta parte, y no sabría repetirle á V. su cantilena, pero la música era bonita.

—Y á todo esto, ¿qué decía *Jacquot II?*—pregunté á la señorita Perdiz.

—¡Ah, no se habían acordado de enseñarle á hablar! Llegamos á mi puerta, y me apeo del coche. El guapo Eduardo se quita el sombrero y me dice:

—¿Me permite V. que venga mañana á la misma hora para informarme de cómo sigue su loro?

Le respondí con un gesto que significaba: «Inténtelo V., no respondo de nada...» Efectivamente, al otro día se presentó en casa, pero yo no estaba.

—Pero á los dos días estaría V. —la interrumpí— y habría en el mundo otro hombre feliz más.

Estas desdichadas palabras produjeron en la señorita Perdiz un impulso de violenta indignación. Se levantó bruscamente, rechazó con el pié su silla derribándola, y creí que iba á quedarme sin saber el final de la historia.

—Me voy—exclamó,—y no volverá V. á verme más. La verdad verdadera, Doctor, es que es V. demasiado impertinente. ¡A los dos días! He ahí lo que tiene el ser médico, ejercer un oficio que obliga á ver mala gente. Ya no cree V. en la virtud de las mujeres. ¡Pues qué! ¿No hay principios en este mundo, ni siquiera una chica honrada? ¿Me confunde V. acaso con Fulana y Mengana, á quien podría citar por sus nombres? ¿No sabe V. que he sido educada en un convento (sí, señor, yo que le estoy hablando), que allí he recibido la educación más esmerada y distinguida, que allí he aprendido la gramática, la astronomía, todo lo que aprenden las señoritas de más alta alcurnia? ¡A los dos días! ¿Por quién me toma V.? Sepa V., para su gobierno, que á ese pobre hombre le he hecho penar durante ¡ocho días mortales!

—¡Ocho días mortales!—exclamé.—Basta. ¡Creo en la virtud!

La calmé diciéndola muchas palabras afectuosas, y para tranquilizarla del todo la presenté un frasquito de sales inglesas, que aspiró sin hacerse de rogar. La agradaron las sales y encontró de su gusto el frasco, que en efecto era muy bonito. Después de interrogarme con la mirada, se lo metió en el bolsillo. Luego consintió en reirse; y cuando hube levantado su silla, en la cual hice que volviera á sentarse, dijo:

—Durante un mes estuvo encantador, é imagino que ese fué el tiempo más venturoso de mi vida.

Era dulce, muy dulce, obediente, lleno de cumplidos, de pequeñas atenciones, y se ocupaba con asiduidad en satisfacer todos mis caprichos. No tenía yo más que decir una palabra, y le hubiera hecho andar en cuatro patas. Me amaba con locura, y ésta es la buena manera: sólo los locos saben amar. Sólo de mí hubiera dependido que tirase el dinero por la ventana y que viera pronto el fondo de su caja, la cual sospecho que no era muy pesada. Por fortuna para él, la modesta joven con quien tenía que tratar, no se gloría de arruinar á un hombre, como la gran Matilde, y siempre ha preferido los placeres sencillos á los costosos; y placeres sencillos pueden tenerse todos cuantos se apetezcan con tres mil francos al mes, pongamos cuatro mil, por supuesto, sin contar con el vestir. En resumen, estaba contento, encantado con su adquisición, y también él me gustaba cada día más. Es tan grato para una mujer gobernar con una varita á un hombre que la ha dado miedo, como poseer un perrazo que ladre á los transeuntes y al cual pudiera darle más golpes que un batán, sin que ni siquiera enseñase la punta de los colmillos.

Yo no tenía más que una contrariedad. El guapo Eduardo era siempre para mí un desconocido; imposible saber quién era. Al preguntárselo, unas veces se atrincheraba tras de un obstinado silencio, otras me refería mil patrañas. Un día me dió su palabra de honor más sagrada de que era un príncipe perseguido por su familia, que había resuelto vivir oculto hasta la muerte de su padre, que entonces reivindicaría sus derechos y reclamaría su corona, la cual estaba á la sazón en prenda en poder de los judíos. Me creía más imbécil de lo que soy. Me han enseñado desde la más tierna infancia...

—¿En el convento?—pregunté interrumpiéndola.

—Sí, en el convento... Me han enseñado que todos los príncipes son rusos ó italianos, y que los judíos no les prestan dos cuartos sobre su corona. Otra cosa que no sabía entonces aún, pero que después he aprendido, es que los verdaderos príncipes, los que han de reinar, accionan poco y en todos los asuntos de este mundo se van derechos al grano. Pues bien; en los días de buen humor, el guapo Eduardo encontraba particular placer en ensartarme largas tiradas de versos ingleses, acompañándolos con grandes ademanes. Es igual; los gestos tienen su encanto, y los suyos me gustaban...

—¡Al cabo lo entendí!—exclamé.—El bello Eduardo era un prín-

cipe de teatro en vacaciones, que se valía de V. para no olvidar el oficio.

No se dignó contestarme.

—Se lo repito á V.—continuó ella—durante un mes estuvo hechicero. Y, sin embargo, mi madre no le quería, diciéndome: «Ese hombre no me gusta.» Y yo la preguntaba: «¿Por qué te disgusta?» Y ella me respondía: «No sé por qué, pero me desagrada. Tiene en los ojos algo que no me hace gracia. Ya verás cómo es un mal genio, que te hará alguna trastada; harías bien en deshacerte de él.» Reñíamos por eso; ya sabe V. que algunas veces nos peleamos. Yo la quiero mucho, ella me quiere mucho; ¡pero tiene un carácter tan pijotero! Es preciso que todo suceda según su idea, á su modo. Por eso no vivimos juntas... ¡Oh! Doctor, no tengo nada que echarme en cara, pues á menudo la he propuesto que se venga á vivir conmigo, y tengo sitio para ella; pero me sale con que la gusta vivir sola, lo cual no impide que siempre esté metida en mi casa, teniendo que decir de esto, de lo otro y de lo de más allá...

—Bueno; con que durante un mes estuvo hechicero—interrumpí con impaciencia.

La señorita Perdiz me miró con aire regañón, y enseñándome con el dedo el reloj, dijo:

—Todavía no son más que las doce y tres cuartos. ¿Tiene V. alguna ocupación esta noche?

—¿Y V., querida mía?—la pregunté.

—No pase V. cuidado por mí; *él* no está en París. Pero, de veras, hace V. mal en no escucharme; no se imagina V. la sorpresa que le preparo.

—Vaya por la sorpresa; pero tratemos de llegar á ella. Por amable que sea la compañía, nunca me ha gustado quedarme á medio camino.

—Paciencia, ya llegamos. Una noche que había ido á buscarme al teatro me hizo notar que estábamos en el comienzo de la primavera, que el aire estaba tibio, que alumbraba la luna y que sería delicioso pasar la noche recorriendo los bosques. Me pareció buena su intención, y partimos. Caminamos hasta el amanecer, tan pronto en coche como á pié. Yo no tenía la más mínima idea de á dónde íbamos ni de dónde estábamos. Sólo me acuerdo de que había sitios en que olía á violetas; también recuerdo que á ratos me entraba miedo, pues á la luz de la luna creía ver fantasmas blancos que me miraban. Eduardo se desternillaba de risa con mis temores, y me explicaba que los álamos blancos no son más que álamos blancos; en verdad, que tenía ra-

zón. Al amanecer me dormí. Al despertarme conocí dónde estábamos: era en Villebón, y jugamos al disco hasta la hora de almorzar. Pusieron los cubiertos en un pabellón, donde no he querido volver á entrar desde entonces; le guardo rencor, aunque es muy lindo. Gasté cinco minutos en alisarme los cabellos, que estaban muy despeinados.

Cuando me reuní con Eduardo, acababa de desdoblar un gran periódico inglés, que había llevado consigo en el bolsillo. Pasó la vista por él, palideció, y apretando los puños, exclamó:

—¡Oh, miserables! ¡Los reconozco en eso!

—¿Qué han hecho?—le pregunté.

Sólo me contestó encogiéndose de hombros; se puso de nuevo á leer, y otra vez apretó los puños.

—¡Está bien!—le dije.—Me estás aburriendo, y hemos venido aquí para divertirnos. ¿De qué se trata? ¿A quién te refieres? Déjame tranquilas esas gentes, yo no las conozco. Que son unos horribles malvados: sea. ¿Y á ti, qué te importa?

Le arranqué el periódico de entre las manos, hice con él una pelota y lo tiré muy lejos á la hierba. Estuvo á punto de enfadarse, y me enseñó los dientes; pero mudó de parecer, cambió de fisonomía, y me dijo:

—Palabra de honor, tienes razón... Que hagan lo que les dé la gana. ¿Qué se me da á mí?

—Ni pizca—le respondí.

—Absolutamente nada. Te adoro, tengo un hambre canina, y vamos á almorzar.

Inclinóse hacia mí y me miró con fijeza á través de la mesa.

—Tienes los más lindos cabellos oscuros, la boca más linda del mundo; y esos cabellos oscuros, lo mismo que esa boca, son míos y sólo míos. En el ángulo de la mejilla tienes un hoyuelo; también es mío.

Y llenando la copa, añadió:

—Creo en el hoyuelo de Rosa Perdiz, y creo en el corazón del hada Melimeló. He ahí todo. Me c... en lo demás. Lo demás no es nada, absolutamente nada.

Se puso á comer con gran apetito y á beber como un polaco. Traté de moderarlo, pues por experiencia sabía que su borrachera era colérica. Perdí mi trabajo; había jurado embriagarse, porque de vez en cuando decía: «Bebamos otra botella, y no pensemos más en eso.—¿En qué? —En nada.» Sin duda en quienes no quería pensar más era en «esos miserables», y los olvidó por completo. Su alegría iba siendo ruidosa; no hablaba, sino que soltaba mil extravagancias. Acabó por emprenderla con copas y platos; todo lo rompió, porque decía que nadie era

digno de comer en un plato donde había comido Rosa Perdiz, ni de beber en una copa que habían tocado sus labios divinos. Esto de «divinos» lo decía él, y no soy yo quien se lo hago decir.

Al principio me divertían sus locuras, pero no por mucho tiempo. Me gusta el jolgorio, pero no el barullo; tampoco me hace gracia que se gaste tontamente el dinero, y ya comprenderá V. que la vajilla rota figuró en la cuenta. Lo que sobre todo detesto son las disputas; y cuando Eduardo estaba bebido, tenía una cabeza perra que no atendía á razones. Se puso á reñir con el mozo que nos servía, con el fondista, con los campesinos, con su silla, con el viento, con todo el mundo. Estaba viendo cuándo nos iba á meter en un lío. Le cogí el bastón y le amenacé con cruzarle la cara con él. Se calmó, pagó la cuenta, y regresamos á París riñendo un poco; pero en el camino hicimos las paces.

Le abandoné para irme al teatro, y le encontré en mi casa hacia media noche. Se le había pasado por completo la mona; por desgracia, había logrado proporcionarse de nuevo ese maldito periódico inglés que le había yo arrancado de entre las manos en Villebón. Interrumpió su lectura para gritarme:

—¡Sí! Son unos miserables, y el más miserable de todos es él, es él... No quiero nombrarle.

Luego añadió golpeándose la frente con ambos puños:

—¡Ah, si supieras, querida mía, lo que hay aquí dentro!

—No tengo gana maldita de saberlo—le contesté con mal humor; —me caigo de sueño.

—Y yo también—me replicó con la mayor sangre fría.

Dicho esto, sentóse en el brazo de un sillón y se puso otra vez á leer el periódico.

A cosa de las dos de la madrugada, me despertó el ruido que de pronto hicieron unos cascos de cristal cayendo al suelo.

Me incorporé en la cama. Eduardo había dejado muy alta la mecha de la lámpara, y acababa de estallar el tubo. No parecía prestar la más mínima atención á este accidente. En el momento en que abrí los ojos, estaba sentado á los piés de mi lecho, tieso como una lanza, con los brazos cruzados delante del pecho, y mirando con ojos fijos algo ó á alguien que yo no veía. Le grité: ¿Y la lámpara?—Sintió como un sacudimiento en todo el cuerpo, y se volvió rápidamente hacia mí; tenía el aspecto de un hombre que acaba de salir de un pozo, después de pasar en él veinticuatro horas, y que se asombra de volver á ver el sol. Levantóse, se sonrió, se acercó

á mí, puso dos dedos en mis párpados para volverlos á cerrar, me dió un gran beso en la frente, y salió á paso de lobo.

Al siguiente día no le volví á ver; me escribió cuatro letras para anunciarme que habían llegado á París dos de sus más caros amigos, de sus amigos de la infancia; que, en conciencia, creíase obligado á hacerles los honores, y que temía no poder disponer de un momento libre. No me incomodé por eso; desde dos días atrás sentíame un poco fría para con él. Sus despropósitos en Villebón, la culebra que había armado al fondista, el extraño efecto que en él producía la lectura de los periódicos, el incidente de la lámpara, aquel hombre sentado á los piés de mi cama con la mirada errante por los espacios, todo esto me desasosegaba. De seguro que el guapo Eduardo tenía un humor desigual y un resquicio en el cerebro, y hasta sospechaba yo que tuviese un poco de sonámbulo; en todo caso, parecíanme algo turbios sus negocios. Nunca me han gustado las cajas de doble fondo; quiero saber lo que tengo en el bolsillo. Me reservé mis ligeras reflexiones, sin decir una palabra á mi madre acerca de ellas. Hubiera triunfado; y es tan desagradable oir que le dicen á uno: ¡No has querido creerme; ya te lo había yo anunciado, pero nunca haces más que lo que se te pone en el moño!

Transcurrieron varios días, y él sin parecer. Comencé á sospechar si también él habría hecho sus reflexiones, que todo había concluido y que ya no le vería más. Me equivocaba. Algunas noches después, al volver del teatro, me lo encontré instalado junto á mi chimenea, donde había encendido una gran fogata. Me esperaba con febril impaciencia, más enamorado que nunca. En cuanto me vió, dijo:—¡Ya está, ya está aquí!—Luego se acurrucó á mis piés y me declaró mil veces que jamás había encontrado muchacha, mujer, gata ni criatura alguna más adorable que yo, en la tierra, ni en la luna, ni en ninguno de los planetas que había visitado. No se hartaba de contemplarme. Parecía que acabábamos de conocernos, que hasta ese día no me había visto; acababa de descubrirme allá de pronto, sin pensar en ello, en uno de los recodos del camino; y su hallazgo le encantaba, le ponía fuera de sí, y repetíame de nuevo que era yo adorable. Aquella noche tenía él una vocecita aflautada, y de vez en cuando asomaban en sus ojos unos lagrimones como avellanas, que rodaban lentamente á lo largo de sus mejillas. De veras que me parecía estar soñando, y preguntábame á mí misma con quién me las había.

Tuve la triste idea de hablarle de sus caros amigos, de sus amigos de la infancia, y quise saber lo que había inventado para festejarles. Hete aquí un hombre que al punto cambia por completo. Se oscurece su rostro, vuélvese su mirada fría como el hielo, me suelta ambas manos, se pone de pié y se queda pegado á la chimenea. Después, mirándose las uñas, me dice que sus amigos no eran esto ni aquello; que sus amigos no eran gentes á quienes se festejase, que eran hombres de negocios, que acababan de inventar uno que prometía dar mucho de sí, gloria para revender y oro á montones, pero que era muy problemático; que le habían apremiado para que entrase en él, que lo tomase por su cuenta, pero que había resistido todas sus súplicas. Y añadió:

—No quieren admitir que esta sea mi última palabra, y me han dado una semana para pensarlo bien. Aunque lo pensara dos años... ¿Por quién me toman? He dicho que no, y no. No los vuelvo á ver más; te digo, Rosa, que no quiero volver á verlos. Y mira, ya que lo estoy pensando, dame pluma y papel. Quiero escribirles aquí mismo y al instante, que su negocio es un mal negocio, que les prohibo hablarme más de él, y que se vayan al demonio. Pero tú me distraerías; necesito estar solo para escribir. En seguida acabo, no te pido más que cinco minutos.

Y volviendo á hablar con su vocecita aflautada, prosiguió:

—Y luego, ¿sabes? haremos ponche. Quiero beber diez vasos á tu salud, para darte gracias por haber tenido un día el feliz pensamiento de venir al mundo. ¡No hay como tú, para tener tales ideas! Cuando naciste, había allí una estrella danzando. Shakespeare es quien me lo ha dicho.

En seguida pasó á la pieza inmediata, donde estuvo más de cinco minutos para escribir la carta, puesto que tuve tiempo para coger un libro y quedarme dormida; debo confesar que en general ese es el efecto que en mí produce la lectura. También entonces me desperté sobresaltada. No había estallado el tubo de la lámpara; pero en la estancia inmediata había un hombre paseándose á paso largo y hablando en voz alta. ¿Con quién hablaba? Me aproximé á la puerta, que había dejado él entornada, y me convencí de que estaba solo. ¿Con quién hablaba pués? Estaba pálido, lívido; el sudor había pegado los cabellos á sus sienes, giraban sus ojos de una manera terrible, tenía el aire de un espectro. Le miré, le escuché, pero no podía comprender ni jota de su discurso, excepto que repetía con intervalos *I won't;* había yo aprendido

bastante inglés para saber que eso quiere decir: «No, no quiero.»

Su rostro estaba tan espantoso que mi primer impulso fué cerrar á escape la puerta y atrancarla. Sin embargo, me dió vergüenza no ser valiente, hice de tripas corazón, avancé un paso, y grité:

—Eduardo, por amor de Dios, ¿con quién disputas?

Y me respondió con voz tonante:

—¿Con quién había de ser? ¡Caramba, con ella!

—¡Con ella! ¿De quién se trata?

Mirábame él sin verme, hasta que al fin reparó en mí. Extendió el brazo y dijo con tono cavernoso:

—¿No la ves?

Corrí en busca de un vaso de agua, y le rocié la cara. Dejóse caer sobre una silla, prorrumpió en una carcajada y exclamó:

—Gracias, ya no la veo.

—Fuí á sentarme junto á él. Acarició con la mano mis cabellos, diciendo:

—Palabra, creí que me volvía loco.

—Así es, y desde hace mucho—le dije.—Pero me dirás el nombre de esa mujer.

Echóse á reir de nuevo:

—¡Qué gracia! Esas mujeres no tienen nombre.

—¿Es una ramera? ¿Es una mumujer de sociedad?

—Es una verdadera malvada—replicó él.—Un día se aposentó en mí, me dió miedo; la he despedido, la he expulsado. Ha vuelto y me ha dicho: «Te tengo cogido, eres mío, no te soltaré más...» Me ausenté, desaparecí, puse entre ambos mil leguas de agua salada; ha corrido en pos de mí, me ha vuelto á atrapar, ahora mismo estaba aquí. Pero estás tú, ella ha desaparecido, y me he salvado.

—¿Qué tipo tiene esa mujer que carece de nombre?—le volví á preguntar.

—Pequeña mía, se parece á ti como una hija del infierno puede asemejarse á una hija del cielo. Es tan fea, tan disforme como bonita eres tú; y tus iras son menos terribles que sus sonrisas. ¡Ah, horrible mujer! Sus besos matan el sueño, y en tres noches hacen blanquear los cabellos de un hombre. Es un milagro que no estén blancos los míos... Pero no hablemos más de ella; ¡oh, te lo ruego, no hablemos más de ella! Asunto concluido, no la volveré á ver más.

Y agarrándome los dos brazos, los enlazó en torno de su cintura, diciendo:

—Lo que guarda Rosa Perdiz, bien guardado está. Soy tu prisionero, queridísima mía; y quiero vivir, quiero morir en mi prisión. ¡Bebamos ponche!

IV

La señorita Perdiz hizo una nueva pausa (continuó el doctor Meruel). Luego me miró con una sonrisa, que trataba de hacer que pareciese misteriosa; pero no tiene el don del misterio, le falta por completo, y he aquí por qué temo por su porvenir; en todos los grandes talentos hay una dosis de misterio.

—Doctor—me dijo—¿sabe V. quién era ese hombre?

—Ya se lo he dicho á V., querida mía—la respondí:—algún cómico sin contrata, que repasaba sus papeles; y siento por V. que su repertorio fuese tan poco alegre.

Entonces ella me hizo la higa y la señal de los cuernos, diciendo:

—¿Es V. como yo? Cuando tengo miedo, huyo; cuando me decido, me decido á escape; y cuando los hombres no me convienen, ó me convienen más... Sin embargo, dije dos palabras á mi madre acerca de eso, la cual me respondió al punto: ¿No te había yo prevenido? Nunca quieres creerme. Yo estaba por el otro. El otro es un caballero, un hombre formal, una persona de viso. Al fin confiesas que yo tenía razón: más vale tarde que nunca. Ya no te queda más que huir pronto. ¡Huye pues!—Hice lo que ella me decía: huí. En verdad que los ferrocarriles son una buena invención. No hay más que arreglar las cosas en un periquete; y busca, échale un galgo, que ya no hay nadie.

Diez y seis horas más tarde estaba yo cómodamente instalada en un vagón-berlina, donde de un sueño llegué hasta Lyón. Al despertar, exhalé un profundo suspiro de libertad. Sin embargo, me entró alguna zozobra: quizá hubiera ventea_ do mi fuga el hombre que me daba miedo, y acaso corriera á todo correr en pos del tren. Saqué la cabeza por la portezuela, exhalé un nuevo suspiro de alivio, y me volví á dormir. Tuve el más hermoso ensueño del mundo: creía ver á mi di_ rector arrancándose los cabellos. Me lisonjeaba de haberle sumido en un cruel apuro, y que sin mí no había medio de representar *El Príncipe chiflado*. Era yo muy joven: un hada se reemplaza con tanta facilidad como un loro. Debo decir á V., que ese viejo marrullero me había hecho muchas malas pasadas. Me había prometido solemnemente un papel en la nueva pieza que iba á ensayar, y tuvo la avilantez de dárselo á la gran Matilde. Había jurado vengarme. ¡Oh! Sí, era muy jóven, aún no tomaba por lo serio la vida, no sabía lo que cuesta ser demasiado ligera de cas-

cos y de piés, y que basta una escapatoria para comprometer toda una carrera. Después de esto, también debo decir á V. que se me presentaba una magnífica ocasión para ver la Italia.

—Dígame V. al mismo tiempo con quién—repliqué á la señorita Perdiz.

—¿Qué le importa á V., Doctor? Es V. curioso, muy curiosón.

Y después de reflexionar un poco, continuó:

—¡Lo que somos, y qué es lo que se apodera del corazón de una mujer! Le juro á V. que esa *villa* era una bendición de *villa*, situada al lado de una bendición de lago. Figúrese V. que desde mi balcón podía pescar con caña truchas. Fuí feliz durante dos semanas, enteramente feliz; me creía estar en el paraíso. Pero una mañana advertí que me cargaba mi paraíso, que mi felicidad sonaba á hueco, que me faltaba alguna cosa, que el encanto de la vida consiste en tener junto á sí un guapo loco que hable solo y gesticule. En resumen, que dije al otro:

—Querido mío, la *villa* de V. es preciosa, pero revienta una de aburrimiento en ella.

Y regresé á escape á París, donde, apenas hube llegado, corrí al Grand-Hotel.

—¿Está en su cuarto el número 167?

—Están almorzando.

—¿Qué quiere decir eso? ¿Son varios ahora? Hace tres semanas no era más que uno solo.

Tuve que rendirme ante la verdad: el guapo Eduardo acababa de partir, y había ocupado su puesto una familia. Me hubiera costado una enfermedad, si pudiera yo estar formalmente enferma; pero esto no depende de mí, y puesto que siempre concluimos por consolarnos, ¿no era lo mejor comenzar por ahí?

Pasado un mes, recibí de Inglaterra una carta escrita en inglés, que hice la tontería de quemar. Me la había hecho traducir, y me la había aprendido de memoria. Aquí la tiene V., palabra por palabra, pues ya le he dicho que tengo buena memoria.

«Durante más de quince días he pasado mañana y tarde por delante de tu puerta; no podía creer en mi desgracia; ahora creo en ella. ¡Sea! ¡Cúmplase la voluntad del destino! Tú le habías quitado su obrero, y tú se lo has devuelto. Todo es como tiene que ser; nada te echo en cara. Mi cobardía es quien te amaba... ¿Es posible que te hayas cansado ya de mí? ¿Y por quién me habrás hecho traición? Me habrás sacrificado á algún modrego, á algún imbécil con título. Creo haberle encontrado una noche en los basti-

dores de tu teatro. Bien pronto te desilusionarás. ¡Ah! Pobre niña, el verdadero príncipe era yo; y me echarás de menos, pero será demasiado tarde... Te lo repito, mejor que mejor. Al devolverme la libertad, has querido salvar mi gloria, y que el mundo hablase del bello Eduardo. Hablará, querida mía, y entonces conocerás mi verdadero nombre.

»Atiende: el día en que sepas que acaba de darse un gran golpe y que la tierra ha temblado de espanto, di con toda seguridad: «El hombre que ha hecho esto, es él.» Y en verdad, si no fuese yo, ¿quién había de ser? Mi querida Rosita, la idea que tengo dentro de la cabeza, la han tenido otros; pero les tiembla la mano, mientras que la mía no temblará; y lo que yo haré, ningún otro podría hacerlo en mi lugar... No sé aún lo que diré al herir; será con verdad la frase final, y esa frase atravesará los siglos.

»¿Te acuerdas de Villebón, de aquella noche pasada en los bosques? Había salido ya el sol y aún dormías tú dentro del coche, porque bien sabe Dios cuánto te gusta dormir. Te desperté, te llevé en mis brazos y te hice sentar al pié de una vieja encina. Había allí violetas ocultas entre la hierba; el aire estaba como embalsamado por ellas. Piensa algunas veces en esas violetas. En ellas pensaré el día de mi muerte, y pensaré también en aquel hoyuelo que tienes en el ángulo de la boca.

»Tengo que pedirte un favor: envía á las adjuntas señas un rizo de tus cabellos. Los llevaré siempre encima, y algo tuyo se mezclará con mis últimos días. Después de mi muerte los encontrarán sobre mi corazón, y se preguntarán quién me los había dado. Ten la seguridad de que los periódicos hablarán de ello; esos parlanchines todo lo cuentan. Copia con mucha exactitud las señas, y mándame sin tardanza tu paquetito. Ella lo consiente, porque ya no está celosa de ti. Sabe que es cosa resuelta, que me ha recobrado para siempre, que me tiene cogido, que soy suyo en cuerpo y alma y que dentro de pocos días iré donde me manda ir... ¡Vieja hechicera, quieres beber sangre! ¡En paz! La beberás.

»¡Dios mío, qué bien olían aquellas violetas! ¡Y cuán suaves parecían tus cabellos á mis manos! No seas avara: necesito que haya los suficientes para poderlos amasar entre mis dedos. Cerraré los ojos y me figuraré que estás conmigo.»

—Doctor, después de haber leído esta carta hice lo que hubiera hecho V. en mi lugar: me corté una gran mata de pelo... Mire V., aún

se ve el sitio, no ha concluido de retoñar. Ha debido de recibirlos, porque puse mucho cuidado al copiar las señas. Desde entonces han pasado cerca de dos años, y debo hacerme la justicia de que durante el primero me acordé del guapo Eduardo una vez por lo menos cada semana; pero durante el segundo, sólo he pensado en él una vez por trimestre. ¡Caramba! Me había vuelto una muchacha juiciosa, muy juiciosa. Ya sabe V. lo que todo el mundo dice de mí. Preciso es que de algo sirva la experiencia; mi pequeña fuga á Italia me había hecho mucho daño. Los directores rehusaban tomarme en serio, y me era imposible hallar contrata. Pero, á fuerza de moverme mucho, he logrado rehacer mi posición. Las obras de magia no son mi género; había nacido para la opereta. No necesito decir á V. dónde estoy ahora; estoy en auge y hasta distinguida. ¿Creerá V. que, en absoluto, se empeñan en tenerme en San Petersburgo? No les quitará V. esto de la cabeza. Me hacen soberbias proposiciones. En verdad que estoy perpleja acerca de este asunto y me alegro de consultarlo con V.

Según ella, la ofrecían sesenta mil francos, cuatro meses de vacaciones, un palacio imperial, y por lo menos, un gran duque. Aquella insustancial era inagotable en esta materia; después de haber concluido, volvía á empezar. A ratos me miraba con el rabillo del ojo, y comprendía yo lo que esto significaba. Se moría de deseos de que yo la interrumpiese para preguntarla el final de su historia. No quise darla ese gusto, y ella fué quien perdió la paciencia y se interrumpió á sí misma, exclamando con despecho:

—¡Qué hombre tan raro es V., Doctor! Tan pronto es V. curioso, como no lo es ni pizca. Le he dicho á V. que me había sucedido una cosa extraordinaria. ¿No quiere V. saber lo que es?

—Apostemos á que ha vuelto V. á ver en el bulevard al bello Eduardo, le ha jurado á V. que ya no está loco, y otra vez están amartelados.

—¡Ah, pobre muchacho!—exclamó ella enterneciéndose de pronto, por lo menos tanto como la es posible enternecerse.—Sí, dice V. la verdad; hace pocas horas le he encontrado en el bulevard, en el escaparate de un vendedor de fotografías. Le reconocí al momento y me palpitó el corazón. Sus ojos, su frente, su bigote, su pelo rizado, su mano metida por la abertura del chaleco... Era él, se lo aseguro á V., él de cuerpo entero. Me precipito como una ráfaga de viento en la tienda y le pregunté al comerciante:

—¿De dónde tiene V. esta fotografía?

Y me responde con extrañeza:

—La acabamos de recibir de Nueva York.

—¿Entonces, será el retrato de un hombre célebre?

—Muy célebre, hija mía.

Y añadió... ¿Me escucha V., Doctor?... Añadió:

—Es el retrato de John Wilkes Booth, el asesino del presidente Lincoln.

Dichas estas palabras, la señorita Perdiz, después de haberme mirado fijamente para gozar de mi sorpresa, se levantó y se puso á pasear por el gabinete con la cabeza erguida, las mejillas rojas y las ventanas de la nariz temblorosas. Sus piés no tocaban en el suelo; hubiérase dicho que iba á volar. A intervalos volvíase hacia donde estaba yo, y desde lo alto de su nube descendía sobre mí una soberbia mirada; era una diosa contemplando un gusanillo. La detuve al paso, la sacudí por ambos brazos enérgicamente, y la dije:

—¡Desgraciada! ¿Qué has hecho? Ese loco estuvo encomendado á tu guarda y sólo de tí dependía defenderle contra *ella,* librarle de las tentaciones de esa hija del infierno, de esa horrible idea fija que le atormentaba. Pero tú no sabes amar, y tuviste miedo. Soltaste tu prisionero, desertaste de tu puesto y de tu misión, partiste para Italia con no sé qué príncipe encontradizo, y gracias á ti recuperó *ella* su presa. ¡Oh destino, á la vez trágico y ridículo! ¡Si la señorita Rosa Perdiz hubiera sido menos ligera de cascos y de piés; si hubiese tenido un poco más corazón ó un poco más de valor, aún viviría el presidente Lincoln!

Ni siquiera me escuchaba. Soltóse de mí, se puso de nuevo á andar con paso largo, transportada y como posesa por su aventura y por su gloria. Encontrábase mezclada en un gran acontecimiento; había sido amada por un hombre cuya execrable memoria vivirá siempre. Su aire de triunfo me pareció sumamente desagradable, y la dije con tono sardónico:

—A fe mía, querida, puesto que quiere V. que me ponga en su lugar, la diré con franqueza que en su lugar no tendría yo tanto orgullo; porque, en último término, ¿tiene nada de regocijado ni de glorioso el haber sido la querida de un hombre que ha ido á la horca?

Se volvió con rapidez y vino á mí como un rayo, con los ojos irritados y terribles; de veras, creí que iba á devorarme.

—¿Pero no sabe V. la historia, Doctor? Me la he hecho contar hace poco, con los mayores detalles. ¡El

ahorcado! Ni por pienso. ¿Se ahorca á un hombre como él? Sepa V. que se había refugiado en un hórreo, donde le acorraló la policía; como se negaba á salir y rendirse á discreción, pusieron fuego al hórreo; á través de una empalizada, le dispararon más de veinte tiros de fusil. ¡El ahorcado! ¡Que te calles! John Wilkes Booth ha muerto con las armas en la mano, defendiéndose como un héroe.

La contemplé con estupor, y exclamé:

—Aunque uno crea conocer á las mujeres, siempre nos asombrarán. ¡Dónde va á anidar la gloria!»

—

Dicho esto, el doctor Meruel cogió el bastón y el sombrero; y dirigíase á la puerta, cuando alguien le gritó: «¿Es verdadera esa historia?»

Y respondió él: «He repetido á Vds. fielmente lo que me contaron la otra noche. Si Vds. no me creen, se pondrán á mal con la señorita Rosa Perdiz.»

Víctor Cherbuliez.

LAS MISERIAS DE UN DIOS EN EL SIGLO XIX

Enrique Heine, según su correspondencia.

(CONCLUSIÓN)

II

Alguien ha dicho, hablando de Enrique Heine, según resulta de la *Correspondencia*, que era una alma colérica. La frase es justa. Extraño y doloroso es ver hasta qué punto la personalidad del poeta, agriada por la enfermedad, es irritable y propensa á los arrebatos contra las situaciones ó las ideas cuyas consecuencias sufre ó cree sufrir. De buena gana me valdría para expresar mi idea de una imagen tomada de la fisiología, á saber: que los nervios y músculos de esta alma están desnudos, expuestos á todos los choques y heridos por todos los contactos; dijérase que el aire que los rodea los roza cruelmente y los mata. Sus nervios gritan, sus músculos sangran, todo su ser se revuelve contra el obstáculo real ó imaginario. Su vida es una reacción violenta contra los sufrimientos demasiado varios, y contra los males, en parte ficticios, que su imaginación enferma agrandaba desmesuradamente.

En alguna ocasión escribe: «Me he decidido por la lucha, y no ha sido esta decisión fruto de una ligereza. Cuando por primera vez tomé las armas en la mano, me sentía impulsado por el insolente orgullo del nacimiento.» Una vez cogidas estas armas no las suelta. Añade después: «En mi barco se encontraba ya el itinerario de toda mi vida.» (París 16 de Julio de 1833.)

Veamos lo que el poeta escribió en ese itinerario depositado en su triste embarcación. En primer término es preciso fijar un rayo de su

fisonomía. Enrique Heine era judío. En uno de sus escritos nos refiere la triste historia de un buen cristiano, especiero en Hamburgo, á quien jamás le había cabido en la cabeza que su Señor Salvador hubiese sido judío de nacimiento. El pobre hombre sentía, según Heine refiere, un violento despecho cada vez que se veía obligado á confesar que aquel modelo divino de perfección pertenecía á la raza judaica, «á aquella turba de hombres de larga nariz, mal sonada, comerciantes de poco pelo que iban y venían por los caminos», á quienes despreciaba profundamente, sobre todo cuando le hacían competencia, vendiendo como él especias y colores, perjudicando, como era de suponer, los intereses del hamburgués (1). En rigor, el sentimiento del honrado especiero de Hamburgo, Enrique Heine lo experimentaba aplicándoselo él mismo. Jamás pudo consolarse de ser judío. Lo que para una alma mejor templada hubiera podido ser un simple accidente de pensamiento, de quien nadie se hubiera podido quejar seriamente, llegó á ser para su imaginación algo parecido á la fatalidad de los antiguos. Suya es esta expresiva frase: «El judaismo no es una religión, es una desgracia.»

(1) De *Inglaterra*. Heroínas de Shakespeare.

He aquí la pintura que hace de los judíos reunidos en la sinagoga de Venecia. Algunos rasgos pueden aplicarse exactamente al mismo escritor que los ha trazado. «Aquel día celebraban la fiesta del Perdón: estaban de pié, envueltos en largas túnicas blancas, haciendo con la cabeza siniestros movimentos. Parecían una reunión de fantasmas. Mientras contemplaba los pálidos y entristecidos semblantes de los judíos, hice un descubrimiento que no puedo ¡ay! pasar en silencio. Aquel mismo día había visitado la casa de locos de San Carlos; y al contemplar á los judíos de la sinagoga me asombré de encontrar en la mirada de aquellos hombres, la misma mirada espantada, feroz, incierta, mitad seria, mitad estúpida que había observado en los ojos de los dementes. Aquella mirada incomprensible, indefinible, no indicaba precisamente la ausencia de espíritu, pero sí el predominio de una idea fija. Acaso la creencia de su Dios, trascendiendo del rayo anunciado por Moisés, ha venido á ser la idea fija de todo un pueblo, á quien, aunque se le ha puesto la camisa de fuerza durante dos mil años y se le han aplicado duchas, no quiere desistir. Con esta idea cargó Moisés á los judíos, la sujetó á su espalda con santas correas y hasta, por decirlo así, la talló en su carne.»

La idea fija del poeta no es quizá la de ese dios saliendo del rayo, del cual se burla tan donosamente; pero es de seguro la de la raza maldita á que Enrique Heine pertenece: esa es la idea fija que se apodera de su imaginación enferma, y que está, empleando sus propias expresiones, tallada en su carne é incrustada en sus huesos. Cualquiera que fuese la situación en que los prejuicios sociales colocasen á los israelitas en Alemania hacia el año 1820, no es posible desconocer que esa situación debía hacer sufrir bastante á una susceptibilidad enfermiza. Ella fué como una alucinación que maltrataba su cerebro. Hizo todo lo posible por huir de ella. Se decidió á recibir el bautismo para escapar de aquel estigma de su raza, esperando que el cristiano indiferente ó excéptico haría olvidar en él al israelita. Vana esperanza. Por todas partes creía ver que reaparecía ese desdén particular, esa malevolencia especial de los gentiles, ese sentimiento perseguidor hacia los judíos, que designa de una manera especial la palabra hebrea *Rischess*. Esta obsesión le persiguió hasta en Francia, hasta en el mismo París, en que las costumbres en este punto están de acuerdo con las leyes, en que los israelitas son considerados perfectamente iguales á los cristianos, lo mismo en las carreras liberales que en la industria, en el Instituto como en la Bolsa, en los más altos empleos, en los ministerios, en la vida social y en los salones.

Enrique Heine sentía este beneficio de la civilización francesa: cuenta regocijadamente que en su viaje á Venecia, vagando por las riberas del Rialto, miraba en torno suyo para ver si descubría á Sylock. «Hubiera tenido—decía en su irreverente lenguaje—que comunicarle algo que le habría agradado: por ejemplo, que su primo M. de Sylock, en París, ha llegado á ser el más poderoso barón de la cristiandad, y que ha recibido de S. M. Católica la Orden de Isabel, la cual Orden fué fundada en España para glorificar la expulsión de los judíos y de los moros. A pesar de todo, y aunque hubiera podido tener tantas cosas que aprender de sus hermanos perseguidos, jamás se mostró convencido sobre este particular. Con ese especial instinto que se desarrolla merced á una idea fija, reconocía de lejos el terrible *Rischess*, y sufría desatinadamente. El que había soñado en secreto con los placeres de la vida aristocrática y con la elegancia, se sentía lejos de sus vanidosas y voluptuosas quimeras por aquel prejuicio cruel de que era responsable más su imaginación que la sociedad. De este modo de pensar, ¡qué de golpes mortales reci-

bidos en el amor propio! ¡Cuántas ocasiones de sufrir y de irritarse!

De aquí que se echen de ver en sus cartas dos corrientes de impresiones en apariencia contradictorias, pero ambas procedentes de un mismo origen. Tan pronto censura las cualidades de los judíos, irritándose de que sean como son, y no de otra manera. Tan pronto los defiende del desprecio de los *gentiles*, con toda especie de armas: la ironía, la elocuencia, haciendo suya la causa de ellos, consagrándose con celo inexperado á la defensa de la raza proscripta y haciendo la apología de los vicios particulares de esta raza que, según él, es menos responsable que sus perseguidores. En el fondo de todo esto no sería imposible encontrar, aunque con pena, cierto sentimiento, algo pueril, de humillación.

Ciertamente, no se hubiese podido presentir un apologista muy serio del judaismo en el humorista que escribía las líneas siguientes: «(Luneburgo, 8 de Junio de 1823). Estoy aquí completamente solo; no veo á nadie absolutamente, porque mis parientes viven aislados de toda sociedad. Los judíos son así, siempre iguales, sucios y mauleros; los cristianos de la clase media son también poco divertidos, y muestran gran desdén hacia los judíos; en este punto aún los superan las clases aristocráticas. Nuestro perrillo es perseguido y maltratado en la calle por los perros de los cristianos, que sin duda odian á los perros de los judíos. No he trabado, por consiguiente, relaciones más que con los árboles que murmuran á su manera, recordándome viejos cantos olvidados y me predisponen para la tristeza.» Casi en la misma fecha sus palabras se convierten en rudos epigramas. «Verdaderamente—escribía á su amigo Moser—eres el más noble corazón de Israel. Tus sentimientos son pesados lingotes de oro; los míos de papel moneda: no tienen más valor que el que les da el crédito... Esta imagen, ¿no te prueba que soy un poeta judío? ¿Y por qué había de fingir? ¿No somos ambos de la misma raza? Pues me sirvo de metáforas nacionales. Cuando llegue el día de que se concluya la ciudad de *Gastown* (una especie de Jerusalén utópica que debe gobernar el doctor Gans); cuando una generación más feliz que nosotros en las orillas del Mississipí bendiga las palmas y amase panes ácimos, cuando florezca una literatura neo-judaica, entonces muchas expresiones mercantiles y bursátiles de la actualidad pertenecerán á la lengana poética y un tataranieto de Masquito, de capa y filactera, cantará delante de toda la congregación de Gastown. «Estaban sentados en las ori-

»llas del Spres y contaban bonos »del Tesoro; entonces vinieron sus »enemigos y dijeron: «Dadnos papel »sobre Londres, el cambio está en »alza.»

Es cruel esta rechifla de sí propio, que forma contraste con las frases de apología pasional que se leen á renglón seguido: «Me corre prisa de expresar lo que en Barna se llama el gran dolor judío; lo haré cuando me dejen en paz mis sufrimientos.» Pero en los momentos mismos en que expresa los más graves pensamientos, le parece imposible á Enrique Heine «permanecer serio durante largo tiempo». Se muestra poco cortés Dios Nuestro Señor, al hacerme sufrir tanto; sí, su conducta es hasta impolítica, puesto que el buen Señor sabe perfectamente cuánto podría hacer por él. El viejo barón del Sinaí, el autócrata de Judea, un dios tan esclarecido, ¿en qué vendrá á parar? ¿Ha abandonado su nacionalidad, abdicado sus pretensiones y separádose de sus sectarios en provecho de unas cuantas ideas cosmopolitas? Me temo que el bueno del anciano haya perdido la cabeza, y que el judío de Amsterdam tenga derecho para decirle al oído: «Aquí, para entre los dos, señor, V. ya no existe.

»El gran dolor judío le inspiró la idea de una novela, *El Rabino de Baccharach*, cuyo objeto era hacer una pintura de la nacionalidad proscripta durante la Edad Media. Enrique Heine estuvo durante un año entero preocupado por su idea, entregado en cuerpo y alma á la preparación de su novela, estudiando las crónicas, engolfándose en los pesados infolios de la *Historia Judaica*, compulsando las oraciones y las doctrinas rabínicas. A veces parece brotar de sus escritos un grito de dolor y de piedad sincera.» Extraños sentimientes me agitan cuando hojeo estos trágicos anales; una plenitud de enseñanza y de dolor» (25 de Junio de 1824). Sólo ha sobrevivido el principio de la obra; el resto pereció en el incendio de Hamburgo, en 1843.

De esta misma idea procede el magnífico análisis del carácter de Sylok el *Mercader de Venecia*, una de las páginas más hermosas de la crítica moderna. Allí se ve el alma del poeta en sus mejores y más altas inspiraciones. «Quizá Shakespeare se propuso divertir á la multitud, presentándole una especie de lobo sagaz y astuto, un ser á quien su crueldad hace que pierda su hija y sus ducados, y á quien encima de todo esto se le escarnece. Pero el genio del poeta, el espíritu universal que en él domina siempre, es más fuerte que su voluntad y llega en el carácter de Sylok, á pesar de lo excesivamente grotesco

del personaje, á pronunciar la justificación de una desventurada secta que la Providencia, por razones misteriosas, ha cargado con el odio de la alta y baja población, y que no quiere siempre pagar este odio con cariño. Pero, ¿qué digo? El genio de Shakespeare se descubre bien á las claras por debajo de las mezquinas querellas de dos partidos religiosos; no nos muestra, á decir verdad, en su drama, ni judíos ni cristianos, sino de una parte opresores, de la otra oprimidos, que locos de dolor, lanzan gritos de alegría salvaje cuando podían devolver con usura á sus verdugos el mal que de ellos han recibido.» Y analizando los divinos caracteres del drama de Shakespeare, *Antonio*, el banquero quebrado, *Lorenzo*, cómplice de un robo doméstico, Heine concluye de este modo: «En verdad, á excepción de Porcia, Sylok es el más respetable de toda la obra. Ama el dinero y lo oculta... Pero hay algo á que ama más que á su oro: á la satisfación de su venganza, represalias justas de indecibles ultrajes: aunque se le ofrece el décuplo de la suma prestada, la rehusa; no acepta ni los tres mil ni los treinta mil ducados con tal de poder comprar á este precio una libra de carne del corazón de su enemigo. Sí; ciertamente ama mucho su dinero, más hay algo á que ama más todavía: á su hija, por ejemplo, «¡Jésica mi hija!», aunque en el paroxismo de la cólera, la maldice y desea verla tendida á sus piés con los diamantes en las orejas y los ducados en el ataúd, la ama mucho más que á los diamantes y á los ducados. Rechazado de la vida pública, de la sociedad cristiana; encerrado en el estrecho círculo de la felicidad doméstica, no resta al pobre judío más que los sentimientos de la familia, que vemos brillar en él con la más viva intensidad.» Después da un salto hasta el Rialto, donde busca en vano á Sylok, ya desaparecido; el poeta se deja ver en esta visión. Por la tarde, á la hora en que según la creencia de los judíos las puertas del cielo están cerradas y no dejan entrar ninguna plegaria, me parece escuchar una voz en la cual hay lágrimas, como ojos humanos jamás vertieron, un sollozo capaz de conmover las piedras, de gritos dolorosos que no podían salir más que de un corazón que dentro de él encerraba todo el martirio, todas las torturas sufridas por un pueblo durante diez y ocho siglos; lamento de un alma que muriendo de fatiga cae delante de las puertas del cielo. Creía conocer aquella voz; me parecía que la había escuchado alguna vez gritar con la misma desesperación: ¡Jésica, hija mía!... Una página como esta nos resarce

sobradamente de penalidades y miserias.

Otras veces presenta Enrique Heine la apología de la raza judaica, y su vicio original, bajo forma humorística. Heine sostiene que la riqueza tan censurada del pueblo hebreo le honra mucho. Es el testimonio visible de la pureza de su fe en un Dios invisible. Mientras que los ciegos paganos, incapaces de elevarse hasta el puro espíritu, se construían para sí dioses de oro y plata, derrochando de ese modo los más ricos metales, ¿qué hacían los judíos, bien avisados y recompensados de su fe sublime por el verdadero Dios? Convertían en numerario cuanto oro y plata habían á las manos, y lo colocaban á crecido interés, es cierto, en los empréstitos de los estados de Asiria y Babilonia, en obligaciones de Nebukadnetzar, en acciones de los canales de Egipto, en el cinco por ciento de Sidon, ó en otros valores clásicos, que el Señor ha bendecido, como tiene costumbre de bendecir los valores modernos (1).

Melancólicas ó alegres, estas protestas revelan la idea fija que á cada instante reaparece. De esta suerte, el gran dolor judío viene á convertirse en el gran dolor de Heine. No debemos quejarnos demasiado. A esta circunstancia de su nacimiento debemos algunas de sus más conmovedoras inspiraciones, y ella dió ocasión para que hubiese algo en la vida que el poeta tomase en serio. Al mismo tiempo que sus sufrimientos ficticios, sentía el sufrimiento histórico de una raza. Era este sentimiento como manantial de emociones viriles y sanas, que algunas veces comunican á su poesia un acento inesperado de compasión y de ternura. Aunque este sentimiento sea casi siempre ocasionado por su naturaleza desconfiada y herida, es lo cierto que la contemplación de aquel largo martirio de un pueblo, borra en él algunas veces su pensamiento y sus precauciones egoistas y vanidosas, y entonces traduce con verdadera elevación moral, y en magnífico lenguaje, la inmensa piedad en que rebosa su corazón.

Desde otro punto de vista no le resultó inútil haber nacido israelita. De cualquier manera que se explique, es un hecho que la historia comparada de las razas ha puesto fuera de duda que de todas estas razas, la más naturalmente religiosa, la raza monoteista por excelencia, es la raza semítica. No trataremos de explicar este hecho ni por la conformación particular del cerebro de los semitas, ni por la célebre proposición que afirma que han

(1) De todo un poco.

vivido en el desierto y *el desierto es monoteista*. Consignamos el hecho y nada más. Aunque parece á primera vista paradójico buscar el elemento religioso de la raza al través de las burlas inmoderadas y de las blasfemias de que está llena la poesía de Heine, para el que sabe discernir las influencias secretas y los movimientos de las almas, no es difícil conocer que de todos los poetas contemporáneos, ninguno se ha preocupado más hondamente de la idea religiosa que este poeta tan á menudo impío y revolucionario. Casi nos atreveríamos á decir que tiene la obsesión religiosa. Es una lucha extraña entre el instinto secreto de la raza que lleva dentro de sí y la duda que se revela en las enseñanzas contradictorias de su tiempo y de su corazón. Se burla, blasfema; pero una fuerza desconocida le lleva, á pesar suyo, hacia aquel Dios cuyo yugo no puede rendir y al cual maldice. Impiedad, sin duda, pero impiedad irritada como la de Lucrecio; impiedad lírica, muy diferente del ateismo científico, seco y frío como toda negación que se cree segura de sí mismo. Enrique Heine no es, por lo demás, un puro hegeliano espectador complacido de los variados cuadros de la historia, que no son para él más que evoluciones necesarias de la idea, juez indulgente que no se aplica á otra cosa más que á buscar la ley secreta de cada fenómeno histórico, la razón de ser de cada religión. No: en él habla la cólera que siente contra Dios; y por ella se deja arrebatar, no advirtiendo que la cólera procede en cierto modo de la creencia. Nadie se irrita contra las quimeras. Cuando hay algo de pasión en un alma, es señal segura de que no se ha extinguido en ella la fe. Para todos los que han vivido en la intimidad de Enrique Heine, es evidente que la idea siempre fija de Jehová es uno de los caracteres de su lirismo; está en su sangre y circula por sus venas. Sus injurias y sus retos son una forma de ese instinto que el poeta no puede arrancar de su corazón. Tiene complacencia en combatir, en burlarse del Dios de su raza: «el Dios del rayo», pero ciertos afectos humanos, conmovidos y tristes, se advierte que algunas veces tiembla bajo los golpes con que suele amenazar. El poeta judío puede ser considerado como un rebelado, pero nunca como un ateo.

III

A pesar de tantas salidas de tono y del ingenio encantador esparcido en cada carta á proposito y

fuera de propósito, algo hay en la *Correspondencia* de Heine, cuya lectura causa profunda tristeza. Se presentan allí al descubierto demasiadas miserias morales. «¡Oh, los poetas!—exclama Enrique Heine—no los observemos jamás demasiado cerca. Son como esas hermosas luces que en las bellas tardes de estío brillan con vivísimo resplandor sobre las flores y sobre el follaje... tanto que se las tomaría por estrellas de la tierra. Pensaríase que son diamantes y esmeraldas, alhajas preciosas que las hijas de un rey, jugando en el jardín, han dejado olvidadas... Se las creería gotas del sol, que, perdidas en en las altas hierbas, buscan refugio en el frescor de la noche, hasta que á la mañana siguiente el astro ardiente las hace subir hasta él. ¡Ah! ¡no busquéis de día el rastro de esos diamantes, de esas gotas de sol! No encontraríais en su lugar más que un pobre gusanillo de feo color, que se arrastra torpemente á lo largo del camino, gusanillo de aspecto desagrada y al que sólo por un impulso de piedad no aplastáis con el pié!

«Esa gota de sol» que constituía la poesía de Heine, ¡cuantas pasioncillas la oscurecieron, deslustraron y ajaron! la *Correspondencia* es la historia de una dolorosa enfermedad que siempre padeció el poeta, enfermedad que han padecido también muchos escritores de nuestro tiempo: un amor propio irritable, arrebatado hasta llegar á convertirse en furioso y delirante; una especie de epilepsia moral, que tiene sus crisis, sus accesos y cuyo estudio es de interés. Esta enfermedad fué la causa de todos los males de Heine, de los cuales acusa sin cesar, ya á la fatalidad de su raza, ya á una conspiración imaginaria. Ella le impulsó á violentas querellas siempre renacientes, en las cuales comprometió su talento y hasta desacreditó su gloria.

No estaba verdaderamente armado para esas luchas de la vida literaria que exigen mucha sangre fría, posesión de sí mismo y desdén para los demás. Se le ve en la *Correspondencia* expiar todos los ruidos que suenan en torno suyo, y con el oído atento á los ecos que le envian la alabanza ó la injuria. De todos sus amigos solicita ya testimonios públicos de simpatía, ya protestas contra los tiros de la enemistad. La dignidad verdadera, consiste en esta ruda carrera de escritor, en despreciar muchas cosas y en ignorar otras. Tarea ingrata si se quisiere contestar á todas las envidias que inspira el despecho de las medianías. Es dar demasiadas ventajas y demasiado precio á los envidiosos mostrarse sensible á los excesivos é

inevitables ataques de las pasiones perversas y aun de las convicciones heridas. Heine ofrecía por todas partes puntos vulnerables á las hostilidades de sus enemigos, cuyo número iba aumentando de día en día. Los atraía por su ardor indiscreto para combatir, por su pasión hacia la lucha, por su genio para la invectiva, que desde el primer momento le impulsaba á los extremos de polémicas irreconciliables. ¡Pero al mismo tiempo, cómo hacía el caldo gordo á sus adversarios! Puede decirse que ofrecía el pecho descubierto á los golpes que de todas partes le asestaban. Para herirle mortalmente no había más dificultad que la de la elección. Su inquietud enfermiza, su irritabilidad nerviosa, le entregaban completamente á los odios amontonados contra él. ¡Tristes luchas que á sus mismos amigos dividían enajenándole ó enfriándole las verdaderas simpatías y privándole de las menos calurosas! De cada uno de estos combates salía herido, debilitado, no habiendo conseguido de ordinario otra cosa que inclinar la opinión del lado de sus adversarios, hasta el día en que se vió obligado á abandonar Alemania, su campo de batalla.

No daremos cuenta de estas querellas sucesivas con el conde de Platen, con Menzel, con Bœrne, y los amigos de Bærne y con M. Strauss, á quien había difamado. Esta última cuestión tuvo por consecuencia, no solamente el duelo que pudo costarle la vida, sino una tempestad de furores germánicos, como hasta entonces no se había levantado, y en la cual su nombre, su celebridad, su honor mismo, estuvieron á punto de naufragar. Algunas de sus querellas estallaban por los motivos más frívolos y tomaban colosales proporciones dado el motivo insignificante de que provenían. Cuando cansado de combatir, quiso Heine tomar nuevas direcciones encaminadas á la tolerancia y al perdón, se excitó de tal suerte, que, á fin de arreglar bien sus cuentas y de no olvidar á nadie, formó una lista de todos aquellos que le habían herido. Para sus amigos formó también otra cuenta por el estilo y se complacía en señalar como enemigos á cuantos se le indicaban. He aquí el *condottierismo* literario. «¿Tendrá V. la bondad—escribía á M. de Varnhagen — de enviarme su lista de proscripción?» M. de Varnhagen le dió, riendo, las gracias, añadiendo que no tenía persona á quien incluir en dicha lista, pero que le complacería cuando la tuviese.

No tenemos necesidad de referir en detalle cuánto costaron estas polémicas al poeta, y cuánto contribuyeron á quitar dignidad á su ca-

rácter y elevación á su talento. ¡Qué de bellas inspiraciones perdidas en estas vanas cóleras que no pueden menos de disgustarnos! El castigo á este perverso empleo del talento es la indiferencia pública y el olvido rápido. Todas estas violencias nos causan frío. El personalismo es un mal consejero para el genio mismo. Se achica, y abandonándose, se desconsidera.

En vano este amor propio enfermizo quiere justificar sus excesos y sus arrebatos identificándose con grandes ideas y grandes causas. Es muy fácil, en la mayor parte de los casos, discernir la fragilidad y la vanidad de tales excusas. Examinad un poco más de cerca la lucha con el conde de Platen, lucha por todos conceptos lamentable, puesto que Platen tenía de su parte cuanto un hombre verdaderamente fuerte consigue en esta clase de polémicas: consideración y amigos. Heine se propuso abultar el asunto de la querella, sosteniendo en sus cartas que se trataba de cosa muy distinta que de un simple torneo literario; que se trataba nada menos que de la revolución entrando en la literatura; que era un episodio de la guerra social; que se había propuesto destruir la desvergüenza prostituida de los aristócratas y de los señores. Demasiado se advierte que la causa de todo esto es una personalidad exasperada, y cuando se relee el *Edipo romántico* que fué la ocasión de esta lucha terrible, nos asombraríamos de las proporciones que alcanzó si no se conociesen perfectamente las verdaderas causas de ella: alusiones á la nacionalidad de Enrique Heine, aquella nacionalidad judía que el poeta consideraba como la fatalidad de su vida; mezclado esto á epigramas contra su *manera* poética, contra lo que en ella había de artificial y contra lo *caprichoso* de su talento poético. Todas las fibras del amor propio heridas al mismo tiempo. Aquello era demasiado: desde entonces nada de reposo, ninguna tregua en la venganza. Lo demás se conoce; es una triste historia.

El papel de Heine se levanta un poco en los rudos combates que sostuvo por la *Joven Alemania*, á la que según la sentencia de proscripción intelectual de la Confederación germánica, pertenecían especialmente, además del célebre poeta Carlos Gutzkov, Enrique Laube, Theodoro Mundt. Se acusaba á esta escuela literaria de atacar á la religión cristiana y de conmover las bases del orden social; los gobiernos alemanes estaban autorizados para proceder contra ellas con el rigor que se establecía en las leyes respectivas. No encontramos elogios para los decretos de este gé-

nero que, sin impedir ni prevenir nada, añaden el interés del martirio á la celebridad de los nombres y poderoso atractivo á los libros de esa suerte conminados. Sólo el derecho común reclamamos para la verdad religiosa ó filosófica; ese derecho, si se sabe usar de él, debe bastar, y nunca hemos podido comprender por qué ha de perjudicar á la verdad y favorecer al error.

Heine tuvo esta vez, además del beneficio de las simpatías públicas, la ventaja de luchar con un adversario poco temible, M. Menzel, el *denunciador* de la *Joven Alemania*. Pero se burla un poco particularmente de la Alta Dieta germánica, cuando pide á los señores de ella en una carta célebre, que levanten momentáneamente el interdicto contra los escritos del poeta, por la siguiente razón: «Yo me lisonjeo — exclama en una interesante peroración — que tan pronto como me permitáis defenderme, me será fácil demostrar que mi pluma ha sido guiada, no por un pensamiento irreligioso ó inmoral, sino por una síntesis altamente moral y religiosa, á la que desde hace largo tiempo han rendido homenaje la mayor parte de nuestros autores más ilustres, tanto poetas como filósofos.» Al día siguiente el gran burlón da cuenta á su editor del secreto de esta comedia: «De todos modos he creído necesario poner la mano sobre las viejas pelucas, y seguro estoy de que una carta infantil, azucarada y respetuosa no habrá dejado de hacer efecto... *Señores míos*, *vuestras señorías*. Nunca se habrán visto en otra.» «Ved—dirá la *Alta Dieta*—tiene sentimientos humanitarios este hombre que nos suele tratar como á perros. ¡Y á este escritor notable hemos querido perseguir.» Y treinta y seis pañuelos de bolsillo serán bañados por lágrimas confederadas. Voltaire tiene alguna de estas jugarretas: la dedicatoria del *Mahomet* dirigida al Papa Benedicto XIV, es la obra maestra en este género.

Heine desearía estar serio al hablar de su síntesis moral y religiosa. ¿Qué famosa síntesis es esta á la cual hace tan frecuentes alusiones? La encontramos expuesta claramente en muchas de las cartas dirigidas á uno de sus más afectos discípulos, Enrique Laube. Según Heine, la mayor parte de los radicales alemanes, franceses, cosmopolitas, no ha visto más que el lado exterior de la revolución; las cuestiones más profundas les han pasado inadvertidas. El verdadero problema no concierne ni á las formas, ni á las personas, ni al establecimiento de una república ó á los límites de una monarquía, sino al *bienestar* material del pueblo. «La antigua religión es-

piritualista ha sido saludable y necesaria durante todo el tiempo en que la mayoría de los hombres vivía en la miseria y no existían otros consuelos que los de la religión del cielo. Pero el progreso de la industria y de las ciencias económicas, permite sacar hoy á los hombres de su miseria material y hacerlos felices sobre la tierra... ¿Me comprendéis?» También nosotros comprendemos. El bienestar universal es la grande idea de Heine la que persigue cuando se mete á filósofo ó á político y deja de ser poeta. Por lo demás, lo que importa es la gran idea; los medios nada significan. Enrique Heine se muestra indiferente hacia las formas políticas, que á sus ojos no son más que «medios.» «Ya sea monarquía ó república, aristocracia y hasta absolutismo (no tengo aversión ninguna hacia este último). Añade que deslindando así las cuestiones se pueden calmar los escrúpulos de la censura. A sus discípulos los estimula á dejar, por consiguiente, toda discusión política; que se encierren en la discusión de los principios religiosos y morales. Así no se les podía contener «sin anular la libertad protestante del pensamiento y del juicio, y de ese modo se podría contar con el asentimiento de los filisteos». Bien se le alcanza que el principio religioso y el principio moral están íntimamente relacionados. La moral no es más que la religión que ha pasado á las costumbres. Si la religión del pasado se encuentra en el estado pútrido, la moral será también perversa. «Queremos una religión sana á fin de que las costumbres mejoren también y sean más sólidas que antes, cuando no tenían otra base que la incredulidad y una hipocresía corrompida.» Se declara enemigo nato del deismo judío-mahometano-cristiano. Sólo él tiene la fórmula del porvenir. «Sé que soy. Recientemente uno de mis amigos sansimonianos ha dicho en Egipto una frase que me hecho reir y que tiene, sin embargo, profundo sentido: ¡que soy yo el primer padre de la iglesia alemana!

Helo aquí Padre de la Iglesia, gran señor de la religión nueva, revelador, apóstol. Merece, por consiguiente, obtener algunos privilegios, uno de ellos el que reclama para todos los grandes hombres consagrados al servicio de las grandes causas, el de estar dispensado de las limitaciones absurdas de la moral vulgar: ser colocado fuera ó por encima de la ley común.

Descontando la parte de ironía que siempre se encuentra en todo lo que escribe este poeta burlón con tono convencido, encontramos singulares revelaciones. Echase de ver que la política de Heine es contraria á la

política liberal, puesto que se inclina tan fácilmente hacia el absolutismo más que hacia otra cualquier forma de gobierno. Se ve también con bastante claridad que el objeto del reformador (si no es abusar de las palabras el aplicarle semejante nombre) no va más allá «de una democracia de dioses terrestres iguales en santidad»; que no ha podido formarse un ideal más elevado que el del bienestar material de los pueblos; que para él la justicia no es más que el derecho á una parte igual en las bienandanzas; que á sus ojos, en fin, la revolución, no tiene cumplida hasta el presente más que una obra de ruina: que le falta que fundar la religión de la carne glorificada, de la cual ha sido la Edad Media la siniestra y sangrienta antítesis. Nos dispensaremos de refutar este socialismo, que no es más que un sueño de cólera y de odio contra la sociedad actual mezclada con sueños de placer universal que no han cesado de excitar el cerebro del poeta. Heine tomó del sansimonianismo su moral, prescindiendo de la parte industrial y científica que es, por otra parte, lo único serio que contiene el sistema.

Nadie se asombrará después de esto de que Enrique Heine sea el enemigo jurado de Inglaterra, de su civilización laboriosa y de sus instituciones liberales, antípodas del absolutismo bienhechor que indica como el dispensador de la bienandanza. Es, sobre todo, como poeta, como expresa y manifiesta su antipatía. Sería forzar la nota insistir sobre las utopías humanitarias que no han sido en él nunca más que una salida de humorismo, sublevado contra el orden moral y religioso. Sus cartas, fechadas en Inglaterra están saturadas de pesado fastidio su tono es melancólico; «aquí no hay más que ruido, vapor de carbón de piedra, lluvia y barro». «¡Y pensar que Shakespeare es inglés y que pertenece al pueblo de menos gracia que Dios ha creado...! ¡Qué pueblo más triste! ¡Qué país tan desagradable! Son pesados, mezquinos, egoistas, ingleses... País que de seguro se hubiera tragado el Océano si no hubiese temido que el tragárselo le produjese náuseas. ¡Un pueblo monstruo, gris, bostezante que exhala un aliento intolerable, un fastidio tremendo y que de seguro acabará por colgarse de un cable colosal! Sin embargo, algunas páginas más adelante, al fin del libro sobre Inglaterra, se ve que Enrique Heine tiene una idea más justa de las cualidades de ese pueblo y un discernimiento más exacto de los principales resortes de la grandeza inglesa. En el fondo, toda su simpatía está por Francia, y á pesar de algunos rudos epigra-

mas que difícilmente le perdonaría nuestro orgullo nacional, se ve que es aquí entre nosotros, en la libertad de nuestras ideas y nuestras costumbres, donde el *prusiano libertado* ha encontrado la patria que le había de consolar de la patria perdida. La historia de la Revolución francesa y la de las grandes guerras del Imperio tuvieron el don de atraerle y aproximarle á nosotros. La epopeya del *Tambor Legrand* le había designado durante largo tiempo como amigo de los franceses á la cólera de los partidos retrógrados. Por aquel tiempo el liberal de Alemania hacía la oposición con el recuerdo, el nombre y las simpatías á Francia. Desde aquel tiempo las cosas han cambiado poco, y el tambor Legrand sería hoy conducido á la frontera custodiado por dos gendarmes, entre los aplausos de la nueva Alemania.

Si es cierto que existen odios violentos en la vida de Heine, hay en ella afectos verdaderos y amistades que le consuelan. Pero aun en esto fácil sería señalar la funesta influencia de una personalidad inquieta y un humor fantástico. Obtuvo mayores y más abnegadas amistades de las que merecía. Se ha creído generalmente, bajo la fe de un verso célebre, que la amistad de un grande hombre es un beneficio de los dioses. La de Enrique Heine, sin duda porque el poeta estaba enemistado con los dioses, no fué para algunos de sus amigos otra cosa que una larga prueba. Nada más triste que la historia de sus relaciones con el confidente de su juventud. Moisés Moser, uno de esos hombres tan excelentes como raros y que parecen haber sido escogidos *ex profeso* para pruebas delicadas. Era el Pílades predestinado del fogoso y romántico Orestes. Un Pílades á la manera germánica, de una erudición poco común en las lenguas antiguas y en la filosofía trascendental, que leía á Hegel y á Vamiki en los textos originales, verdadero pensador, tan pródigo con sus ideas como con su dinero, pronto siempre á auxiliar á su amigo sin contar para nada con su destreza literaria ó pecuniaria, maltratado algunas veces en los días prósperos, siempre invocado, y jamás en vano, en los días difíciles. Excelente tipo que se hace amar del lector al través de las burlas y las salidas de tono del poeta.

Esta buena amistad tuvo un triste desenlace que no hace mucho honor á Orestes. El imprudente Moser guardaba su franqueza, de la que usaba cuando llegaba la ocasión. De ella usó á propósito de la deplorable polémica de Heine con el conde de Platen, discretamente sin

duda, mas con la dignidad de un hombre que debe la verdad á su amigo. Después de tantos servicios prestados, tantos años de amistad nunca desmentida, puede con razón pensarse que Moisés tenía algún derecho para hablar así. No fué esta la opinión del poeta. Es preciso oir el tono en que responde á las discretas reflexiones de Moisés. No quiere quejarse de él; «nadie se queja de falta de inteligencia ó de luces; se la soporta. No me quejo más que de los dioses que me han dejado durante tan largo tiempo en error sobre tu manera de comprender mi vida y mis ambiciones. No comprendes todavía, no has comprendido jamás mi existencia y sus aspiraciones, y es porque nuestra amistad no ha cesado de ser, porque en rigor jamás ha existido. No es la aprobación, es la inteligencia de nuestros actos lo que demandamos al amigo; puede, según sus principios, alabarlos ó censurarlos; pero ante todo es preciso que los comprenda, que se penetre de la necesidad de nuestro punto de vista por diferente que sea del suyo.»

Nos parece curioso ver establecida así la teoría de la infabilidad del poeta que no acepta ni la aprobación ni la censura, y que pide á sus amigos que no le juzguen y le comprendan. Esta carta es del mes de Junio de 1831. La correspondencia con Moisés Moser se interrumpe para no reanudarse hasta Noviembre de 1836. ¿Es Moisés quien la reanuda? ¿Han aparecido en él nuevas luces en el intervalo de esos cinco años? ¿Le ha brotado al fin inteligencia? No; por esta vez la iniciativa parte del poeta. Sin duda es un impulso del corazón un arrepentimiento, la pena de una noble amistad perdida. Así hubiéramos deseado creerlo, y eso se desprende de las primeras palabras. «Comprenderás, Moisés, que estas líneas son la prueba más fuerte que puedo darte de mi confianza y de mi amistad. ¿Verás en ellas el testimonio de un sentimiento grande? Así lo creo, y por esto te escribo con el corazón entristecido, sí, pero sin vacilación y aun con cierta alegría melancólica al volverme á encontrar contigo... No hace mucho tiempo en París, cuando á las puertas de la muerte, en una noche de fiebre y de insomnio, pasaba revista á los amigos en quienes podría poner mi confianza para la ejecución de mi última voluntad, comprendía que sólo podía contar con dos en el mundo: tú y mi hermano Max.» Por de pronto nos sentimos conmovidos. ¿Qué cosa hay más dulce que un buen sentimiento que ha acabado por vencer las perversas inspiraciones de la vanidad? ¿Qué encanto semejante al de una amistad como esa, encontrada después de tan larga in-

terrupción? Mas he aquí algo que destruye tan agradables impresiones. «A causa de varios acontecimientos me encuentro en un compromiso de dinero de que no te puedes formar idea. Te quiero demasiado para afligirte con el relato de lo que me acontece; pero puedes hacerme un importante servicio prestándome cuatrocientos *thalers*.» Estamos convencidos de que Moisés se los prestó: es una excelente venganza.

En suma, es dudoso que se haya hecho un gran servicio á la memoria de Heine publicando sus cartas íntimas. La impresión del lector no puede estar al lado del poeta, visto tan de cerca en la realidad de sus miserias morales. Es preciso, para purificar su recuerdo de estas miserias, y para darnos á nosotros mismos el placer de admirarle, dejar á un lado la *Correspondencia* y encontrarse de nuevo con algunas estrofas del *Poema*, ó con algunas páginas bien elegidas de los *Rissebilder*. Se podrá de esta manera atemperar la tristeza y aun la amargura de las impresiones recibidas, y embriagarse de poesía olvidando la realidad.

IV

Este estudio sobre Heine, tomado de su *Correspondencia*, sería incompleto si no se le añadiese el análisis de sus célebres publicaciones sobre Alemania y Lutecia, que forman parte de su *Correspondencia pública*. Son páginas tan pronto brillantes como una visión, tan pronto virulentas é inflamadas como la cólera del tribuno, ó bien grotescas y cínicas como las burlas de Rabelais. Le comprendemos mejor después de la lectura de su *Correspondencia privada*, que nos ha suministrado no pocos datos acerca de aquella alma extraña.

Lutecia es una recopilación de cartas escritas para la *Gaceta de Augsburgo* de 1840 á 1843. El objeto de estas cartas era dar á conocer en Alemania la vida política, artística, social, de París, en aquellos años florecientes que marcan el apogeo del gobierno de Julio. Hay de todo en estas letras: graves discusiones políticas y estudio de costumbres más que peligrosas. Se pasa del despacho del ministro á un baile público, y de la cuestión de Oriente á la descripción de las danzas prohibidas. La reseña de un concierto se encuentra al lado de una excursión á la filosofía de Pedro Leroux, y la Academia de Ciencias morales y políticas se codea con el cuerpo de baile. Todo se mezcla en esta correspondencia, desde la buena compañía hasta la última fracción decimal del *pequeño*

mundo. De ello resulta no sé qué fisonomía compleja, difícil de definir, ambigua y abigarrada. Se nota quizá demasiado la intención de no ser ni pedante ni grave, ni fastidioso, ni alemán; pero sería mucho mejor que no se notase el esfuerzo, y tal vez gustaríamos con gran placer de esa mezcla de tonos, de esa agilidad de espíritu que con tanta rapidez pasa de un asunto político á una cuestión de arte, y de una cuestión de arte á las más equívocas familiaridades, si no se nos advierte tan claramente que se trata de un escritor humorístico. «Adoro lo imprevisto, pero, sobre todo, cuando lo imprevisto no se me ha anunciado.» Debido á que todo el libro está lleno de un abigarramiento grandísimo y á que el autor hace continuamente gala de su desenvoltura, hay pocas lecturas de un efecto más original.

Diremos qué es lo que en el libro ha envejecido. Fué sin duda la parte política la que tuvo más interés en sus cartas en la época en que fueron escritas; más el encanto de la actualidad se encuentra hoy desflorado y nos es imposible interesarnos por las espirituales alusiones, por las diabólicas malicias, por lo punzante de los epigramas que llenan esta correspondencia á costa de M. Guizot y de Luis Felipe. Toda esta menuda guerra nos resulta hoy tan anacrónica, que mentira nos parece que al poeta, en las ediciones últimas, no se le haya ocurrido suprimir tan vieja polémica que por otra parte nada añade al mérito del libro y no sirve más que para quitarle interés. Los epigramas políticos sólo tienen valor cuando son una temeridad; cuando el peligro ha pasado, hacen el efecto de un tiro de fusil á un enemigo ausente.

Heine tuvo la pretensión de poseer convicciones políticas. «Quien no se fije más que en las palabras —dice gravemente—encontrará fácilmente en mis correspondencias, á fuerza de examinarlas, buen número de contradicciones, de ligerezas y hasta cierta falta aparente de convicción sincera. Mas el que sepa penetrar hasta el espíritu de mis palabras, reconocerá en ellas la más estricta unidad de pensamiento y una tendencia invariable por la causa de la humanidad y por las ideas democráticas de la revolución. ¿Quiere saberse ahora qué interpretación nos da de esas ideas democráticas? Esas ideas se resumen para él en el más avanzado socialismo, ó para *nombrar al monstruo con su verdadero nombre*, el comunismo. Heine se jacta del servicio que ha rendido á la secta. Los comunistas de todos los países—dice—recibieron por medio de nuestras cartas noticias auténticas acerca del pro-

greso incesante de sus ideas; comprendieron con gran asombro que no son una comunidad débil, sino la más fuerte de todos los partidos; que su día, es cierto que aún no ha llegado, pero sabemos también que el esperar tranquilamente no es perder el tiempo para hombres que pertenecen al porvenir; y les pertenece el porvenir, porque tienen de su parte la justicia y la verdad.» Un terrible silogismo le tiene como embrujado, y si como no puede refutar esta premisa: *los hombres tienen todos el derecho á comer,* le es preciso someterse á todas sus consecuencias. Pensando de esta suerte corre el riesgo de perder la razón; ve todos los demonios de la verdad danzar en triunfo en torno de él, y al cabo se apodera de su corazón una desesperación generosa. Entonces exclama: «Desde hace tiempo ha sido juzgada y condenada esta nueva sociedad; ¡que se haga justicia! Que caiga este viejo mundo en que la inocencia ha perecido, en que el egoismo ha prosperado, en que el hombre ha sido explotado por el hombre. Todo esto parece serio. Pero escuchad y ved cómo este gran apóstol de la inocencia y de la justicia acaba por burlarse de sí mismo.» Que sean destruidos completamente estos sepulcros blanqueados en donde residen la mentira y la iniquidad, y bendito sea el especiero que ha de hacer algún día cucuruchos de mis poesías en que echar café y tabaco para los pobres vejezuelos que quizá se han contentado con gritar en este mundo de impiedad: *Fiat justitia, pereat mundus.* He aquí la nota exacta de sus convicciones. ¡Triplemente engañado sería quien se dejase sorprender!

Nos interesan mucho más que las convicciones políticas de Heine sus juicios sobre cuestiones de arte y literatura. También aquí procede por violencias, por burlas equívocas, personalidades amargas, juegos á menudo crueles de un humor fantástico y de un escepticismo acerbo, ó bien por raptos inesperados de una simpatía súbita y ráfagas imprevistas de una sensibilidad sincera. Pero al menos en este dominio de las ideas, en esta libre esfera del arte, las polémicas no envejecen tan pronto y la curiosidad de la opinión permanece largo tiempo viva ante los méritos diversos de Jorge Sand, de Víctor Hugo, de Leopoldo Robert, de Delaroche, de Berlioz, Beethoven, Pedro Leroux y Cousin.

Rara vez somos nosotros de la opinión de Enrique Heine; ¡pero qué variedad de puntos de vista! ¡qué imprevistas fantasías, qué agudeza, cómo se agita y se mueve todo ello! ¡qué singular efecto produce esta

mezcla de juicios aventurados y de nombres propios! Es preciso ver cómo nos presenta á nuestros grandes escritores. Chateaubriand es para él un loco, y yo añadiré un loco triste; sus obras tienen algo cómico al través de su superficie, de sus acentos, á los que suele calificarse de sublimes. Heine oye siempre el tintineo de las negras campanillas de su capirote de loco. Lamartine es el menos maltratado, si en caso parecido la injuria más cruel no es el silencio. Víctor Hugo no es más que un gran charlatán que ha hecho creer á sus compatriotas y por fin ha llegado á creerlo él mismo, que es el poeta más grande de Francia; es afectado, falso, sin gusto, sin naturalidad, frío y glacial hasta en sus efusiones más apasionadas; su entusiasmo no es más que una fantasmagoría, un cálculo sin amor, no ama más que á sí mismo, no es más que un egoista, mejor dicho un *Hugoista*. Tiene la manía de los advenedizos ó de los salvajes que se adornan con abigarrados oropeles. Todo en él es disonancia, barbarie, deformidad. De su genio se ha dicho: es un bello jorobado. El que ha emitido ese juicio ha dicho sobre Víctor Hugo la última palabra. «Villemain es también insultado por el poeta. Cousin, en un mismo libro experimenta muy diversa fortuna, maltratado tan pronto por haber proclamado sus repugnancias hacia el positivismo, como defendido después contra ciertos ataques de Pierre Leroux. Hay algo de generosidad en esta apología; Pierre Leroux es un filósofo en el sentir de Enrique Heine. El autor de *La Humanidad* toma de repente proporciones colosales é inexperadas para el lector francés. Es la virtud misma, es un eremita del pensamiento, un capuchino filósofo, un *pontífice máximo*, el gran productor de ideas que Francia posee. Prescindo de otros títulos, no menos altisonantes. Michelet, Quinet y Jorge Sand participan con Pierre Leroux de las simpatías del Aristarco alemán. En esta revista sumaria de las letras francesas, Heine no se olvida de la Academia y se burla donosamente en muchas ocasiones de las damas que no faltan á ninguna sesión ó de tal inmortal que pide la palabra. Que esta linterna mágica de caricaturas iluminadas sea divertida, no lo niego; pero debo hacer constar que es una linterna mágica.

Y, sin embargo, cuando Enrique Heine se deja de estas parodias y de estas burlas y se abandona á la emoción sincera y á la inspiración seria, encuentra acentos de una justicia y de una elevación incomparables. ¿Quién podrá leer sin profunda emoción la página acerca de la

muerte de Leopoldo Robert? «Lo que impulsó á Robert á dejar la vida acaso fué el más horrible de todos los dolores, el que siente el artista al descubrir la desproporción que existe entre sus deseos de crear y sus fuerzas para la ejecución; esta conciencia de la falta de poder es ya casi la muerte, y la mano no hace otra cosa que apresurar la agonía. Por vigorosas y admirables que sean las pinturas de Robert, no son, en rigor, más que pálidas sombras de las hermosuras de la naturaleza que pasan delante de su alma, y no es difícil ver en él los vestigios de una lucha penosa con el objeto artístico que ha podido vencer tan sólo, gracias á esfuerzos desesperados.» Es este un fragmento de una sencillez tan patética y de un tono tan delicado, como rara vez se encuentra, preciso es decirlo, en medio de las locas invenciones en que se mueve esta imaginación desenfrenada.

En conjunto, el libro de *Lutecia* es un compuesto de burlas enconadas y de injurias grotescas, mezcladas á algunos juicios sinceros y á algunas pinturas serias. Lo más curioso que ofrece este libro es la candidez con que algunos críticos de nuestro país se han dejado engañar por las amistosas protestas del burlón alemán, dando crédito con demasiada facilidad á sus palabras, en que asegura que su alma es francesa y parisiense. Sin duda lo es á su manera; mas ¡con qué libertad de ironía! Se han tomado como moneda de buena ley todos los cumplimientos con que paga nuestra vanidad nacional. ¡Ay! sus monedas son falsas. Esos apreciables críticos no han leído seriamente ó no han comprendido ese libro singular. ¿Será menester citar una larga carta fechada en 13 de Febrero de 1841, la cual da que pensar á nuestro orgullo patriótico? He aquí el resumen: si los franceses avanzan tanto y aprovechan el tiempo presente con tanta precipitación, acaso esto reconoce por causa que se aproxima para ellos el crepúsculo del día: cumplen con apresuramiento la tarea de su jornada. Su papel es de todos modos bastante bello, y los otros pueblos no forman más que el distinguido público que asiste como espectador á la comedia de Estado, representada por el pueblo francés. A veces, es verdad, el público experimenta la tentación de manifestar un poco alto su aprobación ó su disgusto y aun el deseo de subir al escenario y de tomar parte en la comedia; pero los franceses, los comediantes ordinarios del buen Dios, son siempre los actores principales del gran drama universal, á los cuales se arroja ó coronas de laurel ó patatas. No, Francia no ha aca-

bado aún; pero ha pasado de su período de brillo, y en ella se opera actualmente un cambio que es imposible negar. En su frente aparecen ya algunas arrugas, su ligera cabeza comienza á tomar el color gris; se inclina cuidadosa, y no se ocupa solamente del día actual: piensa también en el mañana. Nosotros, los alemanes, avanzamos lentamente; ¿qué importa? El porvenir nos pertenece... un dilatado porvenir.»

He aquí lo que de lo dicho se desprende claramente: nosotros, los franceses, somos la civilización del día actual, y por esta razón Enrique Heine tiene para nosotros tan entusiastas caricias; pero Alemania es la civilización del mañana. Si se nos deja el presente, véase á qué precio. Gocemos rápidamente de lo que nos queda; están contados nuestros días. Nuestra grande y espléndida civilización no es más que el festín de Baltasar. Las palabras fatídicas anuncian ya el momento de nuestra ruina. Enrique Heine ha venido á escribirlas sobre los muros de París. Enrique Heine, ese buen amigo de los franceses!

Si Alemania fuese más perspicaz, si supiese comprender mejor sus intereses en lugar de aislarse con una desconfianza sombría, imitaría á Enrique Heine, se iniciaría en nuestras costumbres, en nuestras ideas y en nuestra civilización; tomaría nuestro espíritu, nuestra cortesía, las gracias y las elegancias que son el encanto y el prestigio de nuestro genio nacional. Avanzaría de este modo muchos siglos. Por el contrario, aislándose, prolonga indefinidamente su advenimiento á la escena del mundo. Por esta razón el poeta no se ha cansado de amontonar grotescas invectivas contra la imbecilidad de sus compatriotas los *teutomanos*. Apura el vocabulario del insulto para maldecir á esos que á sí mismos se dan el nombre de representantes de la nacionalidad en Alemania, esos falsos patriotas, cuyo amor por la patria no consiste más que en una *aversión idiota* contra el extranjero. «Sí—exclama—sí; esos descendientes de los teutomanos de 1815, que únicamente han conseguido modernizar su antigua costumbre de locos ultratudescos, recortándose un poco las orejas, los he detestado y combatido durante toda mi vida; y hasta que la espada caiga de mi mano moribunda, me siento consolado por la convicción de que el comunismo, que los encontrará primeramente en su camino, les dará el golpe de gracia, y no será ciertamente un mazazo el que han de recibir: el gigante los aplastará de un pisotón, como se aplasta un sapo.»

Si tratásemos de expresar en un

juicio definitivo nuestras impresiones sobre este libro de *Lutecia,* nuestro juicio sería severo, y no porque seamos insensibles al encanto de lo imprevisto ni á la influencia de un espíritu brillante jugando con las ideas más graves y arrojando el resplandor de una razón soberana en medio de las más singulares burlas. No es que pretendamos tampoco desconocer todos estos dones felices de una palabra sin rival, de resplandores de una alegría loca ó de una tristeza casi desesperada, su asombrosa gallardía, la crueldad incisiva de sus frases, la refinada perfidia de sus alusiones, su arte, su perfección en el asesinato literario y en la tortura del epigrama. De todo esto hay en el libro verdadera prodigalidad. Admiramos los juegos fantásticos y el brillo ardiente de este espíritu; pero no despierta nuestra simpatía.

A fuerza de ver el mal por todas partes, nos fatiga. ¡Tantas maldades y tantas injusticias; tantos juicios contradictorios; hombres mezquinos elevados, irónicamente acaso, y tantos grandes hombres de verdadero talento y de noble carácter humillados, degradados con una especie de furor! Heine ha escrito en su libro una parodia, no un cuadro de Francia.

Si se quiere conocer las ideas políticas ó más bien las veleidades de Enrique Heine, hay que buscarlos en su libro sobre Alemania. También se revela en él una de sus manías, que consisten en meter miedo. Esa manera de divertirse á expensas del público, tiene muchos encantos á los ojos del poeta. Procede á la manera de aquel terrible Proudhon, que se divertía de tiempo en tiempo en lanzar, en medio del silencio de su auditorio, alguno de sus axiomas nefastos, que sonaban en los oídos de las gentes sencillas como una terrible conminación contra la sociedad. *La propiedad es un robo; Dios es el mal.* Me imagino la alegría secreta del gran burlón al contemplar estos espantos de que él era la causa. De buena gana debía de reirse de las imaginaciones burguesas que veían en él al anticristo bajo la forma de socialista, y tengo razones bastantes para suponer que ese papel siniestro no disgustaba á su vanidad, ávida de singularizarse. Enrique Heine es un primo hermano de Proudhom en lo referente á lo sangriento de la ironía. También el poeta dirige terribles sarcasmos contra todas las cosas humanas y divinas; también gusta de tomar parte en la lucha en nombre de la religión y la metafísica. Con arranques líricos canta todas las grandes derrotas y las catástrofes de Dios; anuncia con apariencias de inspirado los nuevos tiempos en que la

carne va á alzarse victoriosa y á ocupar su puesto en el mundo y en la vida; pero antes de llegar á esta era afortunada, preciso será sostener espantable combate. Alemania tendrá su revolución. Así es como hay que entender al profeta: ahueca la voz preñada de amenazas y haciendo brillar el rayo en cada una de sus palabras, parece exclamar: ¡Temblad, burgueses! ¡No defraudéis el más vivo deseo de Enrique Heine; morid de pavor para darle gusto!

En verdad, Enrique Heine abusa un poco del papel de Croquemitaine metafísico y de terrorista religioso. Hay algo de infantil en sus juegos violentos de estilo, encaminados á sumir el buen sentido vulgar en la consternación y en el estupor. Acaso toma por niños á sus lectores cuando escribe estas predicciones. «Entonces aparecerán los kantianos que no querrán oir hablar de piedad en el mundo de los hechos ni en el de las ideas, y que trastornarán sin misericordia, con el hacha y la espada, el suelo de nuestra vida europea, para estirpar las últimas raíces del pasado. Aparecerán sobre la misma escena los fichtianos armados, cuyo fanatismo de voluntad no podrá ser sujetado ni por el temor ni por el interés. Pero los más terribles de todos serán los filósofos de la naturaleza, que intervendrán con su acción en las revoluciones alemanas, y se identificarán con la obra de destrucción, porque si la mano del partidario de Kant golpea fuerte y duramente; puesto que su corazón no está cohibido por ningún respeto tradicional, y si el fichtiano desprecia totalmente todos los males, porque en rigor no existen en la realidad, el filósofo de la naturaleza será terrible en cuanto se ponga en relación con los poderes originales de la tierra, cuando conjure las fuerzas ocultas de la tradición—que puede evocar—de todo el panteismo germánico, y cuando se despierte en él ese ardor de combate que encontramos en los antiguos alemanes, ardor que lucha, no por destruir, ni siquiera por vencer, sino solamente por combatir.» Después de esta enumeración de legiones puestas en pié de guerra contra la sociedad y la civilización, sigue una pintura fantástica de la revolución alemana desencadenada sobre el mundo. Cuando la cruz se rompa se despertará la antigua ferocidad en la sangre nacional; las viejas divinidades saldrán de sus tumbas fabulosas. Alzaráse Thor con su gigantesco martillo, y demolerá las catedrales góticas. El trueno en Alemania es también alemán; no estalla de repente, sino que se acerca rodando, con lentitud; pero llegará al cabo, y cuando oigáis un crujido

como nunca ha sido oído por la humanidad, sabed que ha estallado al fin el trueno alemán. Entonces será cuando Alemania verá comenzarse un drama, después del cual la revolución francesa no será más que un idilio. La hora sonará. Los pueblos se agruparán como en las gradas de un anfiteatro en torno de Alemania para presenciar grandes y terribles escenas. Y entonces ¡oh franceses! amigos míos—Heine os lo aconseja—estad tranquilos, seguros en vuestros puestos, y no os mezcléis en los asuntos que allá abajo se desarrollen; podría aconteceros algún mal.

Tal es el tono que Heine emplea en sus discusiones políticas y filosóficas: exageración en las ideas, lirismo desenfrenado, mezclado con trivialidades atrevidas, un estilo excesivo y brillante, ocultando mal, bajo el tumulto de las palabras, la ausencia de convicciones y una ironía insolente que se complace en arrojar el espanto en las almas valiéndose de los más altos poderes de la tierra y del cielo. Se vale del *esprit* para causar pavor; de aquí el genio del *humor*, pero del humor con premeditación. A fuerza de audacia, Heine sacude el alma más apática; tiene golpes de estilo completamente inesperados que agitan y apasionan al lector, irritándole con insolencias metafísicas y un instante después desarmándole con una salida burlona. Por intervalos y al través de los caprichos de una razón delirante y de una imaginación desesperada, brilla un rayo imprevisto de buen sentido, como un resplandor de luna iluminando una orgía nocturna.

No incurriremos en la ridiculez de refutar las diatribas en que se manifestaba, hace veinte años, el panteismo sensual de Enrique Heine. Apenas si añadirían importancia al fondo de sus ideas. Heine los ha desarrollado enteramente en el prólogo de la última edición y en el trozo famoso que tanto ruido hizo desde su aparición: las *Confesiones de un poeta*. Se critica el autor á sí mismo y tan concienzudamente como puede él hacer las cosas, es decir, mezclando las más divertidas bufonadas con alguna que otra idea seria. Nos confiesa con una sinceridad verdaderamente cómica los motivos de que le han separado insensiblemente los sansimonianos y de otros apóstoles de la rehabilitación de la carne. En otro tiempo veía en ellos el partido más avanzado de la emancipación humana, que acababa de ser batido por los gendarmes de la sociedad vieja. Se interesaba por ellos como nos interesamos por los vencidos; los miraba con la simpatía que sienten siempre las almas generosas por el martirio. «No te-

mía—dice—arrostrar el ridículo al que estaba un poco propensa la buena causa. Pero las cosas han cambiado; los mártires de otro tiempo no llevan ya la cruz á no ser por casualidad la cruz de la legión de honor; no recorren con piés desnudos los desiertos de Arabia para buscar en ellos la mujer libre; los emancipadores de los lazos conyugales á la vuelta de Oriente se han casado; *hasta se han convertido en los casamenteros más intrépidos de Occidente y tienen ya botas*. La mayor parte de aquellos mártires se halla actualmente en la prosperidad; muchos de ellos son *neo-millonarios;* se va muy de prisa con los caminos de hierro. De esta suerte, el entusiasmo de Enrique Heine hacia los predicadores de la glorificación de la carne y la mujer libre bajó sensiblemente. Vió, á no dudarlo, que esos ilustrados enemigos de la civilización, sólo eran enemigos en lo que no lograban un puesto: esto hace abrir los ojos aun á hombres más cándidos que Enrique Heine. También nos da á entender en su prólogo que no hay que tomar en serio el tono agresivo y las calaveradas de sus *Estudios sobre Alemania*. Está bien arrepentido, si hemos de darle crédito, de sus gloriosas ilusiones sobre esa triste y pobre diosa, la Humanidad.

Hace veinte años, la juventud parecía arrebatada, intemperante, soberbia de su atrevimiento injurioso y de sus provocaciones turbulentas. Ha pasado ante nuestros ojos la imagen de esta juventud filosófica: convenía dar una idea de ella.

Los estudios que forman el primer volumen de *Alemania* son una protesta contra el saber incompleto y la interpretación errónea del espíritu alemán que el libro de madama Staël había propagado en Francia. Heine venía á enderezar las ideas y á poner las cosas en su verdadero punto. El verdadero origen de la filosofía alemana data de la Reforma. Lutero, emancipando la religión, ha creado el pensamiento libre, padre del mundo moderno. La misma religión cambia de carácter y casi de naturaleza. Es preciso que sepáis lo que ignoráis sin duda; á saber, que la Iglesia romana no era en el fondo más que el viejo espiritualismo indio de los gnósticos, el budismo de Occidente. La reforma de Lutero da origen al espiritualismo judaico-deista, que recibe, bajo el nombre de fe evangélica, un desarrollo conforme á los lugares y á los tiempos. Recobra la carne sus derechos naturales; el cura se convierte en hombre, tomando mujer y mostrando públicamente á sus hijos. Por otra parte, Dios se reduce á un célibe celeste, los santos son mediatizados, se corta las alas

á los ángeles, á la Madre de Dios se le quita la corona, cesan los milagros, avanzan las ciencias naturales, fuente de progreso; un nuevo mundo acaba de nacer: es el mundo moderno. Todo ello es la obra de Martín Lutero, á quien Enrique Heine tributa los más grandes honores. El reformador crea la era de los siglos nuevos por la libertad de pensar y la literatura nacional, dándole una lengua, expresión de la literatura que acaba de nacer. La revolución filosófica sigue de cerca á la gran revolución religiosa. A grandes pinceladas nos traza Heine esos acontecimientos que cambian la faz de Alemania, y que, andando el tiempo, si damos crédito al escritor, merced á la influencia de Alemania, habrán de cambiar el universo.

Llegamos al segundo período del pensamiento alemán: el advenimiento del panteismo con la doctrina de Spinoza, que Alemania adopta estrechamente y que contiene en germen á Kant, á Schelling y á Hegel. Aquí se revelan con toda libertas las predilecciones de Enrique Heine y sus esperanzas para el porvenir en un vivo paralelo entre el deismo y el panteismo. El Dios de los panteistas se distingue del de los deistas en que el uno es el mundo mismo, mientras que el otro está en el mundo y por encima del mundo... El dios de los deistas gobierna el universo de alto abajo como un establecimiento separado de él; los deistas sólo están divididos entre sí según el modo de entender este gobierno. Los hebreos se representan á Dios como un tirano armado de un trueno, los cristianos como un padre lleno de amor, los discípulos de Rousseau y toda la escuela ginebrina como un artista hábil que ha fabricado el mundo como los ginebrinos sus relojes, y en su calidad de peritos admiran la obra y glorifican al maestro que está en lo alto. Para el deista nada hay más santo que el espíritu, porque lo considera como un soplo divino. Los judíos miraban el cuerpo como algo despreciable; los cristianos, que son los ultras del espiritualismo, lo consideraban como cosa reprobada, maldita, como un feudo de Satán, como el mal mismo; pero el cuerpo reclama, y la materia, injustamente humillada, se subleva. La humanidad suspira por condimentos más sólidos que la sangre y la carne místicas. Hay que reconciliar la materia con el espíritu. El mal no está, como quiere el cristianismo, en la materia. La materia sólo se hace mala cuando se ve obligada á conspirar en secreto contra la usurpación del espíritu, cuando el espíritu la ha marchitado y cuando se ha prostituido por desprecio á

ella misma, ó bien cuando se venga solapadamente del espíritu, ocultando sus placeres secretos bajo la máscara de la hipocresía. El mal es la mentira. El panteismo aniquilará el mal y hará cesar esta larga mentira, comprendiendo á la humanidad en su totalidad: alma y cuerpo, materia y espíritu, y á esa misma humanidad, como una encarnación de Dios.

«No combatimos, dice Heine, por los derechos humanos de los pueblos, sino por los derechos divinos de la humanidad. No queremos ni descamisados, ni burguesía frugal, ni presidentes modestos: fundamos una democracia de dioses terrestres iguales en beatitud y santitud. Pedís vosotros costumbres simples y austeras y alegrías ordenadas; nosotros, por el contrario, queremos néctar y ambrosía, mantos de púrpura, la voluptuosidad de los perfumes, danzas de ninfas, música y comedias. Nada de cólera, virtuosos republicanos. A vuestras censuras responderemos con las palabras que Shakespeare puso en boca de uno de sus locos. «¿Crees, por ventura, porque eres virtuoso, que no debe haber en la tierra ni pasteles dorados ni vino de Canarias?»

He aquí la religión nueva, la filosofía nueva, la del porvenir, el panteismo, el verdadero catolicismo de los pueblos, puesto que sólo él será universal y sólo él basta á todos los deseos de la humanidad, á las exigencias imperiosas de su cuerpo, como á las aspiraciones de su alma. Ya aseguraba Heine en 1835 que el panteismo es el secreto público de Alemania. Nos hemos engreído demasiado por el deismo. Ya somos libres y no queremos déspota tonante; somos mayores de edad y no tenemos necesidad de cuidados paternales. No somos las obras de un gran mecánico; el deismo es una religión buena para los esclavos, para los niños, para los ginebrinos, para los relojeros.

He aquí en qué estilo da cuenta Enrique Heine del gran acontecimiento filosófico que prepara directamente el advenimiento de la doctrina de Schelling y Hegel, es decir, la consagración pública del panteismo. Se trata de la publicación de *La Crítica de la razón pura*, de Manuel Kant. Este acontecimiento es, según Heine, el 21 de Enero del deismo.

«Un escalofrío respetuoso--dice--una misteriosa piedad nos invaden. Nuestro corazón se llena de un sentimiento compasivo, al ver que *el mismo viejo del cielo se prepara para la muerte*. Le conocemos desde su cuna en Egipto, en que le vimos elevarse entre los becerros, los cocodrilos divinos, las cebollas, los ibis y los gatos sagrados. Le hemos

visto despedirse de los compañeros de su infancia, de los obeliscos y de las esfinges del Nilo; después le hemos contemplado en Palestina convertido en un reyezuelo de pastores. Más tarde le vimos en contacto con la civilización asirio-babilónica; renunció entonces á sus pasiones demasiado humanas, se abstuvo de sus arrebatos de cólera y de venganza; por lo menos se abstuvo de tronar con motivo de cualquier bagatela. Le vimos emigrar á Roma, donde abjuró toda especie de prejuicios nacionales, proclamando la igualdad celeste de todos los pueblos; con sus bellas frases hizo la oposición al viejo Júpiter, é intrigó tanto, que bien pronto llegó al poder, y desde lo alto del Capitolio gobernó la ciudad y el mundo *urbem et orbem*. Le hemos visto depurarse, espiritualizarse cada vez más, hacerse paternal, misericordioso, bienhechor del género humano, filántropo. Nada ha podido salvarle. «¿No oís sonar una campanilla? De rodillas. Van á dar los últimos sacramentos á un Dios que muere.»

Por lo común, el escepticismo es frío y la ironía tiene horror al ditirambo. Aquí, por efecto de una mezcla extraña, el escepticismo adquiere calor y el sarcasmo se hace lírico. Tal es el carácter particular del poeta filósofo. Nótase en él una especie de embriaguez que ya hemos señalado en la *Correspondencia*, y que se manifiesta en sus injurias contra el *viejo del cielo*. Añadid á esto sus chistes filosóficos, un estilo digno de Rabelais, plagado de frases gruesas, que, aplicadas á los grandes objetos, producen contrastes buscados y trastornadoras sorpresas. Luego, siempre por amor al contraste, una página llena de emoción, frases del alma, lágrimas casi celestes, caen en medio de una orgía de la imaginación pervertida y de la sensualidad sobreexcitada. Otras veces un juicio sano, moderado, profundo, que separa al espíritu de todos esos sacudimientos y á la razón de todas las desviaciones, que la hacen sufrir y gritar; retratos vivos y finos, grabados en dos palabras y de un admirable parecido. Nadie ha definido á Schelling mejor que le retratan estas frases: «Schelling es uno de esos seres á quienes la naturaleza ha dado más gusto para la poesía que pujanza poética, y que incapaces de satisfacer á las musas, se han retirado á los bosques de la filosofía, donde pactan, con las hamadríadas abstractas, los más infecundos enlaces.» Pero estos momentos razonables no duran; cuando esperáis encontraros, ya con un poeta, ya con un filósofo, os tropezáis de repente con un arlequín.

Las *Confesiones de un poeta* son

el complemento natural y el correctivo de la primera parte de *Alemania*. No son una verdadera palinodia; sería preciso ser demasiado ingenuo para creerlo; pero, en fin, en ella es menos cruda la impiedad; el viejo del cielo no está tan maltratado; se le perdonan muchas cosas que antes no se le perdonaban, y se acaba por confesar, con toda clase de donaires picarescos, que el buen Dios no ha muerto del todo. En el fondo de las burlas se adivina algo como cierta vena de sensibilidad religiosa. En aquellas páginas, escritas hace veinte años en medio de los más atroces sufrimientos, bajo la amenaza de la muerte, suspendida siempre sobre el lecho del dolor, bajo la influencia también de los años y de los pensamientos más serios que vienen con la vejez, se echa de ver cierta emoción casi involuntaria, algo como el recuerdo de las locuras de la juventud, ó, por mejor decir, cierta especie de remordimiento. La alegría es también natural, no delirante como otras veces. No traspasa los límites de cierta agradable medida y de relativa discreción. Los recuerdos personales, la llegada á Francia y á París, los buenos y los malos conocimientos hechos allí, las diversas fortunas de la vida literaria, son narradas con viveza, con cierto regocijo moderado, con *esprit*. Se burla mucho de Mad. Staël y de su pirotecnia sentimental; repite contra aquella mujer ilustre las viejas habladurías que no han hecho fortuna en Francia y que son cuentos del otro mundo. Pero seríamos injustos con Heine, como lo es él á propósito de Mad. Staël, si pretendiésemos negar el encanto de estas páginas brillantes. La parte que mayor curiosidad é interés nos ofrece es aquella en que el autor nos refiere sus decepciones filosóficas. Se recordará cómo ahuecaba la voz, hace veinte años, para anunciarnos la revolución siniestra y próxima de Alemania. Trataba de asustarnos y resulta ahora que es Croquemitaine quien tiene miedo.

—¡Ah!—exclama—esto que tan extraño parecía, se predica, sin embargo, sobre todos los techos más allá del Rhin, y espantable es el ardor fanático de todos estos predicadores. Tenemos, sin embargo, frailes de la impiedad, Torquemadas del ateismo que echarían en la hoguera á Arouet de Voltaire, porque en el fondo de su corazón el señor de Ferney no era más que un deista endurecido.

«Mientras que semejantes doctrinas fueron el privilegio secreto de una aristocracia de gente de letras ó de hombres de, *esprit;* y cuando eran discutidas en un lenguaje de sabios, que no comprendían los

domésticos colocados detrás de nosotros para servirnos; mientras que nosotros blasfemábamos sobre nuestras soperas filosóficas, pertenecía yo también á esos frívolos espíritus fuertes, cuya mayor parte se parecía á los grandes señores liberales, que antes de la Revolución buscaban para recrear su monótona vida de corte el encanto de las ideas nuevas. Mas cuando he notado que el pueblo se ponía á discutir los mismos temas en sus cuartuchos, en los cuales la candela y el quinqué reemplazaban á las bujías y á los candelabros; cuando he visto la existencia de Dios negada por sórdidos zapateros y oficiales de sastre; cuando el ateismo se hizo compatible con el sebo, el aguardiente y el tabaco, entonces mis ojos se desengañaron, las náuseas me hicieron comprender lo que no pudo la razón y di mi adiós al ateismo.»

¡Cuán elocuente lección esta, en virtud de la cual el espiritual ateo se siente molestado por el contacto del abuso de la filosofía! Pero no todos han entendido la lección como él; no faltan entre nosotros entusiastas, que después de la catástrofe de los sansimonianos y consortes nos prediquen la rehabilitación de la carne. Sueñan todavía con aquella era paradisíaca en que cada miembro de la familia humana ha de disfrutar del néctar y de la ambrosía prometidas, de los mantos de púrpura, de la voluptuosidad de los perfumes, de las danzas de las ninfas... El sueño de esta fiesta inmensa de la sensación puede tener cierto prestigio para las imaginaciones epicúreas. Mas, ¡qué extraños desencantos ofrecerá la realidad á todos estos iluminados sensualistas! ¡Cuán tristes los días siguientes de estas divinas orgías y cómo se apartarán bruscamente todos estos comunistas aristócratas de la ralea del vicio! El sueño es una poesía; la realidad será una náusea.

Nada iguala la divertida franqueza con que Heine nos refiere la época floreciente de su divinidad. ¡Qué mezcla más deslumbradora de ingenio y de fina razón! No es posible burlarse más finamente de sí mismo, de su papel divino y de lo que él mismo llama su absurdo orgullo. Era joven y soberbio, jamás había querido creer que Dios se hubiera hecho hombre; pero creía á Hegel bajo su palabra cuando le oía decir que el hombre era Dios. El era la ley viva de la moral, era impecable, era la pureza encarnada: llenaba su papel con ardor, restaurando las virginidades comprometidas y dispensando largamente el encanto de su divinidad; cuando repentinamente notó que le faltaban la salud y el dinero, vió que su sueño grandioso se venía al suelo, y com-

prendió que debía abdicar sus funciones divinas y descender al estado de simple mortal. Confiesa que la idea del buen Dios volvió á su conciencia naturalmente evocada por el sufrimiento. Era para él un gran consuelo pensar en su lecho de dolor, que había alguien en el cielo á quien poder dirigir sus gemidos.

«Que sean tontos ó crueles—añade con una elocuencia que deja ver un sentimiento verdadero—que sean tontos ó crueles esos filósofos ateos, esos dialécticos fríos y bien portados que se dedican á quitar á los hombres su consolación divina, el sólo calmante que les resta. Se ha dicho que la humanidad es enferma y que el mundo es un gran hospital. Más triste será cuando se pueda decir que el mundo es una gran casa de Dios sin Dios... ¡Ay! La burla de Dios pesa sobre mí. El gran Autor del universo, el Aristófanes del cielo ha querido hacer sentir al autorcillo terrestre, ó sea al Aristófanes alemán, hasta qué punto hasta sus más agudos sarcasmos no han sido otra cosa que insignificantes picaduras de alfiler en comparación de las heridas de rayo que el *humor* divino sabe causar á los míseros mortales. Sí; la amarga ola de burlas que el gran señor me envía es terrible, y sus epigramas son por extremo crueles.»

Y aquí reaparece Arlequín:

Pero yo me permito observar á mi señor que la burla atroz con que me castiga se va prolongando demasiado. Hace seis años que dura y ya resulta fastidiosa.

Aun después de haber abdicado su papel de Dios, persiste la burla. A pesar de esto, hay en esta página, lo mismo que en algunas otras, como un grito involuntario del corazón que se convierte en explosión de risa, pero que no es menos doloroso para el que sabe entenderlo. Censuramos igualmente á los que bajo la fe de algunas buenas palabras diseminadas en las *Confesiones de un poeta* hanquerido creer en la conversión de su sátiro, y á los que viendo á cada instante reaparecer la garra y el pié hendido, no han querido ver en las *Confesiones* otra cosa que una blasfemia más. Los unos son demasiado cándidos y los otros demasiado poco. El poeta ríe todavía y ríe sin piedad; pero en medio de sus sarcasmos se siente cierto dolor, un sufrimiento, alguna cosa como una aspiración nueva. Antes Heine era un sarcasmo vivo; después es casi un hombre. Es un excéptico todavía, pero que parece haber encontrado un corazón y que su espíritu se ha provisto de un alma. Todo esto es verdadero, lo que no quita para que aun en la segunda fase de la vida de este espíritu fantástico se rinda culto al diablo, no

obstante sus ofrendas á Dios. La creencia que después de haber pasado tantos años de locura, como dice él mismo en su extraña lengua; recorrido todas las encrucijadas de la perversa filosofía; después de haberse entregado á todas las cabriolas del espíritu y haber danzado con todos los sistemas posibles, sin encontrar en ellos más satisfacción que la de Mesalina en una de sus noches de orgía, de donde salía fatigada mas no harta; después de todas estas disipaciones de la razón, se encuentra de repente, como por arte de encantamiento, al lado del tío Tom, el negro devoto, arrodillándose esta vez seriamente, con el hombre negro delante del Dios del Evangelio. No nos fiemos demasiado de las declaraciones del gran burlón. Con él hay que temer siempre ser engañado.

No hemos dejado tiempo para hablar de otras partes más especialmente literarias del libro *Alemania*. No queríamos prescindir de la historia del pensamiento filosófico de Enrique Heine, que nos parecía más curioso que todos los sistemas literarios; pero sería injusto no señalar, aunque no sea más que de pasada, su notable estudio literario hasta la muerte de Gœthe y la galería tan animada como viva de los poetas románticos. Lo que preferimos de estos cuadros literarios en que entra bastante el sistema y el espíritu de partido, son tres trozos de una originalidad deslumbrante. *Las Tradiciones populares*, *La Leyenda de Fausto* y *Los Dioses en el destierro*. Aquí se ve sólo al poeta y que es para nosotros objeto de asombro sin par, ó más bien donde se nos muestra como un espíritu inspirado en el cual el escepticismo aparece refrenado y el burlón ateo se transforma en narrador admirable, expresando con la más singular ingenuidad el sentimiento nacional é íntimo de Alemania: el sentimiento de lo fantástico y sobrenatural que no es más que un eco del sentimiento de lo infinito. El poeta sabe traducir en rasgos verdaderos y llenos de color el alma soñadora y fuerte de su patria. Ha recogido de labios de pobres gentes, en noches de invierno, en los hogares de las pobres cabañas, esas tradiciones y leyendas que son la alegría y el terror de las veladas. Parece que ha sentido todos esos espantos y que ha experimentado todos esos escalofríos; nos hace participar de ellos con emoción contagiosa, y aquél que antes nos ha conmovido con sus desoladas negaciones, el que nos ha mostrado la eternidad muda y vacíos los cielos, es el mismo que nos encanta con sus cuentos, recogidos de los

labios de algún mendigo vagabundo ó de algún abuelo ciego. Asombroso privilegio de un espíritu superior que por la fuerza de su imaginación sabe de una manera artificial fingir los sentimientos cándidos que ha perdido.

Los Dioses en el destierro tienen un carácter aparte. El sentimiento supersticioso y legendario se funde armónicamente con el sentimiento helénico. Enrique Heine es un griego por ciertos aspectos de su imaginación. Desde este punto de vista pertenece á la escuela de Gœthe. Tiene muy desarrollado el sentido de la belleza plástica; cuenta que uno de sus amigos—este amigo es él mismo—llora un día al leer la defensa de los templos griegos por Libanius y recoge con una piedad casi devota las reliquias y los recuerdos, todos esos restos del paganismo que no pertenecen en rigor á una religión muerta, sino al arte que vive eternamente.

Consagra en la urna piadosa de su poesía estas cenizas de los dioses de otro tiempo, ese polvo de mármoles rotos. Coge este polvo, lo sopla con el divino soplo de la poesía, y los mármoles rotos se levantan, los templos aparecen con toda su majestad, y el arte eterno reconoce sus obrasd esaparecidas. Toma estas cenizas gloriosas, y á su soplo poderoso y mágico brota todo un pueblo vivo y joven de dioses resucitados. Esos pobres dioses son los parias de la Edad Media, los perseguidos del cristianismo; se les persigue siempre como á las fieras, se les fuerza á huir á la noche de las sombras. La superstición popular hace algo más que matarlos, los envilece; no son para ella otra cosa que malvados demonios que permanecen ocultos durante el día, y que al venir la noche salen de sus guaridas y revisten formas graciosas para engañar á los viajeros y hacerles caer en simas funestas. El Olimpo nò ha muerto. ¡Ay! Mejor hubiéra-le sido perecer en la gran catástrofe! No ha muerto, ha venido á ser una sucursal del infierno. ¡Aquel Olimpo perfumado de ambrosía, en el cual los dioses saboreaban, tendidos en sus lechos de púrpura, placeres divinos! Sí; ese Olimpo se ha convertido en un lugar impuro en donde se preparan infames sortilegios. La raza de esos dioses tan nobles y tan graciosos, esa familia de diosas idealmente bellas y de héroes majestuosos, todo ello ha sido dado en feudo al diablo, y la señora Venus no es más que una embaucadora que trabaja por cuenta de Satanás. Enrique Heine la encontró un día en la plaza de Breda, cruzándola con gentil paso, rozando el suelo con el borde de un magnífico chal de las Indias. Era

Venus convertida en mujer galante. Sí, Venus; aquella radiante divinidad de Homero, de Virgilio, de Lucrecio; Venus convertida en cortesana celeste y perfumada de ambrosía; una divinidad de las camelias, una diosa entretenida! En este tono encantador y ligero, bastante convencido para ser poético, suficientemente excéptico para ser ligero, nos cuenta Heine las aventuras lastimosas de sus pobres dioses, que arrastran por la tierra un triste destierro. Se interesa por ellos con viva solicitud, refiere su diversa fortuna con una gravedad que es un encanto. Es preciso leer la historia del bueno de Baco ó Dionisio, venido á menos en el fondo del Tirol, y todos los años, por el equinoccio de otoño, celebrando su fiesta en un inmenso sábado, que le recuerda, al menos por una noche, las glorias de otro tiempo. Pero seréis insensibles si no derramáis por lo menos una lágrima sobre la suerte del pobre Júpiter, único habitante de la Isla de los Conejos. Cuando oye de labios de un joven marinero que su hermoso templo de Grecia no es más que una ruina vergonzosa poblada de puercos, el viejo Dios se desploma sobre su asiento de piedra llorando como un niño. Su águila, siempre fiel y hoy hética, lanza un grito terrible, y los marineros huyen espantados.

Enrique Heine no tiene rival en esto de expresar la impresión, vida del paganismo transformado en leyendas. No hay cuento de Hoffmann que aventaje en interés fantástico á estos relatos extraños en que las reminiscencias de las edades poéticas se confunden con sentimientos contemporáneos. El conjunto de esas dos inspiraciones mezcladas con mano tan hábil y con tanta aparente candidez, es de un efecto sorprendente. Todo ello atrae como un cuento, es poético como la mitología, y al mismo tiempo está animado por la más moderna ironía y el más personal espíritu.

Decíamos muy alto, á propósito de la *Correspondencia,* que ella servía de demostración brillante á esta tesis de la fe literaria y moral sobre los inconvenientes de la personalidad, funesta consejera del talento. Pero es preciso entenderlo. Hablábamos entonces de esa personalidad inquieta, trastornada, preocupada por pequeños intereses de la vanidad, convirtiéndose en centro de todo, refiriendo á sí misma la vida del mundo entero, imaginando que no hay crimen más grande que negar el derecho divino de su genio, la legitimidad de sus pasiones pequeñas ó grandes y aun de sus vicios, donde cada uno tiene su razón, su necesidad, su empleo. Mucho de esta personalidad hay en los escri-

tos lo mismo que en las cartas de Enrique Heine: esa personalidad está condenada á perecer.

Mas hay otra especie de personalidad, que nos mostrará siempre el carácter superior y distintivo de su talento. Hay el sentimiento justo, aunque la forma sea exajerada, cuando compara en una serie de paralelos, demasiado poco modestos, las tendencias propias de su talento con las del genio de Gœthe. Su razón estética, su sentido crítico, tan fino y delicado, no le engañaban cuando sostenía «que el principio de la época de Gœthe, la idea del arte desaparece; que con tiempos nuevos comienzan principios nuevos; que el mundo, objetivo de lo bello, creado por la palabra y el ejemplo de Gœthe, el gœthismo *(guohenthum)* desaparece ante la invasión de espíritus nuevos, y deja su puesto al reino de lo puramente subjetivo. El arte y la antigüedad no podrán reprimir los impulsos de la juventud». Verdad hay en estas declaraciones de Heine. Aunque se exagere su papel y la importancia del movimiento que él ha comenzado, hay que convenir en que es jefe de escuela. Ha impulsado con su ejemplo y sus excitaciones á los poetas contra la dominación exclusiva y casi tiránica de Gœthe. También él ha sido maestro iniciador y creador. Del *Libro de los cantos* y de los *Reisebilder*, parte para la poesía alemana la era del lirismo personal, aplicándose menos á reproducir las formas plásticas de la antigüedad que á expresar el movimiento y la vida del alma moderna con sus inspiraciones libres y su acento original. Allí esta la durable grandeza de Heine. Es preciso, para comprenderlo bien, distinguir perfectamente estas dos especies de personalidad: la una, que es un principio deletéreo para el talento: la otra, que lo renueva y vivifica; la una, que no es más que una forma del egoismo apasionado, vanidoso, irritable, despótico; la otra, que es una forma nueva, verdaderamente humana y viviente del arte; la una, que no ve más que á sí misma en la naturaleza; la otra, que siente la realidad de cada palpitación de su corazón, en cada movimiento de su vida, y que la traduce en una nota individual, en toda su sinceridad y su independencia. La una es la inspiración funesta de la vida y de la *correspondencia* de Heine, la otra es el principio inmortalmente joven de su poesía, mejor dicho, de la poesía moderna, dentro de la cual Heine es uno de los tipos más verdaderos y más vivos.

E. Caro.

MEMORIAS DE ENRIQUE HEINE

ACERCA DE SU JUVENTUD

I

Es muy cierto, mi querida señora, que traté de esbozar, con tanta verdad y exactitud como pude, las cosas memorables de la época en que he vivido, en tanto que estas cosas me interesaban como espectador ó como víctima. De esos borradores, á los cuales me plugo dar el título de *Memorias*, me ha sido preciso, sin embargo, destruir casi la mitad, ya por enojosas consideraciones de familia, ya también por efecto de escrúpulos religiosos. Después puse mi empeño en llenar bien ó mal las lagunas resultantes, pero temo que deberes póstumos me constriñan á entregar antes de mi muerte mis *Memorias,* á un nuevo auto de fe, y lo que entonces respeten las llamas acaso no verá nunca la luz del día.

No cometeré la imprudencia de revelar los nombres de los amigos á quienes confío la guarda de mi manuscristo y la ejecución de mi última voluntad en lo que á él concierne; no quiero exponer á mis amigos, cuando ya no exista yo, á la apremiante importunidad de un público desocupado, y por consiguiente á una infidelidad para con su mandato. Nunca he podido excusar una infidelidad de este género; es una acción ilícita, un acto inmoral, publicar ni siquiera una sola línea de un escritor, si él mismo no la ha destinado para el público. Esto se aplica muy particularmente á las cartas cruzadas en la intimidad. Cualquiera que las deje imprimir ó las edite, se hace culpable de una felonía que merece el desprecio.

Hechas estas declaraciones, que-

rida señora, fácil le será comprender que no puedo permitirle, como desea, la lectura de mis *Memorias* y de mi correspondencia. Pero como no he dejado de ser cortesano de vuestra gracia amable, no puedo responder á ninguno de sus deseos con una negativa rotunda; y á fin de darle testimonio de mi buena voluntad, quiero calmar de otra manera la curiosidad benévola que le inspira una dulce simpatía por mis destinos.

Con esa intención me he puesto á escribir las líneas siguientes, en las cuales encontrará con plena abundancia las notas biográficas que le interesen. Todo lo que hay en ellas importante y característico está sinceramente relatado, y por la estrecha trabazón de las aventuras exteriores y los acontecimientos secretos del alma se revela el misterio mas íntimo y profundo de mi ser. Desgárrase el velo que cubría el alma, y puedes contemplarla en su hermosa desnudez. No tiene manchas, sólo tiene heridas, ¡ay! heridas hechas, no por mano de enemigos, sino por la de los mismos amigos.

La noche está en silencio: ningún ruido por fuera, salvo la lluvia que crepita sobre las techumbres y el triste viento del otoño que suspira y gime.

La pobre estancia del enfermo está llena en este momento de un bienestar íntimo, casi voluptuoso; y, libre de dolores, me encuentro sentado en el gran sillón.

Penetra en ella tu dulce imagen, y no se ha movido el pestillo; te echas en el almohadón, precisamente á mis piés. Apoya contra mis rodillas tu cabeza tan hermosa, y escucha sin alzar los ojos.

Quiero referirte el cuento de mi vida.

Si á veces gruesas gotas caen sobre tus cabellos ondulosos, continúa, no obstante, tranquila: no es la lluvia que se filtra y rezuma á través del techo. No llores, no hables; apriétame la mano nada más...

Esta dedicatoria, según advierte el editor alemán de las Memorias, *doctor Engel, llena las cinco primeras páginas del manuscrito; al folio vuelto de la primera hoja está el borrador de algunos versos, imitados de la elegía de Gray al cementerio de una aldea.*

Más de una perla gentil
oculta en su seno el mar;
más de una flor del pensil
ignora el beso que los ojos dan.
La soledad silenciosa
de la selva nada más
es quien la ve ruborosa;
y en vano en la salvaje soledad
prodiga de sus perfumes,
triste, la süavidad.

En el manuscrito faltan las páginas 6 *á* 31. *El doctor Engel afir-*

ma sin pruebas ciertas que han sido destruidas por el hermano del poeta (Maximiliano, *fallecido algunos años ha), porque trataban acerca de los orígenes de la familia Heine.*

El relato que sigue se encuentra mutilado por esta supresión de veinticinco páginas; pero lo que de él queda concuerda en todos sus puntos con las Confesiones, *publicadas en vida de Enrique Heine.*

En las páginas suprimidas, como lo indica la continuación, narraba el poeta su educación primera y todos los proyectos que para el porvenir de él acariciaba su madre; cómo un amigo de la familia, el rector Schallmeyer, proponía hacerle ingresar en el seno de la Iglesia católica y enviarle á Roma para que estudiase la Teología en el seminario. Regocijadamente imagina que hubiera llegado á ser un galante monseñor y quizá hasta Papa, alargando la pierna para que los fieles cristianos le besasen la sandalia y distribuyendo su bendición urbi et orbi.

...¡Qué sentimiento sublime debe llenar el alma de uno de esos príncipes de la Iglesia cuando baje la vista hacia la plaza donde hormiguea el gentío, donde millares de hombres arrodillados ante él con la cabeza descubierta aguardan su bendición!

Leí cierta vez, en el *Viaje á Italia* del consejero áulico Moritz, una descripción de esta escena, donde hubo un incidente que también acude á mi memoria. Entre los aldeanos que allí veía arrodillados, refiere Moritz que uno le llamó sobre todo la atención: era uno de esos mozos de la montaña que comercian en rosarios esculpidos con arte en una madera de color moreno, y los venden á buen precio en toda la Romaña, porque tienen la buena ocurrencia de hacerlos bendecir por el Papa. Aquel hombre estaba de rodillas con el fervor más grande, y tenía levantado en alto el sombrero de fieltro de anchas alas donde se encontraba su mercancía, es decir, los rosarios; y mientras el Papa, con las manos extendidas, pronunciaba la fórmula de la bendición, el buen hombre sacudía el sombrero y meneaba con la mano las cuentas de los rosarios, como las castañeras remueven las castañas al asarlas en el hornillo; parecía estar concienzudamente ocupado en hacer de suerte que todos los rosarios, metidos en el fondo del sombrero, recibiesen algún poquito de la bendición papal y quedasen todos de esa manera consagrados igualmente.

No he podido resistir al déseo de intercalar aqui este rasgo atractivo

de piadosa candidez; y vuelvo á seguir el hilo de mis confesiones, todas las cuales se refieren á la evolución intelectual por que había yo de pasar. Por los primeros comienzos se explican los fenómenos más remotos.

De cierto que es un hecho importante el de que, desde el año décimotercio de mi vida me hayan expuesto todos los sistemas de los filósofos librepensadores, y que haya sido mi maestro de filosofía un digno eclesiástico, quien no descuidaba sus deberes sacerdotales por nada del mundo. Así, pues, joven aún, veía yo cómo caminaban juntas pacíficamente, sin hipocresía, la religión y la duda; y esto me condujo, no sólo al escepticismo, sino á la indiferencia más tolerante.

Los tiempos y lugares son también circunstancias importantes: nací á fines del escéptico siglo XVIII y en una ciudad que, en la época de mi juventud, se encontraba bajo la dominación de los franceses, pero sobre todo bajo el dominio del espíritu francés.

Debo confesarlo: los franceses con quienes trabé conocimiento pusieron en mis manos libros muy inconvenientes, y me inspiraron prevención contra la literatura francesa entera. Por eso nunca la he amado cual merece, y permanecí injusto hasta más no poder para con la poesía francesa, que me fué repulsiva desde mi tierna edad.

El primer culpable de esto fué el maldito abate Daunoi, que enseñaba idioma francés en el liceo de Dusseldorf, y quien tenía decidido empeño en obligarme á hacer versos franceses. Poco faltó para que me hiciera aborrecer, no sólo la poesía francesa, sino la poesía entera. El abate Daunoi, sacerdote emigrado, era un hombrecillo vejestorio; un continuo movimiento agitaba los músculos de su cara, y su parda peluca se le ponía de través cada y siempre que montaba en cólera.

Para sus diversas clases había compuesto varias gramáticas francesas, así como crestomatías donde se encontraban trozos de los clásicos franceses y alemanes, destinados á los ejercicios de traducción; también había publicado, para uso de la clase superior, un *Arte oratoria* y un *Arte poética*. El primero de estos dos libros contenía recetas de elocuencia tomadas de Quintiliano y aplicadas, como ejemplos, á sermones de Flechier, Massillon, Bourdaloue y Bossuet, que no me aburrían demasiado. En cuanto al otro libro, que encerraba las definiciones de la poesía *(es el arte de pintar con imágenes)*, el desabrido residuo de la vieja escuela de Batteux, así como la parodia francesa y en ge-

neral toda la métrica de los franceses, ¡qué horrible pesadilla!

Aun ahora, no conozco nada más insípido que el sistema de metros de la poesía francesa, este *arte de pintar con imágenes*, como la definen los franceses; y esta falsa idea contribuye quizá á hacer caer siempre en la perífrasis descriptiva y figurada.

De seguro es Procusto el inventor de su métrica, verdadera camisa de fuerza aplicada á pensamientos demasiado apacibles para tener necesidad de semejante traba. Hacer consistir la belleza de un poema en vencidas dificultades de versificación, es un principio ridículo que tiene el mismo origen extravagante. El exámetro francés, ese hipo rimado, es para mí una abominación. Los franceses mismos han comprendido siempre lo repulsivo de ese arte antinatural, infinitamente más perverso que las monstruosidades de Sodoma y de Gomorra; y sus buenos actores se han adiestrado en declamar los versos de una manera tan entrecortada como si recitasen prosa. Entonces, ¿por qué tomarse el inútil trabajo de versificar?

Eso pienso hoy y eso presentía de niño; y es fácil figurarse que entre yo y la vieja peluca parda tuvieron que romperse las hostilidades cuando le expliqué que me era absolutamente imposible hacer versos franceses. El abate me negó el más mínimo sentido poético y me llamó bárbaro de la selva de Teutoburgo.

¡No puedo recordar sin espanto que me fué preciso copiar de la crestomatía del profesor el discurso de Caifás al Sanhedrín y traducir los exámetros de la *Mesiada* de Klopstock en alejandrinos franceses! Era un refinamiento de crueldad. Dios me perdone, maldije del mundo y de los opresores extranjeros que querían imponernos las cadenas de su versificación; y estuve á punto de convertirme en un galófobo. Capaz hubiera sido de morir por Francia; pero hacer versos franceses ¡jamás!

La intervención del rector y de mi madre puso término á aquel disentimiento. A mi madre le disgustaba que aprendiese yo á hacer versos, ni siquiera versos franceses. Porque, en otro tiempo, lo que temía ella más que nada era que me hiciese poeta; siempre decía que eso es la cosa peor que me pudiera ocurrir.

Por aquel entonces el nombre de poeta no correspondía á una idea muy honrosa: un poeta era un pobre diablo harapiento que por un par de *thalers* componía un poema de circunstancias y acababa irremisiblemente en el hospital.

En nosotros mismos brillan las estrellas de nuestra ventura.

Pero mi madre soñaba para mí grandes cosas, destinos de alto vuelo, y todos sus planes educadores tenían por blanco de su puntería esos elevados objetivos. Representó el primer papel en la historia de mi desarrollo intelectual; ella misma redactaba el programa de todos mis estudios, y aún no había yo nacido cuando comenzaban ya sus proyectos pedagógicos. Obedecía yo dócilmente los deseos que me manifestaba; sin embargo, confieso que fué causa de la esterilidad de la mayor parte de mis ensayos y mis tentativas de llegar á diversas posiciones sociales, pues las que elegía para mí eran siempre opuestas á mi naturaleza.

El prestigio del Imperio fué lo que ante todo deslumbró á mi madre. Una amiga suya, hija de un fabricante de hierro de los contornos, la cual había llegado á ser duquesa, le contó cómo su marido había ganado muchas batallas, que bien pronto subiría más y ascendería al grado de rey. Y hete aquí á mi madre ¡ay! soñando para mí las charreteras más doradas, ó los altos cargos más galoneados de oro en la corte del Emperador, á cuyo servicio quería consagrarme por completo ella.

Por tanto tuve que dedicarme entonces con preferencia á los estudios especiales que exige tal carrera; y aun cuando en el liceo nos enseñaban bastantes ciencias matemáticas, y el amable profesor Brewer me atiborró con ganas de geometría, estática, hidrostática, hidráulica, etc., y nadaba en los logaritmos y en el álgebra, sin embargo, todavía hube de recibir lecciones particulares acerca de esta clase de estudios, cuyo fin era ponerme en estado de llegar á ser un gran estratégico, ó, en caso necesario, un administrador de provincias conquistadas.

A la caída del Imperio mi madre tuvo que renunciar á la magnífica carrera que había soñado para mí; concluyeron los estudios comenzados con ese propósito, y ¡cosa extraña!, no dejaron en mi mente ninguna huella de su paso: tan refractaria á ellos era ésta. Constituían una adquisición maquinal, que arrojé lejos de mí como un fárrago inútil.

Mi madre entonces dió otra dirección á las brillantes aspiraciones que tenía con respecto á mi porvenir. Por aquella época había comenzado la fabulosa prosperidad de la casa Rothschild, á cuyo jefe conocía particularmente mi padre. Otros príncipes de la banca y de la industria acababan de surgir en nuestra vecindad, y mi madre afirmaba que había llegado la hora de que un gran ingenio pudiese adquirir en el

comercio la fortuna más colosal y elevarse de un vuelo hasta la cima del poder. Por eso decidió que yo debía llegar á ser una potencia bancaria; y me fué preciso aprender idiomas extranjeros, en especial el inglés, geografía, teneduría de libros, en resumen, todas las ciencias que conciernen al comercio por tierra y por mar, y las especialidades industriales.

Para iniciarme en los cambios y en los géneros coloniales, tuve más tarde que frecuentar el despacho de un banquero de mi padre y la tienda de un almacenista de comestibles al por mayor. La primera estancia duró á lo sumo tres semanas y la segunda cuatro; con ese motivo aprendí á conocer la letra de cambio y el color de la nuez almizclada ó moscada.

Un célebre mercader, en casa de quien quise llegar á ser aprendiz de millonario, juzgó que yo no poseía ningún talento para los negocios, y le confesé riendo que muy bien pudiera él estar en lo cierto.

En estas y las otras hubo una gran crisis comercial; mi padre y muchos amigos nuestros perdieron sus fortunas. La pompa de jabón mercantil estalló entonces más pronta y lamentablemente que la burbuja imperial, y fué preciso que mi madre se pusiese á pensar en una nueva carrera para su hijo.

Fué en absoluto de parecer de que debía estudiar Jurisprudencia.

En efecto, había notado que desde hacía mucho tiempo, en Inglaterra como en Francia y en la Alemania constitucional, la clase de los juristas era omnipotente, y que, en particular los abogados, por la costumbre que tienen de discurrir en público, representan los primeros papeles parlanchines y así crecen dentro del Estado hasta los más altos empleos.

Acababa de fundarse la nueva Universidad de Bonn: las cátedras de la facultad de Derecho estaban ocupadas por los más célebres profesores. Inmediatamente mi madre me envió á Bonn; bien pronto me senté á los piés de Makeldey y de Welker, y absorbí el maná de su sabiduría.

De los siete años que pasé en las universidades alemanas, perdí tres hermosos años florecientes de mi juventud en el estudio de la casuística romana.

¡Qué horrible libro ese *Corpus Juris*, la Biblia del egoismo! Siempre he odiado al Código de los romanos, como á los romanos mismos. Aquellos bandidos querían poner en seguridad su botín, y trataban de proteger por las leyes lo que habían robado con la espada; por eso el romano era á la vez guerrero y abogado. A esos ladrones ro-

manos debemos el Derecho romano tan estimado y que está en pugna abierta con la religión, la moral, la humanidad y la razón.

Conduje estos... estudios á feliz remate, pero jamás pude resolverme á hacer uso de aquella ciencia que había adquirido, acaso por comprender que otros me aventajarían fácilmente en las bachillerías abogadiles y en los enredos curialescos. Colgué de un clavo mi borla de doctor en Derecho.

Mi madre se puso de peor talante que de costumbre. Pero ya no era un niño; había llegado á la edad en que el hombre tiene que libertarse de la tutela materna.

También la excelente mujer había envejecido, y al renunciar á dirigir mi vida, después de todos esos fracasos, arrepentíase de no haberme consagrado al estado eclesiástico, como he dicho más atrás.

Mi madre es, al presente, una matrona de ochenta y siete años, y su inteligencia no ha decaído con la vejez. Nunca ha tratado de imponerme mi verdadera norma de pensar, y siempre ha sido para mí la indulgencia y el amor personificados.

Su fe era un deismo severo, conforme de todo en todo con la razón, facultad dominante de su modo de ser. Era discípula de Rousseau, había leído el *Emilio*, lactó á sus hijos, y sin cesar la preocupaba la ciencia de la educación, su manía favorita. Había recibido una instrucción superior, compartiendo los estudios con uno de sus hermanos, médico distinguido que murió joven.

Su corazón, como su mente, eran la salud misma; y no he recibido de ella como herencia el sentimiento de lo fantástico y del romanticismo. Según he dicho ya, la poesía dábale angustias; me arrancaba de las manos cualquier novela que me encontrase en ellas, no me permitía ir á ningún espectáculo, me impedía tomar parte en los juegos de mis condiscípulos, vigilaba mis relaciones, reprendía á las criadas que en mi presencia contaban historias de aparecidos; en una palabra, hacía todo lo del mundo por apartar de mí la superstición y la poesía.

Era económica, pero limitaba á su propia persona el ahorro; por bien de los demás podía llegar á ser hasta pródiga; y como no amaba el dinero, sino que lo apreciaba tan solo, daba con mano abierta, y más de una vez me asombró con su beneficencia y su liberalidad.

¿Qué espíritu de sacrificio no demostró para con su hijo? No contenta con trazarle el programa de estudios, suministrábale los medios para estudiar; y eso en los tiempos más difíciles. Cuando me marché á

la Universidad, andaban muy mal los negocios de mi padre ; y mi madre vendió su aderezo, un collar y unos pendientes de gran valor, para asegurar mi manutención durante los primeros años de estudios.

Por lo demás, no era yo el primero en la familia que hubiese devorado piedras preciosas y tragado perlas en la Universidad. El padre de mi madre, según ella misma me lo contó un día, dió pruebas del mismo talento. Los joyeles que por broches adornaban el libro de rezo de su difunta madre hubieron de servir para pagar los gastos de su estancia en la Universidad, cuando su padre, el viejo Lazaro de Geldern, se vió arruinado por un pleito de sucesión contra una hermana casada, después de haber recibido de su padre en herencia una fortuna, de la cual tantas maravillas me contaba una anciana tía-abuela.

Por mis ojos de niño pasaba como la fascinación de un cuento de *Las Mil y una noches*, cuando la vieja señora me describía los grandes palacios y las alfombras de Persia, y las vajillas de oro y plata macizos, cuya pérdida deploraba amargamente el buen señor que tantos honores disfrutara en la corte del Elector y de la Electriz. Su casa en la ciudad era el gran palacio de la Rheinstrasse ; también le pertenecía el actual hospital de la ciudad nueva; era propietario de un castillo cerca de Gravenberg ; y, á la postre, apenas si tuvo un sitio donde reclinar la cabeza.

Quiero intercalar aquí un episodio que forma juego con el que acabo de referir, porque pudiera servir para rehabilitar en la opinión pública á la calumniada madre de uno de mis colegas en poesía.

En efecto, leí una vez en la biografía del pobre Dietrich Grabbe que el vicio de la embriaguez, del cual murió, le había sido inoculado desde muy pronto por su propia madre : decíase que le daba aguardiente desde niño. Esta acusación, que el autor de la biografía obtuvo como un dato proporcionado por parientes hostiles, me parece falsa en absoluto cuando recuerdo en qué términos hablaba el difunto Grabbe de su madre, quien recomendábale á menudo en los términos más severos que tuviese cuidado con la embriaguez.

Era una señora de modales ásperos, mujer de un alcaide carcelario; y cuando acariciaba á su lobezno Dietrich, más de una vez hubo de ocurrir que le arañase con sus zarpas de loba. Pero, sin embargo, tenía un verdadero corazón de madre; y cuando su hijo fué á estudiar á Berlín, supo darle pruebas de ello.

Referíame Grabbe que al despedirle le puso en la mano un paquete,

donde blandamente envueltas en algodón en rama iban media docena de cucharas, con seis cucharillas para café y un cucharón sopero, todo de plata, tesoro doméstico de que se enorgullecen las mujeres del pueblo y del que nunca se desprenden sin que sangre su corazón, pues para ellas constituye como una insignia de plata: así creen distinguirse del común de la plebe, de esa plebe de cubiertos de estaño. Cuando trabé conocimiento con Grabbe había devorado ya el cucharón, Goliath, como él lo llamaba. Si algunas veces le pedía noticias suyas, me contestaba con laconismo: «estoy con mi tercera cuchara», ó bien «he dado fin con mi cuarta cuchara». Un día suspiraba, diciéndome:—«Se van las grandes; cuando llegue el turno á las pequeñas, á las cucharillas de café, ya no habrá sino ligerísimos bocados; y cuando también se vayan ellas, entonces acabáronse los bocados.»

¡Ay! no se engañaba; y cuanto menos tuvo qué comer, más se dió á beber, y se convirtió en un borracho rematado. Primero la miseria, después las desdichas domésticas indujeron al infeliz á buscar en los vapores del vino la excitación ó el olvido, y bien pudo ser que al fin empuñase la botella como otros una pistola para cortar por lo sano un lamentable destino. «Creame V.—me decía una vez un ingenuo compatriota westfaliano de Grabbe—tenía firme la cabeza, y no murió porque bebía, sino que bebió porque deseaba morir, ha muerto de un suicidio por la bebida.»

Nunca está fuera de propósito la rehabilitación de una madre. Había descuidado hasta ahora hablar de ello, pues proponíame mencionar este rasgo en un estudio sobre Grabbe. Nunca he llevado á ejecución este proyecto, y sólo he podido citar á Grabbe de paso en mi libro de *La Alemania*. Esta noticia se dirige más bien á los lectores alemanes que á los franceses. Para estos últimos me limito á consignar aquí que Dietrich Grabbe fué uno de los más grandes poetas alemanes, y entre todos el de mayor afinidad con Shakespeare. Puede que en su lira tuviese menos cuerdas que otros poetas, superiores en esto; pero las cuerdas que poseyó producen tales sonidos, que sólo él nos ha hecho oir al gran inglés. Tiene esas brusquedades, esas mismas voces de la naturaleza por las cuales Shakespeare nos espanta, nos conmueve y nos arrebata.

Pero todos estos dones quedan oscurecidos por un mal gusto, un cinismo y una extravagancia que superan á cuanto jamás cerebro humano haya dado á luz de más insensato y horrible. Esto provenía,

no de una enfermedad como la fiebre ó la locura, sino de una intoxicación del genio. Así como Platón llamaba á Diógenes un Sócrates loco, igualmente pudiera denominarse á nuestro Grabbe un Shakespeare ebrio; y esto, ¡ay! con doble razón.

En sus dramas impresos están muy atenuadas esas monstruosidades; pero lo atroz se despliega con toda crudeza en el manuscrito de sn *Gothland,* una tragedia que, sin conocerle yo, me alargó cierto día, ó más bien me la arrojó á los piés, diciéndome: «He querido saber lo que hay en mí y he llevado este manuscrito al profesor Gubitz; al recorrerlo, ha meneado la cabeza, y para quitarme de en medio me ha dirigido á V., que tiene el cerebro lleno de tan locas fantasías y que, por consiguiente, me comprenderá mucho mejor. Pues bien; ¡ahí tiene V. la pieza!»

Sin aguardar mi contestación á estas palabras, aquel ser extraño y fantástico se marchó con paso indolente; y como me encaminaba á ver á la señora de Varnhagen, llevé conmigo el manuscrito para ofrecerle aquella primera producción de un vate, pues por la lectura de algunos pasajes pude ver que allí habia un poeta.

Conocemos la bestia poética por su olor montaraz. Pero esa vez era demasiado fuerte el olor para nervios de mujer y á una hora avanzada, hacia media noche, la señora de Varnhagen me hizo llamar y me conjuró en nombre de Dios para que recogiese y me llevase aquel tremebundo manuscrito, diciendo que no podría dormir mientras aquella tragedia se hallara bajo su techo.

La rehabilitación de una madre es oportuna en todas partes; y el lector sensible no querrá considerar como una digresión ociosa el relato de las confidencias de Grabbe acerca de la pobre mujer que le había dado á luz.

Ahora, cumplido un deber piadoso para con un poeta sin ventura vuelvo á mi propia madre y á su familia, y hablaré más por extenso de la influencia por ella ejercida en el cultivo de mi espíritu.

II

Después de mi madre, su hermano, mi tío Simón de Geldern, fué quien más particularmente se ocupó de mi educación. Ha muerto hace veinte años. Era un ente original, del exterior más humilde y también más raro, una figurilla plácida con un rostro pálido y se-

vero y en él una nariz de rectitud griega, aunque de seguro era un tercio más larga de como los griegos tenían costumbre de gastar las narices.

Decíase que en su juventud aquella nariz habia sido de tamaño corriente, pero que se le alargó más de lo debido, á causa de la mala costumbre que tenía mi tío de tirarse de ella. Cuando de niños le preguntábamos si era verdad eso, se apresuraba á imponer silencio á nuestras irrespetuosas preguntas, y se pegaba otro tirón de la nariz.

Iba siempre vestido con arreglo á una moda anticuada, llevando calzón corto, medias blancas de seda, zapatos de hebilla, y, según la costumbre antigua, coleta bastante larga. Cuando el bueno del hombrecillo trotaba á paso menudo á través de las calles, la coleta saltaba de un hombro al otro, hacía toda clase de cabriolas y parecía burlarse de su propio dueño á espaldas suyas. Con frecuencia, cuando el buen tío estaba sentado y sumido en sus pensamientos ó en su periódico, me entraban unas locas ganas de agarrar la coleta sin que lo sintiese él, y tirar como de un cordón de campanilla, lo que no dejaba de encolerizar muchísimo al tío; alzaba las manos al cielo, gimoteando contra la ralea de la juventud que ya no respetaba nada, á quien no podía contener ninguna autoridad humana ó divina, y que acabaría por poner mano en las cosas más santas.

Si el exterior del hombre no era de naturaleza á propósito para inspirar respeto, en cambio no podía ser más respetable su personalidad íntima, su corazón; era el hombre más bueno y magnánimo que he conocido en la tierra. Había en él un sentimiento del honor que recordaba el rigorismo caballeresco de los antiguos dramas españoles, y por su lealtad se parecía á esos héroes. Jamás tuvo ocasión de llegar á ser *El médico de su honra*, pero era un *Príncipe constante*, un caballero del mismo fuste; sólo que no declamaba en troqueos de cuatro piés, no aspiraba á las palmas del martirio y, á guisa del brillante manto de caballero, contentábase con llevar un modesto casaquín terminado por faldones en forma de cola de aguzanieve.

No era, en modo alguno, asceta, enemigo de los placeres de los sentidos; gustaba de las *kermesses* y del figón del mesonero Rasia, donde se hacía servir con delicia tordos condimentados con enebro; pero todos los tordos y goces de este mundo los sacrificaba altiva y resueltamente, como estuviese en litigio la idea que hubiera reconocido una vez por verdadera y buena.

Manifestaba tan pocas pretensiones y aun tanta timidez en su modo de conducirse, que nadie podía percatarse del mártir oculto bajo aquella envoltura cómica.

Según las ideas del mundo, su vida era una existencia abortada. Simón de Geldern había estudiado humanidades, *humaniora*, en el colegio de los Jesuítas. Pero cuando por muerte de sus padres quedó absolutamente libre para escoger carrera, no eligió ninguna; renunció á estudiar en las Universidades de Alemania con la mira de obtener una posición lucrativa, y prefirió permanecer en su casa de Dusseldorf, en *El Arca de Noé*. Llamábase así la casita patrimonial, por el arca que, lindamente esculpida y pintada de colores chillones, veíase sobre la puerta.

Allá pudo entregarse sin descanso á todos sus gustos, á todas sus puerilidades de erudición, á su bibliomanía y á su afán por emborronar papel, principalmente para las gacetas políticas y las revistas oscuras.

Sea dicho de paso: no sólo escribir, sino hasta pensar le costaba desesperados esfuerzos.

Aquel furor por escribir, ¿provenía de un irresistible celo en pro del bien público? Interesábase por todas las cuestiones del día, y su ardor por leer periódicos y folletos degeneraba en monomanía. Los vecinos le llamaban «el doctor», no precisamente á causa de su erudición, sino porque su padre y su hermano habían sido doctores en medicina. No podía sacársele de la cabeza á las viejas comadres que el hijo del anciano doctor que con tanta frecuencia las había curado, no fuese heredero de las recetas médicas de su padre; y cuando caían enfermas, volaban á él llorando y suplicándole que se dignara ocuparse de ellas. El pobre tío, perturbado así en sus estudios, era entonces capaz de montar en ira, mandar al diablo las viejas locas y echarlas de su casa.

Este tío fué precisamente quien ejerció una gran influencia en el cultivo de mi espíritu, y á quien debo muchísimo desde este punto de vista. Por diferente que fuese nuestra manera de ver, sus aspiraciones literarias, aunque pésimas, contribuyeron acaso á despertar en mí el deseo de escribir.

El tío empleaba un antiguo estilo cancilleresco duro y empingorotado, tal como se lo enseñaron en las aulas de los Jesuítas, donde no se veía nada más allá del latín; así, pues, no podía admitir sin trabajo una manera de expresarse que le parecía demasiado ligera, demasiado festiva, demasiado irritante. Pero su anhelo por proporcionarme

todos los medios de desarrollar mi inteligencia fué para mí la mayor ayuda.

De niño me regalaba las obras más bellas, las más preciosas, ponía á mi disposición su propia biblioteca, rica en libros clásicos, en folletos importantes sobre las cuestiones del día, y hasta permitíame revolver á mi antojo en el granero del arca de Noé los cajones que contenían los libros viejos y los papeles del difunto abuelo.

¡Con qué voluptuosidad misteriosa se estremecía mi corazón infantil cuando podía pasarme días enteros en aquella cámara, que, para hablar con exactitud, no era sino un gran desván!

No era lo que se llama una espléndida residencia, y su único morador, una rolliza gata de Angola, distaba mucho de preocuparse por la limpieza; apenas si en raras ocasiones barría con la cola el polvo y las telarañas sobre los muebles viejos hacinados en confuso revoltijo.

Mi corazón, empero, estaba en tal florescencia de juventud y lucía tan alegre el sol á través de la pequeña lumbrera, que todo me parecía inundado por una luz fantástica; y la misma gata vieja producíame el efecto de una princesa encantada, que, desligándose de pronto de su envoltura animal, pudiera muy bien suceder que se mostrara con todo el antiguo fulgor de su espléndida belleza, mientras el buhardillón se convertiría en un palacio magnífico, cual acontece en todas las historias de encantamientos.

Como aquellos buenos tiempos de los cuentos de hadas han desaparecido, las gatas siguen siendo gatas; y el desván del arca de Noé continuó leonera polvorienta, hospital para muebles incurables, salitrería de sillones decrépitos y de sillas rotas, en el último grado de achaquienta vetustez, que no hay valor para tirarlos á la calle por afecto sentimental y en atención á los píos recuerdos que á ellos van unidos.

Allá estaba putrefacta y hecha trizas una cuna en que antaño mecieron á mi madre; en el fondo de esa cuna yacía á la sazón la peluca oficial de mi abuelo, toda descompuesta, y que en fuerza de vejez parecía haber vuelto á la infancia.

Colgaban de la pared el herrumbroso espadín del abuelo, una tenaza manca y algún otro inválido hierro viejo. A un lado, sobre una tabla oscilante se posaba el loro de mi difunta abuela, relleno de paja y falto de plumas, convertido el color verde en gris ceniciento, y cuyo único ojo de cristal miraba fijo con aire amenazador.

También había allí un perro verde, de loza, hueco; se había des-

cantillado un trozo de la parte posterior, y la gata parecía profesar un gran respeto á aquella obra de arte china ó japonesa; hacía delante del animal de loza toda suerte de zalemas y devotas reverencias, al modo de los gatos, y quizá lo consideraba con un ser divino. ¡Son tan supersticiosas las gatas!

En un rincón yacía una flauta vieja que en otros tiempos perteneció á mi madre; aún la tocaba siendo ella joven, y elegía precisamente el desván para sala de concierto á fin de que su anciano señor padre no fuese turbado en su trabajo, ó por temor de que regañara á su hija culpable de perder el tiempo en aquella ocupación sentimental. A la sazón la gata había escogido como juguete predilecto aquella flauta, agarrándola por una cinta ajada, de color de rosa, y rodándola por el suelo de acá para allá.

Entre las antiguallas del desván encontrábanse también esferas, las más pasmosas figuras de planetas, retortas y alambiques, que recordaban estudios de astrología y de alquimia.

Con los libros del abuelo había en los cajones papelotes referentes á esas ciencias ocultas. Pero la mayoría de los libros eran libracos de medicina. No faltaban obras filosóficas: junto al archirazonable Descartes encontrábanse autores extravagantes como Paracelso, Van Helmont y hasta Agrippa de Nettesheim, cuya *philosophia oculta* cayó entonces por primera vez en mis manos. De niño me divertía ya la epístola-dedicatoria al abate Trithem; á continuación de ella va impresa la respuesta del abate, donde este compadre devuelve con creces al otro charlatán sus ampulosos cumplidos.

Pero el mejor y más precioso hallazgo que tuve en los polvorientos cajones, fué el de un libro de memorias escrito por un hermano de mi abuelo, á quien llamaban el «Caballero ó el Oriental», personaje casi legendario sobre el cual contaban y no acababan las viejas primas.

Ese tío-abuelo, llamado también Simón de Geldern, debió de ser un tanto asombroso. Le llamaban «el Oriental» porque había hecho largos viajes por Oriente, y á la vuelta de ellos vistió siempre al estilo oriental.

Parece ser que residió largo tiempo en las poblaciones costeras del Norte de Africa, principalmente en los Estados de Marruecos, donde aprendió de un portugués á dar temple á las armas, oficio que ejerció no sin buen éxito.

Fué en peregrinación á Jerusalén; allá, en el éxtasis de la plegaria, tuvo una visión en el monte

Moriah. ¿Qué vió? Nunca lo dijo.

Eligióle por jefe ó *cheik* una tribu de beduinos independientes, que profesaba, no el islamismo, sino una especie de mosaismo, y que tenía su puerto de refugio, por decirlo así, en un oasis desconocido en medio de los desiertos del Africa Septentrional. Ese pequeño pueblo guerrero vivía en lucha con todas las tribus inmediatas y era el terror de las caravanas. Digámoslo en estilo europeo: mi bienaventurado tío-abuelo, el piadoso visionario del sacro monte Moriah, era capitán de ladrones.

En aquella hermosa comarca adquirió también esos conocimientos hípicos y ese arte de caballerizo que excitaron general admiración á su regreso al Occidente.

En las diversas cortes donde permaneció mucho tiempo, brillaba lo mismo por la belleza de su talla y de su rostro que por el esplendor de su vestimenta oriental, que fascinaba á las mujeres. Sobre todo, imponía por su pretendida ciencia secreta, y nadie osaba desacreditar al nigromántico omnipotente junto á sus altos protectores. El espíritu de la intriga temía á los espíritus de la Cábala.

Sólo su presunción causó su ruina. Las viejas primas movían sus rugosas cabecitas con aire extraño y misterioso cuando hablaban en voz baja de las relaciones galantes del «Oriental» con una dama de altísima alcurnia: el descubrimiento de estas relaciones le obligó á abandonar á toda prisa la corte y el país. Por la fuga, y dejando tras de sí todas sus riquezas, es como pudo librarse de una muerte segura: debió su salvación precisamente á sus artes de jinete consumado.

Después de esta aventura se refugió en Inglaterra, donde es probable que encontrara la seguridad personal, pero también la miseria. Esto me lo hace creer un folleto de mi tío-abuelo, impreso en Londres, que descubrí por acaso en la biblioteca de Dusseldorf un día que me encaramé hasta las tablas más altas. Era un oratorio en versos franceses, rotulado «Moisés en el Horeb», que quizá se relacionase con la visión de que llevo hecho mérito; pero el prefacio estaba escrito en inglés y fecho en Londres: los versos, como todos los versos franceses, no eran más que agua tibia rimada; pero la prosa inglesa del prefacio delataba la irritación de un hombre altivo en lucha con la mala suerte.

No pude sacar nada en limpio del cuaderno de notas del hermano de mi abuelo; tal vez por precaución, en gran parte estaba escrito con caracteres árabes, sirios y coftos, mezclados por un raro capricho, con

citas en todos idiomas. Encontré á menudo el siguiente verso francés:

Où l'innocence périt, c'est un crime de vivre.

Es un crimen el vivir
Donde la inocencia muere.

También me chocaron varias reflexiones escritas igualmente en lengua francesa, como si fuese el idioma habitual del autor.

Naturaleza problemática, difícil de comprender, la de mi tío-abuelo. Llevó una de esas existencias maravillosas, posibles nada más que á principios y mediados del siglo XVIII; fué á la par un soñador entusiasta, propagandista de utopías cosmopolitas y humanitarias, y uno de esos caballeros andantes que, persuadidos del sentimiento de su fuerza personal, pasan por encima ó hacen saltar las podridas barreras de una sociedad putrefacta.

En todo caso, fué un hombre.

Su charlatanismo, que estamos lejos de negar, no era un charlatanismo de una especie común. No era uno de esos charlatanes ordinarios que en las ferias arrancan las muelas á los campesinos; penetraba con arrojo en los palacios de los grandes y les arrancaba el molar más arraigado, como Huon de Burdeos hizo antaño con el soldán de Babilonia.

¿Y qué hombre de nota no es un tantico charlatán? ¡Los charlatanes de la modestia son los peores de todos, con su fantasmonería con aires de humildad! Quien quiera influir sobre la muchedumbre, no puede quedarse corto en materia de charlatanismo. Una suerte de escamoteo grosero y material ha impuesto siempre más al público que todos los milagros del pensamiento eternal.

III

Sea como fuere, ese hermano de mi abuelo y las tradiciones de familia que á él atañen ocuparon de extraordinario modo mi imaginación de niño. Todo lo que de él se refería dejaba en mi joven alma una impresión indeleble; sumergíame tan profundamente en sus aventuras y en sus vagamundos destinos; mi fantasía juvenil se preocupaba con él de tal suerte noche y día, que vivía yo todo entero en él; á veces apoderábanse de mí en pleno día y con pleno sol un trastorno, una inquietud tales, que me parecía que yo mismo era mi difunto tío-abuelo, ¡y que mi vida sólo era una continuación de la de ese personaje muerto tanto tiempo hace!

Durante la noche, aquella vida se reflejaba en mis ensueños. Mi existencia de entonces se parecía á un

gran periódico, cuya parte superior contenía lo presente, la jornada con sus noticias y sus debates cotidianos, mientras que abajo un pasado poético y fantástico se revelaba y se desarrollaba en los ensueños nocturnos, como una serie de folletines de novela.

En estos ensueños me identificaba con el hermano de mi abuelo, sentía con espanto que yo era otro y que pertenecía á otros tiempos. Encontrábame transportado á comarcas antes nunca vistas por mí, en situaciones y circunstancias de que hasta entonces jamás tuve la menor idea; y, sin embargo, recorría ese nuevo mundo sin una vacilación, sin un paso en falso.

Allí encontraba hombres de ruda y temible estampa, con trajes extraños, bárbaros, de colores vistosos, que me inspiraban un rancio afecto ó un odio inveterado, y á los cuales, no obstante, estrechábales la mano como si fuesen antiguos conocimientos. Su idioma resonaba en mi oído como una lengua extranjera que nunca había escuchado, y lo comprendía; y aún más, con asombro mío, les contestaba en el mismo idioma, gesticulaba con una viveza que jamás ha sido habitual en mí; hasta decía cosas de que antes no tenía ninguna idea, y que contrastaban con mi común manera de pensar.

Acabé por recuperar la unidad de conciencia, mas no por eso dejó de conservar mi alma huellas secretas y duraderas de aquel estado de ensueño, que se prolongó como cosa de un año. Más de una idiosincrasia, más de una simpatía y antipatía fatales, que quizá discrepan de mi propia naturaleza, y hasta más de una acción que no se compadece con mi modo de pensar, se explican á mis ojos como otras tantas consecuencias lejanas de aquella época alucinada en que era tío-abuelo de mí mismo.

En la sucesión de los tiempos, ha ejercido decisiva influencia en mis aspiraciones y en mis poesías. Cuando cometo una necedad cuyo origen me parece inexplicable, se la cargo en cuenta con mucho gusto á mi otro *yo* oriental. Un día que comuniqué á mi padre esta hipótesis, para justificarme de una leve falta, me dijo con chunga cómo esperaba que mi tío-abuelo no hubiese firmado la aceptación de ninguna letra de cambio cuyo pago pudiera exigírseme algún día.

No me han presentado al vencimiento ninguna letra de cambio oriental, y he tenido bastante, para dificultades y cuidados, con mis propias letras de cambio occidentales.

Mas, de cierto, nuestros antepasados nos legaron peores deudas que

extinguir que las deudas de dinero. Cada generación continúa á la precedente, y tiene que responder de las acciones de ésta. Dice la Escritura: «Los padres han comido uvas en agraz, y los nietos tienen sordamente dentera.»

Reina solidaridad en las generaciones que se suceden; asimismo, los pueblos que entran en la arena unos en pos de otros, no pueden eximirse de esta solidaridad, y no sólo son herederos, sino también deudores. La humanidad entera acabará por liquidar todo cuanto la legó el pasado. En el valle de Josafat quedará reducido á la nada el gran libro de la deuda, ó acaso antes por una bancarrota universal.

El legislador de los judíos reconoció profundamente esta solidaridad y la sancionó por modo particular en su derecho de sucesión; para él quizá no había ninguna duración individual después de la muerte, y sólo creía en la inmortalidad de la familia; todos los bienes eran propiedad familiar, y nadie podía enajenarlos tan por completo que, en un momento dado, no hubiesen de volver á manos de los miembros de la familia.

El Derecho romano contrasta en absoluto con esta idea de la ley mosáica, tan amiga del hombre; en la legislación romana sobre la herencia se revela el egoismo del carácter nacional; las disposiciones jurídicas relativas á los testamentos sancionan aquí el capricho malhumorado del egoismo, de la terca vanidad personal que más allá de la propia vida quiere hacer mal uso de las riquezas, y que, en fin, con el nombre de *familia* no conoce sino á los esclavos domésticos.

Pero no quiero extraviarme en consideraciones generales, no quiero emprender un estudio profundo sobre este asunto; y, prosiguiendo mis confesiones personales, deseo más bien no dejar escapar la ocasión que se me ofrece de mostrar de nuevo con un ejemplo cómo mis enemigos, con ocasión de las circunstancias más inocentes, se entregan á las más malévolas insinuaciones. Pretenden haber hecho este descubrimiento: que en mis confidencias biográficas hablaba mucho de mi familia materna, pero nada de mis parientes por línea paterna; y en ese silencio y esta omisión pretenden ver el mismo cálculo é idéntica segunda intención de vanidad que le han echado en cara también á mi colega Wolfgang Gœthe.

Bien es verdad que en sus *Memorias* muy á menudo se extiende Gœthe, con marcada complacencia, en hablar de su abuelo paterno el señor Burgomaestre que, lleno de importancia y gravedad presidía en Roemer, en Francfort; pero de su

abuelo materno, honrado sastrecillo de composturas y remiendos, que en el pasadizo de Bockenheimer, sentado á la morisca en su mesa de trabajo, zurcía los calzones viejos de la ciudad libre imperial, no dice una palabra.

No tengo por qué justificar á Gœthe de este silencio. En lo que á mí atañe, me he limitado á encogerme de hombros como única respuesta á tales insinuaciones, y he dado siempre gracias á Dios de que no encontrasen nada peor que decir en mi contra.

Fácil sería refutar esas interpretaciones é insinuaciones malévolas explotadas con frecuencia, probando que no tengo la culpa de si en mis escritos nunca he hablado del abuelo paterno; y quien me conozca, sabe muy bien cuán contraria es á mi naturaleza la vanidad del nacimiento.

Sencillamente, la causa es que nunca he sabido muchas anecdotas sobre mis abuelos. Mi difunto padre llegó á Dusseldorf como un forastero; no poseía allí ningún pariente, ninguna de esas viejas tías y primas, bardos femeninos que cantan á diario á la generación nueva las antiguas leyendas de familia con una monotonía épica, y reemplazan con el ronco de su nariz la gaita ó cornamusa, obligado acompañamiento de los bardos escoceses. No hubo nadie para iniciarme temprano en las crónicas de familia de mi padre; sólo á los héroes del clan materno debió mi joven alma sus primeras impresiones vivas, al escuchar con recogimiento los relatos de la anciana Bruneta ó Brunequilda.

Mi padre era de un carácter taciturno; no tenía gusto por hablar, ni jamás me contaba añejas historias. Solo una vez, siendo todavía un chicuelo, le hice una pregunta acerca de este particular.

Aún me acuerdo: era uno de esos domingos tan hermosos y radientes de sol, que se me permitían pasar en casa, mientras los demás días de la semana los pasaba con triste languidez en la escuela del tétrico convento de los Franciscanos. Ese día, pues, encontré una ocasión para preguntar á mi padre lo que fué mi abuelo. Medio riéndose y medio amostazado, me respondió así á esta pregunta:

—Tu abuelo era un judío pequeño, con una gran barba.

El siguiente día, apenas entré en el aula del convento, donde estaban reunidos ya mis pequeños camaradas, me faltó tiempo para contarles la importante nueva que mi padre acababa de participarme: que mi abuelo era un judío pequeño, con una gran barba.

Apenas pronunciadas estas palabras, corrieron de boca en boca y

fueron repetidas en todos tonos, con acompañamiento de gritos imitando á todos los animales. Los pequeños se pusieron á saltar sobre las mesas y los bancos, arrancaron de las paredes los cuadros de aritmética y los hicieron ir dando tumbos por el entarimado con los tinteros, derribaron los bancos patas arriba; y todo eran risas, balidos, gruñidos, ladridos, canto de gallos, una baraúnda infernal, cuyo estribillo era siempre mi abuelo, que había sido un judío pequeño, con una gran barba.

Atraído por el escándalo entró en el aula tumultuosa el profesor de la clase, rojo de ira, y preguntó al instante por el autor de aquel desorden. Como suele suceder siempre en tales casos, cada cual trató de disculparse en voz baja, y al fin decidieron que yo, pobre mísero, había sido el autor de todo el estrépito por lo que había dicho acerca de mi abuelo; y como no quise negarlo, expié mi falta con un crecido número de bastonazos.

Fueron los primeros palos que he llevado en este mundo; y ya en aquella circunstancia hice la observación filosófica de que el benigno Dios, creador de los bastonazos, en su misericordiosa sabiduria ha cuidado igualmente de que quien los reparta acabe por fatigarse, sin lo cual los trancazos llegarían á ser á la larga intolerables.

El bastón con que me dieron de garrotazos, era una caña de Indias de color amarillo; sin embargo, las rayas que me dejó en los lomos, eran de un color azul oscuro. Nunca las he olvidado.

Tampoco olvidé el nombre del maestro que me zurró sin piedad: era el P. Dickerscheid. Poco después fué separado de la escuela por motivos que tampoco he olvidado, pero que no quiero decir.

Con el nombre de la persona que me dió la primera paliza, guardé el recuerdo de la ocasión que me la proporcionó; y cada vez que se trataba de judíos pequeños con grandes barbas, una memoria llena de malestar surcaba mi dorso como un escalofrío. «Gato escaldado, del agua fría huye», dice el refrán; y cada uno comprenderá fácilmente que desde entonces no me han vuelto á dar muchas ganas de reunir más detalles acerca de ese inquietante abuelo y de su árbol genealógico, ni de dar conocimiento de ello al público general, como en otros tiempos al pequeño público infantil.

IV

Sin embargo, no quiero pasar por alto á mi abuela paterna, aun

cuando tampoco de ella sé cosa mayor. Era una mujer de extraordinaria hermosura é hija única de un barquero de Hamburgo, cuyo renombre de riqueza difundíase hasta muy lejos. Estas circunstancias me dejaban presumir que el pequeño judío que consiguió llevarse consigo tan hermosa mujer fuerá de la opulenta casa de sus padres, á la ciudad de Hannover donde habitaba él, debió de poseer cualidades muy gloriosas, aparte de su gran barba, y debió de ser un hombre muy respetable.

Murió prematuramente dejando á su joven viuda con seis hijos, todos varones y de tierna edad. Regresó á Hamburgo, donde también falleció de un modo prematuro.

Vi antaño en Hamburgo, en el dormitorio de mi tío Salomón Heine el retrato de mi abuela. El pintor, que buscaba efectos de claro-oscuro á lo Rembrand, había puesto á su modelo unas tocas monjiles enteramente negras, un corpiño oscuro y casi tan severo, y un fondo de una lobreguez tan densa como la pez; el rostro, de abultados carrillos y provisto de doble barbilla, destacábase brillante sobre él como una luna llena que sale de entre los nubarrones nocturnos.

Sus rasgos fisionómicos presentaban aún vestigios de una gran hermosura; eran á la par dulces y serios, y particularmente la morbidez de su tinte comunicaba á todo el rostro una expresión en alto grado distinguida. Si el pintor hubiese adornado el peto de la dama con una gran cruz de diamantes hubiérase creído ver en verdad el retrato de alguna abadesa señorial en un noble capítulo protestante.

Entre los hijos de mi abuela, si no me engaño, sólo dos heredaron aquella belleza extraordinaria: mi padre y mi tío Salomón Heine, el jefe hoy difunto de la casa de banca hamburguesa de ese nombre.

La hermosura de mi padre tenía algo de excesivamente suave, carecía de carácter, era casi femenina. Por el contrario, el aspecto de su hermano expresaba una hermosura varonil, y su fuerza de carácter revelábase también en sus facciones regulares y nobles, imponentes, á veces hasta intimidantes.

Todos sus hijos, sin excepción, se desarrollaron con la más arrebatadora belleza, pero la muerte los segó en flor; y de aquel hermoso ramillete humano sólo viven hoy dos personas, el actual jefe de la casa de banca y su hermana, una rara mujer con... (1).

Quise infinito á todos aquellos niños y amé también á su madre, que

(1) En el manuscrito original faltan tres líneas, suprimidas con un corte de tijeras.

también era tan bella y desapareció joven, costándome todos muchas lágrimas. Necesito de veras en este instante agitar mi muñeco de loco para ahogar con el ruido de los cascabeles los pensamientos lacrimosos.

Acabo de decir que la hermosura de mi padre tenía algo de femenil. Esto no tiene nada de irrespetuoso; pensaba tan sólo en su fisonomía y proponíame indicar nada más que no tenía empaque, ni acritud, que sus rasgos no presentaban ninguna severidad de líneas, sino más bien una rotundidad blanda y tierna; lo que faltaba á los contornos de sus facciones era el ser precisos; anegábanse en lo indeterminado. En sus postreros años había engruesado mucho, pero me parece que en su juventud tampoco debió de ser flaco.

Esta suposición mía proviene de un retrato que data de su adolescencia y que después quedó por desgracia destruido en un incendio de la casa de mi madre. Estaba en él representado mi padre como un joven de unos diez y ocho ó diez y nueve años, con uniforme rojo, la cabeza empolvada, blanca como la creta, y provista de una encantadora red encerrando sus cabellos.

Nada era más favorable á ese retrato como el color al pastel, empleado por el pintor. Y digo favorable, porque mejor que la pintura al óleo y que el lustre del lienzo barnizado, inseparable de ella, puede el pastel reproducir ese polvillo de flor que advertimos en la cara de las personas que llevan polvos; vela ventajosamente la indecisión de las facciones y atenúa aquel insípido color de rosa, tan chocante en los cuadros al óleo. En el retrato de que hablo, los cabellos empolvados de blanco y la corbata, de la misma blancura, formaban un marco en derredor del rostro sonrosado; y, por contraste, el pastel producía un colorido más intenso y mayor relieve.

Igualmente el rojo escarlata del traje, que en los cuadros al óleo parece que os mira con una fisga tan horrorosa, producía allí, por el contrario, un feliz efecto, dulcificando agradablemente el rosado color de la cara.

El tipo de belleza que en ese retrato expresaban las facciones de mi padre no recordaba el ideal de castidad severa de las obras del arte griego, ni el estilo del Renacimiento, de un espiritualismo exaltado, aunque saturado de salud pagana. No; ese retrato expresaba con fidelidad el carácter de una época que justamente no tenía ningún carácter; que gustaba menos de lo bello que de lo lindo, lo gentil, lo coquetón, lo pulido; unos tiempos que

llevaban la insulsez hasta la poesía; esos dulces tiempos del *rococo*, con sus morbideces y su mal gusto, que también se llamaba la época de las redes para el cabello, y que realmente llevaba como signo distintivo una bolsa de cabellos, no en la frente, sino en el colodrillo. Si ese retrato de mi padre se hubiera reducido de dimensiones hasta aproximarse á las de una miniatura, se le hubiese podido tomar por una obra del excelente Watteau, por un lindo pastorcito circundado de arabescos fantásticos, de lentejuelas de oro y de multicolores piedras preciosas, pavoneándose en un abanico de Mad. de Pompadour.

Acaso deba reputarse como un hecho notable la circunstancia de que hasta el fin de su vida permaneciera fiel mi padre á la antigua moda de los polvos y se hiciese empolvar todos los días, no obstante poseer los más hermosos cabellos que imaginarse puedan. Eran rubios, casi áureos y de una suavidad al tacto como sólo la he encontrado en la seda de la China. Sin duda alguna, por su gusto hubiera conservado también la red para la cabellera; mas las exigencias del espíritu de progreso eran inflexibles. En tal perplejidad, mi padre encontró un expediente que hizo acallar sus escrúpulos acerca del tocado. No sacrificó más que la forma, la bolsita negra, la redecilla; en cuanto á los largos rizos de cabellos, los llevó desde entonces como un moño de largas crenchas, fijo en el vértice de la cabeza por medio de un peinecito. La finura y la suavidad de su cabellera, así como los polvos, hacían casi invisible aquella trenza; y de esta suerte, á lo menos en cuanto al fondo, mi padre no era un renegado del antiguo régimen de la redecilla para los cabellos, y sólo se había sometido al cruel espíritu del tiempo exteriormente, como más de un ortodoxo disimulado.

El uniforme rojo de mi padre, en el retrato de que hablo, indica que sirvió en el ejército hannoveriano. Mi padre, á la edad de unos diez y ocho años, formaba parte del séquito del príncipe Ernesto de Cumberland, al comienzo de la Revolución francesa. Acompañó á ese príncipe durante la campaña de Flandes y de Brabante, si no me engaño, en calidad de comisario de la intendencia, ó, como dicen los franceses, de *repostero;* los prusianos lo llaman *gusano de harina.*

Pero las funciones propias de aquel joven eran las de favorito del Príncipe, las de un Brummell *de menor cuantía* y sin corbata almidonada; por tanto, á la postre tuvo la suerte común de todos esos juguetes del favor de los grandes. Verdad es que mi padre estuvo per-

suadido toda la vida de que el Príncipe, trocado más tarde en rey de Hannover, jamás le echaba en olvido; pero nunca se explicó por qué no le enviaba á llamar jamás el Príncipe ni se informaba nunca de él, puesto que no podía saber si su antiguo favorito no viviría en circunstancias tales que tuviese necesidad de su regia ayuda.

Mi padre trajo de aquella campaña ciertos gustos alarmantes, que mi madre no consiguió desarraigar de sus costumbres sino con suma lentitud. Por ejemplo, con gran complacencia se dejaba arrastrar á jugar fuerte; protegía el arte dramático, ó, mejor dicho, á las sacerdotisas de ese arte; sobre todo, tenía pasión por los caballos y los perros. Cuando pasó á establecerse en Dusseldorf en calidad de negociante, por amor á mi madre, llevó consigo doce magníficos caballos. Deshízose de ellos, por esplícito deseo de su joven esposa, quien le hacía presente cómo ese capital de cuatro patas engullía demasiada avena y no producía absolutamente nada.

Más difícil fué á mi madre alejar el caballerizo, zafio rústico siempre tumbado en la cuadra y ocupado en jugar á los naipes con algún pillastre de su especie, recogido por acá ó por allá. Concluyó por irse espontáneamente, en compañía de un reloj de oro de repetición, propio de mi padre, y algunas otras alhajas de valor.

Una vez libre de ese tunante, mi madre despidió también la jauría de mi padre, excepto un perro llamado Lindo, de una fealdad abominable. Halló gracia ante sus ojos porque no tenía nada de perro de caza y podía convertirse en un buen perro doméstico, burguésmente virtuoso. Habitaba en la cuadra vacía una vetusta calesa de mi padre, y cuando se encontraban allá, cruzábanse miradas de inteligencia. «Aquí, Lindo»—suspiraba mi padre—y Lindo movía meloncólicamente la cola.

Creo que el perro era un hipócrita; y un día mi padre, en un acceso de mal humor, oyendo al animal quejarse de una manera demasiado desesperada para el puntapié que acababa de recibir, confesó que aquel canalla de perro representaba una farsa. A la postre, Lindo, muy sarnoso, convirtióse en un ambulante albergue de pulgas; fué menester ahogarlo, y mi padre lo consintió sin la objeción más mínima. Los hombres sacrifican sus favoritos de cuatro patas con la misma indiferencia que los príncipes lo hacen con sus favoritos de dos piés.

De aquella campaña de Flandes databa también la desenfrenada pasión de que estaba poseído mi padre

por la carrera militar; ó más bien, lo que ante todo le gustaba era jugar á los soldados, aquella existencia alegre y ociosa, en que el relumbrón y los trapos de escarlata ocultan el vacío interior y en que la vanidad embriagada puede darse aires de valentía, tenía para él un supremo atractivo.

En su cortejo de hidalguetes no había militares de formalidad, ni verdadero amor á la gloria; de heroismo no hablemos. La ostentación, el ruidoso zangoloteo del sable y el uniforme ceñido, tan favorecedor para los guapos mozos, le parecían el asunto principal.

Por eso fué una gran fortuna la de mi padre cuando en Dusseldorf se organizó la guardia nacional, y en su calidad de oficial, pudo vestir un bonito uniforme azul oscuro con vueltas de terciopelo azul celeste y desfilar por delante de casa á la cabeza de su columna. Saludó con la más exquisita cortesía á mi ruborizada madre, puesta de codos en la ventana; el marcial plumero de su tricornio ondulaba al viento, y sus charreteras centelleaban alegres á la luz del sol.

Aún era más venturoso mi padre cuando le tocaba el turno de entrar de guardia como jefe de parada y de velar por el orden público de la ciudad. Esos días rociábase la guardia con vino puro de Rudesheimer y de Assmanshœuser de los mejores años, todo á expensas del comandante: sus guardias nacionales no se cansaban de elogiar su liberalidad.

Así, pues, gozaba mi padre entre ellos de una popularidad no menos grande que el entusiasmo con que la veterana guardia aclamaba al emperador Napoleón. Verdad es que éste sabía embriagar á sus gentes de otra manera. Los guardias de mi padre no carecían de cierta bravura, sobre todo cuando se trataba de tomar por asalto una batería de botellas, de golletes del más grueso calibre. Pero su heroismo era de otra especie que el de la antigua guardia imperial. Esta moría sin rendirse, al paso que los guardias de mi padre no morían, pero á menudo se quedaban rendidos.

Las noches que daba guardia mi padre, parecía estar poco seguro el el orden público en la ciudad de Dusseldorf. Cierto es que cuidaba de enviar patrullas que recorrían diferentes barrios de la ciudad, cantando y haciendo resonar sus armas. Un día sucedió que se encontraron dos de esas patrullas y quisieron detenerse una á otra, entre la oscuridad, por embriaguez y escándalo nocturno. Por fortuna mis compatriotas son gente inofensiva y de jovial humor, la borrachera los vuelve mansos, «tienen buen

vino»; no acaeció ninguna desgracia; cada patrulla rindióse á la otra, á discreción.

Una ilimitada alegría de vivir: tal era el rasgo principal del carácter de mi padre. Avido de goces y predispuesto al buen humor, todo lo veía de color de rosa. En su alma había una fiesta perpetua; y si á veces no era muy ruidosa la música de baile, por lo menos los violines permanecían siempre acordados. Su cielo azul brillaba sin nubes, y en él resonaban las tocatas de la frivolidad. Su insustancialidad le hacía olvidar la víspera y le impedía preocuparse del mañana.

Ese natural contrastaba de la manera más asombrosa con la gravedad difundida en su rostro impasible, y que se revelaba en su actitud y en cada uno de sus gestos. El que no le conociese y viera por primera vez aquella cabeza seria y empolvada, aquel talante de importancia, habría creído estar en presencia de uno de los siete sabios de Grecia. Pero, conforme se le iba conociendo mejor, advertíase que no era ningún Thales ni Lampsaco meditando problemas cosmogónicos. Sin embargo, aquella gravedad no era ficticia; pero recordaba esos bajo-relieves antiguos en que un niño travieso se tapa la carita con una gran máscara trágica.

Y verdaderamente, era un niño grande. Su candor pueril hubiera con facilidad podido conceptuarse como pobreza de espíritu á los ojos de los chabacanos aficionados á la razón raciocinante; pero, con frecuencia, alguna observación profunda delataba en él las más notables facultades intuitivas.

Con sus antenas espirituales husmeaba lo que los hábiles no conciben sino lentamente y con ayuda de la reflexión. Pensaba más con el corazón que con la cabeza, y tenía el corazón más amable que se pueda imaginar. La sonrisa que á veces vagaba en torno de sus labios, y que contrastaba de un modo tan atractivo y tan gracioso con la gravedad que he descrito, esa sonrisa era el dulce reflejo de la bondad de su alma.

También su voz, aunque de timbre masculino, tenía algo de infantil: recordaba ciertos ruidos de la selva, como el canto de un pitirrojo. Iba derecha al corazón, cual si no tuviese que dar el rodeo del oído.

Hablaba en el dialecto de Hannover, donde, lo mismo que en la comarca que se extiende al Sur de esa capital, es donde mejor pronuncian el alemán. Esto fué una gran ventaja para mí, que, desde la infancia, y merced á mi padre, pude habituar de tal suerte mi oído á una buena pronunciación alemana; los

habitantes de nuestra ciudad hablan esa mala jerga del bajo Rhin, todavía tolerable en Dusseldorf, pero que en nuestros vecinos de Colonia llega á ser verdaderamente repugnante. Colonia es la Toscana de una mala pronunciación clásica del alemán: ese dialecto tiene la sonoridad hueca y casi el olor de los huevos podridos.

En la lengua de los habitantes de Dusseldorf se advierte ya una transición hacia el canto de rana de las marismas de Holanda. Dios me libre de negar al idioma holandés las bellezas que tenga; sólo confieso que mi oído es incapaz de juzgarlas. Quizá sea exacto que nuestra propia lengua alemana no sea más que holandés corrompido, como lo han afirmado patrióticos lingüistas en los Paises Bajos. Es posible.

Eso me trae á la memoria la afirmación de un zoólogo cosmopolita, quien declara que el mono es el antepasado de la especie humana; según él, los hombres no son más que monos civilizados, ó más bien, depravados por el exceso de civilización. Si los monos pudiesen hablar, verosímilmente dirían que los hombres no son más que monos degenerados, que la humanidad no es más que monería corrupta, como, según la opinión de los holandeses, la lengua alemana no es más que holandés corrompido.

Y digo «si los monos pudiesen hablar», aun cuando no estoy convencido de su ineptitud para el lenguaje. Los negros del Senegal afirman y sostienen ante y contra todos, que los monos son hombres análogos en absoluto á nosotros, pero, sin embargo, más listos, en el sentido de que se abstienen de hablar por miedo á que los tengan por hombres y les obliguen á trabajar como tales: sus monadas no son sino pura estratagema, gracias á la cual los soberanos de la tierra los consideran como no expotables, cual nosotros los súbditos lo somos.

Tal renuncio á toda vanidad por parte de esos hombres que guardan un mudo incógnito y se mofan quizá bajo cuerda de nuestra candidez, me induce á formarme de ellos ventajosísima idea. Permanecen libres en sus bosques, jamás abandonan el estado natural. Pudieran afirmar, con razón, que el hombre es un mono degenerado.

Quizá nuestros antecesores del siglo XVIII sospecharon ya algo semejante; y como presentían por instinto que nuestro exceso de urbana civilización no es más que una podredumbre recubierta por una capa de barniz, y cuán necesario sería volver á la naturaleza, trataron de acercarse á nuestro tipo originario, al mono natural. Con ese fin hicieron cuanto podían hacer;

cuando, para ser monos de piés á cabeza, no les faltó más que la cola, llenaron esa laguna trenzándose los cabellos en forma de coleta en el cogote. Aquella moda era claro síntoma de una formal exigencia, y no una fruslería de la frivolidad... Mas en vano trato de apagar, con el ruido de las campanillas de mi muñeco de loco, la tristeza que se apodera de mí cada vez que pienso en mi difunto padre.

De todos los hombres, es aquel á quien más he querido en la tierra. Más de veinticinco años hace que ha muerto. Nunca pensé que llegara el día de perderle, y aun hoy apenas puedo creer que realmente le perdí. ¡Es tan difícil convencernos de que han muerto los seres á los cuales hemos amado con tanta ternura! Y es que, en efecto, no mueren: continúan viviendo dentro de nosotros, habitan en nuestra alma.

Desde ese tiempo no ha pasado noche sin que sueñe con mi difunto padre, y cuando me despierto por la mañana paréceme á menudo oir el sonido de su voz como el eco de un ensueño. A veces me figuro que necesito vestirme á escape y bajar á toda prisa á ver á mi padre en el gran salón, como cuando era niño.

Mi padre tenía la costumbre de levantarse siempre muy de mañanita, en verano y en invierno, y ocuparse en sus negocios; por lo común le encontraba ya delante de su mesa de trabajo, y sin alzar la vista me tendía la mano para que la besase.

Una hermosa mano delicadamente modelada, verdaderamente patricia, que se lavaba con pasta de almendras. Aún la veo ante mí; aún veo cada venilla azul que serpenteaba sobre aquella mano marmórea, deslumbrante de blancura. Aún me parece sentir el intenso perfume de la almendra, y mis ojos se humedecen de lágrimas.

A veces no concluía todo en un simple besamanos, sino que mi padre me ponía entre sus rodillas y me besaba en la frente.

Una me besó con una ternura inusitada, y dijo:

—Esta noche he tenido un grato ensueño acerca de ti, y estoy contento, mi querido Harry.

Mientras pronunciaba estas ingenuas palabras, flotaba en sus labios una sonrisa que parecía decir: «Aunque Harry se empeñe en conducirse mal en realidad, á fin de amarle sin reserva, no por eso dejaré siempre de soñar algo hermoso acerca de él.»

V

Harry es entre los ingleses el nombre familiar de los que se llaman

Enrique, y corresponde por completo á mi nombre de bautismo alemán «Heinrich». Las denominaciones familiares de Enrique que se emplean en el dialecto de mi país son en extremo desagradables al oído, casi burlescas, como por ejemplo: Heinz, Heinzchen, Hinz. También se llaman Heinzchen los monitos domesticados; el «gato con botas» en el teatro de muñecos, y en general el «gato no capón» en la fábula popular, se llaman Hinze. Mi padre anglificó mi nombre, no por librarme de esos inconvenientes, sino en obsequio de uno de sus mejores amigos de Inglaterra. Mister Harry era su corresponsal en Liverpool. Conocía las mejores fábricas de *velveeten*, un artículo de novedad que estimaba mucho mi padre, más por ambición que por interés, pues aun cuando sostenía que ganaba mucho dinero con ese artículo, no por eso dejaba de ser muy problemático; y hasta hubiese puesto dinero de su bolsillo, con tal de poder sacar á la venta *velveetens* de mejor calidad y en mayor cantidad que sus competidores. A decir verdad, mi padre no tenía el espíritu calculista del mercader, por más que siempre estaba ocupado en echar cuentas; y el comercio era para él más bien un juego, como los niños juegan á los soldados ó á comiditas.

Para hablar con exactitud debo decir que era un hombre siempre atareado, más bien que un hombre activo. El *velveeten* le servía de muñeca predilecta; y era feliz cuando descargaban los grandes camiones y al primer desempaquetamiento llenaban el vestíbulo todos los comerciantes judíos de los contornos. Estos últimos eran sus mejores clientes; no sólo compraban su *velveeten*, sino que sabían apreciarlo.

Como quizá, caro lector, ignores lo que es el *velveeten*, me permito explicarte que esa palabra inglesa significa «semejante al terciopelo»: llámase así una especie de veludillo ó pana de algodón, con que se hacen muy bonitos pantalones, chalecos y hasta sayos. Esa tela lleva también el nombre de *Manchester*, por la ciudad donde primero se fabricó.

Como el amigo de mi padre que entendía mucho de comprar *velveeten*, llevaba el nombre de Harry, dióseme también á mí; y parientes, vecinos y amigos de la familia me llamaron Harry.

Es hoy, y todavía me gusta oirme llamar así, aunque ese nombre me causó muchos pesares, quizá la desazón más dolorosa de mi juventud. Sólo hoy, extraño al mundo de los vivos, y después de haber dejado extinguirse en mi alma toda vanidad mundanal, puedo hablar de ello sin trabas.

Aquí, en Francia, tan pronto como llegué á París, tradujeron mi nombre alemán de Heinrich por el de Henri; ha sido preciso conformarme con él, y yo mismo he tomado ese nombre, porque la palabra Heinrich no suena bien á los oídos franceses, y los franceses disponen á sus anchas todas las cosas del mundo. Tampoco han sabido pronunciar de un modo conveniente el nombre y apellido de Henri Heine, y la mayoría me llaman M. Enri Enn; muchos reunen las dos palabras formando una sola y dicen Enrienne; algunos me llamaron *el Sr. Un rien* (1).

Esto me perjudica mucho desde más de un punto de vista literario, pero también obtengo de ello algunas ventajas. Así, entre mis nobles compatriotas que vienen á París, más de uno me difamaría con mucho gusto; pero como dan siempre á mi nombre pronunciación alemana, no se pueden imaginar los franceses que el perverso, el emponzoñador de los manantiales de la inocencia, aquél sobre quien se han vertido tantas injurias, es nada menos que su amigo M. Enrienne, y esas nobles almas alemanas han soltado en vano las bridas de su celo por la virtud; los franceses ignoran que se trata de mí, y la virtud transrhiniana ha disparado en vano todas las flechas de la calumnia.

Pero, según he dicho, experimentamos una especie de malestar cuando oimos pronunciar mal nuestro nombre. Hay gentes que en tales casos manifiestan una gran susceptibilidad. Un día me dí el gustazo de preguntar al viejo Cherubini si era cierto que el emperador Napoleón pronunciaba su nombre Cherubini y no Querubini, aun cuando el Emperador conocía lo suficiente el italiano para saber en qué casos la *ch* italiana debe pronunciarse como *q*. Al oir esta pregunta, el viejo maestro dejó estallar su cólera de una manera enteramente cómica. «Jamás he experimentado yo nada parecido.»

Heinrich, Harry, Henri: todos estos nombres suenan lo mismo de bien, si resbalan sobre hermosos labios. Pero, ¿hay nada más armonioso que signor Enrico? Así me llamaba durante esas noches de estío, claras y azules, bordadas de grandes estrellas de plata, en ese noble y desgraciado país, patria de la belleza, que ha producido á Rafael Sanzio de Urbino, Joaquín Rossini y la princesa Cristina de Belgiojoso.

Mi estado corporal mé arrebató todas las esperanzas de volver á vivir en la sociedad con los hombres, y ya ni aun existe para mí; por eso

(1) *El Sr. Un Nada*, ó *el Sr. Nadie.*

me he desatado los lazos de aquella vanidad personal que aflige á cualquiera que haya de presentarse en eso que se llama sociedad.

Por lo mismo puedo hablar ahora con completa libertad de espíritu sobre la fatalidad unida á mi nombre de Harry. Este nombre abrevó de amargura y emponzoñó los años más hermosos de la primavera de mi vida.

He aquí en qué circunstancias.

Habitaba en mi ciudad natal un hombre llamado Miguel el trapero, porque todas las mañanas recorría las calles de la ciudad con un carrito tirado por un asno, y se detenía delante de cada casa, donde las criadas habían amontonado con limpieza las basuras; las recogía y transportaba fuera de la ciudad, al campo destinado á recibir todos esos residuos. El hombre asemejábase á su oficio, y el asno á su dueño: la bestia se detenía delante de las casas ó arrancaba al trote, según la modulación que tomaba la voz de Miguel al gritarle la palabra «¡Haaruh!»

¿Era el verdadero nombre del asno, ó tan sólo un grito habitual? No lo sé; pero es lo cierto que la semejanza de esa palabra con mi nombre de Harry me ha causado infinitos sufrimientos. Para escarnecerme, mis camaradas de escuela y los chicos del barrio, al llamarme, imitaban el grito que el trapero Miguel dirigía á su burro, y si me encolerizaba, los jóvenes bellacos ponían á veces una cara de absoluta inocencia; me rogaban que les enseñase cómo era preciso pronunciar mi nombre y el del pollino para evitar aquella confusión. Pero mostrábanse rebeldes á mis lecciones, y afirmaban que Miguel hacía mucho más larga la primera sílaba, al paso que dejaba siempre escapar la segunda con la rapidez de un gatillo: otras veces ocurría lo contrario, y el grito retumbaba de nuevo igual enteramente á mi propio nombre. Esos granujillas se complacían en confundir la pronunciación de la manera más absurda; eran unos quidprocuos insensatos; todos se reían de ellos, pero yo lloraba.

Cuando me quejé á mi madre, me recomendó que tratase de instruirme y de llegar á ser un hombre inteligente, y entonces ya no me confundirían nunca con un borrico.

Mi homónimo con el miserable animal de las largas orejas continuó siendo mi pesadilla. Los grandes pasaban por delante de mí y me saludaban con un «¡Haaruh!»; los pequeños me enviaban la misma salutación, pero desde cierta distancia. En la escuela se explotaba el mismo tema con una crueldad refinada; cada vez que se trataba de un asno cualquiera, todos guiña-

ban los ojos hacia mi lado, y yo me ruborizaba siempre. Es increíble cómo saben los escolares recoger por todas partes ó inventar las alusiones malignas.

Así, uno preguntaba á otro: ¿qué diferencia hay entre la zebra y la burra de Balaam, hijo de Boer?

Y respondían: «La una habla zebreo y la otra habla hebreo.»

Luego proponían esta cuestión: «¿Qué diferencia hay entre el asno del trapero Miguel y su homónimo?» A lo cual contestaban impertinentemente: «Si hay alguna diferencia, nosotros no la conocemos.»

Entonces quería yo repartir sopapos, pero me sosegaban; y mi amigo Dietrich, tan hábil para pintar las más hermosas miniaturas de santos, y que de esta suerte llegó á ser más tarde un pintor célebre, trató un día de consolarme en tal ocasión, prometiéndome una de sus imágenes. Pintó para mí un San Miguel, pero el bribón se había burlado indignamente de mí. El arcángel tenía las facciones del trapero Miguel, su cabalgadura se asemejaba al asno y, en lugar del dragón, su lanza atravesaba el putrefacto costado de un gato muerto.

Hasta el rubio Franz, dulce como una niña y á quien tanto quería yo, me hizo traición un día: me estrechó en sus brazos, apoyó tiernamente su mejilla en la mía, permaneció largo rato en esta actitud sentimental y... me gritó de pronto dentro de la oreja un «¡Haaruh!» seguido de una carcajada. Echó á correr modulando sin cesar esa palabra ultrajante, cuyo eco me repercutían las galerías del claustro.

Aún fuí tratado más brutalmente por algunos pilluelos de la más baja estofa, á quienes denominábamos en Dusseldorf «Halutes», palabra que los cazadores de etimologías no dejarán de hacer derivar de los ilotas espartanos.

El pequeño Jupp, es decir José, era uno de esos *halutes;* quiero añadir á su nombre su apellido paterno de Flader, por miedo de que se le confunda con Jupp Roersch, niño muy amable de la vecindad y que es ahora empleado de Correos en Bonn, según he sabido por casualidad.

Jupp Flader llevaba siempre una caña de pescar, con la cual me pegaba al encontrarme. También me tiraba á la cabeza cagajones de caballo recogidos en la calle, y nunca dejaba de lanzar en todos los tonos el grito fatal de «¡Haaruh!»

Ese tuno redomado era nieto de la vieja Flader, una de las clientes de mi padre. Era tan malo como buena su pobre abuela, imagen viviente de la pobreza y de la miseria, no repulsiva sino nada más

que desgarradora. Su edad pasaba de los ochenta años; producía el efecto de un gran esqueleto, la piel de su rostro se asemejaba á pergamino blanco, la pesadumbre anegaba en lágrimas sus ojos pálidos, su voz dulce y quejumbrosa expiraba como un estertor agónico, y mendigaba absolutamente sin frases, lo cual es horrible de oir. Mi padre le daba siempre una silla, cuando iba en busca de su mensualidad, los días en que reunía en casa á los pobres para distribuirles las limosnas de la ciudad.

De esas asambleas de mendigos, presididas por mi padre, sólo recuerdo las que se celebraban en invierno á primera hora, cuando aún oscurecía. Mi padre estaba sentado delante de una gran mesa cubierta de diferentes cartuchos de monedas; en vez de los candelabros de plata y las velas que habitualmente usaba, pero de que no quería hacer gala ante los pobres (¡tanta era la delicadeza de su corazón!), poníanse aquellos días en la mesa dos candeleros de cobre y velas de sebo; la roja llama del pávilo grueso y negruzco arrojaba tristes fulgores sobre aquellas gentes reunidas allí.

Esos pobres diablos, de todas edades, formaban cola hasta la antecámara. Uno en pos de otro iban á recibir su cartucho; algunos recibían dos, el más grande la limosna privada de mi padre, el más pequeño el dinero de la caja de los pobres.

Yo estaba sentado en una silla alta junto á mi padre, y le alargaba los cartuchos de moneda. Mi padre quería que aprendiese cómo se da, y en esta materia no había mejor maestro.

Muchos hombres tienen buen corazón, pero no saben dar, y se necesita que pase largo tiempo antes de que la voluntad del corazón ande su camino hasta el bolsillo; entre el buen deseo y la ejecución transcurre el tiempo con la lentitud de un patache. Entre el corazón de mi padre y su bolsillo había como un ferrocarril organizado. Claro es que las acciones de ese camino de hierro no le enriquecieron. Han sido más fructíferas las acciones del Norte ó del Lyon.

VI

La mayor parte de la clientela de mi padre se componía de mujeres ancianas, y más tarde, hasta cuando sus negocios comenzaban á no ser brillantes, conservó sus clientes de más edad, á las cuales pagaba pequeñas pensiones. Espiaban ellas por todas partes el camino por don-

de tenía que pasar, y hallaba así en aquellas ancianas secretos guardias de corps, como en otros tiempos el difunto Robespierre.

Entre aquella guardia canosa había algunas cortesanas que corrían tras él, no por miseria, sino porque su persona, su aspecto amable y siempre gracioso, les causaba un verdadero placer.

Era la urbanidad en persona, no sólo con las mujeres jóvenes, sino también con las demás; y las viejas, tan crueles cuando se las ofende, son la gente más agradecida cuando se las manifiesta alguna atención y se les hace algún agasajo; quien quiera ser pagado en lisonjas encuentra en ellas personas que no las regatean, mientras que las desdeñosas jóvenes apenas responden con un ademán de cabeza á toda nuestra diligencia por ellas.

Como los hombres guapos, cuya especialidad consiste en ser buenos mozos, no pueden pasarse sin lisonjas, y les es indiferente que el incienso provenga de unos labios de rosa ó de una boca marchita, con tal nada más de que salga con fuerza y en abundancia, concíbese que mi padre, sin haber exactamente especulado sobre este punto, hiciera, sin embargo, buenos negocios en sus relaciones con las viejas damas.

No se puede imaginar cuán grande era á menudo la dosis de incienso que empleaban en incensarle, ni la enorme cantidad de él que podía resistir. Esto era efecto de su feliz temperamento, en manera alguna de su candidez. Sabía muy bien que le adulaban, pero sabía también que, como el azúcar, la adulación lisonjea siempre gratamente al paladar, y se asemejaba al niño que dijo á su madre: «Acaríciame un poco, aunque sea un poco demasiado».

Las relaciones de mi padre con las mujeres que he dicho, tenían una razón más formal. Era su consejero, y (¡cosa notable!) él, que se aconsejaba tan mal á sí mismo, poseía, sin embargo, una extraordinaria ciencia de la vida cuando se trataba de dar á los demás un buen consejo en circunstancias críticas. Bastábale una ojeada para darse cuenta de la situación; y cuando una cliente desolada le había explicado cómo en su tráfico todo iba de mal en peor, resumía su parecer con una expresión que muchas veces oí salir de su boca cuando los negocios iban mal, diciendo así: «En ese caso, hay que empezar otro tonelito.» Con esto quería recomendar no obstinarse en un asunto perdido, sino comenzar algo nuevo, seguir una nueva dirección. Más vale desguazar en seguida el viejo tonel de donde sale gota á gota un vino agrio, y «empezar otro toneli-

to». Pero en vez de esto hay quien se tumba perezosamente con la boca abierta debajo de la canilla seca, esperando que vaya á salir en abundancia un brevaje más dulce.

Cuando la vieja Juana se quejó ante mi padre de que disminuían sus parroquianas, que no tenía nada donde hincar el diente y (lo que aún le era más sensible) nada con que llenar el vaso, dióla un *thaler* y se puso á reflexionar después. La vieja Juana había sido en otros tiempos una comadrona de las más distinguidas, pero al avanzar en edad se dió ligeramente á la bebida y comenzó á tomar rapé con exceso, por lo cual fué despedida en todas partes.

Después de haber reflexionado maduramente, mi padre dijo al fin:

—Bueno. Hay que empezar otro tonelito, y esta vez es preciso que sea un tonel de aguardiente; aconsejo á V. que abra un despacho de licores, un puesto de *schnick* en una de las buenas calles del puerto frecuentadas por los marineros.

La ex-comadrona siguió este consejo, puso un tenducho de *schnick* en el puerto, hizo buenos negocios y de seguro que hubiese ganado una fortuna si, por desgracia, no hubiera sido ella misma su mejor parroquiano. También vendía tabaco, y con frecuencia veíala yo de pié en el quicio de su puerta, con la nariz roja y henchida de rapé, reclamo vivo que atraía más de un marinero lleno de sentimiento.

Entre las buenas cualidades de mi padre, la más notable era su gran urbanidad, que como hombre bien nacido empleaba lo mismo con los pobres que con los ricos. Llamábame esto la atención, sobre todo en las sesiones de caridad de que he hablado: al entregar á los pobres su correspondiente cartucho de monedas, siempre les decía algunas palabras corteses.

Aquella finura de mi padre podía servirme de ejemplo, así como á esos célebres bienhechores que tiran la limosna contra la cabeza de los pobres y con cada thaler les hacen una descalabradura. A casi todas las ancianas les pedía noticias de su salud, y tenía tal costumbre de decir «tengo el honor», que empleaba también esta fórmula de cortesía al indicar la puerta á algunas viejas andariegas, cuando se manifestaban descontentas é impertinentes.

A la anciana Flader es á quien hacía más cumplidos, y siempre la ofrecía una silla. Verdad es que apenas podía tenerse de pié, y avanzaba cojeando apoyada en su muleta.

Cuando vino por última vez á ver á mi padre y á buscar el dinero del mes, estaba tan desfallecida que la

acompañaba su nieto Jupp. Este me lanzó una extraña mirada, al verme sentado ante la mesa junto á mi padre. La anciana recibió, además de su limosnita oficial, un gran cartucho del bolsillo particular de mi padre, y se deshizo en un torrente de votos, bendiciones y lágrimas.

Es horroroso ver á una abuela anciana llorar tan fuerte. Yo mismo tenía lágrimas en los ojos, y quizá lo notó la vieja. No se cansaba de ponderar mi gentileza, y dijo que iba á rezar á la Madre de Dios para que hiciese de suerte que jamás pasara yo hambre, ni me viese nunca obligado á mendigar.

Esas palabras molestaron un poco á mi padre, aunque la anciana las decía con sinceridad; había en sus miradas una expresión sepulcral, pero á la vez afectuosa y devota, y dijo á su nieto: «Jupp, anda y besa la mano al querido niño.» Jupp hizo una mueca de desagrado, pero obedeció la orden de la abuela; sentí en mi mano sus labios ardientes como la picadura de una víbora. Difícil me sería decir por qué saqué del bolsillo todos mis cuartos y se los dí á Jupp, quien con aire grosero y estúpido se puso á contarlos pieza por pieza y á la postre se los metió tranquilamente en el bolsillo...

La anciana Flader murió poco tiempo después; pero Jupp de seguro vive todavía, á menos de que no le hayan ahorcado. El muy galopo continuó siempre siendo el mismo. Al otro día de la escena que acabo de contar, me lo encontré en la calle. Tenía en la mano su larga caña de pescar, tan conocida por mí, y me pegó con ella de nuevo; según costumbre, me arrojó sirle de caballo y lanzó otra vez el fatal grito de «¡Haaruh!»; esto último tan ruidosamiente é imitando tan bien la voz del trapero Miguel, que el asno de éste, que por casualidad estaba enganchado al carrito en una callejuela próxima, creyó oir á su dueño y lanzó un alegre rebuzno.

Conforme he dicho, poco después murió la abuela de Jupp; pasaba por hechicera, mas con seguridad que no lo era, aun cuando nuestra Zippel sostenía lo contrario contra viento y marea.

Zippel era el nombre de una mujer, bastante joven aún, que se llamaba Sibila; fué mi primera niñera, y después se quedó al servicio nuestro. Hallábase por azar en la estancia la madrugada de la escena en que la vieja Flader me prodigó tantos elogios, admirando mi belleza de niño. Cuando Zippel oyó sus palabras, recordó la añeja superstición popular, según la cual es nocivo para los niños ser loados de tal suerte; caen enfermos ó les sucede alguna desgracia. Para apartar el

mal de que me creía amenazado, recurrió al medio que la misma superstición popular recomienda como infalible, y que consiste en escupir tres veces al niño cuyo elogio haya hecho la bruja. Así, pues, lanzóse de un brinco hasta donde yo estaba, y con viveza me escupió tres veces en la cabeza.

Pero esos escupitajos no eran más que provisionales, pues, al decir de los iniciados, cuando el peligroso elogio es obra de una hechicera, el funesto encantamiento no puede romperse sino por otra hechicera. Zippel fué el mismo día en busca de una mujer á quien conocía como tal y que, gracias á su arte oculto y prohibido, habíale prestado varios servicios, según supe más tarde. Aquella bruja, con su pulgar mojado de saliva, me hizo signos cabalísticos en un lugar de la cabeza, donde me cortó antes algunos cabellos; tocó también otras partes del cuerpo, mascullando toda suerte de insanias abracadabrantes; y así quizá fué como desde muy temprano fuí ordenado sacerdote del diablo.

En todo caso, aquella mujer, con quien conservé las relaciones desde entonces, me inició más tarde en los secretos de su arte, cuando ya era yo mayor. Es cierto, sí, que no me he vuelto hechicero; mas aprendí cómo se hechiza y, en particular, sé discernir los falsos sortilegios.

Denominaban á la mujer de quien hablo «la Maestra», y también «la Gœchinn», porque nació en Goch, donde había residido su difunto marido, que ejercía la vilipendiada profesión de verdugo; de allí se dirigía á todas partes donde le llamaban para cumplir con su ministerio. Sabíase que dejó á su viuda diferentes recetas y específicos secretos, y ella se las apañaba para explotar esos públicos rumores.

Los vendedores de cerveza eran sus mejores abonados, á quienes vendía los dedos de muerto que le dejó en herencia su marido; pretendía que los dedos de un ladrón ahorcado sirven para dar buen gusto á la cerveza dentro del tonel y aumentar el contenido de éste. En efecto: cuando se ata el dedo de un ahorcado, sobre todo de un ahorcado inocente, á un hilo suspenso en el interior del tonel, no sólo da esto mejor sabor á la cerveza, sino que de él puede sacarse doble, cuádruple de la que contenga un tonel de igual cabida. Los detallistas de cerveza extraños á toda superstición, emplean, por lo común, un medio más racional para aumentar la cerveza, pero es á expensas de su pureza.

La Maestra tenía también una numerosa clientela de jóvenes de

tierno corazón; proporcionaba filtros amorosos. En su charlatanesco furor de latinidad, para dar al latín una sonoridad todavía más latina, llamaba á ese bebedizo un *philtrarium,* al hombre que ofrecía la copa á su amada el *philtrarius*, y á la dama la *philtrariata.*

Sucedía á veces que faltaba el efecto del *philtrarium,* ó producía uno opuesto enteramente. Así, un mancebo persuadió cierto día á la hermosa que le desdeñaba, á que bebiese con él una botella de vino; sin que lo advirtiese ella, vertió en su vaso un *philtrarium;* mas en cuanto ésta hubo acabado de beber, notó él un extraño cambio en su *philtrariata* (1).

La Maestra salvó su reputación de bruja, afirmando que había comprendido mal al infeliz *philtrarius*, y que había creído que éste aspiraba á curarse de su amor.

Mejores que sus filtros eran las recomendaciones con que la Maestra los acompañaba. Aconsejaba llevar siempre oro en el bolsillo, diciendo que el oro era muy saludable y que, sobre todo, daba buena suerte á los enamorados. ¿Quién no recuerda, á este propósito, las palabras del honrado Yago en *Otelo:* «Meted dinero en vuestra escarcela?»

Nuestra Zippel conocía íntimamente á aquella gran Maestra, y aun cuando ya no la compraba filtros de amor, recurrió á sus artes para vengarse de una rival afortunada que se había casado con su antiguo galán.

Yo también cultivaba las relaciones con la hechicera: diez y seis años de edad podría yo tener cuando frecuentaba asiduamente su casa, atraído por un sortilegio más potente que todos sus *philtraria* y su pretencioso latín. Porque tenía consigo una sobrina, también apenas de diez y seis años de edad; pero como había crecido de pronto mucho, su esbelto talle hacíala aparecer de bastantes más años. Aquel rápido crecimiento era también causa de su extremada delgadez. Tenía ese talle fino que notamos en las cuarteronas de las Indias Occidentales; y como no llevaba corsé ni sayas á docenas, su vestido, pegado al cuerpo, remedaba el ropaje mojado de una estatua. Ninguna estatua de mármol podía rivalizar con ella en cuanto á belleza, porque era la vida misma, y cada uno de sus movimientos revelaba los ritmos de su cuerpo, y hasta pudiera decir que la música de su alma. Ninguna de las hijas de Niobe tenía un perfil más noble; el color de su tez y de

(1) En el manuscrito original sigue una escena cómica muy picante, que no reproduce la edición alemana del Dr. Engel.

toda su piel era de una blancura un poco tornasolada. Sus grandes ojos, muy oscuros, parecían proponer un enigma, cuya solución aguardaban con paciencia; al paso que su boca, con sus delgados labios levantados por los ángulos, y con los dientes un poco largos y blancos como la creta, parecía decir: «Eres torpe en demasía, y buscarás en vano.»

Su cabellera, completamente roja, roja como la sangre, le caía en largos rizos hasta más abajo de los hombros. Podría atarse los hermosos cabellos por debajo de la barba. Eso le daba el aspecto de una decapitada, cuya sangre corriera á torrentes.

La voz de Josefa, ó de *Sefchen la Roja*, otro nombre que daban á la sobrina de la hechicera, no tenía un timbre muy agradable, á veces hasta era velada y como extinta; pero bruscamente, á impulsos de la pasión, resonaba con una sonoridad metálica, que me chocaba, sobre todo por la circunstancia de que esta voz tenía una gran semejanza con la mía.

Cuando hablaba ella, asustábame á veces y me parecía oirme á mí mismo hablar; su canto también me recordaba ensueños en que me oia yo á mí propio cantar de idéntica manera y en igual tono.

Sabía muchos antiguos cantos populares, y quizá fué ella quien hizo nacer en mi espíritu el sentido de este género de poesía. Sin duda alguna ejerció la más grande influencia sobre el poeta que surgía en mí. Mis primeras poesías, los *Nocturnos*, que escribí poco después, tienen un colorido lúgubre y cruel, como aquellas relaciones que en otro tiempo arrojaron su sombra sangrienta sobre mi joven vida y mi pensamiento joven.

Entre sus canciones, Josefa cantaba un *lied* popular; nuestra criada Zippel, que se lo había enseñado, me lo cantaba á menudo en mi infancia. Dos estrofas se han grabado en mi memoria; quiero transcribirlas aquí, pues no se encuentran en ninguna colección de este género. Helas aquí. Primero habla el perverso Tragig:

Cara Otilia, Otilia mía,
No serás la postrimera.
Di si quieres que te cuelguen
Del gran árbol de la selva;
O si quieres tú nadar
En el lago que azulea;
O si quieres dar un beso
A la espada que destella,
A la espada que el buen Dios,
Como presente, me diera.

A lo cual responde Otilia:

Yo no quiero que me cuelguen
Del gran árbol de la selva;
Tampoco quiero nadar
En el lago que azulea;
Más me gusta darle un beso
A la espada que destella,
A la espada que el buen Dios,
Como presente, te diera.

Un día que *Sefchen la Roja* acababa de cantar esta última estrofa, me conmoví al ver su agitación, y á mí mismo me invadió tal trastorno, que repentinamente me anegué en lágrimas; caímos en brazos uno del otro sollozando, y permanecimos así cerca de una hora, sin decir ni una palabra; corrían de nuestros ojos las lágrimas y nos mirábamos como á través de un velo húmedo.

Rogué á *Sefchen* que me escribiera esas estrofas, y lo hizo, no con tinta, sino con su sangre. De entonces acá se me ha perdido el rojo autógrafo; pero esos versos grabáronse en mi memoria con rasgos indelebles.

VII

El marido de la bruja de Goch era hermano del padre de *Sefchen*, que también ejerció la profesión de verdugo; murió prematuramente. Su mujer se llevó consigo la niña. Pero bien pronto murió también su marido; entonces fué á fijar su residencia en Dusseldorf y dejó la criatura á su abuelo, verdugo también y habitante en Westfalia.

Allá, en la «casa franca» (como llaman á la del verdugo), permaneció *Sefchen* hasta cumplir los catorce años; habiendo muerto su abuelo, la hechicera de Goch recogió consigo otra vez á la huérfana, que no tenía más parientes.

A causa de la nota de infamia inherente á su familia, *Sefchen* llevó una vida solitaria desde la infancia á la adolescencia; en la granja franca de su abuelo vivía apartada de toda sociedad. De ahí su timidez, el estremecimiento de sensitiva que le causaba todo contacto extraño, su estado de ensimismamiento lleno de misterio, unido al carácter más independiente y más indómito, á la braveza más pertinaz y altiva.

¡Cosa extraña! Un día me hizo la confidencia de que hasta en sus ensueños no vivía con los hombres; no soñaba sino con bestias.

En el aislamiento de la casa del verdugo, no tenía otra ocupación más que los libros viejos de su abuelo; éste la enseñó á leer y escribir, pero era en extremo taciturno.

A veces se ausentaba con sus ayudantes varios días seguidos, y la niña se quedaba sola entonces en la casa franca, cerca del patíbulo, en medio de una comarca solitaria y montaraz. No quedaban en el edificio sino tres viejas, de cabello cano y cabeza oscilante, que hacían roncar de continuo sus tornos, tosían, andaban á la greña y bebían mucho aguardiente.

Sobre todo durante las noches de

invierno, cuando el viento sacudía por fuera los viejos robles y bajo la gran campana de la chimenea chillaban siniestramente las llamas, la pobre *Sefchen* se sentía medrosa dentro de la solitaria casa, porque entonces temíase la visita de los ladrones; no de los ladrones vivos, sino de los muertos, de los ahorcados, que bajaban de la horca y daban golpes en las vidrieras de la ventana baja, pidiendo entrar para calentarse un poco. Hacen las lamentables muecas de las gentes yertas de frío. No se les puede espantar, sino yendo al cuarto de las herramientas en busca de una espada con que amenazarles; entonces desaparecen, como un torbellino.

A veces lo que les atrae, no sólo es el fuego del hogar, sino también el deseo de recuperar los dedos que les ha robado el verdugo. Si no se echa bien el cerrojo á la puerta, se ven perseguidos hasta en la misma muerte por la inveterada afición á robar, y se llevan las sábanas de las camas y las que hay dentro de los armarios roperos. Un día, una de las viejas advirtió á tiempo el robo, y corrió tras del muerto ladrón, que dejaba flotar al viento la sábana; agarró una punta de la tela y le arrancó el botín en el momento en que acababa él de llegar á la horca y se disponía á refugiarse en lo más alto de ella.

Sólo en los días en que el abuelo de Sefchen se preparaba para una gran ejecución venían á visitarle sus colegas de las comarcas vecinas, y entonces se hablaba, había asados, se comía opíparamente, se vaciaban sendas botellas, pero había poca charla y ningún cantar. Bebían en copas de plata; ya que en las tabernas frecuentadas por el infame en jefe, exento, y sus exentos criados no les daban de beber sino en escudillas con tapa de madera, mientras á los demás parroquianos se les servía con escudillas con tapadera de estaño. En muchos sitios hay la costumbre de romper el vaso donde ha bebido el verdugo; nadie le habla, y todo el mundo evita el más mínimo contacto con él. Esta ignominia se extiende á toda su parentela, por lo cual las familias de los verdugos sólo se enlazan unas con otras.

Tenía ya *Sefchen* ocho años, según me contó, cuando un hermoso día de otoño presentóse un inusitado número de huéspedes en la granja de su abuelo, aunque no había ninguna ejecución próxima, ni ningún otro penoso deber profesional que cumplir. Eran más de una docena, casi todos unos hombrecillos muy viejos, con las cabezas enteramente blancas ó calvas del todo; llevaban sus espadas de verdugos bajo sus largas capas rojas, é iban

vestidos como en los días de más grandes fiestas, pero con arreglo á la moda antigua. Según su propio dicho, iban á «celebrar su asamblea», y al mediodía se les sirvió á la mesa lo más exquisito que había en la cocina y en el repostero.

Eran los más viejos verdugos de las regiones más lejanas, no se habían visto en mucho tiempo, no cesaban de estrecharse las manos, hablaban poco y con frecuencia empleaban un lenguaje de signos misteriosos; se divertían á su manera, es decir, muy tristemente, ó *moult tristement*, como decía Froissart de los ingleses que banquetearon después de la batalla de Poitiers.

Cuando llegó la noche, el dueño hizo que sus criados se saliesen de la casa, dió orden á la vieja ama de gobierno para que subiese de la cueva tres docenas de botellas de su mejor vino del Rhin y las pusiese fuera sobre la mesa de piedra colocada en semicírculo delante de la gran encina; también mandó que pusieran allí los candelabros de hierro para las antorchas de resina; y al cabo, con un pretexto cualquiera, despidió de casa á la vieja y á las otras dos comadres. Hasta cuidó de tapar con una manta de caballo la abertura del tabique de tablas de la perrera; el perro fué puesto á buen recaudo.

El abuelo dejó en casa á *Sefchen la Roja*. La encargó que enjuagase con esmero la gran copa de plata donde estaban representados los dioses del mar, con sus delfines, soplando en trompas marinas, y que luego la pusiese en la misma mesa de piedra; pero en seguida añadió con aire preocupado que inmediatamente se marchara á su alcobita á acostarse. *Sefchen la Roja* enjugó con sumo cuidado la copa de Neptuno y la puso en la mesa de piedra, junto á las botellas de vino del Rhin; pero ella, impelida por la curiosidad se escondió cerca de la encina, tras de unas malezas desde donde apenas podía oir, pero si ver todo lo que pasaba.

Los extraños hombres, con el abuelo á la cabeza, avanzaron de dos en dos con solemnidad y se sentaron en tajos colocados en semicírculo en torno de la mesa de piedra, donde ardían las antorchas de resina y arrojaban espantosos reflejos sobre sus facciones duras y graves.

Largo tiempo continuaron sentados en silencio, ó, más bien, cual si murmuraran algo entre ellos: acaso recitaban preces. Después el abuelo llenó la copa de vino hasta los bordes; cada uno la vació, la llenó de nuevo y se la pasó en seguida á su vecino; después de apurar cada copa, estrechábanse las manos con efusión.

Al cabo el abuelo pronunció un discurso que Sefchen apenas pudo oir y del cual no comprendió absolutamente nada, pero que parecía tratar de asuntos muy tristes, porque por las mejillas del viejo rodaban gruesas lágrimas, y los demás viejos lloraron amargamente. ¡Espectáculo horrible! Aquellas gentes parecían tan duras y tan corroídas por el tiempo, como las grises figuras de piedra de un pórtico de catedral, y hete ahí que de esos ojos pétreos, de fijas miradas, brotaban lágrimas y que sollozaban como niños.

La luna, velada por una ligera nube en un cielo sin estrellas, derramaba sobre aquella escena tanta melancolía, que la joven que estaba en acecho sintió desgarrado su corazón. Lo que más lástima excitaba en ella era el dolor de un viejecito que lloraba más fuerte que los otros; lamentábase tan alto, que oyó ella algunas de sus palabras. Gritaba sin cesar:

—¡Oh Dios! ¡Oh Dios! Dura desde hace tanto tiempo la desdicha que ningún alma humana puede ya soportarla. ¡Oh Dios! Eres injusto; sí, injusto.

Sus compañeros parecían no poder calmarle sino á duras penas.

Luego se levantó de sus asientos la asamblea; se quitaron sus capas rojas, y llevando cada cual la espada bajo el brazo, fueron dos á dos al pié de un árbol, donde había preparado un azadón. Con aquella azada uno de ellos cavó en breves instantes una fosa profunda. Entonces se acercó el abuelo de *Sefchen*. No se había quitado como los otros la roja capa; sacó de debajo un envoltorio blanco y estrecho, pero más largo que una vara de Brabante, liado en una sábana; lo puso con cuidado dentro del hoyo abierto, y lo cubrió de tierra con gran premura.

La pobre *Sefchen* no pudo continuar en su escondite. Al ver ese misterioso entierro erizáronsele los cabellos, y la pobre niña sufrió tal angustia, que fué á toda prisa á encerrarse en su alcobita; se ocultó bajo la manta... y se quedó dormida.

VIII

A la mañana siguiente imaginóse *Sefchen* que salía de un sueño, mas como viera el suelo recién removido detrás del árbol, que reconoció, hubo de convencerse que todo había sido muy real. Largo tiempo estuvo ansiosa por saber qué podría estar enterrado allí: ¿un niño, ó un animal, ó un tesoro? Pero no dijo á

nadie una palabra acerca del suceso nocturno; pasaron los años y el recuerdo de él ya no le quedó tan presente.

Cinco años más tarde, cuando murió su abuelo y la hechicera de Goch fué en busca de la joven para conducirla á Dusseldorf, se atrevió á abrir su pecho á su tía. Pero ésta no pareció asustarse ni extrañarse con aquella rara historia; por el contrario, manifestó una gran alegría y dijo que lo que estaba enterrado en el hoyo no era un niño, ni un gato, ni un tesoro, sino la espada del verdugo, de la cual se había servido el abuelo para cortar la cabeza á cien pobres pecadores. Porque—añadió—es uso y costumbre entre los verdugos no emplear ya una espada, con la cual han ejercido cien veces su ministerio penal, y no guardarla tampoco; tal arma no se parece á otras, pues ha recibido con el tiempo una conciencia secreta, y á la postre necesita descansar en la tumba, lo mismo que un hombre.

También es opinión muy difundida la de que estas especies de espadas, á fuerza de matar, acaban por volverse muy crueles y con frecuencia tienen sed de sangre; á veces hacia media noche se las puede oir claramente, dentro del armario donde están colgadas, agitarse con choque estridente y furibundo; algunas hasta se vuelven bellacas y perversas, lo mismo que nosotros los hombres, y extravían al infeliz que las tiene en la mano hasta el punto de valerse de ellas para herir á sus mejores amigos. Así que, según dicho de la bruja de Goch, en su propia familia un hermano asesinó á otro hermano.

Pero al mismo tiempo la hechicera confesó que una de estas espadas de cien cadáveres podía realizar los más preciados sortilegios; y en cuanto llegó la noche apresuróse á desenterrar, al pié del árbol que le había indicado *Sefchen*, la espada allí sepultada; y la conservó, con otros instrumentos de hechicería en un cuarto de desahogo.

Un día que había salido la vieja, pedí á *Sefchen* que me mostrase aquella curiosidad. No se hizo de rogar largo tiempo; fué á la leonera antedicha, y casi al punto salió con una enorme espada, blandiéndola briosamente con su endeble brazo, mientras con rebelde sonrisa y talante amenazador cantaba:

Di si quieres dar un beso
A la espada que destella,
A la espada que el buen Dios,
Como presente, me diera.

Respondí en el mismo tono:

Yo no quiero dar un beso
A la espada que destella;
A quien quiero yo besar
Es *Sefchen la roja* bella.

Y como por temor de herirme con el acero fatal no pudo ponerse á la defensiva, fuéle preciso dejarme que abrazase con la mayor audacia sus delicadas caderas y besase sus labios altivos. Sí; á pesar de la espada que había servido para decapitar á cien pobres diablos, y á despecho de la infamia que se otorga á todo contacto con esta raza cargada de oprobio, besé á la linda hija del verdugo.

Y no sólo la besé por tierna inclinación, sino también por bravata contra la vieja sociedad y todas sus preocupaciones tenebrosas. Y en aquel instante se encendieron en mí las primeras llamaradas de esas dos pasiones, á las cuales consagré mi vida desde entonces en lo sucesivo: el amor á las mujeres hermosas y el amor á la Revolución francesa, á esa *furia francesa* de que también me sentí transportado en el combate con los lansquenetes de la Edad Media.

No quiero dar detalles más íntimos acerca de mi pasión por Josefa. Pero sí quiero confesar que aquella pasión no fué más que el preludio de la gran tragedia que iba á representarse durante un período más avanzado de mi vida. Así fué como Romeo se enamoró primero de Rosalinda, antes de ver á su Julieta.

En amor hay un purgatorio provisional, en el que previamente es preciso habituarse á ser asado, antes de caer en el verdadero infierno eternal.

¡Un infierno! ¿Puede hablarse tan mal del amor? Pues bien: si lo queréis así, puedo también compararlo con el cielo. Por desgracia no puede discernirse con exactitud el punto donde el amor comienza á parecerse más al cielo ó al infierno; así como se ignora si los ángeles que en él hallamos no serán demonios enmascarados, ó si los demonios no podrían ser á veces ángeles disfrazados.

Confesémoslo: ¡qué espantosa enfermedad es el amor! ¡Ay! el método de inoculación, según ya hemos visto, no sirve nada para preservarnos de él. Médicos muy hábiles y llenos de experiencia aconsejan mudar de aires, y piensan que el alejamiento de la encantadora puede también romper el encanto. El principio de la homeopatía, según el cual la mujer nos cura de la mujer, es acaso el mejor y más probado de todos los remedios.

Por lo menos, querido lector, has debido de advertir que la inoculación del amor que intentó mi madre en mí durante mi juventud no tuvo ningún resultado favorable. Estaba escrito que yo me vería mucho más afligido que otros mortales por esta gran enfermedad, la viruela del corazón. Y mi corazón lleva sus mal

cicatrizadas huellas en tanta abundancia, que se parece á la mascarilla en yeso de Mirabeau, ó á la fachada del palacio Mazarino, después de las gloriosas jornadas de Julio, ó también á la reputación de la mayor trágica de nuestros tiempos.

¿No hay, pues, remedio ninguno contra esta enfermedad? Recientemente un psicólogo pensaba que podría dominarse el mal si, desde el comienzo de la erupción, se emplearan algunos remedios adecuados. Esta prescripción facultativa me recuerda el viejo libro de cándida piedad, que contenía oraciones para preservarse de todos los peligros de que se ve amenazado el hombre, y entre otras, una larga plegaria de muchas páginas que debe pronunciar el tejador tan pronto como se sienta acometido por el vértigo y en inminente riesgo de caerse del tejado.

Tan insensato es el aconsejar á un hombre que tiene mal de amores que huya de su amada y busque su salvación en la soledad, en el seno de la naturaleza. ¡Ay, en ese verdeante seno sólo hallará el hastío!

El mejor contraveneno de las mujeres son las mujeres mismas; no cabe duda de que eso viene á ser lo mismo que exorcisar á Satanás con Belcebú, y en tal caso el remedio muchas veces es peor que la enfermedad. Pero siempre hay una posibilidad de acierto; y, en las circunstancias desesperadas del amor, el cambio de *inamorata* es de seguro lo más oportuno que hay. En ese caso hubiera podido mi padre decir también con razón: «Es preciso empezar otro tonelito.»

Volvamos á mi padre, á quien una buena alma de vieja devota había denunciado mis frecuentes visitas á la casa de la hechicera de Goch, y mi inclinación por *Sefchen la Roja*. Esas denuncias no dieron más resultado que suministrar á mi padre una ocasión para demostrar su urbanidad exquisita. Algún tiempo después me dijo *Sefchen* que había encontrado en paseo á un personaje muy distinguido, con la cabellera empolvada, en compañía de otra persona; ésta murmuró algunas palabras al oído del hombre empolvado, quien contempló con aire amable á *Sefchen* y al pasar junto á ella la saludó.

La supliqué me dijese con exactitud las señas personales de quien la había saludado, y descubrí que era mi caro buen padre.

No mostró la misma indulgencia cuando alguien hubo de contarle algunas chungas irreligiosas que se me habían escapado. Acusáronme de haber negado la existencia de Dios, y mi padre me endilgó sobre ese particular la arenga más larga que nunca había pronunciado hasta

entonces. Habló en estos términos:

—Querido hijo: tu madre te permite estudir filosofía con el rector Schallmeyer; es asunto de ella. Yo, por mi parte, no gusto de la filosofía, porque es pura superstición y soy negociante, y tengo necesidad de mi cabeza para mi comercio. Tú puedes ser tan filósofo como quieras; pero, te lo suplico, no digas abiertamente lo que piensas, pues me perjudicarías en mis negocios. Si supieran mis clientes que tengo un hijo que no cree en Dios; los judíos, en particular, ya no comprarían más *velveetens* en mi casa, y son gentes honradas, que pagan á tocateja y tienen derecho de amar la religión. Soy tu padre, por consiguiente más viejo que tú, y por lo mismo más experimentado: puedes creerme por mi sola palabra cuando me permito decirte que el ateismo es un gran pecado.

Enrique Heine.

ENRIQUE IBSEN

El poeta y sus obras forman un solo ser; se relacionan como la planta con la flor, como la simiente con el fruto, como la causa con el efecto. La flor no es más que la hoja, su aroma está en la savia, que recorre el tronco y las ramas. Examinando el árbol podrían deducirse las cualidades del fruto; conocido éste, no sería difícil construir el árbol. Un poema, aun el más objetivo, es siempre una manifestación subjetiva del poeta; como que el historiador cuando no refiere á sí mismo los acontecimientos, expone por lo menos su manera de ver la historia. Pero es más difícil reconstruir por un poema la personalidad de un poeta, que conocer la naturaleza por sus obras. Determinadas causas producirán siempre efectos parecidos; las fuentes de un arroyo forman necesariamente un río, que desemboca en el mar. Pero si estamos en la embocadura del río, resulta con frecuencia difícil conocer sus fuentes.

De Esquilo apenas conocemos más que sus obras; y sin embargo, vemos con nuestra imaginación al poeta, sólo que los contornos no están bien dibujados. Otra cosa sería si conociésemos su vida, su manera de ser y de pensar, aunque sólo fuese una pequeña parte de lo que con tanta abundancia nos ha dejado Goethe de su existencia. Pocas veces alcanza una nación la dicha de conocer con tantos detalles la vida y el desarrollo de su mayor poeta. La formación de la poesía es un misterio, como la relación del padre con el hijo. El poeta, como el bañista, no se desnuda delante del público; tiene el pudor del alma. Sólo ante algunos amigos se presenta como es. En el siglo XVIII, cuando todo se estudiaba, cuando sobre todo se filosofaba, se formó un sedimento profundo de memorias y de cartas, que podría compararse á una vena carbonífera inagotable. Nuestro tiempo, con su enorme actividad, con su estilo epistolar telegráfico, carece de esos fósiles inapreciables, y si los hay, no ha terminado aún el pro-

ceso geológico, la vena no está bastante cubierta de tierra para indicar la antigüedad del terreno. El que intentase aprovecharla, tropezaría con maderas frescas y verdes aún, saldría la sangre de los troncos como en el infierno de Dante.

En este caso se encuentra el que se atreve á juzgar á un poeta vivo y á penetrar en el secreto recinto de su manera de ser y de obrar. Si á esto se añade que el poeta es uno de los más originales que ha visto el mundo, que se abre paso á través de bosques vírgenes, sin preocuparse de que los que le ven y caminan á su lado por anchísimas calles le saluden riéndose de su locura, resulta la empresa tan atrevida como inútil. Pero todo enigma necesita su solución. No importa que pasemos con aparente indiferencia por su lado; el misterio nos atrae siempre á su camino. La esfinge no caerá de la enhiesta peña hasta que se encuentre la mágica palabra de su encantamiento. Ibsen no es sólo un enigma que desaparece cuando se encuentra la solución. La pregunta es esta: ¿Cómo abrimos la puerta para entrar en el edificio donde el poeta guarda su más preciado tesoro, un corazón humano, lleno de nobleza y de pasión? Si se abriese la puerta, todo su contenido aparecería claro ante nuestros ojos.

Todas las poesías que he escrito—así dijo una vez al editor de este libro (1)—se relacionan íntimamente conmigo, con lo que ha pasado en mí, aunque no lo haya pasado yo. Todas mis poesías han tenido por objeto limpiar y purificar mi conciencia, porque nadie vive en la sociedad completamente irresponsable.

Noticias externas del poeta tenemos pocas. Lo mejor nos lo cuenta él mismo en la segunda edición de *Catilina* (1875); otros datos los debemos á algunos de sus amigos.

Enrique Ibsen nació en Skien el 20 de Marzo de 1828. Skien es una ciudad pequeña, pero de población animada y activa, situada en la parte meridional del Telemark. Está bastante lejos del mar y completamente rodeada de lagunas. El río que baña la población sirve para transportar la madera, que en gran cantidad se corta de los bosques vecinos. Innumerables barcos exportan esas maderas, y las conducen al Oeste y al Mediodía de Europa. Los vapores hacen escala en Skien y siguen después río arriba hasta el interior de Noruega.

Como ocurre con tanta frecuencia en este país, se confunden en Skien el olor salitroso del mar del Norte con el suave aroma de los bosques. Pero más fuerte que ambos es el olor de la madera aserrada, que en todas partes se ve, formando inmensas pirámides, y que constituye la riqueza de los habitantes. Estas circunstancias arrojan alguna luz sobre las poesías de Ibsen, y sobre las costumbres de la sociedad de Skien. Como en todas las ciudades pequeñas, se compone de una aristocracia de dinero y de una socie-

(1) Se refiere al editor alemán.

dad plebeya. Todos los dramas sociales de Ibsen se desarrollan en pequeñas ciudades de Noruega. No debe, sin embargo, formarse una idea falsa de estas ciudades. Viven en ellas grandes capitalistas que atraviesan el mar con sus propios barcos, y mantienen relaciones comerciales con ambos hemisferios. La política que se cultiva en estas localidades se sale por completo de los intereses de campanario.

Todavía enseñan en Skien una casa modesta de madera, en la que nació el poeta. Su padre se llamaba Knud Ibsen. Su madre, María Cornelia Altenburg, y desciende indudablemente de alemanes, que siempre han inmigrado mucho en Noruega. «En estas ciudades, dice el poeta en sus *Fundamentos de la sociedad,* sólo las familias inmigradas tienen talento social.»

No conocemos nada de la primera juventud de Ibsen, no sabemos quiénes fueron sus maestros de latín, ni los que le educaron hasta que tuvo diez y seis años. En ninguno de sus dramas nos ha dejado datos para hacer luz sobre la historia de su juventud.

Sus relaciones, después de esta edad, fueron de diversa naturaleza; su familia ocupaba un lugar medio entre la aristocracia y la clase plebeya de la ciudad. A los diez y seis años fué á Grimstad á estudiar farmacia, y allí pasó cuatro ó cinco años, en los cuales se preparó para el llamado *examen artium,* que tenía que pasar en la Universidad. Se proponía estudiar después la medicina. Tenemos un testimonio vivo de los últimos tiempos de su estancia en Grimstad, donde compuso su primer drama *Catilina.*

«Corrían tiempos de grande excitación, dice en el prólogo de la segunda edición de este drama; la revolución de Febrero, los acontecimientos de Hungría, y por otro lado la guerra en el Schleswig, todo esto influyó notablemente en mi obra, que después modifiqué, dejándola incompleta. Hice versos de fuego á los magiares, inspirándoles interés por la libertad y por los derechos del hombre; los animaba á combatir contra los tiranos; escribí una colección de sonetos al rey Oscar, que si mal no recuerdo, le invitaban á olvidar antiguos rencores, y á ponerse al frente de su ejército para acudir en ayuda de sus hermanos. Como mis deseos no se realizaron ni en Hungría ni en Dinamarca, siento un consuelo relativo al pensar que mis escritos quedaron en parte inéditos. Dos efectos diferentes produjeron estos trabajos; unos me felicitaron por lo que había en ellos de ingenio y por la sátira que rebosaba en algunos escritos; otros me decían que era un atrevimiento nunca visto en un joven como yo el juzgar hechos que las personas de mayor experiencia no se deciden á analizar. Mucho se habían desarrollado en mí las virtudes cívicas; yo atacaba con epigramas y caricaturas á varias personas que merecían otro comportamiento por mi parte, y cuya amistad apreciaba en mucho. Yo estaba hasta cierto punto en pié de guerra frente á la sociedad que frecuentaba, y

que me envolvía con sus pequeñeces y nimiedades.»

En estas circunstancias y mientras se preparaba el poeta, con la lectura de Salustio y de Cicerón, para los exámenes, concibió la tragedia *Catilina* y la escribió en las horas que le quedaban libres de noche. Del tiempo que necesitaba para sus estudios, robó todos los instantes que pudo para la poesía.

Dos amigos estaban en el secreto de su composición, cosa que hubiera parecido más extraña á los habitantes de Grimstad, que les parecieron sus poesías y epigramas liberales. Uno de ellos puso en limpio el drama; el otro, Ole C. Schulerud, se fué con el manuscrito á Cristianía, para ofrecérselo al teatro de aquella capital. Este viaje no dió resultado, ni otro que emprendió por Europa y Oriente. Entonces decidieron editar por su propia cuenta el drama *Catilina*. Apareció bajo el pseudónimo *Brynjolf Bjarme*. La crítica, aunque halló en la obra algunos vestigios de genio, la calificó de ruda y estravagante, y aconsejó al poeta que leyése la célebre parodia trágica de Wessel, *Amor sin medias*. Sólo el profesor Monrad escribió un largo artículo elogiando el drama.

El libro apareció á principios de 1850. En Marzo fué Ibsen á Cristianía para prepararse á su examen. Su amigo Bjornstjerne Bjornson se examinó con él y con él entró en la Universidad.

También se dedicaba, como Ibsen, á la poesía, y en aquella época publicó y representó en el teatro su drama *Tumba de gigante*. Pasaron juntos los dos poetas una vida de muchos trabajos. Salían á menudo antes del medio día con el objeto de comer juntos; pero el festín no lo verificaban hasta la vuelta, y consistía en café con pan seco. Estos apuros de dinero fueron brevemente interrumpidos por la venta en un tanto alzado de los ejemplares que les quedaron de *Catilina*.

Poco después publicaron una hoja semanal, que apareció en Enero de 1851 y murió en Octubre del mismo año. Ibsen aprovechó esta ocasión para publicar varias poesías, entre otras una epopeya, *Helge Hundingsbane*, y un poema satírico político, *Norma ó el amor de un político*.

Por este tiempo le llamó Ole Bull, que acababa de fundar en Bergen el llamado teatro noruego.

El pueblo noruego es, sin duda, uno de los más originales de Europa. Dotado con más fuerza por la naturaleza que los demás pueblos germánicos, poseyendo un espíritu más enérgico, pero también un exceso de fantasía, no se mueve en la historia de un modo regular y tranquilo, sino haciendo siempre saltos enormes, seguidos después de un descanso prolongado. En la época á que nos referimos, inquieta y mueve con su política la mitad de Europa, funda reinos y protege al imperio mayor que se conocía entonces, al de Bizancio. A esta fiebre siguió un período de sueño profundo en la política y de sumisión á la influencia danesa. A esa *noche de cuatro siglos*, como dice Ibsen, puso fin en 1814 el triunfo

de las ideas liberales de Europa. Pero el cambio radical no se verificó hasta 1848, en que dejaron de dominar en Noruega la lengua y la literatura danesas. En esta época empezaron á pensar en sí mismos los noruegos. La palabra *noruego* empezó á significar algo opuesto á *danés*. El teatro estaba completamente en poder de los daneses. En Bergen y en Cristianía se crearon teatros noruegos, teniendo cuidado los autores que para ellos escribían de diferenciar bien su lengua del danés, cosa que no era tan fácil, porque las dos lenguas apenas se distinguen la una de la otra. Se proyectó sustituir con una lengua nueva el danés, y más tarde se han hecho ensayos de convertir el noruego de la gente del pueblo en lengua culta y capaz de servir para una literatura.

De todos los que intentaron realizar este trabajo ninguno obtuvo un resultado tan brillante como Ole Bull, que murió en el verano de 1880. Con tal afán luchó para esta empresa, tales obstáculos venció, que mereció de sus compatriotas el sobrenombre de *Voluntad de hierro*, y que todos le han considerado como la más perfecta personificación del pueblo noruego. El fundó el teatro en Bergen sin disponer apenas de medios; compuso overturas y canciones, y para formar una orquesta tuvo que enseñar música á varios individuos. Los actores no sabían hablar noruego, y tuvieron que aprender y ejercitar esa lengua. Tuvo que vencer la resistencia del público y la oposición de la policía; del modestísimo teatro de madera de la plaza de Engen tenía que salir el teatro noruego. Perdió mucho dinero en esta empresa, y su teatro, donde podía entrar el público *sin temor de perder la salud*, se abrió el 2 de Enero de 1850, para cerrarse en la primavera del mismo año.

Para este teatro llamó Ole Bull á Henrique Ibsen, desconocido entonces, y al propio tiempo entró B. Bjornson con el mismo objeto en el teatro de Cristianía. Pero Ibsen, con el fin de prepararse para desempeñar este nuevo puesto, hizo un viaje á Copenhague, donde conoció á Heiberg y á Hertz, el poeta de *La Hija del rey René*, y fué después á Dresde, donde le relacionó con el mundo literario su compatriota el profesor Dahl.

Los trabajos de Ibsen para el teatro de Bergen comprenden la época que media entre el 1852 y el 1857. Ole Bull se había retirado ya del teatro y había emprendido su segundo viaje á América, para fundar una colonia en que gastó todo su capital.

Sólo sabemos de los escritos de Ibsen en Bergen, que todos los años se estrenaba, el 2 de Enero, un drama suyo. En 1853 dió una comedia de magia, llamada Noche de San Juan; en 1854, un arreglo de la mencionada *Tumba de gigante;* en 1855, *Inger de Ostrot;* en 1856, *La fiesta de Solhaug;* en 1857, *Olaf Liljekrans*.

No debe juzgársele por estas composiciones, que escribió cuando aún no se había desarrollado su genio. El 18 de Junio de 1858 se casó con Susana

Thoresen, hija del pastor de la iglesia de Bergen. La segunda mujer de su suegro es la célebre escritora Magdalena Thoresen.

Los recién casados se fueron á establecer á Cristianía, donde Ibsen había sido nombrado director artístico del teatro noruego.

Sobre su vida en la capital noruega nos ha procurado Dietrichsons, catedrático de Historia en aquella Universidad, algunos detalles. Dietrichsons empieza su relato suponiendo que, en el camino que conduce de Bergen á Cristianía, encuentra dos poetas. El que viene del lado de Poniente es Ibsen, el otro es el autor del *Synnove Solbakken*. Los dos están representando sus obras en Bergen y en Cristianía.

Desde esta época empieza entre los dos poetas una especie de competencia, cuya brillantez y elevación no ha tenido igual en ningún otro pueblo. Todo lo que había escrito Ibsen hasta entonces, exceptuando sólo el drama *Catilina*, pertenecía á la literatura común noruego-danesa. Lo mismo ocurría con las poesías de Wergland y de Welhaven, que no se diferenciaban mucho de la literatura europea. Las grandes baladas de Welhaven hubieran podido estar escritas por el poeta danés Ohlenschlager, cuya vigorosa inspiración no llegaron aquéllas á igualar. El *Synnove Solbakken* dió á la poesía noruega un carácter que la diferenció por completo de la danesa, hasta el punto de que los mismos literatos de Copenhague afirmaron que con él empezaba la literatura noruega.

La *Synnove Solbakken* pertenece á la poesía puramente artística; su espíritu es completamente nacional. Este tono patriótico es el alma de toda poesía. Cuando falta aún en la poesía más perfecta, produce en nosotros la misma indiferencia que una oda escrita por un poeta lírico, y que no ha sido inspirada por él mismo. Homero es griego antes que nada; Sakespeare, inglés. Corneille y Racine no podrían ocupar el puesto que se les asigna si no hablase en ellos el alma del pueblo francés. Sólo sentimos lo que llevamos dentro de nosotros mismos. Sólo suena el cristal, y aun se rompe á veces, cuando se produce el tono que le es simpático. Lo propio ocurre con una nación entera. El alma de un pueblo ha de sonar en armonía con una literatura. Hay en Noruega un instrumento de música muy original, llamado hardanvioline, que apenas se diferencia del violín que conocemos. Tiene cuatro cuerdas y su sonido es el mismo que el del violín común. Pero debajo de esas cuerdas, y paralelas á ellas, hay otras más tenues, de acero, ocho ó doce, parecidas á las de una cítara. Cuando se hacen sonar las de arriba con el arco del violín, suenan también las de abajo y llenan el sonido con una armonía especial, que se sigue oyendo después de haber cesado el tono principal, algo parecido de lo que ocurre con el címbalo húngaro. Del mismo modo corresponde el alma de un pueblo con su literatura.

En mi libro *Tres veranos en Noruega* he dicho varias veces en qué consiste la característica del pueblo noruego. Los rasgos principales de su espíritu nacional pueden calificarse con las tres siguientes cualidades: fuerza, valor y silencio; es un pueblo callado y activo.

Bjornson consiguió llenar por completo este triple ideal. Puede decirse que los noruegos oyeron en él por vez primera el timbre de su propia voz. Poco después, y con el mismo éxito, publicó el mencionado poeta sus novelas *Arne*, un campesino, joven y alegre, y *El recién casado*, cuya historia, interesante y delicada, introdujo en Noruega una literatura totalmente desconocida. Pero Bjornson tiene una naturaleza demasiado lírica, y los noruegos que pinta en sus novelas toman un colorido muy subjetivo. Parece que sus composiciones siguen una evolución constante, que las lleva del dogmatismo de la Iglesia á la más completa libertad del pensamiento, y en política á la democracia.

Ibsen se había propuesto, al escribir sus dramas en Bergen, influir de un modo saludable en el teatro noruego, pero no se atrevió aún á emprender nuevos derroteros. Todos estos dramas, exceptuando *La señora Inger de Ostrot*, los abandonó por completo. No buscó tema para sus inspiraciones en la sociedad burguesa, que no conocía bastante, sino que cultivó mucho la poesía popular. En esto le había adelantado Ohlenschlager, y quizá también Henrik Hertz, que en su drama *La Casa de Svend Dyring*, cambió con acierto y con éxito el tema de *El gato de Heilbronn*. Los críticos daneses defendieron que Ibsen imitase á su antecesor danés. Vasenius afirma, sin embargo, que no igualan con mucho las obras de Hertz á las de Ibsen, ni en grandeza de concepto, ni en belleza poética. La imitación existe á pesar de esto. Ibsen fué impelido por su antecesor á escribir su drama, y este impulso da á su obra el carácter de imitación. Pocos son los que empiezan con una obra completa y del todo original; estos genios se parecen á los árboles que emplean toda su fuerza en la primera floración. Lo que más contribuyó á formar á nuestro poeta, fueron los trabajos que hizo en Bergen, donde aprendió todo lo que puede llamarse la parte técnica del arte.

Sólo le faltaba publicar su *Synnove*, para dar principio á su verdadera historia artística, preparada por todas sus obras anteriores.

Los guerreros de Helgeland apareció en 1858, y la crítica lo juzgó de muy diversa manera. El teatro de Cristianía se negó á representarlo.

En este drama maneja el poeta de tal modo su argumento sobrenatural, que el lector acaba por comprender la estructura de esos espíritus gigantescos. Es un tema parecido al de *Medea*, y que ha sido tratado por todos los pueblos y por todas las literaturas. La *Halte Hulda* y la *Leonarda* de Bjornsons, sólo son variaciones de este motivo eterno.

Los Pretendientes á la corona, que

apareció en 1864, fué también escrito por Ibsen en la época en que trabajaba para el teatro de Bergen, y según afirma Dietrichson, lo escribió en seis semanas. Tampoco tuvo éxito.

Mientras escribía estos dramas con el objeto inmediato de representarlos, como lo consiguió con algunos en el teatro de Bergen, apareció de pronto el juguete cómico *La Comedia del amor;* digo de pronto, porque ninguno de sus amigos se esperaba una obra de esta naturaleza, y porque en ella se marcó por primera vez el verdadero espíritu del poeta, que en adelante apareció en todos sus dramas, que cambiaban su estructura y su forma, pero nunca su carácter.

El poeta dice en el prólogo de la segunda edición (1867): «He cometido la falta de publicar este libro en Noruega. El tiempo y el lugar han sido mal elegidos por mí. Ha excitado mi drama una tempestad de indignación, más general y más extendida que la que haya podido producir ningún otro libro publicado en nuestro país. Este efecto no me sorprendió nada. El sano realismo nos lleva á contemplar en lo existente lo autorizado, en la solución del tema la idea. Esta manera de ver nos procura interiormente un inmenso bienestar, pero no presta gran claridad al concepto. Como yo trato en mi comedia de amor y de honra, es muy natural que el público proteste en el nombre de la honra y del amor. La educación y las facultades necesarias al crítico para llenar su cometido, la mayoría de nuestro público sólo las posee de un modo incompleto. Yo no estoy en el caso de escribir en este prólogo un tratado de crítica.»

El poeta empleó tres años en escribir *La Comedia del amor.* Después de haberla terminado en prosa, la rehizo en verso.

Además de la desgraciada acogida que tuvo este drama, se reunieron algunas otras circunstancias, que probaron la paciencia y la resignación de nuestro poeta. El Parlamento y el Gobierno se opusieron á que se le señalase una pensión. Pudo concedérsele, sin embargo, una pequeña ayuda durante dos años, para que hiciese una colección de canciones populares y de leyendas.

Un acontecimiento decisivo de su vida, fué el resultado del concurso que se verificó en el teatro noruego en 1862. En él ganó Ibsen una plaza de dramaturgo del teatro de Cristanía. La parte triste de este triunfo era que la plaza no tenía sueldo.

Algunos de sus amigos pensaron en procurarle un destino en aduanas ó en otra dependencia cualquiera del Estado, pero él se opuso, con razón, á recibir como una gracia un sueldo miserable que no estaba en relación con su propio valer.

Sufrió resignado la precaria situación, por que atravesaba y sin más recursos que los que él mismo podía procurarse, terminó *Los Pretendientes á la corona.*

A fines del año 1863 obtuvo una pensión del Estado para emprender un viaje, unas tres mil cuatrocientas pe-

setas, que unidas á algún dinero que le dieron unos amigos, le sirvieron de ayuda y le permitieron ocuparse con más libertad de sus trabajos. En la primavera de 1864 salió de Cristianía y abandonó su patria. Hizo un viaje á Italia, y como el poeta Gœthe, echó raíces en aquel suelo privilegiado del arte y de la poesía. *El Diario popular noruego* dió muchos detalles de su estancia en Italia.

Contaba la simpática alegría que le animaba á su entrada en Roma, las ilusiones de su espíritu emprendedor, y la seguridad que tenían todos los que conocían su talento de que algo grande había de resultar como fruto de su espíritu fecundo. Así fué, pues sus dos obras mejores, *Fuego* y *Peer Gynt*, publicadas en 1866 y en 1867, las escribió en Roma, como Gœthe, que necesitó del cielo de Italia para terminar su *Ifigenia* y su *Tasso*. Ibsen respiraba una atmósfera nueva, que le hizo también emprender nuevos derroteros. No consiguió nuestro poeta, como Gœthe, remontarse de las pequeñeces más triviales á la belleza más sublime, ni contemplar á través de la espesa niebla de la humanidad doliente el eterno sol de la verdad infinita. No vió nunca el veneno que, al morderle como traidora serpiente, le infiltró el pueblo de su propia patria. Pero Ibsen aprendió en Roma cuál era la verdadera misión del poeta: consiste ésta en reproducir con originalidad las pasiones y los sentimientos de los hombres, ajustándose á lo que nos dice la ciencia y la experimentación, y libres de toda tendencia ideal, presentando de este modo á los lectores una especie de espejo fiel de la vida de su tiempo. Brandes ha comprendido esto último en las siguientes palabras: *at skamme Tiden ud*, avergonzar al tiempo; pero esto no pasa de ser una especialidad suya, ó un género de literatura, pero de ningún modo constituye la verdadera poesía. Casi nunca presenta Ibsen esta tendencia de Brandes. Quizá no la manifiesta más que en la comedia *Los Pretendientes á la corona*.

En Roma encontró Ibsen paz y tranquilidad para el trabajo. Sus relaciones eran aún muy escasas, «pero había roto las cadenas», como él mismo decía, que le ligaban á su patria; respiraba esa atmósfera de hermosura, de recuerdos y de grandeza. En Roma se encuentra el que se busca, entra en sí el que divaga. Ibsen se sintió rejuvenecer en Roma, donde estaba con su familia, y rodeado siempre de artistas y de amigos. Allí se estableció definitivamente, y algunas veces recordaba con amargura su decisión de no volver jamás á su patria. Sólo abandonaba la ciudad en los veranos, para irse á un pueblo de los Apeninos ó de la costa. Trabajaba desde la mañana hasta la tarde, y el resto del día lo pasaba con sus amigos. Pocas veces hablaba de sus trabajos. No le gustaba, y esto ocurre á todos los grandes poetas, enterar á los demás de los argumentos de sus composiciones.

En Roma comenzó su drama histórico *Emperador y Galileo*, que no se publicó, sin embargo, hasta 1873.

Ibsen pasó bastantes años en Roma. Su pensión para viajar se convirtió en pensión definitiva, á pesar de la oposición que le hizo el ministro Ridder-vold, que no podía perdonar al poeta su *Comedia del amor*. Pero el éxito de sus obras era tal, sobre todo del drama *Fuego*, del cual se hicieron cuatro ediciones en un año, y por otra parte su rival Bjornson apoyó con tanto ahinco al poeta, que no podía menos el Gobierno que reconocer en Ibsen una gloria nacional.

Algunos años después dejó nuestro poeta su residencia de Roma para trasladarse á Munich, después á Dresde y más tarde otra vez á Munich. Hoy vive en Roma. Asistió á la apertura del canal de Suez, y en Diciembre de 1870 publicó sus impresiones de Egipto en su «carta desde un globo», que escribió á una amiga suya de Suecia. Strodtmann ha tratado de hacer un estudio del poeta en su *Vida intelectual de Dinamarca*, pero no consiguió presentarlo al público alemán en toda la grandeza de su genio. Mejor resultado conseguirá el que profundice el ideal de Ibsen, el que comprenda que en sus dramas combatió siempre lo convencional, lo ilógico, el engrandecimiento sobrenatural del individuo y el lirismo exagerado. Hay quien supone en el poeta cierta enemistad hacia Alemania, y hacia la unidad del Imperio. Nada más falso que esto. Como noruego, está naturalmente de parte de sus hermanos de raza, los daneses, y lo mismo que Alemania odia á los rusos cuando piensa en el peligro de su opresión, así él no perdona á los alemanes Alsen y Duppel. Esos sentimientos son elementales en la naturaleza, como el amor y el odio. El mismo poeta que se queja porque «Bismarck no comprende el afán á lo bello de nuestros tiempos», le enaltece, así como á Cavour, «porque ha escrito la ley de nuestro tiempo».

De muy distinta manera trata el poeta á su propia patria, y sin embargo, la adora con todas las fuerzas de su alma.

Siempre dirige su mirada furibunda á Noruega. Causa asombro que sostenga constantemente relaciones con su patria, no sólo ocupándose de los debates del Storthing, sino escribiendo en los periódicos noruegos. El poeta respiraba el aire del mar del Norte, y se sentía iluminado por los rayos del sol de media noche cuando trabajaba en Roma á la luz de la lámpara.

Pero este es precisamente el secreto de un temperamento de poeta, tener la cabeza en el cielo y los piés en la tierra; como la palmera de dátiles, que busca con sus raíces el agua en las profundidades del subsuelo, mientras mece su gallarda copa en las alturas.

L. Passarge.

CASA DE MUÑECAS

DRAMA EN TRES ACTOS

PERSONAJES

HELMER, abogado.
NORA, su mujer.
EL DOCTOR RANK.
CRISTINA, amiga de Nora.
KROGSTAD, abogado.
Los tres hijos de Helmer.
ANA MARÍA, aya de los hijos de Helmer.
ELENA, doncella de los Helmer.

La acción pasa en casa de los Helmer.

ACTO PRIMERO

Una habitación amueblada con gusto y comodidad, pero sin lujo. En el fondo, á la derecha, la puerta de la antecámara. En el fondo, á la izquierda, la del despacho de Helmer. Entre estas dos puertas un piano. En el lado izquierdo de la escena una puerta y más acá una ventana. Cerca de la ventana un velador, un sillón y un divancito. En el lado derecho de la escena, algo hacia el fondo, una puerta, y en primer término una chimenea, delante de la cual se ven algunas butacas y una mecedora. Entre la chimenea y la puerta una mesita. En las paredes grabados. Una étagère *con porcelanas y otros objetos de arte. Un armarito lleno de libros lujosamente encuadernados. El suelo alfombrado. La chimenea está encendida. Día de invierno.*

(Se oye un campanillazo en la antecámara; un rato después se abre la puerta. Entra Nora *tarareando alegremente. Se presenta con sombrero y abrigo, y con varios paquetes que suelta en la mesa de la derecha. Deja abierta la puerta de la antecámara, donde se ve un mozo que lleva un árbol de Navidad y una cesta. Lo entrega todo á la doncella que ha abierto.)*

NORA.—Esconde bien el árbol de Navidad, Elena. Es menester que no lo vean los niños hasta esta noche, cuando esté arreglado. (*Al mozo, sacando el portamonedas.*) ¿Cuánto?

EL MOZO.—Cincuenta céntimos.

NORA.—Ahí va una corona. Lo que sobra para V.

(*El mozo saluda y vase. Nora cierra la puerta. Continúa sonriendo alegremente mientras se quita el sombrero y el abrigo.)*

NORA. (*Saca del bolsillo un cucurucho de almendras y come dos ó tres; luego va de puntillas á la puerta del despacho de su marido, y escucha.*)—¡Ah! está en el despacho.

HELMER. (*Desde dentro.*)—¿Es la alondra que gorjea?

NORA.—¡Sí!

HELMER.—¿Es la ardilla que bulle?

NORA.—¡Sí!

HELMER.—¿Cuándo ha venido la ardilla?

NORA.—Ahora mismo. (*Guarda el cucurucho de confites en el bolsillo y se limpia la boca.*) Ven aquí, Torvaldo; mira lo que te he traído.

HELMER.—No me interrumpas. (*Poco después abre la puerta; aparece con la pluma en la mano, y dirige una ojeada á la habitación.*)—¿Traído, dices? ¿Todo eso? ¿Otra vez ha encontrado la niñita manera de gastar un montón de dinero?

NORA.—¡No que no, Torvaldo! Este año bien podemos hacer algunos gastos más. Es la primera Navidad en que no tenemos que andar con escaseces.

HELMER.—Sí... pero no debemos ser pródigos.

NORA.—Un poco, Torvaldo, un poquitín, ¿no? Ahora que vas á cobrar un sueldo crecido, y que ganarás mucho, mucho dinero...

HELMER.—Sí, á partir de año nuevo; aún pasará un trimestre antes de percibir nada.

NORA.—¿Y eso qué le hace? Mientras, se pide prestado.

HELMER.—¡Nora! (*Se acerca á ella y le tira de una oreja en broma.*) Siempre esa ligereza. Suponte que yo pido prestadas hoy mil coronas, que tú las gastas durante las pascuas de Navidad, que la víspera de año nuevo me cae una teja en la cabeza, y que...

NORA. (*Tapándole la boca con la mano.*) —Cállate, y no digas esas cosas.

HELMER.—Pero figúrate que sucediese. ¿Y entonces?

NORA.—Si sucediese tal cosa... pues lo mismo me daba tener deudas que no tenerlas.

HELMER.—¿Y las personas que me hubiesen prestado el dinero?

NORA.—¿Esas personas? ¿Quién piensa en ellas? Son extraños.

HELMER.—Nora, Nora, eres una verdadera mujer. En serio, Nora, ya sabes mis ideas sobre este punto. Nada de deudas; nada de préstamos. En toda casa dependiente de deudas y de préstamos se introduce una especie de esclavitud, cierta cosa de mal cariz que previene. Hasta aquí los dos nos hemos hecho firmes, y seguiremos haciendo otro tanto durante el poco tiempo de prueba que nos queda.

NORA. (*Acercándose á la chimenea.*)—Bien, como tú quieras, Torvaldo.

HELMER. (*Siguiéndola.*)—Vamos, vamos, la alondra no ha de andar alicaída. ¿Qué? ¿Ahora salimos con que la ardilla tuerce el gesto? (*Abre su portamonedas.*) Nora, ¿qué dirás que tengo aquí?

NORA. (*Volviéndose con viveza.*)—Dinero.

HELMER.—Mira. (*Le da algunos billetes.*) ¡Dios mío! ¿Sabré yo si hay muchos gastos en una casa cuando se acerca Navidad?

NORA. (*Contando.*)—Diez, veinte, treinta, cuarenta. Gracias, Torvaldo. Con esto ya tengo yo para una buena tirada.

HELMER.—No habrá más remedio.

NORA.—Se hará así, descuida. Pero

ven aquí. Voy á enseñarte todo lo que he comprado, y ¡tan barato! Mira: un traje nuevo para Ivar y un sable; un caballo con una trompeta para Bob, y una muñeca con una cama para Ema —de lo más ordinario, porque en seguida lo rompe.—Y aquí delantales y telas para las muchachas. La buena Ana María merecía mucho más que esto.

HELMER.—Y en ese paquete, ¿qué hay?

NORA. *(Profiriendo un ligero grito.)*—No, Torvaldo, eso no lo has de ver hasta esta noche.

HELMER.—Bien, bien. Pero, dime, manirrotita, ¿qué te gustaría á ti?

NORA.—¡Bah! ¿Me cuido yo para nada de mí?

HELMER.—Lo creeré, si te empeñas. Vamos, dime algo que te tiente, una cosa puesta en razón.

NORA.—Si de veras no sé. Y eso que... oye, Torvaldo...

HELMER.—Veamos.

NORA. *(Jugueteando con los botones de la americana de su marido, sin mirarlo.)* —Si estás decidido á darme algo, podrías... podrías...

HELMER.—Vamos, acaba.

NORA. *(De un tirón.)*—Podrías darme dinero, Torvaldo. ¡Oh! poca cosa, de lo que puedas disponer; con eso me compraría yo algo cualquiera de estos días.

HELMER.—Pero, Nora...

NORA.—¡Vaya, que sí! Lo vas á hacer, Torvaldito. Te lo ruego. Colgaré el dinero del árbol envuelto en un papel dorado muy bonito. ¿No hará buena facha?

HELMER.—¿Cómo se llama el pájaro que está despilfarrando siempre?

NORA.—Sí, sí, el estornino, ya lo sé. Pero haz lo que te digo, Torvaldo; así tendré tiempo para pensar en alguna cosa útil. ¿No es lo más razonable, di?

HELMER. *(Sonriendo.)*—Si supieses emplear el dinero que te doy y comprar realmente alguna cosa, sí; pero desaparece en la casa, se evapora en mil pequeñeces, y luego tengo yo que volver á aflojar la bolsa.

NORA.—Qué cosas tienes, Torvaldo...

HELMER.—Es la pura verdad, Norita mía. *(La coge de la cintura.)* El estornino es muy mono, pero necesita tanto dinero... ¡Es increíble lo que le cuesta á un hombre poseer un estornino!

NORA.—¡Anda! ¿Cómo puedes decir eso? Yo ahorro todo lo que puedo, como ésta es luz.

HELMER.—¡Oh! eso no tiene vuelta de hoja. Todo lo que puedes, sólo que no puedes nada.

NORA. *(Tarareando y sonriendo alegremente.)*—¡Si supieses tú cuántos gastos tenemos las alondras y ardillas!

HELMER.—Eres una criatura original. Enteramente como tu padre. Posees mil recursos para hacerte con dinero, pero, así que lo tienes, se te escurre de las manos y no sabes nunca á dónde va á parar. En fin, hay que tomarte como eres. Sí, Nora, esas cosas son á todas luces hereditarias.

NORA.—Bien quisiera yo haber heredado muchas cualidades de papá.

HELMER.—Y yo te quiero en el alma

tal y como eres, querida alondra. Pero oye: te encuentro hoy no sé cómo..., así con una cara un poco sospechosa.

NORA.—¿Yo?

HELMER.—Sí, tú. Mírame bien á los ojos. *(Nora lo mira.)* ¿Habrá hecho la golosuela alguna escapatoria por la ciudad?

NORA.—No. ¿Por qué dices eso?

HELMER.—¿De veras no ha metido la nariz de golosuela en la confitería?

NORA.—No, te lo aseguro, Torvaldo.

HELMER.—¿No ha olido siquiera los dulces?

NORA.—Ni remotamente.

HELMER.—¿No ha mascullado una ó dos almendras?

NORA.—Que no, Torvaldo, te digo que no.

HELMER.—Bien, mujer, bien; si es en broma.

NORA. *(Acercándose á la mesa de la derecha.)*—Ni por soñación podría ocurrírseme hacer una cosa que te desagrade. Puedes estar bien seguro.

HELMER.—No, si lo sé. ¿No me has dado palabra?... *(Aproximándose á Nora.)* Vamos, guárdate para ti tus misterios de Navidad, que ya se descubrirán esta noche cuando se encienda el árbol.

NORA.—¿Has pensado en convidar á comer al doctor Rank?

HELMER.—No, ni hace falta; se da por supuesto. Sobre que, además, lo convidaré dentro de poco, cuando venga. He encargado buen vino. Nora, no puedes tú figurarte qué celebridad es para mí la de esta noche.

NORA.—Para mí también. ¡Y qué alegría la que van á tener los niños, Torvaldo!

HELMER.—¡Ah! Es una bendición pensar que ha llegado uno á una situación estable, asegurada, que dispone con holgura de cuanto necesita. ¿No es verdad? Es una dicha inmensa pensarlo.

NORA.—¡Oh! Es maravilloso.

HELMER.—¿Te acuerdas de la última Navidad? Tres semanas antes te encerrabas tú todas las noches hasta más de las doce á fin de hacer flores para el árbol de Navidad y de prepararnos otras mil sorpresas... ¡Uf! Es la época más aburrida de que me acuerdo.

NORA.—Pues yo no me aburría nada.

HELMER. *(Sonriendo.)*—Pero el resultado fué bastante deplorable, Nora.

NORA.—¡Bueno! ¿Todavía vas á hacerme rabiar con eso? ¿Tengo yo la culpa de que entrase el gato y lo hiciese trizas todo?

HELMER.—Claro que no, Norita: ¿cómo había de ser culpa tuya? Tú tenías los mejores deseos de que nos divirtiésemos todos, y eso es lo esencial. Pero bueno es que hayan pasado aquellos malos tiempos.

NORA.—Sí, yo apenas me he convencido aún.

HELMER.—Ahora ya no me aburriré encerrado á solas, ni tú tendrás que atormentar tus queridos ojos y tus lindas manitas.

NORA. *(Batiendo palmas.)*—No, ¿verdad que no, Torvaldo? ¡Qué gusto, Dios mío! *(Se coge del brazo de su marido.)* Ahora voy á contarte cómo he

pensado que nos arreglemos, después de pasar las Navidades... *(Se oye llamar.)* Llaman. *(Arregla las butacas.)* Vendrá alguien. Qué fastidio.

HELMER.—Si es una visita, acuérdate de que no estoy para nadie.

LA DONCELLA. *(Desde la puerta de entrada.)*—Señorita, pregunta por V. una señora...

NORA.—Que pase.

LA DONCELLA. *(A Helmer.)*—Ha venido al mismo tiempo el señor Doctor.

HELMER.—¿Ha pasado á mi despacho?

LA DONCELLA.—Sí, señor.

(Helmer entra en su despacho. La doncella hace pasar á Cristina que aparece en traje de viaje, y después cierra la puerta.)

CRISTINA. *(Tímidamente, con alguna perplejidad.)*—Buenos días, Nora.

NORA. *(Indecisa.)*—Buenos días...

CRISTINA.—¿No me conoces?...

NORA.—En efecto... no sé... ¡ah! sí, me parece... *(Lanzando una exclamación.)* ¡Cristina! ¿Eres tú?

CRISTINA.—Sí, la misma.

NORA.—¡Cristina! ¡Y yo que no te conocía! Pero ¿quién había de...? *(Más bajo.)* ¡Cómo has cambiado!

CRISTINA.—Es verdad. Desde hace nueve... diez años cumplidos...

NORA.—¿De veras hace tanto tiempo que no nos hemos visto? Sí..., sí, eso es. ¡Oh! Estos ocho últimos años ¡qué época tan feliz! ¡Si supieses!... ¿Con que te tenemos aquí? Has hecho este viaje tan largo en pleno invierno. Es una valentía.

CRISTINA.—He llegado en el vapor esta mañana.

NORA.—Para pasar las Pascuas, naturalmente. ¡Qué alegría! ¡Bien nos vamos á divertir! Pero quítate el abrigo. No tendrás frío, ¿eh? *(La ayuda.)* ¡Ajajá! Ahora nos sentaremos á la chimenea cómodamente. No, ponte en esa butaca; yo cojo la mecedora; es mi sitio. *(La coge las manos.)* Pues, señor, ya te veo con tu antigua cara... fué al pronto nada más. Sin embargo, estás un poco más pálida, Cristina... y algo más delgada también.

CRISTINA.—Y he envejecido mucho, mucho, Nora.

NORA.—Sí, un poquito, un poquitín quizá... pero no mucho. *(Se detiene de repente, y añade en tono serio.)* ¡Oh! ¡qué loca soy! estoy aquí cotorreando... Mi querida y buena Cristina, ¿me perdonas?

CRISTINA.—¿Qué quieres decir, Nora?

NORA. *(Con dulzura.)*—¡Pobre Cristina! te has quedado viuda.

CRISTINA.—Sí, hace tres años.

NORA.—Lo sabía; lo había leído en los periódicos. ¡Oh! Cristina, puedes creerme, pensé muchas veces escribirte en aquella época... pero aplazaba la carta de día en día, y luego se cruzaba algún impedimento.

CRISTINA.—Eso no me extraña nada.

NORA.—No, Cristina, está muy mal hecho. ¡Pobre amiga! ¡Por qué trances has debido pasar! ¿No te ha quedado con qué vivir?

CRISTINA.—No.

NORA.—¿E hijos?

CRISTINA.—Tampoco.

NORA. — Nada, entonces.

CRISTINA. — Ni siquiera duelo en el corazón, ni una de esas penas que absorben.

NORA. (*Con mirada de incredulidad.*) — A ver, á ver, Cristina. ¿Cómo es eso posible?

CRISTINA. (*Sonriendo amargamente y pasándole la mano por el pelo.*) — Así sucede á veces, Nora.

NORA. — Sola en el mundo. ¡Qué pena debe ser para ti! Yo tengo tres chicos hermosos. En este instante no puedes verlos. Han salido con el aya. Ahora vas á contármelo todo.

CRISTINA. — Después; primero tú.

NORA. — No, á ti te toca hablar. Hoy no quiero ser egoista... no quiero pensar más que en ti. Y eso que una cosa, sí, tengo que decirte. ¿Sabes el forturnón que hemos tenido estos días?

CRISTINA. — No, ¿qué es ello?

NORA. — Calcula: que han hecho á mi marido director del Banco.

CRISTINA. — ¿A tu marido? ¡Oh! ¡qué suerte!

NORA. — ¿Verdad? ¡Es una situación tan precaria la de un abogado, sobre todo cuando no quiere encargarse más que de causas buenas! Y eso era, naturalmente, lo que hacía Torvaldo, cosa que yo apruebo de todo en todo. Figúrate mi estaremos contentos. Debe desempeñar su cargo desde año nuevo, y entonces tendrá un buen sueldecito con multitud de utilidades. Así que viviremos muy de otra manera que hasta aquí... completamente á nuestro gusto. ¡Oh, Cristina! ¡qué dicha y qué placer! Créete que es una delicia tener mucho dinero y estar libre de preocupaciones. ¿No te parece?

CRISTINA. — ¡Qué duda cabe! Por lo menos, debe de ser una cosa excelente tener lo necesario.

NORA. — No, lo necesario nada más no, sino mucho, muchísimo dinero.

CRISTINA. (*Sonriendo.*) — Nora, Nora, ¿todavía no has aprendido á tener juicio á estas fechas? En el colegio eras una derrochona.

NORA. (*Sonriendo dulcemente.*) — Torvaldo supone que lo soy aún. Pero (*amenazando con el dedo*) «Nora, Nora» no es tan loca como creéis. ¡Ah! la verdad es que hasta aquí no he tenido gran cosa que derrochar. Ha sido preciso que trabajásemos los dos.

CRISTINA. — ¿Tú también?

NORA. — Sí; menudencias: labores de mano, de gancho, bordados, etc. (*cambiando de tono*), y además otra cosa. Sabes que Torvaldo dejó el ministerio cuando nos casamos. En la oficina no podía esperar ascender, y necesitaba ganar más dinero que antes. Pero el primer año estuvo sobrecargado de trabajo de una manera terrible. Figúrate: tenía que buscar toda clase de ocupaciones y trabajar desde la mañana hasta la noche. Abusó de sus fuerzas, y cayó gravemente enfermo. Entonces los médicos dijeron que tenía que marcharse al Mediodía.

CRISTINA. — Es verdad: pasasteis un año en Italia.

NORA. — Sí. Como comprendes, no era muy fácil ponerse en camino... Acababa de nacer Ivar. Pero no hubo más remedio. ¡Oh! ¡el viaje fué una

maravilla, la cosa más hermosa! ¡Y salvó la vida á Torvaldo! ¡Pero el dinero que nos costó, Cristina!

CRISTINA.—Ya me lo figuro.

NORA.—Mil doscientos escudos... cuatro mil ochocientas coronas. ¡Es algún dinero!

CRISTINA.—Sí, y no es poca suerte tenerlo en tales ocasiones.

NORA.—Te diré: nos lo dió papá.

CRISTINA.—¡Ah, mucho! Si no me equivoco, fué precisamente en la época en que murió tu padre.

NORA.—Sí, Cristina, precisamente entonces. Y ya ves: no pude ir á asistirlo. Esperaba de un día á otro el nacimiento de Ivar, ¡y el pobre Torvaldo moribundo, y necesitando que yo lo cuidase! ¡Mi buen papá! No lo volví á ver. ¡Oh! ¡es la pena más cruel que he tenido que sufrir desde mi matrimonio!

CRISTINA.—Ya sé que lo querías mucho. ¿De modo que os fuisteis á Italia?

NORA.—Sí, teníamos el dinero, y los médicos instaban. Marchamos al cabo de un mes.

CRISTINA.—¿Y tu marido volvió enteramente repuesto?

NORA.—Era un encanto.

CRISTINA.—¿Y... ese médico?

NORA.—¿Qué quieres decir?

CRISTINA.—Recuerdo que la doncella anunció al doctor, dejando pasar á un caballero al mismo tiempo que á mí.

NORA.—Sí, el doctor Rank. No viene como médico. Es nuestro mejor amigo: viene una vez al día por lo menos. No, Torvaldo no ha tenido la más ligera indisposición desde entonces. Los niños están también tan sanos y tan frescos, y yo lo mismo. (*Se levanta de un salto y palmotea.*) ¡Dios mío, Dios mío, Cristina, qué delicia y qué bendición vivir y estar contentos!... ¡Ah! pero es una vergüenza... no hablo más que de mis cosas. (*Se sienta en un taburete al lado de Cristina y se recuesta en sus rodillas.*) ¿No lo tomarás á mal? Dime: ¿de veras no querías á tu marido? Entonces ¿por qué te casaste con él?

CRISTINA.—Vivía aún mi madre, enferma y sin apoyo. Además tenía á mi cargo á mis dos hermanitos. No me creí con derecho á rehusar su petición.

NORA.—No, no, tuviste razón seguramente. ¿De modo que era rico en aquella fecha?

CRISTINA.—Creo que estaba muy desahogado. Pero era una fortuna poco sólida, y á su muerte se deshizo todo, sin quedar nada.

NORA.—¿Y entonces?...

CRISTINA.—Tuve que ver de salir adelante con una ocupacionceja, regentando un modesto colegio... ¿qué sé yo? Los tres años últimos no han sido para mí más que un largo día de trabajo sin reposo. Ahora todo ha concluido, Nora. Mi pobre madre no me necesita ya: la he perdido: los hermanos tampoco: al presente pueden subvenir á sus necesidades por sí mismos.

NORA.—¡Qué alivio debes sentir!

CRISTINA.—No, Nora, no me queda ya nada más que una vida insoportable. ¡No tener nadie á quien consagrarse! (*Se levanta inquieta.*) Así es que no he podido permanecer allá, en aquel rincón escondido. Aquí debe ser más

fácil absorberse en una ocupación, distraerse una de sus pensamientos. Si fuese siquiera lo bastante afortunada para encontrar una colocación, trabajo de oficina...

NORA.—¿Piensas en eso? ¡Tan fatigoso, y tú que necesitas descanso! Más te valdría ir á los baños.

CRISTINA. (*Acercándose á la ventana.*) —Yo no tengo un papá que me pague el viaje.

NORA. (*Levantándose.*)—¡Vamos! No estés de mal humor.

CRISTINA. —Tú eres la que no ha de enfadarse conmigo, querida Nora. Lo peor que tiene una situación como la mía es que se agria una tanto... No se tiene á nadie por quien trabajar, y, á pesar de todo, hay que mirar por todas partes para ganarse la subsistencia: ¿no es preciso vivir? Y así se vuelve una egoista. ¿Qué quieres que te diga? Cuando me participaste hace un momento vuestro cambio de fortuna, me he alegrado por mí más que por ti.

NORA.—Pues ¿cómo?... ¡Ah! bueno... ya estoy. Te habrás dicho que Torvaldo puede serte útil.

CRISTINA.—Sí, lo he pensado.

NORA.—Y lo será, Cristina. Yo prepararé el terreno con mucha delicadeza, idearé alguna cosa grata que predisponga bien á Torvaldo. ¡Oh! ¡tengo tantos deseos de servirte!...

CRISTINA.—¡Cuánto es de agradecer tanta solicitud, Nora!... Doble de agradecer en ti que conoces tan poco las miserias y los sinsabores de la vida.

NORA.—¿Yo?... ¿Tú crees eso?

CRISTINA. (*Sonriendo.*)—¡Por Dios! laborcitas de mano y monerías por el estilo... Eres una niña, Nora.

NORA. (*Moviendo la cabeza y atravesando la escena.*)—No hables de ello con esa ligereza.

CRISTINA.—¿Sí?

NORA.—Eres como los demás. Todos creéis que no valgo para nada serio...

CRISTINA.—Vamos, vamos...

NORA.—Que no tengo ninguna idea de las dificultades de la vida.

CRISTINA.—Pero, querida Nora, acabas de contarme todas tus dificultades.

NORA.—¡Bah!... ¡Esas bagatelas!... (*En voz baja.*) No te he contado lo principal.

CRISTINA.—¿Qué me dices?

NORA.—Me miras desde la cumbre de tu grandeza, Cristina, y no deberías hacerlo. Tú estás orgullosa de haber trabajado tanto por tu madre.

CRISTINA.—No miro á nadie desde la cumbre de mi grandeza, aunque es verdad que me satisface, y me enorgullece el pensar que, gracias á mí, mi madre pasó tranquilamente sus últimos días.

NORA.—Y te enorgullece también el pensar lo que has hecho por tus hermanos.

CRISTINA.—Me parece que tengo derecho.

NORA.—Así lo creo. Ahora voy á decirte una cosa, Cristina. Yo también tengo un motivo de alegría y de orgullo.

CRISTINA.—No lo pongo en duda. Pero á ver, explícate.

NORA.—Habla más bajo no sea que

Torvaldo nos oiga. Por nada del mundo querría que él... No debe saberlo nadie, Cristina; nadie más que tú.

CRISTINA.—Pero ¿qué es ello?

NORA.—Acércate más. (*Atrayéndola á su lado.*) Sí... escucha... yo también puedo estar orgullosa y satisfecha. Yo fuí quien salvó la vida de Torvaldo.

CRISTINA.—¿Salvar?... ¿Cómo salvar?

NORA.—¿Te he hablado del viaje á Italia, no es esto? Torvaldo no viviría á estas horas si no hubiese podido ir al Mediodía...

CRISTINA.—Bien, pero tu padre os dió el dinero preciso.

NORA.—Sí, eso es lo que cree Torvaldo y todo el mundo; pero...

CRISTINA.—¿Pero?...

NORA.—Papá no nos dió un céntimo. Yo fuí la que me procuré el dinero.

CRISTINA.—¿Tú? ¿Una cantidad tan grande?...

NORA.—Mil doscientos escudos... Cuatro mil ochocientas coronas. ¿Qué dices tú á eso?

CRISTINA.—Pero, Nora, ¿cómo te arreglaste?... ¿Te cayó la lotería?

NORA. (*En tono desdeñoso.*)—¿La lotería? (*Con un ademán de desdén.*) ¿Qué gracia tendría eso?

CRISTINA.—Pero en ese caso, ¿de dónde lo sacaste?

NORA. (*Sonriendo con aire de misterio y tarareando.*)—¡Jem! ¡Ta-ra-ra!

CRISTINA.—Prestado no era fácil que lo tuvieses nunca.

NORA.—¿Por qué no?

CRISTINA.—Porque una mujer casada no puede tomar á préstamo sin el consentimiento de su marido.

NORA. (*Moviendo la cabeza.*)—¡Oh! Cuando se trata de una mujer un poco práctica... de una mujer que sabe manejarse con destreza...

CRISTINA.—Nora, no caigo por más que me devano los sesos.

NORA.—No es menester que te tomes la molestia. Nadie dice que me hayan prestado ese dinero. He podido hacerme con él de otro modo. (*Se deja caer en el sofá.*) He podido recibirlo de un adorador. ¿Qué?... Con mi palmito...

CRISTINA.—¡Qué loca eres!

NORA.—Confiesa que tienes una curiosidad terrible.

CRISTINA.—Dime, querida Nora, ¿no habrás obrado á la ligera?

NORA. (*Irguiéndose.*)—¿Es una ligereza salvar una la vida de su marido?

CRISTINA.—Lo que á mí me parece una ligereza es que á sus espaldas...

NORA.—Pues si la cuestión era que no supiese nada. ¡Por Dios! ¿No comprendes? Se trataba de que no conociese la gravedad de su estado. A mí es á quien vinieron á decirme los médicos que su vida estaba en peligro, y que no podía salvarse más que pasando una temporada en el Mediodía. ¿Crees tú que no iba á valerme de mañas? Le ponderaba lo que me gustaría ir á viajar por el extranjero como las demás mujeres; lloraba, suplicaba y le decía que era preciso que se hiciese cargo de mi estado y que cediera á mi deseo; en fin, le dí á entender que bien podría tomar dinero á rédito.

Pero entonces, Cristina, le faltó muy poco para irritarse. Me contestó que era una aturdida, y que su deber de marido era no doblegarse á mis caprichos. «Bueno, bueno—dije yo para mi capote—se le salvará, cueste lo que cueste.» Entonces fué cuando di con un expediente.

CRISTINA.—¿Y tu marido no supo por tu padre que el dinero no procedía de él?

NORA.—Jamás. Papá murió á los pocos días. Yo había pensado confesárselo todo, pidiéndole que no me hiciese traición; pero ¡iba tan mal! ¡Ay, no tuve que dar ese paso!

CRISTINA.—¿Y después no has revelado nada á tu marido?

NORA.—¡No, santo Dios! ¿En qué piensas? ¡A él, tan severo en ese punto! Y luego que, con su amor propio de hombre, se le haría muy cuesta arriba. ¡Qué humillación! ¡Saber que me debía algo! Eso hubiese venido á transformar todas nuestras relaciones; nuestra vida doméstica, tan venturosa, no sería ya lo que es.

CRISTINA.—¿Y no le hablarás de eso nunca?

NORA. (*Reflexionando y sonriendo á medias.*)—Puede que... con el tiempo; después que pasen muchos, muchos años, cuando yo no sea ya tan bonita como ahora. ¡No te rías! Quiero decir: cuando Torvaldo no me quiera ya tanto, cuando ya no disfrute en verme bailar, disfrazarme y declamar para su entretenimiento. Bueno será quizá tener para entonces algo á que agarrarse... (*Deteniéndose.*) ¡Bah, ese día no llegará nunca!... Con que, Cristina, ¿qué te parece mi gran secreto? También yo sirvo para algo... Puedes creer que este asunto me ha traído muchas preocupaciones. ¡Caramba! No me era fácil cumplir á plazo fijo, porque has de saber que en estos negocios hay una cosa llamada los vencimientos y otra la amortización; y todo eso es endiabladamente peliagudo de arreglar. He tenido que rebañar por todas partes. De los gastos de la casa no podía cercenar mucho; era necesario que Torvaldo viviese cómodamente. Los niños tampoco podían andar mal vestidos. Todo lo que recibía para ellos me parecía cosa suya. ¡Angelitos míos!

CRISTINA.—¡De manera que todo eso, pobre Nora, lo has tenido que sacar de tus gastos particulares!

NORA.—Naturalmente. Después de todo no era más que justicia. Siempre que Torvaldo me daba dinero para mis cosas, no gastaba más que la mitad; compraba siempre de lo menos caro. Es una suerte que todo me esté bien, porque así Torvaldo no ha notado nada. Pero á veces se me hace duro, Cristina: ¡halaga tanto ir elegante! ¿No es verdad?

CRISTINA.—Ya lo creo.

NORA.—Cuento aún con otros ingresos. El invierno último tuve la suerte de encontrar mucha copia. Entonces me encerraba y escribía hasta una hora muy avanzada de la noche. ¡Oh! á menudo me encontraba fatigada, fatigadísima. Pero era un gusto trabajar para ganar dinero. Casi me parecía que era un hombre.

CRISTINA.—¿Cuánto has podido pagar así?

NORA.—No podría decírtelo á punto fijo. Hija, es muy difícil desenredarse en esta clase de asuntos. Lo único que sé es que he pagado todo lo que he podido. Muchas veces no sabía ya á dónde volver los ojos. (*Sonríe.*) Entonces me daba á pensar que un viejo muy rico se había enamorado de mí...

CRISTINA.—¡Qué! ¿Qué viejo?

NORA.—¡Tonterías!... que se moría, y que, al abrir su testamento, se leía en letras muy gordas: «Toda mi fortuna pertenece á la encantadora señora de Helmer, y le será entregada al punto.»

CRISTINA.—Pero, querida Nora, ¿qué viejo es ese?

NORA.—¡Dios mío! ¿no comprendes, mujer? No hay tal viejo; es una idea que se me ocurría siempre que no veía manera de procurarme dinero. En fin, ahora todo eso es completamente indiferente. El viejo puede estar donde le plazca; me tienen sin cuidado él y su testamento, porque al presente estoy tranquila. (*Se levanta con viveza.*) ¡Dios mío! ¡qué gozo pensarlo! ¡Tranquila! poder estar tranquila, completamente tranquila, jugar con los niños, arreglar bien la casa, con gusto, como Torvaldo quiere tenerla. ¡Luego vendrá la primavera y el hermoso cielo azul! Quizá podremos viajar un poco entonces. ¡Volver á ver el mar! ¡Oh! ¡Qué cosa tan venturosa vivir y estar contentos!

(*Llaman.*)

CRISTINA.—Llaman. ¿Debo irme?

NORA.—No, quédate, no vendrá nadie; probablemente será preguntando por Torvaldo...

LA DONCELLA.—Perdone V., señorita... hay un caballero que quiere hablar al abogado...

NORA.—Querrás decir al director.

LA DONCELLA.—Sí, señora, al director; pero, como está el señor Doctor ahí dentro... no sabía...

KROGSTAD. (*Presentándose.*)—Soy yo, señora.

(*Cristina se estremece, se turba y se vuelve hacia la ventana.*)

NORA. (*Dando un paso hacia él, turbada y á media voz.*)—¿V.? ¿Qué hay? ¿Qué quiere V. decir á mi marido?

KROGSTAD.—Es á propósito del Banco. Tengo allí un empleíto, y he oído decir que su marido de V. va á ser nuestro jefe...

NORA.—Es verdad.

KROGSTAD.—Asuntos enojosos, señora, nada más que eso.

NORA.—Entonces tómese V. la molestia de entrar al despacho.

(*Lo saluda con indiferencia, cerrando la puerta de la antecámara, y después se dirige á la chimenea.*)

CRISTINA.—Nora... ¿Quién es ese hombre?

NORA.—Es el abogado Krogstad.

CRISTINA.—Ya decía yo.

NORA.—¿Lo conoces?

CRISTINA.—Lo conocí hace muchos años. Fué procurador en casa durante algún tiempo.

NORA.—Justo.

CRISTINA.—¡Cómo ha cambiado!

NORA.—Creo que fué muy desgraciado en su matrimonio.

CRISTINA.—Ahora es viudo, ¿verdad?

NORA.—Sí, con un montón de hijos. ¡Eh! me estoy achicharrando.

(*Aparta la mecedora.*)

CRISTINA.—Dicen que se ocupa de toda clase de negocios.

NORA.—¿Sí? Es posible; no sé... pero no hablemos de negocios; es una cosa tan fastidiosa...

(*El doctor Rank sale del cuarto de Helmer.*)

RANK. (*Teniendo entreabierta la puerta.*)—No, no; no quiero estorbarte; voy á ver á tu mujer un momento. (*Cierra la puerta y repara en la presencia de Cristina.*)—¡Ah, perdón! También aquí interrumpo.

NORA.—Nada de eso... (*Haciendo las presentaciones.*) El doctor Rank; la señora viuda de Linde.

RANK.—Un nombre que se oye pronunciar con frecuencia en esta casa. Creo haber pasado delante de V. al subir la escalera.

CRISTINA.—Sí, yo subo con trabajo.

RANK.—¡Ah! ¡un póco gastada á lo que veo!

CRISTINA.—O, más bien, fatigada.

RANK.—¿Nada más? ¿Entonces viene V. á descansar aquí probablemente, corriendo de fiesta en fiesta?

CRISTINA.—He venido á la ciudad en busca de trabajo.

RANK.—¿Será ese un remedio eficaz contra el exceso de fatiga?

CRISTINA.—Hay que vivir, Doctor.

RANK.—Sí, es una opinión general: se estima que es una cosa necesaria.

NORA.—¡Oh, Doctor! estoy segura de que V. mismo tiene mucho apego á la vida.

RANK.—Vaya si lo tengo. Mísero y todo como soy, tengo decidido empeño en sufrir el mayor tiempo posible. A mis pacientes les pasa lo propio. Y lo mismo opinan los aquejados de achaques morales. Ahora mismo acabo de dejar uno en el despacho de Helmer, un hombre en tratamiento: hay hospitales para enfermos de esa índole.

CRISTINA. (*Con voz sorda.*)—¡Ah!

NORA.—¿Qué quiere V. decir?

RANK.—¡Oh! hablo del abogado Krogstad; un hombre á quien V. no conoce. Está podrido hasta los huesos. Pues también ese afirma como una cosa de la mayor importancia que es preciso vivir.

NORA.—¿De veras? ¿De qué hablaba con Helmer.

RANK.—A ciencia cierta no sé. Lo único que he oído es que se trataba del Banco.

NORA.—Yo no sabía que Krog... que ese señor Krogstad tuviese que ver con el Banco.

RANK.—Sí tal; se le ha dado una especie de empleo. (*Dirigiéndose á Cristina.*) No sé si también, allá, entre Vds., existe una especie de hombres que se afanan en desenterrar podredumbres morales, y, en cuanto topan con el individuo enfermo, lo ponen en observación, proporcionándole una buena plaza. Los sanos que se queden fuera.

CRISTINA.—Hay que confesar que los enfermos son los que más cuidados necesitan.

RANK. (*Encogiéndose de hombros.*)—Bien dicho. Es una manera de ver que convierte la sociedad en un hospital.

(*Nora, que ha permanecido abstraída en sus propios pensamientos, rompe á reir batiendo palmas.*)

RANK.—¿Por qué se ríe V.? ¿Sabe V. siquiera lo que es la sociedad?

NORA.—¿Y quién se ocupa de su inaguantable sociedad de V.? Me reía de otra cosa... una cosa tan chusca. Dígame V., Doctor... ¿todos los que tienen empleos en el Banco dependerán en el porvenir de mi marido?

RANK.—¿Es eso lo que la divierte á V.?

NORA. (*Sonriendo y tarareando.*)—No haga V. caso. (*Da vueltas por la habitación.*) Sí, es tan divertido, tan increíble que nosotros... que Torvaldo tenga ahora tal influencia y sobre todo tanta gente. (*Saca del bolsillo el cucurucho de almendras.*) ¿Quiere V. almendras, Doctor?

RANK.—¡Hola! ¿almendritas? Yo creía que eso era contrabando aquí.

NORA.—Sí, pero éstas me las ha dado Cristina.

CRISTINA.—¿Yo?

NORA.—Vamos, vamos, no te asustes. ¿Qué sabías tú si Torvaldo me lo ha prohibido? ¡Bah!... ¡por una vez!... ¿verdad, Doctor?... ¡Tenga V.! (*Le pone una almendra en la boca.*) Y tú también, Cristina. Yo comeré una chiquitina... dos á lo sumo. (*Empieza á dar vueltas por la habitación otra vez.*) Pues, señor, soy inmensamente feliz. Sólo de una cosa tengo todavía unas ganas feroces.

RANK.—Sepamos. ¿De qué se trata?

NORA.—Una cosa que me entran ganas irresistibles de decir delante de Torvaldo.

RANK.—¿Y quién le quita á V. decirla?

NORA.—No me atrevo: es demasiado fea.

CRISTINA.—¿Fea?

RANK.—Efectivamente, en ese caso vale más que se calle, pero á nosotros... ¿Qué es lo que tiene V. tanto deseo de decir delante de Torvaldo?

NORA.—Tengo unos deseos atroces de decir: ¡Rediós!

RANK.—Que loca es V.

CRISTINA.—Vamos, Nora...

RANK.—Puede V. decírselo; aquí está.

NORA. (*Escondiendo las almendras.*)—Cht, cht, cht.

(*Sale Helmer de su habitación, con un paletot en el brazo y el sombrero en la mano.*)

NORA. (*Adelantándose hacia él.*)—¿Y qué? ¿Lograste sacudirte, Torvaldo?

HELMER.—Sí, acaba de marcharse.

NORA.—¿Permites que te presente?... Es Cristina que ha venido de fuera.

HELMER.—¿Cristina?... V. perdone, pero no sé...

NORA.—La señora de Linde, querido.

HELMER.—¡Ah! muy bien. ¿Una amiga de la infancia de mi mujer acaso?

CRISTINA.—Sí, señor; nos conocimos en otro tiempo.

NORA.—Y ya ves: ha hecho este viaje tan largo para hablarme.

HELMER.—¿Pues cómo?

CRISTINA.—No sólo para eso...

NORA.—Cristina, para que sepas, entiende mucho de trabajos de oficina, y además tiene grandes deseos de estar á las órdenes de un hombre superior y de adquirir aún más experiencia.

HELMER.—Muy bien pensado, señora.

NORA.—Así que, cuando supo que te habían hecho director del Banco—lo anunció un telegrama—en seguida se puso en camino... ¿Verdad, Torvaldo, que harás algo en favor de Cristina por darme gusto? Dí.

HELMER.—No es absolutamente imposible. ¿La señora es probablemente viuda?

CRISTINA.—Sí.

HELMER.—¿Y V. está acostumbrada á trabajos de oficina?

CRISTINA.—Sí, bastante.

HELMER.—Entonces es muy probable que pueda procurar á V. una plaza.

NORA. (*Aplaudiendo.*)—¡Lo ves!

HELMER.—Llega V. en buena ocasión, señora.

CRISTINA.—¿Cómo agradecer á V...?

HELMER.—¡Oh! No hablemos de eso. (*Se pone el abrigo.*) Pero hoy tendrá V. que dispensarme.

(Va á buscar el cuello de pieles á la antecámara y vuelve á calentarlo á la chimenea.)

NORA.—No tardes mucho, Torvaldo.

HELMER.—Una hora nada más.

NORA.—¿Te vas tú tambien, Cristina?

CRISTINA. (*Poniéndose el abrigo.*)—Necesito ir á buscar un alojamiento.

HELMER.—Podremos ir juntos una parte del camino.

NORA. (*Ayudándola.*)—¡Qué fastidio que estemos tan estrechos!... Nos es completamente imposible...

CRISTINA.—¿En qué piensas, mujer? Hasta la vista, querida Nora, y gracias.

NORA.—Hasta luego, porque esta noche no dejarás de venir. Y V. también Doctor. ¿Cómo? Si se encuentra V. bastante bien... ¿Qué viene V. á decir aquí? Se arropa V.

(Vánse hablando por la puerta de entrada. Se oyen voces de niños en la escalera.)

NORA.—¡Ya están aquí, ya están aquí!

(Corre á abrir. Aparece Ana María con los niños.)

NORA.—¡Entrad, entrad! *(Se baja para besarlos.)* ¡Oh! ¡Cielos míos! ¡Mira, Cristina! ¿No son muy monos?

RANK.—No os quedéis ahí al paso del aire.

(El doctor Rank, Helmer y Cristina bajan la escalera. Entra Ana María con los niños. Nora lo hace después de cerrar la puerta.)

NORA.—¡Qué caras tan animadas y tan frescas traéis! ¡Qué carrillos tan encarnados! Parecen manzanas y rosas. (*Todos los niños le hablan á la vez hasta el fin de la escena.*) ¿Os habéis divertido tanto? Muy bien. ¡Anda! ¿Con

que tú has tirado del trineo llevando á Ema y á Bob? ¿Es posible? ¡A los dos! ¡Ah! Si eres tú lo más valiente, Yvar... ¡Oh! Déjamela un momento, Ana María. ¡Muñequita mía! (*Coge á la niña menor y baila con ella.*) Sí, sí, mamá va á bailar con Bob también. ¿Cómo? ¿Habéis hecho bolas de nieve? ¡Oh! ¡Lo que hubiera dado por estar con vosotros! No, déjame Ana María. Voy á desnudarlos yo. Déjame, mujer. ¡Si es tan entretenido! Entra ahí mientras; tienes cara de frío. En la cocina hay café caliente para ti.

(*Váse Ana María por la puerta de la izquierda. Nora quita á los niños los abrigos y los sombreros, y los va dejando desparramados. Los niños siguen hablando.*)

NORA.—¡No puede ser! ¿Que ha corrido detrás de vosotros un perrazo? Pero no mordía. No, los perros no muerden á los monigotillos monines como vosotros. ¡Eh! ¡Yvar, cuidado con mirar á los paquetes! No, no, que dentro hay una cosa mala. ¿Qué? ¿Queréis jugar? ¿A qué? ¿Al escondite? Sí, vamos á jugar al escondite. Que se esconda primero Bob. ¿Yo? ¡Bueno, pues yo!

(*Nora y los niños se ponen á jugar, gritando y riendo, en la escena y en el cuarto de al lado. Al fin Nora se esconde debajo de la mesa. Llegan los niños á todo correr, y la buscan sin poder dar con ella. Oyen su risa ahogada, se precipitan hacia el velador, levantan el tapete, y la descubren. Gritos de alegría. Nora sale á gatas como para asustarlos. Nueva explosión de alegría. En el ínterin han llamado sin que nadie responda. Se entreabre la puerta y aparece Krogstad. Aguarda un momento. El juego continúa.*)

KROGSTAD.—Dispense V., señora...

NORA. (*Lanza un grito y se levanta á medias.*)—¿Qué se le ofrece á V. aquí?

KROGSTAD.—Estaba entornada la puerta. Se habrán olvidado de cerrarla.

NORA. (*Levantándose.*)—Mi marido no está en casa, señor Krogstad.

KROGSTAD.—Ya lo sé.

NORA.—Entonces... ¿qué quiere V.?

KROGSTAD.—Decir á V. una palabra.

NORA.—¿A mí?... (*Aparte á los niños.*) Andad con Ana María. ¿Qué?... No, el caballero de fuera no quiere hacer mal á mamá. Cuando se marche, seguiremos jugando.

(*Acompaña á los niños al cuarto de la izquierda y cierra la puerta.*)

NORA.—(*Inquieta, agitada.*)—¿V. quiere hablarme?

KROGSTAD.—Sí, lo deseo.

NORA.—¿Hoy?... Pero no estamos aún á primeros de mes.

KROGSTAD.—No, estamos en víspera de Navidad. De V. dependerá que estas Navidades le traigan alegrías ó penas.

NORA.—¿Qué desea V.? Hoy me es realmente imposible...

KROGSTAD.—Hasta nueva orden no hablaremos de eso. Se trata de una cosa muy distinta. ¿Puede V. concederme un instante?

NORA.—Sí, sí... por más que...

KROGSTAD.—Bien. Estando yo senta-

do en la fonda Olsen, vi pasar desde allí á su marido de V...

NORA.—¡Ah!

KROGSTAD.—Con una señora.

NORA.—Bueno. ¿Y...?

KROGSTAD.—¿ Puedo hacer á V. una pregunta? Esa señora era la viuda de Linde, ¿no es verdad?

NORA.—Sí.

KROGSTAD.—¿ Acaba de llegar de fuera?

NORA.—Hoy mismo.

KROGSTAD.—¿Es amiga de V.?

NORA.—Sí... pero no comprendo...

KROGSTAD.—Yo también la traté en otra época.

NORA.—Lo sé.

KROGSTAD.—Vamos, está V. al corriente. Me lo figuraba. ¿Entonces me permitirá V. preguntarle si la señora de Linde va á tener colocación en el Banco?

NORA.—¿Cómo se atreve V. á preguntarme sobre eso, señor Krogstad? ¿V. que es un subordinado de mi marido? Pero, ya que me lo pregunta, se lo diré. Sí, la señora de Linde tendrá un puesto en el Banco, y lo tendrá gracias á mí, señor Krogstad. Ahora ya está V. enterado.

KROGSTAD.—Acerté, pues.

NORA. (*Paseando.*)—¡Eh! una tiene su poco de influencia. Aunque una sea mujer, eso no quiere decir que... Cuando se ocupa una situación subalterna, señor Krogstad, habría que mirarse para no herir á una persona que... ¡jem!...

KROGSTAD.—¿Qué tiene influencia?

NORA.—Cabal.

KROGSTAD. (*Cambiando de tono.*)—Señora, ¿tendría V. la bondad de usar de su influencia en mi favor?

NORA.—¿Cómo? ¿Qué significa?

KROGSTAD.—¿Querría tener la bondad de influir para que yo conserve mi modesto puesto en el Banco?

NORA.—¿Qué quiere V. decir? ¿Quién piensa en quitárselo á V.?

KROGSTAD.—¡Oh! Es inútil el disimulo. Comprendo muy bien que á su amiga no le guste encontrarse conmigo, y ahora sé á quién debo mi cesantía.

NORA.—Pero le aseguro á V...

KROGSTAD.—En fin, en dos palabras: aún es tiempo, y le aconsejo que use de su influencia para impedirlo.

NORA.—Pero si yo no tengo ninguna influencia, señor Krogstad.

KROGSTAD.—¿Cómo? Pues hace un momento decía V...

NORA.—No en ese sentido evidentemente. ¿Cómo puede V. creer que yo tenga semejante poder sobre mi marido?

KROGSTAD.—¡Oh! Conozco á su marido de V. desde que estudiamos juntos, y no creo que el señor director del Banco sea más firme que otros hombres casados.

NORA.—Si habla V. con desprecio de mi marido, lo pongo á V. en la puerta.

KROGSTAD.—La señora es animosa.

NORA.—No temo á V. Después de año nuevo, no tardaré en verme libre.

KROGSTAD. (*Dominándose.*)—Oiga V. bien, señora. Si es necesario, combatiré por conservar mi pobre empleo como

si se tratase de una cuestión de vida ó muerte.

NORA.—Y lo es por todas las trazas.

KROGSTAD.—No es sólo por el sueldo; eso no es lo importante. Pero hay otra cosa... en fin, voy á decirlo todo. V. sabe, naturalmente, como todo el mundo, que yo cometí una imprudencia ha ya buen número de años.

NORA.—Creo haber oído hablar de eso.

KROGSTAD.—El asunto no fué á los tribunales; pero al momento se me cerraron todos los caminos. Entonces emprendí la clase de negocios que V. sabe; forzoso era buscar alguna cosa, y me atrevo á decir que no he sido peor que otros. Ahora quiero salir de esto. Mis hijos crecen. Por mis hijos necesito recobrar la mayor consideración posible. Ese puesto del Banco era para mí el primer escalón. Y ahora me encuentro con que su marido quiere hacerme bajar de él para hundirme de nuevo en el lodo.

NORA.—Pero, por Dios, señor Krogstad, no está en mi mano ayudar á V.

KROGSTAD.—Lo que le falta á V. es voluntad; pero yo tengo medios de obligarla.

NORA.—¿Pero no irá V. á decir á mi marido que yo le debo dinero?

KROGSTAD.—¡Hum! ¿Y si lo hiciese?

NORA.—Sería vergonzoso. (*Con voz llorosa.*) Ese secreto que es mi alegría y mi orgullo... Saberlo él de una manera tan villana... por V. Me expondría V. á los mayores disgustos...

KROGSTAD.—¿Disgustos nada más?

NORA. (*Con viveza.*)—O, si no, hágalo V.; V. perderá más; entonces verá mi marido qué clase de hombre es V., y puede estar bien seguro de perder la plaza.

KROGSTAD.—Acabo de preguntar si no son más que disgustos domésticos lo que V. teme.

NORA.—Si mi marido lo sabe, querrá pagar, naturalmente, en seguida, y entonces nos veremos libres de V.

KROGSTAD. (*Dando un paso hacia ella.*) Oiga V., señora... ó V. no tiene memoria ó apenas conoce V. los negocios. Hace falta que yo la ponga un poco al corriente.

NORA.—¿Pues?...

KROGSTAD.—En la época de la enfermedad de su marido vino V. á pedirme un préstamo de mil doscientos escudos.

NORA.—No conocía á nadie más.

KROGSTAD.—Yo prometí procurarle á V. el dinero.

NORA.—Y me lo proporcionó.

KROGSTAD.—Prometí procurárselo con ciertas condiciones. Pero entonces estaba V. tan preocupada con la enfermedad de su marido, y tan impaciente por tener el dinero del viaje, que creo que no se fijó V. mucho en los pormenores. Por eso no le extrañará que se los recuerde. Pues bien: yo prometí proporcionarle á V. el dinero mediante un recibo que escribí.

NORA.—Sí, y que yo firmé.

KROGSTAD.—Bien; pero más abajo añadí algunas líneas por las cuales daba su garantía su padre de V. Esas líneas debía firmarlas él.

NORA.—¿Debía, dice? Lo hizo.

KROGSTAD.—Yo dejé la fecha en blanco, lo cual significaba que su mismo padre de V. debía poner la fecha de la firma. ¿Se acuerda V. de eso?

NORA.—Sí, creo efectivamente...

KROGSTAD.—Después entregué á V. el recibo para que lo enviase á su padre por el correo. ¿No fué así?

NORA.—Así fué.

KROGSTAD.—Y, como es de suponer, lo hizo V. en seguida, porque apenas habían pasado cinco ó seis días cuando me llevó V. el pagaré con la firma de su padre. Y entonces recibió V. la cantidad.

NORA.—¡Bueno, sí! ¿No he ido pagando puntualmente?

KROGSTAD.—Con corta diferencia. Pero volviendo á lo que decíamos... Aquellos eran seguramente malos tiempos para V., señora.

NORA.—Sí, es verdad.

KROGSTAD.—Su padre de V. creo que estaba muy enfermo.

NORA.—Moribundo.

KROGSTAD.—¿Murió poco después?

NORA.—Sí.

KROGSTAD.—Dígame V., señora, ¿se acordaría V. por casualidad de la fecha de la muerte de su padre, es decir, de á cuántos del mes estábamos?

NORA.—Papá murió el 29 de Setiembre.

KROGSTAD.—Exacto. Procuré enterarme. Y por eso no me explico (*saca un papel del bolsillo*)... cierta particularidad.

NORA.—¿Qué particularidad? No sé...

KROGSTAD.—Pues lo que hay de particular, señora, es que su padre de V. firmó el recibo tres días después de su muerte. (*Nora guarda silencio.*) ¿Puede V. explicarme eso? (*Nora sigue callada.*) Es también evidente que las palabras 2 *de Octubre* y el año no son de letra de su padre de V., sino de una letra que yo creo conocer. En fin, eso puede explicarse. Su padre de V. se olvidaría de fechar y lo haría cualquiera al acaso antes de saber su muerte. La cosa no es muy grave. Lo esencial es la firma misma. ¿Es auténtica realmente, verdad, señora? ¿Su propio padre de V. fué el que escribió allí su nombre?

NORA. (*Después de un corto silencio levanta la cabeza y lo mira con aire provocativo.*)—No, no fué él. Fuí yo la que escribí el nombre de papá.

KROGSTAD.—¿V. se penetra bien de toda la gravedad de esa confesión?

NORA.—¿Por qué? Dentro de poco tendrá V. su dinero.

KROGSTAD.—Permítame una pregunta. ¿Por qué no envió V. el recibo á su padre?

NORA.—Era imposible: ¡estaba tan enfermo! Para pedirle su firma, hubiese tenido que declararle el destino del dinero, y en la situación en que se hallaba yo no podía decirle que estaba amenazada la vida de mi marido. Era imposible.

KROGSTAD.—En ese caso hubiera valido más desistir del viaje.

NORA.—Imposible. Ese viaje era la salvación de la vida de mi marido. Yo no podía renunciar á él.

KROGSTAD.—Pero ¿V. no recapacitó la superchería que cometía conmigo?

NORA.—No podía pararme en eso. ¡Bastante me cuidaba yo de V.! Se me hacía V. insoportable por la frialdad con que razonaba, á pesar de saber que mi marido estaba en peligro.

KROGSTAD.—Señora, evidentemente V. no tiene una idea muy clara de la responsabilidad en que ha incurrido. Yo sólo le diré que el hecho que ha acarreado la pérdida de toda mi posicion social no era más criminal que ese.

NORA.—¿V.? ¿V. quiere hacerme creer que ha sido capaz de ningún arranque para salvar la vida de su mujer?

KROGSTAD.—Las leyes no se preocupan de los motivos.

NORA.—Pues entonces son bien malas las leyes.

KROGSTAD.—Malas ó no... si yo presento este papel á la justicia, será V. juzgada según ellas.

NORA.—Lo dudo mucho. ¿No iba á tener una hija el derecho de ahorrar inquietudes y angustias á su anciano padre moribundo? ¿No iba á tener una mujer el derecho de salvar la vida de su marido? Puede que yo no conozca á fondo las leyes, pero estoy segura de que en alguna parte se consignará que esas cosas son lícitas. ¿Y V., que es abogado, no sabe nada de eso? Me parece V. poco ducho como abogado, señor Krogstad.

KROGSTAD.—Es posible. Pero asuntos como estos de que tratamos los dos ¿convendrá V. que los entiendo, eh? Corriente. Pues ahora haga V. lo que guste; lo único que le digo es que, si yo la pago por segunda vez, V. me hará compañía. (*Saluda y vase.*)

NORA. (*Reflexiona un momento; después sacude la cabeza.*)—¡Bah! ¡Queria asustarme! Pero no soy tan tonta. (*Empieza á recoger las prendas de los niños, pero se detiene al cabo de un rato.*) ¡Sin embargo!... ¡No, es imposible! Habiéndolo hecho por amor...

LOS NIÑOS. (*A la puerta de la izquierda.*)—Mamá, se ha ido ese señor.

NORA.—Bien, bien, ya lo sé. Pero no habléis á nadie de ese señor. ¿Lo oís? ¡Ni aun á papá!

LOS NIÑOS.—No, mamá. ¿Quieres jugar ahora?

NORA.—No, no, ahora no.

LOS NIÑOS.—Pero si nos lo habías prometido, mamá.

NORA.—No puedo. Marchaos; tengo mucho que hacer. Andad, hermosos.

(*Los acompaña con cariño y cierra la puerta.*)

NORA. (*Se sienta en el sofá, coge un bordado y da algunas puntadas, pero se detiene en seguida.*) ¡No! (*Tira el bordado, se levanta, va á la puerta de entrada y llama.*) Elena, tráeme el árbol. (*Se acerca á la mesa de la izquierda y abre el cajón.*) ¡No, es completamente imposible!

LA DONCELLA. (*Con el árbol de Navidad.*)—¿Dónde se ha de poner, señorita?

NORA.—Ahí en medio.

LA DONCELLA.—¿Hay que traer algo más?

NORA.—No, gracias; tengo lo que necesito.

(*Vase la doncella, después de dejar el árbol.*)

NORA. (*Arreglando el árbol de Navidad.*)—Aquí hacen falta bujías... y allí flores... ¡Infame de hombre! ¡Sandeces! Todo eso no significa nada. Ha de estar bonito el árbol de Navidad. Yo quiero hacer todo lo que tú quieres, Torvaldo; bailaré por darte gusto, cantaré...

(*Entra Helmer con un rollo de papel debajo del brazo.*)

NORA.—Calla... ¿estás ahí?

HELMER.—Sí. ¿Ha venido alguien?

NORA.—¿Aquí? No.

HELMER.—Es extraño. He visto salir de casa á Krogstad.

NORA.—¡Ah! Sí; Krogstad ha estado un momento.

HELMER.—Te lo conozco en la cara: ¿ha venido para suplicarte que hables en su favor?

NORA.—Sí.

HELMER.—Y debías hacerlo como cosa tuya, ocultándome que había venido. ¿No te ha pedido eso?

NORA.—Sí, Torvaldo, pero...

HELMER.—¡Nora, Nora! ¿Y has podido tú obrar así? ¡Entablar una conversación con semejante hombre y hacerle una promesa! ¡Y, por remate, decirme una mentira!

NORA.—¿Una mentira?...

HELMER.—¿No me has dicho que no había venido nadie? (*La amenaza con el dedo.*) Eso no lo debe volver á hacer mi pajarito cantor. Las aves canoras necesitan tener un pico puro y limpio para gorjear bien... sin desafinaciones. (*La coge de la cintura.*) ¿No es verdad?... Sí, ya lo sabía yo. (*La suelta.*) Y ni una palabra más sobre este asunto. (*Se sienta delante de la chimenea.*) ¡Qué bien se está aquí!

(*Hojea sus papeles. Nora sigue adornando el árbol. Pausa.*)

NORA.—¡Torvaldo!

HELMER.—Di.

NORA.—Me alegro muchísimo de ir pasado mañana al baile de trajes de los Stenborg.

HELMER.—Y yo me muero de curiosidad por saber qué sorpresa nos preparas.

NORA.—¡Oh! ¡qué aburrimiento!

HELMER.—¿El qué?

NORA.—No doy con un traje que valga la pena; todo es insignificante y absurdo.

HELMER.—¡Estamos bien! ¿Ahora sale con eso Norita?

NORA. (*Detrás de la butaca, apoyando los codos en el respaldo.*)—¿Tienes mucha prisa, Torvaldo?

HELMER.—¡Oh!...

NORA.—¿Qué papeles son esos?

HELMER.—Cosas del Banco.

NORA.—¡Ya!

HELMER.—He hecho que los directores salientes me entreguen plenos poderes para realizar todos los cambios necesarios en el personal y en la organización de las oficinas. Voy á invertir la semana de Navidad en ese trabajo. Quiero que esté todo en orden para año nuevo.

NORA.—Entonces ¿es por eso por lo que el pobre Krogstad...?

HELMER.—¡Jem!...

NORA. *(Pasándole la mano por el pelo.)* —Si no estuvieses tan ocupado, te hubiera pedido un favor muy grande.

HELMER.—Sepamos. ¿Qué es?

NORA.—No hay quien tenga tanto gusto como tú. ¡Deseo tanto presentarme bien en ese baile!... Torvaldo, ¿no podrías tú ocuparte de mí y decidir el traje que había de llevar?

HELMER.—¡Hola, hola! La testarudita se da por vencida.

NORA.—Sí, Torvaldo, no puedo decidir nada sin ti.

HELMER.—Bien, bien, se pensará y se ideará alguna cosa.

NORA.—¡Ah, qué amable eres! *(Vuelve al árbol de Navidad. Pausa.)* Pero di, ¿es tan terrible de veras lo que ha hecho Krogstad?

HELMER.—Ha cometido fraudes. ¿Sabes tú lo que quiere decir eso?

NORA.—¿No ha podido ser impulsado por la miseria?

HELMER.—Sí, se obra muchas veces por ligereza. No soy yo tan cruel que condene sin piedad á un hombre por un solo hecho de ese género.

NORA.—No, ¿verdad, Torvaldo?

HELMER.—Más de uno puede levantarse moralmente, á condición de confesar su crimen y de sufrir su pena.

NORA.—¿Su pena?...

HELMER.—Pero Krogstad no ha seguido ese camino. Ha procurado salir del paso con mañas y habilidades; eso es lo que lo ha perdido moralmente.

NORA.—¿Crees tú que?...

HELMER.—Considéralo: un hombre así, con la conciencia de su crimen, tiene que mentir y disimular á todas horas, tiene que enmascararse hasta en el seno de su propia familia: sí, delante de su mujer y de sus hijos. Y eso, cuando se piensa en los hijos, es espantoso.

NORA.—¿Por qué?

HELMER.—Porque semejante atmósfera de mentira contagia con principios malsanos á toda una familia. Cada vez que respiran los hijos absorben gérmenes de mal.

NORA. *(Acercándose á él.)*—¿Estás seguro?

HELMER.—¿Pues no he de estarlo, querida? He tenido mil ocasiones de comprobarlo como abogado. Casi todas las personas depravadas desde temprano han tenido madres mentirosas.

NORA.—¿Por qué madres precisamente?

HELMER.—Se debe á las madres con más frecuencia, aunque el padre, como es natural, obra en el mismo sentido. Todos los abogados lo saben perfectamente. A pesar de eso, Krogstad ha envenenado á sus propios hijos, durante años, con su atmósfera de mentira y de disimulo. He ahí por qué lo llamo un hombre moralmente perdido. *(Le tiende las manos.)* Y he ahí por qué mi graciosa Norita ha de prometerme no hablar en su favor. Dame tu palabra. Vamos, ¿qué es eso? La mano. Así. Convenido. Te aseguro que me sería imposible trabajar con él. Siento literalmente un malestar físico al lado de semejantes personas.

NORA. *(Retira la mano y va á colocarse*

á la parte opuesta del árbol.)—¡Qué atmósfera tan pesada hay aquí! Y yo que tengo tanto que hacer...

HELMER. (*Levantándose y recogiendo los papeles.*)—Tengo que repasar una parte de esto antes de comer. Y luego pensaré en tu traje. Es posible que yo tenga que colgar también alguna cosa en el árbol de Navidad, envuelta en papel dorado. (*Poniéndole la mano en la cabeza.*) ¡Oh, mi querido pajarín cantor!

NORA. (*En voz baja, después de una pausa.*)—¡No, no hay tal! ¡Es imposible! ¡Tiene que ser imposible!

ANA MARÍA. (*En la puerta de la izquierda.*)—Los niños se empeñan en venir con su mamá.

NORA.—No, no, no, no los dejes venir conmigo. Quédate con ellos.

ANA MARÍA.—Bien, sí, señora.

NORA. (*Pálida de terror.*)—¡Depravar á mis niños!... ¡Envenenar la casa! (*Levanta la cabeza.*) Eso no es verdad. Eso es falso, tan cierto como que existo yo.

ACTO SEGUNDO

La misma decoración. En un rincón, cerca del piano, se ve el árbol de Navidad, despojado ya de todos los objetos. El sombrero y el abrigo de Nora aparecen tirados en el sofá.

(*Nora sola va de un lado á otro con agitación; al fin se detiene junto al sofá y coge el abrigo.*)

NORA. (*Soltando el abrigo.*)—¡Alguien viene!... (*Se dirige á la puerta y escucha.*) No, no hay nadie. No, no, no es para hoy día de Navidad, ni mañana tampoco... Pero puede ser que... (*Abre la puerta y mira hacia afuera.*) No, en el buzón no hay nada; está vacío. ¡Qué locura! No era seria aquella amenaza. No puede suceder semejante cosa. Tengo tres hijos.

(*Ana María entra por la puerta de la izquierda con una caja grande de cartón.*)

ANA MARÍA.—Por fin he encontrado la caja del traje.

NORA.—Está bien. Déjala en la mesa.

ANA MARÍA. (*Obedeciendo.*)—El traje puede que no sirva como está.

NORA.—¡Ah! De buena gana lo haría mil pedazos.

ANA MARÍA.—¡Ay, eso no! Puede arreglarse fácilmente; todo se reduce á un poco de paciencia.

NORA.—Sí, iré á pedir á la señora de Linde que me ayude.

ANA MARÍA.—¿Salir otra vez? ¿Con este tiempo tan malo? Va V. á coger frío y á caer enferma.

NORA.—No sería lo peor que pudiera sucederme. ¿Cómo andan los niños?

ANA MARÍA.—Los pobrecillos están jugando con los regalos de Navidad, pero...

NORA.—¿Hablan mucho de mí?

ANA MARÍA.—Se hallan tan acostumbrados á estar con su mamá...

NORA.—Sí, Ana María; pero, ya ves; en el porvenir no podré estar tanto con ellos.

ANA MARÍA.—Los niños se hacen á todo.

NORA.—¿Lo crees tú así? ¿Crees que,

si su mamá se marchara para siempre, la olvidarían?

ANA MARIA. — ¡Dios me valga!... ¡Para siempre!

NORA. —Dime, Ana María... yo me he preguntado muchas veces una cosa. ¿Cómo tuviste valor para confiar tu hijo á manos extrañas?

ANA MARIA. —¿Qué remedio, si había de criar á Norita?

NORA.—Sí, pero ¿cómo pudiste decidirte?

ANA MARÍA.—¿Cuando se presentaba una colocación tan buena? Pues no era poca suerte para una muchacha que había tenido una desgracia. Porque el bribón no quería hacer nada por mí.

NORA.—Tu hija te habrá olvidado de seguro.

ANA MARÍA.—Ni pensarlo. Me escribió al tomar la primera comunión, y luego otra vez al casarse.

NORA. (*Echándole los brazos al cuello.*)—Anita mía, tú fuiste una buena madre para mí, cuando era pequeña.

ANA MARIA.—La pobre Norita no tenía más madre que yo.

NORA.—Y, si los niños llegasen á no tenerla tampoco, ya sé bien que tú... ¡Todo esto es hablar por hablar! (*Abre la caja.*) Anda, vete con ellos. Yo tengo que... ya verás que guapa me pongo mañana.

ANA MARÍA.—En todo el baile habrá otra más guapa que la señorita; eso lo digo yo.

(*Vase por la puerta de la izquierda.*)

NORA. (*Abriendo la caja, pero rechazándola en seguida.*)—Si me atreviese á salir... Si tuviese la seguridad de que no venía nadie... Si supiese que no había de pasar nada en la casa entre tanto... ¡Qué locura! no vendrá nadie. ¡Fuera cavilaciones! A peinar el manguito. A ponerse los guantes majos, los guantes majos. ¡A desechar estas ideas! Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis... (*Lanza un grito.*) ¡Ah! están ahí...

(*Quiere dirigirse á la puerta, pero permanece indecisa. Entra Cristina, después de dejar el sombrero y el abrigo en la antecámara.*)

NORA.—¡Ah! eres tú, Cristina. ¿No viene nadie más, verdad? ¡Qué á punto llegas!

CRISTINA.—He sabido que habías ido á buscarme.

NORA.—Sí, pasaba justamente por tu casa. Quería pedirte que me ayudases. Sentémonos en el sofá. Verás de qué se trata. Mañana hay baile de trajes en el piso de encima de nosotros, en casa del cónsul Stenborg. Torvaldo quiere que me disfrace de pescadora napolitana, y que baile la tarantela que aprendí en Capri.

CRISTINA.—¡Hola, hola! vas á dar una función entera.

NORA.—Sí, es deseo de Torvaldo. Aquí tienes el traje. Me lo mandó hacer allá Torvaldo. Pero está tan averiado, que realmente no sé...

CRISTINA.—Pronto se arregla. No tiene más que descosido el adorno por algunos sitios. ¡Volando! hilo y aguja. ¡Ah! aquí hay de todo.

NORA.—¡Qué buena eres!

CRISTINA. (*Cosiendo.*)—¿De modo que te disfrazas mañana? Oye, vendré un momento para verte. ¡También yo!... no me he acordado de darte las gracias por la buena velada de ayer.

NORA. (*Levantándose y atravesando el escenario.*)—Me parece que ayer no se estaba aquí tan bien como de costumbre. Debías haber venido de fuera un poco antes, Cristina... Es verdad que Torvaldo tiene el arte grandísimo de hacer agradable la casa.

CRISTINA.—Y tú también... no niegas que eres hija de tu padre. Pero, dime, ¿el doctor Rank está siempre tan abatido como ayer?

NORA.—No, ayer estaba más que de costumbre. El infeliz padece una afección terrible á la medula espinal. Ya ves: su padre era un ente repugnante. Mantenía queridas y... todavía podría decirse algo más; por eso ha andado su hijo enfermizo desde la infancia, como comprendes.

CRISTINA. (*Dejando caer la labor.*)—Pero ¿quién te cuenta semejantes cosas, querida Nora?

NORA.—¡Bah!... cuando una ha tenido tres hijos, recibe visitas de ciertas señoras que son medio médicos y que le cuentan muchas cosas.

CRISTINA. (*Se pone á coser de nuevo. Pausa.*)—¿Viene aquí todos los días el doctor Rank?

NORA.—Todos los días. Es el mejor amigo de Torvaldo y mío también. El doctor Rank es, por decirlo así, de la casa.

CRISTINA.—Pero, dime, ¿ese hombre es completamente sincero? Quiero decir... si es amigo de lisonjas.

NORA.—Al contrario. ¿Por qué te ocurre esa idea?

CRISTINA.—Ayer, cuando me lo presentaste, aseguró que había oído aquí frecuentemente mi nombre, y, sin embargo, yo vi más tarde que tu marido no tenía la menor idea de mí. ¿Cómo se explica entonces que el doctor Rank haya podido...?

NORA.—Tienes razón, Cristina. Torvaldo tiene una gran adoración por mí; quiere que yo sea sólo de él, como dice. En los primeros tiempos le daba celos nada más que de oirme hablar de las personas queridas que me rodeaban antes. Naturalmente, me abstuve de hacerlo desde entonces, pero con el doctor Rank hablo á menudo de ellas; le entretiene oirme.

CRISTINA.—Escúchame bien, Nora. Tú eres una niña en más de un sentido; yo tengo más edad que tú, y un poco más de experiencia. Voy á darte un consejo á propósito del doctor Rank: convendría tratar de poner fin á todo esto.

NORA.—¿Poner fin á qué?

CRISTINA.—A muchas cosas. Ayer me hablabas de un adorador rico que debía procurarte dinero.

NORA.—Es verdad; pero ese adorador no existe... desgraciadamente. ¿Qué otra cosa?

CRISTINA.—¿Es rico el doctor Rank?

NORA.—Sí, tiene fortuna.

CRISTINA.—¿Y familia no?

NORA.—Ninguna; ¿pero...?

CRISTINA.—¿Y viene aquí á diario?

NORA.—Ya sabes que sí.

CRISTINA.—¿Y cómo puede tener esa falta de delicadeza un hombre caballeroso?

NORA.—No te comprendo ni poco ni mucho.

CRISTINA.—No hagas papeles, Nora. ¿Crees que no adivino á quién pediste prestados los mil doscientos escudos?

NORA.—¿Has perdido enteramente la cabeza? ¿Puedes creer de veras semejante cosa? ¡A un amigo, que viene aquí todos los días! ¡Pues no sería violenta la situación!

CRISTINA.—Entonces, ¿de veras no es él?

NORA.—Claro que no. Ni un solo instante se me ha ocurrido tal idea. Aparte de que él no podía prestar dinero en aquella época; no ha heredado hasta después.

CRISTINA.—Creo que esa ha sido una suerte para ti, mi querida Nora.

NORA.—No, mujer, jamás me daría la idea de pedir al Doctor... Y eso que estoy muy segura de que si le pidiese...

CRISTINA.—Pero, naturalmente, no lo harás.

NORA.—Por supuesto. No creo que sea necesario. Pero estoy segurísima de que si yo hablase al doctor Rank...

CRISTINA.—¿Sin saberlo tu marido?

NORA.—Es menester salir de este paso. También lo di sin que él lo supiera. Hace falta que esto se concluya.

CRISTINA.—Ya te lo decía yo ayer; pero...

NORA. (*Yendo de un lado para otro.*)—Un hombre puede desenredarse más fácilmente de esta clase de asuntos que una mujer...

CRISTINA.—Si hablas del marido, sí.

NORA.—¡Tonterías! (*Se detiene.*) Cuando se ha pagado todo, ¿se devuelve el recibo, no es eso?

CRISTINA.—Naturalmente.

NORA.—¡Y puede romperse en mil pedazos y quemarse... el inmundo papel!

CRISTINA. (*La mira con fijeza; deja la labor y se levanta lentamente.*)—Nora, tú me ocultas algo.

NORA.—¿Me lo conoces en la cara?

CRISTINA.—Desde ayer mañana ha pasado alguna cosa. Nora, dime lo que es.

NORA. (*Volviéndose hacia ella.*)—¡Cristina! (*Escuchando.*) ¡Cht! Torvaldo está ahí. Pásate al cuarto de los niños. Torvaldo no puede resistir ver coser. Di á Ana María que te ayude.

CRISTINA. (*Recogiendo parte de la labor.*)—Bueno; pero no me iré hasta que me hayas hablado de todo francamente.

(*Vase por la puerta de la izquierda; al mismo tiempo entra Helmer por la de la antecámara.*)

NORA. (*Yendo á su encuentro.*)—¡Con qué impaciencia te aguardaba, querido Torvaldo!

HELMER.—¿Era la costurera?

NORA.—No, era Cristina, que me está ayudando á arreglar el traje. Ya verás qué golpe doy.

HELMER.—Sí, he tenido una idea brillante.

NORA.—Una idea soberbia. Pero yo también tengo el mérito de tratar de complacerte.

HELMER. (*Acariciándole la barba.*)—¿Mérito?... ¿Por complacer á tu marido? Vamos, vamos, loquilla, ya sé que no es eso lo que querías decir. Pero no quiero interrumpirte; tendrás que probarte, supongo.

NORA.—¿Y tú? ¿Vas á trabajar?

HELMER.—Sí. (*Enseñando papeles.*) Mira. He ido al Banco. (*Va á entrar en su cuarto.*)

NORA.—Torvaldo.

HELMER. (*Deteniéndose.*)—¿Decías...?

NORA.—¿Si la ardillita te suplicase encarecidamente una cosa...?

HELMER.—¿El qué?

NORA.—¿La harías, di?

HELMER.—Ante todo habría que saber de qué se trata.

NORA.—Si tú quisieses ser complaciente y amable, la ardillita brincaría y haría toda clase de monadas.

HELMER.—Di de una vez.

NORA.—La alondra gorjearía en todos los tonos.

HELMER.—La alondra no hace más que eso.

NORA.—Bailaría por recrearte como las sílfides á la luz de la luna.

HELMER.—Nora... ¿no será aquello de que hablaste esta mañana?

NORA. (*Acercándose.*)—Sí, Torvaldo... ¡Hazme ese favor!

HELMER.—¿Y tienes valor de veras para volver á hablar de eso?

NORA.—Sí, sí, tienes que consentir, es preciso que Krogstad conserve su puesto en el Banco.

HELMER.—Mi querida Nora, he destinado esa plaza á la señora de Linde.

NORA.—Y eso es muy de agradecer; pero, bueno, no tienes más que dejar cesante á otro, en vez de Krogstad.

HELMER.—¡Eso es una terquedad que pasa de la raya! Porque ayer hiciste irreflexivamente una promesa, querías que...

NORA.—No es por eso, Torvaldo. Es por ti. Tú mismo has dicho que ese hombre escribe en los peores periódicos... ¡Podrá hacerte tanto daño! Me infunde un miedo tan espantoso...

HELMER.—¡Oh! Ya comprendo... Se te habrán renovado recuerdos de otras épocas y te asustas.

NORA.—¿A qué aludes?

HELMER.—Piensas evidentemente en tu padre.

NORA.—Eso, sí. Acuérdate de todo lo que escribieron en los periódicos sobre papá seres viles... y de todas las calumnias que lanzaron contra él. Yo creo que lo hubiesen destituido, á no haberte enviado el ministerio para hacer la información y á no haberte mostrado tan benévolo con él.

HELMER.—Norita mía, hay una gran diferencia entre tu padre y yo. Tu padre no era un funcionario inatacable; yo sí, y espero seguir siéndolo mientras conserve mi posición.

NORA.—¡Oh! ¡quién sabe lo que son capaces de inventar las malas lenguas! ¡Podríamos estar tan bien, tan tranquilos, tan contentos, en nuestro apacible nido, tú, los niños y yo! Por eso es por lo que te suplico con tanta insistencia.

HELMER. — Pues precisamente por hablarme tú en su favor me es imposible dejarlo. Ya se sabe en el Banco que ha de quedar cesante. Si ahora se supiese que la mujer del nuevo director le había hecho mudar de bisiesto...

NORA. — ¿Y qué?

HELMER. — No, poco importa, naturalmente, siempre que tú te salgas con la tuya. ¿Puedes creer que fuese á ponerme en ridículo á los ojos de todo el personal?... ¿A dar á entender que dependo de toda clase de influencias extrañas? Puedes estar segura de que no tardarían en dejarse sentir las consecuencias. Y luego... hay otra razón que hace imposible la permanencia de Krogstad en el Banco mientras yo sea director.

NORA. — ¿Cuál?

HELMER. — Por lo que toca á su mancha moral... yo en rigor hubiese podido ser indulgente...

NORA. — ¿Sí, verdad, Torvaldo?

HELMER. — Sobre todo después de oir decir que es un buen empleado. Pero lo conozco de larga fecha. Es una de esas amistades de la juventud, contraídas á la ligera, y que después nos estorban tan á menudo en la vida. Para decírtelo todo, nos tuteamos. Y ese hombre tiene tan poco tacto, que no hace lo más mínimo por disimular en presencia de otras personas. A la inversa, cree que eso le da derecho á usar conmigo de un tono familiar, y á cada instante me viene con *tú* por arriba y *tú* por abajo. Te juro que eso me es desagradable hasta el último extremo. Haría intolerable mi situación en el Banco.

NORA. — Torvaldo, tú no piensas una palabra de lo que dices.

HELMER. — Sí tal. ¿Por qué no?

NORA. — Porque sería un motivo mezquino.

HELMER. — ¿Qué dices? ¿Mezquino? ¿Me juzgas mezquino?

NORA. — No, muy al revés, mi querido Torvaldo, y por eso...

HELMER. — Lo mismo da. Tú dices que son mezquinos mis motivos; por consiguiente, debo serlo yo. ¿Mezquino? ¿De veras? Es tiempo de que esto acabe. (*Llamando.*) ¡Elena!

NORA. — ¿Qué vas á hacer?

HELMER. — A tomar una resolución.

(*Entra la doncella.*)

HELMER. — Tenga V. esta carta. Salga V. en seguida á buscar un mozo para que la lleve. Pero de prisa. Las señan van puestas. Tome V. el dinero.

LA DONCELLA. — Bien, señorito.

(*Vase con la carta.*)

HELMER. (*Arrollando sus papeles.*— ¡Ea! señora terca.

NORA. (*Con voz ahogada.*) — ¿Qué va en ese sobre?

HELMER. — La cesantía de Krogstad.

NORA. — ¡Recógela, Torvaldo! Aún es tiempo. ¡Oh! Torvaldo, ¡recógela! ¡Hazlo por mí... por ti, por los niños! ¡Oyeme, Torvaldo!... ¡haz eso! No sabes lo que puede acarrearnos á todos.

HELMER. — Es demasiado tarde.

NORA. — Sí, demasiado tarde.

HELMER. — Querida Nora, yo te per-

dono esta angustia, aun cuando en el fondo sea una injuria hacia mí. ¡Sí, lo es! ¿No es una injuria creer que yo podría tener miedo á la venganza de un abogaducho perdido? Pero te lo perdono de todas maneras, porque eso demuestra el gran cariño que me tienes. (*La coge en brazos.*) Es preciso, adorada Nora. Suceda lo que quiera. En los momentos graves ya verás que tengo fuerzas y valor, y que echo el peso de todo sobre mí.

NORA. — (*Asustada.*) — ¿Qué quieres decir?

HELMER. — Todo, te digo...

NORA. (*Con acento firme.*) — ¡Jamás, jamás harás eso!

HELMER. — Bien; pues partiremos, Nora, como marido y mujer. Así debe ser. (*Acariciándola.*) ¿Estás contenta ahora? Vamos, vamos, nada de miradas de paloma asustada. Todo es pura imaginación. Ahora lo que debías hacer es tocar la tarantela y ensayarte en la pandereta. Yo me encerraré en mi despacho, y desde allí no oiré nada. Podrás hacer todo el ruido que quieras, y cuando venga Rank le dices dónde estoy.

(*Le hace una seña con la cabeza, entra en su despacho llevando los papeles, y cierra la puerta.*)

NORA. (*Embargada por la angustia permanece clavada en su sitio y dice á media voz*): — Sería capaz de hacerlo. Lo hará á despecho de todo. ¡Jamás, oh, jamás! ¡Antes cualquier cosa!... ¡Socorro!... ¡Un medio!... (*Llaman.*) ¡El doctor Rank!... ¡Antes cualquier cosa! ¡cualquiera!

(*Se pasa la mano por la frente, tratando de serenarse, y va á abrir la puerta de entrada. Se ve al doctor Rank colgando el abrigo. Durante la escena siguiente va anocheciendo.*)

NORA. — Buenas tardes, Doctor. Lo he conocido á V. en la manera de llamar. No entre V. ahora en el despacho de Torvaldo: creo que está ocupado.

RANK. — ¿Y V.?

NORA. (*Mientras entra el Doctor y ella cierra la puerta.*) — ¡Oh! ya sabe... para V. siempre tengo un momento.

RANK. — Gracias. Me aprovecharé todo el tiempo que pueda.

NORA. — ¿Cómo todo el tiempo que pueda?

RANK. — Sí. ¿Se asusta V.?

NORA. — La expresión es algo extraña. ¿Es que va á pasar algo?

RANK. — Lo que he previsto hace mucho tiempo. Pero no creía que fuese tan pronto.

NORA. (*Asiéndole de un brazo.*) — ¿Qué hay? ¿Qué le han dicho á V.? Doctor, va V. á contármelo.

RANK. (*Sentándose cerca de la chimenea.*) — Estoy al fin de la pendiente. Ya no hay nada que hacer.

NORA. (*Aliviada.*) — ¿Se trata de V.?...

RANK. — Pues ¿de quién? ¿A qué engañarme á mí mismo? Yo soy el más mísero de todos mis pacientes... Estos días he hecho el examen general de mi estado. Es la bancarrota. Antes de un mes quizá estaré pudriéndome en el cementerio.

NORA. — ¡Quite V.! ¡Vaya una manera tan fea de hablar!

RANK. — Es que la cosa misma es ho-

rriblemente fea. Lo peor, sin embargo, son todos los horrores que han de preceder. No me queda ya más que un solo examen. En cuanto lo haga, sabré sobre poco más ó menos cuando empezará el desenlace. Deseo decir á V. una cosa: Helmer, con su temperamento delicado, tiene una aversión pronunciadísima á todo lo feo. No quiero verlo á mi cabecera.

NORA.—¡Oh, pero, Doctor!...

RANK.—No quiero. Bajo ningún pretexto. Le cerraría la puerta. Inmediatamente que tenga la certidumbre de la catástrofe, le enviaré á V. mi tarjeta de visita señalada con una cruz negra: sabrá V. entonces que ha empezado el desastre.

NORA.—No, hoy está V. demasiado extravagante. Y yo que deseaba tanto que estuviese V. de muy buen humor.

RANK.—¿Con la muerte delante de los ojos?... ¿Y pagar por otro? ¿Es eso justicia? Y decir que en cada familia existe de una ú otra manera una liquidación de este género...

NORA. (*Tapándose los oídos.*)—¡Cht! ¡Estemos alegres, estemos alegres!

RANK.—La verdad es que es cosa de risa. Mi espina dorsal, la pobre inocente, debe sufrir aún á causa de la alegre vida que llevó mi padre cuando era teniente.

NORA. (*A la izquierda cerca del veladar.*)—¿Le gustaban demasiado los espárragos y el *foie gras*, verdad?

RANK.—Sí, y las trufas.

NORA.—¡Ah sí! las trufas, ¿y también las ostras?

RANK.—Y las ostras, por supuesto.

NORA.—Y encima sus tragos de Porto y de Champaña... Es sensible que todas esas cosas tan buenas ataquen la espina dorsal.

RANK.—Sobre todo cuando atacan á una infeliz espina dorsal que jamás disfrutó de ellas.

NORA.—¡Ah sí! ¡eso es lo más triste del caso!

RANK. (*Mirándola atentamente.*)—¡Hum!...

NORA. (*Después de una pausa.*)—¿Por qué se sonríe V.?

RANK.—Si es V. la que se ha sonreído.

NORA.—No, Doctor, le juro que era V.

RANK. (*Levantándose.*)—Es V. más bromista de lo que yo pensaba.

NORA.—Es que hoy me encuentro tan dispuesta á decir locuras...

RANK.—Ya se ve bien.

NORA. (*Poniendo las manos sobre los hombros del Doctor.*)—Querido, querido Doctor. No hay que morirse y abandonarnos á Torvaldo y á mí.

RANK.—¡Oh! Será una pena de que se consolarán Vds. en seguida. Se olvida tan pronto á los que mueren...

NORA. (*Mirándolo con inquietud.*)—¿Cree V....?

RANK.—Se crean nuevas relaciones, y después...

NORA.—¿Que se crean nuevas relaciones?

RANK.—V. y Helmer lo harán en cuanto yo desaparezca. V., por su parte, ya me parece que ha empezado. ¿Qué tenía que hacer aquí ayer noche esa señora de Linde?

NORA. — ¡Ah!... no irá V. á estar celoso de esa pobre Cristina.

RANK.—Sí que lo estoy. Me sucederá en la casa. Cuando me llegue la hora, esa señora...

NORA.—¡Cht! no tan alto; está ahí.

RANK.—¿También hoy? Ya lo ve V.

NORA.—Nada más que para arreglar mi traje. ¡Dios mío, qué incomprensible está V. hoy! (*Sentándose en el sofá.*) Ahora hay que ser juiciosos, Doctor. Mañana verá con qué sal bailo y podrá V. decir que no lo hago más que por V... sí, y por Torvaldo, claro está. (*Saca varias cosas de la caja.*) Doctor, venga V. á sentarse, para que le enseñe alguna cosa...

RANK. (*Sentándose.*)—¿El qué?

NORA.—Tiene V. más que mirar... ¡Vea V.!

RANK.—Medias de seda.

NORA.—Color de carne. ¿No es una cosa bonita? Ahora está demasiado oscuro; pero mañana... No, no, no; V. no verá más que los piés. Sin embargo, si por casualidad viese V. más arriba...

RANK.—Hum...

NORA.—¿Por qué pone V. ese gesto de duda? ¿No cree V. que me sentarán bien?

RANK.—¿En qué he de fundarme?

NORA (*Mirándolo un momento.*)—¡Váyase V. á paseo! ¡Qué mala persona! (*Sacudiéndole ligeramente una oreja con las medias.*) Esto es lo que V. merece.

(*Las vuelve á meter en la caja.*)

RANK.—¿Qué más maravillas hay que ver?

NORA.—Ninguna; V. no tiene que ver ya nada, por no ser juicioso. (*Registra la caja tarareando.*)

RANK (*Después de una breve pausa.*)—Cuando estoy aquí con V., familiarmente, no acierto á comprender... No, no comprendo lo que hubiera sido de mí si no hubiese venido á esta casa nunca.

NORA. (*Sonriendo.*)—La verdad es que sí; creo que en último término le va á V. aquí muy ricamente.

RANK (*Bajando la voz y mirando con fijeza hacia adelante.*)—Y tener que abandonar todo esto...

NORA.—¡Niñerías! Que ha de abandonarnos V....

RANK (*Como antes.*)—Y no dejar tras sí el más leve motivo de gratitud... no dejar á lo sumo más que una pena pasajera... no dejar sino un puesto vacío, que podrá ocupar el primero que llegue.

NORA.—¿Y si yo le pidiese á V.?... No...

RANK.—¿Si me pidiese V. qué?...

NORA.—Una gran prueba de afecto·

RANK.—Sí, ¿qué?

NORA.—Es decir, un inmenso servicio.

RANK.—¿Querría darme una vez esa gran alegría?

NORA.—Sí; pero no sabe V. siquiera de qué se trata.

RANK.—Vamos á ver. Diga.

NORA.—No, no puedo, Doctor; ¡es cosa tan enorme!; un consejo, una ayuda y un servicio á la vez...

RANK.—Tanto mejor. No sospecho qué pueda ser; pero acabe de hablar. ¿No tiene V. confianza en mí?

NORA.—Como en nadie. Ya sé que es V. mi mejor y mi más leal amigo. Por eso voy á decírselo todo. Pues bien, Doctor, hay que ayudarme á evitar una cosa. V. sabe lo que me quiere Torvaldo; no vacilaría un instante en dar su vida por mí.

RANK. (*Inclinándose hacia ella.*)—Nora... ¿Cree V. que él sea el único.

NORA. (*Haciendo un ligero movimiento.*)—¿Cómo?

RANK.—¿El único que daría la vida con alegría por V.?

NORA. (*Tristemente.*)—¿Pero de veras?...

RANK.—He jurado que lo sabría V. antes de faltar yo. Jamás hubiese encontrado mejor coyuntura. Sí, Nora, ya lo sabe V., y es tanto como decirle que puede confiarse á mí como á nadie.

NORA. (*Levantándose tranquilamente con actitud natural.*)—Déjeme V. pasar.

RANK. (*Dejándole paso, pero sin levantarse.*)—¡Nora!

NORA. (*En la puerta de entrada.*)—Elena, trae la lámpara. (*Dirigiéndose hacia la chimenea.*) ¡Oh, querido Doctor! ¡Qué mal hace!

RANK.—¿Es un mal haberla amado todo lo más profundamente que cabe?

NORA.—No, sino haberlo dicho. Bastante era...

RANK.—¿Qué quiere V. decir? ¿Que lo sabía?

(*Entra la doncella con la lámpara, la deja en la mesa y vase.*)

RANK.—Nora... señora... pregunto á V. si lo sabía.

NORA.—¿Sé yo acaso?... No puedo realmente decírselo á V.... ¡Cómo ha podido V. ser tan torpe, Doctor! Iba todo tan bien...

RANK.—En fin, ahora tiene V. la certidumbre de que estoy á su disposición en cuerpo y alma. ¿Quiere V. hablar?

NORA. (*Mirándolo.*)—¿Después de lo que acaba V. de decirme?

RANK.—Por favor, dígame lo que es.

NORA.—Asunto concluido. No sabrá V. nada.

RANK.—¡Sí, sí! No me castigue V. de ese modo. Déjeme V. ayudarla hasta donde sea humanamente posible.

NORA.—Ahora ya no puede V. hacer nada por mí... Además no necesito de nadie. Como V. comprenderá, son simples caprichos, y no otra cosa. ¡Eso es evidente! (*Se sienta en la mecedora y lo mira sonriendo.*) Sí, es V. lo que se llama todo un caballero, doctor Rank. ¿No le da á V. vergüenza ahora que está encendida la lámpara?

RANK.—A decir verdad, no. Pero, ¿es cosa de que me marche... para siempre?

NORA.—Ni soñarlo. Vendrá V., naturalmente, como antes. Sabe V. de sobra que Torvaldo no puede pasarse sin V.

RANK.—Sí, pero ¿V.?

NORA.—¿Yo? Veo todas las cosas con tan buenos ojos en cuanto está V. aquí...

RANK.—He ahí cabalmente lo que me ha inducido á error. ¡Es V. un enigma! Me ha parecido muchas veces que V. se complacía tanto en estar conmigo como con Helmer.

NORA.—Y sí señor: hay las perso-

nas queridas y las personas agradables.

RANK.—Eso es verdad.

NORA.—Cuando estaba en mi casa quería á papá sobre todo, naturalmente; pero no tenía mayor placer que bajar á escondidas al cuarto de las criadas; no me sermoneaban nunca y andaban siempre contándose unas á otras cosas tan divertidas...

RANK.—¡Ah, divinamente! ¿De modo que á esas es á las que yo he sustituido?

NORA. (*Levantándose con viveza y corriendo hacia él.*)—No, por Dios, querido Doctor, no es eso lo que he querido decir. Pero bien puede V. comprender que ahora me pasa con Torvaldo lo mismo que con papá.

LA DONCELLA. (*Saliendo de la antecámara.*)—¡Señorita! (*Le habla al oído y le da una tarjeta.*)

NORA. (*Mirando la tarjeta.*)—¡Ah!

(*La guarda en el bolsillo.*)

RANK.—¿Alguna cosa enojosa?

NORA.—No, nada de eso; es... es mi nuevo traje...

RANK.—¿Cómo? ¡Pues si está ahí!

NORA.—Bien, sí, ese; pero hay otro. Lo he encargado yo... Torvaldo no debe saber nada...

RANK.—¡Ah! He ahí entonces el gran secreto.

NORA.—Pues claro; váyase V. corriendo con él; está en la pieza del fondo; no le deje V. venir...

RANK.—Esté V. tranquila; no se me escapará. (*Pasa á las habitaciones de Helmer.*)

NORA. (*A la doncella.*)—¿Y espera en la cocina?

LA DONCELLA.—Sí, señora; ha subido por la escalera de servicio...

NORA.—¿No le has dicho que había gente?

LA DONCELLA.—Sí; pero no ha servido de nada.

NORA.—¿No ha querido marcharse?

LA DONCELLA.—No; dice que no se irá sino después de haber hablado con la señorita.

NORA.—Bien. Pues que pase; pero sin hacer ruido. No se lo digas á nadie, Elena; es una sorpresa para el señorito.

LA DONCELLA.—Si, sí, comprendo...

(*Vase.*)

NORA.—¡Se prepara lo tremendo! Aquí lo tenemos. ¡No, no, no, no puede, no debe pasar tal cosa!

(*La doncella acompaña á Krogstad y cierra la puerta. Krogstad se presenta vestido de viaje, con botas recias y gorra de pieles.*)

NORA. (*Adelantándose hacia él.*)—Hable bajo, que está ahí mi marido.

KROGSTAD.—No hay inconveniente.

NORA.—¿Qué quiere V.?

KROGSTAD.—Decirle una cosa.

NORA.—¡Hable pronto! ¿Qué es?

KROGSTAD.—¿V. sabe que he recibido la cesantía?

NORA.—No he podido evitarlo, señor Krogstad. He defendido su causa hasta el fin, pero todo ha sido inútil.

KROGSTAD.—¿Tan poco la quiere á

V. su marido? Sabe lo que puede suceder, y, á pesar de eso, se atreve...

NORA.—¿Cómo le cabe á V. en la cabeza que lo sepa?

KROGSTAD.—Realmente no lo he creído nunca. No sería hombre para demostrar tanto valor mi buen Torvaldo Helmer.

NORA.—Señor Krogstad, exijo que se respete á mi marido.

KROGSTAD.—Se supone. Se le respeta todo lo que es debido. Pero, puesto que V. pone tanto empeño en ocultar este asunto, me permito suponer que está V. mejor informada que ayer sobre la gravedad de lo que hizo.

NORA.—Mejor informada que hubiera podido serlo por V.

KROGSTAD.—En efecto: un jurista tan malo...

NORA.—¿Qué me quiere V.?

KROGSTAD.—Nada. Ver sólo cómo va V., señora. He estado pensando en V. todo el día. Por más que uno sea un abogaducho, un... en fin, un sujeto como yo, no por eso deja de tener algo que se llama corazón, después de todo.

NORA.—Pruébelo V.; piense en mis hijos.

KROGSTAD.—¿Ha pensado en los míos su marido de V.? Pero importa poco. Yo sólo quería decir á V. que no tomase la cosa muy por lo trágico. Por el pronto, no he de presentar acusación contra V.

NORA.—¿No, verdad? Estaba segura.

KROGSTAD.—Cabe muy bien terminar este asunto amistosamente. No hace falta para nada que se enteren otras personas. Puede quedar entre nosotros tres.

NORA.—Mi marido no debe saber nada nunca...

KROGSTAD.—¿Cómo quiere V. impedirlo? ¿Acaso puede V. pagar lo que resta?

NORA.—Inmediatamente, no.

KROGSTAD.—¿Ha encontrado V. quizá manera de procurarse dinero estos días?

NORA.—No. Medio que yo me avenga á emplear, nó.

KROGSTAD.—Aparte de todo, no le serviría á V. de nada. Ofrézcame V. la cantidad que quiera; yo no he de devolverle el pagaré.

NORA.—Pero explíqueme entonces cómo quiere utilizarlo.

KROGSTAD.—Quiero conservarlo simplemente; tenerlo en mi poder. Ningún extraño sabrá nada. Por manera que si había pensado V. en alguna resolución desesperada...

NORA.—Sí que he pensado.

KROGSTAD.—... en abandonarlo todo y huir...

NORA.—Lo he pensado, sí.

KROGSTAD.—...O en algo peor aún...

NORA.—¿Cómo puede V. saberlo?

KROGSTAD.—...Renuncie V. á esas ideas.

NORA.—Pero, ¿cómo sabe V. que las tengo?

KROGSTAD.—Casi todos las tenemos al principio. Yo las he tenido como los demás; pero confieso que me faltó valor.

NORA. (*Con voz sorda.*)—¡A mí también!

KROGSTAD. (*Tranquilizado.*)—¿No es verdad? A V. también le falta valor.

NORA.—Sí.

KROGSTAD.—Sobre que sería una solemne tontería. Una vez pasada la primer tempestad conyugal... Aquí, en el bolsillo, traigo una carta para su marido de V....

NORA.—¿Se lo dice V. todo?

KROGSTAD.—Con las mayores atenuaciones posibles.

NORA. (*Con precipitación.*)—No debe ver esa carta. Rómpala V. Yo encontraré dinero.

KROGSTAD.—Dispénseme, señora pero creo haberle dicho hace un mo' mento...

NORA.—¡Oh! no hablo del dinero que le debo á V. Dígame la cantidad que pide á mi marido, y se la daré yo.

KROGSTAD.—No pido dinero á su marido de V.

NORA.—¿Pues qué quiere V. entonces?

KROGSTAD.—Voy á decírselo á V. Quiero prosperar, señora, quiero hacer fortuna; y en eso ha de ayudarme su marido. Durante año y medio no he cometido ningún acto deshonroso; durante todo ese tiempo he batallado con las más duras dificultades. Estaba satisfecho con volver á subir paso á paso. Ahora me echan, y no me basta ya que me vuelvan á admitir simplemente por favor. Quiero prosperar, digo. Quiero entrar en el Banco... en mejores condiciones que antes; su marido de V. tiene que crear una plaza para mí...

NORA.—¡Eso no lo hará nunca!

KROGSTAD.—Lo hará; lo conozco... no se atreverá á pestañear. Y, una vez conseguido, ya verá V. Antes de un año seré la mano derecha del director. Quien dirigirá el Banco será Nils Krogstad y no Torvaldo Helmer.

NORA.—Jamás sucederá tal cosa.

KROGSTAD.—¿Querría V. acaso?...

NORA.—Ahora tengo valor.

KROGSTAD.—¡Oh! No me asusta V. Una dama distinguida y delicada como V...

NORA.—¡Ya verá V., ya verá!

KROGSTAD.—¿Bajo el hielo acaso? ¿En el abismo humedo, frío y sombrío? Y volver á la superficie en la primavera, desfigurada, desconocida, sin cabello...

NORA.—No me asusta V.

KROGSTAD.—Ni V. á mí. No se hacen esas cosas, señora. ¿Y á qué, además? De todos modos, lo tengo en el bolsillo.

NORA.—Cuando yo no exista...

KROGSTAD.—Olvida V. que entonces estará en mis manos su memoria.

(*Nora lo mira perpleja.*)

KROGSTAD.—Con que ya está V. advertida. ¡Nada de bobadas! Cuando Helmer reciba mi carta, espero su contestación. Y acuérdese V. bien de que su marido es quien me obliga á dar este paso. He ahí lo que no le perdonaré nunca. Adiós, señora.

(*Váse.*)

NORA. (*Entreabriendo con precaución la puerta del vestíbulo y escuchando.*)—Se fué. No le enviará la carta. ¡No,

no, es imposible! (*Abre la puerta más cada vez.*) ¿Qué es esto? Se ha detenido. Reflexiona. ¿Iría á...?

(*Oyese caer una carta en el buzón, y después los pasos de Krogstad, cuyo ruido va extinguiéndose conforme baja la escalera.*)

NORA. (*Reprime un grito y vuelve corriendo hasta el velador. Un momento de silencio.*)—¡Está en el buzón! (*Torna sigilosamente á la puerta de la antecámara.*) ¡Está ahí!... ¡Torvaldo, Torvaldo... nos hemos perdido!

CRISTINA. (*Entrando con el traje por la puerta de la izquierda.*)—No he podido hacer más. ¿Quieres probártelo?

NORA. (*Bajo, con voz ahogada.*)—Cristina, ven aquí.

CRISTINA. (*Tirando el vestido en el sofá.*)—¿Qué tienes? Pareces completamente trastornada.

NORA.—Ven aquí. ¿Ves esa carta? ¿Ahí, al través de la abertura del buzón?

CRISTINA.—Sí, veo perfectamente.

NORA.—Esa carta es de Krogstad.

CRISTINA.—¡Nora!... ¿Fué Krogstad quien te prestó ese dinero?

NORA.—Sí. Y ahora lo sabrá todo Torvaldo.

CRISTINA.—Créeme, Nora, es lo mejor para vosotros dos.

NORA.—Es que no lo sabes todo; he puesto una firma falsa.

CRISTINA.—¡Gran Dios!... ¿Qué dices?

NORA.—¡Ahora oye una cosa, Cristina! Oye lo que voy á decirte: es menester que me sirvas de testigo.

CRISTINA.—¿Testigo de qué? ¡Di!

NORA.—Si yo me volviese loca... y bien puede llegar ese caso...

CRISTINA.—¡Nora!

NORA.—O si me sucediese cualquier otra cosa... y no estuviese aquí para...

CRISTINA.—¡Nora, Nora, estás fuera de ti!

NORA.—Si hubiese entonces alguien que quisiese echar toda la culpa sobre sí... ¿comprendes?

CRISTINA.—Sí, ¿pero cómo puedes creer...?

NORA.—En ese caso debes declarar que es falso, Cristina. No estoy fuera de mí; estoy en mi sano juicio, y te digo: Ninguna otra persona lo supo; obré sola, absolutamente sola. Acuérdate bien de esto.

CRISTINA.—Bien, me acordaré. Pero aún no comprendo...

NORA.—¡Ah! ¿Cómo has de comprender? Es que va á obrarse un prodigio.

CRISTINA.—¿Un prodigio?

NORA.—Sí, un prodigio. ¡Pero es tan terrible!... Cristina, es menester que no suceda tal cosa; no quiero, á ningún precio.

CRISTINA.—Voy á hablar con Krogstad ahora mismo.

NORA.—No vayas á verlo: lo pasarías mal.

CRISTINA.—Hubo un tiempo en que hubiese hecho todo lo de este mundo por agradarme.

NORA.—¿El?

CRISTINA.—Dónde vive?

NORA.—¿Y qué sé yo?... Digo, sí. (*Se registra el bolsillo.*) Aquí tienes su tarjeta. ¡Pero la carta!...

HELMER. (*Llamando á la puerta que comunica con sus habitaciones.*)—¡Nora!

NORA.—(*Lanzando un grito de angustia.*)—¿Qué ocurre? ¿Qué me quieres?

HELMER.—¡Vamos, vamos! no tengas miedo. No podemos entrar; has cerrado la puerta. ¿Te estarás probando el vestido?

NORA.—Sí, sí, estoy probándomelo. Tan guapa como voy á estar, Torvaldo...

CRISTINA.—(*Después de mirar la tarjeta.*)—Vive muy cerca de aquí, ahí en la esquina.

NORA.—Sí, pero ¿á qué? Estamos perdidos. La carta está en el buzón.

CRISTINA.—¿Y tiene la llave tu marido?

NORA.—Siempre.

CRISTINA.—Krogstad puede reclamar la carta antes de que sea leída; puede inventar un pretexto cualquiera.

NORA.—Pero es justamente la hora en que Torvaldo acostumbra á...

CRISTINA.—Entre tanto, ve á su cuarto. Yo vuelvo todo lo antes posible.

(*Vase precipitadamente por la puerta del vestíbulo.*)

NORA. (*Acercándose á la puerta de Helmer, abriéndola y mirando.*—¡Torvaldo!

HELMER. (*Desde dentro.*)—¡Bueno! al fin se puede entrar. Ven, Rank, vamos á ver... (*Apareciendo.*) Pero ¿en qué quedamos?

NORA.—¿Qué, querido Torvaldo?

HELMER.—Rank me había preparado para asistir á una gran exhibición del traje.

RANK (*Presentándose.*)—Así lo había comprendido, pero parece que me he engañado.

NORA.—De medio á medio. Hasta mañana nadie me verá con todas mis galas.

HELMER.—Pero, querida Nora, ¡qué mala cara tienes! ¿Es que te has fatigado ensayando el baile?

NORA.—No, no he ensayado aún una sola vez.

HELMER.—Pues no habrá más remedio.

NORA.—Sí, Torvaldo, es indispensable. Pero no puedo dar un paso sin ti. Lo he olvidado todo.

HELMER.—Bien, nos pondremos á ello.

NORA.—¿Sí, verdad? Al fin vas á ocuparte de mí, Torvaldo. ¿Me lo prometes? Estoy tan intranquila. Esa reunión... ¡Nada de negocios esta noche, nada de letras! ¿Eh? ¿quieres?

HELMER.—Te lo prometo. Esta noche estoy por completo á tu disposición... atolondradilla. ¡Ah, es verdad! antes tengo que ver una cosa.

(*Se dirige hacia la puerta del vestíbulo.*)

NORA.—¿Qué vas á hacer?

HELMER.—A ver nada más si han venido cartas.

NORA.—No, Torvaldo, no vayas.

HELMER.—¿Por qué?

NORA.—Te lo suplico, Torvaldo... no hay.

HELMER.—Déjame ver.

(*Da un paso hacia la puerta. Nora se sienta al piano y empieza á tocar la tarantela.*)

HELMER.—¡Ah!

NORA.—No podré bailar mañana, si no ensayo hoy contigo.

HELMER. (*Acercándose á ella.*) — ¿De veras tienes tanto miedo, Norita?

NORA.—¡Ay sí! ¡terrible! Vamos á ensayar ahora mismo; todavía tenemos tiempo antes de ponernos á la mesa. Siéntate ahí, querido Torvaldo, y toca. Corrígeme, dame consejos como acostumbras.

HELMER.—Puesto que lo deseas, andando.

(*Se sienta al piano.*)

NORA. (*Abre una caja; saca una pandereta y un chal de varios colores; se envuelve en un abrir y cerrar de ojos; de un brinco se planta en medio de la habitación y exclama*): —¡Ea! ¡toca! Voy á bailar.

(*Helmer toca; Nora baila; Rank permanece detrás de Helmer, siguiéndola con la vista.*)

HELMER. (*Tocando.*)—Despacio, despacio.

NORA.—Imposible.

HELMER.—Menos precipitación.

NORA.—Es precisamente lo que hace falta.

HELMER.—¡Quiá, eso no va bien!

NORA. (*Riendo y agitando la pandereta*)—¿Qué te decía yo?

RANK. — Permíteme sentarme al piano.

HELMER. (*Levantándose.*) — Con alma y vida, así podré dirigirla mejor.

(*Rank se sienta al piano y toca. Nora baila de una manera más desatentada cada vez. Helmer, colocado cerca de la chimenea, le dirige de vez en cuando una observación que ella parece no oir. Se le suelta el pelo, cayéndole por la espalda; no lo nota y sigue bailando. Entra Cristina.*)

CRISTINA. (*Deteniéndose confusa.*)—¡Oh!...

NORA.—Me coges en plena locura, Cristina.

HELMER.—Pero querida Nora, bailas como si te fuese en ello la vida.

NORA.—Y así es.

HELMER.—Para, Rank. Es un furor. Que pares, te digo.

(*Calla el piano y Nora se detiene de repente.*)

HELMER. (*A Nora.*)—No lo hubiera creído nunca: has olvidado todo lo que te enseñé.

NORA. (*Tirando lejos de sí la pandereta.*)—Ya lo ves.

HELMER.—Vamos, necesitas mucha dirección.

NORA.—Ya ves si la necesito. Tú me guiarás hasta el fin. ¿Me lo prometes, Torvaldo?

HELMER.—Puedes confiar.

NORA.—Ni hoy ni mañana debes pensar más que en mí, no has de abrir cartas ni... el buzón.

HELMER.—¡Bueno! otra vez el temor de ese nombre.

NORA.—¡Pues bien, sí! Algo de eso hay también.

HELMER.—Nora, te lo conozco en la cara; allí hay de fijo una carta suya.

NORA.—No sé; lo creo; pero ahora no hay que leer esas cosas. Que no se

interponga ninguna sombra entre nosotros hasta que todo haya acabado.

RANK. (*Aparte á Helmer.*)—No conviene contrariarla.

HELMER. (*Pasándole el brazo por la cintura.*)—Vaya, niña, se hará lo que tú quieres. Pero mañana, después que bailes...

NORA.—Quedarás en libertad.

LA DONCELLA. (*Desde la puerta de la derecha.*)—La señorita está servida.

NORA.—Trae Champaña, Elena.

LA DONCELLA.—Sí, señora.

(*Vase.*)

HELMER.—¡Hola, hola! Va á haber *gaudeamus*, á lo que parece.

NORA.—Fiesta y festín hasta mañana. (*Gritando á la doncella.*)—Y unas pocas almendras, Elena, ó, más bien, muchas; una vez no es todos los días.

HELMER. (*Cogiéndole las manos.*)—Vamos, vamos, así me gusta. No hay que ponerse loca de miedo. Hay que volver á ser como siempre, mi alondrita canora.

NORA.—Sí, Torvaldo, sí. Pero anda ahí dentro mientras; y V. también, Doctor. Tú, Cristina, me ayudarás á arreglarme el pelo.

RANK. (*Aparte á Helmer, dirigiéndose al comedor.*)—¿Y qué?... todo esto... ¿presagia... algo de particular?

HELMER.—Ni por asomo, amigo mío. No es más que esa pueril angustia de que te he hablado.

(*Vanse por la derecha.*)

NORA.—¿Qué?

CRISTINA.—Marchó al campo.

NORA.—Te lo he leído en la cara.

CRISTINA.—Vuelve mañana por la noche; le he dejado cuatro letras.

NORA.—No hubieras debido hacerlo. No hay que tratar de impedir nada. En el fondo, es un goce esperar el terror.

CRISTINA.—¿Qué esperas?

NORA.—¡Oh! tú no comprenderías. Vete con ellos. En seguida iré yo.

NORA. (*Permanece inmóvil un momento como para recogerse; luego mira el reloj.*)—Las cinco. De aquí á media noche, siete horas. Después veinticuatro horas hasta la media noche inmediata. Entonces se habrá bailado la tarantela. ¿Veinticuatro y siete? Tengo treinta y una horas de vida.

HELMER. (*En la puerta de la derecha.*)—Pero ¿qué es de la alondrita?

NORA. (*Arrojándose en sus brazos.*)—¡Aquí la tienes!

ACTO TERCERO

La misma decoración. Los muebles—mesa, asientos y sofá—han sido trasladados al medio de la estancia. La puerta de la antecámara está abierta. Se oye música de baile procedente del piso superior.

(*Cristina, sentada cerca de la mesa, hojea distraídamente un libro. Trata de leer, pero no parece poder fijar su pensamiento. A ratos dirige una mirada á la puerta y escucha atentamente.*)

CRISTINA. (*Mirando su reloj.*)—No viene. Ya es pasada la hora, sin embargo. Con tal que... (*Vuelve á escuchar.*) ¡Ah, es él! (*Va á la antecámara y abre suavemente la puerta exterior; se oye*

subir con sigilo la escalera. En voz baja):
—Entre V., estoy sola.

KROGSTAD. (*En la puerta.*)—He recibido una carta de V. ¿Qué quiere decir esto?

CRISTINA.—Tengo necesidad absoluta de hablarle.

KROGSTAD.—¿Sí? Y la entrevista, ¿ha de ser aquí necesariamente?

CRISTINA.—No podía recibir á V. en mi alojamiento: no tengo puerta especial. Venga V.; estaremos solos. Los Helmer están de baile en el segundo piso.

KROGSTAD. (*Entrando.*)—¡Oiga, oiga! ¿Los Helmer bailan esta noche? ¿Pero es de veras?

CRISTINA.—¿Qué tiene de particular?

KROGSTAD.—Nada.

CRISTINA.—Vamos á ver, Krogstad, tenemos que hablar.

KROGSTAD.—¿Nosotros dos? ¿Qué podremos decirnos aún?

CRISTINA.—Muchas cosas.

KROGSTAD.—No lo hubiera creído.

CRISTINA.—Es que V. no me ha comprendido bien nunca.

KROGSTAD.—El caso no tenía mucho que comprender; esas cosas se ven todos los días: una mujer sin corazón despide á un hombre cuando se presenta un partido más ventajoso.

CRISTINA.—¿Me cree V., pues, falta de corazón en absoluto? ¿Cree V. también que no me costó nada el rompimiento?

KROGSTAD.—Sin duda.

CRISTINA.—¿Ha creído V. eso realmente, Krogstad?

KROGSTAD.—Si no era así, ¿por qué me escribió V. como lo hizo?

CRISTINA.—No podía obrar de otro modo. Decidida á romper, debía arrancar de su corazón de V. todo lo que sintiese por mí.

KROGSTAD. (*Frotándose las manos.*)—¡Ah! ¡Eso es!... Y todo por una cuestión de dinero.

CRISTINA.—No debe V. olvidar que yo tenía entonces que sostener una madre y dos hermanos pequeños. No podíamos esperar á V.; V. no tenía entonces más que esperanzas tan remotas...

KROGSTAD. — Aun suponiendo que fuese así, V. no tenía el derecho de rechazarme por otro.

CRISTINA.—No sé. Muchas veces me lo he preguntado.

KROGSTAD. (*Bajando la voz.*)—Cuando la perdí á V., fué lo mismo que si me hubiese faltado el suelo. Míreme; soy como un náufrago asido á una tabla.

CRISTINA.—Quizá no está lejos la salvación.

KROGSTAD.—La tenía ya, y V. ha venido á quitármela.

CRISTINA.—Yo he sido extraña á eso, Krogstad. Hasta hoy no he sabido que á quien iba á sustituir en el Banco era á V.

KROGSTAD.—Lo creo, puesto que me lo dice. Pero ahora que lo sabe, ¿no renunciará V. el puesto?

CRISTINA.—No; á V. no le serviría de nada.

KROGSTAD.—¡Ah, bah!... Yo, en su lugar de V., lo haría de todos modos.

CRISTINA.—Yo he aprendido á obrar

juiciosamente. Me lo han enseñado la vida y la dura necesidad.

KROGSTAD.—Pues á mí la vida me ha enseñado á no fiarme de palabras.

CRISTINA.—En eso le ha dado á V. una sabia lección. ¿Pero en las acciones se fiará, sin embargo?

KROGSTAD.—¿Qué quiere V. decir?

CRISTINA.—V., según dice, es un náufrago asido á una tabla.

KROGSTAD.—Tengo buenas razones para hablar así.

CRISTINA.—Yo también soy un náufrago asido á una tabla: no tengo nadie á quien consagrarme, nadie que necesite de mí.

KROGSTAD.—V. lo ha querido.

CRISTINA.—No estaba en mi mano elegir.

KROGSTAD.—¿A dónde quiere V. venir á parar?

CRISTINA.—¿Qué le parece á V., Krogstad, si esos dos náufragos se tendiesen la mano?

KROGSTAD.—¿Qué dice V.?

CRISTINA.—¿No vale más juntarse en la misma tabla?

KROGSTAD.—¡Cristina!

CRISTINA.—¿Cuál cree V. que es el motivo que me ha traído á esta ciudad?

KROGSTAD.—¿Habría V. pensado en mí?

CRISTINA.—Necesito trabajar para poder soportar la existencia. Todos los días de la vida, hasta donde alcanzan mis recuerdos, los he pasado trabajando. Era mi mayor y mi única alegría. Ahora me veo sola en el mundo, siento un abandono, un vacío horrible. No pensar una más que en sí misma destruye todo el atractivo del trabajo. Vamos, Krogstad, cuénteme V. por quién y por qué trabajar.

KROGSTAD.—No creo á V.: eso no es más que orgullo de mujer que se exalta y quiere sacrificarse.

CRISTINA.—¿Me ha conocido V. jamás exaltada?

KROGSTAD.—¿Sería V. capaz de veras de hacer lo que dice? ¿Conoce V. todo mi pasado?

CRISTINA.—Sí.

KROGSTAD.—Conoce V. mi reputación, lo que se dice de mí.

CRISTINA.—Si le he comprendido bien hace poco, V. cree que yo hubiera podido salvarlo.

KROGSTAD.—Estoy seguro.

CRISTINA.—¿No se puede reparar todo?

KROGSTAD.—¡Cristina! ¿Ha pensado V. bien lo que dice? Sí, lo veo en su cara. ¿De modo que tendría el valor...?

ENRIQUE IBSEN.

(Se continuará.)

RETRATO DE UN HUMILDE

El pesado carruaje del tranvía que enlaza la estación de Montparnasse con el Arco de la Estrella va á arrancar. En aquella tarde áspera y fría de Febrero, ya no queda libre en el interior más que el penúltimo sitio del fondo á la izquierda; sitio estrecho, apenas visible entre una enorme artesana que lleva un saco de cuero negro sobre sus gruesas rodillas, y un viejo condecorado con la roseta, sin duda un antiguo oficial, cuyo rostro teñido por la bilis, los ojos de un azul duro y la boca amarga, indican bastante bien lo que se llama un culo de mal asiento, el mismo que de seguro será quien primero pronuncie la frase: «Pero, qué, ¿no andamos?» Y precisamente á la segunda vez que la dice con voz acre, detiénese de nuevo el coche, que ya había echado á andar. Precipítase dentro de él un hombre bajo y rechoncho, disparado más bien que empujado por el conductor. Con una mano se agarra á las correas del techo, mientras con la otra sostiene una bolsa repleta de libros y verdosa de puro usada. Por entre rodillas con que choca, piés que pisa y paraguas que derriba, rueda hasta donde se hallan el viejo y la artesana. Con un «dispensen ustedes» (al cual ninguno se digna responder), toma asiento entre esos dos temibles vecinos. El primero le da un codazo seco y duro, la segunda le rebasa con sus formas. «Con perdón de V.—dice el recién venido á la izquierda—«con perdón de V.»—repite á la derecha;—y el carruaje resbala al trote de sus dos caballos de color gris de hierro, por ese bulevard de artistas, de pequeños rentistas y de obreros, que ostenta en sus innumerables prenderías un millar de grabados y bustos representando al primer Emperador. ¡Oh cruel ironía de las glorias que se acaban!

Sin embargo, bien ó mal, se ha instalado el hombre de la bolsa y abre ésta, en el último período de uso. Saca de allí una treintena de hojas de papel dobladas por la mitad y por un lado. Del bolsillo de su gabán, ribeteado toscamente con trencilla en las bocamangas y lleno de mugre el cuello, saca un lápiz y se echa un poco atrás el sombrero de copa, un sombrero de satén tan fatigado de resortes como raído de tela. Lleva los cabellos bastante largos y una barba inculta. Sus pesadas botas están salpicadas de barro, el pantalón tiene rodilleras y su corbata negra se hace ya trizas alrededor de un cuello postizo de papel que imita mal el lienzo. Las manchas de una de sus manos revelan el uso reciente del portaplumas; y cuando vuelve una por una las hojas de papel sobre las cuales traza su lápiz signos cabalísticos, las miradas de los curiosos del tranvía pueden leer las palabras: *Institución Vanaboste, Versión latina.* El hombre de la bolsa es un profesor; y de la variedad más melancólica dentro de la docta especie, un profesor libre.

El profesor libre no tiene más que cincuenta y dos años. Se le echarían sesenta, tantas son en toda su persona las huellas que manifiesta de su vida, formada por completo de un continuo é irresistible agotamiento. Y si no, júzguese por esto poco. Esta mañana se levantó á las cinco, sin hacer ruido, para no despertar á su mujer. Se ha acicalado á oscuras, con el único jarro de agua, el único jabón y el único peine que hay en la casa. Antes de la seis se dirigió á pié, por economía, desde la avenida de los Gobelinos, donde habita, hasta un colegio de la calle de la Vieille-Estrapade. Desde las seis á las siete y media ha tomado las lecciones y revisado las tareas de castigo á varios alumnos que siguen el curso en el Liceo de Luis el Grande. A las ocho se sentaba en una de las aulas de la Institución Vanaboste, recién trasladada, desde que ha crecido en importancia, á un hotel de la calle de la Montaña de Santa Genoveva, «entre patio y jardín», dicen los prospectos, sin especificar que ese jardín consiste en un cuadro de terreno como un moquero de grande, donde brotan tres acacias enfermas y donde nunca penetra el sol, por lo altas que son las casas medianeras. Por único desayuno ha tomado el profesor, entre esas dos sesiones, una rosquilla de cinco céntimos masculada mientras corría á lo largo de los tristes paredones del Panteón. Hasta las diez no volvió á casa. En ella explicó á cuatro alumnos, dos á dos, hasta las doce y media. Son las tres; y desde el almuerzo ha tenido tiempo para dar otra clase en

la escuela de Santa Cecilia, colegio de señoritas donde su edad le ha hecho ser admitido. Con otras cinco lecciones, tres antes de comer y dos después de la comida, concluirá la jornada.

El coche anda, se para, arranca, va retrasando la marcha, se detiene y vuelve á arrancar de nuevo. El lápiz del profesor continúa corriendo por las márgenes de las cuartillas, trazando allí letras: *cs*, que significa *contrasentido*, y *ffr*, que quiere decir *faltas de francés*, y *fs*, que indica *falso sentido*, y *fo* (los innumerables *fo*), que expresan *faltas de ortografía*. Y mientras corrige esas cuartillas, el viejo galeote de la enseñanza libre piensa en la lección particular á domicilio que va á tener. Su antiguo colega del colegio Vanaboste, Claudio Larcher, el escritor tan conocido hoy, le ha proporcionado una lección en casa de una señora rusa, de tránsito en París, una hora cuatro veces por semana, para un niñito demasiado pálido, muy dulce, á quien sólo hay que enseñarle á leer y escribir al dictado: ¡y por esta hora dan treinta francos! Nunca se ha visto pagado así el profesor, y acaricia un ensueño: aprovechar la ocasión para ahorrar algún dinerillo y realizar á la postre su deseo de veintisiete años de matrimonio, que consiste en ir quince dias á la costa con su mujer. Nunca ha podido. ¡Son tan pesadas sus cargas, que ha tenido siempre que trabajar mucho! Rechazado en la Escuela normal, á los diez y nueve años se hizo pasante por prepararse para la licenciatura. Una vez licenciado, se casó con la hija de uno de sus colegas; y en seguida hubo que pagar los muebles, criar el primer hijo, luego el segundo, después el tercero, más tarde el cuarto. Hoy sus dos hijas mayores están casadas, la una con un comerciante y la otra con un abogado, dos antiguos discípulos. Como no ha habido dote que darlas, el padre asegura á cada una de ellas, por contrato, mil francos anuales, total, dos mil francos. De los dos muchachos, el uno ha salido este año de Saint-Cyr, y el padre le pasa también mil francos anuales; la madre es quien le ha decidido á esta pensión, para que no haya injusticia. No sé dónde, hay en provincias una anciana tía, que se moriría de hambre sin los trescientos francos que la manda, y ha recogido en su casa á la madre de su mujer. Todo esto cuesta mucho, y el profesor no recibe, por término medio, más paga que cuatro francos por una hora á domicilio, algunas veces tres, otras cinco, con menos frecuencia seis, y rara, rarísimamente, siete. La lección del ruso es como una herencia inesperada; tan-

to más, cuanto que el enlace del tranvía de Montparnasse le permite ir á casa de su alumno y volver de ella, por sesenta céntimos, sin perder demasiado tiempo, gracias al sistema de los carriles que, evitando las sacudidas, permite escribir en el carruaje. Por eso se nota una agradable sonrisa en el excelente «señor H_2O», como le llaman los Vanabroste, burlándose de su incuria personal, con el nombre de la fórmula química del agua. Poco se preocupa de que sus dos vecinos le espachurren á quien más pueda, y que los demás viajeros miren con desprecio ó con mofa á él, su sombrero, su bolsa y sus cuartillas. Ve con el pensamiento un rinconcito de playa normanda, con arreglo á los periódicos ilustrados por dibujantes que nunca han salido de París. Ve el Océano, y ve á la «mama» (su mujer), sentada sobre las conchas al borde de las olas (*Purpureum mare*, como dice su querido Virgilio). Y cuando el tranvía para en el Arco, después de haber cruzado el Sena y subido al paso la áspera y larga avenida de Marceau, va saltando con aire vivaracho hasta la puerta del hotel, alquilado con muebles, calle de Bel-Respiro, donde habita la gran señora rusa madre de Andresito. Se olvida de limpiarse las suelas debajo de la marquesina, y el portero de librea que acaba de anunciarle con dos campanadas, como á los proveedores, dice á un lacayo entretenido en el pabellón:

—Este gana el dinero como quiere, sin hacer nada; y ni siquiera es para tomar un simón y venir así limpio... ¡Anda, viejo avariento!

¡Ah! ¡Pobre hombre!

Pablo Bourget.

RESEÑA CRÍTICA DEL CENTENARIO

V

Actividad de los preparativos.—Estatuas en Honduras y en Méjico.—Sigue discutiéndose la naturaleza de Colón y su barba.—Hechos.—Publicaciones de la Academia de la Historia: *Pleitos de Colón*, *Bibliografía colombina*.—Importancia que tienen.—Declara el rey Don Fernando por qué fué depuesto Colón en el virreinato.—Encíclica de Su Santidad León XIII.—Celebración religiosa del centenario.—Apertura de la Exposición Italo-Americana en Génova.—Atractivos.—Recuerdos españoles.—El huevo de Colón.—Medalla.—Empiezan nuestras fiestas con el aniversario de la salida de las carabelas.—Huelva.—Palos.—La Rábida.—Concurrencia de buques extranjeros.—Salva universal.—Gloria á los valerosos navegantes.

Tocando al fin el período de preparación de fiestas, llegan noticias de la actividad con que por todas partes se procura ganar el tiempo perdido proyectando lo mejor, con perjuicio de lo bueno. El Gobierno de la República de Honduras ha decidido erigir otro monumento á Colón, razonando el decreto del Presidente, general D. Ponciano Leiva, que si deben las distintas nacionalidades del Nuevo Mundo gratitud al hombre que dió origen común á su historia, Honduras se la debe especialmente por haber visitado sus costas en el cuarto y último de los viajes de descubrimiento. El decreto, expedido en Comayagua, dispone, por tanto, que en la ciudad de Trujillo, en el centro de un parque costeado por el Gobierno, se coloque estatua de bronce, de seis piés de altura, sobre pedestal de granito, de dimensiones proporcionadas, con inscripción que diga: *La República de Honduras á Cristóbal Colón*, 1492—1892. El monumento se inaugurará el 12 de Octubre próximo, con asistencia de las autoridades.

En Méjico se descubrirá el mismo día, declarado de antemano fiesta nacional, una segunda estatua de bronce del Almirante, más artística, según parece, que la fundida en París y regalada á la ciudad en 1877 por el patricio D. Antonio Escandón. Pasan d quince mil los objetos que se están en-

cajonando con destino á la Exposición de Madrid, donde han de dar idea exacta de la civilización indiana.

Italia ha reavivado la controversia antigua de la naturaleza del navegante, visto el opúsculo del Sr. de Uhagon. Mientras en Saona se aplaude, considerando definitiva la demostración documental, en Génova se niega importancia al testimonio de los que declararon ante el Tribunal de las órdenes militares, y más esta opinión que la primera tiene adeptos en otras ciudades (1).

Curiosa discusión de otra especie han sostenido estos días en París M. E. Ramon (2) y M. R. Darzens (3), primeramente en averiguación de si existe ó no retrato auténtico de Cristóbal Colón, y, por consecuencia, si, dado que lo haya, deberá estar representada la efigie con barba ó sin ella. Origen de la polémica ha sido el actor que en el espectáculo titulado *La Vieille Amérique reconstituée*, de que hemos dado cuenta (4), hace las veces de descubridor del Mundo Nuevo, apareciendo diariamente á vista del público emulando con Jaime *el Barbudo*. Consultado el arquitecto-director M. Colibert por uno de los periodistas *intervievers*, manifestó no haber dado *exequatur* al apéndice varonil en la cara del referido actor, porque en algún retrato lo tuviera el famoso ligur, pues que todas las pinturas son dudosas. Fundaba su adopción capilar en la idea de que dejaría de afeitarse Colón desde el momento en que dió la vela en Palos y no volvería á hacer uso de la navaja hasta regresar á España, lo mismo que todos los hombres á bordo, tanto por comodidad como por no perder el tiempo, razones que entonces se habían tenido presentes para tolerar, y aun prevenir, que los marineros no se raparan en viajes largos. Siendo así, en el momento de avistar la isla Guanahaní, que es el que la escena representa, el Almirante de las Indias tenía que empezar á serlo tal como la Naturaleza le dotó, sin supresiones artificiales.

No está mal pensado: hay seguridad de no haber sido Colón barbilampiño, y nada le había de impedir, á no ser el uso ó la costumbre (de que en la mar, alejado de la sociedad ceremoniosa, podía prescindir), la disposición libérrima de bienes tan raíces.

Si otro *reporter* se hubiera tomado la molestia de hacer semejante pregunta al pintor M. Jacquard, por la barba de capuchino con que figuró á D. Cristóbal en la hora de la muerte (1), acaso respondiera que, durante la enfermedad, forzosamente había descuidado los perfiles de la persona, dejando á los cabellos crecer sin medida. Cabe en lo posible.

Aun en lo ordinario se sabe, por testimonio del cronista Fernández de Oviedo, que una vez, en la isla Espa-

(1) Cesare de Lollis: *Fanfulla della Domenica*; Roma, 10 Luglio.

(2) *Le Courrier*, 4 Juin, 1892.

(3) *Le Figaro, supplément littéraire*, 2 Juillet, 1892.

(4) En la reseña crítica del mes de Junio.

(1) Reseña crítica del mes de Mayo.

ñola, molestado Colón por las pesquisas que hacía el enviado de los Reyes, Juan de Aguado, *dejó crescer la barba y vistióse de pardo como fraile*, mas refiriéndolo como suceso anormal; como el mismo cronista, sin discrepar de los otros coetáneos, bosqueja el retrato físico del Almirante con la cara limpia, y asimismo están representados el rey D. Fernando, el Gran Capitán, los personajes de cuenta de la corte, es razonable admitir que en pintura, si se hizo, como en los actos de la vida, les imitara el Almirante. Punto es éste que no habrá dejado de estudiar el Sr. D. Juan Pérez de Guzmán en su libro de *Los retratos de Colón*, que no tardará en salir á luz.

Llegamos á los hechos. La Academia de la Historia acaba de publicar, como contribución de su Instituto en la solemnidad del centenario, una de las obras permanentes, de utilidad incontestable; uno de los tomos de la *Colección de documentos inéditos de Indias*, cuya serie continúa, dedicado exclusivamente á las piezas de autos incoados á petición de los Almirantes de las Indias.

Los pleitos que sostuvo contra la corona D. Diego Colón han servido para conocer muchas circunstancias de la vida y viajes de su padre D. Cristóbal, así por los documentos que exhibió, comenzando por las capitulaciones de Santa Fe, las cédulas de mercedes y privilegios de los Reyes, las escrituras de institución de mayorazgo, testamento y codicilo, cuya autenticidad hubo de examinar ante todo el tribunal, como por las declaraciones de los testigos en abono de las probanzas.

De estas últimas publicó D. Martín Fernández de Navarrete en la *Colección de viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles*, un extracto que amplió el que suscribe en el libro titulado *Colón y Pinzón*, habiendo examinado las piezas originales del proceso. Posteriormente se trajeron éstas á Madrid desde el Archivo de Indias, y, vista su importancia, decidió la Academia darlas á luz íntegramente, satisfaciendo una verdadera necesidad.

Hacen saber los referidos autos que, relevado D. Cristóbal Colón en el gobierno de las nuevas tierras occidentales, y ocurrido su fallecimiento, pretendió sucederle D. Diego Colón por derecho propio, teniéndose por visorrey de todas las islas y tierra firme descubiertas y por descubrir, con facultades equivalentes á la soberanía efectiva por allá, si bien reconocía la nominal de los reyes de Castilla. Examinado el asunto ante el Consejo, no hubo de parecer tan claro como lo entendía el pretendiente, é hizo declaración de lo que le pertenecía y debía pertenecer por virtud de las capitulaciones antes del descubrimiento firmadas en Santa Fe. El interesado no se conformó con la interpretación, iniciando el pleito el año 1508, vuelto el rey D. Fernando de Nápoles.

Seguidas las diligencias, recayó sentencia en Mayo de 1511, declarando pertenecer al Almirante D. Diego Colón y á sus sucesores por siempre jamás, la gobernación y administración

de justicia en las tierras descubiertas por su padre, con título de visorrey. La sentencia fué aprobada y mandada cumplir por provisión ejecutoria, mas como en el ínterin se hubieran ido extendiendo las exploraciones y conquistas en el Nuevo Mundo, pareció á D. Diego poco lo que le acordaban, y suplicó de la dicha sentencia en el concepto de que todo lo descubierto hasta entonces y lo que en adelante se descubriera, debíase á la industria de Don Cristóbal Colón, que enseñó el camino.

Con tal fundamento, formuló un memorial de agravios con cuarenta y dos capítulos y extremos tales, que obligaron á significarle ser el Rey y la Reina los señores naturales de las Indias, y no el Almirante, como D. Diego creía. No obstante, los pedimentos, réplicas y suplicaciones con que continuaba tenazmente el pleito eran en tanto número, y las gestiones privadas de tal naturaleza, que el cronista bufón del Emperador, Francesillo de Zúñiga, las hizo proverbiales diciendo de los insistentes cortesanos; *escribe más que Colón*.

Acabada la vida del pleiteante, su viuda, doña María de Toledo, que firmaba *la desdichada virreyna*, siguió con mejor tacto las diligencias, considerándola mucho el Emperador. Convino en la designación de respetables jueces árbitros que transigieron las diferencias, pero sin concluir el litigio, porque D. Luis Colón, tercer Almirante se llamó engañado, hallando recursos curiales con los que, lo mismo que su padre, entretuvo los años de su existencia accidentada y novelesca.

Como murió sin sucesión legítima, los que se creían con derecho al título y rentas dieron que hacer á los tribunales no menos que hasta el año de 1796, dilatando por espacio de casi tres siglos los procesos en que, por mala ventura del descubridor de las Indias occidentales, fué llevado y traído su nombre en plumas de ganso. El último de los abogados, D. Gaspar de Jovellanos, que tuvo la suerte de dar fin á los autos, asegurando el título de duque de Veragua á la casa que ahora lo disfruta, escribía:

«No fué menos funesta á la gloria de Colón la conducta de sus descendientes. Olvidados unos del gran nombre que debían conservar, dados otros á oscurecerle con una conducta tenebrosa y disipada, y divididos los demás en eternas discordias, sólo atentos á robarse el fruto de los trabajos de aquel grande hombre, apenas pudo alguno disfrutarle con tranquilidad. Multiplicadas demandas, artículos innumerables, recíprocos insultos y recriminaciones, injurias, perjurios, suplantaciones y todo cuanto ha podido inventar la codicia litigiosa y la superchería curial en menoscabo de la verdad, tanto se puso en obra para destruir el orden de una sucesión tan sabiamente dispuesta y tan claramente señalada por el fundador.»

El tomo primero de pleitos que se da ahora al público empieza con las reclamaciones de D. Diego Colón que promovieron examen de los privilegios del primer Almirante, la iniciación de los autos, la sentencia pronunciada en Se-

villa en 1515 y la segunda en Burgos el año siguiente, poniendo á prueba el derecho del pretendiente á la gobernación del Darién.

Concéntrase el interés histórico en las probanzas, porque declaran como testigos, en gran número, capitanes, pilotos y marineros de los que acompañaron á D. Cristóbal Colón en sus cuatro viajes, con sujeción á los interrogatorios formulados por las dos partes á fin de acreditar la extensión que descubrió en la Tierra-firme. Dejando á un lado los intereses disputados en el pleito, es nueva, en el dicho del adelantado D. Bartolomé, hermano del Almirante, la declaración de que «este testigo andubo con Don Cristobal Colon solicitando con el Rey e la Reyna, e que al tiempo que lo solicitaban facian burla del dicho Almirante e deste testigo diciendo *que querian descubrir otro mundo nuevo*».

La expresión acredita que todavía el año 1512, en que se escribió, estaba D. Bartolomé tan persuadido como D. Cristóbal de haber llegado á la India verdadera; creencia de que participaban los otros marineros, pues afirman que en el cuarto viaje fueron con el Almirante en busca de la *Especería* por la costa de Tierra-firme, *que es Asia*.

Pormenores de no menos curiosidad se aprenden en los testimonios de Rodrigo de Bastida, Andrés de Morales, Alonso de Ojeda, Vicente Yáñez Pinzón, Pedro de Terreros, los Porras, los Niños y otros.

Se recomienda preferentemente á la atención en este tomo, por muchos conceptos, la carta dirigida por el rey D. Fernando á D. Diego Colón, con fecha 23 de Febrero de 1512, respondiendo á una de tantas querellas. «Para que las cosas vayan como conviene á mi servicio y á vuestro provecho y honra—dice—no debeis poneros en esas preeminencias de poca sustancia, diciendo que el Comendador Mayor lo hacia, porque vos sabeis muy bien que cuando la Reyna, que santa gloria haya, e yo, lo enviamos por gobernador á esa isla, e a causa del mal recaudo que vuestro padre se dió en ese cargo que vos agora teneis, estaba toda alzada y perdida y sin ningun provecho, y por eso fué necesario darle al Comendador Mayor el cargo absoluto para remediarla, porque no había otro remedio ninguno ni habia caso para que se pudiera dar ninguna orden ni concierto desde acá, por las causas susodichas, y tambien porque no tenia yo noticia ni informacion ninguna de las cosas desa isla para poderlas proveer. Agora que, gracias á nuestro Señor, las cosas de esas partes las entiendo yo como las de Castilla, y están de manera que se pueden poner en orden y concierto, para que nuestro Señor sea servido y nuestras rentas acrescentadas, los vecinos y naturales desa isla deben estar como vasallos y no como esclavos, segun los tuvieron en tiempos pasados, y por esto he de mandar proveer las cosas como viere que convengan al servicio de nuestro Señor e nuestro e bien de la tierra, y si vos quereis pensar en ello, esto es

vuestra honra y salud de vuestra alma y acrescentamiento de vuestra hacienda y seguridad de vuestro estado... Mucho vos ruego y encargo que de aqui adelante obreis de manera que sea excusado mandaros escribir yo cartas como esta, porque, por cierto, por el amor que á vuestra persona tengo y por la crianza que en mi casa recibistes, deseo vuestro acrescentamiento y haceros mercedes.»

La Academia de la Historia asimismo, si bien esta vez por comisión y encargo de la Junta directiva del centenario, ha formádo é impreso otra de las obras permanentes, la *Bibliografía Colombina*, que compone un volumen en folio de 630 páginas, sin comprender las de preliminares. Divídese en ocho secciones que son: I. Indice de reales cédulas, provisiones, títulos, asientos, memoriales y otros documentos relativos á Cristobal Colón y sus descendientes.—II. Escritos de Cristóbal Colón.—III. Obras que tratan de su vida y viajes.—IV. Referencias.—V. Bibliografías, enciclopedias, diccionarios históricos, biográficos y geográficos que le han dedicado artículos.—VI. Obras literarias en prosa y verso inspiradas en asuntos de su vida.—VII. Obras artísticas, retratos, cuadros, monumentos.—VIII. Centenario.

La sección primera, bastante por sí sola para dar importancia á la obra, toda vez que abarca y condensa la historia documental, es decir, la verdadera historia del descubridor de las Indias, describe 1.395 piezas, la tercera parte inéditas, con indicación del paradero de cada una y del libro ó libros en que se han reproducido las publicadas. Juntamente con las otras siete secciones alcanza una suma muy próxima á 5.000 artículos, sin pretensión de anunciar los que existen esparcidos en las bibliotecas de ambos mundos, antes con presunción de que muchos, singularmente monografías y estudios destinados á revistas, periódicos y papeles de existencia efímera, habrán escapado á la diligencia de los encargados de buscarlos en circunstancias tan premiosas de tiempo y lugar. Solamente la sección poética que, al decir del conde Roselly de Lorgues, no exceden en España de media docena de composiciones, arroja un total de 315, contados poemas como los de Campoamor y Verdaguer; dramas cual el de Rodríguez Rubí; odas de Quintana y Baralt; romances del duque de Rivas, sonetos y epigramas olvidados entre las hojas de los siglos XVI y XVII, habiéndolos firmados por Quevedo, Maluenda, el príncipe de Squilace, Miguel de Barrios, Solórzano, Salas Barbadillo, Sobrario, Stella, Lope de Vega, y testimonios del estro popular anónimo, inclusos los pliegos de aleluyas á cinco céntimos en que, ayudando el buril, se enseña á la infancia.

Rinde la imparcial historia
al gran Cristóbal Colón
timbre de eterna memoria.

Relativamente al retrato, 130 se apuntan para gusto de todos, con armadura, hábito de San Francisco, manto ducal, pieles, golilla, cabello largo y corto, bigote y perilla, nariz

aguileña ó respingada, sombrero de tres picos, y adherentes tales como globos, cartas, guiones, astrolabios, espadas, ballestillas, huevos, cadenas, indios é indias... En semejantes menudencias no se detenía *El Sacristán de Vieja Rua* en los tiempos en que regía las Españas desde la celda de El Escorial D. Felipe el Prudente; satisfacíale la sátira ingeniosa, escribiendo:

«Aunque á todos ha causado
Espanto y admiración
El mundo que halló Colón,
A mí nunca me ha admirado;
Porque, ¿quién ¡malicia es!
Descubriera un mundo entero
Con un mundo de dinero,
Sino sólo un genovés?»

Con las dos obras de *Bibliografía* y de *Pleitos*, dadas á la estampa por la Academia de la Historia, á que todavía se unirá una tercera, la compilación de los escritos del primer Almirante de las Indias, España habrá satisfecho la deuda que con él tenía erigiéndole monumento imperecedero más grandioso que los de bronce y piedra, dándolo á conocer á las edades futuras con sus cualidades de excelencia rara y sus flaquezas de miseria ordinaria mundanal; acopiando los materiales que se necesitaban para llenar el cuadro de su vida en el período de 1491 á 1506. Ya dentro de él, no serán lícitas ciertas fantasías que alcanzaron boga; cualquiera que lo desee podrá separar lo novelesco de lo real y efectivo y juzgar con razón la que asiste á la conseja del buen hombre, peregrinante de corte en corte con un mundo nuevecito y dorado bajo el brazo, que nadie quería, hasta que España lo aceptó para pagar con grillos y mísera muerte la generosidad del donador. Esto no impedirá á los amantes de lo legendario acariciar sus tipos; al contrario, les facilitará la *Bibliografía* noticias de muchísimos autores cortesanos, imitadores ó simples copiantes de Lamartine, de Irving y de Roselly, trinidad poético-colombina de envidiable renombre.

A la realidad pertenece ya asimismo la Encíclica de Su Santidad León XIII, impacientemente esperada (1). Los admiradores del conde Roselly de Lorgues, postulador de la causa de beatificación de Cristóbal Colón, esperaban que en el documento se insinuaría este resultado por vía excepcional, glorificando al héroe de dos mundos con el título de Embajador de Dios (2), mientras en Francia mismo dudaban otros que en el gran navegante se descubran las condiciones de los bienaventurados (3). Su Santidad declara por de pronto que la principal idea que dirigió el espíritu de Colón en su empresa fué la de abrir un camino al Evangelio á través de nuevas tierras y de nuevos mares, y que para celebrar dignamente las fiestas del centenario conviene añadir lo santo de la religión al esplendor de las funciones civiles. Deci-

(1) Dada en Roma, junto á San Pedro, el XVI día de Julio del año MDCCCXCII.

(2) M. Charles Buet: *Le Gaulois;* París, 14 Juillet, 1892.

(3) Hoja impresa en París, firmada *Un Catholique du bon vieux temps.*

de por ello que el 12 de Octubre ó el primer domingo siguiente, se celebre una solemne Misa de la Santísima Trinidad en todas la iglesias, catedrales y colegiatas de España, de Italia y de las dos Américas, invitando á las demás naciones á hacer lo propio.

Las festividades civiles han comenzado en Italia el 10 de Julio, día de San Cristóbal, con apertura de la Exposición Italo-Americana preparada en Génova. Asistieron á la inauguración SS. AA. los duques de Génova; el ministro de Obras públicas en representación del Gobierno; los senadores y diputados de Liguria y gran concurrencia atraída, tanto por la Exposición en sí, como por los accesorios agradables; grandes espectáculos, regatas, carreras de caballos, concurso de tiro al blanco, conciertos, acuario, jardines, fuentes luminosas.

Hubo, como es de rigor, discursos oficiales en que se hizo el elogio del héroe motivo de la fiesta, banquete de gala en el municipio, recepción, visitas, que realzó la presencia en el puerto de la escuadra de acorazados, y plácemes á la hermosa ciudad que con sus propios recursos, sin auxilio del Gobierno ha sabido ofrecer tan gallarda muestra de prosperidad.

Un arco grandioso da acceso al salón de recibo, desde el que se pasa á las galerías. En la del trabajo funcionan las máquinas; en la americana, productos de aquel mundo, con ejemplares de la fauna y la flora, trajes, pieles y objetos varios llaman la atención; en la de marina y guerra figuran modelos de galeras y naves antiguas; en la de bellas artes, cuadros y esculturas que atestiguan ser siempre Italia sobresaliente.

Dos lugares hay privilegiados: uno dentro del recinto general que es de exposición de las misiones católicas: corona la entrada la estatua de Cristóbal Colón en actitud de plantar la cruz en la tierra nuevamente hallada, y hay ordenadas colecciones de armas, utensilios, trajes y manufacturas de los indios. El otro lugar, externo, el *Palazzo Bianco*, que perteneció á la duquesa de Galliera, contiene objetos del arte antiguo de gran valor y curiosidad. Como recuerdos españoles son de citar la espada que regaló el rey Felipe III á uno de los Dorias; el retrato de Ambrosio Spínola, obra de Rubens; otro del gran duque de Alba, por Ticiano, y una virgen de Murillo.

En toda Exposición se encuentra alguna novedad ingeniosa que condensa y fija la memoria; ese algo es en Génova un huevo: *el huevo de Colón*. Figura la mesa una plataforma de 500 metros cuadrados, y en el centro se eleva el ovoide en pié, midiendo 25 metros de altura y unos 18 de mayor diámetro. Interiormente tiene cuatro pisos decorados con gusto, en los que han pintado escenas de la vida de Colón los artistas Rizzola, Calosso y Pedroni, y pueden contener 600 personas necesitadas de refacción, porque es el huevo, con la *mesa y mantel* (toldo) de 3.000 metros de lona, un comedero muy concurrido. *¡Qué pájaro ó qué pez* será el Sr. Quarone, *que lo ha puesto!*

Por recuerdo oficial se ha acuñado medalla, presentando en el anverso grupo de figuras que simbolizan á Génova, introduciendo á América para ofrecer sus productos á Europa; la leyenda *Esposizione Italo-americana, Anno* 1892. En el reverso efigie y nombre de *Cristoforo Colombo*.

Visitaron la Exposición el domingo 17 de Julio, 14.624 personas.

Acá se eligió por principio de alegrías el 3 de Agosto, aniversario cuadringentésimo de la salida de las carabelas, aunque bien pudiera asegurarse que con muy distinto sentimiento las vieron marchar las gentes del puerto de Palos, cuando principio tuvo la epopeya del descubrimiento.

El telégrafo ha propalado en el momento las impresiones de los espectadores, refiriendo la recepción hecha en el departamento de Cádiz al ministro de Marina, representante del Gobierno en los festejos; su visita y reconocimiento de la histórica nao *Santa María*, que responde á lo que se esperaba del celo de los ingenieros y operarios del arsenal de la Carraca; la bajada de ésta á la bahía de Cádiz, remolcada por el buque insignia del mismo Ministro; la travesía hasta Huelva, escoltada por cruceros de todas las naciones; por último, la salida á la mar desde el puerto de Palos el día memorable, dando motivo á manifestación sin ejemplo.

Abrió la aurora una mañana que más que de verano parecía de Noviembre; los horizontes foscos, el cielo cubierto de nubes espesas y de mal cariz, como dicen los marinos; sentíase el peso de la neblina fría, y todo presagiaba un desencanto á los que, sin dormir, salían del baile para tomar puesto disputado en los vapores. A la primera claridad se oyó el ruido de las cadenas de las anclas que los buques levaban; rompió la marcha el *Legazpi*, de la insignia del Ministro, siguióle la *Santa María* remolcada, y al aparecer el sol entre cortinas se izaron en la altura de la Rábida las banderas de todas las naciones americanas, saludándolas las baterías en tierra, y en la mar la primera, la capitana de Colón con sus lombardas. Formóse prontamente la escuadra internacional de cruceros, saliendo majestuosamente por la barra en dirección á la doble línea en que estaban los acorazados. Llegando á la cabeza, la *Santa María* desplegó las velas en que estaba pintado el signo de la redención, y volvió á disparar las lombardas y falconetes, á cuya señal los enormes bajeles del siglo XIX, engalanados, con la gente en las vergas, al tiempo que saludaban con vivas á España, tocando sus músicas la marcha real, lo hacían con la potente artillería de tiro rápido, añadiendo al velo de la atmósfera las columnas del humo de la pólvora.

Por espacio de tres cuartos de hora, la armada excepcional de 35 naves, argentinas, austriacas, británicas, de los Estados Unidos, francesas, holandesas, mejicanas y portuguesas, dieron escolta de honor al bajel del siglo XV, por el mismo rumbo que siguió Colón; después, con aviso convenido, hicieron todos contramarcha, y al volver á

Huelva la que arbolaba el estandarte antiguo de Castilla, volvieron á atronar el aire con saludo de despedida los acorazados.

El sol quiso tomar parte en la fiesta: en un principio asomaba á ratos entre los nubarrones, enviando sus rayos sobre alguno de los buques, que agradecía el favor mostrando sorprendentes efectos de luz. A las nueve de la mañana la recibieron todos por igual, despejándose la atmósfera y acabando la función con espléndida serenidad.

Iba entre los vapores destinados á los curiosos el *Piélago*, que la Compañía Trasatlántica había puesto galantemente á disposición del Ministro, y que éste destinó á las señoras, obsequiándolas como se merecían. El buque de la insignia respondía á los Almirantes extranjeros tocando el himno de sus respectivas naciones, y como no estuviera previsto el caso de aquel *Piélago*, tripulado por las sirenas, preguntaron al Ministro qué había de tocar la música. La marcha de Cádiz—dijo.—Y al oirla agitaron los pañuelos las damas, y prorrumpieron en vivas tan ruidosos y entusiastas, que más de un viejo curtido sintió húmedos los ojos.

En resumen, resultó la ceremonia grandiosa, solemne, magnífica, conmovedora.

Por la noche hubo iluminación en el puerto, de excelente efecto; banquetes parciales, músicas y alegrías. El día siguiente suntuosa función religiosa, baile en el Círculo Mercantil, con otras diversiones, cuya descripción han hecho los periódicos, singularmente la del banquete ofrecido por el ministro de Marina, en nombre del Gobierno de S. M., á las escuadras extranjeras.

Para esto vinieron desde Cádiz en el vapor *Piélago* los Almirantes y jefes, tomando asiento en las mesas del hotel Colón, dispuestas para más de 300 cubiertos. El golpe de vista que ofrecían los uniformes alternados; la corrección de los brindis, pocos y buenos; el baile que la ciudad preparó por fin de fiesta, darán larga ocupación al cronista que los narre.

Incidente digno de mención especial. Supo el ministro de Marina que en Palos reside una descendiente de Francisco Pinzón, el menor de los tres hermanos, y habiendo cambiado con ella algunas frases, la presentó á los comandantes extranjeros. Representa unos diez y ocho años, es alta, esbelta, trigueña de color, la boca grande, ojos entre verde y azul, muy vivos, fisonomía abierta y simpática; se expresa con mucha facilidad, sin encogimiento, aunque aquellos señores la hacían muchas preguntas, y no faltaba alférez de navío que por lo bajo la soltara andanadas de piropos.

Dos días después, el Ministro le envió con persona de su Estado Mayor un pliego, y como el portador manifestara que la memoria estaba destinada á costear el traje de novia el día que lo vistiera, leída la misiva en presencia del padre, pobre vecino de la villa, dijo á la Pinzona (así la llaman): «Guarda ese papel, que vale más que el dinero».

D. José María de Beránger comunicó al alcalde de Huelva otra disposición que, como la anterior, fué unánimemente aplaudida. En recuerdo del centenario, honrando la memoria de los insignes capitanes de la *Pinta* y de la *Niña*, dos buques de guerra de la armada se nombrarán *Martín Alonso Pinzón* y *Vicente Yáñez Pinzón*. S. M. la Reina, con acuerdo del Consejo de ministros y á propuesta del de Marina, lo ha dispuesto por mayor galardón.

CESÁREO FERNÁNDEZ DURO.

DÍA Y NOCHE

(DE SHAKESPEARE)

Miran acá y allá, durante el día,
Mis ojos, aunque abiertos, distraídos;
Ciérrolos, en tinieblas van perdidos,
Y entonces ve más claro el alma mía.
¡Oh! si es tu sombra el resplandor que guía
Entre el horror nocturno mis sentidos,
En plena luz los velos recogidos,
¡Cómo tu realidad deslumbraría!
¡Ah! ¡Si hallarte lograse mi deseo
Viva, en todo el fulgor de tu hermosura,
Que á mi apagada vista así se ofrece!
El día es noche, porque no te veo,
Y aurora es para mí la noche oscura
Porque en sueños tu imagen resplandece.

M. CARO.

CRÓNICA INTERNACIONAL

Las últimas elecciones inglesas.—Caracteres capitales de la lucha.—Influencia personal de Gladstone.—Resultados singularísimos de la elección.—Incierta mayoría.—Rencor de los parnellistas.—Rigidez puritana del grande anciano.—Sus tropiezos con varios repúblicos.—La venganza póstuma de Parnell.—La inseguridad de los diputados jornaleros.—Necesidad imprescindible de aplazar la cuestión irlandesa é ir á la cuestión electoral.—Opinión de Labouchère.—Sucesos europeos.—Los Consejos provinciales en Francia.—El período constituyente de Bélgica.—Bismarck y Caprivi.—Tardío liberalismo de aquél.—Conclusión.

I

Pocas veces tan reñidas, mejor dijéramos, nunca tan reñidas las elecciones inglesas. Y ha sucedido así, porque pocas veces tan hondamente dividido el pueblo inglés en dos bandos irreconciliables. Antes había un fondo común de inteligencia entre todos los ingleses en todas las elecciones. Ahora, con excepción de lo ritual, el respeto á las leyes fundamentales y el culto á la reina Victoria, no queda ninguno. Cuando el jefe de la situación en sus lucubraciones es osado á decir que las gentes del Ulster apelarán á la guerra civil para libertarse de sus conciudadanos católicos y que no importa ganen los liberales en las elecciones, pues el Senado se halla resuelto á interponer su veto, cuando el jefe de una situación esgrime tal estilo de club y demagogia, inútil creemos encarecer hasta dónde habrá llegado la irritación de los ánimos y la explosión de reconcentradas cóleras. Así no ha parecido aquello un comicio de tranquilos electores; ha parecido un verdadero campo de batalla. El entusiasmo de los suyos ha podido costar á Gladstone un ojo de la cara. En ciertos parajes de Inglaterra se manifiesta el regocijo popular, echando migas de pan al rostro del festejado. Una señora creyó de su deber levantar

los objetos echados á la proporción debida con el entusiasmo sentido, y le arrojó á su jefe una grande hogaza, que por un favor de la estrella de éste no le dejó tuerto.

El grande hombre inglés debe decir de las últimas elecciones lo que César decía de su batalla de Munda, cuando lo adoloraron con tan extremas angustias y le dieron tan terrible susto los postreros republicanos de la Bética, dirigidos por generales tan excelsos como los hijos de su rival Pompeyo: «En todas partes he peleado por la victoria, en Munda por la vida.»

Con efecto, nunca el grande hombre se ha presentado en batalla tan excepcional. Sus fuerzas se han crecido y su poder moral se ha centuplicado con verse ya cerca de la eternidad y de la historia. Su mismo principio teórico de absoluta justicia le guía, como una estrella espiritual, que le inundará de celestiales resplandores. Ha visto que no formaban los celtas de la hermosa Erin un cuerpo de nacionalidad y un alma con los sajones de su Escocia, con los normandos de su Inglaterra, con los celtas mismos del país de Gales; y ha querido, por un acto de reparación justísima, que la nacionalidad se forme y que reciba un soplo creador del espíritu divino como el insuflado por Dios á nuestro primer padre allá en el Paraíso. Para esto ante ninguna calumnia se ha detenido, ante ninguna. Por sus mejores amigos abandonado; puesto en ridículo cruelmente y mofadísimo en pesados sarcasmos y en sucias caricaturas; delatado como un enemigo de la nación á quien ha servido y glorificado por todo extremo, Gladstone corre tras la victoria con un ardor juvenil digno del héroe á quien llamara el poeta por antonomasia, Aquiles de los piés ligeros, y con una elocuencia que significa y engrandece con sus viriles acentos á toda la humanidad, prosperada siempre que un ideal viene á encarnarse dentro de la realidad y se cumple un término de la eterna justicia.

¡Cómo ha en sus años el grande hombre seguido su increíble apostolado liberal! ¡Con qué fuerza extraordinaria se ha empeñado en este grandioso trance supremo de su épica historia! Cuando se piensa cuánto el cerebro arde á la llama interior, y los nervios vibran á una electricidad misteriosa, y los músculos toman tensión grande, y las fuerzas se malgastan, y las frases queman al pronunciar un discurso, admírase uno de que, cumplidos los ochenta y cuatro años, pueda un hombre solo intentar lucha intelectual tan titánica y llover sobre las cabezas de tantos auditorios di-

versos las encendidas lenguas de una campaña oratoria, para la cual se necesita más robustez y más valor y más arresto que para una guerra.

II

Sólo conociendo toda la repulsión que sienten los ingleses al estatuto de un Parlamento separado en Irlanda, estima uno la inmensa influencia que Gladstone sobre su patria ejerce. Si no tuviera el *Home rule* en su programa, se lleva de calle todos los electores. Bien puede asegurarse con firmeza que sólo él quería entre los ingleses netos tal cosa de verdad. Hay dos sentimientos muy arraigados en una parte de la sociedad inglesa: el afecto de admiración á su grande hombre y el afecto de odio á la postrera obra de éste. Aparte dos ó tres pensadores, los ingleses, idos hasta la concesión del Parlamento irlandés, van porque los lleva Gladstone y nada más. Verdad es que la Irlanda no se ha dado mucha traza en el arte de ganar sus ánimos y sus votos á las gentes británicas.

Divididos en fracciones irreconciliables; pagados muchos de un parnellismo póstumo semejante al sebastianismo de los antiguos portugueses; ingratos casi todos con el grande hombre que les quitó la Iglesia anglicana y que se inclinó á oir sus quejas y sus lamentos; cayendo en estériles motines á cada paso y perpetrando crímenes como el atentado de Fenix-Park, el pueblo irlandés, si merece justicia, no merece admiración y cariño en esta su desordenadísima cruzada por el derecho y por la libertad. Pero de todo lo adverso ha prescindido el extraordinario tribuno inglés que defiende á Irlanda, y todo lo ha descontado en sus intuitivos sublimes cálculos, con tal de unir esta isla moralmente á la patria. El resultado ha sido tener los liberales pocos votos más que los conservadores y unionistas reunidos.

No podía contarse con triunfo mayor, dadas las fuerzas sumadas en contra y las resistencias universales á la fundación del nuevo Parlamento. Cuando el semi-republicano Chamberlain se une á los torys por huir de los irlandeses, y el cuáquero Brigth, cuyo hermano, el orador inspiradísimo y célebre, llegó hasta pedir una República como la grande República sajona del Nuevo Mundo, suprimiendo, no solamente la Monarquía, la Cámara de los Lores, hoy está con quien pugna por conservar á esta Cámara de patri-

cios un veto perdido hasta por la corona, bien puede asegurarse que la corriente nacional tiene un empuje irresistible. Y á esto se han unido las divisiones entre los mismos irlandeses en guerra civil, siempre dentro de sí, amén de las candidaturas jornaleras y socialistas, que han preferido en su estolidez incurable servir á los conservadores que servir á los liberales. Si con todo esto, con la división dentro de sus legiones propias, con sus predilectos amigos en poder del contrario, con un afecto tan poderoso como el sentimiento nacional inglés en contra, Gladstone ha contrastado los ministeriales, teniéndolos en equilibrio, pero en equilibrio inestable, ¡ah!, es porque goza de inmenso influjo en su tiempo y en su patria.

La Cámara fu ura se presenta, pues, muy enigmática. Lo único indicado por ella es que la nación se halla dividida en dos fuerzas iguales y contrarias. Si logra Salisbury arrancarle al enemigo algún grupo, gobernará cierto tiempo; y si respectivamente logra cosa parecida Gladstone, se impondrá por ley de necesidad á la Corona y á las Cámaras. Propónese con propósito firme Salisbury constreñirle á que detalle su proyecto de Parlamento irlandés, en la esperanza de que tal detallación le arranque muchos votos y los acerque á su hueste. Pero el sublime león radical tiene demasiada ciencia y demasiada experiencia para dejar caer de su boca el programa detallado, escuchando los maleficios y halagos de la zorra tory. Mientras no esté la Cámara constituida ninguna obligación le puede constreñir á un proyecto de ley, que sólo debe formularse quizá tras nueva consulta del pueblo. ¡Curiosa é interesante situación la de Inglaterra! Dios continuará iluminando la grande alma que brilla, como el sol en su ocaso, con esplendores increíbles sobre los confines de la muerte.

III

Consideremos el resultado ya sabido de las elecciones inglesas. En el extraño método, connatural á las originalidades británicas, las cuales dan á todo allí un sello y carácter especialísimos, tárdase mucho tiempo en saber el resultado general de una elección, y dase margen así á noticias inconexas y cálculos marrados. Cuando entre las elecciones de los campesinos y las elecciones de los ciudadanos media larguísimo espacio, nada tan lógico y natural como que los dia-

rios de cada partido publiquen los informes más inexactos, y oculten muchas veces la verdad como hábil estratagema permitida en todas las guerras. Así, durante muchos días, llegóse á creer que triunfaran los ministeriales; y tarde, muy tarde, nos enteramos de que, habiéndose todos en varios incidentes de la campaña formidable atribuídose la victoria, no había en realidad triunfado nadie. Se conoce á ciencia cierta que la mayoría no está con el gobierno Salisbury; mas tampoco está con el gobierno Gladstone. Así la mayoría sabe todo aquello que no quiere, más ignora lo que quiere. Por una serie de consuetudinarios cambios en la opinión, regulares y sucesivos como los cambios en las estaciones, los partidos se suceden ahora con una gran regularidad en Inglaterra; y no existe quien haya durado en el poder, lo que á principios del siglo corriente y á principios del reinado de Victoria algunos partidos ingleses duraran. El partido conservador había vivido cerca de seis años y se necesitaba que subsiguiera á este lustro ya otro lustro liberal; tanto más necesario, cuanto que toca en el término de su carrera el astro de primera magnitud en aquellos horizontes, el espíritu sublime de Gladstone. Así, había una gran corriente de los espíritus á reunirse por cualquier camino en el centro de una negación, y á impedir por cualquier medio el amortizamiento de la dirección suprema en aquellos que la disfrutaran muchos años contra la renovación periódica y regular considerada por los ingleses como muy saludables.

Pero á esta tendencia de una gran parte del cuerpo electoral se oponía con fuerza lo supremo de las circunstancias por que atraviesa el pueblo inglés y lo grave de las cuestiones y problemas que han surgido al movimiento combinado y paralelo de las ideas con los hechos. La cuestión de Irlanda se anteponía y sobreponía en tal estado de los ánimos á todas las cuestiones, como, en cualquier nacionalidad, por fuerte que parezca, todo cede, todo, el paso siempre á la integridad y á la independencia nacional. Para comprender cuánto se ha recrudecido esta cuestión y se ha enconado entre los ingleses, basta considerar que la inconsciente lengua vulgar, tan acertada por los juicios colectivos, ha dado en llamar unionistas á los enemigos y separatistas á los amigos del régimen autonómico en Irlanda. Por esto no debe maravillarnos la táctica empleada en tan formidable combate por Salisbury, táctica consistente de antiguo en halagar desde las supersticiones

torys más arraigadas, como la intervención inglesa en todos los asuntos internacionales y como el restablecimiento de los poderes y de las prerrogativas del Senado hasta las tendencias más socialistas, como ciertas propensiones á los tres ochos del partido jornalero, con tal que todos sin distinción de procedencias y de dogmas llegaran á juntarse dentro de una común y universal negación al Parlamento irlandés, proyectado por la mayoría de los radicales y repulsivo á la mayoría de los ingleses. Así, pocas veces han tenido más probabilidades de triunfo los continuadores del antiguo partido tory, como más probabilidades de rota los continuadores del antiguo partido wigh que en las últimas elecciones.

IV

Y sin embargo, la costumbre de ir en alternativas sucediéndose los gobiernos ha prevalecido sobre todos los restantes hábitos ó principios, y ha llevado al radicalismo su increíble victoria. Pocas veces una mayoría se ha mantenido tan compacta en período tan largo; como esa mayoría de Salisbury, compuesta por dos factores tan discordes como el antiguo elemento patricio-tory junto con la disidencia de Gladstone, en la cual disidencia, como hay duques empingorotados, Hartingthon por ejemplo, hay radicales casi republicanos, el cuáquero Brigth y el gran sabio de subido color progresista, mi eximio amigo Lubbosch. Juntos han vivido en el Congreso recién disuelto; juntos se han presentado ante los comicios recién reunidos. Su coalición hase transformado en una especie de convivencia consustancial y perdurable. Nada tomaron los radicales tan á pechos como derrotar á los desertores de su doctrina; y nada les ha resultado tan mal, pues casi todos vuelven á la Cámara, preferidos por los conservadores á sus viejos correligionarios con tal de arrancar á Gladstone y los suyos el placer olímpico de una venganza ruidosa. Y después de haber estado juntos en el Congreso disuelto, y juntos en el comicio último, apercíbense á estar juntos en el Congreso y en el comicio futuros. Su junta, por esta firme voluntad entre los juntados, va tomando el carácter y el aspecto de una verdadera cohesión orgánica, fuerte y compacta y vívida. Cuando existe un cuerpo de tal magnitud y fuerza en política suele atraer á los cuerpos que, siendo mayores, se hallan expuestos por sus discordias y oposiciones internas á una des-

composición, capaz de concluir transmutándolos de suma orgánica en múltiples aerolitos dispersos y propensos á englobarse dentro de otro sistema solar.

Y hay otra particularidad en la minoría representada por Salisbury ahora con otra fuerza en su poderosa oposición. Toda ella pertenece á la metrópoli de tan vasto Imperio, á la Inglaterra propiamente dicha. Por motivos como los que determinan en la gente irlandesa hoy la reunión y suma suyas con Gladstone, reúnense y súmanse con él también los escoceses de antigua raíz y hasta los clásicos celtas del país de Gales. A nadie se le olvida que la vieja Iglesia, conocida con el nombre de anglicana, tan jerárquica y litúrgica de suyo como la Iglesia nuestra, vivió desde sus comienzos luchando con dos fuerzas contrarias, de un lado con los católicos de Irlanda y de otro lado con los presbiterianos de Escocia. Esta lucha entre la religión de los presbiterianos y la dinastía de los Estuardos trajo la República un tiempo y el triunfo de las cabezas redondas, más teólogos que políticos, y más devotos de una conciencia libre que de una democracia igualitaria. Pues bien, todos aquellos incidentes de luchas religiosas concluyeron por una sobreposición del pueblo y del gobierno inglés á los pueblos de Gales, Irlanda y Escocia, que trajo el anglicanismo religioso tiránicamente sobrepuesto por un decreto del Estado á las Iglesias puritanas y católicas, todas ellas nacionales, por ende preferidas en cada cual de los pueblos sometidos, según pedía su educación y su fe respectivas, á la Iglesia de los vencedores. El presbiterianismo prevaleció en Escocia bajo la Iglesia de los anglicanos, como el catolicismo en Irlanda bajo la misma Iglesia. Dado el espíritu sintético y generalizador de Gladstone, dada su lógica un tanto al modo latino, así como quitó á Irlanda su Iglesia oficial anglicana, también le quitara por extensión de su credo político á Escocia esta Iglesia verdaderamente burocrática. Y he ahí lo que requiere del próximo Parlamento de región, como requiere la otra conforme con ella, el país de Gales, mayor amplitud en su Gobierno local.

V

A los representantes de la región escocesa y á los representantes del país de Gales, únense dentro de la mayoría los irlandeses nacionalistas y católicos. Pero no divulgo un se-

creto, ni digo cosa que no sea sabida universalmente, si declaro poco disciplinables á los irlandeses y poco dados á la unión interior, no digamos con los liberales de Inglaterra, consigo mismos. La división entre parnellistas y antiparnellistas ha sobrevivido al hombre que la produjo y toma todos los aspectos de una guerra civil perdurable. En estos días, teniendo la viuda de Parnell una de las llaves que guardan el tesoro nacional de su partido, se ha negado á meterla en la cerradura de aquella colectiva caja, si los otros conllaveros, entre los cuales hay enemigos de Parnell, no se comprometen, bajo palabra de honor, á desistir en la muerte del jefe de todo aquello que no hubiera hecho él en vida. Y los últimos años de Parnell se consumieron en el odio al primero de los ingleses. El puritanismo de Gladstone, tan en armoniosa consonancia con su ortodoxia metodista, cual llegó á privarle del concurso de Dilke, partidario tan valioso y tan útil, también llegó á privarle del concurso de Parnell, formidable aliado.

Una de las altas cualidades, que yo advierto en el extraordinario estadista inglés, la mayor sin duda, es aquella complexidad, que permite al árbol de su vida inmortal arraigar en el terruño patrio las raíces y luego extender la sombra benéfica de su bella copa por toda la tierra y por toda la humanidad. Gladstone es á un tiempo, sin duda por los elementos complejos que componen su grande carácter y su grande inteligencia, cosmopolita y patriota. Pues la misma rigidez casi cuáquera que le llevó á privarse de Dilke, le llevó á privarse de Parnell. Dilke, más frío y más razonador, lo ha perdonado; apasionadísimo Parnell, como todos los hombres muy reconcentrados, no ha podido perdonárselo. Y al formular su voluntad extrema, y al escribir su testamento sacro, no ha tenido más que una sugestión casi exclusiva; el odio á Galdstone, cuyas manos le arrancaron al impulso de añejos escrúpulos llamados hipocresía en el vocabulario parnellista, de las sienes, en la hora del triufo, la corona de Irlanda, que se había forjado para sí en colosal combate de Titanes.

Cuando, al sentir en los estertores de su agonía llegar la muerte, se llevaba las manos á su cabeza y la encontraba desceñida de aquel nimbo litúrgico, con el que la creyera para siempre unida, y más sobre su almohada de piedra en el sepulcro, debía por fuerza el rey descoronado maldecir á quien le despojara de ella, entregando como un vínculo esta maldición al resto de sus sucesores y herederos fieles.

Así, la mujer predilecta por cuyo amor todo lo sacrificara en el mundo, hasta la gloria póstuma, con la natural ceguera producida por sus dolores inenarrables, abrazada como fiel Artemisa en su viudez al mausoleo de la historia, busca desolada por todas partes y entre todo el mundo, al empuje de una obsesión hipnótica, tomada por ella en sus arrebatos, como cumplimiento de un deber estoico, lo único capaz de satisfacer los manes del difunto y apagar las penas del propio corazón, una terrible venganza.

VI

¿Qué puede aguardar Gladstone de mayoría, donde hay un grupo, como los parnellistas, enmpeñado en seguirlo para matarlo? Pues junto á los parnellistas hay otro grupo, no menos infiel y no menos peligroso: el grupo inspirado en sistema tan indeciso como el sistema socialista, y que se llama grupo de los jornaleros. Con efecto, así como los unos tan sólo piensan en requerir venganza, los otros tan sólo piensan en requerir provecho. Y como á los irlandeses parnellistas les tiene sin cuidado el interés general, si la propia pasión satisfacen, les tiene sin cuidado á los jornaleros Irlanda, si sacan al Parlamento la jornada de ocho horas. Y cual se irán los unos sin remedio con aquel que les prometa venganza del jefe radical, se irán los otros sin remedio con aquel que les prometa tasa del trabajo diario.

Y á esto se unirán las disidencias y contradicciones irreductibles dentro de cada político grupo. Los ingleses de la mayoría querrán una ley para Irlanda todo lo menos autonómica posible dentro de las líneas naturales al concepto de autonomía, y los irlandeses, al revés, querrán una ley de autonomía confinante con la separación mutua y el apartamiento definitivo entre los dos fragmentos de la corona imperial. Pedirán gobiernos locales parecidos á los cantones helvéticos; pedirán su Parlamento casi soberano; hasta pedirán el mando de una policía con armas, quien constituya en el fondo su verdadero ejército permanente separado del ejército inglés y á servicio de Irlanda. En el Parlamento imperial no querrán más participación que aquella indispensable á ocultar bajo aparente unidad la real separación. Si el ilustre anciano da una ley á los irlandeses grata, desavendráse por fuerza de los britanos del partido. Y si da una ley por la cual puedan pasar los britanos, desavendráse de

los irlandeses. Así, nada tan precario como la vida que le aguarda, nada tan endeble como el gobierno que constituya.

Por eso la verdadera salida estaría en aplazar la cuestión irlandesa é ir derechamente á la cuestión electoral. El comicio, hoy estatuido, hase mostrado en dos grupos iguales roto, al resolver la consulta última. Un tribunal tan dividido no puede prometer sentencias firmes y definitivas. Cuando los magistrados de un tribunal se dividen así, piden las leyes y las costumbres fórmula como la siguiente: «á más señores». Pues á más electores hay que ir en Inglaterra. No impera el sufragio universal allí; pero precisa reconocer que se halla la nación en los límites fronterizos á tan indispensable reforma democrática. Por esas extravagancias inglesas, antes recordadas, no sucede allí lo que sucede, por ejemplo, en España, donde cada ciudadano español mayor de edad tiene un voto, sucede que tiene un voto quien tiene una casa en propiedad ó en arriendo. Y como hay muchos que tienen muchas casas, esos pueden dar su voto en las diversas localidades donde sus casas radican. Y con la facilidad grandísima de comunicación que traen los ferrocarriles, y con los enormes y largos espacios puestos en Inglaterra entre los varios períodos de la elección, hay quien puede votar muchas veces, y se necesita destruir esa desigualdad irritante para ir al principio latino de un hombre un voto que coronaría el movimiento democrático de Inglaterra.

VII

Así nada tan lógico y tan saludable como aplazar la cuestión irlandesa y proponer la cuestión electoral. Con un Parlamento como el que han enviado los últimos comicios al palacio de Westminster, no pueden gobernar los conservadores. Y cuando aparecen Parlamentos así, divididos y subdivididos en moléculas, incapaces de generar un gobierno, suspensos en equilibrio inestable por dos fuerzas contrarias, no queda otro remedio, sino disolverlo y apelar al país legal, aumentado por la natural adición del mayor número posible de electores. En estos tiempos democráticos la primera fuerza moral está en el sufragio de todos los ciudadanos. Hay que buscar el sufragio, éste tan autorizado y legalizador, para que resuelva y formule y dicte la nueva Constitución de Irlanda.

Con esta opinión mía coincide la

opinión de un demócrata, no transigente y conservador como yo, radicalísimo y avanzado: la opinión del insigne Labouchère. El acaba de proponer con sumo sentido y plausible oportunidad lo propuesto por mí: el aplazamiento de las cuestiones irlandesas subseguido por una inmediata orientación hacia el sufragio universal. No hay otro medio. De los comicios, tal como están organizados ahora, no puede salir una respuesta clara y terminante al problema pavoroso de Irlanda, pues hay que buscar otros comicios. Del Parlamento que hay ahora, no puede brotar un gobierno duradero. Pues hay que buscar otro Parlamento capaz de generar el gobierno. Así el problema se presenta con esta natural claridad y precisa resolverlo en consecuencia. No puede mantenerse la estabilidad ante Cámara donde tiene mayoría la reforma; pero no puede intentarse la reforma de ningún modo ante Cámara cuyos factores capitales no están acordes en los términos y en los límites de la proyectada y apercibida reforma. El ministerio radical aparecerá fuerte, dirigiéndose hacia el sufragio popular, en que todos los radicales andan acordes; mas aparecerá debilísimo, si quiere dirigirse hacia el Parlamento autónomo irlandes que divide y separa los radicales en moléculas de facilísima disipación á cualquier viento. Decidiéndose los radicales por el sufragio universal ahora, la cuestión política no será de fondo, en que la mayoría se atomiza con seguridad; será de método, en que adquirirá la mayoría una cohesión incontrastable, asimilándose quizá de nuevo el grupo avanzado, que hoy está unido con Salisbury. Lo pide así ahora el más vulgar sentido y lo necesita el humano progreso.

VIII

Poco espacio nos han dejado las importantísimas elecciones inglesas para historiar los demás hechos capitales europeos con ellas coincidentes. Pero como no haya ninguno de estos hechos superior á las elecciones por su interés general, resérvoles en mi Crónica el puesto mismo alcanzado por ellos en la opinión. Otras elecciones hanse por los franceses en los últimos días verificado, las elecciones para los consejos departamentales de provincia, y nadie ha vuelto á ellas hoy su atención, por saberse de antemano cómo, con el arraigo conseguido por la República últimamente, no había lugar á recelos acerca de la salida y del resultado en estos combates

políticos. El partido republicano gobernante gana innumerables puestos y la reacción habrá de retroceder confusa por necesidad ante un veredicto ya inapelable de la conciencia y de la voluntad nacional. Tras veintidós años de intensísimos deseos por este lisonjero logro, se quita uno cierto peso del alma, sabiendo cómo no están ya en litigio entre los franceses ninguno de los tres capitales principios á que nosotros hemos consagrado nuestra existencia, ni la libertad, ni la democracia, ni la República.

No sucede así en Bélgica. Empecatados muchos de sus hombres públicos en creerse á raíz del año 30, niéganse con locas resistencias al sufragio universal, término del reemplazo indispensable de la clase media por una democracia trabajadora, ordenada, pacífica, legal. A semejante motivo se han roto en fracciones liberales y católicos. Entre éstos el verdadero jefe por su inteligencia y por su historia de partido tan viejo y numeroso quiere á toda costa el sufragio universal, en la seguridad completa de que deberá servir á la Iglesia, mientras el jefe nominal de la situación, el presidente del Consejo de Ministros, no lo quiere, cuando ejerce únicamente por delegación del supradicho poder y autoridad sobre los suyos. Algo parecido entre los liberales. Mientras el antiguo jefe, aquel tan estimado de la Europa contemporánea, después de haber en cien ocasiones varias servido al progreso, rechaza hoy su fórmula definitiva, el derecho de sufragio para todos; el estadista, que ha de sucederle por fuerza en su altísimo cargo, Jansón, proclama el nuevo principio y lo defiende con intenso entusiasmo que no excluye una constancia tan deliberada como firme. La coincidencia en punto como éste, capitalísimo, de fracciones contrarias, puede traer una coalición extraña de los creyentes por diversas razones en el mismo dogma, teniendo que llamarse por tal causa entre sí los enemigos amigos, y los amigos enemigos. A pesar del poco calor que hace allá en la húmeda Bélgica, el verano ha suspendido los dos Cuerpos Colegisladores, y las cuestiones de tal importancia no volverán á reproducirse hasta muy entrado el otoño. Puesto que dispone de tiempo el ilustre Frere Orbán para ello, bien podría recogerse dentro de sí mismo, y considerando cómo arrolla la democracia todo cuanto se opone á su triunfal carrera, decidirse á un principio bien cerca de triunfar en la nación del privilegio, en Inglaterra, con lo que remataría de manera dichosísima, como Gladstone, su larga y gloriosa historia.

La debilidad incurable de que van adoleciendo las monarquías contemporáneas, se nota con observar cómo ninguno de los reyes jóvenes alcanza el poder y autoridad que alcanzaron sus inmediatos predecesores. Y para que no pierda otro, ahí está demostrándolo á diario el joven emperador de Alemania. Caprivi por un lado, Bismarck por otro, Waldersee también por su parte se dan en las tinieblas tales porrazos, que van á recaer en las espaldas maltrechas de su Emperador, y arman escándalos, de los cuales únicamente sale su Emperador disminuido. La inquinia del nuevo mediocre Canciller al antiguo célebre y férreo, se patentiza en el proyecto sometido al Emperador de armar un proceso á Bismarck, en el cual perdería tanto Alemania por la condena muy problemática, como por la probable absolución. Cuando el vasallo de Carlos V, Mauricio de Sajonia, que había vencido en Inspruck á este invencible y omnipotente César, le pisaba los talones, como se resistiese á prenderlo y sus amigos le persuadían á que lo prendiese, contestóles con esta frase histórica: «¿Dónde tengo yo jaula para meter un pájaro tan grande?» ¿Dónde tiene cárcel Caprivi para un prisionero como Bismarck? ¿No teme le coja entre dos puertas la posteridad y le trate por su trato al hacedor de la unidad alemana, como el Centenario universalmente celebrado ahora por ambos mundos recuerda que trataran al hacedor del descubrimiento de América Bobadilla y Aguado y Ovando, cuya pena capital no han podido remitir en la humana historia ni siquiera la proclamación y reconocimiento unánimes en el último, de méritos extraordinarios?

Precisa dejar al grande hombre por completo en su retiro, infligiéndole sólo aquel castigo que más puede hoy apenarle y consumirle: su apartamiento del Gobierno. Cosa es dura para un monarca semiabsoluto ver que se subleva, invocando el título de su genio natural y nativo contra un Emperador que invoca el título de su derecho hereditario y divino. Pero á estas hemos llegado por el progreso de los tiempos y el movimiento de las ideas, al escribir su voluntad última, el siglo XIX y dictar su testamento sacro. Los pueblos conservan la monarquía por utilidad, por no sentirse preparados á la República ellos mismos; y los grandes hombres sirven á los reyes, primero por creer que sirven así á los pueblos y después por creer que se sirven mejor á sí mismos. Pero francamente, cualquiera que sean los méritos por Bismarck ostentados, y no pueden regateársele de modo alguno en

justicia, las complacencias serviles que tuviera con los de arriba y las arrogancias soberbias que tuviera con los de abajo merecían una pena tan grande como la que han á su persona y nombre infligido los implacables decretos de la Providencia.

Sus apelaciones al pueblo en estas angustias, recuerdan las apelaciones de Napoleón en el año 14 y 15 á la independencia nacional cuando las irrupciones de su Imperio en todos los Estados circunvecinos acabaron por llevarle una irrupción de todos los Estados circunvecinos en su Imperio. No puede comprenderse cómo, después de haber ido á las Cámaras, cual si fuesen las Cámaras un cuartel cualquiera, con sus espuelas en las botas y su látigo en las manos, ahora diga lo dicho en Jena sobre la necesidad imprescindible de que haya un Parlamento y una prensa libres en Alemania; no puede comprenderse cómo, después de haber fomentado una guerra perpetua y complacido al ciego factor militar en Alemania, quedándose con Metz y Estrasburgo, manzana perdurable de discordia, concluya por decir aquello mismo, de que tanto se burlaran sus reptiles en la prensa germánica y hasta sus embajadores en las cortes europeas, cuando lo dijo mi discurso del 88: que no habría en tiempos futuros próximos sino guerras de defensa y en tiempos futuros más remotos no habría ninguna guerra. ¡Cuánto mayor que Bismarck el sublime Gladstone, volviendo al Gobierno por la voluntad libérrima de un pueblo libre, y presentándose á Europa como una esperanza de los oprimidos y como una promesa de paz universal! Sólo Dios es grande y sólo la libertad es inmortal.

Emilio Castelar.

IMPRESIONES LITERARIAS

A propósito de Colón.—Italia en el siglo xv, por Orti y Brull.—Novelitas, por Octavio Picón.—Puntos de Vista, por Nicolás Heredia.—Diario de un testigo de la guerra de Africa, por Alarcón.

En estas últimas semanas, consagradas por completo al centenario del descubrimiento de América, la mayor parte de los escritores españoles se ha dedicado á comentar, ensalzándola ó deprimiéndola, en prosa y en verso, la vida del descubridor de América. En cuanto ha llegado el momento de celebrar la memoria del gran navegante, hase sentido acometida de ardor bélico innumerable falange de historiadores (muchos de ellos de ocasión), y, á decir verdad, tanto han removido las fuentes históricas, que á estas fechas no sabemos si el Almirante nació en Génova ó en Saona, si fué él el héroe de la famosa expedición de Palos, ó lo fué algún desconocido grumete de la *Santa María*, si mereció las cadenas con que le aherrojó Bobadilla, ó si es realmente acreedor á las alabanzas que le tributan los pueblos.

De todos modos, es lo cierto que Colón ha sido tan poco afortunado en vida como en muerte. En vida, á excepción del sublime momento en que vió desde su barco (que tampoco sabemos si debe llamarse nao ó carabela) la tierra soñada por su fantasía, todo lo demás de su existencia fué tristezas, angustias, quebrantos y persecuciones. En vez de los ofrecimientos hechos antes del descubrimiento, encontró cadenas, hierros en vez de palmas, en vez de riquezas olvido y abandono... Ni siquiera logró dar nombre á la tierra por él descubierta.

Muerto, la desgracia le ha perseguido con la misma saña con que le afligió cuando vivo; y en esta épo-

ca de su apoteosis, cuando el antiguo y el nuevo continente se disponían á tributarle honores casi divinos, los sabios han encontrado ocasión para arrojar al gran marino piedras tamañas como el puño. Y sin embargo, la gloria de Colón es inatacable. Fuera bueno ó malo, santo ó protervo, modelo de gobernantes ó incapaz para el mando, conociérase ó no en épocas remotas la existencia de América, aunque fuese como fué obra de una providencial casualidad su descubrimiento, todo ello importa poco; lo que le coloca en el número de los héroes más ilustres es su constancia inalterable, su tenacidad sublime que Dios premió otorgándole un mundo que no buscaba. Sobre todas las grandezas está la grandeza de la voluntad, y en este respecto la gloria de Colón no tiene rival ni en lo antiguo ni en lo moderno.

Pero echo de ver que me aparto del asunto de estos renglones. Decía que con motivo del centenario de Colón han llovido sobre su memoria libros, conferencias, discursos, artículos y versos, con tal profusión, que entre semejante fárrago de obras, insulsas las unas, atinadas las otras y muy pocas inspiradas, apenas si se acierta á entrever alguno que otro libro merecedor de ocupar la atención de los lectores.

*
* *

Excepción es de lo dicho la obra del Sr. Orti y Brull, titulada *Italia en el siglo XV*. Este interesante libro tiene, además de su importancia real y positiva, un valor relativo muy digno de tomarse en cuenta. Es evidente que, salvas rarísimas excepciones, apenas si se publica en España obra alguna de carácter científico. Los sabios oficiales se contentan con dar á la estampa algún librito de texto, casi siempre traducido, sin preocuparse gran cosa en aumentar su fama, no siempre merecida. De aplaudir es, por consiguiente, el esfuerzo de aquellos escritores que, ajenos á toda idea de lucro, y no obstante el desvío con que aquí se miran todas las publicaciones serias, emprenden trabajo tan importante como el realizado por el Sr. Orti y Brull.

Italia en el siglo XV presenta, en forma interesante y amena y con imparcialidad suma, el cuadro histórico de aquella centuria tan fecunda en incidentes dramáticos y sucesos trascendentales y que fué además aurora de la cultura europea de los siglos modernos. No se contenta el autor con narrar los hechos históricos: aspira á algo más; propónese presentar de una manera sintética y viva toda la existencia de la Italia del Renacimiento, su política, sus costumbres, su arte, sin olvidar la influencia del medio ambiente ni

omitir las circunstancias de tiempo y lugar que influjo tan poderoso y directo ejercen siempre sobre la conducta de los hombres.

Capítulos hay en este libro como aquel en que se narra la última noche del Imperio de Oriente, en que el autor llega á alcanzar esa severidad de estilo, ese modo de decir grave y melancólico que más parece propio del cincel que de la pluma. No es solamente esta hermosa página lo que merece aplausos en la historia de la *Italia en el siglo XV;* otras muchas pudieran citarse como muestra de las dotes que como historiador tiene el Sr. Orti y Brull; dotes que no quedan desvirtuadas por algunos lunares que ya en otra ocasión hube de notar.

Como resumen de mis opiniones sobre este libro, repetiré aquí estas palabras no ha mucho escritas por mí con idéntico motivo. «La obra del Sr. Orti y Brull honra á la literatura española contemporánea, tanto por la riqueza de datos que contiene, cómo por la severa é imparcial crítica con que están juzgados los hechos, como, finalmente, por los encantos de la narración siempre animada y llena de interés.

El estilo severo y grave no decae jamás, y el lenguaje, claro y correcto, apenas si muestra algún ligero descuido fácil de cometer en obras de cierta extensión... Seguro estoy de que cuantos han leído este notable libro esperan con impaciencia la publicación de la segunda parte, anunciada por el autor.

* * *

El pesimismo es el carácter distintivo de nuestra literatura. Desde el articulejo de periódico hasta el novelón trascendental, todo se vuelve, como la comida de Don Quijote, duelos y quebrantos. Las mujeres son neurósicas, los hombres desequilibrados, la acción una historia médico-legal ó un caso de locura ó de obstetricia y el desenlace, casi sin excepciones, el suicidio. La sociedad que este arte desolado y sombrío nos presenta, semejase á un hospital enorme, á un manicomio colosal ó á un presidio suelto. Su lectura produce á veces nauseas, á veces amargura, disgusto siempre. Ni un rayo de luz, ni un reflejo de alegría: todo sombras y angustias y horrores.

No hay para qué citar nombres; tan generalmente constante es el carácter pesimista en la literatura novelesca, que apenas si pueden citarse contados escritores libres de aquel negro contagio.

Entre los nuestros, uno de los pocos que no se han dejado conta-

minar de la epidemia, es el autor de *Dulce y sabrosa*, D. Jacinto Octavio Picón.

No contempla la realidad de un modo exclusivo: no fija solamente su vista lo malo y en lo feo, como es uso y costumbre en los escritores modernos, sino que abarca lo que hay de hermoso y de deforme en la vida, y sabe presentar en el íntimo maridaje con que en el mundo aparecen, la virtud y el pecado, la desesperación y la esperanza, los dos principios fundamentales que al decir de los filósofos están siempre en íntima y continua lucha.

Su criterio respecto del mundo se encierra en las siguientes palabras, que pone en boca de uno de los personajes de sus *Novelitas*, colección de cuentos recién publicada y motivo de estos renglones: «La naturaleza, siempre sabia, produce la belleza por contrastes. El sol hace brillar, como si fueran de plata fundida, los bordes de la más atezada nube; en el fondo de la sima más espantable no faltan nunca granos de arena, relucientes como piedras preciosas, y la más enfurecida ola es la que arroja á la playa mayor número de nacaradas conchas.»

En todo el libro último del señor Picón se ve perfectamente marcada esta manera justa y sintética de entender la realidad.

El asunto que sirve de tema á cada una de estas *Novelitas* es siempre sencillo; nada de intrigas complicadas, nada de crímenes espantosos, ni de tremendas catástrofes, ni de pasiones epilépticas; unos amores vulgares, una historia de las que á todas horas oímos, le basta al Sr. Picón para cautivar al lector y para recrearle durante unos cuantos minutos, merced principalmente á su arte para narrar, á la pureza y distinción de su estilo, y á la corrección y limpieza de su lenguaje.

Porque es de advertir que, en punto á estas cualidades, el autor de las *Novelitas* no tiene nada que envidiar á los más celebrados autores contemporáneos.

Si la falta de espacio y tiempo no lo impidiera, de buena gana procuraría analizar detenidamente alguno, siquiera, de estos preciosos cuentos, en los que hay mucho que admirar y no poco que aprender. No dejaré, sin embargo, de citar, como modelo de ternura y de elevación de sentimientos, la narración que lleva el título de «Un sabio», en la cual echo de ver algo de la delicadeza de Breete Harte; el cuento titulado «La monja impía», que abunda en la gracia maligna de nuestros buenos escritores del siglo XVI, aunque con marcado dejo de descreimiento, y en la novelita «Confesiones», parecida, salvo las diferen-

cias de tiempo, á un cuento de Bocaccio.

No obstante lo dicho, algo hay que pudiera tacharse en esta linda colección. Me refiero al espíritu materialista y antirreligioso que en casi todos los cuentos es fácil apreciar. La moral del escritor resulta en todos ellos supeditada á la belleza. La Venus griega, espléndidamente desnuda, se hace perdonar de buen grado su desenvoltura y sus adulterios. Juzga del mundo de manera parecida á la que empleaban los jueces de Friné. He aquí lo que del placer y el amor piensa el señor Picón, si bien estas palabras que cito las pone en labios de una mujer galante:

«La limosna y el amor deben ser otorgados sin tardanza ni demora. Y, sobre todo, el tiempo que permanecemos privados de cariño es perdido para el placer, como para la salvación el que dejamos trascurrir sin ejecutar obras de misericordia y caridad.»

Otros muchos ejemplos pudieran citarse de la misma refinada sensualidad.

En lo tocante á ideas religiosas, el Sr. Picón es notoriamente injusto. Ni la verdadera religión es la que practica Teresa (en el *Caso de conciencia),* ni la doctrina católica aconseja lo que su confesor dice á la devota joven, ni el aire zumbón con que el autor satiriza las cosas santas es propio de la serenidad del arte, ajeno por completo á los donaires motinescos.

En suma: las *Novelitas* del señor Picón, aparte su tendencia sensualista y nada religiosa, son de una labor tan primorosa y delicada, poseen tal encanto y con tanta elegancia, no reñida con la sencillez, están escritas, que no es posible dejarlas de la mano una vez comenzadas. Yo las he leído de un tirón.

***

Es grato cuando pensamos en nuestra rica Antilla, considerar que el arte literario, que allí cuenta con nombres tan notables como el de la incomparable Avellaneda, el de Heredia Zenea y otros poetas ó prosistas notables, tiene actualmente continuadores dignos de alabanza y encomio. Digo esto después de leer la colección de artículos que ha publicado recientemente D. Nicolás Heredia, autor de varios trabajos publicados en la prensa cubana, particularmente de Matanzas.

El Sr. Heredia, aunque tiene títulos sobrados para aspirar al nombre de crítico, se contenta con el más modesto de *impresionista.* «Desconfío—dice—de mis propias opi-

niones, aun siendo, como son, hijas de una sinceridad que nunca me abandona.» Modestia laudable, pero que tiene para la crítica un gravísimo inconveniente. El que duda de la verdad de sus juicios no influye gran cosa sobre el juicio de los otros, y hace poco amable la belleza de una obra de arte el crítico que empieza por desconfiar de sus apreciaciones. El arte, como la religión, necesita de hombres apasionados que defiendan entusiásticamente sus ideales. Los tibios, los vacilantes, los desconfiados, como el personaje de Tirso, pierden la gloria que merecen.

Además, la teoría del punto de vista en que el autor apoya sus observaciones, es ocasionada á error. El don de juzgar supone la cualidad de abarcar el objeto en todos sus detalles y en su conjunto. El que se contenta con ver los casos sólo desde las asperezas de su mordacidad ó de su bilis, ó desde las nebulosidades de un espíritu preocupado, no puede ni debe aspirar al nombre de crítico: en el primer caso es un bufón maldiciente, en el segundo un ciego metido á guía. La mejor crítica es la que supone mayor ausencia de toda influencia subjetiva.

Creo, sin embargo, que lo que escribe el Sr. Heredia por vía de prólogo de su obra, es más bien hijo del deseo de no pasar plaza de pedante que resultado de una convicción fundada. Esta opinión mía la confirma la seguridad y el convencimiento que reflejan todos los artículos de la colección titulada *Puntos de vista*.

No son estudios detenidos, empedrados de enojosa erudición y salpicados de nombres exóticos y citas rimbombantes; son más bien ligeras semblanzas, escritas con gallarda facilidad y compendio de observaciones atinadas, de frases curiosas y exactas, y de rápidas pero exactas reflexiones, más sobrosas que todo el tráfago pueril de apotegmas con que escritores faltos de meollo embuten sus soporíferos artículos.

Excesivamente severo me parece el relativo al *Diccionario*. En dicho artículo, el autor se deja llevar de esa influencia injusta, especie de moda antiautoritaria que nos obliga á gritar á todos contra la corporación de la calle de Valverde. Tarea, por otra parte, fácil, hecha en la forma analítica que es uso y costumbre. El mejor diccionario del mundo dará pasto para burlas de mordaces críticos, pues sabido es que nada es más difícil que definir, y cualquier diccionario tiene que contener millares de definiciones. Cuando éstas recaen sobre objetos vulgares, la dificultad llega á un grado insuperable. Y la prueba de ello es que hay muchos que, con más ó

menos gracia, se burlan de lo que el diccionario dice; pero á nadie se le ha ocurrido, que yo sepa, sustituir con definiciones propias las asendereadas del diccionario.

Más justos y dignos de todo elogio me parecen los trabajos de crítica que tienen por objeto el estudio de Campoamor, Fernández y González, *La Terre*, *El cuarto poder*, *Le Rêve* y *L'Immortel*. El autor manifiesta en ellos que sabe pasar de la superficie de las obras, llegando muchas veces á la medula y condensando en una frase ó en un epíteto un juicio exacto del autor á quien estudia.

El artículo *Siluetas cubanas* merece también ser leído por cuantas personas se interesan en el estudio de la literatura antillana.

En resumen: el Sr. Heredia es un verdadero crítico, dotado de exquisito gusto y capaz de expresar en pocas líneas y en forma correcta, juicios y opiniones sorprendentes unos y otros por su precisión y originalidad.

***

¿Quién no conoce el inimitable libro de Alarcón, titulado *Diario de un testigo de la guerra de Africa?* Hay en él tanto patriotismo, tantas bellezas, un ambiente tan noble y tan elevado, que es imposible leerlo sin sentirnos libres por algunos instantes de todas las pequeñeces y ruindades que amargan la vida. Historia es esa que debe leer la juventud española tan propensa hoy al escepticismo y tan inclinada á costumbres y aficiones completamente exóticas en nuestra patria.

No es cosa de hacer aquí análisis de un libro que todo el mundo conoce; basta con recordar que es una narración viva y conmovedora de uno de los hechos más gloriosos de la historia contemporánea, una especie de epopeya en que hay héroes que pueden competir con los de Grecia y episodios que parecen reproducción exacta de los cantados en nuestros antiguos romances.

Alarcón escribió su libro á la vista de los hechos que refiere, así es que las páginas de su historia conservan al través del tiempo la misma verdad y despiertan en el lector idéntica emoción que si los acontecimientos referidos acabasen de ocurrir. Se asiste con el pensamiento á aquellos épicos combates, óyese el ruido de la lucha y síguese, con el corazón agitado por la impaciencia, los incidentes de aquella guerra que podrá ser censurada desde el punto de vista político, pero que tuvo la ventaja indisputable de devolver á nuestro pueblo la confianza en su

propio vigor, confianza tan necesaria á las naciones, que sin ella de nada sirven las más altas cualidades.

Elogios merecen los editores de la *Colección de escritores castellanos* por haber aumentado el número de sus publicaciones con un libro que une á bellezas literarias de primer orden la cualidad del más entusiasta patriotismo, virtud tal vez la más saliente de nuestro pueblo y base acaso única para la futura regeneración de España.

FRANCISCO F. VILLEGAS.

Á ALFREDO TENNYSON

(DE N. W. LONGFELLOW.)

Vengo á tocar tu lanza con la mía,
¡Poeta!, no cual retador sañudo
Golpeaba en la liza adverso escudo,
Antes en homenaje á tu maestría.
¡Príncipe de la inglesa poesía!
Mi admiración por ti, callar no pudo
Cual en prisión de hielo arroyo mudo,
Y á tu divino canto aplauso envía.
No entre la orgía de cantores vienes
Que, aullando, al Numen hacen torpe injuria,
¡Oh, tú, del corazón dulce cronista!
El frondoso laurel honró tus sienes,
Y porque al Arte das tu amor y culto,
Nuestro culto y amor son tu conquista.

M. A. CARO.

ÍNDICE

	Páginas.
Eduardo el Guapo, *por* Víctor Cherbuliez	5
Las miserias de un dios en el siglo XIX, *(conclusión) por* E. Caro	37
Memorias de Enrique Heine acerca de su juventud, escritas por él mismo	73
Enrique Ibsen, *por* L. Passarge	121
Casa de muñecas, *drama en tres actos*, *por* Enrique Ibsen	131
Retrato de un humilde, *por* Pablo Bourget	171
Reseña crítica del Centenario, *por* Cesáreo Fernández Duro	175
Día y noche (soneto), *por* M. Caro	185
Crónica internacional, *por* Emilio Castelar	186
Impresiones literarias, *por* Francisco F. Villegas	200
A Alfredo Tennyson (soneto), *por* M. Caro	207

España moderna

AÑO IV NÚM. XLV

LA

ESPAÑA MODERNA

REVISTA IBERO-AMERICANA

DIRECTOR PROPIETARIO: J. LÁZARO

SETIEMBRE—1892

AGUSTÍN AVRIAL
IMP. DE LA COMPAÑÍA DE IMPRESORES Y LIBREROS
SAN BERNARDO, 92.—Teléfono núm. 3.074
MADRID

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

IVAN EL IMBECIL

CUENTO POPULAR

I

En cierto reino, en cierto país, vivía y existía un rico *mujik* (1).

Y este mujik tenía tres hijos: Semán el Guerrero, Tarass el Panzudo é Iván el Imbécil, y una hija muda, Malania.

Semán el Guerrero se fué á combatir por el czar; Tarass se fué á la ciudad á trabajar en casa de un mercader, é Iván el Imbécil permaneció en casa muy tranquilo, con la moza.

Semán el Guerrero obtuvo un alto grado y un fundo en recompensa de sus servicios, y se casó con la hija de un *barín*. Su paga era grande, sus dominios extensos, y nada le bastaba; lo que reunía el marido, lo sembraba al viento la mujer con su manga. No tenían un cuarto nunca.

Y Semán se marchó á sus tierras para cobrar las rentas. Su administrador le dijo:

—Nada hay que cobrar. No hemos tenido ganado, ni caballos, ni bueyes, ni arados; hay que comprar todo, y entonces habrá rentas.

Semán el Guerrero fué á casa de su padre, el mujik, y le dijo:

—Eres rico, y nada me diste: dame el tercio que me corresponde. Voy á emplearlo en mis tierras.

Entonces el viejo respondió:

—Nada has traído á casa: ¿por qué te tengo que dar la tercera parte? Eso iría en perjuicio de Iván y de la chica.

Y replicó Semán:

—El está imbécil, y ella muda. ¿Qué necesidades tienen?

(1) Traducción literal. Fórmula inicial de los cuentos populares rusos.

Respondió el viejo:

—Pues bien, será lo que Iván diga.

Y dijo entonces Iván:

—¡Sea! Que la tome.

Semán el Guerrero tomó una parte del patrimonio, la empleó en sus haciendas y volvióse á servir al czar.

Tarass el Panzudo ganó también mucho dinero; se casó con la hija de un comerciante, pero siempre andaba á tres menos cuartillo.

Fué á ver á su padre, y le dijo:

—Dame mi parte.

El viejo tampoco le quiso dar á Tarass la parte que pedía, y exclamó:

—Nada nos has traído tú: todo lo que hay en casa lo ha ganado Iván. No puede perjudicársele, ni tampoco á la muchacha.

Y dijo Tarass:

—¿De qué le sirve el dinero á Iván? Es imbécil, no puede casarse. Ninguna le querrá para marido... Y una joven muda tampoco necesita nada.

Y añadió:

—Iván, dame la mitad del trigo; de los instrumentos de labranza, ninguno tomaré; y de todo el ganado, sólo quiero el caballo gris, que no te sirve para la labor.

Echóse Iván á reir, y dijo:

—¡Sea!

Y Tarass también se llevó su parte. Condujo el trigo á la ciudad, y montó en el caballo gris. E Iván, que sólo se quedó con una yegua vieja, labraba la tierra y mantenía á su padre y á su madre.

II

El diablo viejo tuvo una gran contrariedad al ver que los tres hermanos no habían reñido durante las particiones, y se habían separado como buenos amigos. Llamó entonces á tres diablillos.

—Escuchad: hay tres hermanos, Semán el Guerrero, Tarass el Panzudo é Iván el Imbécil. Convendría que disputasen entre sí, y viven con el más perfecto acuerdo... El Imbécil es el que me ha echado á perder todo mi negocio. Id, cogedlos á los tres y enemistadlos hasta el punto de que se salten los ojos... ¿Lo podéis hacer?

—Lo podemos—contestaron.

—¿Y cómo os las vais á arreglar?

—He aquí lo que haremos. Comenzaremos por arruinarles para que ya no tengan qué comer; después, los pondremos unos en presencia de otros y se maltratarán.

—Está bien—dijo el diablo.—Veo que entendéis el negocio. Id, y no volváis hasta que hayáis enzarzado á los tres, porque de lo contrario os arranco el pellejo.

Vanse los diablillos á su pantano (1) para resolver acerca de las medidas que deben tomar. Discuten y discuten : cada cual quiere reservarse la tarea más fácil. Echan suertes respecto á lo que cada uno tendrá que hacer ; y si uno de los tres concluye su obra antes que los otros, irá en ayuda de sus dos compañeros. Se sortea, se fija el día en que se reunirán de nuevo para saber quién ha terminado su cometido y á quién tendrá que ayudar.

Ha llegado el día convenido; y, conforme se ha dicho, reúnense los diablillos en la marisma. Se ponen á hablar de sus asuntos. El primero hablaba de Semán, y dijo:

— Mi tarea va por buen camino. Mañana irá mi Semán á casa de su padre. Sus compañeros preguntáronle cómo se las había arreglado, y dijo:

— ¿Yo? Mi primer cuidado fué inspirar á Semán tal valor que prometió á su czar conquistarle el mundo entero. Entonces el czar hizo á Semán general en jefe del ejército y le mandó hacer la guerra al czar indio. Ya estaban los ejércitos frente á frente. La misma noche mojé la pólvora en el campamento de Semán; después fuí al del czar indio y fabriqué soldados de paja. Habiendo visto las tropas de Semán que por todas partes avanzaban soldados de paja, les entró miedo. Mandó Semán entonces que hicieran fuego; mas, fallaron los tiros de los cañones y de los fusiles. Acometió el pánico á los soldados de Semán, quienes han huido como carneros. Y el czar indio los ha hecho trizas. A Semán le han exhonerado, confiscado los bienes, y mañana quieren pasarlo por las armas. Poca cosa me queda por hacer: sacarle de las prisiones para que se marche á su casa. Mañana estará concluido todo ello. Ahora, decidme á cuál de vosotros dos tengo que ayudar.

El segundo diablillo habló de Tarass.

— También va al pelo mi asunto. No pasarán ocho días sin que Tarass vea cambiada su posición... Mi primer cuidado ha sido engordarle más la barriga y aumentar su afán de lucro. Tanto y tanto envidiaba los bienes ajenos, que todo cuanto veía lo quería adquirir. Ha comprado muchas cosas con su dinero y continúa comprándolas, pero ya con dinero tomado en préstamo. Buen fardo lleva á cuestas; y tan liado está que no podrá desenredarse. De aquí á ocho días vencen los créditos; he convertido sus mercaderías en estiércol, no podrá pagar y se irá á casa de su padre.

(1) Las supersticiones populares, por lo general, dan por morada los pantanos á los malos espíritus.

Preguntáronle al tercero de los diablillos cómo andaba el asunto de él.

— ¿Qué os he de decir? Mi asunto no marcha bien. He comenzado por escupir dentro de su tinaja de sidra, para que le doliesen las tripas. He ido á su hacienda y puesto más duro que una piedra el suelo para que no pueda labrarlo. Pensé que el Imbécil no podría labrar; pero llegó con el arado y se puso á destripar terrones. Aplicábase á ello con todas sus fuerzas y continuaba con tenaz empeño. Entonces le he roto el arado. Volvióse á su casa, cogió otro y se puso nuevamente á labrar. Entonces me metí debajo de tierra y quise sujetar la reja; pero no he podido detenerle; empujaba sin cesar el arado, y las rejas están aguzadas; me ha hecho sangre en las manos. Casi todo lo ha labrado; no le falta más que una faja... Venid, hermanos míos, y ayudadme; si no logramos superioridad sobre él, todos nuestros esfuerzos quedarán perdidos. Si el Imbécil continúa trabajando, no conocerán la miseria. El alimentará á sus dos hermanos.

El diablillo de Semán el Guerrero prometió volver al siguiente día, y con esto separáronse.

III

Iván había labrado todo el terreno, excepto una sola faja. Volvió para concluir su faena. Le dolían las tripas, y, sin embargo, tenía precisión de labrar. Limpiaba el arado, invertíalo y volvía á emprender con otro surco.

Mas, apenas había hecho sino empezar el surco, sintióse detenido por una raíz. Era el diablillo, que se había cogido á la reja y la retenía.

— ¡Qué raro! — pensó Iván.— ¡Antes no había por acá la menor raíz, y ahora existe una!

Metió la mano en el surco y palpando encontró una cosa blanda. Agarró el objeto y lo apartó á un lado. Era negro como una raíz, y sobre aquella raíz removíase un no sé qué.

— ¡Calla! ¡Un diablillo vivo! ¡Vaya un bicho sucio!

Iván hizo ademán de romperle la cabeza contra el suelo. El diablillo se puso á gimotear.

— No me aplastes, y haré todo cuanto quieras.

— ¿Y qué harás por mí?

— Lo que gustes. Dímelo.

Iván se rascó la cabeza.

—Me duele el vientre. ¿Puedes arreglármelo!

—Sí que puedo.

—Pues bien, cúrame.

El diablillo se inclinó hacia el surco, arañó, socavó con sus garras, extrajo una raíz con tres puntas y se la dió á Iván, diciendo:

—Toma. Basta tragar una sola de estas puntas para que todo daño desaparezca.

Iván arrancó una de las tres puntas y se la tragó.

Curósele al punto el vientre.

El diablillo se puso otra vez á suplicar, y dijo:

—Suéltame. Voy á sepultarme bajo el suelo; no me pasearé más por aquí.

—¡Bueno, anda con Dios!—dijo Iván.

Pero al momento de pronunciar Iván el nombre de Dios, el diablillo se hundió debajo de tierra como cae una piedra al fondo del agua. No quedó más que un agujero.

Iván guardó en la gorra las otras dos puntas de la raíz y se puso á labrar otra vez. Terminó con la faja de terreno, invirtió el arado y se volvió á casa.

Desunció, entró en la *isba* y vió á su hermano mayor, Semán el Guerrero, sentado con su mujer á la mesa para comer. Le habían confiscado los bienes y á duras penas pudo huir de la prisión para refugiarse en casa de su padre.

Al ver Semán á Iván, le dijo:

—He venido á quedarme contigo. Manténme, y á mi mujer, hasta que haya encontrado otro refugio.

—¡Sea! Vivid en paz aquí.

Pero al ir Iván á sentarse en un banco, molestó á la *barinia* el mal olor del Imbécil, y dijo á su marido:

—No puedo comer con un mujik que apesta.

Semán el Guerrero dirigióse á Iván:

—Dice mi *barinia* que hueles mal. Mejor sería que te marcharas á comer al zaguán.

—¡Sea! Precisamente anochece, y ya es hora de dar el pienso á la yegua.

Iván cogió un pedazo de la hogaza y el *caftán*, y marchóse á su ronda nocturna.

IV

Viéndose libre el diablillo de Semán el Guerrero, vino en ayuda del diablillo de Iván, como estaba convenido de antemano, para combatir al Imbécil.

Dirigióse al campo en busca de su camarada: no había nadie por

ninguna parte. Sólo encontró el agujero, y pensó:

—¡Caramba! Le ha debido de ocurrir una desgrácia á mi compañero. Es necesario reemplazarle. Todo el terreno está arado. Hay que emprenderla contra el Imbécil al recolectar el heno.

El diablillo se fué al prado y lo cubrió con una capa de barro. Hacia el alba regresó Iván de su ronda nocturna, cogió la hoz y marchóse á segar su prado.

Llega, se pone á segar, hace un movimiento, después otro: la hoz resiste, no corta, hay que afilarla. Pero, á pesar de todos sus esfuerzos, nada consigue Iván. Entonces dice:

—Voy á volverme á casa, cogeré allí una piedra de afilar y traeré pan conmigo. Aunque me cueste ocho días, no me voy de aquí sin haberlo segado todo.

Oyóle el diablillo, se puso á meditar, y dijo:

—¡Qué terco es este Imbécil! No será fácil salirme con la mía. Hay que dar con otra cosa.

Iván afiló la hoz y se puso otra vez á segar.

Deslizándose el diablillo entre la hierba, empuñó la punta de la hoz para clavarla en el suelo. Mucho trabajo le costó á Iván, pero á la postre dió término á la corta del heno. Ya no le faltaba sino una parcela á orillas del pantano.

El diablillo se sumergió en la marisma, diciendo:

—Consiento en que me corten todos los remos, antes que dejarle maniobrar ahora.

Iván se encaminó al pantano; y, no obstante de ser allí escasa la hierba, no pudo manejar la hoz. Enfadóse y tiró la hoz con todas sus fuerzas.

El diablillo no quiso quedarse allí; á duras penas tuvo tiempo para esquivar el golpe. Veía que el negocio no marchaba bien. Ocultóse detrás de un arbusto. Iván tiró otra vez la herramienta, la cual dió en el arbusto y cortó al diablillo la mitad de la cola. Acabó la siega, mandó á la moza apilar el heno y marchóse por su camino, provisto de una azada para arrancar el centeno.

Llega, y se encuentra con los tallos del centro tumbados. El diablillo había pasado por allí.

Entonces Iván se va á casa, sustituye su inútil azadón por una dalla, se vuelve á segar, y siega de ese modo todo el centeno.

—Ahora tengo que prepararme para la avena.

Oyóle el diablillo de la cola cortada, y pensó:

—No he podido atraparle en el centeno, pero le pillaré en la avena. Sólo que necesito aguardar á la mañana.

Llegó al alba al campo de avena, y la avena estaba ya segada.

Iván había trabajado por la noche, para perder menos grano.

Enfadóse el diablillo, y dijo:

—Lo ha segado todo; el Imbécil me la pegó. Ni aun en la guerra he visto tal tráfago. El maldito no duerme. Imposible anticipársele. Iré á las gavillas y haré que se pudran.

Y el diablillo se encaminó á los haces de centeno, introdújose por entre las pajas, y se ocupó en podrirlos. Los calentó, entró él mismo en calor, y quedóse dormido.

Iván enganchó la yegua y fué con la muchacha á buscar las gavillas. Llegó al haz donde estaba oculto el diablillo, quitó dos matas con la horca y la clavó precisamente en las posaderas del diablillo. Saca la horca, ¿y qué ve? Un diablillo vivo entre las púas de la horca, y con el rabo cortado además. Se retuerce, patalea y trata de huir.

—¡Mira, mal bicho! ¿Tú por aquí aún?

—Soy otro. El otro era mi hermano; yo estaba en casa de tu hermano Semán.

—No me importa saber quién eres. Tendrás la misma suerte.

Quiso aplastarlo contra el suelo, pero el diablillo le suplicó:

—Suéltame. No volveré más, y haré cuanto quieras.

—¿Y qué puedes hacer?

—De cualquiera cosa puedo hacer soldados.

—¿Y para qué sirven?

—Haz de ellos lo que se te antoje, porque un soldado sirve para todo.

—¿Saben cantar?

—Sí.

—Pues bien, hazlos.

Y el diablillo respondió:

—Toma esta gavilla de centeno, sacude las espigas contra el suelo y di solamente: «Mi esclavo ordena que ceses de ser gavilla, y que cada una de tus espigas se transforme en soldado.»

Iván tomó el haz, hizo y dijo lo que le había indicado el diablillo. Y la gavilla se desparramó, y los tallos que la componían convirtiéronse en soldados con tambor y corneta tocando al frente de ellos.

Iván se echó á reir, diciendo:

—¡Mira qué divertido es! Es agradable esto; es el regocijo de las mozas.

—Pues bien—esclamó el diablillo—suéltame ahora.

—No; quiero rehacer las espigas, porque de otro modo perdería los granos. Enséñame el medio de cambiarlos de nuevo en gavilla. Los desgranaré en la trilla.

El diablillo respondió entonces:

—Di: «Tantos soldados, otras tantas espigas. Mi esclavo manda que se vuelvan gavilla.»

Iván obedeció, y los soldados convirtiéronse otra vez en gavilla.

Y el diablillo se deshizo de nuevo en súplicas.

—Suéltame ahora.

—¡Sea!

Iván lo puso en el suelo, le sujetó con una mano, y con la otra desclavó la horca.

—¡Anda con Dios!—dijo.

Pero al momento de pronunciar el nombre de Dios, hundióse el diablillo debajo de tierra como cae una piedra al fondo del agua. No quedó más que un agujero.

Iván regresó á casa. Allí encontró á su segundo hermano Tarass con su mujer á punto de estar comiendo. Tarass el Panzudo no había podido hacer frente á sus compromisos, y se refugiaba en casa de su hermano. Advirtió la presencia de Iván.

—Iván, mientras estoy esperando á ser de nuevo rico, mantenme con mi mujer.

—¡Sea!—dijo Iván.—Vivid aquí á vuestras anchas.

Iván se quitó el caftán y se sentó á la mesa.

—Yo no puedo comer con el Imbécil—dijo la comercianta;—apesta á sudor.

Tarass el Panzudo volvióse hacia su hermano, y dijo:

—Iván, hueles mal. Vete á comer al zaguán.

—¡Sea!—respondió Iván.

Cogió un pedazo de hogaza y se fué de allí al corral.

—Precisamente necesitaba salir á mi ronda nocturna y á echar el pienso al caballo.

V

Habiendo terminado su faena el diablillo de Tarass, partió á reunirse con sus camaradas como estaba convenido, y ligarse con ellos contra Iván. Fué al campo del Imbécil. Buscó y rebuscó á sus compañeros: no había nadie. Sólo encontró un agujero. Marchóse á la pradera, halló un rabo en la marisma, y otro agujero en los centenos, y pensó:

—¡Ah! Les habrá ocurrido una desgracia. Hay que reemplazarlos para atacar á Iván.

Y el diablillo se fué en busca de Iván. Pero éste había concluido ya sus tareas en los campos; ahora estaba ocupado en cortar árboles en el bosque.

Hallándose estrechos los hermanos en la casa de Iván, le habían ordenado que les construyese una nueva *isba*.

El diablillo corrió al bosque, se deslizó entre las ramas y se propuso estorbar á Iván en su faena.

Iván cortó por el pié el árbol de modo que fuese á caer en un claro, y se puso entonces á empujarlo; pero el árbol cayó de mala manera y se enganchó en las ramas próximas. Cogió Iván una pértiga y se puso á desenredar el árbol, que con gran trabajo consiguió hacer que cayese al suelo.

Atacó entonces á otro árbol, y ocurrió lo mismo. Se fatigaba, se rendía, y á expensas de inauditos esfuerzos logró derribarlo.

Pasó á un tercero y siempre lo mismo.

Iván pensaba cortar unos cincuenta troncos jóvenes, y ni siquiera había tirado diez al suelo cuando le sorprendió la noche.

Estaba molido. Salía de él un vapor como la neblina de una selva, y no paraba de trabajar. Derribó otro árbol, pero sintió en la espalda tal dolor que no pudo estar de pié más tiempo. Tiró el hacha y se puso á descansar.

El diablillo se regocijó al ver á Iván detenerse, pensando:

—Bueno, va á abandonar la tarea. Yo también voy á descansar un momento.

Instalóse á horcajadas en una rama, muy contento. Pero, cátate que se levanta Iván, coge el hacha, la blande y la arroja al vuelo contra el árbol, que de un solo golpe cayó crujiendo.

El diablillo no tuvo tiempo de retirar las piernas, rompióse la rama y le cogió una pata. Iván se pone á escamondar la rama, y hete aquí que ve un diablillo vivo. Se queda asombrado.

—¡Mira el mal bicho! ¿Ya estás de nuevo aquí?

—Soy otro. Yo estaba en casa de tu hermano Tarass.

—Seas quien fueres, tendrás la misma suerte.

Y levantando Iván el hacha, iba á descargarla sobre el diablillo.

—No me hieras. Haré por ti cuanto se te antoje.

—Pero, ¿qué puedes hacer?

—Puedo fabricarte todo el oro que quieras.

—Pues bien, fabrícamelo.

El diablillo le dijo:

—Toma hojas de encina, frótalas entre tus manos, y caerá el oro al suelo.

Iván cogió hojas, las frotó y cayó oro al suelo.

—Esto es bueno—dijo—para que jueguen los niños.

—Pues bien—contestó el diablillo—suéltame ya.

—¡Sea!

Iván cogió la pértiga y puso en libertad al diablillo.

—¡Anda con Dios!—dijo.

Pero, al momento de pronunciar el nombre de Dios, hundióse el diablillo debajo de tierra como cae una

piedra al fondo del agua. No quedó más que un agujero.

VI

Cuando los hermanos tuvieron su casa, instaláronse cada cual por su lado; y habiendo concluido Iván sus labores agrícolas, fabricó cerveza y convidó á sus hermanos á que fuesen á banquetear en casa de él.

Sus hermanos rehusaron ir allí.

—¡Como si no supiéramos—dijeron—lo que es una fiesta de mujik!

Iván obsequió á los mujiks, á las *babas*, y también él bebió. Alegróse un poquillo y salió á la calle, para ver los corros de muchachas *(khorovods)*.

Acercóse á los khorovods é invitó á las chicas á que cantasen elogios á él, y dijo:

—Voy á daros una cosa que en vuestra vida habéis visto.

Las *babas* se echaron á reir y se pusieron á cantar sus alabanzas.

Cuando acabaron, dijéronle:

—¡Pues bien, dánosla!

—Voy á traérosla en seguida.

Cogió una criba y se fué de allí al bosque. Las muchachas se reían:

—¡Qué imbécil!

Luego no pensaron más en él.

Pero, cátate que le ven volver corriendo, con la criba llena de cosas.

—¡Bueno! ¿Queréis de esto?

—De eso queremos.

Iván cogió un puñado de oro y se lo echó á las chicas.

—¡Pero, padrecito!...

Las niñas precipitáronse en el suelo, para arrebatiñar.

También acudieron los mujiks, y se arrebataron de entre las manos las monedas de oro. A una mujer vieja poco le faltó para que la aplastaran. Iván se reía.

—¡Ah! Mis pequeños imbéciles, ¿por qué hacéis daño á una *babuchka?* Id con más cuidadito. Yo os daré otras.

Y se puso á tirar oro á granel.

Acudía la gente en masa. Iván había desocupado la criba; aún le pedían más. Entonces dijo:

—No; se acabó. Otra vez os daré más. ¡Ahora, bailemos y cantemos!

Las niñas comenzaron á cantar.

—¡No valen gran cosa vuestras canciones!

—¿Sabe V. otras más bonitas?

—En seguida haré que las oigáis.

Se fué á la era, cogió una gavilla de mies y sacudió las espigas contra el suelo, diciendo, como le había enseñado el diablillo:

—Mi esclavo ordena que dejes de ser gavilla, y que cada una de tus espigas se transforme en un soldado.

Deshízose la gavilla, y las espigas se convirtieron en soldados. Redoblaron los tambores, sonaron las cornetas. Iván mandó á los soldados que cantaran y que desfilasen con él por la calle. Las gentes se asombraban. Cuando los soldados concluyeron sus canciones, Iván los volvió á la era, convirtió de nuevo los soldados en gavilla, regresó después á su casa y se acostó.

VII

Su hermano mayor, Semán el Guerrero, supo todo esto por la mañana y fué á ver á Iván.

—Indícame—dijo—dónde has cogido tus soldados y dónde los tienes ocultos.

—¿Qué quieres hacer con ellos?

—¡Cómo! ¿Qué quiero hacer? Con soldados puédese todo. ¡Se puede conquistar un reino entero!

Iván se llenó de asombro.

—¡Ah! ¿Por qué no lo dijiste más pronto? Te haré tantos como quieras. Precisamente, la hermana y yo hemos entrojado mucho.

Iván llevó á su hermano á la era, y le dijo:

—Atención. Voy á hacerlos y tú te los llevarás; porque si hay que darles de comer, se tragarán en un día todo el pueblo.

Semán prometió llevarse los soldados, é Iván se puso manos á la obra.

Sacude una gavilla, y sale una compañía; sacude otra, y sale otra. Y saca tantas, que se llena todo el campo.

—¡Bueno! ¿Tienes bastantes, ó qué?

Semán se regocijó:

—Bastan. Gracias, Iván.

—Está bien. Cuando necesites más, vienes y te haré otros. Precisamente no nos falta mies.

Semán el Guerrero dió órdenes al ejército, lo formó según las reglas tácticas y se fué á guerrear.

En seguida que se marchó, vino Tarass el Panzudo. Acababa de saber también lo acontecido la víspera; á su vez, preguntó á Iván:

—Díme, ¿dónde coges el oro? Si tuviese yo dinero con tanta facilidad como tú, con ese dinero podría juntar todo el que hay en el mundo.

Iván se llenó de asombro.

—¡Ah! ¿De veras? ¿Por qué no lo dijiste más pronto? Voy á frotar para hacerte cuanto quieras.

El hermano se regocijó.

—Dame nada más que tres cribas llenas.

—¡Sea! Vamos al bosque. Engancha un caballo; sin eso, no podrías traerlo todo.

Fuéronse de allí al bosque. Iván frotó hojas de encina entre sus manos, y le hizo un gran montón.

—¿Tienes bastante?

Tarass se puso muy contento.

—Basta por ahora. Gracias, Iván.

—Está bien. Cuando necesites otra vez, ven y frotaré más. No faltan hojas.

Tarass el Panzudo llenó una carreta entera y verdadera, y se fué á traficar.

He aquí cómo partieron ambos hermanos. Semán guerreaba y Tarass traficaba. Y Semán el Guerrero conquistó todo un reino, y Tarass el Panzudo amontonó muchísimo dinero.

Un día se encontraron los dos hermanos, y confesáronse mutuamente de dónde habían sacado Semán los soldados y Tarass el oro.

Y Semán el Guerrero dijo á su hermano:

—He conquistado un reino, y vivo muy bien. Sólo que no he tenido suficiente para alimentar á mis soldados.

Y Tarass el Panzudo le contestó:

—Y yo he ganado un grandísimo montón de dinero, y no tengo más que una pena: nadie para guardármelo.

Semán el Guerrero le replicó:

—Vamos á casa de nuestro hermano. Le diré que me haga otros soldados, y te los daré para custodia de tu dinero; pídele tú que te haga más oro, para tener yo con qué alimentar á mis soldados.

Y ambos fueron á casa de Iván. Llegaron, y Semán le dijo:

—Hermano mío, no tengo bastante con mis soldados; vuélveme á hacer otros.

Iván meneó la cabeza negándose.

—No volveré, sin razón, á hacerte más.

—¿Cómo, pues? ¡Me lo prometiste!

—Te lo prometí; pero, no te haré más.

—¡Imbécil! ¿Y por qué no me harás más?

—Porque tus soldados últimamente mataron á un hombre hasta la muerte (1). Estaba yo arando junto al camino, y veo una baba que seguía á un féretro, con lágrimas en los ojos. Pregunté entonces: «¿Quién ha muerto?» Y me respondió ella: «Mi marido, á quien mataron en la guerra los soldados de Semán.» Creí que los soldados iban á cantar canciones, y cátate que han matado á un hombre hasta la muerte. No te daré más.

Estuvo firme que firme, y no quiso hacer más soldados.

Entonces, Tarass el Panzudo rogó á Iván el Imbécil que le hiciese más oro.

---

(1) Expresión rusa, traducción literal.

Iván meneó la cabeza negándose.

—Sin razón para ello, no te volveré á fabricar más.

—¿Cómo, pues? ¡Me lo prometiste!

—Te lo prometí: pero, no te haré más.

—¡Imbécil! ¿Y por qué no me harás más?

—Porque tus monedas de oro le han quitado su vaca á Mikhailovna.

—¿Cómo quitado?

—Pues sí, ¡quitado! Mikhailovna tenía una vaca; sus hijos bebían leche. Pero, cátate que un día de estos vinieron sus hijos á pedirme leche. Y yo les dije: «Pero, ¿dónde está vuestra vaca?» Me respondieron: «Ha venido el administrador de Tarass el Panzudo y ha dado á mamá tres rodajas de oro; ella le ha entregado la vaca, y nosotros ya no tenemos qué beber.» ¡Yo que imaginaba que ibas á divertirte con esas rodajas de oro, y me encuentro con que has quitado la vaca á los niños! No te volveré á dar más.

Y el Imbécil se aferró en ello, y no le dió más.

Los dos hermanos volviéronse de vacío.

Se fueron los hermanos hablando acerca del modo de salir de apuros. Y Semán dijo:

—Escucha: mira lo que vamos á hacer. Tú me das dinero para alimentar á mis soldados, y yo te daré la mitad de mi reino, con soldados para que custodien tu oro.

Tarass consintió. Hicieron particiones los hermanos; y ambos llegaron á ser czares, los dos ricos.

VIII

Iván permaneció en la casa para mantener á su padre y á su madre, y trabajaba en los campos con su hermana muda.

Un día aconteció que se puso enfermo el viejo perro de guarda de Iván. Se moría por momentos. Iván tuvo lástima de él, pidió pan á la muda, lo metió en la gorra y salió para echárselo al perro. Pero se le hizo un agujero en la gorra; y juntamente con el pan, se le cayó de ella un raicita. El perro viejo se la tragó con el pan. Y en seguida que tragó la raíz, levantóse el perro con presteza y se puso á jugar, ladrar y mover el rabo; estaba curado por completo.

Habiendo visto eso el padre y la madre, se llenaron de asombro.

—¿Cómo se ha curado el perro? —se preguntaban.

Y dijo Iván:

—Tenía yo dos raíces pequeñas, que sanan todas las enfermedades.

Y hete aquí que el perro se ha comido una.

En éstas y las otras, acaeció que se puso enferma la hija del czar; y el czar hizo saber por todas sus ciudades y todas sus aldeas, que recompensaría magníficamente á quien la curase, y que si era célibe le daría su hija en matrimonio.

Esta declaración anunciόse también en el villorrio de Iván.

Entonces, los padres de Iván le llamaron y le dijeron:

—¿Has oído lo que el czar hace saber? Dices que tienes una raíz; vete, pues, á curar á la hija del czar, y serás feliz todo el resto de tus días.

—¡Sea!—dijo.

E Iván hizo los preparativos de viaje. Le vistieron de limpio. Salió fuera del zaguán, y vió á una mendiga estropeada de un brazo.

—He oído decir que tú curas; sáname el brazo, porque no puedo vestirme sola.

—¡Sea!

Sacó la raíz, se la dió á la mendiga y le ordenó que la tragase.

La mendiga la tragó y se puso buena. Pudo mover el brazo.

Llegaron los padres de Iván para darle la despedida. Pero, al saber que había dado la última raíz, y que ya no tenía con que sanar á la czarina, le riñeron diciéndole:

—¡Una mendiga! ¡Has tenido lástima de una mendiga, y de la czarina no has tenido lástima!

Iván sintió también conmiseración por la hija del czar. Enganchó un caballo, puso paja en la carreta y montó en el pescante.

—Pero, ¿á dónde vas, Imbécil?

—A curar á la hija del czar.

—¡Pero si ya no tienes el remedio!

—¡Bien! ¿Y qué importa?

Y arreó un latigazo al caballo.

Llega á la corte; y apenas acabó de subir la escalera del czar, cuando la czarina estaba curada.

Regocijóse el czar; luego envió por Iván, le hizo vestir suntuosamente, y le dijo:

—Ahora vas á ser mi yerno.

—¡Sea!—contestó.

E Iván se casó con la czarina.

No tardó en morir el czar, y sucedióle Iván.

Y hete aquí cómo los tres hermanos llegaron á ser czares.

IX

Los tres hermanos vivían y reinaban.

Semán el Guerrero, el mayor, vivía feliz. Había añadido numerosos soldados á sus soldados de paja.

Dispuso que en todo su reino le

dieran un soldado por cada diez casas; y que estos soldados fuesen de gran talla, cuerpo sano y cara limpia. Reclutó gran número de ellos y los instruyó, y cuando en alguna parte le negaban la obediencia, enviaba soldados y hacía todo lo que quería. Y entonces, todo el mundo teníale miedo.

Y su vida deslizábase feliz. Todo cuanto se le pasaba por las mientes, todo cuanto veían sus ojos, todo era suyo. Enviaba soldados á que se apoderasen para él de todo lo que deseaba.

Tarass el Panzudo también vivía bien. No había derrochado el dinero que Iván le dió; antes por el contrario, habíalo acrecido. Puso en orden los negocios de su reino. Guardaba su oro en cajas y aún pedía más á sus súbditos. Exigía tanto por cabaña, tanto por cabeza, tanto por los viajes, tanto por los *lapti* (1) y los *onutchi* (2), sin contar el resto. Y todo cuanto deseaba, lo tenía. En cambio de su dinero, le traían todo y venían á trabajar, porque todo el mundo tiene precisión del dinero.

Iván el Imbécil tampoco vivía mal. Tan pronto como enterró á su suegro, quitóse las vestiduras de czar y se las dió á su mujer para que las guardase en el arca. Volvió á ponerse la blusa de cáñamo, los calzones, los lapti, y prosiguió en sus labores, diciendo:

—¡Me aburro! Empieza á crecerme el vientre, y ya no tengo apetito ni sueño.

Y mandó llamar á su padre y á su madre, con su hermana muda, y se puso á trabajar de nuevo.

Y como le dijesen:

—¡Pero si eres un czar!

—¡Bueno! ¿Qué importa?—respondió.—¡También los czares necesitan comer!

Vino á él su ministro, diciendo:

—No tenemos dinero para abonar las pagas.

—¡Bueno; pues si no lo hay, no pagues!

—¡Pero, entonces, se irán todos de las oficinas!

—¡Pues bien, que se vayan! Así tendrán tiempo de sobra para trabajar. Que extraigan el estiércol, demasiado tiempo lo han dejado acumularse sin provecho.

Vinieron á pedir justicia á Iván. Querellábase uno de que el otro le había robado dinero. Y dijo Iván:

—¡Bueno! ¡Señal de que le hacía falta!

Y así fué como supieron todos que Iván era un imbécil. Y su mujer le dijo:

—Dicen de ti que eres un imbécil.

(1) Calzados entretejidos de los mujiks.

(2) Tiras de lienzo que los mujiks se arrollan á los piés, á guisa de calcetas.

—Pues que lo sea.

La mujer de Iván pensaba y repensaba; era una imbécil como él.

—¡Y qué! No puedo oponerme á la voluntad de mi marido. Donde va la aguja va el hilo.

Se quitó las vestiduras de czarina, las metió en el arca, y se fué á casa de la muda para aprender á trabajar. Aprendió á trabajar, y se puso á ayudar á su marido.

Y todas las gentes sensátas abandonaron el reino de Iván; sólo imbéciles quedaron allí. Nadie tenía dinero; vivíase trabajando; cada cual se mantenía y mantenía á los demás.

X

El diablo viejo, espera que te esperarás noticias de sus diablillos, para saber cómo habían arruinado á los tres hermanos. Pero no recibiéndolas al cabo de mucho tiempo, se fué á averiguar por sí mismo lo que ocurría. Busca que te busca, y no encuentra nada por ninguna parte, sino tres agujeros.

—¡Vaya!—pensó—no habrán obtenido victoria. Preciso es que me ponga yo mismo á la tarea.

Se puso á buscar á los tres hermanos en sus antiguos hogares; pero se habían marchado de allí, y los encontró cada uno á la cabeza de un reino diferente. Eso le hirió al diablo viejo.

—¡Está bien! Voy á tomar yo mismo el asunto entre manos, repitió.

Fuése en derechura á ver á Semán el czar. Tomó la forma de un jefe de ejército *(voivoda)* y se dirigió allá.

Y le dijo:

—He oído decir que tú, Semán el czar, eras un gran guerrero. Y yo conozco á fondo la profesión de las armas; vengo á servirte.

Semán el czar le interrogó, conoció que era inteligente, y le tomó á su servicio.

Y el nuevo *voivoda* enseñó al czar el arte de organizar un ejército.

—El primer punto estriba—dijo—en tener muchos soldados; porque de lo contrario tendrías en tu reino demasiada gente inútil. Hay que reclutar á todos los hombres jóvenes, sin distinción, y entonces tendrás cinco veces más soldados. Luego, se necesitan fusiles y cañones de un nuevo modelo. Yo te inventaré fusiles que escupan cien balas á la vez, las cuales lloverán como guisantes. Pues, ¿y cañones?; te los haré que arrojen á grandísima distancia el incendio. ¡Un hombre, un caballo, un muro, todo arderá echando llamas!

Semán el czar escuchó al nuevo *voivoda*. Ordenó alistar á toda la juventud, construyó nuevas fábricas, donde se hicieron fusiles y cañones nuevos. Poco después marchó á la guerra contra el czar vecino. En cuanto llegó á presencia del enemigo, Semán ordenó á sus soldados que arrojaran contra él las balas de los fusiles y la lumbre de los cañones. De una sola descarga inutilizó y abrasó la mitad del ejército enemigo.

El czar vecino tuvo miedo, capituló, y entregó su reino á Semán. Este se puso muy contento.

—Ahora voy á combatir contra el czar indio.

Pero habiendo oído hablar el czar indio acerca de Semán, imitó sus reformas é inventó otras innovaciones mejores aún. No sólo reclutó á todos los hombres jóvenes, sino también á todas las *babas* célibes de su reino, y reunió así un ejército más numeroso que el de Semán. Y aparte de tener los mismos fusiles y cañones, encontró además el medio de volar por el aire y arrojar desde lo alto bombas explosivas.

Marchóse, pues, Semán el czar á guerrear contra el czar indio, pensando derrotarle como al otro; pero la segur corta y corta, mas al fin se embota. El czar indio no dejó que su enemigo se pusiera á su alcance: envió sus *babas* á que volaran por encima del ejército de Semán y arrojasen sobre él bombas explosivas. Y las *babas* se pusieron á hacer llover bombas sobre el ejército de Semán, el cual emprendió la fuga dejando enteramente solo á Semán. El czar indio se apoderó del reino de Semán el Guerrero, mientras éste se iba adonde sus ojos le guiaban.

Habiendo terminado con Semán, el diablo viejo se fué á ver á Tarass el czar. Tomó la forma de un mercader, estableciόse en su reino, y se puso á traficar. Pagaba todas las cosas á buen precio, y corría la gente en masa para ganar dinero con él. Tanto ganaron, que les fué posible pagar todos los impuestos que debían, y desde entonces cobráronse con regularidad todas las contribuciones.

Tarass el czar regocijóse de ello, y pensó:

—Debo dar las gracias á ese mercader; ahora tendré más dinero y viviré mejor.

Y Tarass el czar se entregó á nuevas empresas; así es que quiso construirse un nuevo palacio. Hizo saber al pueblo que podían llevarle madera y piedra, y venir á trabajar para él. Fijaba buenos precios á cada cosa. Creía que por su dinero todo el mundo iría en masa, como antes, á trabajar para él. Y cátate que ve cómo llevan al mercader toda la piedra, toda la madera, y

que todos los obreros se van á casa del mercader.

Tarass el czar elevó los precios; el mercader los elevó más. Tarass tenía mucho dinero, pero más tenía el mercader: venció éste. De suerte que no pudo edificarse el palacio del czar.

Tarass tuvo la idea de hacerse un jardín. Llegó el otoño, y el czar hizo saber al pueblo que podían venir á trabajar para él: no fué nadie. Todo el mundo estaba ocupado en cavar un estanque para el mercader.

Vino el invierno. Tarass el czar quiso mandarse hacer un abrigo *(chuba)* de marta cebelina. Mandó comprarla; pero regresó el enviado diciendo:

—No hay marta cebelina. Todas las pieles están en casa del mercader; todo lo ha pagado más caro; y ha hecho para sí una alfombra de marta cebelina.

Tarass el czar tuvo precisión de comprar caballos. Mandó comprarlos. Volvieron los comisionados, diciendo:

—Todos los caballos buenos están en poder del mercader, llevando agua para llenarle el estanque.

Así se veían suspendidos todos los proyectos del czar. Nadie quería hacer nada para él, al paso que al mercader le servían en todo. Sólo le llevaban el dinero del mercader para pagar los impuestos.

Y el czar tenía tanto dinero, que no sabía donde ponerlo; pero vivía muy mal. Había renunciado á sus empresas, contentándose con hallar de qué vivir; pero aun esto mismo iba siéndole difícil. Veíase contrariado en todo: toda su servidumbre, cocineros, cocheros, le habían abandonado por el mercader. De suerte que hasta el alimento comenzaba á faltarle. Enviaba al mercado á comprar alguna cosa: ¡nada! El mercader había arramblado con todo. A él no le traían más que el dinero de las contribuciones.

Incomodóse Tarass el czar, y desterró de su reino al mercader. Y el mercader se estableció en la misma frontera, y continuó su tráfico. Todo se lo llevaban en cambio de su dinero, y al czar nada.

Todo iba de mal en peor para el czar. Pasaba días enteros sin comer. Y cátate que se esparce el rumor de que el mercader se empeña en querer comprar el czar mismo. El czar tuvo miedo; no sabía qué hacer.

En esto, presentósele Semán el Guerrero, y le dijo:

—Manténme; el czar indio me ha destronado.

Y contestó Tarass.

—¡Con que yo mismo estoy hace dos días sin comer!

XI

Habiendo terminado el diablo viejo con los dos hermanos, se marchó á ver á Iván. Tomó la forma de un voivoda, y se propuso persuadir á Iván para que organizase un ejército en su reino, diciéndole:

—No le conviene á un czar vivir sin ejército. Déjame obrar, y bien pronto te reclutaré uno entre tus súbditos.

Iván le escuchó y dijo:

—¡Sea! Hazlo. Y enséñales á cantar bonitas canciones. A mí me gusta mucho eso.

El diablo viejo partió entonces á una expedición por el reino de Iván, llamando voluntarios. Declaró que todo el mundo sería admitido, y que á cada cual se le daría un *chtof* (1) de *vodka* (2) y un gorro encarnado.

Los imbéciles se echaron á reir.

—Tenemos toda la vodka que queremos; la fabricamos nosotros mismos. En cuanto al gorro, nuestras *babas* nos los harán de todos los colores, hasta de varios á un tiempo.

Y nadie se alistó.

El diablo viejo regresó entonces á ver á Iván, y le dijo:

—Tus imbéciles no quieren alistarse voluntariamente. Es preciso alistarlos por la fuerza.

—¡Sea! Alístalos por fuerza.

Y el diablo viejo declaró al pueblo que todos los imbéciles debían venir á inscribirse como soldados, y que quienes se negaran serían condenados á muerte.

Los imbéciles se presentaron al *voivoda*.

—Dices que si nos negamos á inscribirnos como soldados, el czar nos condenará á muerte. Y no dices lo que harán con nosotros cuando seamos soldados. Parece ser que también los matan hasta la muerte.

—Sí, eso sucede.

—No iremos. Preferimos que nos maten en familia, si nos han de matar.

—¡Qué imbéciles sois, imbéciles! —exclamó el diablo viejo.—A los soldados pueden matarlos, pero tienen probabilidades de salvar el pellejo; al paso que, si no obedecéis, de seguro que Iván os hará morir.

Pusiéronse á reflexionar los imbéciles, y se encaminaron á ver á Iván el Imbécil, á quien dijeron:

—Hay un *voivoda* que nos ordena á todos hacernos soldados, y dice: «Si os hacéis soldados, no es seguro que seais muertos; pero si no os hacéis soldados, el czar Iván os mandará matar de seguro.»

—¿De veras?

(1) Medida de capacidad para líquidos.
(2) Aguardiente de cereales.

E Iván se echó á reir.

—Pero, yo solo, ¿cómo iba á poder mataros á todos? Si yo no fuese imbécil, os lo explicaría; pero yo mismo no comprendo nada de eso.

—¿De modo, que no iremos?

—¡Sea! No vayáis.

—Los imbéciles volvieron á casa del *voivoda* y le manifestaron su negativa á hacerse soldados.

El diablo viejo ve que su negocio no marcha. Dirígese al czar Tarakanski, cuya confianza se ha captado, y le dice:

—Vamos á guerrear contra Iván el czar. Sólo le falta dinero; tiene trigo, ganados y otros bienes, en abundancia.

Tarakanski el czar partió para la guerra. Reunió numerosos soldados, fusiles y cañones, y se fué á la frontera para invadir el reino de Iván.

Advirtiéronselo á Iván.

—El czar Tarakanski viene á guerrear contra ti.

—¡Sea! Que venga.

Tarakanski pasó la frontera con todo su ejército, y mandó la vanguardia en descubierta del ejército de Iván. Busca que te busca, espérase que alguno asomará por el horizonte; pero ni siquiera se oye hablar de tal cosa. Imposible batirse.

Tarakanski mandó ocupar las aldeas. Los imbéciles de ambos sexos salían de sus casas, miraban á los soldados y asombrábanse. Los soldados cogieron el trigo y el ganado de los imbéciles; éstos lo daban todo; ninguno se defendía.

Ocuparon los soldados otra aldea y lo mismo. Marcharon así un día y otro día, y en todas partes lo mismo; todo se lo daban, nadie se defendía; las gentes del país hasta les invitaban á quedarse á vivir con ellos, diciéndoles:

—Queridos amigos, si vivís mal entre vosotros, venid á estableceros entre nosotros para siempre.

Los soldados marcharon y marcharon: ningún ejército. Por todas partes gentes que vivían, se alimentaban, no se defendían, é invitaban á los soldados á que se quedasen á vivir con ellos.

Aburriéronse los soldados, se presentaron al czar Tarakanski y le dijeron:

—No podemos batirnos. Llévanos á otra parte. Bueno, si esto fuese una guerra; pero aquí ¿qué?; es lo mismo que cortar el hielo. No podemos guerrear aquí.

Tarakanski el czar se incomodó. Dió orden á sus soldados de recorrer todo el reino, arruinar las aldeas, derribar las casas, quemar todas las mieses, matar todos los ganados.

—¡Y si no me obedecéis—dijo—os haré morir á todos!

Despavoridos los soldados, cumplieron el *ukase* del czar. Pusiéronse

á incendiar las casas y las sementeras, á degollar los ganados.

Ni á pesar de eso se defendieron los imbéciles; no hacían sino llorar: lloraban los viejos, lloraban las viejas, lloraban los niños y todos decían:

—¿Por qué hacernos daño? ¿Por qué destruir tantos bienes? ¡Si los necesitáis, mejor sería que los cogieseis para vosotros!

Esto concluyó por disgustar á los soldados. Negáronse á ir más lejos, y todo el ejército se dispersó.

XII

Viendo que no podía acabar con Iván por medio de los soldados, marchóse de allí el diablo viejo.

Bien pronto volvió en figura de un caballero bien puesto; y estableciéndose en el reino de Iván, resolvió combatirle como á Tarass el Panzudo, por medio del dinero.

—Quiero hacer bien á Vuestra Majestad y enseñarle excelentes cosas; quiero hacerme aquí una casa.

—¡Sea! Quédate con nosotros.

A la mañana siguiente, el señor bien puesto salió á la plaza pública con un gran talego de oro y un rollo de papel en la mano, y dijo:

—Vivís todos como cerdos; yo os enseñaré de qué manera se debe vivir. Construidme una casa por este plano. Vosotros trabajaréis, yo dirigiré y os daré dinero en oro.

Y les enseñó el oro.

Asombráronse los imbéciles. Jamás habían visto el dinero; no cambiaban entre sí más que los productos de su trabajo. Admiraron el oro.

—¡Qué bonitos son esos objetos! —dijeron.

Y cambiaron con el señor bien puesto su trabajo contra esos objetos de oro.

Como en la corte de Tarass, el diablo viejo derramó el oro á manos llenas, y obtuvo en cambio todo género de trabajos y de productos. Regocijóse y pensó:

«Mis asuntos marchan viento en popa. Ahora sí que voy á arruinar al Imbécil como arruiné á Tarass, y á comprarle á él mismo.»

Pero cuando los imbéciles hubieron reunido bastantes monedas de oro, se las dieron á sus *babas* para que se hiciesen collares con ellas. Todas las muchachas se las pusieron en las trenzas de sus cabellos, y los niños pequeños comenzaban á jugar con ellas por la calle. Y como ya tenían muchas, los imbéciles no quisieron más.

La casa del señor bien puesto estaba á medio edificar aún: no había

hecho todo su acopio de trigo y de ganado.

Así, pues, anunció que podían venir á trabajar en su casa y traerle trigo y ganado; que por todos los objetos y por cualquiera clase de trabajo daría muchas monedas de oro.

Nadie se presentó á trabajar, nadie le llevó nada. A veces tan sólo un chicuelo ó una chiquilla presentábanse á cambiar un huevo por una moneda de oro. Pero nadie más, y ninguna cosa de comer.

El señor bien puesto tuvo hambre y se fué á la aldea para comprar alimentos; entró en un corral y ofreció una moneda de oro por una gallina, pero la casera rehusó la moneda, diciendo:

— Tengo bastantes como esa.

Se fué á casa de otra *baba* que no tenía niños, y quiso comprarla un arenque, y la ofreció una moneda de oro; pero ella le dijo:

— Buen señor, no las necesito. No tengo niños, ni nadie para jugar con ellas. Por curiosidad guardo tres de esos pequeños objetos de oro.

Dirigióse entonces á casa de un mujik, para comprar pan. El mujik tampoco quiso dinero, y dijo:

— No lo necesito. ¿Quieres quizá alguna cosa por el amor de Cristo? Entonces aguarda, voy á decir á mi *baba* que te corte un pedazo...

El diablo se puso á escupir y huyó más que á escape. Ver que le ofrecían algo en nombre de Cristo, solamente oir este nombre, era para él peor que una puñalada.

Así es que no pudo encontrar pan. Por todas partes donde iba el diablo viejo se negaban á darle nada por dinero; pero cada cual le decía: «Ofrécenos otra cosa, ó trabaja»; ó bien, «recibe limosna por el amor de Cristo».

Y el diablo viejo no tenía que ofrecer nada más que dinero; no quería trabajar; no podía recibir socorro por el amor de Cristo.

El diablo viejo se incomodó, y dijo:

— ¡Qué necesidad tenéis de ninguna otra cosa, puesto que os doy oro! Con oro compraréis lo que queréis, y haréis trabajar á quien os plazca.

Los imbéciles no le hicieron caso.

— No, no lo necesitamos; no pagamos á nadie, y no tenemos impuestos. Entonces, ¿para qué sirve el dinero?

El diablo viejo se acostó sin cenar.

Llegó la cosa á oídos de Iván el Imbécil. Fueron á consultarle.

— ¿Qué debemos hacer? Se ha presentado á nosotros un señor bien puesto, á quien le gusta comer bien, beber bien y vestirse con esmero. No quiere trabajar, ni pedir

limosna por amor de Dios. No hace más que ofrecer monedas de oro á todo el mundo. Antes de que tuviéramos bastantes de sus monedas de oro, se le daba de todo; ahora, ya no se le da nada. ¿Qué hacer, para que no se muera de hambre? ¡Si fuese á morirse de hambre!

Iván los escuchó, y dijo:

—Bueno; hay que darle de comer. Que vaya de casa en casa, como un pastor.

¿Qué hacer? El diablo viejo fué de corral en corral. Llegó así á casa de Iván y pidió de comer á la muda, quien estaba aviando la comida de su hermano. A fuerza de dejarse engañar por los vagos que iban temprano para comer sin haber trabajado, y se comían toda la *kacha* (1), la muda había llegado á ser hábil para conocerlos por las manos: á los que tenían callosidades, los sentaba á la mesa; para los demás, nada más que las sobras.

El diablo viejo se deslizó hacia la mesa; pero la muda le cogió la mano y la examinó: nada de callos, las manos blancas y con uñas largas. Se puso á berrear y expulsó al diablo de la mesa.

La mujer de Iván le dijo:

—Señor bien puesto, no te enfades; mi cuñada impide sentarse á la mesa á todo el que no tenga callosas las manos. Espera un poco; cuando todos hayan comido, comerás lo que sobre.

El diablo viejo sintióse humillado. ¡Comer él en casa del czar con los cerdos!

Y dijo á Iván:

—Es una ley de imbécil esta ley de tu reino, de que cada cual trabaje con sus manos. Por idiotez habéis inventado esto. ¿Sólo se trabaja con las manos? ¿Pues con qué piensas tú que trabajen las personas inteligentes?

E Iván le dijo:

—¿Cómo hemos de saberlo nosotros, que somos imbéciles? Nosotros trabajamos con las manos y con el espinazo.

—Porque sois unos imbéciles... Pero yo voy á enseñaros á trabajar con la cabeza; entonces veréis cómo esta manera es preferible á la otra.

Iván se asombró, y dijo:

—¿De veras? ¡Ah, entonces no faltan motivos para llamarnos imbéciles.

Y el diablo viejo continuó diciendo:

—Sólo que es más difícil trabajar con la cabeza. No me dáis de comer porque no tengo callosas las manos, y no sabéis que es cien veces más abrumador trabajar con la cabeza. Hay veces en que la cabeza cru con eso.

(1) Platos de gachas de harina de flor cocida.

Iván se puso meditabundo:

—Entonces, amigo mío, ¿por qué te tomas tanto trabajo? Eso no es bueno, cuando la cabeza cruje; mejor valdría para ti un trabajo fácil con las manos y con el espinazo.

Y dijo el diablo:

—Si me impongo ese trabajo, es precisamente porque vosotros los imbéciles me inspiráis lástima. Sin mí, toda vuestra vida seguiríais siendo unos imbéciles. Pero yo, que trabajo con la cabeza, voy á enseñaros á hacer lo que hago.

Iván se extrañó, y dijo:

—Enséñanos, enséñanos. Porque acaba uno por tener cansadas las manos; y entonces, para cambiar, podremos trabajar con la cabeza.

Y el diablo prometió enseñarles.

Iván hizo saber á todo el reino que había llegado un señor bien puesto, el cual enseñaría á todo el mundo á trabajar con la cabeza; que se hacía más tarea con la cabeza que con las manos, y que cada cual debía venir á instruirse.

Había en el reino de Iván una torre altísima, con una escala derecha á lo largo de los muros, y una plataforma en la cúspide. Iván condujo allí al señor bien puesto, á fin de que todo el mundo le viese.

El señor se situó arriba y comenzó á hablar. Los imbéciles le miraban. Creían que ese señor les iba á enseñar realmente cómo se trabaja sin manos, nada más que con la cabeza; mientras que el diablo viejo sólo les enseñaba con palabras cómo se puede vivir sin trabajar.

Los imbéciles no comprendieron nada de aquello. Miraron, volvieron á mirar, y luego se fué cada uno á sus asuntos.

El diablo viejo permaneció en la torre un día y otro día, sin parar de hablar; y cátate que tuvo hambre. A los imbéciles no les había ocurrido la idea de subirle pan. Pensaban que, sabiendo trabajar con la cabeza mejor que con las manos, haría pan para sí como quien juega.

Pasó otro día el diablo viejo en lo alto de la torre, y no cesaba de perorar. Y las gentes acercábanse unos en pos de otros, miraban, remiraban, y luego se iban de allí.

Y preguntaba Iván:

—¡Vamos! ¿Ha comenzado ese señor á trabajar con la cabeza?

—¡Todavía no!—le contestaban.—No hace más que charlar.

El diablo viejo permaneció otro día en lo alto de la torre; se debilitaba. Una vez se le tambalearon las piernas, y se dió un coscorrón contra el pilar. Lo advirtió uno de los imbéciles, y se lo dijo á la mujer de Iván. Esta corrió en busca de su marido, quien se hallaba en el campo, y le dijo:

—Ven á ver. Dicen que el señor principia á trabajar con la cabeza.

Iván se asombró y dijo:

—¿De veras?

Acercóse. El diablo viejo, exhausto por completo de fuerzas, vacilaba sobre las piernas y pegaba coscorrones con la cabeza contra el pilar. Apenas llegó Iván allí, cuando el diablo osciló, se cayó por la escalera y chocó de frente con todos los barrotes, que su cabeza fué contando uno tras otro.

—¡Oh!—dijo Iván.—¡Con que hablaba de veras ese señor bien puesto, y puede ocurrir que cruja la cabeza! Esto no es como las callosidades... En este trabajo se corre peligro de hacerse chichones en la cabeza.

Cayó el diablo viejo, y quedó con la cabeza clavada en el suelo. Iván se quiso aproximar para ver si había hecho mucha tarea. Pero de pronto abrióse la tierra, y el diablo viejo se hundió en sus profundidades: no quedó más que un agujero.

Iván se rascó la cabeza, y dijo:

—¡Vaya con el bicho feo! ¡Otra vez él! Sin duda, es el padre de los otros. ¡Qué gordo está!

XIII

Aún vive Iván. Acuden en masa á su reino. También sus hermanos han venido á vivir con él, y los mantiene. A cualquiera que llega diciendo: «¡Mantennos!», le contesta: «¡Sea, vivid, tenemos de todo!»

Pero en ese reino existe una costumbre, una sola. A quien tiene callos en las manos: le dicen: «¡Siéntate á la mesa!» Y á quien no los tiene: «¡Cómete las sobras!»

CONDE LEÓN TOLSTOY.

EL REY LEAR DE LA ESTEPA

Durante una velada de invierno, media docena de amigos estábamos de tertulia en casa de un antiguo condiscípulo de la Universidad. Pusímonos á hablar de Shakespeare, los personajes de sus obras dramáticas, la manera profunda y potente cómo cada tipo está sacado de las entrañas de la naturaleza humana. Admirábamos, sobre todo, su pasmosa verdad; cada uno de nosotros nombraba, entre las personas á quienes el azar había hecho conocer, Otelos, Hamlets, Falstaffs y hasta Ricardos III y Macbeths (por supuesto, estos últimos por mera hipótesis).

—Pues yo, señores — exclamó nuestro huésped—he conocido á un rey Lear.

—¿Y cómo es eso?

—Voy á decíroslo.

Y comenzó el relato:

I

«Pasé mi infancia y mi primera juventud en el campo, en una hacienda de mi madre, rica propietaria de la provincia de X***. La impresión más indeleble que me ha quedado de aquellos tiempos, ya remotos, es la figura de nuestro más próximo vecino un tal Martín Petrovich Kharlof. Difícil hubiera sido que se desvaneciese esta impresión, pues en mi vida he hallado nada semejante. Figuraos un hombre de gigantesca estatura. Sobre un cuerpo enorme estaba plantada, un poco de través, su monstruosa cabeza, sin apariencia alguna de pescuezo; una masa de enmarañados cabellos, de color amarillo tirando á gris, y que casi arrancaba desde sus cejas foscas, serviale de coronamiento. Sobre el anchuroso espacio de su rostro enrojecido por la solana sobresalía un gran narigón chato por la punta, y abríanse un par de ojillos azules, de expresión muy altanera, así como una boca también muy chica, con innumerables arrugas como quebrajas y del mismo tono que la cara. La voz que salía de aquella boca era casca-

da, y sin embargo retumbante; recordaba el estridente ruido que harían unas barras de hierro transportadas en una carreta, zangoloteándose sobre pésimo empedrado. Kharlof hablaba siempre como si durante un ventarrón se dirigiese á alguien situado á la parte de allá de un barranco. No era fácil precisar la verdadera expresión de su fisonomía, pues costaba trabajo abarcar todo el ámbito de ella con una sola mirada; pero esta expresión no era desagradable. Había en ella hasta cierta grandeza; sólo que resultaba extraña, extraordinaria en demasía. ¡Vaya unos brazos los suyos! ¡Y qué piernas! ¡Y qué manos, anchas como cojines! Me acuerdo de que sin una especie de respetuoso temor no podía yo contemplar la inmensa espalda de Kharlof, y sus hombros como ruedas de molino; pero lo que más me pasmaba de admiración eran sus orejas. Levantadas á ambos lados por sus enormes mofletes, recordábanme, con sus largas espiras, esas grandes hogazas de pan de trigo torcidas y arrolladas, tan vistas en Rusia con el nombre de *kalatchi*.

En verano como en invierno, llevaba Kharlof una especie de capisayo de paño verde, ajustado al talle por un cinturón circasiano, y bôtas embreadas. Jamás le vi corbata: ¿alrededor de qué se la hubiera puesto? Resollaba lenta y pesadamente, como un buey, y andaba sin hacer ruido. Pudiera creerse que dentro ya de una habitación, tenía constantemente miedo de tirarlo y romperlo todo: avanzaba con cuidadito, de lado, casi deslizándose. Respetábanle en todos los contornos por su hercúlea fuerza. Acerca de este particular se habían forjado leyendas. Se contaba que cierto día tuvo en un bosque un encuentro con un oso, y derribó á éste por el suelo; que habiendo sorprendido en la abejera á un labriego que le quería robar las colmenas, lo lanzó por encima del tapial con caballería y arado; y así por el estilo. Eso no obstante, Kharlof nunca se vanagloriaba de su fuerza. «Si mi diestra ha sido bendita por Dios—decía—es por la voluntad del de arriba.» Si estaba lleno de orgullo, no se lo inspiraba su fuerza, sino su nacimiento, su posición social, el talento y la inteligencia que él mismo se atribuía.

—Nuestra estirpe—decía á menudo—proviene del *zueco* (quería decir sueco) Kharlus, llegado á Rusia reinando Ivan Vassilitch *el Ciego*. Este *zueco* Kharlus no tuvo por conveniente seguir siendo un conde pagano, sino que quiso convertirse en un hidalgo ruso, y se hizo inscribir en el libro de oro. He ahí de quién descendemos nosotros los Kharlof. Y por esa misma razón todos nacemos con cabellos rubios,

ojos claros y blancos de rostro, porque hemos brotado bajo la nieve.

—Pero, Martín Petrovitch—me atreví á decirle un día;—¡si nunca ha habido ningún Ivan Vassilitch *el Ciego!* Hubo un Ivan Vassilitch *el Terrible.* Mas el que fué llamado por sobrenombre *el Ciego* era el gran duque Vassili Vassilitch.

—Disparate, disparate—respondió tranquilamente Kharlof;—cuando yo digo una cosa, así es.

Un día se puso mi madre á alabarle en presencia suya por su desinterés, que en efecto era uno de los más notables.

—¡Eh, Natalia Nicolavna—exclamó casi con enfado,—vaya un gran motivo de elogios! ¿Podemos conducirnos de otro modo, nosotros los grandes señores? Es necesario que ningún destripaterrones, ningún villano, ningún palurdo, tenga la osadía de suponer tan siquiera que haya en nosotros nada vil y deshonroso. Yo soy un Kharlof, mi familia desciende de allá (y levantaba hacia el techo lo más alto posible su dedo índice): ¿cómo podría yo escuchar la voz de mi interés?

Otra vez, un importante personaje que estaba de visita en casa de mi madre tuvo la ocurrencia de chunguearse de Kharlof. Este hablaba del *zueco* Kharlus, que vino á Rusia...

—¿En tiempos del czar Alubia?—interrumpió el visitante.

—No, no fué en aquella época, sino durante el reinado del gran duque Vassili Vassilitch *el Ciego.*

—En cuanto á mí—replicó el otro—creo que vuestra raza es mucho más antigua. Se remonta á los tiempos antediluvianos, cuando aún andaban por el mundo los mastodontes y los megaterios.

Aun cuando estos términos científicos eran desconocidos en absoluto para Kharlof, comprendió que se estaba burlando de él.

—Es posible—dijo con sequedad;—nuestra raza es antiquísima. Dícese que por la época en que mi abuelo vino á establecerse en Moscu, vivía allí un imbécil por el estilo de Vuestra Excelencia; y tales imbéciles de ese calibre no vienen al mundo sino cada mil años.

El visitante se levantó furioso. Kharlof echó la cabeza atrás, adelantó la barba, lanzó una exclamación de reto y se marchó con altivez.

Dos días después volvió á casa. Mi madre le reprendió.

—Señora, es que he querido darle una lección—interrumpió Kharlof. —Otra vez tendrá más cuidadito. Aún es demasiado joven, y es preciso hacerle andar derecho.

El caso es que el visitante no era menos viejo que Kharlof; pero este

coloso parecía considerar á todos los hombres como menores. Por lo demás, no temía lo que se llama á nadie.

—¿Quién me puede hacer ningún daño? ¿Hay algún hombre en el mundo que sea capaz de eso?— preguntaba algunas veces con una explosión de risa muy breve, pero ensordecedora.

Mi madre era muy difícil en materia de amistades; sin embargo, recibía á Kharlof con particularísima benevolencia. Le dispensaba muchas cosas, quizá porque veinte años antes la había salvado la vida conteniendo su carruaje al borde de un profundo barranco, donde los caballos habían ya caído. Rompiéronse los tirantes y los arneses; Kharlof no soltó la rueda que había agarrado, aunque le brotaba la sangre por debajo de las uñas. También mi madre le había casado. Le dió por mujer una huérfana de diez y siete años, á quien ella había educado en su casa; en cuanto á él, tenía entonces cuarenta años cumplidos. La mujer de Kharlof era de poca estatura: decíase que la había hecho entrar en la cámara nupcial llevándola sobre la palma de la mano. No vivió mucho tiempo, y le dejó dos hijas. Aun después de la muerte de la joven esposa, mi madre continuó protegiendo á Kharlof. Había hecho entrar á la hija mayor de éste en el colegio de los nobles de la provincia; después la había casado, y ya tenía listo un marido para la segunda.

Kharlof era un buen agricultor; había acotado las 300 *deciatinas* de su fundo, y las había dotado de los edificios necesarios. Inútil es hablar acerca de si le obedecerían sus colonos. Como Kharlof era tan obeso y pesado, no iba á ninguna parte á pié. «La tierra, decía, no puede sostenerme.» Iba á todos lados en un pequeño *droski* (un arcón puesto sobre cuatro ruedas bajas), y guiaba él mismo á su caballería, una vieja yegua trasijada y decrépita, con una cicatriz en un brazuelo de una herida que recibió en la batalla de la Moskowa, montándola un aposentador de coraceros. Aquella yegua cojeaba de los cuatro remos á la vez; no podía andar al paso, menos aún al galope; daba saltitos con una especie de trote desigual. Se comía el ajenjo y los cardos borriqueros de los sembrados, lo que jamás he visto hacer á ningún otro caballo. Era para mí un perpetuo asombro cómo semejante rocín hembra, apenas con vida, pudo nunca arrastrar un peso tan enorme, pues no me atrevo á decir cuántos *punds* podría pesar nuestro vecino. Sobre el *droski*, espalda con espalda de Kharlof, colocábase su pequeño cosaco Maximka. Con la cabeza y todo

el cuerpo apoyados en los lomos de su amo, y los piés descalzos puestos en el eje de las ruedas traseras, parecía una brizna de hierba ó un gusanillo que el azar hubiese colgado de la masa enorme que se alzaba enhiesta delante de él. El mismo cosaquito rasuraba á Kharlof una vez por semana; para realizar esta operación se subía encima de una mesa, y los chuscos aseguraban que se veía obligado á correr alrededor de la barba de su amo.

A Kharlof no le gustaba permanecer largo tiempo en casa; de suerte que se le encontraba á menudo en su sempiterno carricoche, con las riendas en una mano y puesta la otra, desplegada pretenciosamente, sobre su rodilla, con el codo hacia adelante. En el vértice de su cráneo llevaba plantada una gorra vieja y muy pequeña. Paseaba con firmeza en torno suyo las miradas de sus ojuelos de oso, hablaba con voz de trueno á todos los labriegos, mercaderes y artesanos á quienes encontraba, y soltaba enérgicos juramentos á los clérigos, á los cuales no podía sufrir. Habiéndomele encontrado un día que salí con la escopeta en la mano, al ver una liebre encamada junto al camino, pegó tal grito «*¡de usted!*», que me estuvieron chillando los oídos hasta la noche.

Ya he dicho que mi madre recibía á Kharlof con deferencia. No ignoraba ella el profundo respeto que él la tenía. Al hablarla, la llamaba «mi bienhechora». Ella veía en él una especie de gigante fidelísimo, que, llegado el caso, no vacilaría en combatir contra todo un ejército de campesinos insurrectos; y aun cuando por aquel entonces no era de temer un choque semejante, mi madre, que se quedó viuda de joven, pensaba que no era de despreciar un defensor así; tanto más, cuanto que era leal, nunca pedía dinero, no bebía, y si le faltaba educación, no carecía de inteligencia. Cuando mi madre tuvo la idea de otorgar testamento, eligió á Kharlof para ser el primer testigo; marchó éste á escape á su casa en busca de los anteojos, unas grandes gafas redondas con armadura de hierro y anchas como ruedas de *droski*, sin las cuales no podía escribir. Hasta con sus espejuelos montados sobre la nariz, sólo al cabo de un cuarto de hora consiguió trazar su nombre y sus calidades á fuerza de resoplar y de gemir. Las letras, tal como las escribía él, eran enormes, cuadradas, adornadas de rabos y penachos; y después de concluir esa labor, declaró que se sentía fatigado y que para él eran absolutamente una cosa misma escribir ó cazar pulgas.

A pesar de toda la benevolencia que le dispensaba mi madre, en casa

no se le dejaba pasar del comedor: difundía un olor que recordaba el de tierra removida, las acres emanaciones de las grandes selvas y el légamo de los pantanos. «Es un verdadero *lechi* (espíritu de los bosques)», decía mi vieja aya. Cuando comía con nosotros se le ponía una mesa en un rincón. No lo echaba á mala parte; comprendía que hubiera molestado á sus vecinos, y encontraba más cómodo eso de comer á sus anchas, pues creo que comía como nadie ha comido desde los tiempos de Polifemo. Como medida de precaución, se le daba al principio de su comida una olla de *kacha* (gachas de trigo negro) de seis libras en peso de cabida. «Sin esa sopa, me devorarías», decíale mi madre riendo. «Tenéis razón, bienhechora, os devoraría», contestaba él riéndose también. Mi madre escuchaba con gusto sus reflexiones sobre cualquier objeto de economía doméstica; pero no podía oir mucho tiempo su voz.

—Padrecito—exclamaba—debías tratar de curarte esa voz que tienes. ¡Me has dejado completamente sorda! ¡Eso es una verdadera trompeta!

—Natalia Nicolavna, mi bienhechora—respondía Kharlof—no soy dueño de mi garganta... Y además, ¿qué remedio queréis que obre? Miradme. Voy más bien á callarme un tantico.

En efecto, no creo que hubiese remedio alguno en el mundo capaz de obrar en Kharlof. Aparte de eso, nunca estuvo enfermo.

No sabía ni le gustaba narrar. «Los largos relatos dejan sin aliento», decía con enfado. Sólo contaba dos ó tres anécdotas, siempre las mismas, y para eso era cuando le sacaban á colación los sucesos del año 1812 (sirvió entonces en las milicias y recibió una medalla de bronce, que se ponía los días de fiesta) y cuando se le preguntaba acerca de la invasión de los franceses. Y, no obstante, afirmaba que los verdaderos franceses no habían venido á Rusia aquel año, sino unos infelices merodeadores ínfimos que se morían de hambre en su país, y que él había recogido en los bosques montones de aquellos piojosos.

¿Quién dijera que ese indestructible gigante, tan seguro de sí mismo, tenía momentos de melancolía y de tristeza? Sin razón alguna aparente, invadíale un profundo tedio. Se encerraba en su cuarto, en el cual se ponía á zumbar, haciendo él solo tanto ruido como una colmena entera, ó bien llamaba á su cosaco Maximka y le ordenaba que leyese en alta voz el único libro que en toda la vida había logrado entrar en su casa, *El Trabajador descansando*, de Novikof (1), ó que le

(1) *El Trabajador descansando*, revista

cantase cualquier cosa. Y Maximka (que, por rara casualidad, sabía deletrear las sílabas) se ponía á leer erre que erre, destrozando las palabras y poniendo los acentos al revés, frases por el estilo de ésta: «Pero el hombre apasionado deduce de ese lugar vacío que descubre en los animales consecuencias completamente contradictorias. Cada animal tomado aisladamente—dice ese hombre apasionado—es incapaz de hacerme feliz.» O bien entonaba con agudísima voz de falsete, alguna cancioncilla lúgubre, de la cual sólo podían percibirse unas *i... i... oh... ah...* y después *¡dolor!* Kharlof escuchaba, meneaba la cabeza y anunciaba que ¡todo se reduciría á polvo como la hierba de los campos! En su habitación había colgada una estampa, donde se veía un cirio encendido rodeado de rechonchos seres mofletudos que soplaban la luz con todas sus fuerzas, y con este letrero: «Tal es la vida humana.» Cuando se le pasaba la hora de la melancolía, volvía la estampa contra la pared. Kharlof, ese coloso, temblaba ante la idea de la muerte. Pero no rezaba, ni aun en lo más fuerte de sus accesos de hipocondría. Preciso es decir que Kharlof era poco devoto; rara vez iba á la iglesia. Verdad es que pretendía que las dimensiones de su cuerpo no le permitían ir, porque ocupaba él solo el espacio de muchos fieles. El acceso terminaba, por lo común, de la manera siguiente: Kharlof comenzaba á silbotear, luego mandaba que le trajesen el carricoche, y algunos instantes después veíasele rodar por los contornos, agitando alegremente, por encima de su viejo gorro, la mano en que no tenía las riendas, como diciendo: «¡Nuestro es el mundo!»

—Al fin y al cabo, era un ruso.

Los hombres de una gran fuerza física, son, por lo general, flemáticos; Kharlof, por el contrario, se dejaba arrebatar con facilidad. Nadie tenía el privilegio de sacarle de quicio tanto como el hermano de su difunta mujer, un tal Bitchkof, ser extravagante, mezcla de parásito y de bufón, que vivía con nosotros, y á quien desde su más tierna infancia se le conocía por el apodo de *Recuerdo;* de suerte que era *Recuerdo* para todo el mundo, incluso para la servidumbre, la cual se contentaba con añadir á este mote su nombre patronímico de Timofeitch. Creo que él mismo había olvidado su nombre de pila. Ese ruin ser, á quien todo el mundo se creía con derecho para menospreciar, y al cual faltában-

periódica. Moscu, tomo III, pág. 23. —El autor de esta colección, Novikof, era el jefe de los iluminados, de la escuela de Saint-Martin.

le todos los dientes de un lado, de suerte que su flaco rostro arrugado parecía torcido, estaba siempre en danza, metíase por todas partes, ya en la casa de los sacerdotes, ya en la *isba* del *starosta*. De todas partes lo echaban; pero él no hacía sino encogerse de hombros, guiñar sus ojos bizcos y luego reirse con una risa muy desagradable, semejante al ruido de una botella cuando se enjuaga. Había yo creído siempre que como *Recuerdo* hubiese tenido dinero hubiera llegado á ser un hombre muy perverso, inmoral y cruel: por fortuna, era pobre. No se le daba permiso para beber sino los días de fiesta; y se le vestía con decencia por orden de mi madre, con la cual jugaba todas las noches la partida á los cientos ó al *bostón*. Sus gustos eran escuchar tras de las puertas, ir con chismes y cuentos, y sobre todo mofarse de alguien. Obraba así como si algún antiguo agravio le hubiese dado derecho á vengarse en todo el mundo. Llamaba á Kharlof su *hermanito*, y le hostigaba hasta *hacerle tragar cordilla*, como dicen nuestros labriegos.

Cierto día que Kharlof en nuestra sala de billar, vasta pieza donde nadie había visto nunca volar una mosca (motivo por el cual nuestro vecino, que tenía grande enemiga al sol y al calor, gustaba mucho de estar en ella), *Recuerdo* se puso á dar saltos y vueltas en torno de su panza, diciéndole con gran copia de fisgas y muecas: «Hermanito, ¿por qué has hecho morir á mi hermana Margarita Timofeievna?» Kharlof, que estaba sentado entre la pared y la mesa de billar, no pudo contenerse y alargó bruscamente sus manazas. Por suerte para *Recuerdo*, éste último tuvo tiempo de esquivar el golpe: los puños de su cuñado fueron á chocar contra la mesa, y los seis gruesos tornillos que sujetaban al piso de madera el pesado armatoste rompiéronse todos á la vez. ¿Qué hubiera sido de *Recuerdo*, si llega á alcanzarle tal andanada?

De largo tiempo atrás tenía yo curiosidad por conocer la casa de Kharlof y ver qué especie de habitación se había fabricado. Una vez le propuse acompañarle á caballo hasta Ieskovo (así se llamaban sus dominios).

—¡Vaya con el mocito!—exclamó Kharlof;—quiere ver mi reino. Anda, ven. Te enseñaré el jardín, y la casa, y la granja, y todo. Tengo un montón de cosas buenas.

Partimos. Desde nuestro castillo hasta Ieskovo había tres *verstas* de distancia.

—Aquí tienes mi reino—dijo bien pronto, esforzándose por volver hacia mí su pesada cabeza y agitando

de derecha á izquierda la mano.—Todo esto es mío.

La morada de Kharlof alzábase en la cúspide de una colina. Abajo, á lo largo de un estanque, algunas miserables barracas parecían pegadas unas á otras. De pié sobre un tablón, una vieja campesina daba de firme en una prenda de lienzo que acababa de retorcer.

—¡Axinia!—gritó Kharlof con una voz tan formidable que hizo levantar el vuelo á una bandada de cuervos en un próximo sembrado de centeno—¿estás lavando los calzones de tu marido?

La anciana volvió todo el cuerpo de una vez, como si fuese de una sola pieza, é hizo una profunda reverencia.

—Sí, señor; sus calzones, padrecito mío—murmuró con voz cascada.

—¡Que te vea yo hacer otra cosa! Observa, mira—continuó, dirigiéndose á mí y trotoneando á lo largo de una cerca ruinosa—este es mi cáñamo, el mío, y aquel el de los colonos. ¿Ves qué diferencia? Y este es mi jardín; yo soy quien ha plantado esos manzanos; y esos sauces, yo también. Antes, de mí no había por acá ningún árbol. Aprende lo que hay que hacer, bobito.

Entramos en un patio rodeado de empalizadas. Frente á la puerta cochera alzábase una casita muy viejucha, con techumbre de bálago y una pequeña escalinata sostenida por postes de madera. A un costado del patio se había edificado otra casita de aspecto un poco más moderno y adornada con una caperuza por desván; también parecía, cual se dice entre nosotros, estar sobre patas de gallina.

—Mira—me dijo Kharlof—en qué zaquizamí vivieron nuestros padres. ¡Pues bien, contempla, qué palacio me he construido!

Ese palacio tenía todo el aspecto de un castillo de naipes. Cinco ó seis perros, á cual más lanudos y feos, nos acogieron con furiosos ladridos

—Son perros de pastor—dijo Kharlof—de la verdadera raza de Crimea. ¡Callad, malditos! Por nada os ahorcaría á todos.

Un joven vestido con un largo gabán de nankín se presentó en la escalinata de la casa nueva: era el marido de la hija mayor. De un salto se plantó junto al *droski*, y sosteniendo respetuosamente con una mano el codo de su suegro, extendió la otra como para ayudar también á la enorme pierna de Kharlof, quien se apeaba del *droski* como de un caballo. En seguida vino á ayudarme á dejar mi cabalgadura.

—¡Ana!—exclamó Kharlof—el hijo de Natalia Nicolavna se digna visitarnos; hay que obsequiarle.

¿Dónde está la pequeña Evlampia?

Ana era la mayor de sus hijas, Evlampia la menor.

—No está en casa, ha ido al campo á coger coronillas—respondió Ana, abriendo una ventana de junto á la puerta.

—¿Hay leche cuajada?—preguntó Kharlof.

—La hay.

—¿Y crema también?

—Y crema.

—Vamos, pon todo eso en la mesa. Entre tanto, le enseñaré mi gabinete. Venid por aquí—añadió haciéndome una seña con el dedo.—Dentro de su casa no me tuteaba: hay que ser cortés con un huésped. Me condujo á lo largo de un pasillo.—Mirad dónde resido—dijo de pronto, al pasar los umbrales de una ancha puerta;—he aquí mi gabinete. Bien venido seáis.

Era una espaciosa estancia, casi desnuda, sin revestir de yeso, de suerte que se veían las vigas que formaban las paredes. De grandes clavos, puestos sin simetría, colgaban dos látigos, un tricornio viejo, un fusil de chispa, un sable, una calabaza, un extraño collarón de caballo con placas de cobre, y el famoso grabado representando el cirio encendido y expuesto á todos los vientos. En un rincón había un diván de madera, recubierto con una alfombra muy charra. Millares de moscas zumbaban sordamente bajo el techo. Por lo demás, en aquella estancia hacía fresco; pero allí se le agarraba á uno á la garganta aquel olor silvestre que Kharlof llevaba consigo á todas partes donde iba.

—¿No es verdad que mi gabinete es muy hermoso?

—Hermosísimo.

—Mira un poco esa collera holandesa que tengo ahí—continuó, tornando á su tuteo habitual.—Es un collar maravilloso. Se lo adquirí á un judío por cambio. Míralo bien.

—Es un magnífico collar.

—No hay nada mejor para el servicio suyo. Olisquea un poco. ¡Vaya un cuero!

Olí el collarón: apestaba á sebo rancio, y nada más.

—Vamos, sentaos ahí, en esa sillita. Estad como en vuestra casa—me dijo Kharlof.—Y sentándose también él en su diván, cerró los ojos y pareció quedarse dormido. Le miré de hito en hito, sin cansarme de admirarlo: ¡una verdadera montaña! Movióse de pronto.

—¡Ana!—exclamó con voz de trueno; y su gran barriga se levantó y volvió á caer como una ola en el mar.—¡Ana!... ¿No me has oído?... ¡Vamos, menearse!

—Todo está presto, dignaos venir—respondió á lo lejos la voz de su hija.

Asombrado de la rapidez con que se ejecutaban las órdenes de Kharlof, le seguí al comedor, donde, sobre una mesa cubierta con un mantel rojo con dibujos blancos, estaba ya servido el desayuno: leche cuajada, crema, pan de trigo, y hasta azúcar en polvo mezclado con canela. Mientras sorbía yo la leche cuajada, Kharlof habíase de nuevo sentado en un rincón. Inmóvil delante de mí y con los ojos bajos estaba de pié Ana Martinovna, y por la ventana podía ver yo á su marido paseando mi caballo por el patio y frotando con las manos la barbada del freno, que había soltado de las bridas.

Mi madre no quería á la hija mayor de Kharlof. La encontraba altanera. En efecto: Ana Martinovna jamás venía á saludarnos á casa, y su actitud ante mi madre era fría y reservada, aun cuando gracias á los beneficios de ésta se había educado en colegio, había encontrado marido, y el día de la boda había recibido mil rublos de dote, así como un chal de cachemira de color amarillo, un poco usado en verdad. Era una mujer de mediana estatura, cenceñita, vivaracha y de rápidos movimientos, con espesa cabellera oscura y una agradable carita morena, donde se dibujaban de un modo extraño, pero encantador, unos ojos rasgados y suaves, de color azul claro. Su nariz era fina y recta, los labios finos también y aguda la barbilla. Al verla, cada cual no podía por menos de pensar: «Eres lista, pero dura.» Sin embargo, todo era atractivo en su persona; los lunarcitos sembrados en su rostro no hacían sino aumentar la viveza de la fascinación que ejercía. De pié y con las manos ocultas bajo su pañoleta, mirábame á hurtadillas de arriba abajo. Una sonrisita picaresca vagaba por sus labios, por sus mejillas y hasta por las largas pestañas de sus ojos. «¡Ah señorito mimado!», parecía decir esa sonrisa. Cada vez que respiraba, se entreabrían ligeramente las ventanillas de la nariz. A pesar de todo, pensaba yo que como Ana Martinovna hubiera querido darme un beso con sus labios finos y delgados, habría saltado yo de gusto hasta el techo. Sabía que era muy severa, muy exigente, que las mujeres y las hijas de los colonos la temían como al fuego. Eso no importa. Ana Martinovna tenía el privilegio de agitar mi corazón; pero entonces tenía yo quince años, y á esa edad...

Kharlof se movió de nuevo.

—Ana — exclamó — debías aporrear algo en el piano; eso agrada á los señores jóvenes. Volví la cabeza; en efecto, allí había un cascajo de clavicordio en un rincón de la pieza

—Obedezco, padre--contestó Ana.

—Pero, ¿qué puedo tocar que agrade al señor? Nada que le guste.

—Pues entonces, ¿qué os enseñan en el colegio?

—Todo lo he olvidado, y, además, están rotas las cuerdas.

El timbre de la voz de Ana era muy agradable, sonoro y ligeramente quejumbroso, como el chillido de las aves de rapiña.

—Entonces—dijo Kharlof pensativo—entonces... ¿quiere V. ver mis trojes de trigo? Es muy curioso. Volodka (diminutivo de Vladimiro) os guiará.—¡Eh, Volodka!—gritó á su yerno, que continuaba paseando mi caballo por el patio—lleva al señor al hórreo y á todas partes. Enséñale todo ese tiberio. Yo necesito dormir. Hasta luego.

Salió y le seguí. En seguida Ana, rápidamente y como á disgusto, se puso á alzar los manteles. En el umbral de la puerta me volví y la hice una profunda reverencia; pareció no advertirla, y se limitó á sonreirse, pero con una sonrisa menos benévola aún que la primera vez.

Tomé mi caballo de manos del yerno de Kharlof, y lo llevé de la brida. Fuimos juntos á visitar el granero; mas como en él no había nada de particular que me pareciese curioso, y como mi guía no podía suponer en un muchacho de mi edad pasión por la agronomía, atravesamos el jardín para salir á la carretera.

Vladimiro Slotkin era huérfano, hijo de un empleado subalterno que había sido agente de negocios de mi madre. Comenzó ésta por meterlo en la escuela del distrito, y luego le hizo entrar de dependiente en las oficinas de la administración de nuestro patrimonio. Más tarde ingresó en el servicio de los depósitos de provisiones de la corona, y, por último, le habían casado con la hija de Kharlof. Mi madre le llamaba «el pequeño judío»: con sus cabellos rizos, sus ojos negros y siempre húmedos como ciruelas en compota, su nariz aguileña y sus gruesos labios rojos, tenía por completo el tipo de la raza oriental Aparte de eso, tenía blanca la piel y podía pasar por un guapo mozo. Vladimiro era de un carácter muy servicial, mientras no se tratase de sus propios intereses. La furia por ganar dinero casi le hacía perder la cabeza, y á veces derramar lágrimas. No podía sufrir que no se le cumpliese al punto una promesa que se le hiciere; temblaba de ira, gimoteaba de despecho. Gustábale andorrear por los campos con una escopeta; y cuando saltaba una liebre ó un ánade, se los embaulaba en el zurrón con cara satisfecha. «Lo que es ahora, amiguitos—parecía decir, acariciándolos con las ma-

nos—ya no os escapáis; os cogí, vais á servirme.»

—¡Qué buen caballito tenéis!—exclamó con su voz ceceadora, ayudándome á montar.—Uno así quisiera yo tener; pero no tengo tanta suerte. Debíais hablar de eso á vuestra señora madre, y recordarla...

—¿Es que había prometido darle á V. uno?

—¡Ay, no!... ¡Ah, si me lo hubiese prometido!... Sólo que suponía yo, en vista de su gran generosidad, que...

—¿Por qué no se dirige V. á Martín Petrovitch?

—¿A Martín Petrovitch?—repitió Slotkin, apoyándose en cada sílaba.—¡Ah, santo Dios! A sus ojos, absolutamente lo mismo soy yo que cualquier miserable Maximka. Me trata con sordidez, y no tenemos ninguna recompensa por nuestros trabajos.

—¿De veras?

—Os lo juro delante de Dios. En diciendo él «mi palabra es sagrada», es lo mismo que si os cortase todo vuestro discurso con un hacha. Rogarle y no rogarle, todo es igual. Y luego no ama tanto á mi esposa Ana Martinovna como á su otra hija Evlampia.

Interrumpiéndose de pronto, se golpeó los muslos con desesperación. «¡Oh, Señor Dios! Mirad: un bandido ha segado la mitad de un cuarto de yugada de nuestra avena. ¡Viva V. después de esto! ¡Malvados, ladrones!... Lo menos han hecho una tala por valor de rublo y medio, de dos rublos.» Las desesperadas exclamaciones de Slotkin sonaban como sollozos. Piqué espuelas á mi caballo, y le dejé plantado allí.

Aún llegaban á mi oído los lamentos de Slotkin, cuando salió á mi encuentro por uno de los recodos del camino aquella segunda hija de Kharlof que había ido á coger coronillas, según el dicho de su hermana. Una gruesa guirnalda de tales flores rodeaba su cabeza. Nos saludamos en silencio. Evlampia no era menos hermosa que su hermana, pero su belleza parecía muy diferente. De elevada estatura y fuerte complexión, todo era en ella grande; la cabeza, los miembros, las manos, los dientes, blancos como la nieve, y sobre todo los ojos, que tenía un poco á flor de cara, de un color azul oscuro y algo velados por los párpados. Aquella virgen monumental era digna hija de Kharlof. La trenza de sus rubios cabellos tenía tal longitud, que veíase obligada á arrollarla tres veces en torno de su frente. Su boca era encantadora, de un hermoso color purpurino, y fresca como una rosa. Al hablar, levantábase su labio superior con tanta simplicidad como el de un ni-

ño. Pero en la mirada de sus ojos, que se movían con lentitud, había algo de salvajismo, casi de ferocidad.

—Es una indómita, de sangre cosaca—decía Kharlof.—En el fondo, me intimidaba; aquella colosal hermosa me recordaba demasiado á su padre.

Continué, por tanto, mi camino. Comenzó ella á cantar con voz igual, fuerte y un poco áspera, una verdadera voz de campesina; luego se calló bruscamente. Volví atrás la cabeza, y desde lo alto de la colina adonde había yo llegado, vi á Evlampia de pié junto al yerno de Kharlof, frente al campo en que habían segado la avena. El se movía, gesticulaba; ella permanecía desdeñosamente inmóvil. El sol iluminaba con brío su figura, y la guirnalda de flores silvestres que tenía puesta en la cabeza azuleaba herida por sus rayos.

Creo, señores, haberos ya dicho que mi madre hacía gestiones para proporcionar á esta otra hija de Kharlof un marido. Era uno de nuestros más pobres vecinos, un comandante retirado que se llamaba Gavrilo Gitkof, hombre ya maduro y, como él mismo decía no sin orgullo, «baqueteado de firme». Apenas sabía leer y escribir, y su talento natural no era muy superior á su instrucción; sin embargo, le alentaba la secreta esperanza de llegar algún día á ser intendente general del patrimonio de mi madre, porque sentía dentro de sí el genio de un *ejecutor de órdenes* (1). «De otra cosa no quiero envanecerme (decía); pero lo que es de contar los dientes á los labriegos, esa ciencia la poseo hasta en sus últimos primores. En el servicio militar he tenido ocasión de aprenderla al dedillo.» Si Gitkof hubiera sido menos cernícalo, hubiese comprendido que no tenía ninguna posibilidad de conseguir ese puesto de intendente, porque antes habría sido menester quitar al intendente titular, un tal Lisinski, un polaco muy entendido y enérgico, en quien mi madre tenía absoluta confianza. Gitkof tenía larga la cara como la de un caballo, cubierta de una borra de pelos amarillentos que le empezaba inmediatamente debajo de los ojos. Aun con los mayores fríos, ese rostro estaba inundado de gotitas de sudor. Al acercarse mi madre, cuadrábase él como un soldado ante su oficial; la cabeza se le meneaba de celo; sus enormes manos se estremecían á lo largo de los muslos, y toda su persona parecía estar diciendo: «Manda, y salgo volando á obedecer.» Mi madre no se hacía ilusiones acer-

(1) Era la gran cualidad requerida en tiempo del emperador Nicolás. Con ella estábase seguro de llegar á todo.

ca de los recursos intelectuales del personaje; esto no era óbice para que deseara ella la boda entre Evlampia y él.

—¿Pero sabrás manejártelas, padrecito?—le preguntó un día.

Gitkof sonrióse con aire de suficiencia.

—¿Qué dice V. Natalia Nicolavna? He mandado un batallón entero, y lo he hecho andar como una seda. ¡Conducir á una mujer! ¿Merece la pena hablar de ello?

—Hay diferencia entre un batallón de reclutas y una joven de sangre noble—respondió mi madre, con acento de disgusto.

—¡Oh! Natalia Nicolavna—replicó el comandante—sabemos eso muy bien; también podemos comprender lo superfino de la delicadeza. Una señorita: eso lo dice todo.

—En fin—dijo mi madre después de reflexionar un poco—Evlampia sabrá defenderse.

II

Un día del mes de Junio, al caer la noche, anunciaron la llegada de Kharlof. Asombróse mi madre. Hacía más de una semana que no habíamos visto á nuestro vecino, quien jamás tardaba tanto en hacer sus visitas.

—Alguna cosa ha ocurrido—dijo ella á media voz.

En efecto, Kharlof, que se dejó caer en seguida sobre un asiento junto á la puerta, estaba tan pálido y su rostro tenía una expresión tal de zozobra, que mi madre no pudo remediar el repetir en voz alta la frase que acababa de escapársele.

Kharlof levantó hacia ella sus ojillos, exhaló un largo suspiro y acabó por declarar que había venido... para un asunto que..., de tal naturaleza..., por causa de...

Luego, después de haber mascullado otras palabras tan incoherentes como éstas, levantóse de pronto y se fué.

Llamó mi madre y encargó á un criado que saliese en busca de Kharlof y lo trajese. Pero éste había tenido tiempo de montar en su *droski* y había desaparecido.

Al siguiente día por la mañana iba á mandarle un propio mi madre, á quien la extraña acción de Kharlof, y, aún más que eso, la manifiesta ansiedad de sus facciones, le habían á la vez sorprendido y turbado, cuando apareció él mismo en persona. Parecía un poco más tranquilo.

—Veamos, padrecito—exclamó mi madre en cuanto le vió—¿qué tenías ayer? «Señor Dios, pensé, ¿es que se habrá guillado nuestro viejo?»

—No estoy guillado, señora—respondió Kharlof—soy más fuerte que eso; pero necesito consultar á V.

—¿Sobre qué?

—Sólo que dudo... ¿Le molestará?

—Habla, habla—dijo en seguida ella—pero con sencillez. No me conmuevas. ¿A qué viene ese le molestará? ¿Acaso te ha vuelto á acometer la melancolía?

Kharlof frunció el entrecejo.

—No es mi melancolía; eso me sucede con luna llena. Pero permítame V. una pregunta, señora. ¿Qué piensa V. acerca de la muerte?

Mi madre hizo un ademán de espanto.

—¿De qué?—dijo ella.

—De la muerte. ¿Puede alguien librarse de la muerte en el mundo?

—¿Qué demonios estás diciendo? ¿Hay alguno de nosotros que sea inmortal? Tú mismo, con ser un gigante, darás fin.

—¡Oh, sí, tendré fin!—exclamó Kharlof bajando la cabeza.—Acabo de tener una alucinación nocturna—dijo con voz sorda y lenta.

—¿Cómo?

—Una alucinación nocturna—repitió Kharlof.—Soy un gran *vidente* de ensueños.

—¿Tú?

—Yo. ¿No lo sabía V.?

Kharlof exhaló un suspiro.

—Escuche V. Hace de esto poco más de una semana; precisamente era la víspera de San Pedro. Me acosté para descansar un poco, y me dormí. De pronto veo entrar en mi alcoba un potro negro. Este potro se puso á triscar y enseñarme los dientes. Un potro negro como un *tarakán* (1).

Kharlof se calló.

—Bueno, ¿y qué?—preguntó mi madre.

—Cuando cátate que ese mismo potro se vuelve de grupa y me larga una de coces en el codo izquierdo, en el punto sensible. Me despierto; mi brazo izquierdo no funciona ya... y tampoco mi pierna izquierda. Bueno, digo para mí, esto es una paralisis. Sin embargo, poquito á poco me vuelve el movimiento; pero empezaron á correrme hormigas por las coyunturas durante largo tiempo, y todavía me corren. En cuanto abro la palma de la mano, se ponen á correr.

—Martín Petrovitch, eso es que te has echado sobre el brazo; y nada más.

—No señora, no es lo que tiene V. á bien decir. Es una advertencia que he recibido; es que se me anuncia mi muerte. Por tanto, he aquí

(1) Especie de escarabajo ó de cucaracha negra.

lo que deseo participarle á V., señora, y sin perder un instante. Como no quiero—continuó Kharlof á grito pelado—que la muerte me coja desprevenido á mí, esclavo de Dios, he resuelto esto en mi magín: dividir desde ahora, en vida mía, todos mis bienes entre mis dos hijas, Ana y Evlampia, del modo que Dios me dé á entender.

Kharlof se detuvo, exhaló un gemido y añadió:

—Sin perder un instante.

—Bien, esa es una idea razonable—observó mi madre.—Sólo encuentro que te precipitas con demasiada premura.

—Y como en este mismo asunto—continuó Kharlof alzando aún más la voz—quiero observar el orden y la legalidad imprescindibles, tengo el honor de rogar á vuestro hijo Dmitri Semenitch (en cuanto á V., señora, no me atrevo á incomodarla), ruego al susodicho vuestro hijo Dmitri Semenitch (y en cuanto á mi pariente Bitschkof, se lo prescribo como un deber) que asista á la ceremonia de levantarse el acta notarial y á la de dar posesión de mis bienes á mis dos hijas, Ana (casada) y Evlampia (célibe); acto que habrá de efectuarse pasado mañana, á las doce del día, en mis propios dominios de Ieskovo, con asistencia de las autoridades actualmente en ejercicio, las cuales han recibido ya la invitación para ese acto.

Mucho trabajo le costó á Kharlof concluir con esta larga retahila, que evidentemente se aprendió de memoria, y que fué interrumpida por frecuentes suspiros y ayes. Parece como que no había aire bastante dentro de su pecho. Su rostro, descolorido desde dos días á la fecha, púsose de color carmesí; varias veces enjugó el sudor que le corría por la frente.

—¿Has redactado ya el escrito de petición?—preguntó mi madre.—¿Cuándo has tenido tiempo?

—¡Oh! He tenido tiempo... sin comer, sin beber, sin dormir.

—¿Lo has escrito tú mismo?

—Me ha ayudado Volodka.

—¿Has presentado ya tu instancia?

—La he presentado. Y el tribunal de la provincia ha providenciado; y el tribunal del distrito ha recibido la orden; y la comisión delegada de éste ha fijado ya qué día viene.

Mi madre se sonrió.

—Martín Petrovitch, veo que has tomado todas tus medidas... ¡Y con qué celeridad! De seguro que no has economizado gastos.

—Señora, nada he economizado.

—Solamente que, ¿por qué decías que ibas á consultarme? Bueno, Dmitri puede ir. Y mandaré

también á *Recuerdo*, y asimismo diré á Lisinski que vaya. ¿No has invitado á Gavrilo Fedulitch?

—Gavrilo Fedulitch... el señor Gitkof... ha recibido análogo aviso de mi parte: asistirá... como prometido esposo.

Evidentemente Kharlof había agotado hasta las últimas reservas de su elocuencia. Además, me pareció que no le hacía mucha gracia el marido que mi madre destinaba para su segunda hija. Quizá soñase con un partido más ventajoso para su queridita Evlampia.

Levantóse con lentitud de la silla, y arrastró el pié sobre el piso entarimado, diciendo:

—Muchas gracias por su consentimiento.

—¿Pero á dónde vas? —dijo mi madre. —Espera, voy á hacer que te sirvan el almuerzo.

—Muchas gracias—repitió Kharlof; — pero no puedo; necesito volver á casa.

Marchó á reculones hacia la puerta, é iba á franquear sus umbrales de costado, según su costumbre.

—Espera, aguarda—exclamó mi madre. —¿Pero es cierto que así, sin más ni más, entregas cuanto tienes á tus hijas, sin reservarte nada?

—Seguramente, sin reservarme nada.

—¿Y tú, dónde vivirás?

Kharlof agitó sus brazos en el aire.

—¿Que dónde viviré? Pues, toma... en mi casa, como lo he hecho hasta el presente. ¿Qué cambio quiere V. que haya en ello?

—¿Pero tan seguro estás de tus hijas y de tu yerno?

—¿Os dignáis nombrar así á ese Volodka, ese gusanillo? Le haré andar como me dé la gana. ¿Qué puede él? Y en cuanto á ellas. á mis hijas, están obligadas hasta mi muerte á darme de comer y de beber, vestirme y calzarme... ¿No es su deber, y el más sagrado? A parte de que no se les consumirán mucho los ojos de mirarme. Aquí está la muerte... tras de mis espaldas.

—Dios manda la muerte cuando le acomoda — replicó mi madre;— y en cuanto á tus hijas, tal es, en efecto, su deber. Sólo que (dispénsame que te lo diga, Martín Petrovitch) tu hija mayor todo el mundo sabe que es una orgullosa, y la segunda tiene también miradas de lobo.

—¡Natalia Nicolavna!—exclamó Kharlof.—¿Qué dice V., santo Dios? ¡Qué!... ¡Que ellas..., que mis hijas..., que yo... faltar á la obediencia...! Ni por pienso... ¿Cómo? ¡Resistirse!... ¿A quién? ¿A un padre?... Y la maldición, ¿cuánto tiempo tardaría en caerles encima?... Han pasado su vida entera con el temblor

de la sumisión..., y de golpe y porrazo... ¡Ah, gran Dios!

Una tos asfixiante acometió á Kharlof; mi madre se apresuró á calmarle.

—Lo único que no he podido comprender — dijo — es el por qué de esas particiones inmediatas. Después de que tú faltes, siempre serían ellas quienes lo heredasen todo. Supongo que tu melancolía es la causa de todo eso.

—¡Caramba, madrecita — replicó Kharlof, no sin enfado — por fas ó por nefas no hace V. más que echarme en cara mi melancolía! En este momento acaso me impulsa un poder superior. ¡Y V.... dale que dale con mi melancolía!... Señora, he hecho inmediatamente esa partición, porque yo en persona, según mis propias decisiones, quiero fijar y determinar desde ahora mismo lo que á cada una de ellas le corresponde; y que habiendo recibido de mí cada cual mis beneficios, sienta gratitud por ellos y ejecute con fidelidad lo que ha decidido su padre y bienhechor. Porque es una gran merced...

Al llegar aquí, alteróse de nuevo la voz de Kharlof.

—Basta, basta, padrecito... no sea que aparezca otra vez el potro negro.

—¡Oh! Natalia Nicolavna, no me hable V. de él... aún veo su blanca dentadura... Tengo el honor de saludar á V.... En cuanto á V., caballerito mío, tendré el honor de esperarle pasado mañana en mi casa.

Kharlof se fué. Mi madre le miró cómo se alejaba, y cabeceando murmuró:

—No espero nada bueno de eso, nada bueno. ¿Has reparado — añadió, dirigiéndose á mí — en que durante todo el tiempo que estuvo hablando no hizo más que guiñar los ojos, como quien parpadea al darle el sol en la cara? Mala señal. Cuando un hombre hace esto, es que tiene un peso en el corazón y le amenaza una desdicha. Vete á su casa pasado mañana, con Lisinski y *Recuerdo*.

En el día prefijado, vino á situarse majestuosamente ante la escalinata de nuestra casa señorial nuestro gran carruaje de familia, de cuatro asientos, tirado por seis caballos alazanes tostados, y conducido por el cochero principal, una especie de panzudo patriarca con largas barbazas grises. La importancia del acto que iba á realizar Kharlof y la solemnidad de su invitación habían influido en el ánimo de mi madre. Ella misma dió orden de que enganchasen aquel coche de gala; me encargó, lo mismo que á *Recuerdo*, que nos pusiéramos los vestidos de fiesta para honrar tanto

más á su protegido. Respecto á Lisinski, éste iba constantemente de traje negro y corbata blanca.

Durante todo el trayecto no cesó *Recuerdo* de chacharear como una urraca, preguntándose á cada paso si le dejaría también alguna cosa su cuñado, y tratándole de ídolo pagano y de inaguantable un momento después. Lisinski, hombre tétrico y bilioso, no pudo reprimirse y dijo con su acento polaco:

—¡Miren los señores hidalgos, nuestros amos! No se pueden aguantar sin ir á la rebusca de majaderías. Pero, ¿no pueden estar Vds. tranquilos, sin soltar ese hato de necedades que nadie echa de menos? (Esta era su frase favorita.)

—Bueno, bueno—murmuró amoscado *Recuerdo;* y callándose, dirigió sus bizcas miradas por la portezuela del carruaje.

No había pasado aún media hora, y los caballos al trote con aire sostenido apenas comenzaban á mojar con el sudor las finas correas de los arneses, cuando llegábamos ya á casa de Kharlof. Nuestro vehículo rodó por el patio, penetrando á través de la puerta cochera abierta de par en par. El postillón de los dos caballos del tronco delantero, niño de cinco ó seis años, cuyos piés apenas pasaban del borde de la silla de montar, lanzó por última vez su grito de *¡Ahí va!* Los dos codos de nuestro cochero patriarcal se elevaron juntos para retener las riendas, y paramos en firme. Ningún perro nos saludó con sus ladridos. También faltaban los numerosos hijos de la servidumbre, que en los patios suelen verse bullir con las camisitas abiertas hasta el vientre y con la cruz de madera colgando del cuello. El yerno de Kharlof nos esperaba en el umbral. Habían plantado álamos blancos jóvenes á ambos lados de la escalinata, como es costumbre el día de la Trinidad. Todo parecía solemne. El yerno de Kharlof llevaba una gran corbata de terciopelo de algodón con un nudo de raso, y un traje negro horriblemente estrecho. El cosaquito Maximka se había echado tanta cerveza *kvass* á guisa de pomada, que sus cabellos iban chorreando. Entramos en el salón y presentóse á nuestra vista Kharlof, inmóvil en medio de la estancia. Se había plantado su casaquín de miliciano de 1812, de paño gris, con una valona de paño negro. En su pecho lucía una medalla de bronce; llevaba un sable al costado. Su mano izquierda estaba puesta en la empuñadura del sable, mientras que la derecha, apoyándose sobre un legajo de papeles, descansaba en una mesa cubierta con un tapete rojo.

Kharlof no se movía, ni siquiera parecía respirar. No es posible ex-

presar lo serio de su apostura, la seguridad en su poder ilimitado, absoluto. Apenas si nos saludó con un movimiento de cabeza; luego, mostrándonos con un dedo una fila de sillas, nos dijo con voz breve:

—Tomad asiento.

Las dos hijas de Kharlof estaban al lado derecho del salón, en traje dominguero: Ana, con vestido verde y cinturón amarillo, Evlampia con vestido de color de rosa y cintas de color de cereza. Gitkof estaba de pié junto á ella, con su uniforme nuevecito, con la expresión habitual de una ansiedad ávida y bobalicona, y con una mayor cantidad de sudor en su velludo rostro. Al lado izquierdo del salón estaba sentado el sacerdote, anciano vestido con la larga *riassa* rosada y de color de tabaco. Sus cabellos fuertes y rígidos, sus ojos mustios y tristes, sus grandes manos callosas que dejaba caer inertes sobre las rodillas, las botas agujereadas que se le veían por debajo de la sotana, todo daba en él testimonio de una existencia de fatigas y de miseria: su parroquia era muy pobre. Junto á él estaba el *ispravnik* (jefe de la policía del distrito), un hombrecillo gordo y pálido, breve de brazos y de piernas, con unos bigotitos cortos y erizados, y una constante sonrisa retozona en los ojos y en los labios, aunque de mala expresión. Pasaba por un gran gorrón de alboroques y hasta por un tirano, como entonces decían; y, sin embargo, no sólo los hidalgos sino los mismos pecheros, habían concluido por habituarse á él y casi por amarle. Paseaba con aire truhanesco la mirada de sus ojillos negros en torno suyo; todo aquel ceremonial parecía divertirle. En el fondo, sólo le interesaba la perspectiva de un almuerzo rociado con aguardiente. En cambio, su vecino el procurador, esmirriado personaje de escuálido rostro surcado por unas patillas que iban de la nariz á las orejas, parecía tomar muy por lo serio la ceremonia que se preparaba; no quitaba ojo del dueño de la casa. Junto á él se puso *Recuerdo* y le habló al oído, después de noticiarme que era el primer francmasón de la provincia. Me senté junto á *Recuerdo*, y Lisinski junto á mí. En la cara del atareado polaco leíase el despecho que le causaba este trastorno, esta inútil pérdida de tiempo. Parecía decir: «¡Vaya con los caprichos de los señores rusos! ¡Oh, estos rusos...!»

Cuando todos hubimos ocupado nuestro sitio, Kharlof se irguió con toda su estatura, paseó por la concurrencia una mirada altiva, exhaló un ruidoso suspiro y comenzó de esta manera:

—Señores, he aquí á propósito de

lo que os he invitado... Me voy volviendo viejo, me abruman los achaques, he recibido ya un aviso, y la muerte, como todos lo sabéis, se aproxima á nosotros como un ladrón durante la noche... ¿No es así, padre mío?—añadió, dirigiéndose al clérigo.

—Así es en verdad—respondió éste con voz ronca y moviendo la barba.

—Por consecuencia de lo cual—continuó Kharlof, alzando la voz de pronto—no queriendo que la susodicha muerte me coja desprevenido...

(Y repitió palabra por palabra la frase que la antevíspera había dicho á mi madre.)

—Conforme á esta decisión que he tomado—continuó, elevando aún más la voz y golpeando con la mano los papeles esparcidos encima de la mesa—se ha redactado el presente instrumento público, y se ha requerido á las autoridades competentes, y vais á oir punto por punto todas mis voluntades... He reinado... bastante, como si dijéramos.

Kharlof se caló en las narices las gafas de hierro, y agarrando uno de los pliegos puestos encima de la mesa, dió lectura de él de esta suerte:

«Acta de partición de los bienes pertenecientes al cabo de escuadra retirado é hidalgo de antigua raza Martín Kharlof, redactada por él en la plenitud de sus facultades y de su libre albedrío; donde se determinan con exactitud las partes aferentes á sus dos hijas, Ana y Evlampia...» (¡Saludad!)

Saludaron ellas; ¡y de qué modo!

«Los siervos y demás arrendamientos de ganados se reparten entre las susodichas hijas: *Manu propria*...»

—Es el borrador hecho por él—dijo el *ispravnik* á Lisinski con su eterna sonrisa;—quiere leerlo por la belleza del estilo. En cuanto al acta legal, está redactada con todas las formalidades y sin esas flores retóricas.

Recuerdo iba ya á chunguearse.

—Sí: pero conforme á mis voluntades—exclamó Kharlof, á quien no se le había escapado la observación hecha por el *ispravnik*.

—No cabe duda, conforme de todo punto—replicó este último con un tono á la vez obsequioso é impertinente;—sin embargo, bien sabéis, Martín Petrovitch, que nosotros no podemos evitar las fórmulas, y también hemos escamondado los detalles superfluos, pues el tribunal no puede en manera alguna meterse en esa letanía de vacas pías y de ánades moñudos.

—Acércate—gritó Kharlof á su yerno, que se había deslizado detrás de nosotros y estaba de pié en humilde actitud junto á la puerta.

De un bote se puso al momento cerca de su suegro.

—Toma y lee; eso me fatigaría.

Slotkin cogió el pliego de papel con ambas manos, y se puso á leer el acta con emoción y sensiblería, en voz clara, aunque un tanto temblorosa. Fijábanse allí con la más grande minuciosidad las partijas de las dos hermanas. De vez en cuando, Kharlof interrumpía la lectura.

«Escucha, Ana, esto es para ti en recompensa de tu celo»; ó bien: «Te regalo esto, mi pequeña Evlampia.»

Las dos hermanas saludaban, Ana hasta la cintura y Evlampia inclinando solamente la cabeza, y Kharlof las miraba con impertérrita seriedad. La «residencia señorial» (es decir, la casita nueva) se otorgaba á Evlampia en calidad de hija menor y según la antigua costumbre, La voz del lector entrecortóse al leer estas desagradables palabras. al paso que Gitkof se relamió los labios. Evlampia le miró de reojo. La expresión desdeñosa habitual en Evlampia, como en toda hermosa rusa, había adquirido un matiz más marcado. Kharlof se reservaba el derecho de ocupar las habitaciones de que á la sazón hacía uso, y se asignaba con el nombre de *dotación* «los alimentos ó el gasto completo de todas las provisiones naturales» y diez rublos al mes para vestir y calzar. Después quiso leer por sí mismo la última frase de su redacción personal:

«¡Que esta voluntad paterna se cumpla por mis hijas santa y firmemente como una ley de Dios, porque después de Dios yo soy su padre y su jefe, y no tengo que dar cuentas á nadie, como jamás las he dado! Y si mis hijas ejecutan mi voluntad, mi paternal bendición caerá sobre su cabeza; si no realizan mi voluntad (¡de lo cual nos guarde Dios!), mi maldición les herirá ahora y siempre y por toda la eternidad.»

Kharlof elevó el papel y lo agitó sobre la cabeza. Inmediatamente, Ana se arrojó de rodillas y golpeó la tierra con la frente. Su marido hizo lo mismo junto á ella.

—¿Y tú?—dijo Kharlof á Evlampia.

Esta se ruborizó y se bajó también hasta el suelo. Gitkof se dobló por la cintura, separando los brazos.

—Vamos, levantaos y firmad aquí—dijo Kharlof, señalando con el dedo al pié de la hoja;—aquí: *Agradezco y acepto,* Ana; y aquí: *Agradezco y acepto,* Evlampia.

Las dos jóvenes se levantaron y firmaron, una en pos de otra. Slotkin se levantaba ya é iba á coger también la pluma para firmar; pero Kharlof le rechazó metiéndole el dedo índice por la corbata con tal

fuerza, que al yerno le dió como un hipo. Hubo un minuto de silencio. Kharlof exhaló un sollozo, y poniéndose de costado, dijo con voz sorda:

—Ahora todo es vuestro.

Sus dos hijas y su yerno miráronse unos á otros, y, acercándose, le besaron en el brazo, entre el codo y el hombro.

El *ispravnik* dió lectura en alta voz al instrumento público legal; después, acompañado del procurador, salió á la escalinata y anunció el suceso á los testigos jurados, á los colonos de Kharlof y á las gentes de la servidumbre. Entonces se dió principio á la toma de posesión por las dos nuevas propietarias, que aparecieron también en el rellano de la gradería, y á quienes el *ispravnik* designaba con el dedo cada vez que, frunciendo el entrecejo y dando una expresión amenazadora á su rostro, por lo común indiferente, inculcaba á los labriegos el deber de la obediencia. Y en verdad que pudo haber prescindido de tales recomendaciones, pues no creo que existieran en todo el universo fisonomías más humildes y más hechas á la sumisión que las de los siervos campesinos de Kharlof. Vestidos con caftanes remendados y pellizas hechas girones, pero con los lomos muy ceñidos por el cinturón (según es uso en todo acto solemne), estaban de pié, inmóviles como estatuas de piedra; y cada vez que el *ispravnik* lanzaba una exclamación, como «¿entendéis, diablos? ¿Comprendéis, demonios?», hacían juntos una profunda reverencia. Cada uno de aquellos *diablos* y de aquellos *demonios* sostenía con ambas manos su gorra delante del pecho, y no quitaba ojo de la ventana por donde se entreveía la figura de su amo. Los vecinos, testigos jurados, no sentían menos terror.

—¿Conocéis vosotros—gritaba el *ispravnik*—algún impedimento que se oponga á la toma de posesión por estas dos únicas hijas y herederas de Martín Petrovitch?

Todos los testigos metieron la cabeza entre los hombros.

—¿Conocéis alguno, diablos?—gritó el *ispravnik* otra vez.

—No conocemos ninguno, Vuestro Honor—respondió al fin con audacia un vejete avellanado, con los bigotes y la barba cortados. Era un licenciado del ejército.

—¡Qué intrépido es este Eremeitch!—decían luego los vecinos, de vuelta para sus casas.

A pesar de rogárselo el *ispravnik*, Kharlof rehusó presentarse con sus hijas en la escalinata, diciendo:

—Mis súbditos obedecerán mi voluntad sin mi presencia.

Una nube de tristeza empañaba su frente. Se había puesto pálido; y

aquella tristeza y esta palidez compaginábanse tan mal con sus facciones de gigante, que me pregunté si serían efecto de aquella melancolía de que á veces le daban accesos. También los aldeanos parecían participar de ese sentimiento de sorpresa.

—¡Cómo! Nuestro amo está ahí vivo... ¡y qué amo! Martín Petrovitch... y ya no nos poseerá. ¿Es posible?

Yo no sé si Kharlof se imaginó lo que pasaba por la cabeza de sus siervos, ó si quiso manifestar por última vez su poderío. Abrió de pronto el *vasistas* de la ventana, y pasando por allí su cabezota, gritó con voz estentórea: «¡Obediencia!» y cerró bruscamente la vidriera. No por eso disminuyó el estupor de los rústicos; antes al contrario, parecieron aún más petrificados y hasta cesaron de mirar á la ventana.

En el grupo de la servidumbre se encontraban dos rollizas muchachas, cuyas sayas agujereadas no cubrían sus enormes pantorrillas; y un hombre (con un caftán de sarga, tan antiguo que la vejez lo había cubierto como de escarcha), quien había sido tañedor de trompa en tiempos de Potemkin. En cuanto al cosaquito Maximka, habíase reservado Kharlof su posesión. Ese grupo estaba más animado que el de los labriegos; echaban miradas furtivas á sus actuales señoras. Estas guardaban grave apostura; sobre todo Ana, cuyos labios comprimidos y ojos porfiadamente bajos no prometían nada bueno á sus nuevos súbditos. Evlampia tampoco se movía; sin embargo, una vez se volvió para mirar de arriba á abajo con sorpresa á su futuro esposo, quien creyó que debía presentarse también en la escalinata.

—¿Con qué derecho apareces aquí?—parecían decir sus grandes ojos á lo diosa Juno.—Respecto á Slotkin, éste era quien más había cambiado de actitud. En todos sus movimientos veíase una actividad diligente. Dijérase que experimentaba como un apetito violento. Estiraba los brazos, agitaba febrilmente los hombros; sólo su cabeza permanecía encorvada.

Habiéndose concluido la ceremonia de la toma de posesión, el *ispravnik* frotábase ya las manos de gusto pensando en el almuerzo, ademán usual en él ante la primera copa de aguardiente. Pero Kharlof declaró que antes quería oir las preces, con aspersión de agua bendita. Así, pues, el sacerdote se revistió con una sobrepelliz que se caía á pedazos; y un diácono no menos decrépito salió de la cocina soplando con fuerza las brasas de un vetusto incensario de cobre. Re-

citáronse las preces de ritual. Kharlof no cesaba de prorrumpir en suspiros; como su obesidad le impedía doblarse hasta el suelo, mientras se santiguaba con la mano derecha, designaba con la izquierda el sitio hasta donde hubiera prosternado su frente. Slotkin estaba á la vez radiante y lacrimoso. Gitkof se limitaba á mover los dedos entre los botones de su uniforme, como lo hacen esos señores de la Guardia Imperial. Lisinski, en su calidad de católico, había abandonado la estancia. En cuanto al procurador, oraba con tal fervor, suspiraba con tanta compunción alzando sus ojos al cielo y moviendo los labios, que también á mí me dió un acceso de devoción y me puse á rezar con frenesí. Después de dichas las oraciones y de distribuirse el agua bendita en aspersión (adviértase que el católico Lisinski entró á mojarse los ojos, lo mismo que el tañedor de trompa de mano), Ana y Evlampia dieron gracias á su padre por última vez, y por fin llegó el momento de ir á almorzar. Hubo muchos platos, todos exquisitos, y les hicimos bien los honores. Cuando apareció la imprescindible botella de champagne fabricado á orillas del Don, el *ispravnik,* en concepto de representante de la autoridad y de iniciado en las costumbres de la sociedad distinguida, levantó su copa y propuso un brindis en honor de las bellas propietarias, así como en el del muy respetable y muy magnánimo Martín Petrovitch Kharlof. Al oir Slotkin este calificativo de magnánimo dió un grito de entusiasmo y se precipitó sobre su bienhechor para abrazarle.

—Está bien, está bien—dijo Kharlof rechazándole con el codo.

Entonces ocurrió una de esas cosas que solemos llamar un desagradable incidente. Desde el principio del almuerzo, *Recuerdo* no había cesado de beber. De repente se levantó de la silla, más encendido que una remolacha y apuntando á Kharlof con el dedo, lanzó una de sus ofensivas carcajadas, y exclamó:

—¡Magnánimo, magnánimo! Ya veremos cómo le sabe su magnanimidad cuando á él, siervo de Dios, le arrojen desnudo al medio de la nieve.

—¿Qué disparatas ahí, imbécil?—dijo Kharlof con desprecio.

—Imbécil, imbécil—repitió *Recuerdo*—sólo Dios, que todo lo sabe, es quién puede saber cuál de nosotros dos es el verdadero imbécil. En cuanto á ti, hermanito, has comenzado por hacer morir á mi hermana, á tu esposa; ahora te has destruido á ti mismo como una cifra tachada... ¡Ja, ja, ja!

—¡Cómo os atrevéis á insultar á

nuestro venerable bienhechor!—exclamó Slotkin; y soltando el brazo de Kharlof precipitóse sobre *Recuerdo*.—¿No sabéis que, si nuestro bienhechor manifestase el menor deseo de ello, no vacilaríamos en romper el contrato de donación que nos ha otorgado su munificencia?

—Eso no os impedirá que le pongáis de patitas en la nieve—dijo *Recuerdo*, escondiéndose detrás de Lisinski.

—¡Silencio!—gritó Kharlof con voz tonante.—Si te doy un golpe, no va á quedar más que un poco de cieno en el sitio que ocupas. Y tú también—dijo á Slotkin—no metas el morro donde nadie te llama. Si yo, Martín Petrovitch, he decidido que se haga esta escritura de donación, ¿quién puede romperla? ¿Quién puede oponerse á mi voluntad en el mundo entero?

—Martín Petrovich—comenzó á decir con lengua estropajosa el procurador (también había empinado el codo de lo lindo, sin que esto sirviese más que para aumentar su gravedad).—¿Y, si á pesar de todo, hubiese dicho este caballero una gran verdad...? Acaba de V. realizar una grande acción... Sin embargo, si (lo que Dios no quiera), en vez de la gratitud que se le debe, recibiera V. no sé qué afrenta...

Miré á hurtadillas á las dos hermanas. Ana parecía tragarse con los ojos al leguleyo que acababa de hablar; y por cierto que en mi vida he visto más malvado rostro de mujer, más venenoso y más extrañamente bello. Evlampia se había vuelto, cruzando los brazos sobre el pecho; pero una sonrisa más despreciativa que nunca, torcía sus sonrosados labios. Kharlof se levantó del asiento y abrió la boca, pero faltóle la voz; pegó en la mesa un puñetazo tan fuerte que todo saltó y resonó dentro del comedor.

—Padre—apresuróse á decir Ana—el señor no nos conoce, y por eso habla así. Tened á bien no tomarlo á mal; no debéis dignaros sentir enojo. Parece que vuestra cara se tuerce.

Kharlof miraba á Evlampia. Esta no abrió el pico, aun cuando su vecino de mesa, Gitkof, la impulsaba con el codo á que lo hiciese.

—Te doy las gracias, hija mía Ana—dijo al cabo Kharlof con voz sorda—eres una muchacha de entendimiento. Confío en ti y en tu marido.

Slotkin dió de nuevo un grito de entusiasmo. Gitkof sacó el pecho y dió unos cuantos taconazos en el suelo. Kharlof no parecía prestar la más mínima atención á sus arrumacos.

—Ese haragán—continuó seña-

lando con la barba á *Recuerdo* —se goza en hacerme rabiar. En cuanto á V., señor procurador, le diré que no es apto para juzgar á Martín Kharlof. La inteligencia de V. no se eleva tan arriba. Es V. una persona de título académico, pero sus palabras son frívolas. La cosa ya está hecha; mi decisión no cambiará. Fuisteis bien venidos; sois bien dejados. Me voy. Ya he cesado de ser aquí el amo; soy una visita y hago uso de mi libertad... Ana, haz compañía á estos dos señores; yo me marcho. Ya basta.

Nos volvió la espalda, y sin añadir una sola palabra, salió lentamente de la estancia.

La partida del dueño de la casa, por fuerza tenía que desbaratar la reunión, con tanto mayor motivo cuanto que á su vez desaparecieron bien pronto nuestras dos damas. En vano fué que Slotkin tratase de retenernos. El *ispravnik* no pudo contenerse de reprender al procurador por su franqueza inoportuna.

—No he podido obrar de otro modo—respondió éste—ha hablado mi conciencia.

—¡Cuando yo os decía que es un francmasón—murmuró *Recuerdo* á mi oido.

—¡Vuestra conciencia—replicó el *ispravnik*—ya sabemos lo que es vuestra conciencia! Habita en vuestro bolsillo, como en todos nosotros pecadores.

Durante esta conversación, el clérigo, que estaba ya de pié y presentía el fin del banquete, no hacía más que engullir bocado tras bocado.

—Veo que tenéis buen apetito—dijo Slotkin con acritud.

—Es en previsión... ó como provisión—contestó el sacerdote con humildad.

Presentíase en aquella respuesta un hábito inveterado de hambre.

Ante la escalinata oyóse ruido de carruajes, y nos separamos.

Al regreso no hubo nadie que pudiera impedir á *Recuerdo* que charlase; porque habiendo declarado Lisinski que estaba harto de esas monerías «inútiles», se había ido á pié, y Gitkof ocupó su puesto en el carruaje. El comandante retirado estaba corrido de vergüenza y no hacía más que agitar al aire sus bigotes.

—¡Eh, eh, Vuestro Honor—gritaba *Recuerdo*—parece que á la subordinación se la ha llevado el demonio! Esperad, mísero novio... van á echaros pimienta... ¡jem! para haceros saltar.

Recuerdo se desternillaba de risa, y el pobre Gitkof no hacía más que retorcerse los bigotes.

Cuando estuve de vuelta en casa, referí á mi madre todo cuanto había sucedido. Me escuchó de cabo á

rabo, y meneó con frecuencia la cabeza, diciendo:

—Nada bueno auguro de eso; no me gustan todas esas innovaciones.

El siguiente día vino Kharlof á comer con nosotros. Mi madre le felicitó por el feliz término del asunto en que se había ocupado.

—Ahora eres un hombre libre y debes de sentirte más aliviado.

—Y así es, me siento con menos peso encima—respondió Kharlof, con un aspecto que revelaba todo lo contrario.—Nada me impide ahora pensar en mi alma y prepararme para la hora de la muerte.

—¿Y qué, te corren aún hormigas por dentro de la mano?—le preguntó mi madre.

Kharlof abrió y cerró el puño.

—Corren, señora. Y otra cosa más diré á V.; cuando empiezo á quedarme dormido, oigo que alguien me grita allá dentro de la cabeza: «¡Ten cuidado, ten cuidado!»

—Eso son los nervios—dijo mi madre; y luego se puso á hablarle acerca de los incidentes de la víspera.

—Sí, sí—dijo Kharlof, interrumpiéndola—ha ocurrido alguna cosa... poco grave. Sólo que... he aquí lo que además tengo que deciros...—añadió, después de haber vacilado un poco.—Las necias palabras de *Recuerdo*, ni las vanas del señor procurador, no me turbaron ayer... La que me trastornó fué...

Al llegar aquí, callóse Kharlof.

—¿Pues quién?—preguntó mi madre.

Kharlof se la quedó mirando fijo:

—¡Evlampia!

—¿Evlampia? ¡Tu hija! ¿Y cómo es eso?

—Señora, parecía de piedra: ¡una verdadera estatua! ¿Pero no siente nada? ¡Pase su hermana Ana! Esta hizo todo lo debido; es muy ladina... ¡Pero Evlampia!... Siempre ha sido... (¿para qué serviría ocultar mi falta ahora?) mi predilecta. ¿Cómo no ha tenido piedad de mí? ¿Cómo no ha dicho para sus adentros: Preciso es que esté muy malo, que ya no se tenga por de este mundo, para darnos así todo cuanto posee? ¡Es de piedra! Ni una palabra, ni una mirada: reverencias hasta el suelo, pero sin pizca de gratitud.

—Espera un poco—replicó mi madre—la haremos casarse con Gavrilo Fedulitch; esto la pondrá blanda.

Kharlof alzó la vista.

—Pero, señora, ¿de verdad confía V. en él hasta ese punto?

—No cabe duda.

—Vamos, entonces cazáis más largo en eso que yo. Sólo que no olvidéis esto: Evlampia y yo somos

de un mismo carácter; cosaca la sangre, y el corazón como una brasa.

—¿Tienes un corazón de esa especie, padrecito?

Kharlof no dijo nada; hubo un breve silencio.

—Bueno, Martín Petrovitch—continuó mi madre.—¿Cómo piensas salvar tu alma? ¿Irás en peregrinación á San Mitrofanes (1) ó á Kief, ó bien aquí cerca, al convento de Optino? Dícese que en él se ha revelado un monje de gran santidad... Se llama Macario... Nunca se ha visto un santo como él; no tiene más que miraros y ve todos vuestros pecados á través de vuestro cuerpo.

—Si, en efecto, demuestra ser una hija ingrata—continuó Kharlof con voz ronca—me parece que me sería más fácil matarla con mis propias manos.

—¡Qué estás diciendo, señor Dios mío!—exclamó mi madre.—Vuelve en ti. Ahí tienes lo que es no haberme hecho caso el otro día, cuando viniste á pedirme consejo. Ahora vas á atormentarte, en vez de pensar en tu salvación; y será bien inútilmente, tanto como si quisieras morderte el codo. Te quejas, tienes miedo.

(1) Las reliquias del cual están en el convento de Voronej.

—Señora Natalia Nicolavna—dijo con aspecto feroz—yo no soy de esos que se quejan, que tienen miedo... No he querido más que expresar á V. mis sentimientos como á una bienhechora, á una persona á quien se respeta hasta lo infinito. Pero Dios Todopoderoso (levantó la mano sobre la cabeza) sabe que el globo terráqueo se hará trizas antes de que yo falte á mi palabra, ó de que tenga miedo, ó de que me pese lo que haya hecho. Y en cuanto á mis hijas, no saldrán de mi obediencia en los siglos de los siglos.

Mi madre se tapó los oídos.

—¡Oh! padrecito, suenas como una trompeta. Si tan seguro estás de tu descendencia, buen provecho les haga y á ti también. Pero me estás rompiendo la cabeza.

Kharlof se excusó, suspiró dos ó tres veces y se calló. Ya no se animó hasta el momento de marcharse. Afirmaba que sentiría más que nada morir repentinamente, sin arrepentirse; que deseaba ponerse por norma el no tener más incomodidades, porque la cólera pudre la sangre y la hace subir á la cabeza. Puesto que había renunciado, ¿á qué fin encolerizarse? ¡Que trabajen otros á su vez! ¡Qué otros se enciendan la sangre!

En el momento de despedirse de mi madre, lanzó una mirada extra-

ña, pensativa é interrogante á la vez. Luego, sacando bruscamente del bolsillo el tomo de *El Trabajador descansando*, lo puso en manos de mi madre.

—¿Qué es? — preguntó ésta.

— Leedlo — contestó él con voz breve — por donde está señalado. Ahí se habla de la muerte. Presiento que está muy bien dicho, pero no comprendo nada de eso. Volveré, y ya me explicará V. lo que dice.

Y Kharlof desapareció detrás de la puerta.

—Esto va malo, esto va malo— dijo mi madre.

Y cogiendo el tomo, leyó en el sitio marcado lo que sigue:

«La muerte es un grande é importante trabajo de la naturaleza. Consiste en esto: que siendo el espíritu mucho más ligero, más sutil y más penetrante, no sólo que los elementos materiales á que se ve sometido, sino hasta que la misma fuerza eléctrica, se limpia, se purifica de una manera química y no cesa de tender hacia adelante hasta que encuentra un lugar igualmente inmaterial...»

Mi madre leyó este trozo dos ó tres veces y tiró el libro.

Algunos días después, recibimos la noticia de que había muerto el marido de su hermana. Partió al instante, llevándome consigo. Aunque mi madre se proponía estar en casa de su hermana á lo sumo una semana, hasta el fin de Setiembre no pudimos estar de regreso en nuestra casa.

III

Lo primero que me dijo mi ayuda de cámara Procopio, quien era también mi cazador, fué que habían llegado á montones las becadas, abundando, sobre todo, en el bosquecillo de álamos blancos, inmediato á Ieskovo, en los dominios de Kharlof. Aún nos faltaban tres horas para comer. Cogí mi escopeta y mi morral, y haciendo que me acompañasen Procopio y mi perra de caza, salí corriendo para Ieskovo.

En efecto, encontramos allí muchas becadas, y de una treintena de tiros matamos cinco ó seis de ellas. Presuroso por volverme con mi botín, encontré junto al camino á un aldeano que estaba en la labranza. Su caballo se había detenido, y él, entre una sarta de interjecciones y casi con lágrimas de ira, tiraba violentamente de la cuerda que hacía de ramal de su caballo, al cual había casi retorcido el pescuezo. Miré al desdichado rocín cuyas cos-

tillas parecían atravesar la piel, al paso que sus ijares, inundados de sudor, levantábanse y caían con sacudimientos irregulares, como un viejo fuelle de fragua. Por la cicatriz del brazuelo conocí al punto la veterana yegua que durante tantos años había tirado del cochecillo de Kharlof.

— Pero, ¿es que ha muerto Martín Petrovitch?—pregunté á Procopio.—De tal manera nos había absorbido por completo á ambos la caza, que hasta ese instante no habíamos hablado de otra cosa.

—No, señor; está vivo—respondió Procopio.—¿Por qué lo pregunta usted?

—Esa es su caballería—repliqué.—¿La habrá vendido?

—En efecto, esa bestia era suya, pero no la ha vendido: se la han quitado, para entregársela á ese labriego. En ausencia de V. han pasado muchas cosas—añadió con una ligera sonrisa, y como para contestar á mis miradas de asombro.—¡Y qué cosas, gran Dios! Ahora el Sr. Slotkin es el amo.

—¿Y Martín Petrovitch?

—¡Oh! Martín Petrovitch se ha convertido, como quien dice, en el último de los hombres. Sólo come pan á secas y duro, ¿quiere V. más? Ya no toca ni pito ni flauta; el mejor día lo echan á patadas de la casa.

La idea de que pudiesen expulsar á un gigante así, no me podía caber en la cabeza.

—Pero Gitkof, ¿qué dice de todo eso? Supongo que se habrá casado con la hija menor.

—¡Casado!—exclamó Procopio, riéndose á más y mejor.—Ni siquiera le permiten traspasar los umbrales de la puerta. «Vete con la música á otra parte; no tenemos nada que ver contigo.» Como se lo he dicho á V.: Slotkin es quien manda.

—¿Y la novia?

—¡Evlampia Martinovna! ¡Jesús!... mi amo, mucho podría contarle acerca de ella, pero es V. demasiado joven... Mire V... ¡Oh! ¡Oh! Dijérase que Diana se plantó de muestra.

En efecto, mi perra estaba inmóvil ante un espeso matorral de carrascas donde terminaba una hondonada con montanera que salía al camino. Corrimos Procopio y yo allá. De las malezas salió volando una becada; la hicimos dos disparos, sin herirla, y marchamos en su busca por los jarales del sotillo.

Cuando regresé á casa, ya estaba la sopa en la mesa. Mi madre me riñó por haberla hecho esperar. La ofrecí las becadas que traía conmigo, pero ni siquiera las miró: tenía aspecto disgustado. *Recuerdo*, Lisinski y Gitkof estaban de pié en el

comedor; el comandante retirado se había metido en un rincón, como un colegial castigado. Su rostro expresaba confusión y despecho, sus ojos estaban enrojecidos, cual si acabase de llorar. No me costó gran trabajo adivinar que si mi madre estaba de mal temple, nada tenía que ver con eso mi tardanza. No dijo una palabra durante la comida. El comandante la miraba con ojos lastimeros, lo que sin embargo no le impedía engullir á dos carrillos; *Recuerdo* temblaba como si tuviese fiebre; Lisinski era el único que conservaba una actitud tranquila.

—Vikenti Ossipitch—le dijo de pronto mi madre—os ruego que mañana temprano enviéis un coche al Sr. Kharlof para traerle aquí, pues acaban de advertirme que ya no dispone del suyo; y hacedle saber que necesito imprescindiblemente que venga. Deseo verle.

Lisinski se disponía á contestar, pero se contuvo.

—Haced saber también á Slotkin que le mando comparecer ante mí... ¿Entiende V.?... Que yo lo mando.

—Ved un pillo á quien sería necesario...—murmuró Gitkof para su plato.

Mi madre le lanzó una mirada tan despreciativa, que al punto callóse y volvió la cabeza á otro lado.

—Martín Petrovich no vendrá—me dijo quedo al oído *Recuerdo* en el instante de abandonar el comedor.—No podéis imaginaros cómo ha cambiado; el espíritu humano se niega á comprenderlo. No entiende nada de lo que se le dice; palabra de honor. Esto recuerda el proverbio: «La horca ha cogido á la culebra.»

Y *Recuerdo* lanzó su repulsiva carcajada.

Salió cierta la predicción de *Recuerdo*. Kharlof no quiso ir á ver á mi madre. Esta no se dió por vencida, é hizo que le entregasen una carta escrita de su propio puño y letra. Kharlof la contestó en un pedazo de papel de envolver azúcar, en el cual había las siguientes palabras, escritas con letra grande:

«Delante de Dios; no puedo, me mataría la vergüenza. Dejadme desaparecer. Gracias... no me atormentéis.—*Kharlof Martinko* (1).»

Vino Slotkin, pero un día justo y cabal después del que mi madre le había *mandado* que se presentase. Hizo que lo pasaran á su gabinete. La conversación no duró más de un cuarto de hora. Slotkin salió de la entrevista con mi madre con el rostro encendido y una expresión tan insolentemente perversa, que

(1) Diminutivo despreciativo del nombre propio Martín.

habiéndole yo encontrado en el salón me quedé estupefacto, y *Recuerdo,* que se había escurrido tras de mí, no pudo acabar su habitual carcajada. Cuando mi madre salió del gabinete estaba su rostro no menos enrojecido, y declaró en voz alta delante de toda la servidumbre que en lo sucesivo no consentiría que Slotkin fuese admitido á su presencia.

—Y si las hijas de Martín Petrovitch se atreviesen á presentarse—añadió—porque son lo bastante impúdicas para hacerlo así, también se les dará con la puerta en las narices.

Cuando estábamos comiendo, exclamó de pronto:

—¡Vaya, con ese miserable judiejo! Yo soy quien le ha sacado del cieno por las orejas, como á una liebre empantanada; yo le he hecho hombre, me lo debe todo... ¡y tiene la audacia de decirme que no debo meterme en lo que no me importa, que Martín Petrovitch se ha vuelto un caprichoso, que sería perjudicial tratarle con excesiva indulgencia...! ¡Excesiva indulgencia! ¿Comprendéis esto? ¡Oh qué ingrata sabandija!

El comandante Gitkof creyó sin duda que Dios mismo le deparaba una ocasión para meter baza; pero, en cuanto abrió la boca para hablar, se la tapó exclamando:

—¡Bueno eres tú también; no has podido triunfar de una moza! ¡Y esto se llama un oficial! Supongo cómo te obedecería tu batallón. ¡Y aún tenía pretensiones de llegar á ser mi administrador general! ¡Valiente administrador hubiera tenido yo con él!

Lisinski, que estaba sentado en un extremo de la mesa, sonrióse con satisfacción; y el infortunado comandante agitó los bigotes y escondió su larga cara entre los pliegues de la servilleta.

Después de comer salió á la escalinata para fumar allí una pipa, según su costumbre; me pareció tan desamparado que, á pesar de mi poca simpatía, me acerqué á él y le dije:

—Gavrilo Fedulitch, ¿cómo es que vuestro desposorio con Evlampia se lo ha llevado el diablo? Creí que estabais casados de mucho tiempo acá.

El ex-comandante me echó una mirada llena de melancolía.

—Una sierpe venenosa—respondió, acentuando con amargura cada sílaba—una serpiente, que salió arrastrándose de debajo de unas raíces podridas, me atravesó con su dardo é hizo polvo todas mis esperanzas en esta vida. Y os hubiera referido todas mis desventuras, Dmitri Semenitch, si no temiese incurrir en el enojo de vuestra señora madre.

Al punto me vino á la memoria la frase de Procopio:

—Es V. demasiado joven.

Gitkof exhaló un gemido y se golpeó el pecho con su puño cerrado.

—¡Paciencia, paciencia! He aquí todo lo que me queda... ¡Sufre, veterano, sufre, viejo soldado! Serviste á tu czar sin miedo y sin tacha; no economizaste tu sudor, ni tu sangre... ¡Mira en qué artesa has venido á caer!... Si esto hubiera pasado en mi regimiento y hubiese tenido yo poder para ello—continuó, aspirando con violencia el humo de su largo tubo—le hubiera... le hubiera tratado á sablázos de plano...

Gitkof retiró la pipa y miró hacia delante, como si hubiese visto el cuadro que su imaginación le pintaba en aquel momento. *Recuerdo* se acercó brincando. Los dejé juntos y me propuse ver á Kharlof, costara lo que costase: tan excitada estaba mi pueril curiosidad con todos aquellos dichos.

Al siguiente día partí de nuevo con mi perra y mi escopeta, pero sin que me acompañase Procopio esta vez, hacia el bosque de Ieskovo. Hacía un tiempo magnífico. Creo que en ninguna parte, fuera de Rusia, hace un tiempo semejante en el mes de Setiembre. Era tan grande el sosiego, que á más de cien pasos podía oirse saltar una ardilla sobre las hojas secas que alfombraban ya el suelo; ó bien una rama muerta que, desprendiéndose de la copa de un árbol, chocase débilmente con otras ramas en su caída, y cayese... cayese, para no menearse más... entre la fina hierba. El aire, ni cálido ni frío, lleno de aromas y como ligeramente acidulado, acariciaba las mejillas y los ojos. Un «hilo de la Virgen», ligero como la seda, iba flotando por el aire, se agarraba á los cañones de la escopeta y se extendía con toda su longitud, signo seguro de buen tiempo sostenido. Difundía el sol una luz pálida y dulce: parecía una claridad de luna. Encontré becadas, pero entonces no las concedí gran atención. Sabía que el bosque de Ieskovo llegaba casi hasta la habitación de Kharlof, hasta los bardales de su huerto, y me dirigí por ese lado sin saber con seguridad cómo podría penetrar allí, ni aun siquiera si haría bien en intentarlo, puesto que mi madre estaba en malas relaciones con los nuevos dueños de la posesión.

De pronto oí pasos á poca distancia de mí. Escuché: alguien se dirigía hacia mi lado.

—Hubieras debido precaver...—dijo una voz femenina.

—¡Quita allá!—respondió una voz de hombre.—¿Puede hacerse todo á la vez?

Esas voces las conocía yo. A través de los avellanos, faltos ya de sus hojas, apareció una falda azul y junto á ella un caftán de color oscuro; luego salieron Evlampia y Slotkin á cinco pasos de mí, al claro donde yo estaba. Al verme, turbáronse ambos. Evlampia dió media vuelta en seguida, y desapareció entre las malezas. En cuanto á Slotkin, vaciló un momento, y al fin se me acercó. Su rostro no presentaba el más mínimo vestigio de aquella humildad obsequiosa con que cuatro meses antes frotaba con sus manos la barbada del freno de mi caballo al pasear á éste por el patio de su suegro; sin embargo, tampoco advertí en él aquel insolente ademán de reto, que tanto me había chocado la víspera.

—¿Habéis muerto muchas becadas?—me preguntó, quitándose un poco el gorro y pasándose la mano por entre los rizos de sus negros cabellos.—Estáis cazando en mi bosque, pero sed bien venido; no nos oponemos á ello, antes al contrario.

Slotkin se apresuró á encasquetarse el gorro.

—Hoy no he muerto nada, y voy á abandonar vuestro cazadero ahora mismo.

—¿Qué decís?—exclamó, tendiendo ambas manos.—No os echamos. Hasta nos halaga... Evlampia Martinovna os dirá lo mismo... ¡Evlampia! ¡Venid...! ¿Dónde estará?

Evlampia asomó la cabeza por encima de los matorrales; pero no vino junto á nosotros.

—Hasta debo deciros—continuó Slotkin—que me ha sido muy grato el encontraros. Vuestra señora madre ha tenido á bien enfadarse ayer contra mí, sin querer escuchar ninguna explicación. Y yo (os lo digo como lo diría en presencia de Dios) no me acuso de ninguna falta. Es imposible conducirse de otro modo con Martín Petrovitch; se ha vuelto enteramente una criatura. Sin embargo, no podemos satisfacer todos sus caprichos; y en cuanto á atenciones respetuosas, tiene cuantas pueda apetecer. Preguntad más bien á Evlampia Martinovna.

Evlampia no se movió de su sitio. La despreciativa sonrisa, familiar en ella, vagaba por sus labios y subía hasta sus ojos.

—Pero, Vladimiro Vassilitch—le dije—¿por qué habéis vendido el caballo del Sr. Kharlof?

Yo no podía digerir el que aquella pobre bestia hubiese ido á caer en manos de un patán.

—¿Por qué lo hemos vendido? ¡Vaya una pregunta! ¿Para qué servía? Para comer heno sin provecho. Un aldeano sabrá hacer que

labre. En cuanto á Martín Petrovitch, si le da la gana de salir, no tiene más que pedírnoslo. No le negaremos un carruaje... excepto en día de labor.

—¡Vladimiro Vassilitch!—dijo Evlampia con voz sorda, como para llamarle, y sin dejar su puesto. Estaba arrollando en torno de sus dedos tallos de llantén, y hacía saltar las cabezuelas golpeándolas una contra otra.

—Lo mismo que el cosaquito Maximka—continuó Slotkin—Martín Petrovitch se queja de que se le haya quitado para ponerlo de aprendiz. Dígnese V. pensar en ello. ¿Qué hubiera sido en poder de Martín Petrovitch? Un vago y nada más. Ni siquiera vale para servir bien, porque es demasiado bruto y en extremo joven. Ahora está de aprendiz en un taller de talabartero. ¡Pues bien! Que llegue á ser un buen operario, será útil á sí mismo y nos pagará un buen *obrok* (1). En nuestra casita, algo es algo; nada es de despreciar en una casita pobre como la nuestra.

—¡Este es el hombre á quien Kharlof trataba de vil gusano!—dije para mis adentros, y pregunté:

—¿Pues quién sirve de lector á Martín Petrovitch?

—¿Qué es eso de leer? Tenía un libro, que ha desaparecido, gracias á Dios. ¡Vaya una idea la de leer á sus años!

—¿Y quién le afeita la barba?

Slotkin se echó á reir con aire afable, como para celebrar alguna gracia que hubiese yo dicho.

—Nadie... En los primeros tiempos se chamuscaba la barba con una vela de sebo; ahora se la deja crecer... y está mejor así.

—¡Vladimiro Vassilitch—repitió Evlampia con insistencia—venid acá!

Slotkin hizo una leve seña con la mano, y continuó:

—Martín Petrovitch está calzado, está vestido, come lo que nosotros comemos. ¿Qué más necesita? ¿No ha declarado él mismo que ya no quería otra cosa en el mundo sino pensar en la salvación de su alma? ¡Pues bien: que piense en ella! Debía acordarse de que ahora..., tome V. la cosa como le parezca... todo es nuestro. También se queja de que no le pagamos su pensión... ¿Tenemos nosotros dinero acaso siempre? ¿Y para qué necesita ese dinero, puesto que nada le falta? Os aseguro que le tratamos lo mismo que unos buenos parientes... Sin más, vea V. las habitaciones que ocupa. Tenemos la mayor necesidad de ellas. Sin esas habitaciones no podemos revolvernos, verdaderamente. Y, sin embargo,

(1) Canon anual del siervo que no sirve en el terruño.

aguantamos que continúe ocupándolas. Hasta pensamos en proporcionarle medios de divertirse. Por ejemplo: para el día de San Pedro le compré en la ciudad unos excelentes anzuelos, carísimos, verdaderos anzuelos ingleses. Tenemos tencas en el lago; no tenía más que sentarse en la orilla y pescar con caña... Una ó dos horas pronto se pasan... y se saca para la fritura. ¿Qué mejor ocupación para un viejo?

—¡Vladimiro Vassilitch!—exclamó por tercera vez Evlampia, con acento imperioso.

Y arrojó lejos de sí los tallos que retorcía entre sus dedos.

—Me marcho.

Sus ojos se encontraron con los míos.

—No me quedo aquí más.

Y bien pronto desapareció dentro del bosque.

—¡Ya van, ya van!—dijo Slotkin.—Lo mismo Martín Petrovitch aprueba nuestra conducta—continuó, dirigiéndose á mí.—Al principio se encontraba ofendido; y aún murmuraba, hasta que se hizo cargo de las cosas. Ya recordaréis que era un hombre violento, acalorado, muy acalorado. Ahora se ha vuelto enteramente tranquilo. ¡Conque vuestra señora madre está incomodada conmigo! ¿Qué queréis? Es una gran señora; se preocupa de conservar su poderío, ni más ni menos que Martín Petrovitch en sus buenos tiempos. Venga V. mismo, véalo, y llegado el caso pronuncie V. alguna palabra en favor nuestro. No me olvido de los beneficios de Natalia Nicolavna; pero, después de todo, también necesitamos vivir.

—¿Y Gitkof?—pregunté.—¿Cómo ha sido rechazado?

Slotkin se encogió de hombros.

—¿Fedulitch? ¿Ese cabeza de caballo? Hágame V. el favor de decirme, ¿para qué podía servir? Ha sido soldado toda la vida, y cátate que de pronto se le antoja ocuparse de cosas caseras. Dice: «Yo sé conducir á los aldeanos, porque sé dar cachetes.» Eso no importa nada; lo que importa es saber dar bofetones con oportunidad. La misma Evlampia Martinovna es quien le ha dado calabazas. ¿Supone algo útil en el mundo un soldado? Toda nuestra casa se la hubiera llevado el demonio.

—¡Ah...; uh!—gritó Evlampia con voz sonora.

—¡Ya voy, ya voy!—respondió Slotkin, tendiéndome la mano, y confieso con rubor que le di la mía.

—Tengo el honor de saludaros, Dmitri Semenitch—dijo, enseñando su blanca dentadura.—Tirad contra las becadas todo lo que gustéis; es un ave de paso, que á nadie perte-

nece. Pero si cruza una liebre vuestro camino, no disparéis contra ella; es nuestra caza. Una cosa se me olvidaba... ¿No tenéis ningún cachorro de vuestra perra?

—¡Ah... uh?—gritó otra vez Evlampia.

—¡Ah... uh!... ¡Ah... uh!—respondió Slotkine.

Y se alejó corriendo.

Me acuerdo de que, al quedarme sólo, pensé: «¿Cómo no ha exterminado Kkarlof á Slotkin hasta no dejar más que un poco de cieno en su lugar, como le había amenazado con hacerlo (1)? ¿Y cómo no temía éste semejante suerte? Preciso es que Kharlof se haya vuelto muy tranquilo.» Acrecentóse mi deseo de penetrar en Ieskovo y ver, aunque sólo fuese con el rabillo del ojo, á ese hombre colosal que no podía imaginarme vuelto humilde y domado.

Estaba ya en los linderos del bosque, cuando de repente salió de entre mis piés una becada, que alzó el vuelo hacia la montanera. Apunté, y falló el tiró de mi escopeta; no queriendo perder tan buena pieza, me lancé en persecución suya. Apenas había andado un centenar de pasos, cuando vi en un claro, bajo un álamo frondoso, no la becada, sino al mismo Slotkin. Tumbado de espaldas, con ambos brazos doblados debajo de la cabeza y mirando al cielo con aire satisfecho, balanceaba indolentemente la pierna izquierda cruzada sobre la rodilla derecha. No se había percatado de mi llegada. A pocos pasos de él paseábase Evlampia, despacito y con la vista baja; parecía buscar entre la hierba alguna cosa, tal como setas ó flores; á veces se inclinaba, tendía la mano y gorjeaba el estribillo de una canción. En él reconocí los siguientes versos de una antigua leyenda rusa:

«Sal, asciende, al cielo sube,
Nublado de tormenta;
Mata, mátale á mi suegro;
Parta un rayo á mi suegra;
Porque á mi mujer yo mismo
Sabré dejarla muerta.»

Evlampia cantaba con una voz cada vez más clara y fuerte; recalcó los dos últimos versos. Slotkin continuó sonriéndose con aire beatífico, mientras ella parecía, al andar, que estaba trazando círculos en derredor de él.

—¡Bueno es eso! ¿Qué cosas no se les ponen en la cabeza á todas estas mujeres?—dijo á la postre.

—¿Pues qué?

Slotkin levantó la cabeza.

—¿Cómo *pues qué?* ¿Y esas palabras que estás ahí cantando?

(1) Dmitri Semenitch está trascordado ahora. Turgueneff dijo más atrás que á quien dirigió Martín Petrovitch esta amenaza fué á *Recuerdo*.—(N. DEL T.)

—Ya sabes, Valodia (1), que no está permitido quitar ni una palabra de una canción...

Evlampia me vió; ambos dimos un grito, y cada cual tiramos por nuestro lado. Un instante más tarde volví á la linde del bosque, y después de atravesar una praderita, me encontré delante del jardín de Kharlof.

No tuve tiempo ni humor de reflexionar en lo que acababa de oir; sólo sé que se me vino á las mientes la palabra *filtro,* cuyo sentido habíame extrañado días atrás. Anduve á lo largo del seto, y bien pronto, á través de los plateados sauces, entreví el patio y las dos casitas de Kharlof. Toda la residencia me pareció más limpia y mejor cuidada; por todas partes se veían huellas de una vigilancia activa y constante. Ana Martinovna apareció en lo alto de la escalinata, y guiñando al sol sus ojos de un tono azul pálido, miró largo tiempo hacía la parte del bosque.

—¿Has visto al señor?—preguntó á un labriego que atravesaba por el patio.

—¿A Vladimiro Vassilitch?—respondió éste, quitándose la gorra.—Creo que ha ido al bosque.

—Ya sé que ha ido allí. ¿No le has visto volver?

—No, señora; no le he visto.

El campesino continuaba inmóvil y descubierto.

—Vete... Pero no... ¿Sabes dónde está Martín Petrovitch?

—Martín Petrovitch—contestó el aldeano con voz lánguida y levantando ora el brazo derecho, ora el izquierdo, como si quisiera señalar alguna cosa—está allá abajo, á orillas del lago, sentado, con una caña de pescar. Está metido entre los juncales, y tiene la caña en la mano. ¿Pero querrá coger pescado en este tiempo? ¡Dios sabe!

—Está bien... Vete—repitió Ana —y levanta primero aquella rueda que está tirada por el suelo.

Apresuróse á obedecer el colono. Mientras tanto ella, de pié en el rellano de la gradería, continuaba mirando sin cesar hacia la parte del bosque; luego hizo lentamente un ademán amenazador, y volvió á meterse en la casa.

—¡Axutka—gritó con su imperiosa voz.

Habíame llamado la atención su aire iracundo y la manera cómo apretaba los labios, de por sí tan delgados. Estaba vestida de trapillo, y una trenza suelta de sus cabellos caía sobre uno de sus hombros. A pesar del desaliño de su tocado y á pesar de su mal talante, siempre me parecía atractiva; y de buena gana hubiese besado aquella estrecha y

(1) Diminutivo cariñoso de Vladimiro.

rabiosa mano, con la cual dos veces había echado atrás la indócil trenza.

¿Pero de veras se habría vuelto Kharlof aficionado á la pesca? Tal decía yo para mi coleto al acercarme al lago, pues sabía que se encontraba al extremo del jardín. Subí al malecón y miré á derecha é izquierda: ¡ni un alma! Me dirigí á una de las orillas; al cabo, en el fondo de una caleta, entre un bosque de juncos enrojecidos y marchitos por el otoño, vi una mole agrisada. Era Kharlof. Sin gorro, desgreñado, envuelto en una especie de hopalanda de lienzo crudo desgarrada por todas las costuras, con las piernas dobladas debajo del cuerpo, estaba sentado é inmóvil sobre el santo suelo: tan inmóvil, que, al acercarme, salió un pajarillo á dos pasos de él desde el limo desecado y atravesó la laguna piando con perezosas alas. Preciso era que nada se hubiese movido en la proximidad de la avecilla. La figura entera de Kharlof era tan extraña, que al verla mi perra paróse en firme, metió el rabo entre piernas y se puso á gruñir. Kharlof apenas volvió la cabeza, y se nos quedó mirando á mí y á mi perra con ojos de salvaje. Su barba le desfiguraba mucho: la llevaba corta, pero era espesa y crespa como el astrakán. Uno de los extremos de la caña de pescar apoyábase en sum ano derecha, que tenía abierta; el otro, estaba metido en el agua. Mi corazón palpitó con violencia; sin embargo, me aproximé á él y le saludé. Se puso á parpadear con lentitud, como quien está medio despierto.

—¿Está V. por acá pescando, Martín Petrovitch?—le pregunté.

—Sí, peces—me contestó con voz cascajosa.

Y dió una sacudida á su caña, de cuya punta colgaba un cabo de sedal sin anzuelo.

—¡Pero si tiene roto el hilo!

Al mismo tiempo noté que allí no había junto á él ni pecera ni gusanos para cebo. Además, ¿qué pesca era posible en el mes de Setiembre?

—¿Roto?—repitió, pasándose la mano por la cara.—¡Igual da!

E inclinó su caña sobre el agua.

—¿Es el hijo de Natalia Nicolavna?—preguntó al cabo de unos instantes, mientras le estuve contemplando con asombro. Continuaba pareciéndome un gigante, aun cuando había enflaquecido mucho. ¡Pero, qué harapos le cubrían! ¡Y qué ruina era todo su cuerpo!

—Sí—contesté—soy el hijo de Natalia Nicolavna.

—¿Vive?

—Mi madre está buena y sana. Está muy afligida por su negativa; no se la esperaba.

Karlof inclinó la frente.

—¿Has estado allí?—dijo, seña-

lándome con la cabeza la casa.—¿No has estado? Vete, ¿qué tienes que hacer acá? Vete. Es inútil que pienses hablar conmigo: eso me apesta.

Callóse por algunos instantes.

—Siempre andas por ahí con tu escopeta. Cuando yo era joven, también corría por esa senda; pero mi padre... ¡Oh, cuánto le respetaba!... No como ahora se estila. Mi padre me zurró de lo lindo á latigazos, y no hubo más que decir: fuera necedades... ¡Porque yo sí que le respetaba, yo!

De nuevo se calló Kharlof.

—No te quedes aquí; anda á casa... Ya verás... Todo marcha á las mil maravillas. Volodka... (al pronunciar este nombre, se le ahogó la voz) Volodka sirve de veras para todo... Es un guapo mozo, y también es un canalla.

Yo no sabía qué decir. Kharlof hablaba con suma tranquilidad.

—Mira también mis hijas. Ya recordarás... tenía dos... muy mujeres de su casa. En cuanto á mí, hermano, me he vuelto viejo y estoy arrinconado. La tranquilidad... ¿sabes?

—¡Buena tranquilidad! —pensé echando una ojeada en torno mío. De pronto exclamé:

—Martín Petrovitch, es absolutamente preciso que se venga V. á nuestra casa.

Kharlof me echó una mirada de soslayo.

—Vete, hermano; vete, te digo.

—No desaire á mi madre: venid.

—Vete de aquí, vete de aquí—repetía Kharlof.—¿Para qué hablar conmigo?

—Si no tiene carruaje, mi madre os mandará uno.

—¡Que te vayas!

—Vamos, Martín Petrovitch, déjese V. convencer.

Kharlof inclinó la cabeza; parecióme que sus térreas mejillas se coloreaban poco á poco.

—Vendrá V. á nuestra casa, ¿no es verdad? ¿Por qué permanece aquí atormentándose?

—¿Qué entiendes tú por atormentarme?

—Quiero decir que hace mal en estar como le veo.

Kharlof parecía meditabundo. Alentado por su silencio, resolví sacarle de sus casillas. No olvidéis que apenas tenía yo quince años.

—Martín Petrovitch—exclamé, sentándome junto á él—lo sé todo. absolutamente todo. Sé de qué indigna manera le tratan. ¡Qué situación para V.! Pero, ¿á qué perder el ánimo?

Kharlof no dijo una palabra; dejó deslizarse al agua la caña que sostenía. Y yo, ¡qué hombre de ingenio, qué profundo filósofo me creía ser aquel momento!

—En verdad—continué—que ha obrado V. de un modo imprudente dándoselo todo á sus hijas. Es un arranque grande y generoso, y de seguro que no se lo vituperaré: en los tiempos que corren es cosa rara la grandeza de alma. Pero si sus hijas son ingratas, el papel de V. es el contestarles con el desprecio. Sí, el desprecio; y no abandonarse á este humor misántropo.

—¡Déjame!—murmuró Kharlof, rechinando los dientes; y sus ojos, siempre fijos en la laguna, inflamáronse de nuevo.—¡Vete de aquí!

—Pero, Martín Petrovitch...

—¡Márchate, digo, ó te mato!

Yo me había acercado del todo á él. Pero, al oir estas últimas palabras, boté de mi sitio.

—¿Qué dice V.?—exclamé.

—¡Te mataré; vete de aquí!

Del pecho de Kharlof salía la voz como un aullido ronco; sus ojos furibundos continuaban mirando de frente.

—¡Te arrojaré al agua con todos tus consejos, imbécil, para enseñarte á no venir á molestar á un viejo, monicaco!

Le vi llorar; menudas lágrimas se deslizaban una á una por sus mejillas, y, sin embargo, su rostro tenía entonces una expresión feroz en absoluto.

—¡Largo de aquí, ó te juro por Dios que te mataré... para escarmiento de otros!

Movióse un poco de lado, levantando el labio superior como un jabalí. Recogí mi escopeta y me salvé por piernas. Mi perra me siguió, ladrando con aspecto despavorido: también á ella le había entrado miedo.

Cuando regresé á casa, me guardé bien de referir mi aventura á mi madre. No sé por qué, habiéndome encontrado con *Recuerdo,* me dió el demonio la tentación de contárselo todo. Tanto le encantó mi narración á ese ente inaguantable, que se rió con ella hasta desternillarse. Ganas me entraron de darle una somanta.

—¡Oh—decía, jadeante de risa—cómo hubiera yo querido ver á ese carcamal de marca mayor de Kharlof sentado en el légamo!

—Pues vaya á la laguna, si es tan curioso.

—¡Ah, en seguidita! ¿Y si me mata, en lugar de á V.?

Demasiado tarde me arrepentí de mi charlatanería fuera de sazón. Gitkof, á quien apresuróse *Recuerdo* á transmitir mi relato, consideró la cosa desde un punto de vista diferente.

—Acabaremos por tener que dirigirnos á la policía, y quizá convenga mandar á pedir un piquete de soldados.

Hacia mitad de Octubre, unas

tres semanas después de mi entrevista con Kharlof, estaba yo á la ventana de mi cuarto, en el segundo piso de mi casa, y miraba con tristeza nuestro patio y el camino que pasaba por allá. Llevábamos cinco días con un tiempo tan malo, que ya no era cosa de pensar en la caza. Todo ser viviente parecía haberse ocultado; los mismos gorriones estaban en sus escondrijos, y los cuervos habían desaparecido. Ora gemía sordamente el viento, ora silbaba con violencia. El cielo, cubierto de nubes muy bajas y sin ningún claro de luz, pasaba de un blanco pálido á un color plomizo todavía más siniestro. La lluvia, que caía sin tregua ni descanso, era en aquel momento un aguacero y corría por las vidrieras en gruesas lágrimas. Los árboles, descoloridos ya, se agitaban como unos desesperados. Aunque el viento no tenía hoja alguna que arrebatarles, se obstinaba en darles tormento. Por todas partes veíanse grandes charcos de agua sembrados de hojas secas, y gruesas burbujas de aire, formadas y destruidas sin cesar, deslizábanse temblonas sobre la superficie azotada por la lluvia. Era insondable el barrizal de los caminos. El frío penetraba en las habitaciones, por entre los vestidos, hasta dentro de la medula de los huesos. Se helaba el corazón por no sé qué miedo de no volver nunca á ver más el sol ni los colores, como si aquel fango glutinoso, aquella humedad gris y aquel frío acre hubiesen de ser eternos, como si aquel viento debiera gemir y silbar eternamente.

Continuaba inmóvil y pensativo ante la ventana; y recuerdo que de pronto, aun cuando el reloj señalaba las doce del día, la oscuridad se hizo tenebrosa en torno mío. Entonces me pareció ver atravesar por el patio, desde la puerta de ingreso hasta la escalinata, ¿el qué? un oso... no á cuatro patas, sino como se representa en actitud de enderezarse para bailar. Apenas daba crédito á mis propios ojos. Si lo que había visto no era un oso, tenía el aspecto de un ser enorme, oscuro y velludo. Aún trataba de darme cuenta de aquella aparición, cuando un espantoso estrépito resonó en el piso inferior. Oyéronse altas voces, ruidos de pasos... Bajé corriendo la escalera y me precipité en el comedor.

A la puerta de la estancia, con el rostro vuelto hacia mí, estaba en pié y como petrificada mi madre. Detrás de ella veíanse algunas mujeres con rostros despavoridos. El mayordomo, dos lacayos y el cosaquito, todos boquiabiertos, apretujábanse á la puerta de la antecámara. En medio del comedor estaba de rodillas, jadeante, sofocado, ester-

toroso, cubierto de barro, harapiento y tan calado de agua, que se alzaba de él una columna de vapor y por el entarimado serpeaban arroyuelos, estaba, digo, aquel ser monstruoso á quien acababa yo de ver cruzar por el patio. Era Kharlof.

Me acerqué y no vi su cara, sino su cabeza; estaba apretando con las palmas de las manos sus cabellos sucios de barro. Respiraba ruidosa y convulsivamente, cual si algo hirviera dentro de su pecho. Todo lo que pude distinguir entre aquella masa inmunda fué lo blanco de sus ojos, que hacía girar con un siniestro extravío. ¡Estaba horrible!

Me acordé del vecino que le había tratado de mastodonte. En efecto, tales apariencias debía de tener algún monstruo antediluviano recién salido de entre las garras de otro monstruo aún más potente, que le hubiese atacado dentro del profundo limo de los pantanos de las edades primitivas.

—¡Martín Petrovitch!—exclamó al fin mi madre, juntando de golpe sus manos.—¿Pero, eres tú? ¡Dios misericordioso!

—¡Yo, yo!—respondió una voz que parecía acentuar cada palabra con un esfuerzo doliente.—¡Sí, yo!

—¿Qué te ha sucedido? ¡Santo Dios!

—Nata... lia... Nicolav... na.... he venido corriendo... hasta aquí... desde casa... á pié...

—¡Con semejante temporal! ¡Pero, si no pareces un ser humano! Levántate y toma asiento. Y vosotras—dijo á las doncellas—traer á escape toallas. ¿No habrá por ahí algún vestido?—preguntó al mayordomo.

Este levantó las manos al cielo, como para decir: «¿Dónde encontrar un traje de tamaña medida.» En todo caso, puede traerse una colcha de cama ó una manta de caballo; tenemos una nuevecita.

—Pero levanta, Martín Petrovitch, y siéntate—repetía mi madre.

—Me han echado, señora—exclamó Kharlof, exhalando un prolongado gemido, echando atrás la cabeza y extendiendo los brazos hacia adelante.—¡Me han expulsado, Natalia Nicolavna! ¡Mis propias hijas! ¡De mi propio nido!

Mi madre se santiguó.

—¿Qué me cuentas? ¡Qué horror! Pero, levántate, Martín Petrovitch; concédeme ese favor.

Llegaron dos doncellas con toallas y se detuvieron ante Kharlof. No sabían qué hacer con aquella mole llena de barro que se erguía delante de ellas. Por su parte, el mayordomo vino con una gran manta de lana. La puntiaguda ca-

beza de *Recuerdo* apareció y desapareció por la puerta de la antecámara.

—Vamos, en pié—dijo mi madre con tono de mando;—y refiéreme por su orden todo lo que ha sucedido.

Kharlof se levantó con lentitud. El mayordomo tuvo impulsos de ir en su ayuda; pero no hizo más que mancharse las manos, y retrocedió sacudiendo los dedos. Tambaleándose como un hombre ebrio, se acercó á una silla Kharlof y se dejó caer encima de ella. Entonces se adelantaron las doncellas con los lienzos; las hizo con la mano un gesto para que se alejasen, y rechazó también la manta. Mi madre no quiso insistir más: por lo visto, era imposible secar á Kharlof. Limitáronse á enjugar las huellas que dejó en el entarimado.

—¿Y cómo ha sido el echarte?—preguntó mi madre á Kharlof, en cuanto éste tomó un poco de aliento.

—Señora... Natalia Nicolavna—dijo al fin, haciendo un esfuerzo (y me llamó de nuevo la atención el inquieto movimiento de lo blanco de sus ojos)—voy á decirla toda la verdad... Yo soy el más culpable...

—Así eres tú: no quisiste escucharme—dijo mi madre, agitando un frasco de agua de Colonia.

El olor pantanoso que difundía Kharlof era intolerable.

—¡Oh! Señora, no es en eso en lo que estriba mi falta: es en el orgullo. El orgullo me ha perdido, ni más ni menos que al rey Nabucodonosor. Decíame yo: «Dios nuestro Señor no me ha privado de talento..., y si he decidido hacer alguna cosa, debe de ser justa...» Y además, por encima de eso, el miedo á la muerte... y se me trastornó la cabeza... Yo me decía: antes de acabarse mi vida, mostraré al mundo entero mi fuerza y mi poder. Me haré grato á todos, y todos me deberán gratitud hasta el sepulcro...

Kharlof botó sobre el asiento.

—¡Echado á patadas; como un perro sarnoso: he ahí su gratitud!

Sus ojos continuaban divagando; alzó las manos á la altura de la barba; y, golpeando una contra otra por la punta de los dedos, continuó así:

—Me han quitado á Maxinka; me han cogido mi coche, mi yegua; me han tenido á dieta; no me han pagado la pensión estipulada: lo han escatimado todo miserablemente en torno mío... ¡y yo, sin decir una palabra! Y tampoco decía una palabra... ¡á causa de mi orgullo!... para que mis crueles enemigos no pudiesen decir: «Mirad el viejo imbécil, cómo se arrepiente ahora.» Y V. misma, señora, me lo había advertido, y me había dicho: «Ya no podrás morderte el codo...» Vea V.

ahí por qué no decía yo una palabra. Hoy, entro en mi pobre cuarto: ¡está ocupado! Me ha puesto la cama en el suelo de mi desván, diciéndome: «Ahí puedes dormir lo mismo; te toleramos por favor, y tenemos necesidad de tu alcoba para los menesteres de nuestra casa.» ¿Y quién me ha dicho eso?... ¿Quién?... Un Volodka Slotkin, un vil plebeyo, un misera...—De pronto, le faltó la voz y no pudo concluir la palabra.

—Pero, tus hijas, ¿qué han dicho?—preguntó mi madre.

—Yo me había sometido á todo y no decía una palabra—añadió Kharlof, sin escuchar la pregunta; —y, sin embargo, ¡qué amargura! ¡Qué vergüenza! Me daba rubor mirar la luz de Dios. Por eso no quise venir á casa de V., madre mía. Todo lo he ensayado: las caricias y las amenazas. Les he dicho improperios... y, para decirlo todo, los he saludado... hasta muy abajo... así... (Kharlof imitó cómo les había hecho reverencia), ¡y todo en vano! En los primeros tiempos me decía yo: «Rómpelo todo, destrózalo todo...», para que supiesen quién soy yo... Pero más tarde, me he sometido. Esto es una cruz que me han mandado, me dije. Hay que prepararse para la muerte. Y de pronto... hoy... ¡como á un perro...! ¿Y quién?... ¡Volodka!... En cuanto á mis hijas, por las cuales se digna preguntarme, ¿acaso les queda aún algo de voluntad? ¡Esclavas de Volodka!: he ahí lo que son.

Mi madre hizo un ademán de asombro.

—Comprendo esto último en Ana: es su mujer. Pero tu hija segunda...

—¿Evlampia?... ¡Peor que la otra!... En cuerpo y alma se ha entregado á Volodka; por eso rechazó á vuestro militar. Volodka se lo mandó. ¿Ana?... Sin duda que debiera ofenderse... tanto más cuanto que odia á su hermana. Eso no obstante, se somete; también á ella la ha embrujado, el maldito. Y, además, véase, quizá le agrade á Ana el pensar: «¿Con que tan orgullosa eras, Evlampia? ¡Está bien! ¿En qué te has convertido?...» ¡Ah, Dios mío, no puedo más... no puedo más!

Mi madre miró con cierta inquietud hacia donde yo estaba. Me retiré un poco, temiendo que me hiciesen salir.

—Mucho deploro, Martín Petrovich, que mi antiguo pupilo te haya causado tantos pesares, y se haya vuelto un hombre tan perverso. Yo también me equivoqué. ¿Cómo había de esperar yo eso de él?

Kharlof exhaló un profundo gemido y se golpeó el pecho con los puños cerrados.

—Señora, no puedo resistir la

ingratitud de mis hijas; no puedo. ¿No las he dado todo? ¿Y con qué derecho? Mi conciencia no me daba un momento de tregua. ¡Oh! ¿Qué no habré pensado yo allá, á orillas de la laguna, mientras aparentaba estar pescando? ¡Si al menos (me decía á mí mismo) hubieras sido útil á alguien en tu vida; si hubieses dado limosnas á los pobres; si hubieras manumitido á tus siervos, en recompensa de haberles devorado su vida! ¿No debes responder de ellos ante Dios? Llegó el momento en que sus lágrimas reunidas vienen á correr sobre ti. ¿Cuál es ahora su suerte? Hablemos en rigor de verdad: ya en mi tiempo, era profundo su foso; ¡hoy no se le ve ya el fondo! He cargado mi alma con todos esos pecados; sacrifiqué mi conciencia por mis hijas... ¡y, en cambio, una patada como á un perro! Y cuando vuestro Volodka (siguió Kharlof, con nuevos bríos) me dijo que ya no he de vivir nunca en mi cuarto, yo que había puesto con mis propias manos cada viga de sus paredes..., cuando me dijo esto con su insolente boca..., sólo Dios sabe lo que pasó por dentro de mí. En mi pobre cabeza, tinieblas nada más; en mi corazón, una puñalada... ¡O aplastarlo, ó huir de la casa!... Entonces he venido corriendo hacia V., mi bienhechora. ¿A dónde podía ir á reposar mi cabeza?... Lluvia y fango... Veinte veces lo menos me habré caído. Por eso me encuentro ahora en este horrible estado...

Kharlof recorrió con la vista sus manchados harapos, é hizo ademán de levantarse del asiento.

—Vamos, permanece quieto, Martín Petrovich—dijo mi madre.—¿Que me has ensuciado el piso? Pues bien. ¡Valiente contra! Escucha: te van á conducir á una alcoba bien calentita, te van á poner una cama bien limpia. Vete á desnudarte, lávate, acuéstate y duerme.

—No podré dormir, madre mía—respondió con tristeza Kharlof.—Tengo así como unos martillos que me golpeasen los sesos... ¡Arrojado como un animal inmundo!...

—Acuéstate y duerme—le interrumpió mi madre.—En seguida te darán té y charlaremos juntos. No pierdas el ánimo, mi viejo amigo. ¿Que te han echado de tu casa? ¡Siempre tendrás asilo en la mía! Nunca olvido que me salvaste la vida.

—Bienhechora mía—exclamó Kharlof cubriéndose la cara con entrambas manos—ahora le toca á V. el turno de salvarme á mí...

Este llamamiento conmovió á mi madre casi hasta el punto de hacerla llorar.

—No deseo nada más grato para mí que acudir en tu ayuda en todo lo que pueda, Martín Petrovitch;

pero debes prometerme que me obedecerás de ahora en adelante, y que apartarás lejos de ti cualquiera mal pensamiento.

Kharlof se descubrió el rostro, y dijo:

—Si es preciso, puedo perdonar.

Mi madre hizo un signo aprobatorio con la cabeza:

—Me encanta verte con una disposición de espíritu tan verdaderamente cristiana; pero ya hablaremos de eso más tarde. Mientras tanto, ponte limpio y trata de dormir. Llevad á Martín Petrovitch al gabinete verde—dijo al mayordomo—al del difunto señor, y que todo cuanto pida se le sirva al instante. Que limpien y sequen sus ropas, y la ropa blanca necesaria pedídsela al ama de llaves. ¿Me habéis entendido?

—Obedezco—dijo el mayordomo.

—Y en cuanto se despierte, haced venir al sastre y que le tome medida para trajes nuevos. También será menester que le afeiten la barba; pero todo esto más tarde.

—Obedezco—repitió el mayordomo.—Martín Petrovitch, dignaos seguirme.

Levantóse Kharlof, echó una profunda mirada á mi madre, é iba á aproximarse á ella, pero se retuvo, y se limitó á hacerla una reverencia doblando el cuerpo hasta la cintura. Luego hizo tres grandes signos de la cruz ante las santas imágenes, y siguió al mayordomo. Yo también me deslicé fuera de la estancia, en seguimiento de ellos.

El mayordomo condujo á Kharlof al gabinete verde, y apresuróse á ir á pedir ropa blanca al ama de llaves. *Recuerdo* nos había atisbado por el vestíbulo y se coló de rondón en el gabinete, poniéndose á hacer cabriolas y muecas en torno de Kharlof, quien, inmóvil y con los brazos colgantes, se había parado entre dos ventanas. El agua continuaba escurriéndose de sus vestidos.

—¡Sueco! ¡Oh sueco Kharlus!—exclamaba *Recuerdo* echándose para atrás y sujetándose los hipocondrios.—¡Oh insigne fundador de la ilustre raza de los Kharlof! ¡Mira tu descendiente, qué hermoso está! Es digno de ti. ¡Ja, ja, ja! Excelencia, dejadme besaros la mano. Pero, ¿por qué os habéis puesto guantes negros?

Quise contener á aquel bufón: ¡vana tentativa!

—¡Me ha tratado de gorrista!—me decía.—Tú no tienes un techo que te pertenezca... Y ahora, cátate que se ha convertido en uno que come pan ajeno, como yo. Martín Kharlof y *Recuerdo* el desharrapado, son hoy una misma cosa. También comerá pan de limosna. Cogerán un currusco viejo y sucio, hus-

meado por un perro que no lo haya querido zampar, y le dirán: «Toma, regálate.» ¡Ja, ja, ja!

Kharlof continuaba con la cabeza baja y los brazos apartados del cuerpo.

—Martín Kharlof, hidalgo de antigua cepa, ¡y que no se daba tono con eso! «No te acerques—decía, ó te hago trizas...» Y cuando en fuerza de tener ese talentazo, se puso á partir sus bienes, no cacareaba poco «¡gratitud, reconocimiento!» Y á mí, ¿por qué me ha olvidado? ¡Quién sabe! ¿Acaso hubiera yo tenido más corazón? ¿No tenía yo razón al decir que le tirarían de espaldas y desnudo en la nieve?

—*¡Recuerdo!*—le grité. El perverso bufón no me hacía caso.

Kharlof continuaba sin moverse. Parecía como si al fin se hubiese percatado de cuán sucio estaba por la lluvia y el barro, y no tuviera otro pensamiento que limpiarse de ellos; pero el mayordomo no volvía.

—¡Y eso se llama un guerrero! —continuó *Recuerdo*.—Salvó á su patria en 1812. Demostró su valentía. Ved lo que hizo: quitar los calzones á unos merodeadores medio helados, ¡anda!; pero que una hija nos diga unas malas palabras, dando una patada en el suelo, y se nos cae el alma dentro de nuestros propios calzones.

—*¡Recuerdo!*—exclamé otra vez.

Kharlof le echó una mirada de soslayo. Hasta entonces no parecía haber notado su presencia; mi exclamación fué lo que le advirtió de ella.

—¡Cuidado, hermano—dijo con voz sorda;—hay quien salta y brinca, y acaba por desnucarse!

Recuerdo soltó la carcajada, y siguió así:

—¡Oh, qué miedo me habéis dado, respetabilísimo hermano! ¡Si, á lo menos hubieses peinado vuestra linda cabellera! Porque si llega á secarse, lo que Dios no permita, no será posible lavarla nunca y habrá que segarla con una hoz... (*Recuerdo* se puso en jarras.) ¿Y aún queréis haceros el bravucón? ¡Un gusano sin capullo, un mendigo! Decidme más bien; ¿dónde está ahora ese techo de que estabais tan orgulloso? «Tengo un techo—decíais,—un techo hereditario; y tú, tú no tienes techo.»

Recuerdo estaba como rabiando por repetir esta palabra.

—Señor Bitchkof—le grité—¿Qué hacéis? ¡En nombre del cielo!

Pero él continuaba saltando y brincando como un mono en derredor de Kharlof. Y el mayordomo y el ama de llaves, sin venir. Me asusté. Kharlof, que en su conversación con mi madre se había sosegado gradualmente, y hasta pare-

cía haberse reconciliado con su suerte, entraba de nuevo en furor. Respiraba más de prisa, las venas del cuello hinchábansele por debajo de las orejas, agitaba las manos, y sus ojos comenzaban á moverse otra vez entre la oscura careta de su rostro salpicado de lodo. Amenacé á *Recuerdo* con advertir á mi madre; pero hubiérase dicho que de él se había apoderado un demonio.

—Sí, sí—gritó—respetable señor: ved en lo que estamos ahora. Vuestras señoritas hijas y vuestro yerno Vladimiro Vassilitch se mofan de V., bajo vuestro techo hereditario. ¡Si, por lo menos, las hubieseis maldecido, según prometisteis!... Pero no tenéis talla para hacer eso. Habéis creído que podíais luchar con Vladimiro Vassilitch; hasta os permitíais llamarle Volodka. Ahora es todo un señor Slotkin como una casa, un propietario, un amo. ¿Y tú? ¿Qué eres tú?

Un aullido espantoso interrumpió la arenga de *Recuerdo*. Kharlof estallaba. Alzáronse sus puños, su rostro se puso azul, apareció espuma en sus labios, todo su cuerpo tembló de ira.

—¿Un techo dices?—gritó con su voz de hierro.—¿Maldecirles, dices? No, no les maldeciré... eso les importa un comino. ¡Pero el techo!... Lo destruiré de cabo á rabo; les quedará de él tanto como á mí. Sabrán qué hombre es Martín Kharlof; conocerán lo que cuesta hacer irrisión de mí. Aún no he perdido mis fuerzas... ¡Oh, no tendrán techo!...

Me quedé petrificado de terror. Ya no tenía un hombre delante de mí, sino una fiera que se movía, jadeante de furia. *Recuerdo,* muerto de miedo, se había escondido debajo de una mesa.

—¡No tendrán techo!—repitió por última vez Kharlof.

Y casi derribando al ama de llaves y al mayordomo, que entraban con la ropa blanca, precipitóse fuera de la casa, rodó como una bola á través del patio y desapareció por la puerta principal.

IV

También mi madre tuvo un arranque terrible de cólera cuando el mayordomo, con aire consternado, entró á decirla la escapatoria de de Kharlof. No se atrevió á ocultarla el verdadero motivo de este suceso.

—¡Con que eres tú—dijo mi madre á *Recuerdo,* que había corrido estúpidamente como una liebre

á besarla la mano—es tu malvada lengua la causa de todo!

—¡Perdón, gracia!—balbuceó *Recuerdo,* echando los brazos hacia atrás, según su costumbre servil.

—¡Conozco tu *gracia!*—replicó mi madre; y sin querer oir nada más, le expulsó del salón. Hizo entrar á Lisinski y le dió orden de que inmediatamente saliera con un carruaje para Ieskovo y trajese consigo á Kharlof, costara lo que costase.

—No regreséis sin él—fueron sus últimas palabras. Inclinóse el tétrico polaco y salió.

Volví á mi cuarto, me senté otra vez ante la ventana y permanecí sumido en reflexiones. No podía comprender cómo Kharlof, que había aguantado sin murmurar las injurias de sus más allegados, no había podido dominarse ante los pinchazos de la lengua de un ser tan ínfimo como lo era *Recuerdo.* Por aquel entonces aún ignoraba yo qué excesiva amargura puede ocultarse en el fondo de una burla, por vulgar que sea y aunque salga de unos labios menospreciados. El nombre detestado de Slotkin, que *Recuerdo* pronunciara, cayó como una chispa sobre pólvora.

Transcurrió una hora. Vi entrar de vuelta en el patio nuestro carruaje, pero el intendente estaba solo en él. Lisinski saltó precipitadamente del coche, y subió corriendo la escalinata; tenía aspecto enloquecido, lo cual nunca le había pasado. Bajé á escape y entré en pos de él en el salón.

—¡Y qué! ¿Lo ha traído V. consigo?—preguntó mi madre.

—No, señora—respondió Lisinski—no he podido traerle.

—¿Por qué? ¿Le ha visto?

—Sí.

—¿Pues qué le ha ocurrido? ¿Una congestión de sangre?

—No, señora; no le ha sucedido nada. Está ocupado en demoler su casa... Está subido en la techumbre de la casa nueva y la está demoliendo. Ya ha tirado al suelo una treintena de tablones y media docena de alfangías...

Mi madre abrió los ojos, dando muestras de asombro.

—¡El solo!... ¡Sobre el techo!... ¿Y destruye su casa?

—Como tengo el honor de decírselo. Anda sobre el entramado del granero, y lo rompe todo á derecha é izquierda. Según sabe V., su fuerza es sobrehumana. Además... preciso es decir la verdad... la techumbre no es muy sólida: está formada de tablas y planchas de zinc clavadas simplemente con unas tachuelas.

—Tablas y tachuelas—dijo mi madre.

Evidentemente, no comprendía el sentido de estas palabras.

—Pero, en fin, ¿qué ha hecho V.?

—He regresado aquí para buscar instrucciones. Sin enviar mucha gente, no podrá hacerse nada allá abajo; todos los colonos se han escondido de miedo.

—Pero, ¿y las hijas de Martín Petrovitch?...

—Tampoco están para nada. Corren de aquí para allí, como locas; entonan el oficio de difuntos..., y eso es todo.

—¿Está allí Slotkin?

—También él. Aulla más fuerte que ellas.

—Pero qué, ¿de verás está Martín Petrovitch subido en el techo?

—No en el techo, sino en el entramado del granero; y desde allí derriba la techumbre.

—¡Ah, sí!... Ya sé: las tablas...

Era evidente que se trataba de un caso muy singular. ¿Qué había de hacerse? ¿Enviar á la ciudad en busca del *ispravnik?* ¿Reunir á los colonos? Mi madre había perdido por completo la cabeza. Gitkof, que había ido á comer á nuestra casa, no estaba menos desorientado. Verdad es que habló de requerir el auxilio de la tropa; pero, habituado á la disciplina, nunca sabía dar ningún consejo y limitábase á mirar á mi madre con rendimiento y subordinación. Lisinski, viendo que no tenía que esperar instrucciones, acabó por decir á mi madre, con el afectado respeto que le era peculiar, que si le permitían llevarse algunos palafraneros, hortelanos y otras gentes de la servidumbre, podría hacer una tentativa.

—¡Oh, sí! Emprenda algo, pero pronto, al vuelo; tomo la responsabilidad de todo sobre mí.

Lisniski se sonrió con frialdad.

—Señora, debo de antemano advertir á V. que no puede responderse del resultado. La fuerza del Sr. Kharlof es muy grande... y también su desesperación... y se considera cruelmente ofendido.

—Eso es obra del infame *Recuerdo;* jamás se lo perdonaré. Pero pronto, parta V. á escape.

—Lleve muchas cuerdas, señor intendente, y escalas de garfio para incendios—dijo Gitkof con voz de bajo—y aun si tuviese una red, haría bien en llevarla. Una vez ocurrió en nuestro regimiento...

—Caballero, no tengo necesidad de vuestras lecciones; sé mejor que V. lo que se debe hacer.

Gitkof respondió picado que esperaba ser de la partida...

—¡Oh, no!—exclamó mi madre. Quédate aquí. Que el señor intendente vaya solo. Parta V., mi apreciable caballero.

Gitkof tomó un aspecto aún más mohino, y Lisinski se alejó.

Corrí á la cuadra, ensillé por mí mismo mi potro, y salí al galope para Ioskovo.

Había cesado la lluvia; pero soplaba el viento con violencia, y me azotaba la cara. A mitad de camino, por poco no se me vuelve la silla hacia abajo. Me apeé del caballo, y con los dientes apreté las correas. Alguien me llamaba por mi nombre: era *Recuerdo,* que corría campo atraviesa para alcanzarme.

—¡Eh, eh! Padrecito—me gritaba desde lejos—la curiosidad le aguijonea. Pues bien, á mí me pasa lo mismo: merece la pena de no morirse uno sin haber visto una cosa tal.

—Lo que desea V. es gozarse en su obra—exclamé con indignación. Y montando en mi caballo, le hice tomar otra vez el galope. Sin embargo, el inaguantable *Recuerdo* no se quedaba atrás; hacía chacotas y muecas aun corriendo.

Por fin llego á Ieskovo: he aquí el malecón, las bardas del huerto y los sauces que rodean á la residencia. Llegué á la puerta cochera; até allí el caballo... y me quedé mudo de asombro.

En más de un tercio de la techumbre de la casa nueva, ya no quedaba más que un esqueleto. Por ambos lados de la casa había montones de tablas rotas. Sobre el entramado del desván, levantando polvo y astillas, agitábase con una agilidad torpe y siniestra una masa negruzca, un ser informe. Este ser, ora sacudía el único tubo de chimenea que quedaba aún en pié, pues el otro había sido arrumbado ya; ora arrancaba un tablón del techo y lo lanzaba al suelo; ora cogía con ambas manos las vigas para arrancarlas. Era Kharlof.

También entonces me hizo el efecto de un oso. La cabeza, la espalda, los hombros, las piernas abiertas aguantando sobre los talones: todo contribuía á la semejanza. El viento fuerte que se había levantado hacía ondear sus harapos y sus cabellos. Era horrible verle, con su cuerpo desnudo y rojo, que se vislumbraba á través de los desgarrones; era horrible oirle, con su gruñido ronco y salvaje. Multitud de gente llenaba el patio; aldeanas, gentes de la servidumbre, niños... todos se apelmazaban á lo largo de los setos. A alguna distancia había en grupos una veintena de colonos. El viejo sacerdote, á quien ya conocía yo, estaba con la cabeza descubierta en la escalinata de la otra casita; de rato en rato levantaba con ambas manos un antiguo crucifijo de cobre y parecía enseñárselo á Kharlof en silencio y sin esperanza. Junto á él, apoyada de espaldas en la pared y con los brazos cruzados sobre el pecho, estaba

Evlampia mirando á su padre con sombría atención. En cuanto á Ana, unas veces asomaba la cabeza fuera de la ventana, otras daba saltos por el patio y luego se metía en casa. Pálido, lívido, vestido con una bata vieja, con un gorro en la cabeza y su escopeta de un cañón en la mano, Slotkin estaba pataleando por el sùelo. Veíasele jadeante, amenazador, tembloroso; apuntaba á Kharlof, se ponía la escopeta al hombro, volvía á apuntarle de nuevo, daba gritos, lloraba de rabia: entonces sí que tenía marcadísimo aspecto de judío; como decía mi madre. En cuanto nos vió á *Recuerdo* y á mí, corrió á nuestro encuentro.

—Mirad, ved lo que nos ocurre —dijo con voz lacrimosa.—Se ha vuelto loco, enteramente loco. Mirad lo que hace. Ya he mandado en busca de la policía. Pero no viene nadie, nadie viene. Si le pego un tiro, no sería responsable ante la ley, porque cada cual tiene derecho á defender su propiedad. Voy á tirar; ante Dios, voy á tirar.

Se adelantó hacia la casa, y gritó:

—Martín Petrovitch, si no se baja V. de ahí, disparo.

—¡Tira!—respondió desde la techumbre una voz terrible.—¡Tira! Entretanto, allá va ese regalo que te hago.

Un largo tablón voló por los aires, giró dos veces sobre sí mismo y fué á caer pesadamente á los piés de Slotkine. Este dió un salto atrás, y Kharlof soltó una carcajada.

—¡Señor mío Jesucristo!—murmuró alguien á espaldas de mí.—Volví la cabeza: era *Recuerdo*.

—¡Ah!—dije para mis adentros; —al fin cesas de chancearte.

Slotkin agarró á un campesino por el cuello de su chaquetón.

—¡Trepa!—rugía, sacudiéndole con todas sus fuerzas.—¡Trepad todos, salvad mis bienes!

El labriego avanzó dos pasos, echó atrás la cabeza y agitó sus brazos, diciendo con sorna:

—¿Eh? ¡Allá arriba, señor!...

Luego, volvió grupas y desapareció.

—¡Una escala, traedme una escala!—gritó Slotkine á los otros aldeanos.

—¿Dónde habría que cogerla?—respondió uno del grupo.

—Y aunque hubiese una escala—dijo una voz lenta—¿quién diablos se atrevería á subir allí? ¡Valiente bruto sería! Que se le acerque cualquiera, y le retorcerá el gañote como á una gallina.

Para mí era claro que, aun cuando hubiera sido menor el riesgo, los colonos no hubiesen obedecido á su nuevo amo. Aprobaban la conducta de Kharlof, y de seguro que le admiraban.

—¡Bandidos! ¡Pillos!—vociferó Slotkin.—Esperad, os voy á...

En este momento se vino abajo con estruendo la última chimenea; y, á través de una nube de polvo amarillo, vióse á Kharlof dirigirse hacia nuestra parte, dando un grito de triunfo y levantando sus manos ensangrentadas.

Slotkine le apuntó con la escopeta; pero Evlampia le dió un empellón en el codo. Volvióse él, enfurecido, gritando:

—¡No me lo impidas!

—¡Y tú, no te atrevas!—dijo ella.

Sus ojos, de un azul oscuro, relampaguearon bajo sus cejas fruncidas; y continuó diciendo:

—Padre destruye su casa: es de él.

—¡Mientes: es nuestra!

—Tú eres quien lo dice; pero yo, su hija, digo que es de él.

Slotkine se ahogaba de cólera. Evlampia le miraba fijamente, sin pestañear.

—¡Ah, buenos días, buenos días, mi querida hija!—gritó desde arriba Kharlof.—¡Buenos días, Evlampia Martinovna! ¿Qué tal vives con tu buen amigo? ¿Os acariciáis mucho, tortolitos míos?

—¡Padre!—dijo Evlampia con voz sonora.

—¿Qué, hija?—contestó Kharlof, avanzando hasta el borde de la pared maestra.

Creí notar en su rostro una extraña sonrisa, serena, casi jovial, y por lo mismo doblemente siniestra. Muchos años después he visto una sonrisa análoga en la faz de un sentenciado á muerte.

—Concluye, padre; baja, ven á mí. Somos culpables; te lo devolveremos todo. Créele á tu hija. Bájate.

—¿Con qué derecho tomas tú decisiones?—interrumpió Slotkin.

Evlampia no se dignó responderle.

—Yo te restituiré mi parte—continuó ésta;—yo te lo devolveré todo. Concluye, baja, padre. Perdónanos. ¡Perdóname!

Kharlof continuaba sonriéndose.

—Demasiado tarde, paloma mía—dijo; y cada palabra suya resonaba como bronce.—Demasiado tarde se ha conmovido tu alma de piedra: lo que rueda desde la montaña abajo, ya no puede volver á subir. No me mires: soy hombre perdido. Mira, más bien, á tu Volodka: contempla un rato qué barbilindo mancebo es. Mira también á la víbora de tu hermana: mira cómo pasa su hocico de zorra por la ventana y cómo llama á su encantador marido. No, señoritos. Me habéis querido privar de mi techo; pues bien, no os dejaré viga sobre viga. Todas las había yo labrado y puesto con mis manos: todas las destruiré sólo con

mis manos. Ya veis: ¡ni siquiera he cogido un hacha!

Escupió en la palma de las manos y agarró de nuevo la viga de un tirante.

—Acaba, padre. (Su voz se había vuelto extrañamente cariñosa.) No te acuerdes de lo pasado. Créeme: siempre me has creído. Baja. Ven á mi alcobita, ven á mi cama; yo te secaré, yo te daré calor; yo curaré tus heridas. Mira cómo te has desgarrado tus pobres manos. Vivirás conmigo como en el regazo de Cristo. Comerás golosinas muy dulces, y dormirás con más dulzura todavía. Sí, sí. Hemos sido culpables. Vamos, perdona.

Kharlof meneó la cabeza á uno y otro lado.

—¡Pataratas! Queréis que os crea, ¿no es así? Habéis muerto en mí las creencias, lo habéis muerto todo. Yo era un águila; por vosotras me volví un gusanillo..., y habéis puesto el tacón sobre el gusanillo. ¡Yo te amaba, bien lo sabes! ¡Y cuánto! Ahora, ya no eres mi hija; y yo no soy ya tu padre. Soy hombre perdido. ¡Y tú! ¡Anda, tira, cobarde! —exclamó de pronto, dirigiéndose á Slotkin. — ¿Por qué no haces más que apuntarme? Sin duda recuerdas la ley: «Si el donatario atentare contra la vida del donador, éste tiene derecho á recuperar lo que hubiese donado.» ¡Ja, ja!... No temas, gran legista. No pediré nada. Lo arreglaré todo por mí mismo... ¡Vamos; tira, pues!

—¡Padre!—gritó Evlampia, con voz suplicante.

—¡Cállate!

—Martín Petrovitch, hermanito; perdonad, sed generoso—balbuceó *Recuerdo*.

—¡Padre, padre querido...!

—¡Cállate, perra!—Y para contestar á *Recuerdo*, escupió hacia el sitio de éste.

En este momento aparecieron ante la puerta del cercado Lisinski y su séquito, montados en tres *telegas*. Los rendidos caballos resoplaban con fuerza; y los hombres apresuráronse á saltar en el fango uno en pos de otro.

—¡Oh, oh!—gritó con voz tonante Kharlof.—¡Un ejército, todo un ejército contra mí! Está bien. Solamente os prevengo, que á cualquiera que venga á visitarme en mi techo, le tiraré cabeza abajo. Soy un amo de casa quisquilloso, y no me gustan las visitas que vengan á estorbarme.

Se agarró con ambas manos al par de vigas que forman en la fachada de la techumbre lo que se llama «jambas del frontón» y se puso á moverlas con toda su fuerza. Inclinado sobre el fondo del entramado, sacudíalas á compás, canturreando como lo hacen los *burlaki*

que tiran de las barcas en los ríos:

—Un tirón más; otro, otro... ¡ah!

Slotkin corrió junto á Lisinski para renovar sus quejas; el otro le rechazó bruscamente. Preparábase para realizar el plan que había concebido. Púsose él mismo delante de la casa y entabló conversación con Kharlof, con objeto de distraerle, haciéndole ver que lo que estaba haciendo allí no era digno de un hidalgo...

—Un tirón más; otro, otro, ¡ah! —cantaba Kharlof.

—...Que Natalia Nicolavna estaba muy descontenta de su modo de obrar, que no era como ella esperaba de él...

—Un tirón más; otro, otro ¡ah! —seguía cantando en el techo.

Sin embargo, Lisinski había destacado cuatro palafreneros de los más fuertes y audaces, para que por la parte opuesta de la casa trepasen hasta la techumbre. No se le escapó á Kharlof, siempre vigilante, el intento de ellos. Abandonó el frontón y corrió precipitadamente al otro extremo del desván. Era tan terrible su aspecto, que dos de los palafreneros, que se habían izado hasta arriba, se bajaron más que á escape por el canalón, con grande risa y algazara de los granujillas reunidos en el patio. Kharlof amenazó con el puño á los fugitivos, y volviendo en seguida á su frontón se puso á bambolearlo de nuevo, acompañándose con su sonsonete de *burlaki*. De pronto se detuvo, y exclamó:

—Maximuchka, amigo de mi corazón, ¿es á ti á quien estoy viendo?

Volví atrás la cabeza. En efecto, de entre el grupo de campesinos salía el cosaquito Maximka, y avanzaba riéndose de oreja á oreja. Su patrono el guarnicionero habíale dado sin duda un día de asueto.

—¡Ven aquí, Maximuchka, mi fiel servidor! Ven. Nos defenderemos juntos contra los malvados tártaros, contra los bandidos polacos.

Mientras Maximka continuaba riéndose, se puso en actitud de trepar. Pero le agarraron y le echaron atrás, Dios sabe por qué, como no fuese para dar ejemplo á los otros, pues no podía prestar gran ayuda á Kharlof.

—¡Ah! ¿Cómo es eso?—gritó este, atacando de nuevo á las vigas.

—Vikenti Ossipitch—dijo Slotkin á Lisinski—permitid que le descerraje un tiro; para asustarle nada más, porque mi escopeta sólo está cargada con perdigones de caza.

Lisinski no tuvo tiempo de responderle. Las jambas del frontón, furiosamente sacudidas por los broncíneos puños de Kharlof, crujieron, se inclinaron hacia el patio y se desplomaron con estrépito. Arrastrado por ellas, precipitóse también Kharlof. Pegó en el suelo con toda su

pesadumbre. Los presentes arrojaron un grito. Kharlof permanecía caído boca abajo; la larga viga que forma el caballete de la cubierta había seguido al frontón en su desplome, y estaba encima de los hombros del infeliz.

Acudieron todos, quitáronle la viga y volvieron á Kharlof sobre el dorso. Su faz estaba inerte, salía sangre por los ángulos de su boca, ya no respiraba.

—Es cosa concluida—murmuraban los colonos que se habían aproximado.

Corrieron á buscar agua de un pozo y le echaron un cubo entero por la cabeza. Desaparecieron de su rostro el fango y el polvo, pero en él no se estremeció ni siquiera una sola fibra. Llevaron un banco y lo pusieron junto á la casa; á duras penas pudieron ponerle sentado en él y con la cabeza apoyada contra la pared.

Acercóse el cosaquito Maximka, dobló una rodilla, separó la otra pierna, y en esta actitud teatral levantó con ambas manos el brazo izquierdo de su antiguo amo. Pálida como la muerte, Evlampia fué á colocarse delante de su padre y fijó en él sus ojos, desmedidamente abiertos é inmóviles. Ni Ana, ni Slotkin se atrevieron á acercarse. Todos callaban con una ansiedad angustiosa. Oyóse al fin una especie de hervidero convulsivo en la garganta de Kharlof, como una persona á quien se le atraviesa un brevaje al tragarlo; luego hizo un débil movimiento con el brazo derecho, abrió un ojo (el derecho también), y después de pasear en torno suyo una mirada de extravío, cual si fuera presa de no sé qué terrible embriaguez, tartamudeó: «des... tro... za... do...» Luego, tras una pausa: «ved... el potro... negro...» De su boca brotó una oleada de sangre espesa; todo su cuerpo se estremeció. «Esto es el fin»—pensé. Pero Kharlof abrió de nuevo el ojo derecho (el párpado izquierdo permanecía inmóvil como los de un muerto), dirigió su mirada á Evlampia, y con una voz casi extinta, dijo:

—Eres tú..., hija..., yo te...

Lisinski llamó con un ademán al sacerdote, que aún estaba de pié en la escalinata. Dióse prisa el anciano; pero sus rodillas vacilantes se enredaban entre su larga sobrepelliz. De pronto, una convulsión tremenda agitó las piernas de Kharlof, subió á lo largo de su tronco y llegó á su cara. La de Evlampia se deformó de idéntica manera, cual si hubiese imitado á su padre en la agonía. Maximka hizo la señal de la cruz. A mí me dió miedo, y corriendo junto á la puerta de entrada, oprimí con mi pecho uno de los postes. En ese momento corrió de

boca en boca un murmullo. Comprendí que Kharlof había cesado de vivir. La enorme viga le había roto la espina dorsal.

¿Qué quiso decir cuando murió —me pregunté á mí mismo, al regresar á casa en mi potrito—«yo te maldigo, ó yo te perdono»? Aun cuando había vuelto á empezar la lluvia, iba al paso, queriendo permanecer por más tiempo á solas con mis meditaciones. *Recuerdo* había marchado en una de las *telegas* que llevara Lisinski. Por joven y ligero que fuese yo por aquel entonces no podía impedir que me afectase el cambio súbito y profundo que en todos los corazones produce la aparición inesperada (y aun esperada) de la muerte, su solemnidad y lo que llamaría yo su sinceridad. Habíame conmovido mucho. Y, no obstante, mi infantil mirada pudo notar muchas cosas: cómo Slotkin había tirado rápida y furtivamente lejos de sí la escopeta como una cosa robada; cómo su mujer y él se habían trocado de repente en objeto de una reprobación silenciosa y general, y cómo se había formado el vacío en torno de ellos. Aquella reprobación no se extendía hasta Evlampia, aun cuando su falta no hubiese sido menor que la de su hermana; hasta llegó á excitar cierta conmiseración al caer como una masa inerte á los piés de su padre inanimado. Sin embargo, todo el mundo sentía que también ella era culpable.

—¡Injusticia para con el viejo! —dijo un aldeano de cabeza gris, apoyado como un antiguo juez con ambas manos y la barba en una larga vara.—El pecado recae sobre vuestra alma... Injusticia.

Esta palabra de *injusticia* fué aceptada por todos al instante como una sentencia sin apelación. Había hablado la conciencia del pueblo. Lo comprendí en seguida, y conservé en la mano mi gorro, que me había quitado en el momento de la muerte. También advertí que, en los primeros instantes, Slotkin no se atrevía á dictar órdenes. Sin hacer nadie caso de él, levantaron el cadáver y lo llevaron á la casa. Sin decirle ni una sola palabra, el clérigo fue á buscar á la iglesia los objetos necesarios y el *starosta* hizo partir una *telega* para la ciudad, á fin de advertir á las autoridades. En cuanto á Ana, cuando habló de que calentasen un *samovar* para lavar el cuerpo del difunto, no habló con su tono habitual de mando, sino en tono de ruego... y la contestaron con acritud.

Yo no he cesado de preguntarme: ¿Qué ha querido decir á su hija? ¿Quería perdonarla, ó maldecirla otra vez? Decidí, por mi cuenta y riesgo, que la había perdona-

do, y sentí un alivio como si hubiese acertado la verdad. Tres días más tarde se celebraron los funerales de Kharlof, á expensas de mi madre, quien, muy afligida por su muerte, había dado orden de que nada se escatimase. No fué á la iglesia, porque no quería ver (según su propio dicho) á las dos espantosas criminales y á ese horrible «pequeño judío»; me envió á mí, juntamente con Lisinski y Gitkof, á quien desde ese día trató siempre de mujerzuela. Prohibió terminantemente á *Recuerdo* volver á presentarse ante su vista, y durante largo tiempo después aún fué rigurosa para con él, llamándole asesino de su amigo. El haber incurrido en aquella desgracia fué para él muy sensible. No cesaba de andar de puntillas por la habitación inmediata á la de mi madre. Era presa de no sé qué innoble y cobarde melancolía; temblaba á cada momento y murmuraba: «Gracia, gracia.»

Durante la ceremonia, en la iglesia, me pareció que Slotkin había recuperado su habitual aplomo: se agitaba como de costumbre, y prestaba una atención ávida á que no se gastase nada de más, aun cuando no saliese de su bolsillo. Maximka, engalanado con un chaquetón flamante, regalo de mi madre, se había colado de rondón entre los cantores y soltaba unas notas de tenor tan agudas, que nadie podía dudar de lo sincero de su adhesión al difunto. Allí estaban las dos hermanas, vestidas de luto; parecían más trastornadas que afligidas, sobre todo Evlampia. Ana aparentaba un aire humilde y contrito; sin embargo, no hacía ningún esfuerzo por llorar, y se limitaba á pasarse por los cabellos su larga y seca mano. De vez en cuando caía Evlampia en una tétrica meditación. En todas las caras, en los movimientos y miradas de los concurrentes encontraba yo de nuevo aquella reprobación general y definitiva que había visto el día en que acaeció la muerte. Sólo que era más fría é indiferente, ya que no hubiese disminuido de intensidad. Hubiérase dicho que todas aquellas personas sabían que el gran pecado de que se había hecho culpable la familia de Kharlof para con éste, hallábase ahora sujeto al fallo del único verdadero Juez, y que ellos ya no tenían necesidad de estar inquietos ni de indignarse. Todos oraron con fervor por el alma del difunto, de ese difunto á quien durante su vida amaron poco, y más bien le temieron algo: ¡tan brusca é imprevista fué la acometida de la muerte!

—¡Si, á lo menos, le hubiese gustado beber!—decía en la escalinata un labriego á otro.

—¡Qué! También á veces ocurre que uno se embriague sin beber.

—¡Sí, ha habido una injusticia!—continuó el primero, repitiendo esta palabra decisiva.

—¡Injusticia!—murmuraron todos en torno suyo.

—Sin embargo, fué duro para con vosotros—hice observar á otro aldeano, en quien reconocí á uno de los siervos de Kharlof.

—Era cuestión de su señorío sobre nosotros—respondió el campesino;—eso no cambia en nada la injusticia que se cometió contra él.

Ante la abierta sepultura, Evlampia revelaba la misma abstracción mental: parecía posesa del mismo lúgubre desvarío. Noté que á Slotkin, que varias veces intentó dirigirla la palabra, le trató como había tratado á Gitkof, y aún peor.

Algunos días después difundióse el rumor de que Evlampia Martinovna había abandonado para siempre la casa paterna, y sin decir á dónde iba. Abandonó á su hermana toda la parte que le correspondía de los bienes, limitándose á llevar consigo algunos centenares de rublos.

—¡La buena Ana ha rescatado á su marido!—exclamó mi madre al saber aquella noticia. Luego, dirigiéndose á Gitkof, que había reemplazado á *Recuerdo* para jugar con ella la partida de los cientos, le dijo: «Sólo tú tienes manos torpes, manos que no saben coger ni guardar.»

Gitkof exhaló un suspiro, contemplándose las manazas, extendidas sobre la mesa.

Poco tiempo después, mi madre y yo fuimos á establecernos á Moscu, y transcurrieron muchos años antes de que se me presentase ocasión de ver otra vez á las hijas de Kharlof.

Encontré primero á Ana Martinovna de la manera más natural. Después de morir mi madre, como visitase yo nuestra aldea, donde no había puesto los piés desde más de quince años atrás, recibí de parte del juez de paz una citación para ir en consulta, con otros propietarios de los contornos, á casa de la viuda Ana Slotkin. Era la época en que, con una lentitud que aún no se ha echado en olvido, se estaba haciendo el reparto de las tierras señoriales comunes. Confieso que la noticia de la muerte del «pequeño judío» de los ojos de ciruela no me causó pena ninguna, y que no me disgustaba volver á ver á su viuda. En toda nuestra comarca gozaba de la reputación de ser una admirable mujer casera. En efecto: sus dominios, sus granjas, su casa (involuntariamente miré su techumbre, y era de placas de hierro), todo presentaba el orden más perfecto. Todo estaba en su sitio, barrido, pintado

de nuevo. Parecía que habitaba una alemana allí. Ana había envejecido; pero no la había abandonado por completo aquel encanto característico, aquel encanto seco y duro que tanto me había emocionado en otros tiempos. Su modo de vestir era rústico, pero de buen gusto. Nos recibió con deferencia. Cuando me vió á mí que había sido testigo presencial del horrible suceso, no pestañeó siquiera. No hizo alusión alguna á mi madre ni á su padre, hermana y marido, lo mismo (como dice nuestro proverbio) que si tuviese llena de agua la boca. Tenía dos hijas, ambas muy lindas, esbeltas, de amable rostro, con una expresión alegre y cariñosa en sus ojos negros. También tenía un hijo, demasiado parecido al padre, pero que, sin embargo, era un muchacho encantador. Durante la discusión entre los propietarios, Ana permaneció en una actitud muy tranquila, rebosando dignidad. Sin manifestar suma obstinación ni excesiva avidez, nadie comprendía mejor que ella misma sus propios intereses, ni sabía exponer y defender sus derechos de una manera más convincente. Conocía al dedillo todas las leyes relativas al asunto, inclusive las circulares ministeriales. Hablaba poco y con dulce voz; pero cada palabra iba derecha al objeto. El resultado final de aquella conferencia fué que pasamos por todo cuanto exigía, y que hicimos concesiones que á nosotros mismos nos parecieron mentira. A la vuelta, dos hidalgos se trataron á sí propios y en público de imbéciles. Todos refunfuñaban y movían la cabeza con talante disgustado.

—¡Vaya un talentazo de mujer! —decía uno de ellos.

—¡Es una soberbia canalla!—añadió otro menos delicado en sus expresiones.—Como suele decirse, os hace muy blanda la cama, pero es duro dormir en ella.

—¡Y qué miserable!—dijo un tercero en discordia.—¡Una cucharada de caviar, una copita de aguardiente por barba... y se acabó!

—¿Qué podéis aguardar de esa mujer?—exclamó un hidalgo que hasta entonces había estado en silencio.—¿Quién ignora que envenenó á su marido?

Con gran sorpresa mía, nadie hizo protestas contra tan terrible acusación. Aún me quedé más perplejo al ver que todos, fueran quienes fuesen, incluso el hidalgo poco delicado, dieron testimonio del mayor respeto hacia Ana. El juez de paz llegó hasta el lirismo, exclamando:

—Es Semíramis ó la gran Catalina. En lo que respecta á la obediencia de sus colonos, un modelo.

En lo que atañe á la educación de sus hijos, un modelo. ¡Qué cabeza! ¡Qué cerebro!

Aparte lo de Semíramis y Catalina, era indudable que la viuda de Slotkin llevaba una vida muy feliz. Su familia, su servidumbre, ella misma, todo respiraba contentamiento por dentro y por fuera, la grata serenidad de la salud física y moral. Hasta qué punto mereciese ella semejante felicidad, eso era otro asunto. Pero esta clase de cuestiones no las plantea uno sino mientras es joven. Todo en este mundo, el bien y el mal, se le da al hombre, no según sus méritos, sino en virtud de no sé qué ley aún recóndita pero lógica, que no me atrevo á precisar, aun cuando me parece haberla presentido algunas veces confusamente.

Adquirí informes del juez de paz acerca de Evlampia. Desde su desaparición se carecía de noticias acerca de ella; la creían muerta. Sin embargo, estoy convencido de haberla encontrado: he aquí en qué circunstancias.

Unos cuatro años después de mi última entrevista con Ana respecto á las tierras comunes, fijé mi residencia veraniega en Murino, villorrio de los alrededores de San Petersburgo, bien conocido como sitio de veraneo de un orden inferior. Por aquella época abundaba la caza en los contornos de Murino, y casi diariamente salía yo con mi escopeta. Llevaba por compañero á un vecino de la capital, llamado Vikulof, buen muchacho, no del todo tonto—como él mismo decía—de una conducta rematadamente calavera. ¿Dónde no había estado y qué no había sido aquel hombre? Nada podía sorprenderle. Sin embargo, no le gustaban más que dos cosas: la caza y el aguardiente. Cátate que cierto día, regresando á Murino, tuvimos que pasar por delante de una casa aislada, sita junto á una encrucijada y circuida por un cercado de tablas altas y muy juntas. No era la primera vez que veía yo aquella casa; tenía un no sé qué de misterioso, cerrado y mudo, que hacía pensar en una cárcel ó en un hospital. Desde el camino, sólo podía percibirse la techumbre en ángulo agudo, pintada de un color oscuro. En todo el circuito sólo existía una puerta, y aun esta puerta misma parecía estar atrancada. Jamás se dejaba oir dentro ruido alguno, y sin embargo, no parecía estar abandonada la casa; conocíase que alguien habitaba en ella. Aparte de todo, hubiera podido resistir un asalto en regla; ¡tan sólida era su construcción y tan poderosamente protegida estaba!

—¿Qué es aquella fortaleza?—

pregunté una vez á mi compañero de caza.

Vikulof guiñó un ojo con aire picaresco.

—¡Jem! ¿Aquel extraño edificio? Produce mucho que hacer al *ispravnik* del distrito.

—¿Pues, y eso?

—¿Habéis oído hablar alguna vez de los *Raskolnik* (viejos creyentes), de los llamados *Khlisti,* que viven sin sacerdotes?

—Ciertamente.

—Pues bien. Ahí habita su principal jefe, su madre.

—¿Una mujer?

—Sí, una madre. La llaman una Santa Virgen Madre de Dios. Dícese que ésta es muy severa, un verdadero general. Maneja los rublos á millares. ¡Ah, como yo pudiese, ahorcaba á todas esas Santas Vírgenes! ¿A qué hablar de esto?

Las palabras de Vikulof me impresionaron mucho. Desde entonces me desviaba con frecuencia de mi camino, expresamente por ver una vez más la casa misteriosa. Un día que llegaba yo frente á su puerta, oí (¡oh milagro!) descorrer la tranca de madera; rechinó la llave en la cerradura, abrióse con lentitud la puerta; bajo una *duga* de colorines apareció una magnífica cabeza de caballo con la crín trenzada; y una ligera *telega* como las de los comerciantes ricos salió del patio y entró en el camino. Sobre el cojín de cuero, hacia la parte donde estaba yo, iba sentado un hombre de unos treinta años, de unas facciones notablemente hermosas y correctas. Vestía un caftán negro, muy limpio; y llevaba un birrete, también negro, que le cubría la frente hasta los ojos. Con grave apostura tenía las riendas del brioso animal que arrastraba la *telega*. A su lado iba sentada una mujer de arrogante porte, tiesa como un huso. Cubría su cabeza un rico chal negro. Iba vestida con una chaquetilla corta de terciopelo verde aceituna y una saya de lana azul. Sus blancas manos, seriamente cruzadas sobre el pecho, sostenían una á otra.

La *telega* giró bruscamente, de suerte que la mujer quedó muy próxima adonde yo estaba. Hizo un movimiento... y reconocí en ella á Evlampia, la hija de Kharlof. La reconocí en seguida, sin vacilar, pues nunca he visto ojos como los suyos, ni sobre todo unos labios tan altivos y sensuales á la vez como los de ella. Su faz habíase alargado, y en su piel deslustrada veíanse algunas arrugas. Pero lo que más había cambiado era la expresión de aquella cara. Sería difícil describir su aplomo severo y orgulloso. No era ya el goce tranquilo, sino la saciedad del poder, lo que

transpiraba cada una de sus facciones. En la negligente mirada que dejó caer sobre mí, se leía el hábito de no encontrar por todas partes sino una sumisión sin réplica. Era de evidencia absoluta que aquella mujer vivía rodeada, no de sectarios, sino de esclavos; había olvidado los tiempos en que ni el menor de sus deseos era una orden para nadie. Pronuncié su nombre en alta voz. Se estremeció ligeramente y me miró por segunda vez, pero no con espanto, sino con una cólera desdeñosa, cual si hubiese dicho: «¿Quién se atreve á molestarme?» Luego entreabrió la boca y pronunció una sola palabra. El hombre sentado junto á ella se irguió, pegó con las riendas en los ijares del caballo, partió éste al trote largo y desapareció la *telega*.

Desde ese tiempo no he vuelto á encontrar á Evlampia. Ni siquiera puedo imaginarme cómo la hija de Kharlof se había convertido en una Santa Virgen entre los *Khlisti*. ¿Quién sabe? Quizá haya fundado una nueva secta, que se llame «secta de Evlampia». Cosas parecidas se han visto ya en Rusia.

He aquí cuanto tenía que deciros acerca de mi *Rey Lear de la estepa*, de su vida y familia.»

El narrador se calló, y nosotros nos separamos.

Ivan Turgueneff.

EL HOSPITAL DE PEN-BRON

Yo mismo me asombro de prestar mi voz á esta buena obra, tan desviada de mi camino, que, á primera vista, me dejó casi helado. Y sobre todo, me asombro de hacerlo por convicción, con un verdadero deseo de que se me escuche, de persuadir, de arrastrar, como he concluido por ser yo mismo arrastrado.

Este otoño, un respetadísimo almirante me escribió para rogarme que me ocupara de los *hospitales de Pen-Bron*, cuyo nombre oía por vez primera. Confieso que si la carta no hubiese ido firmada por aquel marino, hubiera vuelto la cabeza. ¡Dios mío, lo que en ella me pedía y acerca de qué! Un *hospital para los niños escrofulosos;* ¿qué podía importarme á mí eso? Mejor era que dejasen morir á esos pobres pequeñuelos, para ahorrarles una vida miserable, y quizá una descendencia vergonzosa. ¡Bastantes marchitos hay en Francia, y rezagados en nuestros ejércitos!...

Sin embargo, por veneración á quien á mí se había dirigido, contesté que haría cuanto pudiera, y aún más, con la mejor voluntad. Y escribí, un poco á regañadientes, al fundador de Pen-Bron (M. Pallu, cuyo nombre y señas me daba el almirante) que podía disponer de mí.

Dos ó tres días después llegó de Nantes, para verme, M. Pallu en persona.

Al pronto no me conmovieron sus calurosas palabras. Esos pequeños seres enfermizos, esos niños escrofulosos de que me habló continuaban no causándome más que un vago terror, una lástima relativa mezclada con no sé qué asco insuperable. Escuchábale yo con resignación. Contóme que le llevaban algunos con los miembros tendidos en apósitos acanalados, miembros corroídos por llagas horribles; en cajas pequeñas le llevaban otros, que materialmente casi se caían á pedazos; y al cabo de pocos meses los ponía en pié, les rehacía los huesos, una especie de salud, les aseguraba la vida...

Cansado al fin, le interrumpí para decirle un poco brutalmente: «Quizá fuera más humano dejarlos morir.»

Con gran tranquilidad me respondió que era de mi parecer. Entonces comencé á presentir que acaso pudiéramos entendernos; su obra tendría sin duda segundas intenciones que él me explicaría, un alcance más alto que aún no adivinaba yo.

Poco á poco me enseñaba cosas inauditas para mí, que me espantaban: los progresos de esa enfermedad, cuyo solo nombre es un oprobio; los progresos cada vez más rápidos, sobre todo en estos últimos años: las miserias, el empobrecimiento físico de los niños de las grandes ciudades; ¡la tercera parte lo menos de la sangre francesa ya viciada!...

Estas curaciones, en Pen-Bron, de pequeños seres á quienes teníase por perdidos y que han de quedar lastimosamente débiles, no tenían para él más valor que el de experimentos de ensayo; demostraban que ese mal, cuyo nombre no quiero escribir más, era curable, en absoluto curable con ciertos climas especiales, con la sal y con el mar. Y entonces soñaba con extender su obra, hacer algo inmenso, general; intentar la renovación de la raza entera.

Hoy — me decía — en este hospital, tan penosamente fundado, que sólo puede albergar cien niños, no tenemos más que el desecho de los otros hospitales de Francia: pobrecillos fenómenos morbosos que han rodado años de cama en cama, que han aburrido á todos los médicos, y que nos llegan *in extremis*, cuando nada puede esperarse ya de ellos. Pero, si en lugar de cien niños pudiéramos recibir en Pen-Bron millares y millares, en grandes edificaciones escalonadas en kilómetros de fachada, á lo largo de toda esta maravillosa península de arena, donde el aire siempre es tibio y está impregnado de sal; si en lugar de esas criaturitas cuya carne está horadada con profundos agujeros, nos llevasen todos aquellos á quienes apenas les ha tocado aún la enfermedad, todos los que sólo están amenazados; ¡oh! si pudiera hacerse ir allá todos los años á todos los pequeñuelos paliduchos, á todos los chicos enclenques que crecen sin aire en las fábricas de las grandes ciudades y que serán después débiles soldados llenos de costurones, y cuyos hijos todavía serán más lastimosos; si pudieran ir todos, en esa edad en que la constitución se mejora tan pronto, á pedir al mar un poco de aquella fuerza que da á los marinos, á los pescadores...» Y á medida que me explanaba sus ideas, conforme las engrandecía ante mí con una convicción ardiente, veía ya subir á sus ojos algo así como la expresión de un apóstol; entonces comprendí que la obra á la cual había consagrado su vida era noble, francesa, humanitaria.

Así, pues, conquistado ya casi para su causa, le prometí ir á Pen-Bron, para antes de intentar hablar de ello (no sé hablar sino de lo que tengo bien visto), ver lo que él había comenzado

á hacer allá, en sus «arenas maravillosas», como las llamaba.

***

Algunas semanas más tarde (á fines de Setiembre) estamos en Croisic, en el puerto atestado de barcas pescadoras. Ante nosotros, el agua marina tiene ese azul más intenso que toma siempre en los sitios donde por influjo de ciertas corrientes está más cálida y salada. Y allí abajo, más allá de las primeras bandas azules, un vetusto edificio con azotea, recién blanqueado, elévase aislado por completo sobre arenales que semejan una isla. Ese palacete es Pen-Bron; jamás hubo hospital que menos lo parezca; hasta cuesta gran trabajo figurarse que aquella alegre habitación al aire libre pueda encerrar tantas pobres cosas siniestras, tantas variedades excesivas y raras de una enfermedad horrible.

Después de algunos minutos de travesía, una barca nos deja en esas arenas, que no son un islote como hubiera podido creerse desde lejos, sino que forman el extremo de una larga y estrecha península, de una especie de playa sin fin encerrada entre el Océano y unas lagunas salineras alimentadas por el mar. Ahí está Pen-Bron, circuido de agua como un buque. Delante de sus paredes habíase bosquejado un jardín, barrido por todos los vientos de alta mar, pero donde no por eso dejan de brotar las flores en los acirates arenosos.

Fuera están, en dos grupos separados, unas sesenta criaturas, entre niños y niñas. Los chicuelos juegan, charlan, cantan. Bajo la vigilancia de una buena Hermana de la Caridad, las niñitas hacen otro tanto por su parte, salvo algunas un poco mayores, que están sentadas en sillas y cosen. Parece ser que así sucede todos los días, excepto cuando llueve mucho: los pensionistas de Pen-Bron, constantemente instalados fuera, giran según el viento y el sol en torno de las paredes de su casa, tan pronto mirando la laguna como el alta mar, respirando de continuo aquella brisa que deja en los labios un sabor á sal. Y si no fuera porque se ven algunas muletas sosteniendo á unas pobres piernecillas demasiado débiles, algunos vendajes que aún ocultan mitades de rostros, y tres ó cuatro silloncitos de fórma un poco intranquilizadora arrimados á la pared, creeríamos en verdad haber llegado á un colegio cualquiera, á la hora de recreo; de tal modo es así, que de pronto siento disiparse aquella especie de horror físico, de instintiva angustia que me oprimía el pecho al llegar á ese museo de miserias.

No tengo más que un sentimiento de curiosidad al acercarme á esos enfermitos; de lejos los veo jugar como cualesquiera otros niños de su edad; sin embargo, para estar allí es preciso que todos, todos sin excepción, estén atacados hasta la medula por alguna enfermedad espantosa. Pues entonces, ¿qué caras tendrán?

Dios mío, caras como las de todo el

mundo; con gran asombro mío, á veces hasta unas caras muy bonitas, redondas, llenas, imitando á la salud. ¡Y cuán morenos y tostados están! Tienen en las mejillas la pátina del mar, como verdaderos pescadorcitos; diríase que han robado á los hijos de los marineros ese magnífico atezamiento por el viento y por el sol que les da una apariencia tan fuerte. Causa completa sorpresa encontrarlos así.

Sin embargo, de cerca se ven algunos detalles que hacen estremecerse: bajo anchos pantaloncitos á lo campesino, piernas torcidas y retorcidas, tibias encorvadas; debajo de las blusitas, corsés duros sosteniendo aún vértebras reblandecidas, que de lo contrario se hundirían; y además, en las carnes, grandes agujeros que á duras penas se cierran, cicatrices huecas y horribles; toda clase de misteriosos fenómenos, de un orden muy lúgubre...

A pesar de eso, hay en casi todos los ojos una risueña alegría; se comprende que la confianza y la esperanza han vuelto á esos pequeñuelos atrofiados, quienes sienten la impresión de un inesperado retorno de la vida á sus cuerpos endebles...

M. Pallu, que me acompaña, los va llamando uno tras otro, orgullosísimo de presentármelos con tan buenos mofletes bronceados; y los pobres niños me enseñan sin vergüenza sus cicatrices, y cada cual me cuenta su lamentable pasado. Este tuvo seis años abierta una llaga en un costado, debajo del brazo; el agujero se ahondaba sin cesar, y los tratamientos de los hospitales no servían de nada: cuatro meses hace que está en Pen-Bron, y se ha cerrado, se acabó; aparta sonriéndose la camisita para que vea yo el sitio, donde sólo queda una larga cicatriz un poco roja. Otro, de unos diez años, acababa de pasar cuatro en la cama de un hospital, tendido dentro de una especie de caja, con la enfermedad de Pott, un mal de que nunca había oído yo hablar, pero cuyo solo nombre tiene no sé qué retumbancia que hiela. Está en la columna vertebral: los anillos no se sostienen ya unos á otros, su soldadura está corroída, y entonces abandonado á sí mismo el cuerpecito del enfermo, se aplastaría como un farol á la veneciana, que se descuelga y se repliega. Pues bien, el niño que tenía esta dolencia está de pié delante de mí; hace dos ó tres días le quitaron el corsé que le había sostenido el dorso durante las primeras salidas; ya no tiene necesidad de él, y hasta su torso apenas quedará deformado.

Y todos tienen cosas del mismo género que enseñarme y que decirme, con una ingenuidad regocijada, con un aire de absoluta confianza en su completa y próxima curación. El aire libre salado de Pen-Bron acaba con todas esas siniestras descomposiciones humanas, casi con tanta seguridad como los cálidos vientos estivales desecan las cloacas pútridas, los rezumamientos y los mohos de las paredes.

***

Entramos en seguida en el hospital, que durante el día está casi vacío. Es un edificio muy viejo, un antiguo almacén de sal transformado por monsieur Pallu. Para eso ha necesitado una voluntad y una constancia extremadas. Los gastos han sido casi cubiertos con donativos. Pero no sin trabajos y sinsabores lógrase recoger un centenar de miles de francos para una obra semejante, tan poco atractiva á primera vista.

En su estado presente, el hospital de Pen-Bron contiene unas cien camas, camitas de niño, algunas poco mayores que cunas. Las salas, blancas del todo, dan vista al mar por ambos lados; lo mismo que si se estuviese en una casa flotante, no se ven por las ventanas sino grandes extensiones marinas, vastos horizontes movibles, con barcas pescadoras que van á la vela. Y la capilla, sencillísima, con su bóveda de roble, se parece á la capilla de un buque. Los enfermitos recién venidos, que no pueden salir aún, en vez de mirar grandes paredones grises, como en los hospitales ordinarios, diviértense desde su sitio en ver pasar los barcos, y reciben hasta en su catrecillo el vivificante aire libre de alta mar. Por contraste con los asilados más antiguos, éstos tienen un tinte pálido, una transparencia de cera, unos ojos demasiado grandes y ojerosos.

Pero generalmente no es muy largo el tiempo de su estancia en las salas; lo más pronto posible, cueste lo que cueste, se les envía fuera, al sol, á respirar el olor salobre de las aguas. Hasta hay para ellos barcas especiales, en las que se les acuesta, una especie de lechos flotantes para conducirlos á la laguna. Por una ventana abierta enséñanme allá abajo su pobre escuadrilla extraña, que se aleja de la ribera remolcada por una canoa; tres de esas almadías-camas van ocupadas por niños pálidos; en la canoa va el capellán que los conduce, llevando un libro para leerles en alta voz durante las largas horas del surgidero diario.

Entre los que no pueden salir aún, encuéntranse criaturas muy marchitas, muy pálidas, más entristecedoras de mirar que si fuesen niños muertos. Pero todos me acogen con graciosa sonrisa; sin duda se lo han encargado; antes de llegar yo, han debido decirles que soy una persona devota de su causa; entonces, con su imaginación siempre en sueños, quizá me atribuyen algún poder bienhechor un poco mágico. Paréceme que sus buenas miraditas me obligan más á hacer todo lo posible en pro de su hospital. Acá y allá hay juguetes en las camas. ¡Oh, muy modestos: para las niñas, son muñecas, ó más bien monigotes, vestidas con una camisa de algodón! Aquí se divierte en alinear sobre la sábana soldados de cartulina, regalo de la Hermana de la Caridad, un niñito de cuatro ó cinco años, que tiene ambas piernas dentro de unas canales con pesos en los piés, para impedir que se abarquillen sus reblandecidos huesos. Y luego se detienen encantados mis ojos en una deliciosa criaturita de doce

años, blanca y sonrosada, con facciones extrañamente finas, que no juega á nada, pero que parece meditar ya con una melancolía profunda, púesta la cabeza en la blanca y limpia almohada. Pregunto qué enfermedad tiene aquella niña tan bonita. Me contestan que el horrible mal de Pott en último grado, y temen que sea ya muy tarde para que se cure...

Su mirada me impresiona muchísimo; es como un llamamiento, una súplica dolorosa, un grito de desesperación clarividente y sin límites. Por otra parte, ninguna palabra ni lágrima igualan para mí á esas plegarias de angustia que en ciertos momentos brotan mudas y breves de los ojos de los desheredados, sean quienes fueren, niños enfermos, viejos pobres y abandonados, hasta animales maltratados que tiemblan y sufren... ¡Oh, pobre niña! ¡Y yo que había dicho, hablando de estos niños de Pen-Bron, que más valiera dejarlos morir! Sólo de una manera general y vaga se dicen tales cosas, *cuando no se han visto;* pero, en cuanto se trata de pasar á la aplicación individual, en seguida se siente que no puede ser, que eso sería monstruoso. Y además, cuando hay medio de impedirlo, ¿con qué derecho se dejarían ir al desconocido misterio de la muerte unos ojitos claros, inteligentes como aquéllos, unos ojuelos interrogadores, suplicantes, y que apenas acaban de abrirse á la vida?... Aun cuando fuese una quimera imposible la idea de ampliar esos hospitales hasta convertirlos en una obra de regeneración nacional, nada más que por devolver la salud á algunas criaturitas como las que acabo de ver, valdría la pena cien veces de continuar, de agrandar...

Pero la primera es muy realizable: por supuesto con dinero, dinero, mucho dinero. Detrás del hospital actual existe aquella interminable península de arena, que corre hasta perderse de vista como una cinta amarillenta entre las azules aguas del mar y las más azules todavía de la salada laguna. Allí, en aquella exposición incomparable es donde M. Pallu, el fundador de Pen-Bron, sueña con prolongar sobre kilómetros de fachada filas de blancos lechos, para que millares de pequeñuelos vayan á formarse allí, como los marinos, pechos levantados y músculos duros.

.....

Y sobre todo, nadie piense que he prestado mi voz por sorpresa para una especulación interesada. ¡Oh, no! No se tome una cosa por otra acerca de este punto. El fundador de Pen-Bron ha gastado allí su dinero, al mismo tiempo que su energía y su voluntad. Hay un consejo de administración, no retribuido: un consejo formado por personas escogidas, que cuando se produce un déficit en la caja lo cubren con su propio bolsillo. Hay médicos á quienes no se les paga y que van todos los días desde Nantes por pura abnegación. Hay admirables Hermanas de la Caridad, y he aquí un rasgo para pintar á la madre superiora: por falta de dinero no pueden quemarse los lienzos

sucios con que se han vendado las llagas, es preciso lavarlos para que vuelvan á servir, y rehusando todas las criadas prestar este asqueroso servicio, esa Hermana dijo sencillamente: «Yo los lavaré.» Y los ha lavado, y los lava todos los días durante las horas de descanso.

Es toda una asamblea de gentes de corazón, ligadas por una fe común en su iniciada obra, y sostenidas por los maravillosos resultados obtenidos á través de terribles dificultades. Han fundado en mí alguna esperanza sobre lo que pudiera decir para hacerles un poco menos ignorados... ¡y tiemblo de que salgan fallidas sus esperanzas por la conciencia que tengo ¡ah! de que su obra admirable no es de las que á primera vista atraen!... Les falta dinero, no sólo para emprender su gran proyecto soñado, la regeneración en masa de los niños en Francia, sino hasta para hacer frente á las más apremiantes necesidades: todos los días, por falta de sitio, vense obligados á cerrar la puerta á padres que van á suplicarles que acojan á sus pequeñuelos.

¡Si pudiera ser oída mi voz! ¡Si pudiese atraerles algunos donativos!.. ¡O si, por lo menos, á los que no se dejen convencer, pudiera inspirarles la curiosidad de ir, durante sus viajes á los baños de mar, á visitar Pen-Bron..., seguro estoy de que cuando hubiesen visto, quedarían conquistados como yo, y darían dinero!

PEDRO LOTI.

MADAME DE STAEL

I

Después de las revoluciones que cambian el aspecto y la organización de las sociedades, cuando todo el camino se ha recorrido vertiginosamente, es agradable detenerse un momento, echar una ojeada retrospectiva y divinizar lugares y figuras. Esta personificación del genio de los tiempos en seres ilustres, favorecida por la distancia que de ellos nos separa, no es, en cierto modo, más que una simple ilusión de perspectiva. Hay representantes naturales y verdaderos de cada momento social; pero desde un punto de vista lejano el número disminuye, los detalles se simplifican y sólo queda, sobresaliendo sobre las demás, una sola cabeza, una figura dominante. Corina, vista desde lejos, se destaca mejor sobre el cabo Misseno.

En cada fase sucesiva de la Revolución francesa, en cada una de sus grandes crisis, aparece un nombre ilustre que asume la genuina representación de un período determinado. En esta pléyade brillante figuran mujeres heroicas las unas, de inteligencia clarísima las otras, de verdadera personalidad muchas de ellas. Produjo en su ocaso la vieja sociedad, heroínas y víctimas, cuyas cabezas aparecen coronadas con los limbos luminosos del martirio; heroínas y víctimas produjo también la naciente burguesía, y más tarde, en época caracterizada por la molicie de la vida social, por la opulencia y el desenfreno del placer, aparecen nombres inolvidables de famosas mujeres. El Imperio ofrece pocas figuras; se encuentra luego la Restauración, y con ella, algunas celebridades femeninas que vienen á ser la encarnación de las costumbres en todos sus matices. Pero estas diversas reputaciones sucesivas

que se destacan en cada uno de los períodos de la Revolución, acaban por desaparecer poco á poco dejando el puesto á una sola personalidad, que las comprende y las resume á todas, que participa de sus múltiples aspectos, que reune la delicadeza y la energía, el sentimiento y la virilidad, el espíritu, la inspiración, la elegancia..., suma de condiciones que forman una figura única, un solo nombre inmortal.

De temperamento reformador heredado de su padre, Mad. de Staël simpatizaba, sin embargo, con la sociedad antigua, en cuyos salones se había educado, pasando en ellos los primeros años de su juventud. Los personajes, entre los cuales había transcurrido su infancia, aquellos que dedicaban sonriendo un elogio á su rara precocidad, eran los mismos que formaban los círculos más distinguidos de la época. Leyendo en 1810 la correspondencia de Mad. de Deffaud y de Horacio Walpole, se sentía emocionada al ver evocado el recuerdo de aquel gran mundo, en el cual había conocido tantas personas y tantas familias. Si en sus primeros tiempos se hizo notar por un sentimentalismo extremado y una ligereza, censurada por cierta aristocracia envidiosa que veía en ella una infracción de los severos cánones del gran mundo, era precisamente porque Mad. de Staël debía llevar la vida, el movimiento y la novedad de lo imprevisto allí donde fuera. Es cierto que continuó la tradición de los salones, pero supo darles nueva vida llevando á ellos su espíritu delicado y reformador. Tuvo el tacto suficiente para conservar el encanto primitivo, pero no se satisface con una copia exacta de lo antiguo, porque precisamente lo que la caracteriza es la amplitud de su inteligencia, el afán de lo nuevo, la iniciativa, su alma abierta que rechazaba todos los exclusivismos y soñaba constantemente con nuevos y dilatados horizontes.

Por eso, á pesar de sus simpatías por un mundo que representa la tradición, no sólo rompe la monotonía de sus costumbres con atrevida y delicada originalidad, sino que comprende y acepta otro mundo naciente, en el cual se revela el genio del pueblo y la virilidad de las almas republicanas. Los heroismos de Mad. Rolland y de Carlota Corday, conmueven su corazón; sus antiguas simpatías aristocráticas no se entibian por eso. Verdadera hermana de Andrés Chenier por temperamento, lanza un grito elocuente en favor de la reina, como Chenier por Luis XVI, é indudablemente la hubiera defendido en la barra á tener la más pequeña esperanza de alcanzar su salvación.

Su prestigio creció rápidamente, y en su libro de *La Influencia de las pasiones* expresa toda la tristeza del estoicismo noble de aquellos tiempos de opresión en que no se podía hacer otra cosa que morir dignamente. Bajo el período directorial, sus escritos, su conversación, sin excluir las cualidades precedentes, toman un tono más severo; sostiene la causa de la filosofía, de la perfectibilidad, de la república moderada y libre, como hubiera podido hacerlo la viuda de Condorcet. Entonces, ó poco después, en el prefacio de *La Literatura considerada en sus relaciones con las instituciones sociales*, es cuando expresa este pensamiento varonil: «Algunas vidas de Plutarco, una carta de Bruto á Cicerón, las palabras de Catón de Utica en la lengua de Addison, las reflexiones que el odio á la tiranía inspira á Tácito, dan nueva energía á las almas que sienten la laxitud, el decaimiento, ante los sucesos contemporáneos.» Estas ideas nuevas, generosas, no impiden que reanude sus relaciones con la antigua sociedad que vuelve del destierro. Por otra parte, aprecia y acoge con simpatía la celebridad de la mujer más en boga en aquel tiempo (1), la que reunía más bellas cualidades y la más pura. Mad. de Staël se rodea de sus amistades como de una guirnalda, en tanto que las *Cartas de Bruto* permanecen entreabiertas todavía y que M. de Montmorency le sonríe compasivamente. De este modo, ó alternando á la vez, mézclanse en su espíritu la tradición de los viejos salones, el vigor de las ideas nuevas, la tristeza del patriotismo estoico, las amistades antiguas y las modernas. Más tarde, á su regreso á Francia después del Imperio, durante los pocos años que vivió, su espíritu siguió abierto á todas las ideas; y, por último, sus relaciones con Mad. Durás acaban de dar á su existencia todos los tonos característicos de las fases sociales por que pasó; fases comprendidas en un espacio que abarca desde el salón semifilosófico y reformador de su madre hasta el realismo liberal de la Restauración. Estudiándola bajo este punto de vista, la existencia de Mad. de Staël es, en conjunto, como un gran imperio de cuya organización se ocupa incesantemente con el mismo brío que el otro conquistador, su opresor y contemporáneo. Pero Mad. de Staël no se agitaba en un sentido material; no organizaba provincia tras provincia, reino tras reino; lo que sin descanso ordena es su propio espíritu, la inmensa variedad de sus ideas, de sus sentimientos. En los

(1) Mad. Recamier.

años mejores de su vida, instintivamente, por efecto de su impetuosidad, aspiraba á tener una corte inmensa, el imperio de la inteligencia donde cabe todo lo bueno y todo lo bello, sin que nada se rechace, donde se admiten todas las distinciones del talento, de la alcurnia, del patriotismo, de la hermosura. Como una emperatriz del pensamiento, pretendió encerrar en sus dominios todas las ideas.

La cualidad dominante en Mad. de Staël es la conversación; la palabra viva, brillante, improvisada, brotando siempre con ímpetu de la divina fuente del alma. Todos los contemporáneos se muestran unánimes en esto. Puede decirse de Mad. de Staël lo que de un grande orador ateniense: «¡Si leyendo sus discursos provoca el entusiasmo, qué hubiera sucedido á poder escucharle?» Los adversarios y los críticos, que suelen emplear el procedimiento de ensalzar una cualidad ya consagrada para negar otras que empiezan á revelarse, han elogiado á Mad. de Staël por su conversación; pero sus elogios resultan interesados y pérfidos, aun pareciendo que los inspira la buena fe como los de los admiradores.

Fontanez, en 1800, terminaba los famosos artículos de *El Mercurio* con estas palabras: «Al escribir piensa que está hablando todavía; los que la escuchan no cesan de aplaudirla. Cuando yo la critiqué aún no la había escuchado.» Efectivamente, durante mucho tiempo los escritos de Mad. de Staël se resentían de ciertas reminiscencias de la conversación. Al leer, creeríase muchas veces estarla oyendo. Se admira la misma viveza, y se observan algunos giros admitidos en la conversación, pero proscritos de la literatura. Cualquiera que sea el predominio de la palabra sobre el estilo escrito de Mad. de Staël, hay que reconocer que no le sucede lo que á determinados oradores ó improvisadores, como Mirabeau, Diderot, Tahn, etc., cuyas obras son inferiores á su gloria. Mad. de Staël ha dejado dignamente asegurada su fama, sin que sean necesarias otras explicaciones que sus mismos libros. Es posible—y M. Chateaubriand lo ha hecho notar en un juicio crítico—que para escribir sus obras más perfectas no necesitase más que un talento: el de la conversación. A pesar de sus defectos—sigue diciendo el mismo Chateaubriand—su nombre figurará en la lista de aquellos que no se olvidarán nunca. Efectivamente, sus escritos, por la imperfección misma de muchos detalles, no dan idea exacta, en algunas ocasiones, de su pensamiento profundo, de su espíritu palpitante y agitado de continuo por un tropel de ideas;

sin embargo, como expresión de arte, de poema, la novela *Corina* solamente, constituye un monumento inmortal.

Esa vida de Mad. de Staël, que ofrece dentro de la unidad del talento tan diferentes matices; ese reflejo límpido del alma á través de sus escritos es lo que yo trato de evocar, de resumir en algunos párrafos, para ver si consigo que el lector participe de mis impresiones. Comprendo que el trabajo es muy delicado, porque hay que luchar con cierta leyenda formada hace tiempo, y que, aun apartándose de la realidad, es muy difícil de destruir. No seguiré paso á paso las biografías de Mad. de Staël; al trazar los rasgos generales de su gran espíritu, tendré en cuenta muchos detalles minuciosos, muchos recuerdos que no han aparecido en otras páginas dedicadas á ella.

Mlle. Germaine Necker, educada entre la severidad un poco rígida de su madre y los atrevimientos revolucionarios de su padre, debía naturalmente inclinarse á este último lado. Tenía su sitio en el salón sobre un pequeño taburete de madera colocado cerca del asiento de Mad. Necker, que la obligaba á guardar gran circunspección; pero lo que Mad. Necker no podía evitar eran las respuestas de la niña á personajes célebres, como Grimm, Thomas, Reynal, Gibbon, Marmontel, que se complacían en rodearla, en provocar cuestiones, de las cuales salía siempre airosa. Mlle. Necker de Saussure ha pintado á maravilla esta rara precocidad en unas notas que escribió acerca de su prima. Mlle. Necker leía libros superiores á la inteligencia común en su edad; sentía gran emoción en las representaciones de obras dramáticas, y su juego predilecto era recortar en papel figuras de reyes y de reinas, y reproducir la tragedia ó el drama recientemente visto en el teatro. Lo mismo que Gœthe, tuvo sus marionetas. El instinto dramático, la necesidad de la emoción y de la expresión empezaban á determinarse vagamente en su alma. A los once años, Mlle. Necker componía retratos, elogios, siguiendo la moda de entonces. A los quince publicó sus *Reflexiones sobre el Espíritu de las leyes*.

En 1781, después de la aparición de este juicio crítico, dirigió á su padre una carta anónima; el estilo hizo que se reconociera en seguida su procedencia. Lo que predominaba en ella era aquella sensibilidad que hasta fines del siglo XVIII, y principalmente por la influencia de Juan Jacobo, reinó sobre los corazones jóvenes y que ofrece un singular contraste con el análisis excesivo y las pretensiones incrédulas

del resto de la época. En este desquite, un poco desordenado de las potencias instintivas del alma, los ensueños, la melancolía, la piedad, el entusiasmo por el genio, por la naturaleza, por la virtud y la desgracia, todos estos sentimientos que propagó *La Nueva Eloísa* se apoderaron por completo del espíritu de Mlle. Necker, é imprimieron á toda la primera parte de su vida y de sus escritos un tono ingenuo, exagerado, que no dejaba de tener su encanto aun cuando hiciera sonreir. Esta inclinación se manifestó siempre en su entusiasmo por su padre, entusiasmo que el tiempo y la muerte no hicieron otra cosa que aumentar, superando al de los primeros años de su vida, hasta el punto de aparecer en ciertos momentos como celosa de su madre. Relatando algunos detalles de la vida de M. Necker durante el largo período que estuvo en París, joven y no casado todavía, Mad. Staël ha llegado á decir: «Algunas veces, hablando conmigo, evocaba aquella época de su vida, cuyo recuerdo me enternecía profundamente, aquel tiempo en que yo me lo representaba tan joven, tan amable y tan solo, aquel tiempo en que nuestros destinos hubieran podido unirse para siempre si la suerte nos hubiera hecho contemporáneos.» Y luego, hablando de su madre: «Ella lo encontró; pasó su vida con él. ¡Dios la hizo apurar la desgracia de sobrevivirle!» Este culto de Mad. de Staël por su padre es, aunque más solemne y no menos profundo, semejante al que sentía Mad. de Sevigné por su hija; es verdaderamente hermoso encontrar tan ardientes y puras afecciones en tan grandes espíritus. En Mad. de Staël se observan mejor las profundas raíces de esta veneración fácil; el tiempo siguió su curso; llegó á ver marchitas casi todas las ilusiones de su corazón y de su pensamiento y un solo ser, uno solo entre tantos otros, conservó su prestigio, y sobre su cabeza venerada llegaron á fundirse en un solo cariño todos los cariños, todos los recuerdos, todas las ilusiones de su juventud. Esta cabeza era la de su padre.

En aquella edad de exaltación, los ensueños, las combinaciones novelescas, el sentimentalismo, el vago deseo de sufrir y de morir, eran, después del culto singular por su padre, las ocupaciones predilectas de aquella alma *nerviosa y triste que no se divertía más que con lo que la hacía llorar*. Le gustaba escribir dejando que la pluma siguiera las inclinaciones de su espíritu, ocultándose lo mismo que para algunas lecturas de libros no aprobados por la rigidez de Mad. Necker. Yo me la figuro en el gabinete de estudio,

bajo la mirada vigilante de su madre, leyendo algún volumen por obediencia y cambiándolo en cuanto podía por alguna novela sentimental de Mad. Riccoboni ó de algún otro novelista. En épocas posteriores decía muchas veces que *el robo* de *Clause* había sido uno de los sucesos más trascendentales de su juventud. Esta palabra *robo,* que indica los azares que pasaba Mlle. Necker para apoderarse de libros que la autoridad materna le prohibía, representa todo un mundo de emociones violentas por ser las primeras de la vida, que todo el que tenga una imaginación exaltada y poética se explicará perfectamente. La obra de Mlle. Necker que revela más precocidad, si realmente era suya, es un volumen titulado *Cartas de Nanine á Simphal*, que M. Beuchot ha atribuido á Mad. de Staël, aunque luego en 1818 se haya dicho que no le pertenece. Esta pequeña novela, que no ofrece otra particularidad que la de poner de relieve una imaginación exaltada y juvenil, no difiere, en el fondo, de *Sofía,* de *Mirza,* de *Paulina* y otras producciones de sus primeros años de vida literaria que revelan una gran inexperiencia de estilo y de composición. Yo no he encontrado nada digno de especial mención, que revele el carácter de la escritora, tanto como estas palabras de Nanine: «Fuí ayer por la mañana al sepulcro; vertí un torrente de lágrimas, de esas lágrimas puras que arranca un dolor como el mío. Una lluvia copiosa que empapó de pronto la tierra, me hizo creer que la naturaleza tomaba parte en mi amargura. Cada hoja parecía llorar conmigo; los pájaros parecían también conmoverse de mis lamentos. Esta idea se apoderó de tal manera de mi alma, que elevé al Altísimo mis más fervientes oraciones. No pudiendo permanecer más al lado del sepulcro, he venido á ocultar aquí mi tristeza, etc.»

Sofía ó los sentimientos secretos, compuesto á los veinte años, es un drama en verso, cuya acción pasa en un jardín inglés junto á una tumba rodeada de cipreses y de árboles fúnebres. Cecilia, niña de seis años, se dirige hacia la triste Sofía, que está devorada por una pasión silenciosa, y le dice:

«Porque te alejas siempre de nosotros
Está inquieto mi padre.
SOFÍA. ¿Tu padre?
CECILIA. Sí, amiga;
Tu melancolía le inspira miedo:
SOFÍA. Explícame esa palabra.»

¿No recuerda este fragmento la brusca pregunta de Mlle. Necker á la anciana generala de Mouchy, diciéndole qué pensaba acerca del amor, ocurrencia que tanto divirtió á M. Necker y que su hija gustaba

de relatar años después? Había, si no en los primeros escritos de Mad. de Staël, al menos en su persona, una vivacidad que solía degenerar en tristeza, una espiritual petulancia al lado de la melancolía, una facilidad picante, pero que no dejaba lugar á la suspicacia, porque se adivinaba en ella un espíritu sano.

En la obra *Sofía* es donde se encuentran estos hermosos versos, de los cuales se acuerdan todavía con placer algunas personas contemporáneas del autor.

«Sentiréis un día lleno de amargura el corazón al comprender que los buenos sentimientos no producen la felicidad. «Cuando se siente un alma abandonada y sola sobre la tierra; cuando se sabe que nadie piensa en nosotros, y que se puede sufrir seguros de que nuestros dolores no harán correr las lágrimas de ningún mortal, llega á mirarse con desprecio la vida; no se ama porque nadie nos ama; los días se amontonan insípidamente y pasan con lentitud sin dejar una emoción.»

Las tres novelas publicadas en 1795 y compuestas diez años antes, *Mirza, Adelaida, Teodora y Paulina,* tienen grandes semejanzas de color con *Sofía,* y su prosa fácil les presta mayor encanto. Sus personajes, cualquiera que sea la escena donde la acción ocurra, son siempre desdichados y sensibles; amantes á los cuales la noticia funesta de una infidelidad reduce al estado de sombras errabundas; la decoración suele ser un sepulcro escondido en el seno de un bosque. Yo me figuro leyendo estos episodios sentimentales, estas muertes rápidas, que me encuentro entre los personajes del buen abate Prevost ó que me paseo por los bosques de Saint-Ouen, ó en los jardines de Ermenonville, donde Mlle. Necker dejaba vagar su poética imaginación. Paréceme reconocer las umbrías donde tuvieron su cuna Mad. de Montolieu y Gothin y Mad. Desbordes Valmore. Estas inclinaciones que informan la primera juventud de Mad. de Staël, no debían durar mucho. Más tarde... bien pronto, impresionada por el espectáculo de las pasiones públicas, amargada tal vez por algún desengaño, se verifica una reacción contra aquella expansión extremada de la sensibilidad.

En su libro *De la influencia de las pasiones,* se esfuerza por vencerse, por moderar su imaginación, sin lograrlo por completo.

M. de Guibert ha hecho un retrato magistral de Mlle. Necker cuando ésta tenía apenas veinte años. Dicho retrato ha sido citado por Mad. Necker de Saussure. Este fragmento parece traducido de un poeta griego, y expresa bien el gus-

to de la sociedad de entonces; los retratos del duque y de la duquesa de Choiseul han sido dados, según se sabe, por el abate Barthelemy, bajo los nombres de Arsame y de Phedime. He aquí algunos rasgos del de Zulmé, por M. Guibert: «Zulmé no tiene más que veinte años, y es la sacerdotisa más célebre de Apolo. Su incienso es el más agradable para el dios, sus himnos los más agradecidos... En sus grandes ojos negros centellea el genio; sus cabellos, del color del ébano, caen sobre sus espaldas en ondulantes bucles; los rasgos de su fisonomía son más enérgicos que delicados; sin embargo, se admira en ellos la dulzura del sexo.» El retrato que yo poseo no discrepa del anterior: «Los cabellos ligeramente rizados, los ojos llenos de claridad vivísima, la frente despejada, los labios entreabiertos, comunicativos, el color animado, el seno palpitante.» Tal podía ser la Sofía del *Emilio*, tal el autor de las *Cartas sobre Juan Jacobo*. Constituyen estas verdaderamente la primer obra de Mad. Staël, y hay que tomarla como punto de partida por ser en ellas donde se observan con claridad las raras facultades de nuestro autor, sólo esbozadas en ensayos anteriores. Grimm, en su Correspondencia, da algunos datos de «esta obra encantadora», como él la llama, y de la cual sólo se hizo una tirada de *veinte* ejemplares, aunque luego no pudo sustraerse á los honores de una edición pública. Antes de dar algunos detalles de este libro, el espiritual tertulio del salón de madame de Necker ensalza á «esa joven rodeada de todas las ilusiones propias de su edad, de todos los placeres, de todos los homenajes que le proporciona la gloria de su padre y su propia celebridad; de un destino tan risueño, que no ha sufrido todavía ni el más leve disgusto». Las *Cartas sobre Juan Jacobo* son un tributo de agradecimiento al autor admirado y preferido. Así como otros autores disimulan con cuidado ó critican desembozadamente á los autores cuyas huellas han seguido, estableciendo una especie de parentesco literario, Mad. de Staël, con franca espontaneidad y nobleza, ensalza á aquél en cuyas obras se inspira, como Dante ensalzaba á Virgilio. Mad. de Staël sentía también en literatura el culto filial. Las *Cartas sobre Juan Jacobo* son un himno, pero un himno lleno de pensamientos profundos, de sutiles observaciones. Todas las futuras obras de Mad. de Staël en su diversidad de géneros, la novela, la moral, la política, se encuentran como presagiadas en este elogio entusiasta, como una obra musical se adivina en la sinfonía. El éxito de

estas cartas, que respondían á un movimiento simpático de la época, fué universal.

Grimm habla igualmente de *El Elogio de M. de Guibert,* que sólo se imprimió posteriormente en la edición de obras completas. El entusiasmo de Mad. de Staël no es menor que el que sentía por Juan Jacobo, aunque parezca desde luego menos motivado; pero inició en esta obra valientemente sus ideas políticas, prodigando demasiado la apoteosis. En medio de su exageración patética, no pretendió hacernos admirar á este personaje muy admirado y muy envidiado en su tiempo, y olvidado después de tal modo, que sólo se le recordará, durante algún tiempo, gracias á madama de Staël. M. de Guibert, en su discurso de recepción en la Academia, repitió muchas veces la palabra *gloria,* haciendo traición involuntariamente—dice Mad. de Staël—á su pasión augusta. Por mi parte, yo estoy agradecido á ese espíritu noblemente ambicioso, por haber sido de los primeros que concibieron las ideas y medios de reforma, los estados generales, la milicia ciudadana; pero le agradezco sobre todo el haber augurado con firmeza en los rasgos de Zulmé las grandezas futuras de Corina. Los éxitos alcanzados en la literatura y en el gran mundo, proporcionaron á Mad. de Staël, á partir de esta época, las burlas de los espíritus mezquinos, y más tarde, en 1800, veremos cómo se unen despiadadamente contra ella. Champcenetz y Rivarol, que habían publicado *El Pequeño diccionario de los grandes hombres* en 1788, publicaron dos años después otro *Pequeño diccionario de grandes hombres de la Revolución,* y lo dedicaron *á la baronesa de Staël, embajadora de Suecia cerca de la nación.* Esta dedicatoria da una idea de la animadversión de que era objeto en determinadas esferas. Rivarol y Champcenetz empezaron á emplear las ironías que más tarde habían de acumular contra ella los Fievee, los Michaud y otros muchos. Pero, según dice Grimm, el objeto de estas sátiras estaba á tal altura, que los dardos no llegaban nunca hasta él. Los terribles sucesos de la Revolución francesa vinieron á interrumpir bruscamente este primer período de una vida literaria tan brillante, y á suspender con manifiesta utilidad para el pensamiento, según mi opinión, las fiestas mundanas que se repetían sin darse un solo punto de tregua.

A pesar de su fe absoluta en M. Necker; á pesar de la adopción completa y la reivindicación definitiva que hizo de las ideas políticas de su padre en el libro *Considera-*

ciones sobre la Revolución francesa, es necesario anotar que Mad. de Staël, joven y entusiasta, avanzó todavía más que M. Necker. No se atenía á las combinaciones de la constitución inglesa; iba mucho más adelante en determinados sentidos que los realistas constitucionales como MM. de Narbonne, de Montmorency, del mismo Lafayette. En una palabra, si se quiere dar una filiación política á un pensamiento tan asequible á todos los entusiasmos, no es en el grupo de MM. Malouet, Monier y Necker donde se la debe colocar, sino entre los realistas constitucionales del 91. Puede verse en sus obras un artículo de periódico, única expresión escrita de su modo de pensar en esta época. En él juzga á Mirabeau muerto de una manera favorable, de la cual posteriormente se retractó.

Mad. de Staël abandonó á París —no sin perjuicios— después del 2 de Setiembre. Pasó el año del Terror en el país de Vaud con su padre y algunos amigos refugiados, M. de Montmorency y M. de Saucourt. Desde aquellas terrazas de Coppet, á las orillas del lago de Ginebra, su meditación acostumbrada era comparar el vivo resplandor del sol y la paz de la naturaleza con los horrores que la mano del hombre sembraba por todos lados. Aparte del elocuente grito de piedad que lanzó por la reina; aparte de unos versos *A la desgracia,* su talento guardó un silencio religioso. La angustia sentida por Mad. de Staël durante estos meses funestos no le permitía, en los intervalos en que se olvidaba de las desdichas de los demás, más que desear la muerte para ella y pedir la destrucción de un mundo y una raza irremisiblemente perdidos. «Hasta el pensamiento — decía — parece sumido en un letargo en esta época de tristezas.» El 9 Thermidor despertó en ella esta facultad y la empleó en seguida en escribir sus *Reflexiones sobre la paz interior y exterior,* cuya primera parte está dirigida á *M. Pitt,* y la segunda *A los franceses.* En ésta principalmente se observaba una conmiseración profunda y un deseo de justicia ya calmado, un llamamiento á todas las opiniones no escudadas tras el fanatismo, demandándole el olvido, la conciliación, sentimientos generosos que prueban la elevación de su alma. Hay una inspiración antigua en esta figura de mujer, que se atreve, para hablar á un pueblo, á poner su pié sobre los escombros aún humeantes; hay una gran sagacidad política, una apreciación perfecta de la realidad, en los consejos que le dicta su corazón apasionado. Testigo de los éxitos audaces del fanatismo, Mad. de

Staël manifiesta repulsión por sus procedimientos; lo cree inevitable en la lucha y necesario para el triunfo en tiempos de revolución, pero quisiera prescindir de él. No obstante, puesto que al fin ha obtenido la forma republicana, Mad. de Staël invita á todos los espíritus prudendentes, á todos los amigos de una libertad honrada, cualquiera que sea su procedencia, á reunirse sinceramente bajo esta nueva fórmula, y conjura á los exaltados á que respeten los hechos. «Me parece—dice—que la venganza no puede dirigirse contra tal ó cual forma de gobierno, ni contra las sacudidas políticas que hieren lo mismo á los inocentes que á los culpables.» No hay en las revoluciones período más hermoso, según Mad. de Staël, es decir, más á merced de los esfuerzos y de los sacrificios inteligentes, que aquel en que el fanatismo se dedica á establecer un gobierno fuerte que no dé ocasiones á nuevas desdichas. Se ve, desde luego, que considera el fanatismo como una fuerza física, y habla de él como hablaría de la ley de gravedad, por ejemplo. ¡Gran prueba de la firmeza de su espíritu después de las catástrofes anteriores! Mad. de Staël se muestra, sobre todo, preocupada en esta obra por convencer á los franceses de su partido, los viejos realistas constitucionales, y de hacerles aceptar francamente la nueva forma establecida. «Es muy diferente — les dice — oponerse á una experiencia tan nueva como la de la república en Francia después de que se ha tenido que luchar con tanto obstáculo y derramar tanta sangre para volver al único gobierno posible: la monarquía. Tales conclusiones deben parecer demasiado republicanas á muchos de aquellos á quienes se dirigían; debían parecer al mismo tiempo muy débiles á los convencionales y á los republicanos por convicción. En las obras sucesivas que publicó hasta 1810, Mad. de Staël se connaturaliza más y más con esta forma de gobierno y á las condiciones esenciales que podían mantenerla. La mayor parte de los principios filosóficos que tendían á su desenvolvimiento bajo la Constitución del año III, bien comprendida y mejor respetada, encontraron en ella un órgano brillante durante este período mal apreciado de su vida política y literaria. Sólo mucho después, hacia el fin del Imperio, admitió la Constitución inglesa. En el volumen de fragmentos que Mad. de Staël publicó el año 95 se encuentra, entre tres novelas escritas en su primera juventud, un precioso *Ensayo sobre las ficciones*, compuesto más recientemente, y *Adela y Eduardo*, pequeño poema escrito durante el

Terror. Sorprende verdaderamente que en esta situación extraordinaria de todas sus facultades suspendidas le sirviera de solaz este canto sencillo y poético. ¡De tal modo responde la poesía á los más recónditos sentimientos del alma! ¡De tal modo se amolda su dulzura á nuestras lágrimas y á nuestros pesares! Pero en este poema en verso, como en las otras tentativas del mismo género, tales como *Juana Gray* y *Sofía*, la intención es mejor que el resultado. Por eso en este poema, impulsada por el sentimiento que la domina, escribe:

«Fijando muchas veces los ojos sobro el hermoso paisaje por donde se extiende el lago cristalino, contemplo esos montes que forman su cauce, retratando su cima augusta en medio de sus aguas.—¡Cómo—exclamo—esa calma, ese reposo de la naturaleza, ¿no lo puede disfrutar mi corazón agitado? ¿Será el hombre, rodeado de tantas desgracias, la sola, la única excepción en el orden general?»

Este desacuerdo de la naturaleza vestida de fiesta, con los sufrimientos y la muerte del hombre, ha inspirado acentos de amargura y de melancolía á la mayor parte de los poetas contemporáneos. A Byron, en el principio magníficamente irónico del segundo canto de *Lara;* á Shelley, en el triste fin de *Alastor;* á Lamartine, en *La última peregrinación de Childe Harold;* á Hugo, en una poesía de sus *Hojas de Otoño*, Corina misma, en el cabo Misseno, ¿no ha sentido esta misma alta inspiración?

«¡Oh tierra, toda bañada en sangre y lágrimas; tú no has cesado nunca de producir frutos y flores! ¿Y no tendrás piedad del hombre? ¿Su polvo volverá á tu seno maternal sin hacerlo estremecer?»

¿Cómo se explica, pues, que espíritu como el de Mad. de Staël expresara la misma idea tan prosaicamente en los versos copiados? ¿Será —como ha dicho Mad. Necker—que el mecanismo de la versificación se ha perfeccionado de tal modo que el trabajo que exige quita fuerza á la expresión cuando no se tiene costumbre de versificar? ¿Será—como un crítico menos indulgente ha conjeturado—que Mad. de Staël, que divagaba mucho en sus obras en prosa, no pudo encontrar la concisión del verso? Habrá que convenir en que el talento de la poesía es un don especial como el canto de las aves. En Mad. de Staël, lo mismo que en Benjamín Constans, los ensayos de este género fueron muy medianos; su pensamiento tan libre, tan distinguido en prosa, no pudo nunca ser encerrado en el verso.

Todas las facultades de Mad. de Staël, después de la violenta tem-

pestad de la Revolución, adquirieron nuevo vigor. Su imaginación, su sensibilidad, su penetración de análisis y de juicio, se mezclaron, se unieron para producir sus obras más inmortales. El *Ensayo sobre las ficciones*, compuesto entonces, encierra ya toda la poética de *Delfina*. Herida por el espectáculo de la realidad, la imaginación de Mad. de Staël se reconcentra, pero sigue palpitando en todo lo que escribe una vaga ternura que nos hace verter dulces lágrimas. Pero al mismo tiempo es por la verdadera novela natural, por el análisis y el movimiento de las pasiones humanas por los que Mad. de Staël se decide entre todas las ficciones; las admite, pero descartando la mitología, sin alegorías de ningún género, sin que entre para nada lo sobrenatural, sin objeto filosófico demasiado explícito. Clementina, Clarisa, Julia, Werther, testigos todos del gran poder del corazón, como ella los llama, son citados, en primer término, como un consuelo apetecido por el alma; fácil es predecir, al ver la emoción con que hablaba de ellos, que muy pronto iba á nacerles un hermano. Una nota de este *Ensayo* menciona con elogio *El Espíritu de las religiones*, obra comenzada entonces por Benjamín Constans, y publicada treinta años más tarde. Mad. de Staël había conocido al autor en Suiza, en el mes de Setiembre del 84; había leído algunos capítulos de este libro que, al principio, en la concepción primitiva—digámoslo de pasada—era mucho más *filosófico* y estaba más de acuerdo con los resultados del análisis del siglo XVIII, que lo estuvo después de modificado. El *Ensayo sobre las ficciones* nos ofrece ya, en su rapidez espiritual, un gran número de esas frases vibrantes y profundas, de esos deliciosos matices de sentimiento que constituyen la melodiosa poesía de Mad. de Staël: parece que hasta las nôtas más brillantes de su voz estan empañadas por las lágrimas. Su acento conmueve, por ejemplo, cuando dice: *Dans cette vie qu'il sent passer plutôt que sentir*, etc. *Il n'y a sur cette terre que des commencements*... y este pensamiento tan aplicable á sus propias obras. «Sí; bueno es un libro, aunque sólo dé al dolor un día de distracción.»

Pero este género de inspiración sentimental, este misterioso reflejo salido de los senos más recónditos del corazón ilumina por completo el libro *De la influencia de las pasiones*, y tiene un encanto indefinible que para ciertas naturalezas y á cierta edad de la vida no es superada por la impresión de otro libro cualquiera, ni por la melancolía de Ossian, ni por la de Obermman.

Las primeras páginas del libro son muy notables bajo el punto de vista político. En efecto, el autor, que no trataba extensamente más que de la influencia de las pasiones sobre la felicidad de los individuos, tenía necesidad de profundizar, en una segunda parte, en la influencia de las mismas pasiones sobre la felicidad de las sociedades, y las cuestiones principales que anunciaba este análisis son ensayadas en una introducción elocuente.

Luchando todavía con el recuerdo del pasado monstruoso que la persigue, Mad. de Staël pugna por desechar de la memoria «aquella espantosa imagen que renueva todos los terrores del alma y que hace desear la muerte».

Las generaciones venideras podrán estudiar fríamente esos dos últimos años, pero ella no quiere volver la vista atrás; mira solamente hacia el porvenir, separa las ideas generosas y aparta ciertos principios de los cuales no quiere hacerse solidaria. Su juicio sobre la constitución inglesa es formal; cree que puede en lo sucesivo pasarse en Francia sin las ficciones consagradas por esta institución aristocrática de nuestros vecinos. Existe allí, no por el antagonismo y el equilibrio de los poderes, sino por fuerzas en una misma dirección aunque con diferentes grados de intensidad.

En todas las ciencias—ha dicho—se principia por lo más compuesto con objeto de llegar á lo más simple; en mecánica se empieza por los aparatos sencillos hasta llegar á la máquina complicada. «Sin querer hacer de una comparación una prueba, cuando hace cien años la idea de la libertad apareció en Inglaterra, la organización del gobierno inglés alcanzó el mayor punto de perfección que entonces podía desearse; pero hoy, con bases más sencillas, pueden conseguirse en Francia, después de la Revolución, resultados semejantes, y, bajo algunos puntos de vista, superiores á aquéllos.» La Francia—añade—debe, por lo tanto, persistir en esta gran experiencia con la esperanza en el porvenir ya que los desastres pertenecen al pasado. «Dejadnos—dice á la Europa;—dejadnos combatir, vencer, sufrir, morir con nuestras afecciones para renacer luego de nuestras propias cenizas y asombrar, tal vez, al mundo. ¿No os entusiasma que una nación entera se coloque en la vanguardia para afrontar todos los prejuicios y ensayar todos los principios? María-Josefa Chenier hubiera debido acordarse de tantas páginas inspiradas por el genio libre de estos años de esperanza, en vez de lanzar una dudosa frase acerca de Condorcet. Hacia el fin de la introducción. Mad. de Staël vuelve á

ocuparse de la influencia de las pasiones individuales, de esa ciencia de la felicidad moral, y acaba con elocuencia conmovedora. La necesidad de expansión, la piedad nacida de las amarguras pasadas, la solicitud para consolar las penas ajenas, esa maternidad del genio para todos los infortunios de los hombres, se desborda en palabras imposibles de calificar. En ninguna parte se ve tan claramente como en esas admirables páginas la elevación de alma de Mad. de Staël. Había en sus escritos, en su conversación, en toda su persona, un espíritu sano que se comunicaba á todos los que la escuchaban y que sienten palpitar en sus libros, los que los leen, como si aquella alma generosa viviese encerrada en sus páginas. Bien diferente de las altanerías de las Saras y de las Selias, en Mad. de Staël no se observa ni una sola arrogancia irónica contra la pobre humanidad. A pesar de su predilección por las figuras incomparables de sus novelas, cree firmemente en la igualdad de la gran familia humana; Mad. Necker de Saussure nos enseña que la desproporción de las facultades intelectuales no significa casi nada dentro del gran principio de la igualdad humana. Sea ó no exacta esta teoría, ello es que Mad. de Staël dirige su voz á todos los hombres de corazón sano, aplicándoles el mismo nivel. El efecto de su palabra es siempre consolador para sus semejantes. En el libro *De la influencia de las pasiones*, ha expresado muchas de las ideas que aparecen también en las *Consideraciones sobre la Revolución francesa* de M. De Maistre, escritas y publicadas precisamente en la misma fecha; ¡pero qué diferencia de tono! M. De Maistre se complace en burlarse de los hombres ofendiéndoles con su inflexible rigidez y juzgando fríamente los desastres sin que una sola fibra de su corazón responda á los dolores de la humanidad: Mad. de Staël, descartando algunas inocentes ilusiones, penetra mejor que M. De Maistre en el fondo de los hechos. No analizaré el libro; sólo recomiendo que se lea el capítulo *del amor;* es la historia íntima de todo corazón de treinta años. Recuerdo una frase, entre las muchas que esmaltan esas páginas, *La vie de l'âme est plus active que sur le trone des Césars*. Si me detengo mucho en el examen de estas antiguas obras de Mad. de Staël, *La Influencia de las pasiones* y *La Literatura,* es que empecé á conocerla y á apreciarla por ellas; es que leí, sobre todo la primera, no á los veinticinco años como ella desea, sino mucho antes, en esa edad en que todo es sencillo, riguroso, en política, en amor; en esa edad llena de

solemnes resoluciones, en que creyéndonos los más infortunados de los seres, se sueña ardientemente con el progreso y la felicidad del mundo; en esa edad en que el exceso de las esperanzas confusas, de las pasiones poderosas, se disimulan bajo un estoicismo que parece eterno y se renuncia fácilmente á todo precisamente porque todo nos impresiona. Aun hoy, esas dos obras *De la influencia de las pasiones* y el libro de *La Literatura*, me parecen producto glorioso de una época que tuvo su gloria, de la época directorial, ó, mejor dicho, de la Constitución del año III. Las dos me representan, con su aire de juventud, la poesía y la filosofía exaltadas, entusiastas y puras de este período republicano. M. de Chateaubriand y el movimiento reaccionario no habían llegado todavía. Solamente Mad. de Staël propagaba el sentimiento y el espiritualismo poético, pero de acuerdo con la filosofía y el siglo.

El libro *De la influencia de las pasiones* fué acogido favorablemente. *El Mercurio* publicó algunos fragmentos, seguidos de grandes elogios. Mad. de Staël había regresado á París, y desde aquel año, el 95, hasta su destierro, pasó en la capital largas temporadas. No necesito ocuparme al detalle de su conducta política, porque ella misma la explica en sus *Consideraciones sobre la Revolución francesa*, y sería aventurado suplir lo que ella no dice, con hipótesis más ó menos admisibles. Sin embargo, en un espiritual fragmento sobre Benjamín Constans, publicado por la *Revista de los Dos Mundos*, se da una idea inexacta de Mad. Staël y sus relaciones de entonces, siguiendo un error muy extendido que me veo en la precisión de rectificar. El salón de Mad. de Staël en París se presenta como un círculo de malcontentos, de partidarios del antiguo y del nuevo régimen incompatibles con una república pura y hostiles á su definitivo establecimiento. Benjamín Constans aparece, por el contrario, en el candor del noviciado, inclinado hacia los republicanos moderados, hacia esos mismos *patriotas*, esas almas sanguinarias que figuran en el salón de Mad. de Staël. Exacto y bien informado respecto á las opiniones de Benjamín Constans, no ha hecho la misma justicia el ingenioso escritor á Mad. de Staël. Cualquiera que fuera la heterogeneidad inevitable de su salón, igual á la de todos los salones de esta época, sus ideas eran las mismas y elevadas como siempre. Sin atenerme á lo que ella expresa en sus *Consideraciones*, no presentaré otra prueba que sus escritos del 95 al 1800 y los resultados ostensibles de

sus actos. Hay, en general, dos clases de personas, á las cuales no se deben consultar ni creer cuando se trate de las relaciones de Mad. de Staël durante este período; de una parte los viejos realistas fieles á la tradición pura; éstos la acusan de alianzas monstruosas, de jacobinismo, ¡qué se yo de cuántas cosas!; de otra parte hay que recusar también á los convencionales más ó menos ardientes que pasando por Fructidor y Brumario sirvieron, finalmente, al Imperio. Ni unos ni otros hicieron nunca justicia á Mad. de Staël.

Los amigos políticos, los verdaderos amigos de Mad. de Staël en esta época, deben buscarse en el brillante grupo donde figuran Lanjuinais, Boissy-d'Anglas, Cabanis, Garat, Daunon, Tracy, Chenier. Ella los estimaba y los buscaba; su amistad con alguno de ellos fué muy grande. Desde el 18 de Brumario, con interés más vivo, la oposición de Benjamín Constans al Tribunado estrechó más y más aquellos vínculos. Solamente, como más adelante veremos, encontró entre estos amigos políticos, celosos defensores que protestaron contra las injurias que la dirigía el partido contrario. Dicho esto, me apresuro á decirlo, nunca presentaré á Mad. de Staël más consecuente en materia de ideas, más circunspecta en materia de relaciones, más exclusivista, en fin, de lo que fué realmente. Exclusivista nunca lo fué, lo he indicado desde el principio, y lo demuestra que al mismo tiempo que su inteligencia varonil se declaraba por la causa republicana, su espíritu simpatizaba con opiniones y sentimientos muy distintos, y sus gustos eran de una naturaleza mucho más frívola en infinidad de cosas. Si Garat, Cabanis, Chenier, Ginguené, Daunon, se reunían á comer en su casa con Benjamín Constans una vez á la semana, los demás días eran dedicados á otros amigos, á otros gustos sociales, á las expansiones del sentimiento. M. de Montmorency ó cualquier otro personaje de la misma esfera, no se encontraron nunca, ni por casualidad, el día en que los escritores de la *Década filosófica* comían juntos. Ginguené hizo esta observación, y no se mostraba muy satisfecho de estas separaciones sospechosas que parecían sobreentender una predilección por la aristocracia. Sus compañeros lograron que fuera tolerante. El encanto de la conversación de Mad. de Staël y su amabilidad, mantenían la cordialidad de relaciones.

El libro *De la literatura considerada en sus relaciones con las instituciones sociales* apareció en 1800, un año antes de otro libro glorioso, *Bellezas morales y poéticas de la*

religión cristiana. Si el libro *De la literatura* no ha influido después como era lógico esperar, alcanzó al aparecer un éxito inmenso y provocó un violento combate. Trataré de reconstituir la escena, los accidentes principales, y de exhumar algunos actores que yacen sin nombre en la fosa común de esos vastos cementerios llamados *periódicos*.

Se ha observado muchas veces un desacuerdo sorprendente entre los principios políticos avanzados de algunos hombres, y sus principios literarios diametralmente opuestos. Los liberales y los republicanos suelen mostrarse religiosamente clásicos en sus teorías literarias; las innovaciones audaces han tenido su origen frecuentemente en el bando conservador. El libro *De la literatura* estaba destinado á evitar este desacuerdo lastimoso, y el espíritu que lo inspiró hubiera ciertamente conseguido mayores resultados si las instituciones de libertad política, necesarias á un desenvolvimiento natural, no hubieran interrumpido bruscamente las ideas morales y literarias que en el libro aparecían. En una palabra, las generaciones jóvenes, si hubieran tenido tiempo de formarse bajo un régimen prudentemente directorial ó moderadamente consular, hubieran podido favorecer el desarrollo de esta inspiración poética, sentimental, y, por lo tanto, de acuerdo con los resultados de la filosofía y de los progresos modernos. El divorcio, el desacuerdo, no ha cesado, pues, todavía.

La idea que más fija la atención de Mad. de Staël en la obra de que trato, es la perfectibilidad indefinida de la especie humana. Esta idea que ya en Bacon se encuentra cuando dice: *Antiquitas sæculi, juventus mundi;* que M. Leroux ha encontrado esplícitamente indicada en el siglo XVIII y en más de un pasaje de Fontenelle y de Serrault; esta idea de la cual se valió Turgot para un discurso en la Sorbona y que entusiasmaba á Condorcet, es también expresada por Mad. de Staël enérgicamente. «Yo no pienso—dice—que esta gran obra de la naturaleza moral haya sido nunca abandonada; en los períodos luminosos como en los siglos de tinieblas, la marcha gradual del espíritu humano no ha sido nunca interrumpida.» Y dice luego: «Estudiando la historia, me parece que se adquiere la convicción de que todos los grandes sucesos tienden á un solo fin: la civilización universal...» «Yo admito con todas mis facultades esta creencia filosófica; una de sus principales ventajas es la de inspirar un sentimiento de elevación.» Mad. de Staël no ha sometido á la ley de perfectibilidad las bellas artes, las

que más particularmente dependen de la imaginación; pero cree en el progreso, sobre todo en las ciencias, la filosofía, la historia misma, y también, en determinados conceptos, en la poesía, que es de todas las artes la que más directamente depende del pensamiento, tomando en los tiempos modernos acentos de profunda melancolía, de tristeza, llegando al análisis de las pasiones humanas. En este sentido, se declara su predilección por Ossian, por Werther, por Helvira de Pope, la Julia de Rousseau y Amenaïde en *Tancredo*. Las numerosas apreciaciones sobre la literatura griega, muy discutibles por la ligereza de los detalles, son exactos bajo un punto de vista general, en medio de los errores y de las insuficiencias. El carácter elocuentemente filosófico de la literatura latina, aparece en Mad. de Staël con firmeza; se ve que se ha inspirado en Salustio y en Cicerón, y que admite relaciones existentes ó posibles con la época contemporánea, con el genio heroico de la Francia. La influencia del cristianismo sobre la sociedad, después de la mezcla de los bárbaros y los romanos degenerados, no le es del todo desconocida, pero esta apreciación, este homenaje, están reducidos á términos filosóficos. Una idea nueva y fecunda, llevada á la práctica en estos últimos tiempos, desenvuelta por el sansimonismo y otras escuelas, pertenece, en justicia, á Mad de Staël; la Revolución francesa motivó una verdadera invasión de bárbaros dentro de la sociedad misma; era necesario civilizarlos, combinar los elementos bajo un régimen de libertad y de igualdad. Se puede fácilmente hoy día completar el pensamiento de Mad. de Staël; en el 89 se verificó la invasión de la burguesía; el pueblo de las últimas capas sociales que abrió la brecha en el 93, ha sido rechazado después en muchas ocasiones, y la burguesía se ha parapetado tras de fuertes murallas. Hoy día no hay invasiones; atravesamos un período de reposo como Roma bajo el imperio de Probo. Nuevas invasiones nos amenazan, sin embargo, y falta saber si se podrán dirigir y moderar por medios pacíficos, ó si no se podrán evitar los procedimientos violentos. En ambos casos será necesario organizar y combinar los elementos resultantes. Sobre la masa combinada de bárbaros y de romanos influyó el cristianismo; ¿dónde está el nuevo cristianismo que ha de prestar, llegada la ocasión, su concurso moral? «Dichosos nosotros—exclama Mad. de Staël—si encontramos, como en la época de invasión de los pueblos del Norte, un sistema filosófico, un entusiasmo por la virtud,

una legislación enérgica y justa, que sea, como la religión cristiana lo fué, lazo de estrecha unión entre vencedores y vencidos.» Más tarde, cuando Mad. de Staël tenía más años y menos fe en el acierto humano, consideró el antiguo cristianismo como única tabla de salvación. Para los espíritus reflexivos, aun los más religiosos, la inquietud que produce el gran problema no ha disminuido.

Al aparecer el libro *De la literatura*, la *Década filosófica* publicó tres artículos sin firma y sin iniciales; constituían un análisis muy exacto y muy detallado con observaciones críticas, en las cuales iban compaginados el elogio y la justicia. Se hacía observar que Ossian no es más que una figura incompleta de la poesía del Norte y que el honor de representarla pertenecía de derecho á Shakespeare. Se lee, á propósito de los poemas de Homero, esta frase que anuncia á un literato al corriente de los diversos sistemas: «Mad. de Staël admite, sin género de duda y sin discusión, que esos poemas son obra de la misma persona y anteriores á todo otro poema griego. Estos hechos han sido frecuentemente discutidos, y una de las consideraciones que prueban que lo pueden seguir siendo, es la imposibilidad en que se está de conciliarlos con muchos de los hechos mejor comprobados de la historia de los conocimientos humanos.» El crítico censura al libro por falta de plan y de método. «Otro género de faltas—añade—es la sutilidad exagerada de ciertas combinaciones de ideas. Se aplica algunas veces á hechos generales bien comprobados, causas demasiado ingeniosamente buscadas para ser absolutamente verdaderas, demasiado particulares para responder á los resultados conocidos.» Pero elogia francamente la fuerza y la originalidad. «Estas dos cualidades—dice—agradan tanto más, cuando se sabe que son el producto de una sensibilidad delicada y profunda, que gusta de buscar lo más elevado, lo más semejante á los grandes sentimientos del espíritu.»

La Llave del gabinete de los soberanos, periódico publicado por Panckouke, ocupándose de la obra de Mad. de Staël, insertó las *Observaciones* debidas al médico literato Roussel, autor del libro *De la mujer;* pero lo más notable fué un juicio de Daunon muy ingenioso y exacto, en el cual las observaciones son más bien insinuadas que expresadas, según la discreta costumbre de este sabio escritor, cuya autoridad da caracteres de perfectibilidad á todo lo que escribe. El *Diario de los Debates* acogió en sus

columnas, aunque tachando algo, un artículo encomiástico de M. Hochet; pero tres días después, como si hubiera sido sorprendida su buena fe, publicó, bajo el título de *Variedades,* un artículo sin firma, en el cual no se nombraba á Mad. de Staël, pero en el que el sistema de perfectibilidad y las desastrosas consecuencias que se le suponen, son viva y violentamente combatidas. «El genio que preside los destinos de la Francia, es el genio de la sabiduría. Tiene delante de sus ojos la experiencia de los siglos y de la revolución. No hace ningún caso de vanas teorías y no ambiciona la gloria de los sistemas; sabe que los hombres han sido siempre los mismos; que nada puede cambiar su naturaleza, y sólo en el pasado busca lecciones y reglas para el presente. No está dispuesto de ningún modo á proporcionarnos nuevas desdichas con nuevos ensayos, persiguiendo la quimera de una perfección imposible, etc., etc.» Los artículos más célebres relativos á Mad. de Staël, fueron los dos de Fontanes en *El Mercurio,* de Francia.

La reacción monárquica, religiosa y literaria de 1800, se iniciaba ya en todas partes. Bonaparte favorecía el movimiento porque debía aprovecharse de él. *El Diario de los Debates* restableció solemnemente la crítica literaria y declaró en un artículo de Geoffroy que «la extinción de los partidos, la tranquilidad pública establecida sobre bases sólidas y un gobierno fuerte, sabio y moderado, habían, por fin, proporcionado al pueblo francés el reposo suficiente para darse cuenta de sus ideas.» Dussault, Feletz, De Calot, Fiévée, Saint-Víctor, el abate de Boulogne, escribían frecuentemente en este periódico. *El Mercurio* de Francia había sido restablecido ó al menos reformado, y en el primer número apareció el primer artículo de Fontanes contra Mad. de Staël. Con Fontanes escribían La Harpe, el abate de Vauxcelles, Gueneau de Mussy, M. de Bonald, M. de Chateaubriand y muchos de los escritores de *Los Debates*. Cada número de *El Mercurio* era anunciado con grandes elogios por su auxiliar diario que reproducía largos fragmentos. Había vuelto á abrir sus puertas el Liceo en la calle de Valois, y La Harpe pronunció contra el siglo XVIII y contra la Revolución sus brillantes y sinceras palinodias que *Los Debates* del día siguiente y *El Mercurio* de la semana, reproducían comentándolos. «El caos formado por los años de lucha y de confusión ha producido tristes resultados»—escribían en *Los Debates*—y para remediar los desórdenes del gusto, proponía el

restablecimiento de la antigua *Academia francesa*. M. Michaud, de vuelta del destierro adonde le había conducido el 18 de Fructidor, publicaba sus cartas á Delille *sobre la piedad*, preparando su poema *La Primavera de un proscripto*. Con motivo de la reimpresión hecha en Londres del *Poema de los jardines*, se obligó el *Virgilio francés* á romper por fin un destierro voluntario, á volver á Francia, que era ya digna de él; se le citó el ejemplo de Voltaire que, refugiado durante algún tiempo en Londres, no pudo prolongar una ausencia que hubiera sido punible. La aparición del *Genio del cristianismo* dió un esplendor incomparable á esta restauración, ya brillante por sí, rodeándola de una aureola de gloria.

Mad. de Staël que salía de la Revolución, que se inspiraba en la filosofía, que censuró el reinado de Luis XIV y que soñaba con un ideal de restablecimiento republicano, debia ser considerada por todos los hombres de este campo como enemiga, como adversaria. En primera línea figuró Fontanes con su crítica meticulosa y poco benévola. Elogia la obra de Mad. de Staël cuando la consagra á la gloria de Rousseau: «Después de esta fecha, los ensayos de Mad. de Staël parece que no han alcanzado el mismo aplauso.» Censura luego el sistema de perfectibilidad; presenta á Mad. de Staël exaltada por la perfección sucesiva y continua del espíritu humano, conmovida ante la corrupción de los tiempos, en situación semejante á la de aquellos filósofos de que habla Voltaire:

«Que gritaban *Todo es bueno* con voz plañidera.»

De esta contradicción, que no es más que aparente, sacó gran partido. Los partidarios de la perfectibilidad, como es natural, censuran el presente, ó por lo menos le desacreditan; los incrédulos de la perfectibilidad son menos irascibles y aceptan de mejor grado las cosas existentes tratándose de acomodarse á ellas. Fontanes, explotando esta contradicción picante, dice que siempre que el sueño de la perfectibilidad se apodera de los espíritus, los imperios están amenazados de grandes catástrofes... «El docto Varrón contó en su tiempo más de 488 opiniones sobre el soberano bien... de la época de Mario y de Sila. Es un placer como otro que se da el espíritu humano.» Según Fontanes, que cita á este propósito una frase de Condorcet, es á Voltaire á quien se debe esta *consoladora* idea de la perfectibilidad. La crítica parte de ella para aminorar espiritualmente la cuestión y para reducirla poco á poco á las dimensiones de este verso de *El Mundano:*

¡Oh! ¡le bon temps, que ce siècle de fer!

Es, efectivamente, el mejor resumen y el más elegante que puede hacer de todo lo que ha sido relatado con este motivo. El espíritu varonil y serio de Mad. de Staël debía sentirse afligido por esta crítica burlona y rastrera. En la intimidad exclamaba con impaciencia: «¡Oh! Si yo fuera hombre, aunque fuera pequeño, ¡cómo contestaría á esos antifilósofos!» El primer artículo de *El Mercurio* terminaba con este postscriptum memorable: «Cuando las cuartillas de este artículo fueron á la imprenta, la casualidad puso en nuestras manos una obra inédita todavía que se titula *Las Bellezas morales y poéticas de la Religión cristiana*. Publicaremos algunos fragmentos, en los cuales el autor trata de una manera nueva las mismas cuestiones que Mad. de Staël.» Así empezó la rivalidad entra Mad. de Staël y M. de Chateaubriand. Fontanes, protector y sostenedor de M. de Chateaubriand, atacó al autor de *La Literatura;* en *La Década* Ginguené, que debía elogiar á *Delfina* atacó el *Genio del cristianismo* en represalias, no vacilando en declarar que dicha obra, exageradamente elogiada, había nacido muerta. Atengámonos nosotros á juicios desapasionados sobre estos dos contemporáneos ilustres.

En su segundo artículo, Fontanes venga á los griegos de la invasión *del género melancólico y sombrío; género peculiar del espíritu del cristianismo y muy favorable, por lo tanto, á los progresos de la filosofía moderna.* Parece que en la primera edición, Mad. de Staël había escrito esta frase modificándola después: «Anacreonte pertenece á siglos muy *anteriores* de la filosofía que *entraña* su género.»—«¡Ah!—exclama Fontanes—¿qué mujer digna de inspirar sus canciones se ha expresado jamás de este modo al hablar del pintor del amor y del placer?» Respecto á la fantasía melancólica en las *Impresiones solitarias* que Mad. de Staël niega á los griegos, pregunta dónde se observa mejor. ¿Había olvidado ya, por consiguiente, la lectura confidencial que acababa de hacerle de *René*? Estos artículos, por otra parte, están llenos de detalles y apreciaciones muy justas. Cuando defiende á Homero contra Ossian alcanza el triunfo fácilmente, y en esta querella mantenida entre el Norte y el Mediodía recuerda que las poesías más melancólicas han sido compuestas hace más de tres mil años por el árabe Job. Los artículos de Fontanes hicieron mucho ruido y excitaron en diversos sentidos las pasiones. ¿Será necesario, después de citados estos artículos, citar los de Geoffroy, que exponía en ellos las mismas ideas aunque sin la urbanidad maliciosa y la gracia elegante de Fontanes?

Al publicar la segunda edición del libro de *La Literatura*, que apareció seis meses después de la primera, Mad. Staël intentó refutar los argumentos de Fontanes y poner en claro la cuestión, descartando de ella los habilidosos distingos con que Fontanes la había embrollado. La autora sólo se venga personalmente del crítico citando con elogio su poema *Día de los muertos en el campo*, pero fustiga sin piedad ese falso *buen gusto* que consiste en revestir con un estilo vulgar ideas más vulgares todavía. Tal sistema es menos expuesto para la crítica. Esas frases, tan conocidas, son como los inquilinos de una casa: se les deja pasar sin preguntarles nada. No existe un solo escritor, elocuente ó pensador, cuyo estilo no contenga expresiones que hayan asombrado á aquellos que las han leído por primera vez. Se ve que Mad. de Staël no se contenta tan fácilmente como Boileau cuando escribía á Brochette: «Bayle es un gran genio; es un hombre que ocupa un sitio preeminente; su estilo es enérgico y claro; se entiende todo lo que dice.»

Pensaba Mad. Staël, y con razón, que hay un estilo superior todavía al suyo. Su segunda edición dió motivo á un artículo de *Los Debates*, en el cual se la dijo como respuesta al pasaje precedente del nuevo prefacio: «Todos los buenos literatos convienen en que la forma de nuestro idioma ha sido fijada y determinada por los grandes escritores. Es necesario distinguir en un idioma lo que pertenece al gusto y á la imaginación, de lo que nada tiene de común con ellos. Nada impide hoy día inventar nuevas palabras cuando son absolutamente necesarias; pero no debemos inventar nuevas figuras, so pena de desnaturalizar nuestra lengua ó falsear sus caracteres.» A esta extraña afirmación dió una respuesta *La Década;* creo que la contestación es de Ginguené: el crítico filósofo se ve precisado á declararse innovador en literatura para refutar la crítica de *Los Debates*, «El espíritu no quiere perfeccionarse». «Si hubiera habido en tiempos de Corneille periodistas que hubieran usado parecido lenguaje, y Corneille y sus sucesores hubiesen sido á su vez tan tontos que les hicieran caso, nuestra literatura no se hubiera elevado de Malherbe, de Regnier, de Voiture y de Brébeuf. Este hombre es el mismo que quiere continuar ahora el *Anuario literario*, de Freron; no es digno de ello.» Se ve que es á Geoffroy á quien Ginguené atribuye, quizá equivocadamente, el artículo de *Los Debates*. Se ve naturalmente obligado á citar una nota de Lemercier, añadida al poema de *Homero* que acababa de aparecer. «Los pedantes—dice

Lemercier, entonces innovador—se fijan en las palabras y no en los hechos. Se preocupan mucho al escribir para emplear eso que llaman *negligencias de estilo*. Subligni encuentra cuatrocientas faltas en la *Andrómaca* de Racine; muchos de los versos donde se encuentran son inmortales. ¡Los críticos acusan á Boileau de no escribir en francés! El genio tiene su lengua... ¿Quién no sabe que por Ennio y Lucrecio se atacaba á Horacio y Virgilio? Su latín era desconocido la víspera del día en que aparecieron. Se dirá, como de costumbre, que esta afirmación abre la puerta al mal gusto, ¿pero acaso puede estar cerrada?» ¿No prueban todas estas citas, que los hombres del movimiento político y republicano hubieran sido los llamados á dirigir el movimiento literario si las sacudidas del despotismo no hubieran esterilizado sus iniciativas?

En la *Biblioteca universal é histórica* de Le Clerc, año 1867, á propósito de las *Observaciones* de Vangelas, se encuentra una juiciosa protesta anónima contra la reglamentación rigurosa de la frase, contra las restricciones de algunas metáforas que el uso ha admitido. Los espíritus libres en cuestiones literarias, leerán con agradable sorpresa este fragmento, como agradablemente nos sorprendemos también al encontrar algunas de las ideas del 89 en Fenelón.

Me complace—lo confieso—poder responder con frases ajenas á ciertas afirmaciones que me parecen poco aceptables en las teorías literarias admitidas por muchos de nuestros atrevidos políticos y por algunos críticos jóvenes. Los defensores de un gusto esclusivista y de una lengua fija, desempeñan un triste papel en literatura. Tienen el oficio de sembrar obstáculos al talento, y cuando alguno se hace plaza á viva fuerza, se aprovechan de él para impedir el paso á los que vienen detrás. Hace veinte años oponían una barrera á Mad. de Staël y á M. de Chateaubriand. Cuando estos la franquearon se sirvieron de su triunfo para molestar á los demás que querían también llegar á la meta. Este oficio podrá tener su utilidad y su mérito; todo talento debe pasar su cuarentena, pero convengamos en que el papel no es muy lucido.

El artículo más notable á que dió motivo el libro de *La Literatura*, es una larga carta de M. de Chateaubriand, inserta en *El Mercurio*, de Francia. La carta, dirigida *al ciudadano Fontanes*, está firmada «*El autor del Genio del cristianismo*». Este libro tan anunciado no había aparecido todavía. Su joven autor, con perfecta cortesía y á vuelta de

mil elogios, combate los principios de Mad. de Staël. «Concede—dice—á la filosofía, lo que pertenece á la religión. Mi locura consiste en ver á Jesucristo en todas partes; Mad. de Staël en cambio ve la perfectibilidad. Deploro mucho que la autora no haya desarrollado religiosamente el sistema de las pasiones; la perfectibilidad, en mi opinión, no es el instrumento del cual es necesario servirse para medir las debilidades.» Y añade en otro párrafo: «Algunas veces Mad. de Staël parece cristiana; pero en seguida la filosofía la domina. Inspirada de cuando en cuando por su sensibilidad natural, deja libertad á su alma; pero en seguida el afán de la *argumentación* anula los más nobles impulsos de su espíritu. En su libro hay una mezcla singular de verdades y de errores.» En los elogios se observa cierta maliciosa galantería. «En amor, Mad. de Staël comenta á Fedro. Sus observaciones son delicadas, y se ve por ellas que ha entendido perfectamente el texto.» La carta termina con un apóstrofe elocuente: «He aquí lo que yo me atrevería á decirla si tuviera el honor de conocerla: Sois, sin duda, una mujer superior; vuestra inteligencia es poderosa y vuestra imaginación brillante: vuestra expresión es casi siempre soberbia... Pero á pesar de todo esto, vuestra obra no es lo que hubiera podido ser. El estilo es monótono, sin movimiento, enmarañado por las expresiones metafísicas. La sofistería de las ideas desagrada, la erudición no satisface, y el corazón aparece siempre sacrificado al pensamiento. Vuestro talento no brilla; la filosofía lo oscurece. He aquí como yo hablaría á Mad. de Staël. Luego añadiría: Parece que no sois dichosa; echáis de menos—y lo decís en vuestra obra—corazones que os comprendan. Hay muchas almas que buscan en vano otra alma gemela. ¿Cómo la filosofía va á suplir ese vacío? ¿Cómo llenar el desierto con el desierto?, etc.» Mad. de Staël deseó conocer al autor de la carta de *El Mercurio*, y esta polémica fué el origen de la unión entre estos genios, cuyos nombres y cuya gloria estamos acostumbrados á enlazar. Esta unión, no fué, por lo tanto, lo que algunos imaginan; siguieron en sus campos respectivos, separados por un límite, y cada cual en el suyo conservó su personalidad y sus méritos. No lo comprendieron así algunos escritores. Michaud escribía á Mad. de Staël: «Habéis derrotado á ese pobre Chateaubriand; supongo que se dará por muerto.» Adorador del genio griego y de las pompas del catolicismo, Chateaubriand no simpatizaba con el predominio del pensamiento y de la intención sobre la forma, y descono-

cía, por lo tanto, la belleza de ciertas ideas delicadas, espirituales. Su admiración por Mad. de Staël no llegaba á la que Mad. de Staël le tributaba sinceramente. Sin embargo, por casualidad ó por olvido involuntario, Mad. de Staël le cita poco en sus numerosas obras. En el prefacio de *Delfina* dedica algunas frases á *El Genio del cristianismo; Sus mismos adversarios*—dice—*deben admirar la imaginación original, brillante y extraordinaria del autor*. M. de Chateaubriand, en un artículo de *El Mercurio*, acerca de M. de Bonald, devuelve en algunas líneas el elogio á Mad. de Staël; pero á pesar de estos mutuos homenajes, se comprende que conservan sus respectivas posiciones y que siguen siendo adversarios. Chateaubriand y Mad. de Staël permanecían separados. Sólo después, al juzgarlos, la posteridad los ve juntos por un efecto de perspectiva, formando la doble columna sobre la cual se sustentaba el siglo naciente. Las generaciones posteriores á *Los Mártires* y á *Corina*, consideramos á los dos autores como dos glorias inseparables.

Si verdaderamente existen grandes diferencias en su manera artística, no es menos cierto que en el fondo hay gran semejanza entre ambos autores. Los dos aman la libertad; á los dos mortifica una misma tiranía; los dos son capaces de sentir la grandeza de los destinos populares sin abjurar de sus simpatías aristocráticas; los dos trabajan por el predominio del sentimiento religioso, aunque bajo aspectos muy diferentes. Al mismo Chateaubriand es á quien Mad. de Staël dijo estas hermosas palabras: «Soy siempre la misma: amo á Dios, á mi padre y á la libertad.» En política, como en filosofía, pensaron de distinto modo. En las *Consideraciones sobre la Revolución francesa*, no era nombrado tampoco Chateaubriand. Este, por su parte, en un fragmento publicado por *El Conservador*, tributaba un respetuoso elogio á Mad. de Staël; pero siempre con las mismas reservas de adversario cortés. El desacuerdo cesó de pronto. Una mujer, Mad. Recamier, que por singular coincidencia había conocido á Chateaubriand en casa de Mad. de Staël en 1801, que en 1814 volvió á encontrarlo en la misma casa, fué el lazo de unión entre ambos. M. de Chateaubriand modificó sus primeros juicios, y la barrera que los separaba rodó deshecha por el suelo.

Estas piadosas alianzas de los genios rivales honran á nuestro siglo. Gœthe y Schiller, Scott y Byron, Chateaubriand y Mad. de Staël... Voltaire insultó á Juan Jacobo..., la humanidad los reconcilia... Ra-

cine y Molière no simpatizaban; vedlos hoy juntos. Hay en todo esto una grandeza poética indefinible...

II

Se observa en Mad. de Staël, después de la publicación del libro de *La Literatura*, una inspiración noblemente ambiciosa, una disposición de espíritu que conserva hasta el año 1811, en que se verifica en ella un cambio radical. Consideraba antes la literatura como un órgano de la sensibilidad, como expresión del sentimiento. Se desesperaba, se quejaba de ser calumniada; pasaba del estoicismo mal sostenido á la lamentación elocuente; quería amar..., quería morir. Pero de pronto se da cuenta de que el dolor no mata; que las facultades del pensamiento, que las potencias del alma se engrandecen con el dolor; comprende que no será nunca amada como ella ama y que es necesario emplear en algo la vida. Entonces piensa seriamente en utitizar sus facultades, su talento..., en no abatirse..., y se lanza fieramente á la lucha. «¡Seamos fuertes —exclama en el prefacio de su libro;—no abandonemos el campo á nuestros enemigos; no les proporcionemos la satisfacción del triunfo y el placer de decir que han abatido nuestras facultades intelectuales! ¡Busquemos la gloria nosotros los que hasta ahora nos contentábamos con el cariño!» Su corazón, que hasta entonces sólo había albergado el sentimiento, albergó la ambición de la gloria. Su bajel, combatido por la tempestad al salir del puerto, había buscado el abrigo de la playa. Ahora la playa quedaba atrás; el barco desafiaba el poder de las olas y las hendía lanzándose á alta mar. *Delfina, Corina,* el libro *La Alemania* fueron las conquistas sucesivas de la gloriosa aventura. Mad. de Staël en 1800 era joven todavía; pero esta juventud de más de treinta años no le había dejado ni una sola ilusión. Dirigió sus ojos á tiempo al horizonte esplendoroso de la gloria, cuando el otro horizonte, el de su juventud, comenzaba á empalidecer. *Corina* marca el punto prominente de la vida de Mad. de Staël. Toda existencia humana tiene su monte sagrado; su capitolio. El capitolio, el cabo Misseno de *Corina* es también el de Mad. de Staël. Después... la juventud que huye, las persecuciones que crecen, las amistades que se entibian, la salud que se pierde, todo contribuye, como veremos, á la agonía del genio que muere al fin en la sombra. A

contar desde 1811, sobre todo, examinando el fondo del pensamiento de Mad. de Staël, encontraremos gradualmente el recogimiento de la religión, el dolor, los ímpetus contenidos y aquel espíritu hasta entonces violento como un océano, tranquilo también á veces como él, llegó al último límite, á la playa donde mueren las ondas. Veremos, en fin, al término de esta existencia gloriosa como al término de la existencia más humilde, una modesta cruz. Pero al prescindir Mad. de Staël de los sueños del sentimiento, de las esperanzas y de las decepciones novelescas, estamos todavía en los felices años del triunfo.

Si el libro de *La Literatura* tuvo éxito tan grande, no fué menor el de *Delfina*, publicado á fines de 1802. Júzguese lo que debía ser este libro en una sociedad exaltada por las vicisitudes políticas, por los conflictos, cuando *El Genio del cristianismo* acababa de poner en boga las discusiones religiosas, en la época del Concordato y de la modificación de la ley sobre el divorcio. Benjamín Constans ha escrito que quizá en las páginas que Mad. de Staël consagra á su padre es donde mejor puede verse su espíritu; pero es según el libro que se lee. «*Corina* — dice Mad. Necker de Saussure — es el ideal de Mad. de Staël; *Delfina* es la representación de su juventud.» *Delfina*, para Mad. de Staël, es una personificación de sus años de puro sentimiento y de ternura, en el momento mismo en que, desligándose del pasado, le envía un supremo adiós y entra en el templo de la gloria.

En *Delfina*, el autor ha querido hacer una novela muy natural, de análisis, de observación moral y de pasión. Por mi parte, aunque me parecen encantadoras todas sus páginas, creo que la novela no es tan *natural*, tan *real* como Mad. de Staël anunció en el *Ensayo sobre las ficciones*. Se observan algunos de los defectos de *La Nueva Eloísa*, y la forma de cartas se presta mucho á los convencionalismos literarios.

Uno de los inconvenientes de la forma epistolar en las novelas es que desde el primer momento los personajes escriben sus cartas respectivas demasiado de acuerdo con el carácter que se les atribuye.

Desde la primera carta de Matilde se adivina su carácter áspero y seco, y la rigidez de una devota. Leoncio, en su primera carta á M. Bartón, diserta sobre el honor, que es su rasgo distintivo. Todas las cartas de Clara d'Orbe (nueva Eloísa) son alegres, alocadas... En una palabra: los personajes de las novelas por cartas, desde el momento en que cogen la pluma parece que

se retratan, que se presentan al lector sin omitir los más insignificantes detalles personales...

El procedimiento resulta fastidioso. Pero admitido este defecto de forma, ¡cuánta delicadeza y cuanta pasión hay en Delfina! ¡Cuánta sensibilidad y qué penetración más sutil de los caracteres! A propósito de ellos hay que decir que eran tanto más difíciles de pintar por no existir en la sociedad aquella modelos que facilitasen la tarea. Yo no creo en las copias exactas de los novelistas de imaginación fecunda; trasladan á sus páginas los rasgos esenciales, pero nada más; solamente se reproduce á la perfección un carácter cuando el autor lo crea por entero. Pero entonces había que buscar un modelo vivo para cada figura. Delfina se parecía evidentemente á Mad. Staël: pero, ¿á quién se parecían M. de Sebensei, Mad. de Ceslebe, Matilde y Mad. de Vernón? En Mad. de Ceslebe créese reconocer á Mad. Necker de Saussure; en en M. Sebensei, á Benjamín Constant; pero en este último caso el retrato no es completo; sólo está lo brillante, lo que resalta; por otra parte, la mitad, por lo menos, de las alabanzas tributadas á las cualidades de M. de Senbensei no pueden dirigirse al original sino á título de consejo. En cuanto á Mad. Vernón, el carácter mejor trazado del libro, según todos los críticos, créese adivinar, aunque con la alteración del sexo, el retrato del más famoso de nuestros políticos, de aquel á quien Mad. Staël había hecho borrar el primero de la lista de los emigrados, empujándole hacia el poder antes del 18 de Fructidor, y que sólo la había correspondido por egoismo con una amistad cortés y fría.

«El día—dice Mad. de Staël—en que la señal de la oposición fué dada en el Tribunado por uno de mis amigos, debía yo reunir en mi casa á muchas personas, cuyo trato me complacía en extremo, y que eran adictas todas al nuevo gobierno. Recibí diez tarjetas de excusa. No me sorprendieron la primera y la segunda; pero, á medida que las tarjetas se sucedían, empezé á sentir gran turbación.» El hombre á quien había servido generosamente se apartaba de ella, enviándole una simple tarjeta de excusa. Pero Mad. de Staël, como Delfina, no podía vivir sin perdonar. En 1808 se dirigía desde Viena á este mismo personaje como á un antiguo amigo con el cual se cuenta; le recordaba sin amargura el pasado: «Hace trece años me escribíais desde América: *si sigo aquí un año más, me muero*. Lo mismo podría yo decir ahora.» Luego añadía estas palabras impregnadas de tristeza: «Adiós;

¿sois dichoso? Con un espíritu tan superior, ¿no habéis llegado nunca al fondo de todo, es decir, hasta el dolor?» Sin pretender que Mad. de Vernón sea en absoluto un retrato algo disimulado, y sin la pretensión de identificar por completo con el modelo á esta mujer cuya amabilidad seductora no deja tras sí más que descontentos, á esta mujer de conducta tan complicada y conversación tan sencilla, que da dulces entonaciones á su palabra y tiene cierto aire soñador durante el silencio, etc., etc., nos ha sido imposible no fijar la atención en uno de los rasgos. «Nadie sabe mejor que yo—dice Mad. de Vernón en la carta XXVIII—hacer uso de la indolencia; me sirvo de ella perfectamente para contrarrestar la actividad de los demás. No me he tomado el trabajo de *querer* cuatro veces en mi vida; pero cuando me decido á ello, voy sin vacilar por el camino que me he trazado hasta conseguir mi objeto.» Yo veía en esta frase expresado con toda claridad algo muy característico aplicable á la hábil indolencia del personaje citado, cuando una tarde oí á un notable diplomático, al cual se preguntaba si iba á volver pronto á su puesto, responder lo siguiente:—«No tengo prisa nunca. Era yo muy joven todavía cuando M. de Talleyrand me dió esta regla invariable de conducta: *No os apresuréis nunca.*» ¿Acaso no consiste en esto toda la teoría de Mad. de Vernón?

Puesto que nos ocupamos de los rasgos reales que pueda haber en los personajes de *Delfina*, no nos debemos olvidar de uno que revela el alma de Mad. de Staël. En el final de *Delfina* (hablo del primitivo, que es el más bello), la heroína, después de haber agotado todos los ruegos con el juez de Leoncio, sabe que el hijo del magistrado está enfermo y lanza este grito sublime: *¡Eh bien! votre enfant, si vous livrez Leonce au tribunal, votre enfant, ¡il mourra! ¡il mourra!* Esta frase de Delfina fué realmente pronunciada por Mad. Staël cuando, después del 18 Fructidor, corrió tras el general Lemoine para solicitar la gracia del perdón para M. de Norvins que iba á ser fusilado. El sentimiento de humanidad dominaba impetuosamente en su espíritu sin concederle un momento de tregua. En 1802, inquieta por la suerte de Chenier, amenazado de proscripción, le buscó solícitamente, ofreciéndole asilo, dinero, pasaporte. ¡Cuántas veces hizo lo mismo, durante el año 92 y en todas las épocas de su vida!

«Mis opiniones políticas son los nombres propios»—decía. ¡Ah, no! ¡Sus opiniones políticas estaban ba-

sadas en principios; pero los nombres propios, es decir, las personas, los amigos, los desconocidos, todo aquel que sufría, tenían un lugar en su alma generosa, y los principios políticos se oscurecían ante el principio hermoso de amor á la humanidad!

Cuando *Delfina* apareció, la crítica no se pudo contener; había dado con una gran obra. Todas las opiniones, en efecto, sobre la religión, sobre la política, sobre el matrimonio, eran de gran oportunidad en 1802. *El Diario de los Debates* publicó un artículo firmado A. (de M. de Feletz), artículo de tono agridulce, pero sumamente cortés; la crítica de salón se hacía órgano de las censuras de la gran sociedad que renacía. «Nada más peligroso y más inmoral que los principios propagados por esta obra. Olvidando aquellos en que ha sido educada la hija de M. Necker, el autor de *Las Opiniones religiosas* desprecia la revelación. La hija de Mad. Necker y del autor de una obra contra el divorcio, hacen la apología del divorcio.» En suma; *Delfina* era reputada como «una obra detestable escrita con mucho talento». Creo que este artículo pareció poco razonado, porque el mismo periódico insertó algunos días después dos cartas dirigidas á Mad. de Staël firmadas *El Admirador:* las cartas son de Michaud. En la primera carta examina la tendencia de la novela, que reputa inmoral. La segunda carta se reduce al examen del estilo. «...*¡La elevación de los principios, el terreno de los siglos, los misterios de la suerte, las almas desterradas del amor!*...» Esta fraseología contimental en parte, espiritualista, incoherente, da motivo á las burlas del autor de la carta. M. de Feletz encontró y anotó cierto número de verdaderas incorrecciones y algunas palabras como *insistance*, *persistance*, *vulgarité*, que han sido admitidas á pesar de su veto. Podría censurarse en *Delfina*, haciendo una crítica detallista, ciertas repeticiones, consonancias, pequeñas faltas que Mad. de Staël no evita y en las que nunca incurre un artista escritor.

Mad. de Staël, para quien la palabra «rencor» no tenía sentido, hizo amistad con el autor de las cartas al encontrarlo un día en casa de M. Suard, en aquel salón donde se escuchaban imparcialmente todas las opiniones. El periódico *El Publicista*, dirigido por M. Suard, no tomó parte en la discusión, y se redujo á publicar un artículo de Hochet favorable á *Delfina*.

En este mismo tiempo *El Mercurio* publicaba otro artículo firmado F., tan violento y personal, que

el *Diario de París*, en cuyas columnas M. de Villeterque había juzgado severamente la novela, sobre todo bajo el punto de vista moral, no pudo menos de mostrar su asombro de que un artículo de semejante estilo, apareciera en *El Mercurio* al lado de otro que ostentaba una firma muy apreciada por los amigos del buen gusto y de la decencia. Se leía, en efecto, entre otras cosas: *Delfina habla de amor como una bacante; de Dios como un cuákero; de la muerte como un granadero; de la moral como un sofista.* Fontanes, á quien se señaló como autor del artículo, á causa de la inicial, escribió al *Diario de París* para condenar el artículo, que era, efectivamente, del autor de *La Dote de Susette* y de *Federico*. ¿Acaso en nuestros días no hemos visto una algarada semejante contra la mujer más eminente en literatura, después de la autora de *Delfina?* En *Los Debates* del 12 de Febrero de 1883, Gastón daba cuenta de un folleto en 8.°, de 800 páginas, titulado *Delfina convertida*. En él se hacía decir á Mad. de Staël: «Acabo de entrar en la carrera que muchas mujeres han recorrido con éxito, pero no quiero tomar por modelo ni la *Princesa de Cléves*, ni *Carolina*, ni *Adela de Senange*. Este folleto calumnioso no es más que un cúmulo de frases, tomadas á Mad. de Staël y desnaturalizadas por completo. Mad. de Genlis, que adoptó el papel de moralista, hizo insertar en la *Biblioteca de las novelas* una larga noticia, en la cual, á vuelta de mil falsedades, presentaba á Mad. de Staël como la apologista del suicidio. Mad. de Staël, que, por su parte, había citado con elogio á *Mlle. de Clermont*, dijo por toda venganza: «Ella me ataca y yo la alabo; Mad. de Genlis censuraba en sus *Memorias* á Mad. de Staël, acusándola de ser *ignorante*, lo mismo que antes la había acusado de ser *inmoral*... Pero, al fin, ¡Dios sea loado! aparece arrepentida en una novela titulada *Athenais*, de la cual hablaremos. La influencia de Mad. Recamier, acostumbrada á tales milagros, había conseguido tal efecto.

Necesito pedir perdón por evocar, al hablar de *Delfina*, las censuras agrias é injustas y remover tanto cieno; pero es conveniente, cuando se quiere seguir y trazar la marcha triunfal de un autor, anotarlo todo, hasta las trivialidades más despreciables.

La violencia en el ataque suele producir una reacción á favor del atacado. Los amigos de Mad. de Staël se indignaron, y Mad. de Staël fué enérgicamente defendida. De los dos artículos insertados por Ginguené en *La Década*, el primero

comienza en estos términos: «Ninguna obra ha llamado desde hace mucho tiempo la atención, tanto como esta novela. Ha obtenido un éxito de esos que suelen pagarse. Muchos periodistas, cuya opinión es conocida de antemano con sólo saber el nombre del autor, se han pronunciado violentamente contra *Delfina*, ó, mejor dicho, contra Mad. de Staël. Han atacado á una mujer con incalificable brutalidad y con la seguridad de que su grosería había de quedar impune.» Refiriéndose luego el estilo, dice: «Propiamente hablando, no son las que se le imputan faltas de idioma, sino vicios del mismo idioma, en los cuales, dado su talento, no hubiera incurrido con sólo fijar su atención.» Lo que Ginguené no dijo, es precisamente aquello que debió oponer como argumento en respuesta á las fútiles acusaciones de impiedad é inmoralidad de ciertos críticos groseros y charlatanes; es á saber: la elevación de ideas religiosas que se encuentran expresadas en más de un pasaje de *Delfina*. Sirva de ejemplo la carta de ésta á Leoncio, en la que le invita á tener fe en la religión natural y á abrigar una esperanza común de inmortalidad; otro hecho elocuente: Cuando M. Sebensei, escribiendo á Delfina combate las ideas cristianas de perfeccionamiento por medio del dolor é invoca la ley de la naturaleza, llevando al hombre al bien, *Delfina* no se da por convencida, no cree que el sistema bienhechor de que se le habla responda á todas las combinaciones reales del destino, y que la dicha y la virtud sigan sobre la tierra un mismo sendero.

No es, sin duda, el catolicismo de Teresa de Ervins el que triunfa en *Delfina;* la tendencia es deista, protestante, de un protestantismo unitario que no difiere gran cosa del que profesa el Vicario saboyano. En cuanto á la acusación lanzada sobre *Delfina* de atentar contra el matrimonio, me parece, por el contrario, que la idea primordial del libro es el deseo vehemente de la felicidad dentro del matrimonio; un sentimiento profundo de la imposibilidad de ser dichoso de otro modo, una confesión de obstáculos, entre los cuales es el mayor el desacuerdo social de los mutuos destinos. Esta idea de *la felicidad en el matrimonio* ha perseguido siempre á Mad. Staël. En *La Influencia de las pasiones* habla con exquisita ternura en el capítulo «Del amor», de dos viejos esposos, todavía amantes, que la autora encuentra en Inglaterra. En el libro de *La Literatura* ha citado con gran complacencia los hermosos versos con que termina el primer canto de Thompson sobre la primavera, y en los cuales

se celebra la unión perfecta de las almas, esa unión en que ella no cree.

En *Delfina*, el cuadro dichoso de la familia Belmont, no representa otra cosa que ese edén doméstico tan deseado por la autora. M. Necker, en su *Curso de moral religiosa*, trata de este género de felicidad garantizada por la santidad del lazo. Mad. de Staël, fantaseando tan frecuentemente sobre esto, no necesita ir lejos á buscar ejemplos; no pudiendo citar su propia dicha, recuerda la de su madre. Que la lectura de *Delfina* turba el espíritu, es un hecho; es necesario reconocerlo. Pero esta turbación sólo es peligrosa para las almas inocentes. En los espíritus ya formados no produce otro efecto que una expansión saludable del sentimiento.

En justa correspondencia al buen proceder de *La Década* y al auxilio que todos sus escritores, literatos ó filósofos, le habían prestado, Mad. de Staël habló siempre bien de ellos en sus obras. Exceptuando á Chenier, con el cual se mostró un poco severa, jamás mencionó á ninguno de los miembros de este grupo literario sino para enaltecerlos como en memoria de una antigua alianza. Pero su destierro, á fines del año 1803, sus relaciones germánicas, aristocráticas, menos equilibradas, la llevaron á otras esferas y extinguió rápidamente aquella inspiración peculiar del año III, de la que he intentado dar una idea. Obligada á alejarse de París, se dirigió á Alemania, se ejercitó en la lectura del alemán y se esforzó en aprenderlo; visitó Weimar y Berlín, y conoció á Gœthe y á los príncipes de Rusia. Empezó á reunir entonces los primeros materiales de una obra que completó luego en su segundo viaje. Lanzarse tan decidamente al otro lado del Rhin era romper con Bonaparte de un lado, y del otro con las costumbres de la filosofía del siglo XVIII. Tal es, generalmente, la conducta de los grandes espíritus. Cuando se les cree en un punto determinado, están precisamente en el punto contrario. Como los grandes generales, no se detienen nunca; veis brillar las hogueras del campamento sobre la colina, os dirigís á ella, y al llegar os encontráis con que el ejército que suponíais acampado os ataca por el flanco. La muerte de su padre hizo que Mad. de Staël se trasladara rápidamente á Coppet. Después del duelo, de los funerales y de la publicación de los manuscristros de M. Necker, volvió á partir, en 1804, con dirección á Italia. El amor de la naturaleza y de las bellas artes surgió en ella de pronto bajo los rayos de un nuevo sol.

De regreso en Coppet, en 1805, y

ocupándose en escribir su novela-poema, Mad. de Staël no pudo vivir mucho tiempo alejada de aquel París donde tanto había brillado. Entonces es cuando se manifiesta en ella esa inquietud creciente, esa *nostalgia de la capital* que perjudicaba un poco á la severa dignidad de su destierro, pero que demostraba la sinceridad de su espíritu. Una orden la retenía á cuarenta leguas de París; pero instintivamente se fué acercando, y estuvo en Auxerre, en Châlons, en Blois, en Saumur. Parecía esta estrategia una partida de ajedrez jugada con Napoleón y Fouché, representados por un prefecto más ó menos rigorista. Cuando logró establecerse en Rouen, arrancando una concesión á la ley, tuvo el placer de una partida casi ganada. Pero estos pequeños pueblos de provincias ofrecían pocos recursos á un espíritu tan activo. Las pequeñeces de aldea la sofocaban; le faltaba aire que respirar. La conversación de Benjamín Constans disipaba á duras penas su mal humor. «El pobre Schlegel—decía—se muere de fastidio; Benjamín Constans se entiende mejor con los *animales* del pueblo, y no deja de distraerse.»

Viajando en 1808 por Alemania, decía: «Todo esto que veo aquí es mejor, tal vez, que la Francia; pero algo de Francia, nada más que algo, me gustaría mucho más.» Dos años antes, cuando vivía en una provincia francesa, no se expresaba así; entonces París era su única aspiración. Finalmente, gracias á la tolerancia de Fouché, que tenía por conducta no perjudicar á nadie cuando el perjuicio era inútil, consiguió establecerse á diez y ocho leguas de París (¡qué gran conquista!), en Acosta; entonces se encariñó con *Corina*. Repasando el libro, debió exclamar como Ovidio: ¡Oh, libro mío, tú eres dichoso! ¡Irás á París, pero irás solo! En Acosta, como en Coppet, la nostalgia de la gran ciudad abrumaba su espíritu. El año 1806 le pareció larguísimo; por fin llegó á París una tarde, después de avisar su viaje á unos cuantos amigos, y se paseaba algunas noches á la claridad de la luna, sin atreverse á salir de día.

En una ocasión se apoderó de ella un deseo imperioso; un capricho; quiso visitar á una dama, antigua amiga de su padre, á Mad. de Jessé, que había dicho en otras circunstancias: «Si yo fuera reina, ordenaría á Mad. de Staël que me estuviese hablando siempre.» Esta señora—ya de edad avanzada—se asustó ante la idea de recibir á Mad. de Staël proscrita, y resultó al fin y al cabo que, merced á tantas indiscreciones, Fouché se enteró de la aventura. Mad. de Staël tuvo

que salir de París precipitadamente. Poco después, la publicación de *Corina* hizo que se confirmara el destierro de la autora, y que se la vigilase con mayor severidad. Volvemos á encontrarla en Coppet, dignificada por las persecuciones, en el centro de su corte majestuosa.

Lo que la estancia en Ferney fué para Voltaire, fué Coppet para Mad. Staël; pero su aureola, la poesía de su aislamiento eran mayores. Los dos reinaron en su destierro. Pero Voltaire, en su llanura, desde el fondo de su castillo, tendiendo la vista por sus jardines desprovistos de árboles, de sombra y de frescura, parecía gozar en la destrucción y en la burla. La influencia de Coppet es completamente opuesta. La belleza del sitio, los bosques que dan sombra deleitosa, el sexo del poeta, la elegancia de su corte y los nombres gloriosos, los paseos por el lago, las excursiones matinales, todo contribuye á dar misterioso encanto á la vida de Mad. Staël durante este período. Coppet es el Elíseo soñado por todas las imaginaciones poéticas. Mad. de Genlis, arrepentida de sus primeros errores y queriéndolos reparar, intentó pintar en una novela titulada *Athenais ó el castillo de Coppet en* 1807, aquella vida campestre que para nosotros tiene tal encanto. No debe buscarse en este libro una pintura fiel. Los detalles son confusos y equivocados. El carácter de M. Schlegel resulta grotesco, y en conjunto se altera con recursos novelescos la verdadera poesía. En Coppet se hacía vida de temporada de recreo. Frecuentemente se reunían más de treinta personas entre amigos y conocidos; los más asiduos eran Benjamín Constans, Augusto Wilhelm de Schlegel, Sabrán, Sismondi, Bonstettién, etc., etc. Iban también, de cuando en cuando, Mathieu de Montmorency, M. Prosper de Barante, el príncipe Augusto de Prusia y gran número de personas del gran mundo. Las conversaciones literarias, filosóficas, siempre picantes ó elevadas, comenzaban á las once de la mañana, durante el almuerzo; seguían luego entre la hora de la comida y la cena, que se verificaba á las once de la noche, y no se interrumpía hasta las altas horas de la madrugada. Benjamín Constans y Mad. de Staël dirigían generalmente la conversación. Allí era donde Benjamín Constans, al cual nosotros, más jóvenes, sólo recordamos en su decadencia, lucía todas las maravillosas facultades de su espíritu. Mad. de Staël le prefería: sus almas se entendieron siempre perfectamente. Nada más admirable que su conversación en aquel círculo escogido, conversación semejante á un cruce no interrumpido de ideas elevadas, geniales, *es-*

pirituales. Y no se crea que la reunión se resentía de cierta solemnidad ó erudición empalagosa. La vida en Coppet era alegremente entretenida. De cuando en cuando se representaban tragedias, dramas, las obras caballerescas de Voltaire *Zaira*, *Tancredo*, ó piezas escritas expresamente por ella ó por sus amigos. Estas últimas se imprimían algunas veces en París para que se pudieran aprender más fácilmente los papeles. Estos envíos á la capital despertaban gran interés. A veces, mientras la obra se imprimía, pensaba el autor en una corrección, y se enviaba un emisario, que solía ser alcanzado á veces por un segundo que llevaba encargo de modificar alguna otra cosa. La poesía europea estaba representada en Coppet por varias celebridades. Zacarías Werner, uno de los originales de esta corte y del cual se habían puesto en escena varias obras, escribía en este tiempo al consejero Scheneffer: «Mad. de Staël es una reina, y todos los hombres de inteligencia que la rodean se ven precisados á no separarse de ella porque los retiene por una especie de magia á la que no es posible resistirse.

Posee de una manera admirable el secreto de unir los elementos más heterogéneos, y todos los que están á su lado, aun teniendo diversas opiniones, se ponen de acuerdo para adorar al ídolo. Mad. de Staël es de mediana estatura y, sin tener una elegancia de ninfa, tiene la nobleza de las proporciones esculturales. Es fuerte, morena, su fisonomía no es bella: pero se olvida cualquier incorrección del rostro al fijar la mirada en sus ojos soberbios, en los cuales fulgura un alma grande y generosa. Cuando se deja guiar por los impulsos de su corazón—como ocurre frecuentemente—se penetra hasta en lo más recóndito de su espíritu y es necesario adorarla como la adoran mis amigos A. W. Schlegel y Benjamín Constans, etc.» No será ocioso trazar algunos rasgos de la figura del autor de tan galante retrato. Werner era un fumador incansable, que pertrechado de una enorme provisión de tabaco, se entretenía en largas digresiones eróticas y platónicas sobre *l'androgyne;* su destino—según decía—era correr sin cesar en pos de la otra mitad de si mismo, y de ensayo en ensayo no desesperaba de llegar por fin á reconstituir su todo primitivo. El poeta danés Œlenschlœger ha relatado detalladamente una visita que hizo á Coppet, y habla del buen Werner en este sentido; copiaremos algunos otros rasgos de Mad. de Staël de la relación de Œlenschlœger:

«Mad. de Staël me invitó á pasar algunas semanas en Coppet. Ha-

blamos en alemán, idioma que entendía perfectamente, lo mismo que sus dos hijos, que le comprendían y lo hablaban también. Encontré en casa de Mad. de Staël á Benjamín Constans, á Augusto Schlegel, al viejo barón Voght d'Altona, á Bonstettién, de Ginebra, al célebre Sismondi de Sismondi y al conde de Sabrán. Mad. de Staël no es bonita, pero los rayos de sus ojos negros tienen un encanto indefinible; posee el don especial de conciliar los temperamentos más opuestos. Tiene la voz fuerte; la fisonomía algo varonil, pero el alma tierna y delicada. Escribía entonces un libro sobre la Alemania, y nos leía diariamente algún fragmento nuevo. Se la ha acusado de no haber estudiado los libros de que habla en su obra, y de someterse por completo al juicio de Schlegel. Es falso. Leía el alemán con gran facilidad. Schlegel tenía cierta influencia sobre ella; pero frecuentemente discrepaban y Mad. de Staël le censuraba su parcialidad. Schlegel, cuya erudición y cuyo espíritu eran dignos de respeto, era, en efecto, muy apasionado. Pone á Calderón por debajo de Shakespeare, y juzga severamente á Luther y Herder. Si á todas las cualidades de Mad. de Staël se añade la de ser rica y generosa, á nadie extrañará que fuera reina absoluta en aquella especie de castillo encantado; quizá era su varita mágica una pequeña rama que un criado ponía diariamente sobre la mesa al lado de su cubierto y que Mad. de Staël agitaba durante la conversación.» A falta de la rama, esgrimía constantemente el abanico ó el mismo cubierto de plata. Respecto al retrato de Mad. de Staël, ya se habrá observado que todos convienen en la descripción de los rasgos principales; desde M. de Guibert hasta Œlenschœleger y Werner. Dos retratos exactísimos nos ahorran, por otra parte, estas indagaciones literarias: el retrato pintado por madama Lebrun y el de M. Gerard. No he creído, sin embargo, ocioso recordar las otras descripciones.

La poesía inglesa, que durante la guerra del Continente no había podido asistir á este congreso permanente del pensamiento establecido en Coppet, apareció en 1816 representada por Lewis y por Byron. Este último, en sus *Memorias,* ha hablado de Mad. de Staël con cariñosa admiración, á pesar de que se observan algunas ligerezas. Conviene, como los demás, en que la ilustre desterrada supo hacer de Coppet el sitio más agradable de la tierra. Por su parte, Mad. de Staël le tenía por el *hombre más encantador de Inglaterra.*

¡Lo que no se puede pintar ó des-

cribir al hacer la historia de Coppet son los esparcimientos del día, los largos paseos por los bosques cubiertos de verdura, cierta vida íntima, en cuyo secreto desearíais penetrar, sin duda, vosotros, corazones adolescentes que sentís la rebelión contra los tiempos actuales y os apasionáis por los recuerdos del pasado! Un huésped habitual de Coppet, interrogado por mí me decía: «Salí una mañana del castillo para respirar el aire fresco; me tendí sobre la hierba cerca de un arroyo y dejé vagar la imaginación con los ojos fijos en el cielo. De pronto escuché dos voces que se acercaban; la conversación era animadísima. Quise hacer ruido para advertir mi presencia, pero era ya tarde. Había oído quejas, explicaciones, promesas...—Fuisteis muy afortunado (díjele yo). ¿Y quiénes eran los que hablaban? — Como por un delicado escrúpulo, mi interlocutor evadió la respuesta; no quise insistir. ¡Dejemos á la generación futura la explicación del misterio; nosotros estamos muy cerca de ellos todavía. Dejemos pasar el tiempo; dejemos que murmure confusamente la voz del pasado estas historias íntimas; dejemos que la imaginación embellezca un día los secretos de aquellas almas en aquel paraiso!

Corina apareció en 1807. El éxito fué instantáneo, universal; pero no es en la prensa donde debemos buscar el testimonio. La libertad en la crítica había dejado de existir. Mad. de Staël no podía, en aquel tiempo, insertar en *El Mercurio* un espiritual pero sencillo análisis del notable ensayo de M. de Barante, acerca del siglo XVIII. Cuando apareció *Corina*, se estaba bajo el peso de la censura absoluta. Los elogios no pudieron imprimirse. Sólo *El Publicista* publicó tres excelentes artículos, firmados D. D., iniciales que debían pertenecer á Mlle. de Meulan (Mad. Guizot). M. de Feletz en *Los Debates*, siguió su crítica detallista y meticulosa. Un M. C. (cuyo verdadero nombre no he podido descubrir), publicó en *El Mercurio*, un artículo insignificante. Con *Corina*, Mad. de Staël entró decididamente en la gloria y en el Imperio. Hay un momento decisivo para los genios; en ese momento, los que le tributan elogios se honran á sí mismos. La Europa entera coronó á Mad de Staël con el nombre de *Corina*. *Corina* es la imagen de la independencia soberana del genio. Mad. Necker de Saussure *(Noticia)*, Benjamín Constans *(Miscelánea)*, M. J. Chenier *(Cuadro de la literatura)*, han analizado esta obra, ahorrándome á mí la tarea. « *Corina*— dice Chenier—es todavía *Delfina*,

pero perfeccionada, más independiente, en la plenitud de sus facultades, y doblemente inspirada por el talento y por el amor.» Es cierto; pero para *Corina*, la misma gloria sólo es una distracción brillante, una gran ocasión de conquistar los corazones. «Buscando la gloria—le dice á Oswald—he esperado siempre que con ella me haría amar.» La idea capital del libro, nos muestra esta lucha de potencias noblemente ambiciosas y de la felicidad doméstica, pensamiento perpetuo de Mad. de Staël. *Corina*, aun apareciendo en algunos instantes como una sacerdotisa de Apolo, es, con relación á la vida ordinaria, la más sencilla de las mujeres. Desde el momento en que se siente dominada por la pasión, por esta garra *bajo la cual la dicha y la independencia sucumben*, admiro en Mad. de Staël el sentimiento más que el genio, admiro sus invocaciones á la santidad y á la duración de las cadenas, y la admiro á la hora de la muerte, cuando exclama: «De todas las facultades del alma que debo á la naturaleza, sólo la de sufrir es la que he ejercitado por completo.» En el análisis de *Delfina*, vista á través de *Corina*, encuentro sin igual encanto; es verdaderamente admirable el marco que rodea las diversas situaciones de un alma ardiente templada por su severidad. Aquellos nombres de amantes no grabados en *Corina*, pero inscritos en los muros de las ruinas eternas, se asocian á la historia y forman parte viviente de su inmortalidad. La pasión divina de un ser que no se puede creer imaginario, introduce en el recinto de los circos antiguos una víctima más que no se olvidará nunca; el genio que arranca esa pasión de su seno, es un vencedor, cuyo nombre debe figurar al lado de todos los demás vencedores.

Paseándose Bernardino de Saint-Pierre con Rousseau, le preguntaba un día si Saint-Prieux era él mismo: «No tal—le respondió Juan Jacobo: —Saint-Prieux no es lo que yo he sido, sino lo que yo hubiera querido ser.» Todos los novelistas poetas pudieran decir lo mismo. *Corina* es, para Mad. de Staël, lo que ella hubiera querido ser. De *Corina* solamente ha tenido el Capitolio y el triunfo, y tal vez la muerte por el sufrimiento.

Aquella Roma, aquel Nápoles que Mad. de Staël expresa á su manera en la novela-poema de *Corina*, M. de Chateaubriand los pintó casi al mismo tiempo en la epopeya de *Los Mártires*. Para la comparación de todos estos modos diversos de sentir y de pintar á Roma, no se encuentra nada tan completo como un docto é ingenioso trabajo de M. Ampère.

¡Roma, Roma! ¡Los mármoles, los horizontes, los cuadros más grandes para prestar apoyo á los pensamientos menos efímeros!

Una persona de mucho ingenio dijo: «¡Cuánto me agradan ciertas poesías! Se puede decir de ellas lo que de Roma: ó todo ó nada; ó se vive con ellas ó no se las comprende.» *Corina* no es más que una variedad de este *culto romano,* de esta manera de sentir que tiene épocas distintas en el modo de comprender la vida eterna.

Una parte seductora de *Corina,* tanto más agradable cuanto es menos conocida y manoseada, es la ingeniosa conversación colocada en boca del conde de Erfeuil acerca de la sociedad francesa. Mad. de Staël critica donosamente á aquella sociedad ligera y superficial, pero en esto está Mad. de Staël más caracterizada que nunca: desdeña aquello que pudiera expresar mejor.

Como en *Delfina*, hay retratos: Mad. de Arbigny, aquella francesa que todo lo calcula y lo arregla todo, está admirablemente pintada, lo mismo que Mad. Vernón. Se la acitaba en el secreto de la intimidad (Mad. de Flahaut), lo mismo que si se supiera qué clase de elementos diversos componían la noble figura de Oswald, como si se creyera en la verdad fiel de la escena de despedida, y en los apasionados y hasta desgarradores recuerdos de *Corina* durante la separación.

Sea de ello lo que quiera, á pesar de que hay en *Corina* conversaciones y pinturas del mundo, no se puede por eso reprochar á Mad. de Staël una falta de consistencia y de firmeza de estilo, y demasiada ligereza y despreocupación en la distribución de los pensamientos. Ella se ha valido para la ejecución de esta obra, de la conversación ingeniosa, de la improvisación, escrita como hacía con frecuencia *(stans pede in uno)* de pié y apoyada en el ángulo de una chimenea.

El libro de *La Alemania,* que no apareció en Londres hasta 1813, iba á ser publicado en París en 1810. La censura imperial impidió la impresión. Conocida es la carta del duque de Rovigo y toda esta vergonzosa historia. La obra pudiera parecer hoy deficiente en su parte histórica; pero hay que considerar que el tiempo fué pasando y la Alemania fué siendo cada vez más conocida. Aparte del honor de una iniciativa, de la cual nadie entonces había sido capaz, y que sólo Villiers hubiera podido compartir con Mad. de Staël á tener escribiendo el mismo talento que en la conversación, no creo que exista un libro en el cual se encuentre mejor pintada la índole del genio alemán: el cuadro de aquella época brillante y poética que podría

llamarse el siglo de Gœthe, porque la poesía alemana parece nacida y muerta con él. Después viene la descomposición y la decadencia. Al tratar de *La Alemania,* Mad. de Staël insiste mucho sobre la parte filosófica, sobre el orden de doctrinas opuestas á las de los ideólogos franceses. Su criterio, al hablar de estas materias, es muy distinto del criterio mantenido durante su juventud. Se advierta en ella un anhelo creciente de la moralidad en las obras. Una obra no es bastante moral, á su juicio, si no tiene por objeto el perfeccionamiento de alguna de las facultades del alma.

En más de un pasaje adviértese también que la preocupa la idea de combatir el suicidio. «Cuando se es muy joven—dice—la tumba no parece más que una imágen poética, un sueño hermoso, un lugar rodeado de figuras que lloran por nosotros de rodillas; no es, sin embargo, así; por eso cuando se avanza en el camino de la vida, llega á comprenderse por qué la religión rechaza con horror la idea del atentado contra la propia existencia.» En el *Ensayo sobre el suicidio,* que apareció en 1812 en Stockolmo, se manifiesta aún más claramente la revolución moral operada en el espíritu de Mad. Staël.

La amargura que le produjo la prohibición inesperada de su libro fué grande. Seis años de estudios y de esperanzas malogradas, el recrudecimiento de su persecución cuando más necesitada estaba de una tregua, y otras muchas circunstancias, produjeron en su espíritu una crisis violenta y entró de lleno en lo que he llamado «sus años sombríos». A partir de este período comienzan las tristezas. La juventud, el gran consuelo, había huido. Mad. de Staël sentía horror por la vejez; la sola idea de llegar á ella, le causaba espanto. Un día, en que manifestó sus sentimientos delante de Mad. Stuard, ésta le dijo: «¿Qué importan los años? ¡Seréis una vieja muy agradable!» Pero ella temblaba ante esta idea; la palabra juventud tenía una música deliciosa para su oído. «¿No veis frecuentemente—escribe en el *Ensayo sobre el suicidio*—el espectáculo del suplicio de Mezence renovado por la unión de un alma todavía llena de vida y de un cuerpo caduco, alma y cuerpo que son enemigos inseparables? ¿Qué significa este triste desequilibrio de que la naturalezaa hace preceder la muerte, sino una orden imperiosa de vivir divorciados de la felicidad, abdicando cada día, flor á flor, la corona de la vida?» Mad. de Staël deseaba llegar lo más tarde posible á *esos últimos días en los cuales se oye, como repetidos por un eco triste, los alegres clamores de*

la juventud. El cariño que inspiró por este tiempo á M. Roca, sostuvo en ella cierta ilusión de juventud. Poco después la transformación se verificó; á los himnos alegres de otros tiempos, sucedió un himno grave, melancólico, austero. La religión, que hasta entonces había ocupado un lugar en sus obras, lo ocupó también en la vida práctica. Cuando era más joven, cuando no conocía el abatimiento moral y físico, le bastaba en ciertas horas de tristeza visitar la tumba de su padre, ó suscitar con Benjamín Constans ó con M. de Montmorency alguna conversación mística y elevada. Cuando se avanza en la vida, cuando las esperanzas se estrellan contra los sufrimientos positivos y crecientes, cuando todo falta, cuando las fuerzas decaen día por día, las inspiraciones pasajeras no sostienen ni alientan, es necesaria una creencia más sólida y más firme. Mad. de Staël la buscó donde la podía encontrar; en el Evangelio, en el seno de la religión cristiana. Antes de resignarse por completo, el período más violento de su crisis fué durante el año que precedió á su huida. Empezaron las excusas corteses; el alejamiento de los amigos. El abandono cuando más necesitada estaba de afectos sinceros, contristaron su corazón. Se veía rodeada de una especie de fatalidad que comunicaba á los seres más queridos. «Soy el Orestes del destierro», exclamaba en el seno de la intimidad con profunda amargura. Coppet llegó á parecerle demasiado estrecho, y quiso á todo trance trasladarse á mayor espacio. El prefecto de Génova, M. Capelle, que había reemplazado á M. de Baranti, le insinuó que escribiera algo acerca del rey de Roma; una sola palabra le hubiera abierto todas las capitales; sin embargo, no pensó en escribirla ni un solo instante. Los *Diez años de destierro* pintan al natural las vicisitudes de esta situación agitada. Mad. de Staël aparece estudiando sin cesar el mapa de Europa, como el plano de una inmensa prisión de la cual tratara de evadirse.

En tales disposiciones, y después de esta crisis resuelta en una verdadera madurez interior, encontró la Restauración á Mad. de Staël. Había visto á Luis XVIII en Inglaterra. «Tendremos — anunciaba á un amigo — un rey que favorecerá la literatura.» Tenía simpatías por este príncipe cuyas ideas moderadas le recordaban las de su padre. Se convirtió enteramente á las ideas políticas inglesas, á las ideas de aquella Inglaterra que le parecía el país por excelencia de la vida de familia y de la libertad pública. Su hostilidad contra el Imperio, su ausencia de Francia, todo contribu-

yó á la metamorfosis. Mad. de Staël conforme iba envejeciendo se aproximaba á las antiguas ideas de su padre. Los temperamentos, á medida que se envejece, vuelven á adoptar las cualidades de la infancia; lo mismo que las revoluciones después de la violencia adoptan medidas conciliadoras, así Mad. de Staël, hacia el fin de su vida, se acoge á ideas más templadas y más transigentes.

Las *Consideraciones sobre la Revolución francesa*, última obra de Mad. de Staël, y que ha hecho que se clasifique su nombre en política entre los nombres honrados de su padre y de su yerno, la dan á conocer, bajo este aspecto liberal, templado, inglés y un poco doctrinario, mejor que yo pudiera hacerlo. Bien pronto, antes de su regreso á Francia, vió dibujarse en los horizontes de la política las exigencias de los partidos y las dificultades que complican las restauraciones. Entonces sus consejos fueron siempre conciliadores y prudentes. En su aproximación á Mad. de Duras y de Mad. de Chateaubriand, buscó la inteligencia con la parte exclarecida y generosa de un realismo más vivo que el suyo. «Mi sistema—decía en 1816—está siempre en oposición absoluta con aquel que se sigue y con mi sincero afecto para aquellos que lo siguen. Mad. de Staël tuvo que sufrir mucho en este tiempo por las divergencias que estallaron entre sus amigos; los lazos de la amistad se rompían á su alrededor; alguna afectó nueva como la de madame Mackintosh no la compensaban de otras pérdidas sensibles.

El espectáculo de estas rupturas de las más entrañables relaciones afectó singularmente á madame de Staël y la desligaron, si no de la vida, al menos de las vanidades y las satisfacciones perecederas. Había acabado por encontrar menos placer en escribir á M. de Motmorency, al *admirable amigo*, á causa de estas malhadadas divergencias. Sensible Mad. de Staël á tales circunstancias y atacada ya de una enfermedad que iba en aumento, se refugió en la familia, ó quizá en algo más augusto: en la fidelidad á *aquel que no nos es infiel nunca*, y murió en París el 14 de Julio de 1817. La víspera de su muerte se había hecho conducir al jardín, y después de dirigir palabras llenas de unción á los que la rodeaban, repartió entre ellos las flores de un rosal como último recuerdo.

La publicación póstuma de las *Consideraciones* fué un verdadero suceso á modo de brillantes y públicos funerales. Mad. de Staël proponía á la Revolución francesa y á la Restauración una interpreta-

ción política destinada á conseguir una influencia durable. Algún partido hizo de las *Consideraciones* un arma. Los juicios escritos acerca del libro fueron numerosos. Benjamín Constans en *La Minerva* y M. de Fitz-James en *El Conservador*, analizaron la obra en sentidos completamente opuestos como era natural. La influencia que madame Staël ejerció por medio de sus *Consideraciones* en el partido liberal filosófico fué muy directa. Pero aquellas ideas conciliadoras y expansivas, han sido olvidadas en más de una ocasión.

Pero es en los dominios del arte, sobre todo, donde la influencia de Mad. de Staël ha sido hermosa, eficaz, cordial, favorable siempre á los talentos nuevos, á los cuales buscaba y aconsejaba sabiamente. Para todos los que brillan hoy día diseminados, ella sigue siendo quizá el único lazo de unión porque se pefeccionaron á su lado en el arte y en pensamiento.

¡Oh si Mad. Staël hubiese vivido! Ella, tan entusiasta, tan amante, tan sincera, ¡cómo hubiera buscado, entre todos esos talentos, un talento eminente de mujer, á quien no quiero comparar con ella todavía (1)! ¡Cómo en ciertos momentos de severidad del falso mundo y de los falsos moralistas, después de *Lelia*, la hubiera acogido llena de ternura y de indulgencia! Delfina, sola entre todas las mujeres del gran mundo, se había sentado al lado de Mad. R... En vez de tributarle malignas alabanzas, Mad. de Staël hubiera anunciado á aquel genio, más artista que ella, aunque menos sabia, menos filosófica y menos versada en los asuntos políticos... ¡Cómo le hubiera hecho amar la vida, la gloria! ¡cómo le hubiera hablado de la *clemencia del cielo* y de *una cierta hermosura del universo que predice al hombre días mejores!* ¡cómo hubiera aplaudido su inspiración!

¡Oh, tú, á quien la opinión unánime proclama la primera en literatura, después de Mad. de Staël, yo sé que la profesas una sincera admiración como en agradecimiento profundo y tierno por el bien que te quiso hacer y que seguramente te hubiera hecho! ¡Siempre habrá en tu gloria un lazo primitivo que te ligue á la suya!

---

(1) El autor se refiere á Jorge Sand.

SAINTE BEUVE.

CASA DE MUÑECAS

DRAMA EN TRES ACTOS

(CONCLUSIÓN)

CRISTINA.—Yo necesito un ser á quien servir de madre, y sus hijos de V. necesitan una madre. Nosotros también nos sentimos inclinados el uno hacia el otro. Tengo fe en lo que hay en el fondo de V., Krogstad... con V. nada me dará miedo.

KROSGTAD. (*Cogiéndole las manos.*)—Gracias, Cristina, gracias... Ahora es menester que me levante á los ojos del mundo, y sabré hacerlo. ¡Ah! Pero olvidaba...

CRISTINA. (*Escuchando.*)—¡Cht! ¡La tarantela! ¡Váyase V., váyase en seguida!

KROGSTAD.—¿Por qué?

CRISTINA.—¿Oye V. esa música? Es que acaba el baile, y van á volver.

KROGSTAD.—Bien, me voy. Tanto más cuanto que de nada sirve... ¿V. ignora, por supuesto, el paso que he dado contra los Helmer?

CRISTINA.—Se engaña V., Krogstad, lo conozco.

KROGSTAD.—¿Y tenía V. el valor de...?

CRISTINA.—Sé á lo que puede llevar la desesperación á un hombre como V.

KROSGTAD.—¡Oh! ¡Si pudiese deshacer mi obra!

CRISTINA.—Puede V.: su carta está ahí todavía, en el buzón.

KROGSTAD.—¿Está V. segura?

CRISTINA.—Lo sé; pero...

KROGSTAD. (*Mirándola fijamente.*)—¿Es esa la explicación? ¿Quería V. salvar á su amiga á todo precio? Haría V. mejor en confesarlo francamente. ¿Es así?

CRISTINA.—Krogstad, cuando una persona se ha vendido una vez por salvar á alguien, no vuelve á reincidir.

KROGSTAD.—Voy á pedir mi carta.

CRISTINA.—Nada de eso.

KROGSTAD.—¡Vaya! No faltaba más. Espero la vuelta de Helmer y le digo que quiero recuperar mi carta... que no trata más que de mi cesantía... que no tiene para qué leerla...

CRISTINA.—No, Krogstad, no ha de pedir V. la carta.

KROGSTAD.—Pero, sin embargo...

¿no es por eso realmente por lo que me ha hecho V. venir aquí?

CRISTINA.—En el primer momento de alarma es verdad. Pero han pasado veinticuatro horas, y durante ese tiempo he visto pasar aquí cosas increíbles. Es preciso que Helmer lo sepa todo: ese fatal misterio debe disiparse. Hace falta que se expliquen: basta de misterios y de subterfugios.

KROGSTAD.—Bien, si V. lo toma por su cuenta... Pero hay una cosa que puedo hacer en todo caso y que importa hacer en seguida.

CRISTINA. (*Escuchando.*) — ¡Despáchese V.! ¡Váyase!... El baile ha concluido: no estamos ya seguros.

KROGSTAD.—Espero á V. abajo.

CRISTINA.—Bien. Me acompañará V. hasta la puerta de mi casa.

KROGSTAD.—Jamás he sido tan feliz.

(*Vase por la puerta exterior. La de la antecámara sigue abierta hasta el fin.*)

CRISTINA. *Arregla un poco el cuarto y prepara su abrigo y su sombrero.*)—¡Qué porvenir! ¡Qué nueva perspectiva! Tengo por quien trabajar, tengo por quien vivir, tengo un hogar que cuidar. ¡Ah! Voy á empezar una nueva vida. (*Escuchando.*) Ahí vienen. Pronto, el abrigo.

(*Coge su sombrero y su abrigo. Se oye la voz de Helmer y de Nora. Esta última entra casi a la fuerza, obligada por su marido. Lleva un traje italiano y chal. Helmer viste frac y va cubierto con un dominó.*)

NORA. (*En la puerta, resistiéndose.*) —No, no, no, no quiero entrar; voy á volver á subir; no quiero retirarme tan pronto.

HELMER.—Vamos á ver, querida Nora.

NORA.—¡Ah, por favor, Torvaldo! ¡Te lo suplico!... ¡nada más que una hora!

HELMER.—Ni un minuto, Norita. Sabes lo convenido. Vamos, entra, estás cogiendo frío aquí.

(*La obliga á entrar, á pesar de su resistencia.*)

CRISTINA.—Buenas noches.

NORA.—¡Cristina!

HELMER.—¡Qué! ¿Es la señora? ¿V. aquí tan tarde?

CRISTINA.—Dispénsenme Vds.: tenía tantas ganas de ver á Nora vestida.

NORA.—¿Me has esperado aquí todo este tiempo?

CRISTINA.—Sí. Vine demasiado tarde desgraciadamente; habías subido ya, y no he querido irme sin verte.

HELMER. (*Quitando el chal á Nora.*)—Entonces mírela V. bien. Me parece que vale la pena. ¿Está guapa, no es verdad, señora?

CRISTINA.—Muy verdad.

HELMER.—Maravillosamente linda, ¿no es cierto? Era también la opinión de todo el mundo allá arriba. Pero ¡qué terca esta criaturita! ¿Qué hacer contra eso? ¿Podrá V. creer que he tenido que emplear casi la fuerza para sacarla del baile?

NORA.—¡Ah, Torvaldo! te pesará el no haberme concedido media hora siquiera.

HELMER.—Figúrese V., señora. Baila la tarantela; alcanza un éxito loco y

bien merecido, aunque acaso ha hecho alarde de demasiada naturalidad, es decir, de alguna más que la que consentían estrictamente las exigencias del arte. Pero, en fin, lo principal es que ha tenido éxito, un éxito colosal. ¿Debía yo dejarla permanecer allí después? Hubiera disminuido el efecto. ¡En eso estaba yo pensando! Cogí del brazo á mi linda chiquilla de Capri, á mi niña caprichosa, podría decir; vuelta al salón en el acto; saludos á derecha é izquierda, y, como se dice en las novelas... se desvaneció la bella sombra. En los desenlaces es indispensable siempre el efecto, señora, y es lo que no puedo hacer comprender á Nora. ¡Uf! ¿qué calor hace aquí! (*Tira el dominó en una silla y abre la puerta de su cuarto.*) ¿Cómo? ¿No hay luz? ¡Ah! es verdad. V. dispense.

(*Entra y enciende dos bujías.*)

NORA. (*Muy bajo, precipitadamente.*) —¿Qué hay?

CRISTINA.—He hablado con él.

NORA.—¿Y...?

CRISTINA.—Nora... tienes que decírselo todo á tu marido.

NORA. (*Con voz desfallecida.*) — Lo sabía.

CRISTINA.—No tienes nada que temer de Krogstad, pero es preciso que hables.

NORA.—No hablaré.

CRISTINA. — Pues hablará la carta por ti.

NORA.—Gracias, Cristina. Ya sé ahora lo que me queda que hacer. ¡Cht!...

HELMER. (*Entrando.*)—¿Con que la ha admirado V. bien, señora?

CRISTINA.—Sí, y ahora voy á despedirme de Vds.

HELMER.—¿Ya? ¿Es de V. esta obrita?

CRISTINA. (*Cogiendo un trozo de media que Helmer le entrega.*)—Gracias; me lo dejaba olvidado.

HELMER.—¿Hace V. media?

CRISTINA.—Es claro.

HELMER.—Pues debería V. bordar.

CRISTINA.—¿Y por qué?

HELMER.—Es más bonito. Mire V.: se tiene el bordado en la mano izquierda, así, y se lleva la aguja con la mano derecha, de este modo... V. ve esta curva prolongada y ligera que se hace... ¿No es verdad?...

CRISTINA.—No digo que no.

HELMER.—Mientras que hacer media... eso tiene que ser feo siempre. Vea V. los brazos pegados al cuerpo... las agujas yendo de abajo arriba y de arriba abajo... parece cosa de chinos... ¡Ah! ¡qué Champaña tan retozón el que han servido!

CRISTINA.—Buenas noches, Nora, y no ser terca.

HELMER.—Bien dicho, señora.

CRISTINA.—Buenas noches, señor director.

HELMER. (*Acompañándola hasta la puerta.*)—Buenas noches, buenas noches; sabrá V. el camino, supongo. Yo con mucho gusto..., pero es tan cerca. Buenas noches, buenas noches. (*Vase Cristina. Helmer cierra la puerta y vuelve.*) ¡Gracias á Dios que se ha ido! Es fatidiosita la mujer.

NORA.—¿No estás muy cansado, Torvaldo?

HELMER.—No, ni pizca.

NORA.—¿No tienes sueño tampoco?

HELMER.—Nada. Al revés: me encuentro tan despavilado. Pero ¿y tú? Es verdad: tú tienes trazas de cansancio y de sueño.

NORA.—Sí, estoy muy fatigada. Ahora no me cabe duda de que me dormiré al instante.

HELMER.—¿Ves cómo tenía yo razón para no querer que nos estuviésemos más?

NORA.—Tú tienes siempre razón en todo lo que haces.

HELMER. (*Besándola en la frente.*)—Vamos, la alondra empieza á hablar como un libro. Pero, dime, ¿has notado qué alegre estaba Rank esta noche?

NORA.—¿Sí? No he tenido ocasión de hablarle.

HELMER.—Yo apenas le he hablado tampoco; pero hace mucho tiempo que no lo había visto de tan buen humor. (*La mira un instante y se acerca.*) Pero ¡qué bueno es volverse á encontrar uno en su casa, estar solo contigo!... ¡Oh! ¡qué hermosa, qué embriagadora mujercita!

NORA.—No me mires así, Torvaldo.

HELMER.—¡No he de mirar mi más caro tesoro! ¡este esplendor que es mío, nada más que mío, enteramente mío!

NORA. (*Yéndose al otro lado de la mesa.*)—No me hables así esta noche.

HELMER. (*Siguiéndola.*)—Aún te retoza la tarantela en la sangre, á lo que veo, y con eso estás más seductora. ¡Oye! Se van los invitados. (*Bajando la voz.*) Nora, dentro de nada la casa estará en silencio.

NORA.—Sí; así lo espero.

HELMER.—Verdad, ¿adorada Nora? ¡Oh! Cuando estamos en sociedad como esta noche... ¿Sabes por qué te hablo tan poco, por qué permanezco lejos de ti, contentándome con dirigirte alguna que otra mirada á hurtadillas? ¿Sabes por qué? Pues es porque me gusta figurarme que eres mi amor secreto, mi joven, mi misteriosa prometida, y que todos ignoran nuestros lazos.

NORA.—Sí, sí, sí, ya sé que todos tus pensamientos son para mí.

HELMER.—Y al salir, cuando pongo el chal sobre tus hombros delicados y juveniles, cuando oculto esa nuca maravillosa, me figuro que eres mi joven desposada, que volvemos de la boda, que te traigo por primera vez á mi casa, y que al fin vamos á estar solos... ¡voy á estar solo contigo, con mi tierna beldad temblorosa! Toda esta velada no he hecho más que suspirar por ti. Cuando te vi hacer como que perseguías, cuando vi tus movimientos provocativos bailando la tarantela... empezó á hervirme la sangre, no pude resistir, y por eso te saqué tan precipitadamente...

NORA.—Vete, Torvaldo. Déjame. No me gusta eso.

HELMER.—¿Cómo se entiende? Tú te burlas de mí, Norita. ¿Que no quieres, dices? ¿No soy tu marido?...

(*Llaman á la puerta de fuera.*)

NORA. (*Estremeciéndose.*)—¿Has oído?

HELMER. (*Pasando á la antecámara.*)—¿Quién es?

El doctor Rank. (*Desde dentro.*)—Soy yo. ¿Puedo entrar un momento?

Helmer. (*Mal humorado.*)—¿Qué se le ocurre á éste ahora? Espera un poco. (*Va á abrir.*) Vamos, es una atención que no pases por nuestra puerta sin llamar.

Rank.—Me pareció oir tu voz, y he querido entrar un momento. (*Dirigiendo una ojeada en torno suyo.*) He aquí el hogar familiar y querido. Vosotros disfrutáis en vuestra casa de paz y bienestar. ¡Qué felices sois!

Helmer.—Pues tú tampoco parecías estar allá á disgusto.

Rank.—Me divertía extraordinariamente. ¿Y por qué no? ¿Por qué no gozar de todo aquí abajo? Al menos mientras y hasta donde se pueda. El vino era exquisito...

Helmer.—Sobre todo el Champaña.

Rank.—¿Lo has notado tú también? Es increíble lo que he bebido.

Nora.—Torvaldo ha tomado también mucho champaña esta noche.

Rank.—¿De veras?

Nora.—Sí, y con eso se pone siempre tan singular...

Rank.—¡Qué caramba! ¿Por qué no ha de pasarse una buena noche después de un día bien empleado?

Helmer.—¿Bien empleado? Hoy desgraciadamente no puedo alabarme de eso.

Rank. (*Dándole en el hombro.*)—Pues yo sí, ¿lo oyes?

Nora.—Doctor Rank, V. ha debido estudiar hoy algún caso científico.

Rank.—Cabales.

Helmer.—¡Hombre, hombre, miren Vds.! ¡Norita hablando de casos científicos!

Nora.—¿Y se le puede felicitar á V. por el resultado?

Rank.—Mucho que sí.

Nora.—¿Un éxito?

Rank.—El mejor para el médico, lo mismo que para el enfermo: la certidumbre.

Nora. (*Vivamente, dirigiéndole una mirada escudriñadora.*)—¿La certidumbre?

Rank.—Una certidumbre completa. Después de eso, ¿no tenía derecho á pasar una alegre velada?

Nora.—Sin duda, Doctor.

Helmer.—Opino lo mismo, siempre que no la pagues mañana.

Rank.—Todo se paga en esta vida.

Nora.—Doctor..., á V. le deben gustar mucho las máscaras.

Rank.—Sí, cuando se ven muchos trajes estrambóticos.

Nora.—Sepamos: ¿qué disfraz nos vamos á poner la vez primera V. y yo?

Helmer.—¡La muy locuela! ¡Pues no está pensando ya en el próximo baile!

Rank.—¿V. y yo? Le diré: V. irá de mascota.

Helmer.—Bien, pero, á ver, un traje bonito de mascota.

Rank.—Que tu mujer se presente tal y como la vemos todos los días.

Helmer.—¡Mucho! Pero ¿y tú? ¿tienes algún pensamiento sobre tu disfraz?

Rank.—Eso, amigo mío, es cosa re suelta.

Helmer.—Veamos.

RANK.—En el próximo baile de máscaras seré invisible.

HELMER.—¡Vaya unas bromas!

RANK.—Hay un sombrerazo... ¿Has oído tú hablar de un sombrero que hace invisible á la persona? Se lo plantifica uno en la cabeza, y nadie lo ve.

HELMER. (*Reprimiendo una sonrisa.*)—Bien, bien, tienes razón.

RANK.—Pero olvidaba enteramente á lo que he venido. Helmer, dame un cigarro, uno de tus habanos negros.

HELMER.—Con mil amores.

(*Le presenta la cigarrera.*)

RANK. (*Cogiendo un cigarro y cortando la punta.*)—Gracias.

NORA. (*Encendiendo una cerilla.*)—Permítame darle fuego.

RANK.—Gracias. (*Nora acerca la cerilla, y él enciende.*) Y ahora ¡adiós!

HELMER.—Adiós, adiós, amigo mío.

NORA.—Que duerma V. bien, Doctor.

RANK.—Agradezco á V. su buen deseo.

NORA.—Deséeme V. otro tanto.

RANK.—¿A V.? ¡Vaya! puesto que V. lo quiere... Que duerma V. bien. Y gracias por el fuego.

(*Los saluda con un movimiento de cabeza y vase.*)

HELMER. (*Conteniendo la voz.*)—Había bebido de lo lindo.

NORA. (*Distraída.*)—Es muy posible...

(*Helmer saca sus llaves del bolsillo y pasa á la antecámara.*)

NORA.—¿Qué vas á hacer, Torvaldo?

HELMER.—Desocupar el buzón; está atestado y no va á haber sitio para los periódicos mañana por la mañana...

NORA.—¿Vas á trabajar esta noche?

HELMER.—Bien sabes que no... ¿Qué es esto? han andado en la cerradura.

NORA.—¿En la cerradura?

HELMER.—No hay duda. ¿Qué puede significar esto? No puedo creer que las muchachas... Aquí hay un trozo de aguja del pelo. Nora, es una de las tuyas.

NORA. (*Con viveza.*)—Quizá los niños...

HELMER.—Sería menester que les quitases esa costumbre. ¡Hum!... Vamos, ya está abierto de todos modos. (*Saca el contenido del buzón y llama.*) ¿Elena?... ¡Elena! apague V. la luz de la entrada.

(*Entra, y cierra la puerta de la antecámara.*)

HELMER. (*Con las cartas en la mano.*)—Mira: ¿ves la cantidad? (*Examina los sobres.*) ¿Qué es esto?

NORA. (*En la ventana.*)—¡Esa carta! ¡No, no, Torvaldo!

HELMER.—Dos tarjetas de visita... de Rank.

NORA.—¿Del Doctor?

HELMER. (*Mirándolas.*)—Rank, doctor en medicina. Estaban encima de las cartas... las habrá echado al salir.

NORA.—¿Tienen algo escrito?

HELMER.—Hay una cruz grande encima del nombre. Mira. ¡Qué broma de tan mal gusto! Es como si diese parte de su propia muerte.

NORA.—Es lo que hace en realidad.

HELMER.—¿Qué? ¿Qué sabes? ¿Te ha dicho algo?

NORA.—Sí. Las tarjetas significan que se ha despedido de nosotros para siempre. Quiere encerrarse para morir.

HELMER.—¡Pobre amigo mío! Ya sabía que no lo había de conservar mucho tiempo. Pero tan pronto... Y va á esconderse como un animal herido.

NORA.—Si ha de suceder, vale más que sea sin mediar una palabra. ¿Verdad, Torvaldo?

HELMER. (*Paseando.*)—Se había hecho de la familia. No puedo hacerme á la idea de su pérdida. Con sus padecimientos y su genio retraído constituía cómo un fondo de sombra en el cuadro soleado de nuestra felicidad... En fin, quizá es mejor... Al menos para él. (*Se detiene.*) Y acaso también para nosotros, Nora. Ahora henos aquí consagrados exclusivamente el uno al otro. (*La coge entre los brazos.*) ¡Ah, mujercita adorada! nunca te estrecharé bastante. Mira, Nora... muchas veces querría verte amenazada de algún peligro para poder exponer mi vida, para dar mi sangre, para arriesgarlo todo, todo por protegerte.

NORA. (*Desprendiéndose, con voz firme y resuelta.*)—Ahora lee las cartas, Torvaldo.

HELMER.—No, no, esta noche no... Quiero quedarme contigo, con mi idolatrada mujercita.

NORA.—¿Con la idea de esa muerte de tu amigo?...

HELMER.—Tienes razón. A los dos nos ha afectado. Se ha interpuesto entre nosotros una cosa repulsiva: la idea de la muerte y de la disolución. Tenemos que hacer por emanciparnos de ella. Hasta entonces... Nos retiraremos cada uno á nuestro aposento.

NORA. (*Arrojándose á su cuello.*)—¡Buenas noches, Torvaldo..., buenas noches!

HELMER. (*Besándola en la frente.*)—Buenas noches, avecilla canora. Duerme en paz. Voy á recorrer las cartas.

(*Pasa á su habitación llevándose las cartas, y cierra la puerta.*)

NORA. (*Tanteando alrededor de sí, con ojos extraviados, coge el dominó de Helmer y se cubre con él, diciendo con voz breve, estertorosa y sacudida*):—¡No volver á verlo jamás! ¡Jamás, jamás, jamás! ¡Y los niños... no volverlos á ver á ellos tampoco!... ¡Oh! Aquel agua helada, negra... aquel abismo... aquel abismo sin fondo... ¡Ah! ¡Si siquiera hubiese pasado ya!... Ahora la coge, la lee. No, no, todavía no. ¡Adiós, Torvaldo!... ¡Adiós, hijos!

(*Se precipita hacia la puerta. En el mismo momento Helmer abre violentamente la de su habitación, y aparece con una carta doblada en la mano.*)

HELMER.—¡Nora!

NORA. (*Lanzando un grito penetrante.*)—¡Ah!

HELMER.—¿Qué significa?... ¿Sabes lo que dice esta carta?

NORA.—Sí, lo sé. ¡Déjame marchar! ¡Déjame salir!

HELMER. (*Deteniéndola.*) — ¿Dónde vas?

NORA. (*Tratando de desasirse.*)—No has de salvarme, Torvaldo.

HELMER. (*Retrocediendo.*) — ¡Luego es cierto! ¿Dice la verdad esta carta? ¡Horror! No, no, es imposible, no puede ser.

NORA.—Es la verdad. Te he amado más que nada en el mundo.

HELMER. — ¡Eh, dejémonos de niñerías!

NORA. (*Dando un paso hacia él.*) — ¡Torvaldo!...

HELMER.—¡Desgraciada! ¿Qué has tenido valor de hacer?

NORA.— Déjame irme. Tú no has de llevar el peso de mi falta, tú no has de responder por mí.

HELMER.—¡Basta de comedias! (*Cierra la puerta de la antecámara.*) Te estarás ahí, y me darás cuenta de tus actos. ¿Comprendes lo que has hecho? Di, ¿lo comprendes?

NORA. (*Lo mira con expresión creciente de rigidez. y dice con voz opaca*):—Sí, ahora empiezo á comprender el fondo de las cosas.

HELMER. (*Paseándose agitado.*) — ¡Oh, terrible despertar! ¡Durante ocho años... ella, mi alegría y mi orgullo... una hipócrita, una embustera... todavía peor; una criminal! ¡Qué abismo de deformidad! ¡Qué horror!

(NORA, *muda, sigue mirándolo fijamente.*)

HELMER. (*Parándose delante de ella.*) —Yo hubiera debido presentir que sucedería alguna cosa de esta especie. Hubiera debido preverlo. Con la ligereza de principios de tu padre... y tú has heredado esos principios. Falta de religión, falta de moral, falta de todo sentimiento del deber... ¡Oh! Bien castigado me hallo por haber tendido un velo sobre su conducta. Lo hice por ti, y este es el pago que me das.

NORA.—Sí, ese.

HELMER.— Acabas de destruir mi felicidad, de aniquilar todo mi porvenir. No puedo pensarlo sin estremecerme. Heme aquí en las manos de un hombre sin escrúpulos; puede hacer conmigo todo lo que le plazca, pedirme lo que quiera, disponer y mandar lo que guste, sin que yo me atreva á respirar. Así, puedo verme reducido á la impotencia, echado á pique por la ligereza de una mujer.

NORA.—Cuando yo haya abandonado este mundo, serás libre.

HELMER.—¡Ah! Déjate de expresiones huecas. Tu padre tenía también toda una provisión. ¿Qué adelantaría yo con que tú abandonases este mundo, como dices? Nada. A pesar de eso, podría trascender el caso, y entonces quizá se sospechase que yo había sido cómplice de tu criminal acción. Podría creerse que yo fuí el instigador, el que te indujo á hacerlo. Y esto te lo debo á ti, á ti á quien he llevado en brazos al través de toda nuestra vida conyugal. ¿Comprendes ahora lo que has hecho?

NORA. (*Tranquila y fría.*)—Sí.

HELMER.—Todo esto es tan increíble que no vuelvo de mi asombro. Pero hay que tomar un partido. Quítate ese dominó. ¡Que te lo quites, digo! Tengo que contentarlo de una ó de otra

manera. Se trata de ahogar el asunto á todo trance. Y por lo que hace á nosotros, como si nada hubiese cambiado. Por supuesto, hablo sólo de las apariencias. Por consiguiente, seguirás viviendo aquí, excusado es decirlo. Pero te estará prohibido educar á los niños... no me atrevo á confiártelos. ¡Ah, tener que hablar así á quien tanto he querido y á quien aún...! En fin, todo eso pasó, no hay más remedio. En lo sucesivo no hay que pensar ya en la felicidad, sino únicamente en salvar restos, ruinas, apariencias...

(*Llaman á la puerta exterior.*)

HELMER. (*Estremeciéndose.*)—¿Qué es esto? ¡Tan tarde! ¡Condenación! ¿Será ya...? ¿Habrá ese hombre...? ¡Escóndete, Nora! Di que estás mala.

(*Nora no se mueve. Helmer va á abrir la puerta.*)

LA DONCELLA. (*A medio vestir, en la antecámara.*)—Una carta para la señorita.

HELMER.—Démela V. (*Coge la carta y cierra la puerta.*) Sí, es de él; pero no la tendrás. Quiero leerla yo mismo.

NORA.—Léela.

HELMER. (*Aproximándose á la lámpara.*)—Apenas tengo valor. Quizá estamos cogidos uno y otro. No, es preciso que yo lo sepa. (*Abre apresuradamente la carta, recorre algunas líneas, examina un papel adjunto y profiere una exclamación de alegría.*) ¡Nora!

(*Nora interroga con la mirada.*)

HELMER.—¡Nora!... ¡No, volvamos á leer!... ¡Sí, es eso! ¡Estoy salvado! ¡Nora, estoy salvado!

NORA.—¿Y yo?

HELMER.—Tú también, como es natural. Nos hemos salvado los dos. Mira. Te devuelve el recibo. Dice que lamenta, que se arrepiente... un suceso feliz que acaba de cambiar su existencia... ¡eh! lo que menos importa es lo que escribe. ¡Estamos salvados, Nora! Ya nadie puede hacerte daño. ¡Ah! Nora, Nora... no, destruyamos ante todo estas abominaciones. Déjame ver... (*Dirige una mirada al recibo.*) No, no quiero ya ver nada; me figuraré que he tenido una pesadilla, y se acabó. (*Rompe las dos cartas y el recibo, lo tira todo á la chimenea y mira arder los pedazos.*) ¡Ea! todo ha desaparecido. Te decía que desde la víspera de Navidad tú... ¡Oh! ¡Qué de prueba han debido ser para ti estos tres días, Nora!

NORA.—Durante estos tres días he sostenido una lucha violenta.

HELMER.—Y te has desesperado; no veías más camino que... No, no conservaremos ningún recuerdo de todos estos sinsabores. Vamos á celebrar nuestra liberación repitiendo continuamente: Se ha concluido, se ha concluido. Pero óyeme, Nora; parece que no comprendes: se ha concluido. ¡Vamos! ¿Qué significa esa seriedad? ¡Oh! pobrecilla Nora, ya caigo... No aciertas á creer que te perdono. Pues créelo, Nora; te lo juro: está perdonado todo. Yo sé bien que todo lo que has hecho lo has hecho por amor á mí.

NORA.—Es verdad.

HELMER.—Me has amado como una

mujer debe amar á su marido. Lo que hay es que flaqueabas en la elección de los medios. Pero ¿crees tú que te quiero menos porque no puedas guiarte á ti misma? No, no, descansa en mí: no te faltará ayuda y dirección. No sería yo hombre, si tu incapacidad de mujer no te hiciese doblemente seductora á mis ojos. Olvida las palabras duras que te dije en los primeros momentos de terror, cuando creía que todo iba á desplomarse sobre mí. Te he perdonado, Nora, te juro que te he perdonado.

NORA. — Gracias por tu perdón.

(*Vase por la puerta de la derecha.*)

HELMER. — No, quédate aquí... (*La sigue con los ojos.*) ¿Por qué te diriges á la alcoba?

NORA. (*Desde su cuarto.*)—Para quitarme este traje de máscara.

HELMER. (*Cerca de la puerta que ha quedado abierta.*) — Bien. Descansa, trata de calmar tu espíritu, de reponerte de esta alarma, pajarillo azorado. Reposa tranquilamente, yo tengo anchas alas para cobijarte. (*Andando sin alejarse de la puerta.*) ¡Oh, qué tranquilo y encantador hogar el nuestro, Nora! Aquí estás en seguro: te guardaré como si fueses una paloma recogida por mí, después de sacarla sana y salva de las garras del buitre. Yo sabré calmar tu pobre corazón palpitante. Lo conseguiré poco á poco; créeme, Nora. Mañana verás todo esto de otra manera. Todo seguirá como antes. No necesitaré decirte á cada hora que te he perdonado, porque tú misma lo comprenderás indudablemente. ¿Cómo puedes creer que vaya yo á rechazarte ni á hacerte cargos siquiera? ¡Ah! tú no sabes lo que es un verdadero corazón de hombre, Nora. ¡Es tan dulce, es tan grato para la conciencia de un hombre perdonar sinceramente desde el fondo de su corazón! No es ya su mujer lo único que ve entonces en el ser perdonado, sino también su hija. Así me aparecerás tú en el porvenir, criaturita extraviada, sin brújula. No te preocupes de nada, Nora; sé franca conmigo nada más, y yo haré veces para ti de voluntad y de conciencia. ¡Calla! ¿No te has acostado? ¿Te has vuelto á vestir?

NORA. (*Con su ropa de diario.*) — Sí, Torvaldo, me he vuelto á vestir.

HELMER. — ¿Y para qué á estas horas?

NORA.—No pienso dormir esta noche.

HELMER. — Pero, querida Nora...

NORA. (*Mirando su reloj.*) — No es tan tarde aún. Siéntate, Torvaldo. Tenemos que hablar.

HELMER.—Nora... ¿qué significa esto? Ese aire de seriedad...

NORA. — Siéntate. La conversación será larga. Tenemos mucho que decirnos.

HELMER. (*Sentándose enfrente de ella.*) —Me tienes intranquilo, Nora. No te comprendo.

NORA. — Dices bien: no me comprendes. Ni yo tampoco te he comprendido á ti hasta... esta noche. No me interrumpas. Oye lo que te digo... Se trata de que ajustemos nuestras cuentas.

HELMER. — ¿En qué sentido?

NORA. (*Después de una pausa.*)—Henos aquí el uno enfrente del otro. ¿No te llama la atención una cosa?

HELMER. —¿Qué quieres decir?

NORA.—Hace ocho años que nos casamos. Reflexiona un momento: ¿no es ahora la vez primera que nosotros dos, marido y mujer, hablamos á solas seriamente?

HELMER. — Seriamente, sí... Pero, ¿qué?

NORA.—Ocho años han pasado... y más aún desde que nos conocemos, y jamás se ha cruzado entre nosotros una palabra seria sobre un asunto grave.

HELMER.—¿Iba yo á hacerte partícipe de mis preocupaciones, sabiendo que no podías quitármelas?

NORA.—No hablo de preocupaciones. Lo que quiero decir es que nunca ni en nada hemos tratado de mirar en común al fondo de las cosas.

HELMER.—Pero, vamos á ver, querida Nora, ¿era esa una ocupación á propósito para ti?

NORA.—¡He ahí el caso! Tú no me has comprendido nunca... Habéis sido muy injustos conmigo, papá primero, y tú después.

HELMER.—¿Qué? ¡Nosotros dos...! Pero, ¿hay nadie que te haya querido más que nosotros?

NORA, (*Moviendo la cabeza.*)—Jamás me quisisteis. Os parecía agradable estar en adoración delante de mí, ni más ni menos.

HELMER.—Vamos á ver, Nora; ¿qué significa ese lenguaje?

NORA.—Como te lo digo, Torvaldo. Cuando estaba con papá, él me exponía sus ideas, y yo las seguía. Si tenía otras por mi cuenta, las ocultaba; porque no le hubiera gustado. Me llamaba su muñequita, y jugaba conmigo como yo con mis muñecas. Después vine á tu casa...

HELMER.—Empleas unas expresiones singulares para hablar de nuestro matrimonio.

NORA. (*Sin cambiar de tono.*)—Quiero decir, que de manos de papá pasé á las tuyas. Tú lo arreglaste todo á tu gusto, y yo participaba de tu gusto, ó lo daba á entender, no puedo decir con certeza; quizá lo uno y lo otro. Ahora, dirigiendo atrás una mirada, me parece que he vivido aquí como los pobres..., al día. He vivido de las piruetas que hacía para tu recreo, Torvaldo. Pero entraba eso en tus fines. Tú y papá habéis sido muy culpables conmigo. Vuestra es la responsabilidad de que yo no sirva para nada.

HELMER. — Eres incomprensible, Nora; incomprensible é ingrata. ¿No has sido feliz aquí?

NORA.—Nunca. Creía serlo, pero no no lo he sido jamás.

HELMER. —¡Que no..., que no has sido feliz!

NORA.—No: estaba alegre, eso es lo que había. Eras tan amable conmigo...; pero nuestra casa no era más que un salón de recreo. He sido muñeca grande en tu casa, como fuí muñeca pequeña en casa de papá. Y nuestros hijos, á su vez, han sido mis muñecas. A mí me caía en gracia verte jugar conmigo, como á los niños les

divertia verme jugar con ellos. He ahí lo que ha sido nuestra unión, Torvaldo.

HELMER.—Hay algo de verdad en lo que dices..., aunque exageras y abultas mucho. Pero en adelante cambiará todo. Ha pasado el tiempo del recreo; ahora viene el de la educación.

NORA.—¿La educación de quién? ¿La mia, ó la de los niños?

HELMER.—Las dos, querida Nora.

NORA.—¡Ay, Torvaldo! No eres tú hombre para educarme, para hacer de mí la verdadera esposa que necesitas.

HELMER.—¿Y eres tú quien dice eso?

NORA.—Y en cuanto á mi..., ¿qué preparación tengo para educar á los niños?

HELMER.—¡Nora!

NORA.—¿No lo decias tú hace poco?... ¿No decías que es una tarea que no te atreves á confiarme?

HELMER.—Lo he dicho en un momento de irritación. ¿Ahora vas á hacer hincapié en eso?

NORA.—¡Dios mío! Lo dijiste muy bien. Es una tarea superior á mis fuerzas. Hay otra á que debo atender desde luego. Quiero pensar, ante todo, en educarme á mí misma. Tú no eres hombre para facilitarme ese trabajo. Tengo que emprenderlo yo sola. Por eso voy á dejarte.

HELMER. (*Levantándose de un salto.*)—¡Qué! ¿Qué dices?

NORA.—Necesito estar sola para darme cuenta de mí misma y de todo lo que me rodea; así es que no puedo permanecer contigo.

HELMER.—¡Nora! ¡Nora!

NORA.—Quiero marcharme en el acto. No me faltará albergue para esta noche en casa de Cristina.

HELMER.—¡Has perdido el juicio! No tienes el derecho de marcharte. Te lo prohibo.

NORA.—Tú no puedes prohibirme nada de aquí en adelante. Me llevo todo lo mío. De ti no quiero recibir nada ni ahora ni nunca.

HELMER.—Pero, ¿qué locura es esa?

NORA.—Mañana salgo para mi país... Allí podré vivir más fácilmente.

HELMER.—¡Qué ciega eres, pobre criatura sin experiencia!

NORA.—Ya procuraré adquirir experiencia, Torvaldo.

HELMER.—¡Abandonar tu hogar, tu marido, tus hijos!... ¿No piensas en lo que se dirá?

NORA.—No puedo pensar en eso. Yo no sé sino que para mí es indispensable.

HELMER.—¡Ah! ¡Es irritante! ¿De modo que faltarás á los deberes más sagrados?

NORA.—¿A qué llamas tú mis deberes más sagrados?

HELMER.—¿Necesito decírtelo? ¿No son tus deberes para con tu marido y tus hijos?

NORA.—Tengo otros no menos sagrados.

HELMER.—No los tienes. ¿Qué deberes son esos?

NORA.—Mis deberes para conmigo misma.

HELMER.—Ante todo eres esposa y madre.

NORA.—No creo ya en eso. Creo que

ante todo soy un ser humano con los mismos títulos que tú... ó, por lo menos, debo tratar de serlo. Sé que la mayoría de los hombres te dará la razón, Torvaldo, y que esas ideas andan impresas en los libros. Pero ahora no puedo yo pensar en lo que dicen los hombres y en lo que se imprime en los libros. Es menester que yo misma me forme mi idea sobre esto y trate de darme cuenta de todo.

HELMER.—¡Qué! ¿No te das cuenta de tu puesto en el hogar? ¿No tienes un guía infalible en estas cuestiones? ¿No tienes la religión.

NORA.—¡Ay, Torvaldo! Yo no sé á punto fijo lo que es la religión.

HELMER.—¿Que no sabes lo que es?

NORA.—No sé más que lo que me dijo el pastor Hansen al prepararme para la confirmación. La religión es esto, aquello y lo de más allá. Cuando me encuentre sola y libre, examinaré esa cuestión como una de tantas. Veré si el pastor decía la verdad, ó, por lo menos, si lo que me dijo era verdad con respecto á mí.

HELMER.—¡Oh! ¡Eso es inaudito en una mujer tan joven! Pero, si no puede guiarte la religión, déjame al menos sondear tu conciencia. Porque ¿supongo que poseerás al menos sentido moral? ¿O es que también te falta? Responde.

NORA.—¿Qué quieres, Torvaldo? Me es difícil contestarte. No sé. No veo claro en nada de eso. No sé más que una cosa, y es: que mis ideas son completamente distintas de las tuyas. Veo también que las leyes no son lo que yo creía; pero, en cuanto á que esas leyes sean justas, eso ya no me cabe en la cabeza. ¡No tener derecho una mujer á ahorrar una preocupación á un padre anciano y moribundo, ni á salvar la vida de su marido! Eso no es posible.

HELMER.—Hablas como una niña. No comprendes nada de la sociedad de que formas parte.

NORA.—No, no comprendo nada. Pero quiero conseguirlo y cerciorarme de parte de quién está la razón: si de la sociedad ó de mí.

HELMER.—Tú estás mala, Nora; tienes fiebre, y aun casi creo que no estás en tu juicio.

NORA.—Me encuentro esta noche más despejada y más segura de mí que nunca.

HELMER.—¿Y con esa seguridad y esa lucidez abandonas á tu marido y á tus hijos?

NORA.—Sí.

HELMER.—Eso no tiene más que una explicación.

NORA.—¿Cuál?

HELMER.—¿Ya no me amas?

NORA.—Así es; he ahí, en efecto, el nudo de todo.

HELMER.—¡Nora!... ¿Y me lo dices de ese modo?

NORA.—Bien lo siento, Torvaldo, porque has sido siempre tan bueno conmigo... Pero, ¿qué he de hacerle? no te amo ya.

HELMER. (*Esforzándose por conservarse sereno.*)—De eso, por supuesto, ¿también estás perfectamente convencida?

NORA.—En absoluto. Y por eso no quiero estar más aquí.

HELMER.—¿Y puedes explicarme cómo he perdido tu amor?

NORA.—Muy sencillo. Ha sido cosa de esta misma noche, al ver que no se realizaba el prodigio esperado. Entonces he comprendido que no eras el hombre que yo creía.

HELMER.—Explícate. No te entiendo.

NORA.—Durante ocho años he esperado pacientemente. Ya sabía de sobra, Dios mío, que los prodigios no son cosas de todos los días. Llegó al fin este momento de angustia. Entonces me dije con certidumbre: ahora va á ser el prodigio. Mientras la carta de Krogstad estuvo en el buzón, no pensé ni por un minuto que pudieses doblegarte á las exigencias de ese hombre. Creía firmemente que le dirías: Vaya V. á pregonarlo todo. Y cuando eso hubiese ocurrido...

HELMER.—¡Ah, sí!... ¿cuando yo hubiese entregado mi mujer á la vergüenza y al menosprecio?...

NORA.—Cuando eso hubiese ocurrido, yo estaba completamente segura de que te ibas á presentar á responder de todo, diciendo: Yo soy el culpable.

HELMER.—¡Nora!

NORA.—Vas á decir que yo no hubiera aceptado tal sacrificio. Verdad. Pero ¿de qué hubiese servido mi afirmación al lado de la tuya?... ¡Pues bien! ese era el prodigio que yo esperaba con terror; y para evitarlo quería morir.

HELMER.—Nora, con placer hubiese trabajado por ti día y noche, y hubiese sufrido toda clase de privaciones y de penalidades. Pero no hay nadie que ofrezca su honra por el ser amado.

NORA.—Lo han hecho millares de mujeres.

HELMER.—¡Eh! piensas como una niña, y hablas del mismo modo.

NORA.—Démoslo de barato. Pero tú no piensas ni hablas como un hombre á quien yo pueda seguir. Una vez tranquilizado, no en punto al peligro que me amenazaba, sino al que corrías tú... todo lo olvidaste. Volví á ser tu avecilla canora, la muñequita que estabas dispuesto á llevar en tus brazos como antes, y con más precauciones que nunca al descubrir que era más frágil. (*Levantándose.*) Escucha, Torvaldo: en aquel momento me pareció que había vivido ocho años en esta casa con un extraño, y que había tenido tres hijos de él... ¡Ah! ¡No quiero pensarlo siquiera! Me dan tentaciones de desgarrarme á mí misma en mil pedazos.

HELMER. (*Sordamente.*)—Lo veo, ¡ay! ya lo veo. Se ha abierto entre nosotros un abismo. Pero di si no puede colmarse, Nora.

NORA.—Tal y como yo soy ahora, no puedo ser tu mujer.

HELMER.—Yo tengo poder para transformarme.

NORA.—Quizá... si te quitan tu muñeca.

HELMER.—¡Separarse... separarse de ti! No, no, Nora, no puedo resignarme á esa idea.

NORA. (*Dirigiéndose hacia la puerta de la derecha.*)—Razón demás para concluir.

(*Vase, y vuelve con el abrigo, el sombrero y un saquito de viaje, que deja en una silla cerca del velador.*)

HELMER.—Nora, todavía no, todavía no. Espera á mañana.

NORA. (*Poniéndose el abrigo.*)—No puedo pasar la noche bajo el techo de un extraño.

HELMER.—¿Pero no podemos seguir viviendo juntos como hermanos?

NORA. (*Poniéndose el sombrero.*)—Bien sabes tú que eso no duraría mucho. (*Echándose el chal sobre los hombros.*) Adiós, Torvaldo. No quiero ver á los niños. Sé que están en mejores manos que las mías. En mi situación de ahora... no puedo ser una madre para ellos.

HELMER.—Pero ¿algún día, Nora... un día?

NORA.—No sé qué decirte. Ignoro lo que será de mí.

HELMER.—Pero, sea de ti lo que quiera, eres mi mujer.

NORA.—Oye, Torvaldo. Cuando una mujer abandona el domicilio conyugal, como hago yo ahora, las leyes, según dicen, eximen al marido de toda obligación hacia ella. De cualquier modo, yo te doy por eximido. No es cosa de que tú quedes encadenado, no estándolo yo. Plena libertad por ambas partes. Mira, aquí tienes tu anillo. Devuélveme el mío.

HELMER.—¿También eso?

NORA.—Sí.

HELMER.—Toma.

NORA.—Gracias. Ahora todo ha concluido. Ahí dejo las llaves. Por lo que hace á la casa, la doncella está al corriente de todo... mejor que yo. Mañana, después de mi marcha, vendrá Cristina á arreglar en un baúl todo lo que traje al venir aquí. Quiero que se me envíe.

HELMER.—¡Todo ha concluido! ¿No quieres volver á pensar en mí jamás, Nora?

NORA.—Seguramente que pensaré á menudo en ti, y en los niños, y en la casa.

HELMER.—¿Puedo escribirte, Nora?

NORA.—¡No, jamás! Te lo prohibo.

HELMER.—¡Oh! Pero puedo enviarte...

NORA.—Nada, nada.

HELMER.—Ayudarte, si lo necesitas.

NORA.—¡Te digo que no! No acepto nada de un extraño.

HELMER.—Nora... ¿ya no seré nunca más que un extraño para ti?

NORA. (*Cogiendo el saco de viaje.*)—¡Ah, Torvaldo! Se necesitaría para otra cosa el mayor de los prodigios.

HELMER.—Di cuál.

NORA.—Necesitaríamos transformarnos los dos hasta el punto... ¡Ay, Torvaldo! Yo no creo ya en los prodigios.

HELMER.—Pues yo sí quiero creer. Di: ¿deberíamos transformarnos los dos hasta el punto de qué...?

NORA.—Hasta el punto de que nues-

tra unión se convirtiese en verdadero matrimonio. Adiós.

(*Se oye cerrar la puerta de la casa.*)

HELMER. (*Dejándose caer en una silla cerca de la puerta y tapándose la cara con las manos.*)—¡Nora, Nora! (*Levanta la cabeza y mira en torno de sí.*) ¡Se fué, se fué! (*Con un vislumbre de esperanza.*) ¡El mayor de los prodigios...!

(*Vase por la puerta de la casa.*)

ENRIQUE IBSEN.

EL AISLAMIENTO

(SONETO DEL PETRARCA)

Solo, y á paso lento y pensativo
Cruzando voy campiñas apartadas,
Y si de hombre presumo ver pisadas
Aléjome azorado y fugitivo.
Amo la soledad; en ella esquivo
Del indiscreto vulgo las miradas,
Que pudiera en mis ojos reflejadas
Las llamas ver en que abrasado vivo.
Confidentes serán de mis pesares
Agrio monte, honda selva, mustia playa,
Y no me turbará mortal testigo.
Mas no hallo tan selváticos lugares
Ni senda tan oculta, que no vaya
Yo con Amor hablando y él conmigo.

M. A. CARO.

EL SALÓN DE LA EMPERATRIZ JOSEFINA

Estábamos en Agosto de 1804. El Emperador acababa de ir á Boulogne, donde se construían dos mil barcazas con el propósito de desembarcar su ejército en las costas de Inglaterra. Durante ese tiempo, la emperatriz Josefina tenía que ir á los baños de Aquisgrán. Las gentes que en los menores pasos de los soberanos buscan una causa oculta, y á quienes la aparente ó real nunca les parece sino un pretexto, decíanse al oído que, apenas formada la corte imperial, venía á ensayar las solemnidades y la etiqueta junto á los vetustos paredones del palacio de Carlomagno y á probarse la corona de Francia bajo las góticas naves de aquella catedral donde se hacían coronar los emperadores de Alemania, y cuyo tesoro encierra aún el tahalí y la espada del más grande de nuestros reyes.

Al tener noticia de tal viaje, las autoridades, grandes y pequeñas, encamináronse á toda prisa á sus puestos respectivos, unas para recibir y escoltar á la princesa, otras para arengarla.

Cuando viajaba la Emperatriz, todo quedaba previsto y convenido de antemano; llevaba escrita su lección, dictada por el Emperador; todo iba señalado, hasta la más mínima respuesta á los alcaldes y prefectos parlanchines encargados de cumplimentarla. En elogio de Josefina, debe decirse que nunca eran más graciosas y oportunas sus contestaciones como cuando se le olvidaban los lugares comunes prescritos y tenía que improvisar sus respuestas dando las gracias.

Nada sirve mejor para dar idea del carácter de esta amable criolla francesa, que lo dicho por el mismo Napoleón en el paralelo que hace entre ella y María Luisa.

«He estado muy ocupado—dice—en mi vida por dos mujeres muy diferentes: la una era todo arte y gracias, la otra inocencia y candor natural; y ambas tenían grandes méritos.

»La primera no tenía en ningún momento de su vida posiciones ó actitudes que no fuesen agradables ó seductoras; hubiera sido imposible sorprenderla ó experimentar nunca ninguna inconveniencia; todo lo que el arte puede imaginar en favor de los atractivos era imaginado por ella, pero con tal misterio, que nunca se advertía nada en ella. La otra, por el contrario, ni siquiera sospechaba que con inocentes artificios pudiera ganarse nada. Aquélla se apartaba siempre de la verdad, su primer impulso era la negativa; ésta ignoraba el disimulo y todo rodeo érala extraño. La primera jamás pedía nada á su marido, pero tenía deudas en todas partes; la segunda no vacilaba en pedir cuando nada tenía ya, lo cual era muy raro. No hubiese creído poder tomar nada sin pagarlo en seguida. Por lo demás, ambas eran buenas, dulces, muy afectas á su marido; siempre las he encontrado del humor más igual y de una complacencia absoluta (1). »

(1) *Memorial de Santa Elena*, tomo III, página 240.

General fué la alegría en el departamento de Roër cuando se supo que la Emperatriz iba á visitarlo. En cuanto lo supe, abandoné París, á pesar de hallarme bastante delicada de salud, para reunirme con mi marido en Aquisgrán y ayudarle á hacer los honores de su casa á todas las personas distinguidas á quienes llevaba ya á la ciudad la próxima estancia de la Emperatriz.

Los verdaderos enfermos, esos á quienes incomodan el movimiento y el ruido, cedieron sus habitaciones á los enfermos ambiciosos que, so pretexto de tomar las aguas, iban á atisbar las plazas vacantes aún en la casa imperial.

Eran un buen asunto para observaciones todos aquellos tejemanejes para conseguir obtener lo que se aparentaba desdeñar, así como las burlas picantes y las críticas notables de las personas no acogidas por aquella corte, una negativa de la cual hacíales tratarla de parodia burlesca.

Por aquella época no había en Francia buenos caminos sino aquellos por donde tenía que pasar el Emperador; y como la guerra nunca le había llevado al departamento de Roër, no puede figurarse el deplorable estado en que se hallaba la carretera de Lieja á Aquisgrán. Era una serie de precipicios, donde por

lo común cada viajero se dejaba algunos restos del carruaje; por mi parte, habiendo destrozado ya dos en aquel maldito camino, nunca viajaba por él sino á caballo. Pero á la emperatriz Josefina no se la podía proponer esta manera de eludir los peligros del camino, y el municipio se decidió á implorar al ministro del Interior y al director de Obras públicas para obtener esa reparación urgente. Por toda respuesta, el director dió orden de tapar de cualquier modo con arena los enormes hoyos en que se hundían las ruedas; por último, de arreglar aquello provisionalmente, de modo que quedase á salvo la vida del séquito de la Emperatriz, á reserva de ver de nuevo en peligro la de todos los que vinieran después de su paso.

Esto pareció una injuria de la dirección de Obras públicas contra los habitantes de Aquisgrán; he aquí cómo se vengaron de ella. Habiendo sabido el momento en que había de pasar por aquel camino dicho funcionario para ir á ofrecer sus respetos á la Emperatriz, hicieron sacar bonitamente la arena con que se habían llenado las roderas y las excavaciones profundas. El director volcó como un simple particular y hasta con mayores riesgos, en atención á su extremada obesidad y á aquella confianza ministerial que no permite á la *Providencia de las carreteras* de un país creerse en peligro dentro de su Imperio.

Toda la seriedad del círculo de la Emperatriz no pudo contenerse ante el relato de los infortunios de que M. Crété había sido víctima durante el trayecto de Lieja á Aquisgrán; porque varias personas estaban en el secreto de la chocante petición indirecta, cuya manera, desusada hasta entonces, había de tener el satisfactorio éxito negado á las más elocuentes súplicas.

Hallando conveniente el Emperador que al comienzo de un reinado tuviera alojamiento propio la Emperatriz, había hecho comprar, por cuatro veces su valor, la casa de uno de los más ricos propietarios de Aquisgrán, lo primero de todo por lograr la simpatía de los habitantes haciéndoles creer que aquella adquisición era una garantía del proyecto de la Emperatriz de ir el siguiente año á tomar las aguas, y además porque presumía que ella y su corte estarían allí cómodamente instaladas. Pero la casa de M. J.***, pequeña y fea, distaba mucho de convenir á tales huéspedes, y nada pinta mejor la sumisión de Josefina á las órdenes de su regio esposo como el haberse resignado á permanecer en aquella barraca hasta el momento en que llegó la

autorización para aceptar la oferta de M. Méchin, quien habíase apresurado á poner el palacio de la prefectura á disposición de Su Majestad.

Allí se pusieron los primeros cimientos de aquella corte imperial que bien pronto había de ser la más brillante de Europa; allí fué donde la Emperatriz, ayudada por los recuerdos de la vizcondesa de Beauharnais, intentaba cada día el restablecimiento de alguna costumbre disipada por la Revolución, ó la vuelta á esas fórmulas respetuosas sacrificadas por los modales republicanos.

No faltaba buena voluntad para su aceptación, pues por ávido de homenajes que sea el poder, aún tiene más prisa el vulgo en rendírselos; pero el oficio de cortesano no se aprende en un día, y antes de poseer el buen tono y la gracia de él, tiénense por largo tiempo no más que sus defectos. Se trataba de irse acostumbrando mutuamente, los unos al aire protector y á la actitud digna, los otros á la postura humilde y á la sonrisa aduladora; este código, olvidado ó no conocido por la mayoría de aquellos que debían imponerlo ó soportarlo, acababa de ensayarse, como los venenos de Cleopatra, en algunos domésticos.

Así pueden llamarse los primeros que se prosternaron allí donde sólo se les pedía que se inclinaran; por desgracia, los más devotos eran quienes cometían más faltas contra la etiqueta. Apenas comenzaba á tomarse por lo serio uno de esos deberes pueriles evocados del siglo de Luis XIV, cuando la torpeza de los nuevos cortesanos ávidos de cumplirlos excitaba á risa á los mismos soberanos.

La bajeza progresaba por sí sola, pero tardaba más en venir la noble cortesía; y, sin embargo, Josefina presentaba el más perfecto modelo de ella. Su naturaleza graciosa, sus maneras distinguidas, las tradiciones de la corte cuyo recuerdo conservaba, podían hacerla exigente; pero en este punto era inagotable su indulgencia, por lo cual amonestábanla á menudo la señora de Larochefoucauld y el señor de Harville, su dama de honor y su caballerizo mayor respectivamente. Entonces respondía ella:

—Esta etiqueta es buena para los poderes nacidos en el trono y habituados á las molestias que impone: en cuanto á mí, que he tenido la suerte de vivir tantos años como simple particular, dispensadme que perdone á los que de ello se acuerdan tanto como yo misma.

En cuanto quedó instalada la Emperatriz en el palacio de la prefectura, hubo en él gran recepción de

los principales funcionarios y habitantes de la ciudad, así como de los extranjeros de nota que en aquel momento se encontraban en los baños de Aquisgrán. En este círculo es donde volví á ver por vez primera desde su elevación á aquella simpática mujer á quien había hallado con frecuencia en sociedad, y particularmente en casa de nuestra común amiga la señora de Cabarrús (1).

Conservaba sobre todo el recuerdo de una comida en que estuvimos juntas en casa de la hermosa señora de Fonfrède, pocos días después de que Bonaparte fuese nombrado general en jefe del ejército de Italia.

Era la hora de sentarse á la mesa; la señora de Bonaparte insistió en que no se aguardara á su marido; esto pareció sencillísimo... Pasamos al comedor, y el sitio que quedaba en una punta de la mesa, reservósele al futuro vencedor de Italia.

Llegó pronto, sentóse tranquilamente en el sitio vacío; y viendo que no le habían esperado, tampoco se creyó en la obligación de dar ninguna excusa.

—¡Ah! Ya está aquí—dijo la señora de Bonaparte al dueño de la casa.

Entonces éste dirigió un ligero saludo con la mano al joven general. La señora de Tallien le sonrió con su gracia habitual, y ya nadie se ocupó de él.

El marqués de Livry, junto á quien yo me encontraba, fué el único que le hizo caso; verdad es que su manía de observar hacíale ocuparse de todo el mundo, y le había llevado á reconocer la edad de cada uno de un modo desastroso para los ó las que hacen misterio de ella. Marrando pocos meses, decía la edad de personas á quienes nunca había visto, y desafiaba á todos los milagros de conservación; la misma señora V..., cuyo hermoso rostro apenas denunciaba la mitad de sus años, había sido *acotada* por él en la cifra exacta; entreteníase en esta ciencia por un estudio diario del registro civil y profundas investigaciones acerca de las partidas de bautismo, tratando de añadir también el conocimiento de las aventuras galantes y hasta escandalosas de las mujeres que llaman la atención. Ese talento le producía más enemigos que sus defectos, y eso que pasaba por ser jugador, algo libertino y de una malicia despiadada. La majestuosa belleza de la señora de Cambis, la de la señora de Château-Regnaud, las facciones encantadoras y los vivos ojos de la señora de Noailles (1); en fin, hasta

(1) Princesa de Chimay, más adelante.

(1) La señorita Lecouteux.

la irresistible seducción de la señora de Tallien, que también estaba en aquel banquete, nada halló gracia ante la delatora imparcialidad de M. de Livry: la edad de estas señoras, sus preferencias más secretas, todo fué denunciado.

Por fortuna, podían arrostrar impunemente sus indiscreciones; el hecho es que sólo tachaba en ellas el fraude de uno ó dos años. Pues bien; mientras que lo detestaban, recibíanle á las mil maravillas, haciéndose la ilusión de comprar su silencio redoblando los mimos.

Por aquella época era yo muy jóven para tener nada que temer de su manía; así, pues, me habló con toda confianza.

—Este joven—dijo señalando á Bonaparte — está, sin embargo, enamorado de esa mujer que le lleva seis años, lo cual, en estilo criollo, equivale lo menos á doce, porque en nuestras colonias las mujeres son viejas á los treinta y cuatro años.

—No me extraña que esté enamorado—respondí mirando á la señora de Bonaparte.—Aún es muy agradable.

—¡Ah! Lo mejor que tiene—continuó sonriéndose—es su ascendiente sobre el ánimo de Barras; dícese que ella se ha valido de eso con mucha astucia para conseguir un buen mando á su marido. Por lo demás, el cielo debe á esa pobre mujer algunas compensaciones conyugales, porque su primer marido la hizo muy desgraciada; ligero é inconstante como hombre á la moda, tenía además el inconveniente de ser uno de esos celosos disimulados, que afectan dejar mucha libertad á sus mujeres y las dan en secreto unas escenas espantosas. A fuerza de sospechar de su mujer, el vizconde de Beauharnais acabó por entablar demanda de divorcio contra ella; pero los tribunales le obligaron á guardársela por falta de pruebas. Entonces, no pudiendo separarse, tomaron el partido de reconciliarse francamente, y la infortunada no hizo sino cambiar de desventura. Habiendo detenido los terroristas á su marido, en virtud de una acusación falsa, dió ella tantos pasos para hacerle evadirse de la prisión, que la encerraron también; y después de haber deplorado tanto tiempo la dulzura de verse asociada á la existencia de un hombre infiel y celoso, ha llorado su muerte como si nunca hubiera tenido él la más mínima sinrazón contra ella. Eso son las mujeres: sólo aman y echan de menos á los que las tiranizan.

—Eso no tiene nada de tranquilizador para su nuevo marido, porque parece estarla muy rendido.

—Con esa frente y ese perfil no

se está rendido á nadie, — replicó M. de Livry, señalando á Bonaparte.—He estudiado á Lavater, y, de creerlo, este mocito no debe de ser fácil de manejar.

La penetración de M. de Livry no fué imitada por ninguna de las personas que estaban allí, pues apenas hicieron caso de Bonaparte. Sin embargo, acababa de ser nombrado general en jefe del ejército de Italia; pero aquel ejército, falto de todo y amenazado por todas las fuerzas de las potencias coaligadas, ofrecía pocas probabilidades de buen éxito, y hasta afirmaría yo que ninguna de ellas previó sus triunfos.

Al levantarse de la mesa, pasamos á un salón lleno de flores; la señora de Bonaparte se sintió mal, y achacóse á los junquillos, jacintos y heliotropos que aromatizaban la sala; pero la señora de Tallien, inclinándose hacia mí, me dió á entender que aquella indisposición era efecto natural del estado interesante de su amiga. Aún creo ver la sonrisa agradable que al escuchar esta confidencia iluminó de pronto el sombrío rostro de Bonaparte. La cosa era prematura, pues hacía poco tiempo que se había vuelto á casar Josefina, pero la hermosa señora de Tallien, ávida siempre de ser agradable á sus amigos, gustaba de presagiarles aquello que más apetecieran.

En cuanto volvió de su desfallecimiento la señora de Bonaparte, éste nos abandonó para irse al Directorio; habló en voz baja algunos momentos con su mujer, la estrechó la mano, hizo como que no oía el ¡adios! que le dirigió la señora de Tallien, pasó por delante de mí sin mirarme, y salió.

Era preciso volver á ceñir el cinturón antiguo que habíamos quitado de prisa á la señora de Bonaparte cuando se puso mala. Pasamos al elegante tocador de la señora de Fonfrède; allí me hizo notar la señora de Tallien el presente, el *único* presente de boda regalado por Bonaparte á Josefina. Era un simple collar, en que unas cadenas de cabellos uníanse con una placa de oro esmaltada, en la cual se leían estas palabras:

¡AL DESTINO!

Ya se sabe cómo ha recompensado el dios la ofrenda.

Desde el día de aquella comida no volví á ver á la señora de Bonaparte sino en los festejos celebrando la gloria del vencedor en Lodi y en Arcole; y creíame completamente olvidada por ella, cuando me probó lo contrario dirigiéndome la palabra durante la recepción de señoras en Aquisgrán.

Hallábanse en aquel círculo va-

rias mujeres de gran belleza. Sin disputa, la más notable era la señora de Méchin; tambien estaba allí la mujer de un comisario de Guerra, llamada la señora de M***, cuyos talle y rostro hubieran causado el mayor efecto en el salón más elegante: la mujer del general Franceschi, bella morena, que quizá dejaba leer demasiado en sus hermosos ojos el pesar de haber preferido su marido á un hermano del Emperador, cuando pudo casarse con el uno ó con el otro; la baronesa de Fhurt, linda representante de la nobleza del país; la baronesa de Lovenich, de perfil griego y cabellera alemana; las hijas de la señora Van Houten, y otras varias mujeres dignas de cautivar las miradas parisienses, si su fidelidad á las modas atrasadas y á los trajes tudescos no las hubiese convertido á veces en raras caricaturas.

La Emperatriz estaba en la edad en que se aprecia mucho más la elegancia que la belleza; por eso le chocó el modo cómo estaba hecho mi vestido, mucho más que los atractivos mal vestidos de tantas mujeres lindas. En seguida reconoció el corte de aquella famosa señora Germond, que fué la primera que supo hacer valer todas las ventajas de su talle de criolla, y que sabía aliar con tanto arte la nobleza de un traje regio con la gracia de un vestido sin pretensiones. Reparó sobre todo en mi peinado, que se parecía mucho al suyo, salvo la diferencia entre una corona de flores y una diadema de brillantes. La colocación de la guirnalda, lo bien concluido de las trenzas, todo revelaba el estilo de Duplan. También yo era una de las parroquianas de este Duplan, el gran peluquero de la época; y aunque recién ascendido al cargo de primer ayuda de cámara de la Emperatriz, había venido á ofrecerme sus servicios aquel día, habiéndose hallado libre antes de la hora de la reunión.

En el consejo de la corte, donde todos los días se trataba de las leyes de la etiqueta, dieron con que no estaba bien que el primer ayuda de cámara de una soberana trabajase en testas no coronadas; y Duplau recibió la orden de no ir á peinar á domicilio, pequeña circunstancia que inició la fortuna del célebre Herbault.

Nada tan cómico cual las decisiones ó las indecisiones de esa junta de etiqueta, la mitad de la que deseaba volver en todo á las antiguas usanzas, y la otra mitad queria adaptar, en lo posible, las añejas tradiciones cortesanas con las maneras independientes hijas de la Revolución. Parecía que se había llamado á Aquisgrán á los dos primeros autores cómicos de la época para enriquecer nuestro teatro con nuevas

ridiculeces, casi tan divertidas como todas las que Molière puso de relieve.

Picard había recibido la orden de llevar su compañía á Aquisgrán durante la estancia de la Emperatriz allí. Alejandro Duval había ido á pasar en mi casa la temporada balnearia, y uno de ellos puede recordar aún hasta qué punto contribuían al regocijo de nuestras comidas de confianza los relatos de las parodias del palacio de Versalles, ejecutadas por los mal ensayados cortesanos del palacio imperial. Nos reíamos sin remordimiento de los esfuerzos sobrehumanos hechos por aquellos valientes oficiales para someter su natural brusquedad á los modales respetuosamente frívolos, á la cortesía insolente de los modelos del antiguo régimen. Algunos de ellos, creyendo imitar lo que por antonomasia llamaban *la galantería del siglo de Luis XIV,* daban en todas las insulseces de M. Desmazures, y llevaban el rebuscamiento hasta hacer comparaciones mitológicas, de las cuales costábale mucho trabajo á la Emperatriz no reirse.

Mandaba entonces en el departamento un joven general, valiente como todos y notablemente guapo, pero muy poco ducho en materia de los usos y costumbres que se querían restaurar. La primera vez que fué á visitar á la soberana, la vió sentada en un largo sofá, y sentóse junto á ella cual pudo haberlo hecho junto á la mujer del alcalde. En vano el gentilhombre de servicio le presenta una silla; en vano la dama de honor le hace señas de que tome asiento en ésta; la hace un saludo y no se mueve del sofá. Los circunstantes se indignan de tal familiaridad; tan sólo la Emperatriz tiene á bien no reparar en ello; pero ese delito de lesa etiqueta es denunciado en seguida al ausente Emperador, quien dirigió vivas reconvenciones á Josefina, lo cual probó á ésta que su corte estaba ya completa, puesto que no faltaban en ella ni siquiera los espías.

Sofía Gay.

(Se continuará.)

RESEÑA CRÍTICA DEL CENTENARIO

VI

Paralelo entre las fiestas de Huelva y de Génova.—Objeto de la Exposición.—Cabalgata histórica.—Accidente sensible.—Muerte del que representaba á Vicente Yáñez Pinzón.—Preparativos de otra procesión.—La entrada triunfal de Colón en Barcelona, discutida.—Aplicación benéfica de las carabelas.—Memorias del Centenario.—Inscripciones.—Otra vez la naturaleza del Almirante sobre el tapete.—Un ministro del Consejo de Indias que creía la de Saona.—Américo Vespucio enaltecido.—Proclama del presidente de la República de los Estados Unidos de America.—La villa de Rota.—Badajoz.—Músicos que imitan á David tirando el arpa.—París.—Los grillos de Colón en verso.—Delicada idea de los caballeros condecorados.—Los documentos oficiales de Santo Domingo en venta.—Poema de la indignación patriótica.—Modo de honrar á Colón en Roma.—Los canes que ladran á la luna.—Chusma española.—Más y más versos.—Prospecto de publicación de la Real Comisión italiana del Centenario.

Las fiestas que casi simultáneamente inauguraron las ciudades de Huelva y de Génova, que continúan atrayendo gentes desocupadas, y que se prolongarán en los meses de Setiembre y Octubre, tienen de común algo más que el origen y razón de celebrarlas, si aquél se busca en el homenaje debido al genovés más ilustre, y ésta se encamina á solemnizar la duplicación del mundo de los antiguos. En los respectivos programas de espectáculos, en la invitación á los reyes, en la concurrencia de escuadras extranjeras, hasta en los pregones por voceros á usanza del siglo xv, han coincidido los organizadores, mereciendo aplauso por el contento dado á los asistentes en una y otra ciudad satisfechos. No es necesario, sin embargo, ser del número de los visitantes de ambos puertos para advertir en las diversiones aquellas diferencias que necesariamente dimanan de la naturaleza é inclinación tan distinta en genoveses y andaluces. Si desde la más remata antigüedad es famosa la maestría de los compatriotas de

Colón en *guadagnar* dinero, no es reciente el crédito que á los hijos de la tierra de María Santísima abona, por escrupulosa observancia de la sentencia liberal, «gástese lo que se deba, aunque se deba lo que se gaste». En éstos es la expansión ruidosa y tanto más grata cuanto más estrecho el círculo de los llamados á disfrutarla; en aquéllos no excluye el goce de momento á la idea de hacerlo de algún modo utilitario.

La Exposición italo-americana de Génova que hasta ahora acusa una entrada diaria de 5.000 personas, subiendo á 15.000 en los domingos, es mercado abierto de las industrias italianas, reclamo para su colocación ventajosa en las repúblicas latinas, y escuela donde los colonos ensayan los medios mejores para italianizar los países en que están establecidos, contendiendo en buena lid contra nuestra influencia y nuestros productos, el de las vides sobre todo.

Algo reproductivo hay asimismo en cuantas manifestaciones han discurrido en la ciudad de mármol, sin contar con el beneficio que ha de darla la gran concurrencia forastera. La procesión histórica, espectáculo del que más se envanece por el lujo desplegado en los trajes, por el efecto producido en las masas con el trono de los Reyes Católicos rodeado por los personajes de su corte; por el desfile de las tripulaciones de las carabelas con sus capitanes y almirantes, trompetas y atambores; por la representación de las escenas principales que en Santa Fe y en Palos precedieron al armamento y salida de la armadilla, no han sido excepción, considerados el modo y manera con que se ha dispuesto. La suscrición abierta entre asociaciones, gremios y particulares, ha dado el primer contingente; la venta anticipada de localidades en la palestra, donde la función empezaba, produjo buena suma, disminuyendo gastos la espontaneidad con que las familias principales tomaron á su cargo el desempeño de ciertos papeles, siendo de su cuenta vestidos, armas, caballos, criados y accesorios. Así representaba á Cristóbal Colón el príncipe Giulietto Scotti; lucía magnífico traje el Sr. de Michieli, figurando al contino de los Reyes Juan de Peñalosa, y no desdeñaban los papeles de capitanes ó simples soldados, caballeros que mantienen los ilustres apellidos de los Dorias y los Centuriones. El municipio de la ciudad que se titula *La Superba*, no tuvo, por consiguiente, que votar millones para una solemnidad lucidísima de que se hacen lenguas los periódicos locales.

Por desgracia, el joven Sr. Fran-

cisco Croce, que capitaneaba la gente de la *Niña* en nombre de Vicente Yáñez Pinzón, fué arrojado por el brioso caballo con tan mala suerte, que herido en la cabeza falleció en una farmacia donde se le auxilió, entristeciendo á una de las familias de más viso (1).

El accidente ha producido el sentimiento natural, mas como no puede la pena remediarlo, ni en el público afecta al éxito de la cabalgata en que desfilaron más de mil personas, se prepara para el mes de Octubre otra de más aparato, simulando el regreso de Colón, hecho el descubrimiento; la entrada triunfal en Barcelona, y la presentación á los reyes doña Isabel y D. Fernando de las primicias del Nuevo Mundo, indios, loros, iguanas, frutas, oro, conducidas en carrozas con que se engrandecerá el cortejo.

Paréceme que ha de ver con especial gusto la noticia mi amigo el Sr. D. José María Asensio, pues que recientemente ha discutido las razones que me hacían poner en duda la exactitud, ó la verdad mejor dicho, de las relaciones en que tal triunfo colombino se describe. Alega mi querido contradictor que tales cosas no se inventan, y que si bien las narró un estudiante que por entonces estaba en Sevilla, pudieron contárselo los que presenciaron la ceremonia. En lo posible cabe; con todo, la posibilidad no desvanece mis sospechas: aténgome á lo que dijeron dos testigos de vista, Gonzalo Fernández de Oviedo y Pedro Mártir, y á lo que callan los tres dietarios de la ciudad condal que se conservan, creyendo que los Reyes recibieron con afabilidad al Almirante; que le dieron asiento en su presencia, honra grandísima rara vez concedida, y que escuchando la descripción de las islas (no mundo nuevo) en que había encontrado gentes desnudas, papagayos, linaloe y arenas de oro, testimonios de la cercanía de las minas de Ofir, le despidieron satisfechos, ordenando la extensión de los privilegios y mercedes con que recompensaban el éxito de su empresa. No fué el estudiante de Sevilla, que andando el tiempo vino á ser obispo de Chiapa, quien lo demás añadió: él lo copió á la letra, como otros muchos, desde Herrera á Irving, de D. Fernando Colón, y como este historiador de su padre inventó las arengas de Luis de Santángel, el ofrecimiento de las joyas de Doña Isabel y tantas otras cosas que pasan por bellezas históricas entre aficionados á la retórica, sigo creyendo, sin que me hayan convencido los argumentos del Sr. Asensio, que no carecen de

(1) *Caffaro*, Genova, Giovedi, 4 Agosto.

fundamento los míos (1), y que pudo D. Fernando inventar, é inventó, todo el aparato de la entrada del Almirante en Barcelona, con música de la Capilla Real, *Te Deum* y alegrías populares. Esto no estorba al aplauso de la cabalgata de Génova, de la que también se proyecta en Barcelona y aun en Madrid, *Deo volente,* porque una cosa parecen las figuras en el teatro y otra en la historia.

En Génova han construido, en tierra firme, próxima al Acuario, una carabela, no tanto por ofrecer muestra de las construcciones navales del siglo XV, como por testimonio de la obra benéfica que reportan las escuelas flotantes en que se recogen los niños huérfanos ó desamparados, y librándoles de la corrupción se convierten en buenos marineros con provecho de la moral y del servicio del Estado. El profesor Garaventa hace que luzcan ante el público los adelantos de sus discípulos, no sólo en la náutica sino como orfeonistas, y explica en conferencias, con gusto escuchadas, la bondad del sistema y la conveniencia de multiplicar en los puertos los barcos que como esta *caravella di Colombo*, *scuola redenzione,* sirvan de plantel de ciudadanos honrados, y dejen permanente recuerdo del Centenario.

Ya lo han fijado en la universidad los estudiantes, celebrando como los de Huelva su fiesta especial, y acudiendo en número considerable á la inauguración de dos lápidas. La primera, en que ha esculpido el busto de Colón el artista Goffredo Bruni, reza: *A Cristoforo Colombo—nel IV centenario della grande scoperta—gli studenti genovesi—posero*—1892. La otra, más general, dice: *Al' amore de l'arte, de la scienza—A l'affeto de la famiglia—Anteponendo l'entusiasmo per la patria —Dal* 1821 *al* 1870—*Giovani studenti de l'Ateneo genovese—Precursori di nuovi sacrifice, di nuovi martiri—Combatendo gli stranieri, i tiranni, la superstizione—Caddero ai campi aperti — Soffersero, morirono nel carcere—Commemorando un antica gloria italiana—ne l'apoteosi di C. Colombo—Gli studenti del* 1892—*Questa memoria.*

También se ha descubierto en Bettola, con ceremonia y regocijo, el monumento de que hace mención una de nuestras reseñas anteriores, destinado á recordar que (según opiniones respetables) Colón nació en Pradello, donde subsiste una alta torre maciza que lleva su nombre. La lápida ahora puesta expresa que allí residió Dominico Colombo, y que por causa de la guerra, para

(1) Vide *Nebulosa de Colón.*

sustraerse á los desmanes de la soldadesca de Visconti, salió con su hijo Cristóbal, en 1439, para Génova, donde fué educado el que había de realizar uno de los más gloriosos hechos de la historia.

Esta manifestación local no impide que en Génova y Saona se sigan discutiendo y comentando los documentos publicados por D. Francisco de Uhagón, por todas partes leídos con interés. A D. Rodrigo Soriano no ha parecido bien que un español exhume papeles contrarios á las investigaciones de M. H. Harrisse (1); en cambio, un diputado italiano, el Sr. Sbarbaro, aplaude la diligencia de nuestro bibliófilo, apoyando con nuevos datos su opinión (2). Creo que no esté de más copiar el que suministran las Memorias del doctor D. Lorenzo Galíndez de Carvajal, uno de los primeros ministros que para el Consejo de Indias nombraron los Reyes Católicos. Decía:

«Año 1491. En este año tomaron los Reyes asiento con Cristóbal Colon, ginovés, natural de Saona, sobre el descubrimiento de las Indias é islas del mar Occano, de que tanta honra y provecho se ha seguido á estos reinos (3).»

Antes de concluir la mención de acaecimientos de Italia, es de notar que como se mantenga en la opinión la escuela florentina que siempre ha querido dar puesto preferente á Américo Vespucci, citando los estudios modernos de literatos de los Estados Unidos de América, ha pedido en escrito el barón A. de Bieberstein, que al honrar como se hace al presente, á un genovés, se rehabilite la memoria del otro gran italiano, injustamente tildado de falsario y de usurpador, cuando en realidad, uno y otro fueron por distintas vías á una meta. El empeño sería patriótico, mas no llano para el que intente acreditar de verídicos los cuatro viajes, cuya relación, hábilmente compuesta con retazos de diarios españoles y portugueses, y distribuida por Europa en múltiples ediciones, dió á la fama de Vespucci alas icáreas que ha derretido el sol de la crítica moderna.

A los telegramas suscritos el 3 de Agosto por el alcalde de Palos, noticiando á los soberanos y jefes de naciones que al romper el día se habían arbolado ante el convento de la Rábida las banderas de todas las naciones americanas, saludándolas las lombardas de la nao *Santa*

(1) *La Epoca*, Madrid 30 de Julio de 1892.

(2) *Colombiade*. A D. Emilio Castelar. *Libera parola*, Roma 24 Julio 1892.

(3) Anales breves del reinado de los Reyes Católicos D. Fernando y Doña Isabel, de gloriosa memoria, que dejó manuscritos el doctor D. Lorenzo Galíndez de Carvajal. *Biblioteca de Autores españoles*, de Rivadeneyra, tomo III de las Crónicas de Reyes de Castilla.

María, han ido contestando todos, haciéndolo expresivamente el Procurador de la Orden de San Francisco con reconocimiento por los festejos hechos en honor de Colón, *que llevó el cordón de los Terciarios.* El presidente de la República de los Estados Unidos dedicó nobles frases de reconocimiento á los valientes marineros que tripularon las naves de Colón.

Casi al mismo tiempo nos han dado á conocer los periódicos el texto de la proclama con que incita á los americanos á celebrar el IV centenario, aunque está firmada el 21 de Julio. Mr. Harrison hace saber al pueblo que reunidas las Cámaras en congreso, han acordado la solemnidad con demostraciones públicas y ceremonias dignas. Declara fiesta nacional la del aniversario cuadringentésimo del descubrimiento hecho por Colón, portador de las luces del progreso, tema que se desarrollará en las escuelas, y, desde el púlpito, en las iglesias: recomienda se inculque en la juventud el respeto debido al explorador del Océano y la satisfacción por los resultados obtenidos en los cuatro siglos de existencia de América, y como en todos los documentos destinados á recordarlos, invita á los ciudadanos á elevar al Altísimo expresión de gratitud por la fe del descubridor, por la inspiración divina que guió su empresa y por los infinitos beneficios dispensados al pueblo americano desde el principio de su historia. Es de observar que señala el viernes 21 de Octubre, día de Santa Ursula y de las once mil vírgenes, para la colectiva manifestación.

«Los humildes serán exaltados.» La villa de Rota no ha tomado ejemplo de los vecinos de Palos, que entre asustados y hostiles miraban con imposibilidad á los extranjeros deseosos de oir misa en su iglesia de San Jorge: unida por el sentimiento á la expresión nacional, celebró la fecha del 3 de Agosto fijando en el pueblo una lápida sencilla en que se lee: *El hijo de esta villa—Bartolomé Pérez—fué intrépido tripulante de una—de las carabelas mandadas por—Cristóbal Colón,—descubridor de América—y en el segundo viaje al Nuevo Mundo—el marino roteño dirigió como piloto—la carabela San Juan—MCDXCII.—Agosto* 1892.

Porque hónrase el pueblo que á sus hijos honra, es tanto de alabar la ofrenda modesta de Rota, como la que á los extremeños compañeros de Colón ha hecho Badajoz, capital de recursos, abriendo exposición regional, formando procesión histórica con carrozas simbólicas del Almirante, de Hernán Cortés, Alvarado, Soto, Pizarro, Valdivia y tantos otros hijos salidos de aque-

lla tierra para civilizar la del Continente occidental; celebrando concursos artísticos y literarios, y por cierto que en el musical no parece haber quedado satisfecha la banda del municipio de Lisboa, á la que se adjudicó el segundo premio.

Algo da sombra al arpa del Centenario. En Génova no ha podido ponerse en escena la ópera del maestro Franchetti *Cristoforo Colombo;* en Huelva hubo de prorrogarse el certamen de orquestas que interpreten el himno laureado; en Santander ha levantado protestas en el concurso de orfeones el fallo del tribunal.

Parcos los franceses, por carácter, en alabar cosa que no sea exclusivamente suya, no dan al Centenario la importancia que le conceden las otras naciones latinas; no obstante, por conmemorarlo, ha inaugurado el ministro de Instruccion M. Bourgeois la Exposición de cartas geográficas, con asistencia del embajador de España, que fué galantemente invitado. Algunas asociaciones preparan para Octubre la publicación de relatos de exploraciones y viajes, y entonces se pondrá en escena el drama de circunstancias *Chistophe Colomb dans les fers*, escrito en verso por el P. dominicano Lhermite. Su hermano en la Orden, el insigne predicador padre H. Didón, le ha dirigido epístola que publican los diarios encareciendo el mérito de la obra, no menos elogiado por el crítico literario de *El Figaro*. Gracias á éste puede anticiparse que el fondo del drama es histórico y que la reina india *Alméva*, heroína, tiene semejanza con la poética Anacaona, soberana de las flores, así como la figura del *noble* Roldán, que intenta librar del calabozo y los grillos al Almirante.

L'histoire viendra dire aux peuples qui naitront
Que ce temple géant fut conçu par Colomb.

Por el estilo suele, en efecto, escribirse la historia para las tablas. Los caballeros franceses condecorados con cruces españolas, han concebido la delicada idea de asociarse para presentar á S. M. la Reina regente un obsequio que recuerde la solemnidad del año 1892.

Al público ofrecen *souvenirs* los industriales, justificando la agudeza con que saben hacer capital del ingenio y de las circunstancias. Mil objetos del *artículo París de exportación*, cajas de bombones ó diabolines con el busto ó la figura de Colón hacen competencia á los *ricordos* de Génova, siendo grandísima la variedad de grabados, litografías, cromos y fotografías en que se representan escenas de la vida y viajes del inventor de las Indias. En prez de los fabriles catalanes, ha

de expresarse que no quedan á la zaga en el particular. La estatua de Atché reproducida en *bibelot;* medallones de bronce, medallas de aluminio, lindos abanicos, pañuelos de mano con retratos, escudos, alegorías se ven en los escaparates de Barcelona, abundantes. Pronto acompañarán los modelos de las carabelas, porque la *Pinta* y la *Niña*, rápidamente construidas por cuenta del gobierno de los Estados Unidos, según los planos del señor Monleón, se han botado al agua en la playa de la ciudad, y se arman y aparejan aprisa para unirse á la *Santa María* en la Carraca.

Ninguna de las memorias de los fabricantes europeos tiene, con todo, el interés de la que suministra la isla de Santo Domingo, poniendo á la venta los testimonios originales de todos los actos oficiales verificados en los años de 1877 á 1880, con motivo del hallazgo de los *verdaderos* restos mortales de Cristóbal Colón en la catedral de la que se llamó *Española*, y aunque ascienden á nueve piezas, escritas en papel sellado, con los signos notariales y demás requisitos de autenticidad, pueden obtenerse por la módica cantidad de 150 francos, según anuncio impreso en el catálogo de la librería Dufossé, de París.

Llegando á la noticia de los libros, por hoy alcanza primacía indiscutible un poema de D. José Lamarque de Novoa, dado á la estampa con accesorios artísticos, lujo tipográfico y prólogo de insigne literato, en realce de su propio mérito (1). Don José M. Asensio, el padrino, hace notorio que la indignación patriótica ha levantado la inspiración del autor, como protesta de la injusticia que envuelven las opiniones manifestadas en el centro científico más importante de la corte de España, y repite el poeta que ese noble sentimiento le incita contra los Aristarcos colombinos, *tábanos, canes que ladran á la luna,* al emplear la pluma en justificación de personajes españoles *pérfidos, infames, déspotas, envidiosos, inhumanos!* La indignación *soit-dissant* patriótica lleva al Sr. Lamarque de Novoa á calificar, con insistente repetición, de *chusma,* á los tripulantes de las naves que acometieron la empresa del descubrimiento desde Palos, y á maltratar con su *histórico* lirismo al que ose mentar á Colón para otra cosa que ponerle por encima de las nubes.

La indignación patriótica ha im-

(1) *Cristóbal Colón,* poema por D. José Lamarque de Novoa, con un prólogo de José M. Asensio y Toledo, ilustrado con reproducciones fototípicas de cuadros de los mejores artistas españoles hechas por Francisco Saña: Sevilla, imp. de E. Rasco, 1892; 4.º, 75 págs., con adornos de colores.

pulsado en Roma á ciertas gentes que blasonan de liberales, para salir al encuentro de una procesión cívica que se proponía coronar con laurel el busto de Colón mismo, y apalear la gente, y romper las banderas en que estaba escrito *Roma catolica a Cristoforo Colombo*, y derribar el busto al son de músicas y gritos de «¡Viva Giordano Bruno!» ¿Pensará el Sr. Lamarque que entre una y otra indignación de éstas, reñidas con la cultura, la tolerancia y la consideración, hay diferencias?

¿Puede ocultarse á escritor tan digno é ilustrado que porque otros hayan leído algo más que los cuatro libros á la moda que él cita, y porque meditando y aprendiendo descubran un Colón, inmortal por muchos conceptos, pero con talones vulnerables, y distinto de la figura convencional estereotipada, no merecen el trato de moscones que generosamente les concede?

«Quien desconozca de Colón las plegarias, las visiones, las profecías, el propósito de una evangelización, el proyecto de recuperar el Santo Sepulcro, la tendencia incontrastable á oraculear y á presagiar, desconoce toda una parte del ser suyo; pero quien desconozca su finura de italiano, su mercantilismo de genovés, su diplomacia del siglo décimoquinto, su hidrópica sed natural de riquezas, sus estratagemas de navegante, sus dobleces florentinas de conspirador, su propensión á entregarse al primer potentado que habla, en cuerpo y alma, sus continuas sumas y restas, lo desconoce á su vez en otro aspecto no menos curioso que el primero y no menos decisivo para su magna finalidad total y para su creación maravillosa (1).»

Amarga vida espera al Sr. Lamarque de Novoa indignándose á cada paso que den los que piensan en desacuerdo con sus preocupaciones. El grandioso bosquejo que del Almirante de las Indias ha trazado D. Emilio Castelar (2) le causará horror; los estudios que se suceden crisparán sus nervios doloridos mientras no se persuada de lo que el público sabe ya por el testimonio de sus versos; esto es, que necesita, por desagradable que le sea, leer y considerar lo que *ladran los canes á la luna*, para convencerse de la inexactitud gravísima con que ha escrito desde el principio del poema, que iba Colon

«De pueblo en pueblo llevando
un Nuevo Mundo en su mente...

Pasaran las licencias del poeta

(1) D. Emilio Castelar: *El Genio y la obra de Colón (El Liberal)*, Madrid, 3 de Agosto de 1892.

(2) *Loco cit.*

sevillano sin la pretensión de *historiar* con la trompa épica, enviando lisamente sus cantos (si no lo hizo) al certámen de la Academia Española; no pasarán ante la crítica, acompañadas como están de censuras que á otras provocan.

El radical M. Henri Rochefort ha dicho que el Centenario del descubrimiento de América sirve para descubrir que la fama de Colón es inmerecida (1), y no forman su juicio trabajos de españoles envidiosos que por rareza atraviesan los Pirineos; fúndalo en los americanos, entre los cuales, por más fresco, ocupa en estos momentos la atención de las sociedades eruditas la obra de Fiscke (2), aún más comentada que la de Winsor.

En Italia no ha producido escándalo que el municipio de Génova anuncie concurso para premiar el mejor busto del abate Angelo Sanguineti, apellidado abogado del Diablo por el conde Roselly de Lorgues, ni han dejado de respetarse las repetidas alegaciones de monseñor Rocco Cochia, antes obispo de Orope, ahora arzobispo de Chieti, que con ampulosa dedicatoria ha remitido á la Junta municipal nuevo libro titulado *Cristoforo Colombo e le sue ceneri*.

A seguir los impulsos del Sr. Lamarque de Novoa, habría que repetir el auto de fe que en el domicilio del buen hidalgo de la Mancha se hizo con los libros de caballerías, respetando sólo de lo nuevo tal cual impreso, como el *Poema en seis cantos dedicado á Cristóbal Colón con motivo de celebrarse el cuarto Centenario del descubrimiento de América*, escrito por D. E. D. de R. B., según los anuncios, y que tengo para mí, aunque no he visto la portada siquiera, que ha de ser uno de los sesenta y seis que optaban al galardón de la Academia Española. Confiemos en que habrá también inmunidad para la traducción de las composiciones poéticas de Don Juan Valera y D. Víctor Balaguer, hecha en Upsal por el Sr. Bjöorkman, é impresa con lujo; que se salvará de la hoguera la *Vida y viajes de Cristóbal Colón*, de los señores Leal y Campillo, siquiera porque vale 20 céntimos el ejemplar, y que el nombre ilustre de Campe, en gracia de los ratos deliciosos que tantos han pasado leyendo su *Robinsón*, servirá de pasaporte á la traducción de la *Historia del descubrimiento de América*, con buen acuerdo incluida por el editor don José Lázaro en su «Colección de libros escogidos», para instrucción y

(1) «La Posterité» *L'Intransigeant*, París, 13 Août 1892.

(2) John Fiscke, *The discovery of America, with some account of Ancient America and the Spanish Conquest, in two vol. Boston.*

recreo de la juventud, por más que no corresponda á la autoridad del literato alemán la del castellano que suscribe las notas (1).

Los amantes de la historia han de ver con complacencia el prospecto que acaba de redactar la Real Comisión de la *Raccolta colombiana*, presidida por el senador Marqués Doria, en esta forma (2):

Parte 1.ª Tomos I y II. Colección de los escritos auténticos de Cristóbal Colón, según los textos originales, con ilustración del señor César de Lollis.

Tomo III. Reproducción heliotípica de los mismos documentos y de las notas autógrafas del Almirante con transcripción paleográfica.

Parte 2.ª Tomo I. Documentos privados de Cristóbal Colón y de su familia y códice diplomático colombiano, ilustrados por L. T. Belgrano y M. Staglieno. Ascienden los documentos privados á 136 y comprenden desde el año 1429 en que aparece la primera noticia de Domenico Colombo, hasta el de 1572 en que se extinguió la descendencia maculina de Colón. El *Códice diplomático* reproduce el ejemplar que posee el municipio de Génova, el mismo que sirvió para la edición de Spotorno de 1823, que no es del todo correcta. Ahora se ha cotejado con el otro ejemplar existente en París, que tiene un documento de que carece el primero.

Tomo II. Monografías.—Cuestiones colombinas, por C. Desimoni.—Los retratos de Colón, por A. Neri.—Las medallas de Colón, por U. Rossi.—Los grabados del siglo XV, por A. Salvagnini.

Parte 3.ª Tomos I y II. Fuentes italianas para la historia del descubrimiento de América, por G. Berchet.

Parte 4.ª Tomo I. La construcción naval y el arte de navegar en el tiempo de Cristóbal Colón, por el capitán E. A. D'Albertis.

Tomo II. La variación de la Aguja náutica en el tiempo de Colón, por el P. Timoteo Bertelli.—Noticias de las cartas geográficas más antiguas que existen en Italia con relación á América, por V. Bellio.

Parte 5.ª Tomos I y II. Monografías dedicadas á los italianos precursores y continuadores de la empresa de Colón, á saber: Paolo del Pozzo Toscanelli, por G. Uzielli.—Trabajos astronómicos de Toscanel-

(1) «Colección de libros escogidos», *Historia del descubrimiento y conquista de América*, escrita en alemán por Joaquín Enrique Campe, notas y aclaraciones de Cesáreo Fernández Duro; Madrid, La España Moderna, dos tomos en 8.°

(2) *Il Popolo romano*, Roma, Lunedi, 1.° Agosto 1892.

li, por G. Celoria.—Pedro Martir de Anglería, por G. Pennesi.—Amerigo Vespucci, por L. Hugues. Giovanni Caboto, por V. Bellemo. —Giovanni Verrazano, por L. Hugues.—Leone Pancaldo, por P. Peragallo.—Antonio Pigafetta, por A. Da Mosto.—Benzone, por M. Allegri.

Parte 6.ª Bibliografía italiana de las obras y estampas relativas á Cristóbal Colón y al descubrimiento de América, formada por G. Fumagalli y P. Amat di S. Filippo.

Cesáreo Fernández Duro.

CRÓNICA INTERNACIONAL

Suma lentitud de los humanos progresos.—El anti-semitismo en Alemania.—Inmanencia de toda superstición en el tiempo y en el espacio.—Juicios ante los tribunales modernos contra los judíos idénticos á los que se suscitaran en los antiguos contra las primeras prácticas cristianas.—Los sacrificios humanos.—Dobles perspectivas en lo pasado y en lo por venir.—El Africa.—Su poderoso influjo en la humanidad.—Rusia, Inglaterra, Prusia, Francia, Italia en Africa.—Nuestros derechos sobre Marruecos.—Política marroquí de Inglaterra.—El cónsul Smith.—Cambio forzoso de política por el advenimiento de Gladstone.—Otros varios asuntos.—Conclusión.

I

Cuando notamos con qué lentitud camina la humanidad, no podemos desechar un tinte pesimista de nuestro espíritu atribulado. Creíamos el derecho humano de tal suerte ingerido en la sociedad, que ningún esfuerzo de reacción podría desvanecerlo después que la conciencia del mundo cristiano lo proclama como axiomático y lo formulan en cánones indelebles las constituciones modernas. Creíamos que así las leyes como las costumbres dejarían al individuo entenderse con su Criador, según le pluguiera, y explicar los enigmas de su origen y de su destino por la filosofía ó por la religión más adaptables á las inteligencias y á los sentimientos respectivos de cada cual. Pero nos hemos equivocado. Las cenizas apagadas de los antiguos braseros se reaniman y las sombras nefastas de los inquisidores desaparecidos vuelven. Y si lo dudáis, dígalo el anti-semitismo. No han bastado las calumnias de tanto periódico vociferador como sopla sobre los rescoldos del antiguo espíritu intolerante, con el fin de ir poco á poco devorando la más preciosa libertad, la libertad de conciencia; no han bastado los duelos á muerte que se han sostenido en París últimamente, análogos al juicio de Dios en la Edad Media; no han bastado los éxodos redivivos de las edades bíblicas y el espectáculo siniestro de un pueblo entero errante y disperso cual hemos visto en este nuestro tiempo á los judíos de Rusia; no ha bastado que surjan todas las supersticiones y resuciten todos los odios extintos: cierto fiscal de Tréveris acusa hoy al semitismo en uno de sus fieles como comedor de carne humana, cual espantoso caníbal, pues ha

el reo asesinado un pequeñuelo para devorarlo, por lo menos, para con su sangre amasar el pan de los holocaustos hebreos. Parece imposible tal delación; pero es verdad. Por los clavos de Cristo, magistrados germánicos, esa triste acusación de comerse los niños crudos, ¿no la dirige toda secta vencedora en todos tiempos á toda secta vencida? Lo mismo, exactamente lo mismo decía la historia pagana de los primeros cristianos. El paganismo tomaba nuestra espiritual comunión como un acto de abominable antropofagía. Leed el diálogo de Luciano, que se titula «Peregrino», y veréis imputadas á los mártires de las catacumbas cuantas abominaciones hoy se imputan á los judíos de las sinagogas. Esa idea de que piden la muerte de un muchacho los ritos hebreos corría validísima en los tiempos evangélicos primeros respecto de los ritos cristianos. Y, sin embargo; tuviéronla contra los judíos también las sectas cristianas. En ella se arraigaron los odios mediovales y á su conjuro se cometieron aquellas matanzas que han ensangrentado la Historia universal y oscurecido la conciencia humana. Todavía por los frescos y tablas de las iglesias románicas se notan figuras de judíos acechando, astutos como zorras, y crueles como tigres, los niños que pasan, con el fin de echarles la uña, en guisa de ogros, y llevárselos á sus zahurdas, y ya en las zahurdas, á sus anchas, engullírselos con fiereza. Pero esta es una leyenda de odios, que debía en los ánimos desvanecerse como se ha desvanecido en el mundo la eslavitud, la picota, la inquisición, tantos y tantos horrores. Parece imposible, á la religión cuyos dogmas y leyes más contribuyeran en los remotos siglos al destronamiento de los sacrificios humanos, se le imputa hoy su continuación en medio de la cultura universal. Hemos los hombres sido, ha sido nuestra especie toda, tan tardos en allegar y establecer el derecho, que los sacrificios humanos hubieron de perdurar por siglos incalculables y entre generaciones indecibles. La sumisión de Abraham, cogiendo una cuchilla para inmolar bajo las ramas de sacro árbol y sobre las aras de cruento altar á su hijo Isaac, significa la continuidad del sacrificio humano en aquel tiempo de los nómadas, como la sustitución de un cabrito al muchacho hecha por el ángel significa el comienzo de holocaustos á Dios menos crueles y cruentos así que los nómadas se fijan en tribu patriarcal; como nuestro sacrificio de la misa, en que representa una hostia de harina y un cáliz de vino el cuerpo y la sangre de víctima cual Cristo, sólo quiere significar una cosa: cuánto se ha espiritualizado el holocausto en este nuestro dogma, tenido universalmente como la conjunción del humano espiritu con el espiritu divino. Mucho hemos progresado por virtud y por obra del cristianismo; pero no desconozcamos, cuando el demonio de la intolerancia nos tiente, que ha precedido al Evangelio la Biblia, y que ha resultado el mayor servicio hecho por Cristo y por su muerte

al hombre la reconciliación entre todos los pueblos y la fraternidad universal.

II

Un paraíso hay en los recuerdos y tradiciones de la humanidad, un paraíso de lo pasado; y hay otro paraíso en las esperanzas y en los presentimientos de la humanidad, otro paraíso en lo por venir. Cada tierra tiene cerca ó lejos de sí otra tierra que la llama y atrae. Aquella prometida que parecía designada por nuestro Dios á su familia predilecta, surge ante todas las naciones en todos los siglos. ¿No veis al mongol abrirse paso hacia los edenes de la India? ¿No veis al indio bajar desde sus montañas, donde han brotado los dioses, hasta las bocas del Ganges? ¿No llega el asirio al Egipto y el egipcio no sube en sus constantes ascensiones hasta Nubia? Un fenicio pondrá en las islas dorias la tierra de su predilección y un dorio en las occidentales y apartadas Hespérides. Parecía que, al acabarse la tierra en los parajes donde el sol se pone, y comenzar un misterio tan extraño y un abismo tan insondable como el Atlántico, debía la humanidad retraerse de marchar adelante; y, sin embargo, los andaluces, los lusitanos, los extremeños hienden las aguas tenebrosas y los cielos enrojecidos, poblando con su genio, creador como el genio divino, de archipiélagos y continentes el último límite, donde parecía terminarse por completo nuestro planeta. De manera que la peregrinación en busca de una tierra predilecta, la peregrinación privativa del pueblo hebreo, ha ocupado con mayor ó menor intensidad la vida y el alma de todos los demás pueblos, empujados hacia la invención y hallazgo de ajenos espacios por impulsos instintivos é inconscientes, como los que impelen hacia su emigración las aves errantes ó viajeras. Y entre los continentes dotados de tal fuerza de atracción incontrastable, ninguno como Africa. Envuelto en misterios indecibles; cubierta su mayor parte por un sudario de arenas estériles; agobiado so los calores más ardientes y combatido por los simouns más espantosos; el mundo negro atrae á los demás con atracción poderosa y hace arraigar á representantes de los otros pueblos en sus inhospitalarios arenales.

El heleno tuvo allí Sybaris, que parecía un templo del placer, y Cyrene, que diera nombre á una de sus escuelas filosóficas; el fenicio aquella Cartago, la cual disputó á Roma con tan varia fortuna, por siglos y siglos, el imperio sobre la tierra; el mismo Alejandro no se creyó un semidiós digno de competir con los héroes fabulosos de la *Ilíada*, sino en el día de sus holocaustos y sacrificios por las altas corrientes del Nilo, ni dueño de las tierras históricas antiguas, sino cuando levantó su Alejandría en la desembocadura del río que discurre desde orígenes misteriosos entre jeroglíficos y palmas; los Ptolomeos deletrearon

allí el álgebra de las estrellas y allí los neo-alejandrinos tradujeron la Biblia y comentaron el *Fedón*, preparando sobre los capítulos de San Juan y sobre los diálogos dichos en los jardines de Academo la sintética teología cristiana; por sus arenales han pasado los cuatro fundadores de las religiones monoteistas, Abraham en su camino desde los desiertos caldeos á Hebrón, Moisés en sus iniciaciones misteriosas antes del Sinaí, Cristo en su niñez cuando la huida inolvidable á Egipto, Mahoma en sus primeras predicaciones y conquistas; el dogma de la gracia, tan parecido al fatalismo mahometano, brotó en sus sedes episcopales con San Agustín, y el arco semiojival de Córdoba y Sevilla se dibujó en sus desiertos, cuando los Omniadas, antes de fundar el occidental califato, iban á los oasis del Magreb y se alimentaban á una con dátiles de los palmerales africanos y con leche de las pacientes camellas; en Africa murieron San Luis y Raimundo Lulio; en Africa predicaron San Basilio y San Francisco; Africa nos designó en testamento nuestra grande Isabel, aun después de hallado el Nuevo Mundo; por Túnez y por Argel peleó Carlos V; no se imaginaron dignos de su gloria César y Napoleón, á la manera de Alejandro, hasta que no inscribieron sus nombres en las pirámides formidables de los Faraones y en los obeliscos misteriosos de la reina Cleopatra, como aquel reino de Portugal, cuando había descubierto el Brasil, traspuesto el Cabo de las Tormentas, izado sus banderas en la desembocadura del Congo y del Zambezé, rehecho la India, expedido el infante don Enrique como conquistador á Ceuta y Tánger, el infante D. Fernando como mártir á Fez, poblado con las Azores y la Madera y las islas de Cabo Verde y las factorías de Mozambique, mares y continentes, imaginó de su obligación histórica morir en la persona de don Sebastián allí con enigmática muerte, digna de su aventurera y gloriosísima existencia: que Africa ostenta en sus increíbles atracciones algo de aquella seducción y hechizo encontrados por el consentimiento universal en las sirenas helénicas y extendido por la fábula entre los rítmicos escollos del celestial Mediterráneo.

III

Pues continúa hipnotizada la civilización europea en este nuestro siglo por Africa más que nunca. No hay sino volver los ojos á las mil cuestiones intercontinentales pendientes, y en todas ellas le reserva la lógica de los hechos un puesto importantísimo al Africa, el primero quizá. Mirad cómo va tendiendo Rusia con lento y seguro paso, después de haber fijado sus jalones en Armenia y en el Caspio, á sentar sus reales sobre las orillas del torrente Cedrón y del río Jordán. Pues no requiere tanto en este trabajo de araña la tierra de Palestina como la tierra del Nilo. Esa Turquía, tan po-

derosa en otro tiempo, hace apenas dos siglos, comprende que bajará los últimos escalones del panteón, donde van á enterrarla de consuno todos los pueblos cristianos, si cede algo de su dominio casi honorario, así sobre Trípoli como sobre Egipto; y para demostrar su autoridad é imperio, agrega con empeño á este virreinato último un pedazo de Asia con su recientísimo aditamento de península tal como la península del Sinaí. No mentemos á Francia. El Africa la tiene como fuera de sí. Cree haber hecho una Francia africana en Orán y Argel. Desguarnece de un aliado útil su frontera en los Alpes y lo echa del lado de Alemania, después de haberlo redimido, por el protectorado francés sobre Cartago, so pretexto de guarnecer la frontera oriental de Argelia. Envía tras de Stanley, para que contraste á este gran explorador africano, sus Brazzas y otros peregrinos, ciñéndoles el nimbo de una leyenda semejante á la que llevan los antiguos exploradores iberos. Por unas leguas de líbico desierto que añadir á sus eternos arenales argelinos, y por unos oasis que contar en los límites inciertos entre Marruecos y Argel, suscita recelos en Occidente y provoca temeraria intervención de Inglaterra en los territorios del Magreb. No descansa tras esto, ni con esto se satisface; y aunque haya estado en peligro de suscitar una guerra intercontinental por sus confusos complicadísimos privilegios en Madagascar, todavía se mete con el bárbaro monarca de Dahomey, sacrificando á las relaciones con tal reyezuelo antropófago un ministro de cepa republicana como Cavaignac y proponiendo la difícil formación de coloniales ejércitos, diversos del ejército continental. En Africa muere, inmolado á los intereses de un mercado inglés, el príncipe imperial, representación última y última esperanza de los napoleónidas, no lejos de la isla donde atormentaron los ingleses con toda clase de tormentos morales y materiales al siniestro titán, que fundara sobre millones de cadáveres su fugaz pero poderosa dinastía. Y de esta misma obsesión por el Africa se han otras naciones contagiado en Europa, como Italia, como Alemania, como la propia Bélgica. No obstante haber engendrado á Colón Italia, y haber tenido la gloria de que un piloto suyo diese al Nuevo Mundo su nombre, no ha logrado grandes colonias en la edad moderna, cuando tantas tuvo en la edad antigua. El poderío de Venecia llegó á extenderse por el archipiélago griego y por el Asia Menor; llegó á conquistar muchas riberas esclavonas hacia su Oriente; llegó á emprender y rematar viajes como aquellos á los cuales se movían los exploradores del Nuevo Mundo en busca de los tesoros que gentes y familias venecianas vieran en Mongolia, cuando del hermoso Lido salían los argonautas más brillantes y más poéticos de la Edad Media. Pero, fuera de esto, no ha tenido Italia colonias. Y sin embargo, ahora le ha dado por consumir su oro y su sangre, así como desnivelar su presupuesto y debilitar

su ejército, en una colonia erítrea, cerrada por el Mar Rojo y el Sudán, y el Egipto y la Etiopía, sin que pueda moverse á ninguna parte, cocida por un sol asolador y por un fuego apocalíptico en el propio jugo de sus engañosas ilusiones. Y no quiero decir nada de Bélgica. El buen Stanley le regaló al monarca belga un trozo del Congo, como pudiera regalarle un esternón de cualquier ballena ó colmillo de cualquier elefante; y ahora vemos cómo el presente le salió al monarca tan costoso, que tuvo precisión de declinarlo sobre Bélgica; y Bélgica no sabe qué hacer con la pesadísima carga de tan penoso regalo. ¿Cuál prestigio Africa tendrá, cuando, presentado ya por su historia el escarmiento secular de don Sebastián, á quien la voracidad horrible de aquel clima consumiera sin devolver sus despojos; ante tal revelador é instructivo recuerdo, desaparecen renglones importantes de los respectivos y varios presupuestos, á la manera desaparecieron los milites lusitanos quienes habían salido en son de fiesta y de torneo, cual á una parada y á una correría militar? Convengamos en que aquella esfinge, cuyas oraculares palabras no podían interpretar los tebanos, muertos á las preguntas y á las asechanzas del monstruo, renace hoy en Africa y representa en su horror trágico algo de lo que augurios y presagios representaban en la tragedia y en la historia clásicas.

IV

Pues no menores muestras de propensión al Africa las dos grandes naciones germánicas de nuestra Europa hoy dan, la insular y la continental, es decir, la sajona y la alemana, Inglaterra y Prusia. Sería incomprensible que no hiciese tal Inglaterra. Tiene por elemento el mar y por ministerio la colonización. Los sajones y los normandos, lentamente sobrepuestos á los britanos indígenas, fueron los mayores nautas de las razas boreales. Condenada por su carácter insular á perdurable navegación, Inglaterra necesita enroscarse con los anillos de sus factorías intercontinentales al planeta entero y abrirse mercados en las cuatro partes del mundo para realizar la función universal del cambio y cumplir su ministerio histórico. Nada tan lógico y natural, pues, como su anhelo y afán por Africa. Pero ¿lo comprendéis en Alemania? Continental, eminentemente continental; fuera de las cruzadas, en que solían atravesar distancias cortas de mar y en extrañas naves generalmente sus soldados, nunca intentó expediciones marítimas y nunca tuvo colonias de ningún género. Sin embargo, hace poco se alzaba con un protectorado en Zanzíbar, que le ha traído innumerables disgustos, hasta que lo trocó por el islote llamado Heligoland; y expedía por el Africa oriental exploradores, los cuales lle-

garon á indisponer muy gravemente su gobierno con los gobiernos de Inglaterra y América. Hoy mismo, un doctor suyo, Emín Bajá, con el birrete sobre la cabeza y un par de anteojos sobre la nariz, caballero en bíblico asno, y armado de un diccionario, compite con el audaz Stanley, hecho por el Criador para esta clase de temerarias expediciones, y más atrevido que Stanley todavía, resucita en el horno ardiente de las tierras sudanesas y bajo los lujuriosos ramajes de las orillas del Victoria la leyenda de un mártir como Gordón, ofreciéndose de mahedí, magüer cristiano, á gentes, las cuales se levantan en son de guerra, como los abrasados ciclones de sus desiertos, en cuanto surge un profeta, y los mueve con frases arrebatadoras á la pelea y á la conquista. Como el socialismo, la idea colonial apareció de continuo entre las neurosis del grande canciller Bismarck. Pero no se necesitaba ser en ciencia ningún Séneca y en previsión ningún adivino para presagiarle que marraría su empeño, según se lo presagié yo en el discurso de Orense sobre las Carolinas el año 85, y con efecto marró. Alemania tuvo que ceder á Inglaterra su honoraria dominación en Africa; é Inglaterra hoy aparece como la nación esencialmente africana. Esa enorme sarta de posesiones extendidas de un extremo á otro extremo del Mediterráneo, y arrebatadas, como Gibraltar, á los españoles; como Malta, á los italianos; como Chipre, á los griegos, posesiones semejantes á centinelas avanzados que miran siempre al Africa; esa colonia del Cabo, acaparando una punta del suelo africano, y esa ocupación de Alejandría, por su parte, acaparando la otra punta; esas expediciones, como la gloriosa de Abisinia, en que á las afrentas de su derrota, el rey Teodoro se mata cual los sublimes vencidos de las historias clásicas; esa expedición á Iartum contra los mahedíes del desierto, tan fecundo en conquistadores y profetas; la patente apropiación del canal de Suez vinculado entre sus propiedades hoy por la tutela sobre persona como el sultán de Egipto, á las puertas del Asia, frente á la Meca y al Sinaí, en el Rojo mar, al ingreso de los libios arenales: el continuo pleito, verdaderamente jurídico, degenerado á trechos en armadas luchas, con boeros y zulues y viejos holandeses y republicanos del Transvaal; esas compañías semiexploradoras y semimercantiles, cuya codicia requiere el marfil y el oro, y además las fuentes del Nilo para Inglaterra, propietaria ya del desagüe de este río; la necesidad que tiene de unir los descubrimientos de Díaz y Gama con el Imperio de los Faraones sin ninguna interrupción y de asegurarse más y más el canal que abriera Hércules por los tiempos prehistóricos, cual se ha asegurado el canal abierto por Lesseps en este nuestro tiempo, dan á Inglaterra una importancia tan excepcional en el continente negro, que no cabe hoy con ella ninguna competencia. Y aquí está el mal de la situación suya. Para unir Inglaterra el Cabo al Nilo, debe-

rá chocar por fuerza con Portugal, interpuesta en sus vías por posesiones como Lorenzo Marqués y Mozambique; para más asegurar Inglaterra en el Occidente de Africa el estrecho de Gibraltar, como tiene asegurado el canal de Suez, deberá chocar con España, la cual no puede consentir, sin una enorme protesta, que así como se ingirió entre Tarifa y Málaga en otro tiempo, se ingiera hoy entre Ceuta y Cádiz, obstruyendo un paso necesario al mundo todo, y especialmente á nuestra España, eterna propietaria del gaditano mar, que le han cedido de consuno la Historia, la Naturaleza y Dios. Así no puede, no, un estadista inglés, que tenga en algo su nombre, arriesgarse á la calaverada de Tánger, sin exponerse á una de esas enemigas implacables, en que á la postre los débiles infieren á los fuertes grandes humillaciones, como la que infirió á Turquía Grecia y al Austria Italia.

V

Y sin embargo, parece que se huelga el cónsul de Inglaterra en suscitar cuestiones, las cuales hieren á España y perturban á Marruecos. Enviado desde las tierras del Africa Oriental á las tierras del Africa Occidental, cree cosa fácil desvanecer elemento tan propio y nativo de toda esta región como nuestro influjo sobre el Magreb, á la manera que ha desvanecido elemento tan artificioso en aquella otra región como el influjo alemán sobre Zanzíbar. El triunfo allí alcanzado á cala-cuerda no le permite dar aquí á su actividad tregua de ningún género. Apenas llega y se instala en el consulado tangerino, métese de hoz y de coz dentro de los disgustos entre las tribus circunstantes á Tánger y el gobernador de la ciudad, procediendo con tal diplomacia, que reunió en aquella bahía buques pertenecientes á todas las escuadras y nos puso á dos dedos de un conflicto intercontinental. Mr. Smith cree que puede un protectorado británico ejercerse sobre los berbéricos y árabes con la misma felicidad que lo ejerciera él sobre gentes musulmanas de una irremediable debilidad. Y yerra por completo. El zanzibereño tiene ductilidades jamás conocidas en el marroquí. Súbditos de un antiguo y colosal Imperio; generadores de aquel Tarik que comenzara la conquista de nuestra España; ennoblecidos por la sangre árabe de los Muzas; habiendo dado al mundo musulmán los almoravides y los almohades y los benimerines que le procuraran tantas glorias, y habiéndose rejuvenecido mil veces con la noble savia que difundían por sus venas los expulsos de Córdoba y Sevilla y Granada; bajo el Atlas tan poderoso y fecundo; con el Mediterráneo á la cabeza y el desierto á la espalda y el Atlántico al costado; provinientes de una eximia raza, esclarecida por una grande historia, no ceden los marroquíes ni á los hijos de Arabia en orgullosos, y se aferrarán á su fe y á sus instituciones; por-

que si están decaídos, no han renunciado á la esperanza de sacudir esta decadencia y conquistar á Europa. Así, hanse allí aislado como en un grande gimnasio militar, y sólo ejercitan sus fuerzas intelectuales en el Korán, que les promete conquistas duraderas, como sus fuerzas físicas en el ejercicio militar, que les presta un robustísimo temperamento de conquistadores. Irse á Fez con grande aparato, entrar en sus calles con pompa y corte, dirigirse al emperador de potencia á potencia, pedir de un golpe ferrocarriles y telégrafos á quien se aisla en su harem como el águila en sus peñascos y como el león en sus espeluncas, izar una bandera cristiana donde únicamente se ha visto la verde antigua de los soldados del Profeta y la que iba tras los omnipotentes sultanes, parécenme una serie de temeridades y arrogancias, cuyos efectos, lejos de comenzar la compenetración entre la cultura europea y el pueblo marroquí, la detiene, cuando no la retrasa. Un tumulto ruidoso, un ataque formidable á la embajada, un desacato á los funcionarios británicos en Fez, han suscitado todas estas audaces tentativas. Conjuradas ya las más temibles y más prontas consecuencias, no podrá conjurarse, no, en mucho tiempo, una mayor enemiga entre moros y cristianos en tierra del Magreb. La despótica majestad del Sultán tiene muchas consideraciones que guardar á las tribus circunstantes, y no manda en Marruecos, no, como el Czar manda en Rusia. Jefe de una confederación militar en armas á la continua, debe tener en cuenta las supersticiones del espíritu de ésta y las fuerzas de sus brazos para mantener la sombra de su autoridad, muy disputada, sobre un Imperio tan vasto en que pululan gentes tan belicosas y tan feroces. Heridles una creencia ó amenazadles con una humillación, y no sabéis dónde pararán sus desquites y quién contendrá sus furores. Por fortuna, el sultán se ha, con buen acuerdo, apresurado á la satisfacción, y los atropelladores de la embajada y gente inglesa se han visto precisados á pagar una multa de diez mil duros, repartida por el cónsul entre los pobres de la ciudad. No hay mal, decimos nosotros, en lo que bien acaba. Pero estas dificultades tan zozobrosas y tan preñadas de peligros, deben decir á los enviados ingleses cuánto pulso piden las relaciones con Marruecos, y recordarles la única nación, España, que tiene para influir allí medios, dados todos por el espacio y por el tiempo, á los cuales no puede vencer ninguna fuerza ni sobre los cuales fundar nada ninguna diplomacia que no represente nuestros intereses y tenga nuestra historia.

VI

Por la buena ventura del mundo europeo hase la política liberal sobrepuesto á la política conservadora en Inglaterra. El grande hombre, que la

nación británica, por su voto libérrimo, eleva hoy á la cabeza de un ministerio radical, no solamente se propone reparar una grande injusticia en Irlanda, se propone también servir á la paz universal en el mundo entero. Distribuidas, como se hallan hoy, las fuerzas políticas en Europa; de un lado Rusia y Francia, de otro lado Italia, Prusia y Austria, Inglaterra mantiene la balanza en su fiel; y por lo mismo, impide que choquen y batallen los sendos factores en guerra perpetua y latente. Bien lo veía Salisbury durante los últimos tiempos de su gobierno; y para quitarle el sucesor inmediato y rival ilustre toda su libertad de acción, lo ataba de manos y piés con las convenciones egipcias para que no pudiese acercarse á Francia; con las dificultades recientes del Pamir para que no pudiese acercarse á Rusia; con las intrigas de Marruecos para que abrumase sus hombros hercúleos la inmensa pesadumbre de todos los problemas mediterráneos, indisponiéndolo en el gaditano mar con la misma nación española, que se cree por derecho natural é histórico su incontrastable poseedora, é indisponiéndolo con las potencias enemigas de la triple alianza en el enmarañado laberinto de los problemas afganos, que amargaron las postrimerías de su gobierno último y lo pusieron en trance tan amargo y tan opuesto á sus ideas y á sus creencias como la necesidad imprescindible de promover y suscitar el conflicto continental. Pero muy aferrado á sus ideas el jefe inmortal de los liberales ingleses, sabe cómo la conservación del estado pacífico presente le granjeará el mayor de los lauros gloriosos posibles y le procurará la satisfacción interna de haber salvado al mundo de una catástrofe; por lo cual habrá de conciliarse y entenderse con Francia en la cuestión de Egipto, con Rusia en la cuestión de Pamir, con Italia en la cuestión de Eritrea, con España en la cuestión de Tánger, siendo esto último tanto más fácil y hacedero, cuanto que nosotros pedimos tan sólo un *stuto quo* favorable á los intereses generales europeos y la integridad completa del Imperio marroquí, á quien hoy nadie puede, para su provecho, herir, ningún gobierno, sin agravio y sin detrimento de todos. El ministerio Gladstone dentro de Inglaterra es un ministerio de progreso pacífico y el ministerio Gladstone fuera de Inglaterra es un ministerio de paz universal. Quiérenlo negar á una las gentes, porque diz ha nombrado para el departamento de Negocios extranjeros al más conservador entre todos los liberales, al ilustre y cariñoso amigo mío, el eminente lord Rosbery. Recuerdo, siempre que tropiezo con alguno de los repúblicos á quienes debo juzgar, esta relación particularísima conmigo, de amistad, cuando la tienen, para mostrar cómo, si por un lado tengo la obligación moral de juzgarlos con benevolencia, tengo por otro lado la suficiente competencia para conocerlos á fondo. Y declaro que creo á lord Rosbery bastante patriota para no inferir daño de ningún género á los intereses patrios; y bastante liberal también para servir en todas partes, cuando

no lo impidan tradiciones sacras ó compromisos ineludibles, la humana causa del derecho y del progreso universal. Inútil pedirle aquellos radicalismos, no sólo incompatibles con su natural anglo-sajón, incompatibles con su complexión política propia, pues conoce mucho la realidad y obedece mucho la evolución, por inglés y por experto; pero no luchará con Francia en todas partes cual ha luchado Salisbury; no alentará los armamentos de Italia como los alentara Salisbury; no hará de Inglaterra un factor honorario en las alianzas germano-itálicas cual Salisbury lo hiciera con más ó menos propósito de hurtar el cuerpo en cuanto estallara el conflicto. La imposibilidad patente de la guerra se aparece á los ojos menos penetrantes, así que para el ánimo su atención en la coincidencia de haberla impedido todos los gobiernos á una por modo indeliberado, en cuanto los ha puesto la lógica de los hechos en el apuradísimo trance de tener que declararla y asumir la responsabilidad horrible de su iniciación ó comienzo. No puede, no, Francia promover el conflicto europeo desde que revistió la forma republicana. El Imperio traía consigo aparejada la guerra, mas la República trae consigo aparejada la paz. Bendecida la forma nueva por el Papa; sancionada en los consejos europeos con la increíble amistad de un Imperio tan estable como Rusia; desembarazada por empeños del acaso de todos sus pretendientes y rivales; conviviendo ya con las costumbres francesas; ganándose cada día un adepto más en los jefes realistas, todos ellos camino de Damasco y propensos á una imitación irremediable de Juliano y de San Pablo; sus valores á la par, sus billetes con prima, banco y erario rebosantes, á manos llenas el oro, la prosperidad cada día mayor, abundantísimo por todas partes el trabajo y creciendo el jornal, Francia no puede pensar en una guerra, que, de resultarle adversa, destruía su nacionalidad, y de resultarle favorable, destruiría su República. Pueden darse por completo nuestros amigos, los ilustres amigos ingleses, á su plan de reforma, pues no habrá de alterarles ó interrumpirles una guerra europea. Mucho hemos deplorado todos no contar en el ministerio con un radical tan franco y tan popular como Labouchère, cuyos méritos múltiples se han aumentado en la cuenta de mi estimación, viendo el acierto que ha tenido al proponer la subrogación de cuestiones tan por extremo candentes como las cuestiones irlandesas á cuestiones tan por extremo conciliadoras como la cuestión electoral. Sus discursos internacionales en la Cámara, sus vivas defensas de todos los opresos, el valor con que ha reclamado á la diplomacia europea una devolución tan justa y pacificadora como la devolución de Metz y Estrasburgo á Francia, su insistencia en la evacuación del Egipto, su apasionamiento por todas las ideas buenas y nuevas le han de tal suerte conciliado todas las inteligencias progresivas, que ninguna se ha exentado de sentir lo que la monarquía tiene de absurda

cuando proscribe y expulsa del poder á un ciudadano tan popular y meritorio. El no ha dejado de quejarse al verse por la regia voluntad y gracia impedido de subir al gobierno liberal, cuando tanto á su triunfo y formación cooperara en los últimos comicios; pero Gladstone ha salvado todas las apariencias y cubierto las formas en cumplimiento del deber que tenía para con la majestad, á fuer de caballero y ministro, afirmando no habir ido nunca el nombre de su más ardiente partidario entre los candidatos al gobierno. Para consuelo de Labouchère voy á decirle un pensamiento de Spencer, que aquí encaja cual anillo en dedo, y que creo tan oportuno como sabio. Decía este buzo de la inteligencia, refiriéndose á Disraeli, que no tenía cosa de filósofo éste, y por consiguiente cosa del oficio á que había él consagrado su vida, y de la estirpe á que había él pertenecido siempre. Y tentado á lamentar que un estadista de tanto poder en Inglaterra, tuviese tan poca ciencia en la mollera, se arrepiente y dice: «¡Oh! Bien está San Pedro en Roma; si para caminar por la realidad tuviese las angélicas alas del pensamiento filosófico, acaso le sirvieran únicamente para tropezar y caer en todas partes.» Preferible á un organismo conservar los órganos respiratorios con que vive, por ejemplo, en el agua, y no quitárselos mientras no esté muy seguro de que le han verdaderamente nacido aquellos con que se logra vivir en el aire. Demasiado teórico y dogmatizante Labouchère para el gobierno, en este período de ministerialismo se descargará un poco de sus idealidades amaestrándose para las artes y para las prácticas difíciles del oficio político. Y, antes de concluir estas breves observaciones acerca del ministerio inglés, no suelto la pluma sin un aplauso fervoroso al ilustre Morley, quien, elegido para el gobierno y ejerciendo ya la dignidad altísima de secretario de Irlanda, se ha puesto en trance de perder su puesto, por abandonado en la reelección como ministro de los socialistas, á causa de haberse negado con empeño el filósofo y orador ilustre á defender el dogma de las ocho horas de trabajo designadas por el Estado: suicida retroceso del jornalero á la vieja esclavitud histórica. Nada sin la libertad.

EMILIO CASTELAR.

IMPRESIONES LITERARIAS

Estudios críticos acerca de un período de la vida de Colón, por D. Alejandro de la Torre y Vélez, canónigo lectoral de la catedral de Salamanca.—Primera ración de artículos del Doctor Thebussem, caballero del hábito de Santiago.

Sabido es que en torno de los varones ilustres que descuellan sobre sus semejantes en cualquiera de los múltiples órdenes de la actividad humana, se forma siempre nube de leyendas, fábulas y tradiciones tan densa y oscura, que al cabo de muy poco tiempo, después de fenecido el hombre superior, apenas si puede disiparla el esfuerzo investigador de las generaciones sucesivas. Así aconteció con Homero, así con el Çid, así con Cervantes, Shakespeare y Quevedo, así con casi todos los ingenios esclarecidos. Y la razón es obvia: la imaginación de las muchedumbres, que no tuvo ojos para ver entre sus contemporáneos al varón escogido, no se aviene á creer que el hombre á quien luego contempla en la cima de la celebridad, ha vivido vida tan prosaica y vulgar como cualquiera de los seres que forman las filas anónimas de la multitud desconocida. A hombre extraordinario—piensa el vulgo—vida extraordinaria, y como consecuencia de ese modo de pensar, la biografía es convierte en novela, y el historiador, que por fuerza ha de participar de las creencias de su tiempo, refleja en sus libros el modo de discurrir de las muchedumbres. La cuna del héroe aparece entonces rodeada de prodigios, su infancia y su juventud son un tejido de leyendas, y al morir, si no le arrebata carro de fuego, no deja por ello de encontrarse sometido á la misma prodigiosa influencia á que estuvo sujeta toda su dramática vida. Plutarco, al referir la historia de Demetrio, dice que «la belleza del hijo de Antígono era tan extraordinaria y admirable, que ni escultor ni pintor alguno pudo sacarle semejante». Estas palabras del autor de *Las Vidas paralelas* pueden aplicarse á todos los grandes hombres: son tan extraordinarios, que el historiador no acierta á trazar en sus libros

la debida semejanza. No conviene, sin embargo, censurar en absoluto este homenaje tributado al hombre superior; la apoteosis es la forma que toma siempre la admiración sincera.

Por una reacción natural, á las épocas de entusiasmo en que se escribe la historia que pudiéramos llamar mítica del héroe, del santo, del inspirado, siguen períodos críticos que incurren precisamente en el extremo opuesto al de los panegiristas. En ellos todo se pone en tela de juicio: se empieza por negar lo inverosímil y se acaba por rechazar lo que está plenamente comprobado, llegándose á veces á tal exageración, que por negarlo todo se niega hasta la existencia del grande hombre. Achaques son estos del juicio humano, siempre vacilante, más inclinado á la exageración y la hipérbole que propenso á mantenerse en los términos de lo justo.

Colón, la figura más saliente de la historia moderna, el hombre que, semejante á un dios creador, sacó un mundo de la oscuridad, no pudo menos de estar sujeto á esas oscilaciones del criterio histórico. Sus incondicionales admiradores no se contentan con menos que con hacerle santo, para lo cual no vacilan en atribuirle perfecciones que quizá no tuvo, y en suponerle intentos que jamás le pasaron por las mientes. A fin de engrandecer su memoria deprimen la de los más ilustres personajes de su época, y no excluyen de sus anatemas ni á las diversas clases sociales ni á las más ilustres instituciones. Todas eran hostiles al sabio y á todas hubo él de vencerlas con prodigios de magnanimidad y de virtud. Con este modo de entender la admiración, ¿qué mucho que el ilustre marino se nos haya presentado siempre bajo la figura de un mendigo cubierto de harapos, ya pidiendo un pedazo de pan por amor de Dios á la puerta de un convento, ya escarnecido por los cortesanos, ya, finalmente, desahuciado por los sabios y seguido en calles y plazuelas por turba de chiquillos gritando tras él: guarda el loco, guarda el loco? Y sin embargo, en esta España que tanto maltrató al marino italiano, al decir de sus panegiristas, encontró el futuro descubridor de América amigos que le ayudasen, sabios que le comprendiesen, gentes de mar que le secundasen en su aventurada empresa y reyes que le otorgasen apoyo y protección decididos.

Actualmente, con motivo del Centenario, y por la ley natural de la reacción de que hablo más arriba, no ha habido hecho de los atribuidos hasta ahora al gran navegante, que no se haya sometido á examen riguroso, tanto que casi puede afirmarse que merced á él, ha quedado destruida la historia colombina. Se le ha negado su patria, se le han regateado sus altas dotes, se le ha arrebatado la mayor parte de la gloria del descubrimiento, y hasta, según mis noticias, se ha llegado á afirmar que jamás existió. Si á esto se añade el fárrago de textos que se ha sacado á relucir, la varia interpretación dada á las palabras de

los historiadores, y las diversas direcciones de la crítica, ya entusiasta, ya adversaria de Colón, y el afán en unos de mostrarse asombrosos eruditos, en otros el ansia de renombre, y en algunos, finalmente, el deseo de parecer *espíritus fuertes*, se comprenderá lo difícil que es reducir á sus verdaderos límites la vida y hechos del gran marino.

Penetrar en ese laberinto, más intrincado que el famosísimo de Creta, despojar y como limpiar el retrato del Almirante de toda la pátina formada por los siglos, tal ha sido el propósito acometido y llevado á éxito feliz por el sabio lectoral de Salamanca, el señor de la Torre y Vélez. No pertenece este escritor al número de los oradores de Ateneo, ganosos de aplauso, alcanzado muchas veces por el camino de la paradoja, ni á esos hábiles explotadores del elogio periodístico, pedestal ó más bien peana de tantas reputaciones de barro... El Sr. Torre y Vélez es de aquellos sabios que, como el maestro León, huyen del *mundanal ruido*, y semejantes al *Marcelo* de *Los Nombres de Cristo*, conságrase á la meditación y al estudio, á la sombra tranquila que proyectan los venerables muros de la catedral salmantina. Fruto de largos y concienzudos trabajos es el libro que acaba de dar á la estampa. Tanto es su mérito, que hoy con verdad puede decirse que, gracias á su autor el lectoral de Salamanca, la historia de la vida de Colón, en lo referente al período que el ilustre marino vivió en nuestra patria, ha salido del nimbo de oscuridad y confusión que hasta ahora la envolvía.

Cuatro partes comprenden estos estudios. En las dos primeras demuestra el autor, con un razonado análisis de las fuentes históricas, los errores en que han incurrido los historiadores colombinos, las equivocaciones de Cantú y Navarrete, la ligereza de los juicios de Prescott y lo fantástico y novelesco de los relatos de Roselly de Lorgues. Tan vigorosa es la crítica de que se vale el P. Vélez, tan fuertemente están trabados sus razonamientos, tan fina é ingeniosa es su sátira, y con tal severidad filosófica examina y desmenuza los trabajos de los historiadores todos de Colón, desde Ulloa hasta Las Casas, desde Hernando, el hijo del Almirante, hasta Santángel, desde Pedro Mártir hasta Washington Irving... que después de leídas estas dos primeras partes del libro, la leyenda colombina preséntase ante los ojos del lector reducida á un montón de escombros: tanta es la fuerza de la maza dialéctica que maneja el lectoral de Salamanca.

Pero no se ha contentado el canónigo salmantino con destruir el edificio levantado por los escritores colombinos. La vasta instrucción del P. Vélez, y el conocimiento profundo que del hecho historiado posee, le han facilitado los medios de reconstruir ese período de la vida del Almirante, que es como la génesis ó principio del descubrimiento del Nuevo Mundo. Interesante período es éste. No aparece entonces Colón sobre el puente de su nao,

radiante de gloria, mostrando á la tripulación asombrada la virginal hermosura de la tierra americana brotando esplendorosa de entre las brumas de la mar; no ondea entonces en su mano el pendón de Castilla, ni resuena en torno suyo el *Te Deum* cantado por los mismos labios que pocas horas antes maldecían al aventurero. En los eternos ocho años que preceden á ese momento sublime, el más solemne que la historia registra en el espacio de diez y nueve siglos, el futuro Almirante es el oscuro pretendiente que con *su capa raída* sigue pensativo los pasos de la corte; que somete las adivinaciones de su genio á la junta presidida por el Prior de Prado; que recibe hospitalidad, quizá humillante, en el palacio de engreído magnate; que obtiene de limosna el sustento en casa de Alonso Quintanilla; que cobra alientos bajo las bóvedas del convento de San Esteban; que alcanza, por último, la protección de la noble, de la incomparable, de la santa reina Isabel I de Castilla. ¡Historia la de estos ocho años de angustias y esperanzas, de alegrías inefables y de amargos desfallecimientos! ¡Símbolo exacto de la difícil peregrinación sufrida por todos los elegidos; que el camino que conduce á la consecución de los grandes ideales, marcado está por huellas ensangrentadas!

A reconstituir esta fase de la vida de Colón ha consagrado el P. Vélez la tercera y cuarta parte de su libro. El autor no da un paso, no hace una sola afirmación ni consigna un solo concepto que no quede total y cumplidamente demostrado. La entrada del italiano en Castilla, sus viajes de un cabo á otro de la Península, sus amistades, sus amores, cuanto constituye este conmovedor episodio de la vida del Almirante, está medido, analizado, pesado con tan honrada escrupulosidad por el sabio sacerdote, que cuando se acaba de leer su obra no se puede menos de exclamar: en efecto, esta es la verdadera historia de Colón.

Trabajo verdaderamente ímprobo es rehacer lo pasado. Hay en esta obra titánica algo de resurrección milagrosa, algo también de adivinación que tiene cierto parecido con el don de profecía. Fácil es negar un hecho, más fácil todavía burlarse de él; pero tarea sólo reservada á ingenios escogidos es recoger las esparcidas osamentas del pasado, trabar nuevamente sus huesos, revestirlos de su carne y de sus nervios, y presentarlos, no conforme á los sueños quiméricos de la fantasía, sino tales como fueron en la realidad. Así el P. Vélez, recogiendo fragmentos perdidos en el fárrago de mil libros diversos, con frases borrosas de documentos apenas legibles, con documentos hasta ahora desconocidos, con relatos mantenidos de boca en boca y de generación en generación por el hilo quebradizo de la palabra, ha acertado á dar vida robusta y capaz de resistir al más enconado análisis, á la *biografía verdadera de Colón* durante su permanencia en nuestra Península. Cuántas vigilias, cuánta laboriosidad, cuánta penetración, cuánto talento representa

la obra del P. Vélez, calcúlelo quien haya intentado penetrar en esa selva intrincada y oscura de la existencia del Almirante.

Hay un punto en esta historia tratado con extraordinaria lucidez y con amor verdadero. Hablo de la estancia de Colón en Salamanca y del apoyo que al gran marino le dieron los religiosos del convento de San Esteban y los sabios de aquella excelsa Universidad. Sabido es que durante mucho tiempo corrió como opinión válida entre los historiadores, hasta los de más nombradía, la calumniosa especie de que la Escuela salmantina, reunida en el convento de San Esteban, habia rechazado los planes de Colón, considerándolos como locura irrealizable, y oponiendo á los argumentos geográficos del italiano textos mal interpretados de las Sagradas Escrituras y de los Santos Padres. La absurda especie gozó de tanta fortuna, que el conde Roselly describe la junta del convento de San Esteban con tal lujo de detalles, que no parece sino que, por un raro caso de atavismo sorprendente, estuvo el famoso biógrafo de Colón entre los asistentes á aquella imaginada solemnidad. Contra tales afirmaciones endereza el autor de los *Estudios críticos*, á más de su sólida instrucción y de su sagaz ingenio, sátira tan acerada, que más de una vez hace sonreir al lector á costa del conde francés y de otros desatinados biógrafos del Almirante. Antes ya se habia probado la ligereza con que estos habían procedido, pero justo es reconocer que nunca como ahora ha quedado tan evidenciada y libre de toda sombra de duda la gloriosa participación que los sabios de Salamanca tuvieron en los orígenes del maravilloso descubrimiento. Con harta razón, no exenta de orgullo, puede exclamar el P. Vélez ante la celda que, según la tradición, ocupó el insigne Deza: «En esta celda fué descubierto el Nuevo Mundo.» Sí; en aquel humilde recinto oyó Colón las primeras palabras de esperanza que quizá habían sonado jamás en sus oídos. Aquel sabio religioso, cuyo nombre va asociado al del descubrimiento, supo, no sólo comprender, sino interpretar el recóndito pensamiento del errante marino, y allí, en aquella apartada vivienda de un monje, la religión, haciéndose intérprete de la ciencia, dió á la patria española tierras tan extensas, mundo tan asombroso como jamás lo había soñado humano pensamiento. Gloriosa es la tradición científica y literaria de Salamanca; pero entre todos los hechos que la componen, ninguno de tanta magnitud ni de tan grandes resultados como el auxilio prestado á Colón. Sin el dictamen de aquellos sabios, sin la opinión autorizada de *la claustra* salmantina, sin la elocuente palabra de Deza, sabe Dios por cuántos años se hubiera dilatado el descubrimiento de América.

A reivindicar de una manera definitiva para la ciudad del Tormes esta disputada gloria ha venido la obra del sacerdote salmantino. Después de la publicación de este libro, el hecho debatido queda patentizado á favor de

Salamanca con la evidencia de una demostración matemática, y la pequeña Atenas puede entrelazar á la corona que ciñe su vieja frente, el laurel que le corresponde como premio legítimo por haber contribuido á realizar la total integridad de nuestro globo.

Grandemente se equivocaría quien creyese encontrar en el libro del Padre Vélez ese carácter de amenidad que constituye el sello de las historias á la francesa, plagadas de anécdotas y de episodios dramáticos, y adornadas con imágenes artificiosas. Los *Estudios críticos* acerca de Colón carecen de esa *espiritualidad* afeminada; son severos como debe serlo la historia, y limpios de todo afeite. Siempre pintóse desnuda y sin adornos la verdad. Pero si la obra del canónigo salmantino no tiene aparato alguno novelesco; si en el estilo atiende más el autor á la precisión que al ornato, y en el lenguaje más á la exactitud que á la gallardía de la cláusula y á la rotundidad del período, en cambio la figura de Colón destácase de la obra tal y como la contemplaron los hombres del siglo xv.

Para terminar, diré que entre los innumerables libros que acerca de Colón se han escrito acaso no haya ni uno que pueda compararse al del lectoral de Salamanca, ni en riqueza de datos, ni en crítica desapasionada y recta, ni, por consiguiente, en importancia científica y en valor histórico.

* * *

En una de las *Historias vulgares* del académico y notable literato Sr. Castro y Serrano figura un personaje tan simpático como original llamado Pepito Rodríguez. Dedica el tal la mayor parte de su vida á sacar partido, para las necesidades de su existencia, de todo lo que el vulgo considera inútil y sin ningún valor. La gracia de Rodríguez consiste en «tomar nota de las cartas detenidas por falta de franqueo, de los telegramas sin curso, de los certificados cuyos destinatarios no se han presentado á reclamar, de las alteraciones en las tarifas de ferrocarriles, de las nuevas marchas de trenes, de las prendas extraviadas» y de otras cosas semejantes á las que dejo enunciadas, y en avisar en vista de la susodicha nota á los interesados, entre los que no falta alguno que le otorgue alguna gratificación ó propina por sus espontáneos servicios.

Salvo en lo de las propinas, el Doctor Thebussem es en literatura lo que en gramática parda era el bueno de Pepito Rodríguez. Lo insignificante, lo que en apariencia nada vale, le sirve á él para escribir sabrosísimos artículos, todos en forma epistolar, en los que no son de admirar solamente la gallardía del estilo, lo castizo de la dicción y lo correcto, limpio y preciso del lenguaje, sino la multitud de observaciones finas, delicadas, ingeniosas, profundas á veces, con que sazona sus exquisitos condimentos literarios. De Thebussem puede decirse lo que de cierto Papa (creo que de Alejandro VI), *maximus in minimis*, ó lo

que Fr. Luis de León escribía de la buena mujer, «la cual de los salvados y de las cosas que sobran y parecen perdidas, sin sentir halla su casa abortada y como llena de riquezas». Así el Doctor Thebussem, con la alquimia de su inteligencia y con su diligente y laboriosa observación, logra convertir en oro fino «todas las cosas que sobran y parecen perdidas».

Bien sé que mis palabras parecerán hinchada hipérbole á aquellos lectores que no ven en la historia, tomada esta palabra en su más lato sentido, otra cosa que los grandes hechos y las valerosas hazañas, las virtudes y vicios de los hombres extraordinarios, las intrigas de los palacios ó las vicisitudes de las dinastías. Para los que tal concepto tienen de la historia, de poco ó nada valen las noticias de cómo vestían nuestros mayores, de cuáles eran sus costumbres domésticas, de qué manera se saludaban, cuáles eran las fórmulas de sus conversaciones ó de sus escritos, ni de las menudencias que forman los tenues hilos que entretejidos forman la trama social. A poco, sin embargo, que se medite, habrá de comprenderse que todas esas nonadas que el tiempo borra y los hombres olvidan, nos hacen conocer, acaso mejor que los grandes acontecimientos, la vida íntima de las pasadas generaciones. Lo menudo es siempre más sincero que lo grande: en el sacrificio de Scévola hay algo de teatral y de falso, que no se encuentra en el oscuro acto de abnegación que el hombre practica en el secreto retiro de su hogar. Todo aquello que hacemos sin reflexión y sin advertirlo siquiera, es lo único totalmente sincero que dejamos de nuestro paso por la vida. Debe desconfiarse de todo lo grande y aparatoso. No en balde á los grandes hombres se les llama personajes, como á las figuras de las comedias.

Lo que acabo de decir viene á cuento á propósito de los asuntos que sirven de tema á los artículos ó cartas que el Doctor Thebussem ha escrito sobre arqueología, filología, usos y costumbres antiguos y modernos. En estas sabrosísimas epístolas de tono familiar, pero tan distantes de la chocarrería como de la hinchazón, da el autor ingeniosas y atinadas explicaciones acerca del uso de ciertas fórmulas sociales; razona discreta y desenfadadamente sobre muchas prácticas, unas vigentes y otras en desuso, y dilucida con seguro criterio, menudas cuestiones de lenguaje, mostrando siempre, sin vanidad ni esfuerzo, su copiosa erudición y su espíritu analizador y penetrante como pocos.

He de hacer aquí, sin embargo, un reparo que no me parece fuera de camino. En una carta dirigida á D. Juan Valera, titulada *Palabrería*, después de una lista en que van incluidos más de 500 sustantivos ó adjetivos «que denotan malas cualidades físicas, morales é intelectuales», deduce el autor la siguiente consecuencia, que no creo rigurosamente exacta: «Si del *infinitus est numerus* del *Eclesiastés* tocan en unas tierras al uno por diez de sus naturales, en España quizá lleguen al

veinte por ciento.» Digo que no me parece exacta la deducción, entre otras razones, porque muchos vocablos de los que componen la lista son sinónimos, y en rigor indican una misma idea fundamental, ligeramente diversificada en lo accesorio, como sucede con las palabras *hosco*, *huraño*, *hurón*, ó con las voces *brabucón*, *bocón*, *fanfarrón*, ejemplos que prueban, no la abundancia de esos defectos, sino la riqueza de nuestro idioma que acierta á señalar con nombres ó adjetivos distintos matices sumamente tenues de una misma idea ó del objeto por ella representado. Si porque á Jesús se le designa con multitud de nombres, y entre ellos con diez principales, como afirma y demuestra Fr. Luis de León, sacáremos la consecuencia absurda de que existían muchos Jesuses, el famoso libro del maestro salmantino sería la obra más herética que se hubiese escrito en lengua castellana.

Este pecado contra la lógica nace, á mi entender, de cierta ojeriza que á todo lo español manifiesta el Doctor Thebussem. No se contenta con deducir la poco caritativa consecuencia que dejo apuntada, sino que aprovecha con fruición cualquier motivo que se le viene á la pluma para esgrimir contra los españoles la lanceta de su fina y acerada sátira. En el artículo titulado *Gibraltar*, se felicita de que la plaza española esté en poder de los ingleses, y habla con pasión de ella, «porque allí las fondas son fondas, las comidas comidas, y las camas camas». No se contenta con este rasgo de exagerado britanismo, sino que entre burlas y veras se lamenta de que no existan en cada provincia un par de Gibraltares que sirviesen moral y materialmente como de barómetros ó ejemplos á los pueblos españoles.

Convengamos en que tales cosas solamente por gala de ingenio pueden defenderse. Por mucho que el Doctor Thebussem se burle del patriotismo español, no es posible creer que sus palabras sean en este caso expresión sincera de su pensamiento. La palabra *patriotismo* podrá ser vaga é inducir á muchos errores; pero el sentimiento que con ella se expresa tiene tanta realidad como la que indicamos con las voces honor, amor, fe... Aunque sean todo lo excelentes que quiera el Doctor Thebussem las fondas, las comidas y las camas de Gibraltar, la vista del pabellón británico ondeando en lo alto de aquel enorme peñasco robado á nuestra patria, hace enrojecer de vergüenza á todos los españoles.

En esta primera *Ración de artículos* (que así titula el Doctor Thebussem la colección que acaba de publicar en un lujoso, grande y baratísimo volumen) muestra el autor erudición verdaderamente asombrosa. De todo sabe y de todo habla con exactitud y acierto. Hacienda, jurisprudencia, bibliografía, administración municipal, arte culinario, literatura, le son tan familiares al Doctor Thebussem como las cuestiones de correos, en las cuales muestra tal competencia que, como es sabido, el gobierno le agració con el cargo de cartero mayor de Madrid. En los

artículos más ligeros, y sobre asuntos fútiles en apariencia, burla burlando, y sin sombra de afectación, sabe condensar utilísimas y graves enseñanzas. La sátira es en sus manos blanda correa á veces; otras se trueca en durísimo azote, como en la carta titulada *Libertades y tiranías;* pero en ninguno de los dos casos desciende al bajo terreno de los sarcasmos personales. Observador como pocos escritores, su mirada penetra hasta lo hondo de las cosas. En este punto páginas hay que pueden competir con algunas de las más celebradas de Zola. Díganlo si no sus *Estudios* sobre los lavaderos. Su conocimiento acerca de las costumbres modernas y vicios contemporáneos es grande, como lo prueban las cartas de Paca Pérez; y tanto éstas como todas las demás de la colección encantan, como ya he dicho, por la galanura de su estilo y lenguaje. No es necesario estar muy versado en la lectura del *Quijote* para encontrar á cada paso giros, modismos y frases idénticas á las empleadas por el célebre manco.

Si á esto se añade la amenidad que el autor ha sabido derramar hasta en los trabajos más áridos, se comprenderá fácilmente que, no obstante el tamaño del libro (574 páginas), es imposible abandonarlo sin pena en cuanto se han leído los primeros renglones. De mí sé decir que, aunque conocía casi todos los artículos, los he saboreado nuevamente con el mismo deleite con que, según Cervantes, despabiló Sancho las abundantes espumas de las ollas de Camacho.

Francisco F. Villegas.

ÍNDICE

	Páginas
Iván el Imbécil (cuento popular), por el Conde León Tolstoy	5
El Rey Lear de la Estepa, por Iván Turguenef	30
El Hospital de Pen-Bron, por Pedro Loti	96
Madame de Staël, por Sainte-Beuve	103
Casa de muñecas, drama en tres actos (conclusión), por Enrique Ibsen	150
El Aislamiento (soneto), por Petrarca, *traducción de* M. A. Caro	165
El salón de la emperatriz Josefina, por Sofía Gay	166
Reseña crítica del Centenario, por Cesáreo Fernández Duro	175
Crónica internacional, por Emilio Castelar	187
Impresiones literarias, por Francisco F. Villegas	199

AP
60
E8
año 4
no.43-45

La España moderna

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY